

*Alicia Padrón*

# RETORNO ROMA



α



Alicia Padrón

# RETORNO A ROMA

ÁLTERA

---

EDICIONES

Primera edición: septiembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alicia Padrón Monedero

ISBN: 978-84-16645-89-3

ISBN digital: 978-84-16645-90-9

Depósito legal: M-22299-2017

Ediciones Áltera

C/Marcenado 14

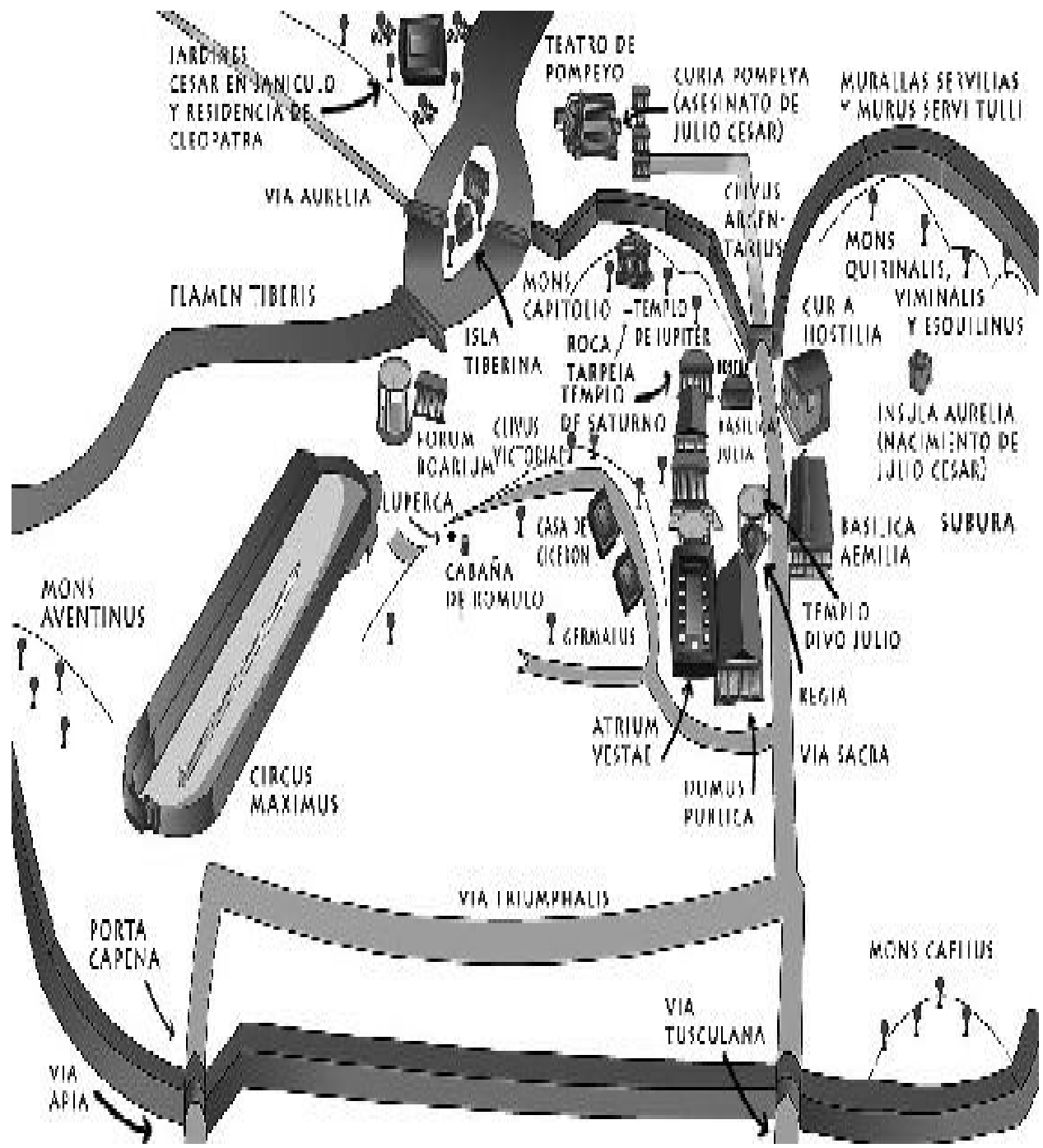
28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A Fran, Cristina, Alex y Javi*



## LA FAMILIA

### *Roma, en algún momento del tiempo*

La familia aguardaba en la entrada del foro a la que se accedía desde la Vía de los foros imperiales. El ardiente sol de julio caía inclemente sobre ellos. Los dos niños, de cinco y siete años, estaban sentados en el suelo con la espalda apoyada contra un pequeño murete que les proporcionaba algo de sombra mientras la pareja compraba las entradas.

Como en cada ocasión que visitaban el foro, él estaba indignado y murmuraba lo habitual.

—¡Es una vergüenza que nos cobren por entrar! Si al menos invirtiesen lo suficiente para que la gente supiera lo que en realidad fue.

Julia asentía y comprendía. Todo su ser era atraído por Roma y su historia, y en el foro experimentaba la misma sensación de paz de quien vuelve al origen de todo, a su casa natal, a su hogar.

En parte sus raíces familiares eran responsables de ello porque, aunque había nacido en América, su padre era italiano de un pequeño pueblo cercano al lago Brachiano. Le puso el nombre de Julia porque él también fue un apasionado de la historia de Roma y uno de los personajes históricos que más le fascinaron a lo largo de toda su vida había sido Julio César.

Ya dentro, él tomó a un niño de cada mano y se dirigió hacia la Curia, mientras les comentaba que el Senado romano fue incendiado y se encontraba en reconstrucción durante la época de la muerte de Julio César; que por ello las reuniones del Senado se realizaban en el teatro de Pompeyo y que desde la Rostra los más grandes oradores de todos los tiempos se dirigían al pueblo de Roma y...

Ella dejó de oírle mientras se alejaban, pero les siguió con la mirada llena de felicidad y amor, mientras caminaban sobre las grandes piedras negras en dirección a la zona norte del foro.

A diferencia de ellos, Julia giró en sentido opuesto y se encaminó hacia el Templo del Divino Julio, siguiendo el mismo ritual que repetía cada vez que visitaban el foro. Una vez allí rodeó la pequeña ruina de piedra semicircular tras la cual se ubicaba el lugar donde, según la tradición, fue incinerado y posteriormente se custodiaron las cenizas de Julio César.

Contemplar la cantidad de flores frescas que cubrían el pequeño túmulo resultaba conmovedor. ¿Cómo era posible que después de dos mil años tantas personas llenasen de flores la tumba de un hombre al que nunca conocieron?

Ella llevaba una rosa roja... pero su motivo era muy diferente.

Depositó delicadamente la rosa sobre el pequeño montículo. Inclino la cabeza, inspiró profundamente, suspiró como si acabase de realizar una tarea titánica y entonces... sonrió.

## ALFRED

### *Boston University, nueve años antes*

La vida de Julia se desmoronaba.

Le encantaba su trabajo pero necesitaba desesperadamente un cambio, romper con todo y darle un giro radical a su existencia aunque resultase arriesgado y destructivo.

Todo había comenzado con la muerte de su padre a la que siguió la ruptura con Fabio. Después de cinco años juntos había sido dura, pero resultaba mucho peor tener que verle todos los días, por eso decidió buscar trabajo en cualquier otro lugar. Le producía mucha tristeza abandonar Boston, porque su padre fue durante más de veinticinco años jefe del Departamento de Historia Clásica donde ella estaba trabajando y su esencia aún impregnaba cada nuevo proyecto que empezaba, pero prefería renunciar a todos esos recuerdos felices antes que seguir en la situación en que se encontraba.

¡No aguantaba más!

La solución perfecta a sus problemas se la ofreció Irving Fisher, el jefe de Departamento de Stanford que había sido un buen amigo de su padre durante más de treinta años. Cuando la llamó para darle el pésame, estuvieron recordando a su padre con mucho cariño. Después de unos minutos Irving derivó el tema de la conversación hacia la investigación de Julia. Comentó que había leído su estudio sobre *Si los idus de Marzo no hubieran ocurrido* acerca de las posibilidades que tenía Julio Cesar de conquistar el imperio Parto, si la campaña no se hubiese truncado con su asesinato. La felicitó por su investigación y le ofreció trabajo en su Universidad.

Era exactamente lo que Julia necesitaba, empezar de nuevo en un lugar lo más alejado posible de Fabio. Habría preferido Hawaii, pero tendría que contentarse con California.

Cuando ya habían cerrado todos los detalles se lo comentó a Alfred, el nuevo jefe del Departamento tras la muerte del padre de Julia. Un ascenso lógico y merecido porque Alfred había trabajado durante muchos años como su principal ayudante. Julia le conocía desde que era niña, le consideraba uno de sus mejores amigos y se alegró mucho cuando el puesto de su padre al final se lo ofrecieron a él.

Después de la sorpresa inicial Alfred la felicitó y le garantizó que, por descontado, contaba con todo su apoyo. Ella se lo agradeció sinceramente, le aseguró que le echaría mucho de menos y quedaron en mantener sus largas



conversaciones aunque fuese a distancia.

Dos días después, el jefe del Departamento de Stanford le envió un escueto email comunicándole que habían surgido problemas y no habría ningún trabajo para ella. Julia, incrédula, le llamó inmediatamente.

—Hola Julia —contestó secamente.

—¿Qué ha pasado Irving?

—Lo siento mucho, al final no ha salido.

—¿Cómo que no ha salido si pasado mañana iba a firmarlo? ¿Pero qué ha sucedido?

—Lo siento.

Él no añadió nada más.

—¿Y ya? ¿Lo siento? ¿Eso es todo?

Él permaneció en silencio.

—¿No vas a darme ninguna explicación?

—No me lo pongas más difícil.

—¿Yo te lo estoy poniendo difícil a ti?

—Mira, no sé qué problemas tenéis en tu trabajo, pero yo no necesito complicaciones.

—¿Qué problemas?

—Ya he hablado demasiado. Te deseo lo mejor, de verdad Julia, pero yo no puedo ayudarte —tras una breve pausa añadió—. ¡Cuídate!

Irving colgó.

Julia acudió corriendo al despacho de Alfred para preguntarle si comentó su oferta de trabajo con alguien.

—Por supuesto que no Julia, todo lo contrario, Irving me llamó a mí.

—¿Que te llamó? ¿Y para qué?

—Para charlar sin más. No tuvo nada que ver contigo.

—¿Ah no? ¿No tuvo nada que ver conmigo? ¡Pues algo debió ocurrir en esa conversación para que él cambiase de idea tan repentinamente! —gritó Julia.

—No seas tan mal pensada. No lo enfoques de forma tan negativa —contestó con un tono de voz beatífico—. Tú y yo seguiremos trabajando juntos. Es lo que tu padre habría querido.

Julia le observó con cara de incredulidad y salió dando un portazo.

Nunca más volvieron a llamarla de Stanford.

## FABIO

Julia contempló su reflejo en el espejo del baño y comenzó a llorar.

Echaba mucho de menos a su padre, la relación con Alfred era cada vez más tensa y todos los días coincidía con Fabio. Casualmente este empezó a distanciarse poco después de que falleciera su padre. Él le aseguraba que todo iba bien, pero su corazón le decía que no y Julia sabía que estar con alguien al que quieres y ser feliz era bastante más agradable que todo eso.

Entonces llegó el día en que Julia no pudo más y planteó el tema, siempre evitado, del futuro. Preguntó si después de cinco años iban a vivir juntos, si deseaba tener hijos, si de verdad la quería y todo estalló cuando él pronunció las terribles palabras que había temido todo ese tiempo:

—No estoy seguro, pero no quiero hacerte daño —que es exactamente lo que te dicen antes de hacerte daño—. Sabes que tengo sentimientos muy fuertes hacia ti, sin embargo, ahora no sé lo que quiero hacer con mi vida, no eres tú, soy yo —tras una breve pausa añadió—. Lo siento, reconozco que es un mal momento tras la muerte de tu padre —y finalizó con el grandísimo tópico de todos los tiempos—. Me gustaría que al menos siguiésemos siendo amigos.

Pensó en los momentos que habían tenido cuando él la cogía entre sus brazos primero con toda la ternura que tan bien sabía fingir y luego con pasión, esa sí era real, hasta que la hacía sentir completamente viva al menos durante esos fugaces momentos en los que nada fuera de la habitación existía ni merecía la pena.

¡Cómo le echaba de menos! ¿Por qué seguía queriéndole tanto?

Contempló el frasco de Valium. Tal vez su mente dejase así de pensar... En ese momento sobre la repisa del baño reparó en los anticonceptivos y en un arrebato los cogió, abrió el bote, los tiró todos por el váter, cayó de rodillas y se echó a llorar.

## AUTODESTRUCCIÓN

El último mes había sido una mezcla de insomnio, alcohol y un par de amantes de una noche.

Nunca antes había tenido ese tipo de relaciones, de hecho se había pasado la vida estudiando, sin embargo, también tenía vivencias interesantes porque parte de su trabajo consistía en recorrer medio mundo descubriendo ruinas en lugares perdidos y no tan perdidos. Sus amigas no querían ir con ella porque se quejaban de que eran aventuras de Indiana Jones pero sin Indiana Jones y preferían viajar con algún circuito organizado y hospedarse en un hotel de cinco estrellas. Sin embargo, aunque solía viajar sola, durante el trayecto siempre visitaba a colegas y coincidía con muchísimas personas interesantes que se consideraban trotamundos del planeta y que como ella no se despegaban de sus libros de *Lonely Planet*.

En momentos tan tristes como el que se encontraba, le gustaba recordar el placer que sintió al contemplar el oráculo de Delfos, Santa Sofía, las murallas Troya, el ágora de Atenas, las pirámides, la localización del faro de Alejandría, las ruinas de Cartago, las pirámides de Calacmul en el Yucatán y por supuesto Roma. Ese viaje lo había hecho con Fabio.

Aún recordaba cómo discurrían las horas mientras ellos observaban absortos la Curia, la Rostra, el templo del divino Julio, la basílica Aemilia, la basílica Julia, el templo de las vestales, el templo de Castor y Polux y la casa de las vestales, adyacente a la cual, y compartiendo algunas estancias con ella, se encontraba la *Domus Pública*. En ésta residía también el Pontífice Máximo que en el siglo primero antes de Cristo había sido Julio César. Visitando la casa de las vestales, en el precioso atrio, flanqueado por las estatuas de las principales vestales máximas de la historia de Roma, Fabio de repente la tomó en sus brazos, la besó apasionadamente y luego dijo:

—Te quiero.

Podía ser parte de la magia del momento, de todas las pasiones que compartían o de que pocas personas en el mundo entenderían su obsesión por Roma como ella.

Fabio otra vez.

Su mente vagaba mientras Julia intentaba concentrarse en el trabajo. No lo conseguía.

¡Todo fue mentira! Él nunca la quiso, quien de verdad le interesaba era su padre... y ya no estaba.

Entonces repentinamente descargó un tremendo manotazo sobre la mesa de

su despacho y sintió una terrible punzada de dolor. Contempló la enrojecida palma de su mano soltando un gemido y deseó que el dolor físico le hiciese olvidar el otro dolor, que era mucho más profundo y cruel. Sacudió un par de veces la mano, abrió el último cajón de su mesa, sacó una botella de ron y un vaso, se sirvió una generosa ración y la tomó de golpe.

Era consciente de que estaba cayendo por una pendiente muy peligrosa. Beber en el trabajo... Alfred podría despedirla por eso.

«¡Que lo hiciera! —decidió con rabia—. Tal vez le hiciese un favor».

Se sirvió otro vaso.

Más tarde aquel día, cuando ya era de noche, Julia estaba completamente ensimismada en sus problemas mientras conducía de vuelta a casa. Por eso no se dio cuenta de que un hombre, dentro de un coche sin luces, la estaba siguiendo.

## LOS IDUS DE MARZO

*Roma, 15 Marzo 44 a.C.*

Cayo Julio César, ataviado con su toga *trabea*, salió de la *Domus Pública*, en el bajo foro, acompañado por Décimo Bruto. Se dirigía al teatro de Pompeyo, donde tendría lugar la próxima reunión del Senado.

En la esquina de la casa se encontraba el vidente ciego Espurina, que había advertido a César que se guardase de los Idus de Marzo. Cuando César le vio, se acercó a él y declaró:

—Ya han llegado los Idus de Marzo y estoy perfectamente.

—Han llegado César... Pero aún no han pasado.

César y Décimo Bruto siguieron caminando hacia el teatro de Pompeyo. Durante el trayecto, Artemidoro, maestro de griego de Marco Junio Bruto, le entregó una nota a César donde le advertía de que en la reunión del Senado veintitrés senadores habían organizado su asesinato. Sin embargo, cuando iba a empezar a leerla Décimo Bruto le interrumpió comentando:

—Vamos a llegar tarde y nos están esperando. Ya la leerás luego, ahora tenemos prisa.

Efectivamente, a Décimo Bruto le urgía llevar a Cayo Julio César al lugar donde los otros conspiradores le apuñalarían. Prosiguieron su camino hasta el teatro de Pompeyo.

El atrio se encontraba atestado de senadores. Uno de ellos, Marco Antonio, acompañó a César hasta la escalinata de la sala de reuniones del Teatro de Pompeyo pero Cayo Trebonio le retuvo fuera bajo el pretexto de comentar un tema.

Cayo Julio César, a la hora sexta<sup>1</sup>, entró en la sala de reuniones del Senado completamente solo.

La estancia estaba presidida por una impresionante estatua de Cneo Pompeyo Magno, un grandísimo amigo y enemigo de César, que murió asesinado por el faraón de Egipto mientras huía de los ejércitos de César. Cayo Julio César se sentó, sacó su púa de marfil y acero para escribir en sus tablillas de cera y comenzó a trabajar.

En ese momento entraron veintidós senadores. Uno de ellos, Lucio Tilio Cimber, acompañado por los demás, se acercó a César bajo el pretexto de interceder por su hermano que estaba desterrado. Cimber se arrojó a sus pies y asió la toga de César que le observó con una mezcla de asombro e indignación. Esa fue la señal para que el resto de conspiradores iniciasen el

ataque.

Cayo Servilio Casca asestó una puñalada dirigida al cuello de César que erró y sólo le rozó el omoplato. Este a su vez exclamó:

—¡Malvado Casca! ¿Qué haces?

Se defendió clavando su púa de acero en Casca.

Entonces los puñales del resto de los conspiradores cayeron sobre Cesar, quién al reconocer a Marco Junio Bruto entre sus asesinos, verlo todo perdido y sentir una última puñalada en la ingle, cayó ante la estatua de Pompeyo.

Con el soplo de vida que le quedaba se cubrió la cabeza y las piernas con la toga y dejó de existir.

Los asesinos salieron del Teatro de Pompeyo proclamando su hazaña. Marco Antonio entró y al comprobar que era verdad lo que comentaban, abandonó rápidamente la sala y corrió a esconderse.

El cadáver de Cayo Julio César, dictador vitalicio y Pontífice Máximo de Roma, permaneció abandonado en un charco de su propia sangre durante varias horas hasta que tres esclavos, cuando ya estaba anocheciendo, se atrevieron a cruzar Roma para recogerlo.

En un carro cubierto por una tela, excepto un brazo ensangrentado del cadáver que asomaba fuera de ella, el cuerpo fue transportado a través de Roma a la vista de todos hasta la *Domus Pública*. Allí su médico Antistio le practicó la autopsia. El cadáver de Cayo Julio César presentaba veintitrés puñaladas, pero sólo una era mortal, una herida limpia, en el tórax, exactamente a la altura del corazón. Esta herida debió infringirla alguien que conociera la forma más eficaz de matar en el campo de batalla, por lo que probablemente fuese obra de Décimo Bruto. También tenía múltiples heridas defensivas en brazos y piernas, una herida en la cara que había vaciado la órbita izquierda y otra en la ingle. El resto de las puñaladas estaban ubicadas en el torso.

Cinco días después, el veinte de marzo, tras preparar el cadáver para el funeral y habiendo reparado con cera la parte de la cara dañada, Cayo Julio César fue llevado a través de la escalinata derecha de la casa de las vestales, reservada al Pontífice Máximo, al bajo foro donde en la actualidad se encuentra el templo del divino Julio. Allí el pueblo de Roma, como nunca se había visto antes en ningún otro funeral de un hombre, quiso presentarle su último adiós. Desde los más acomodados de las clases medias a los más miserables de las clases más bajas lanzaron los objetos valiosos que poseían para alimentar la pira.



Y así, el veinte de marzo del año 44 antes de Cristo en medio de las llamas, Cayo Julio César, dictador vitalicio de Roma, rodeado por el pueblo de Roma y para el pueblo de Roma, se convirtió en un dios.

## UNA AVENTURA PELIGROSA

### *Boston, nueve años antes de la familia*

Alfred le ordenó secamente que acudiera a su despacho, no comentó el motivo, sólo anticipó que era importante. Mientras caminaba por el pasillo en dirección a su oficina supuso que la iba a despedir y entonces se sintió ligera, libre, valiente, con ganas de pelear y sacar todo lo que llevaba dentro. En ese momento prometió hacer de su vida lo que ella creyese que le convenía y no lo que otros esperasen. Lo único bueno de que no le hubiesen dado absolutamente nada era que no tenía absolutamente nada que perder.

Abrió la puerta que daba acceso al despacho de Rebecca, la secretaria de Alfred, con una sonrisa en su cara. Siempre habían mantenido una buena relación, aunque ahora que ella y Alfred estaban distanciados, no quería poner a prueba la lealtad de Rebecca. Al abrir la puerta esperando verla a quien primero divisó fue a Fabio.

Este le reprochó con un deje de amargura.

—Felicidades Julia, parece que te lo has llevado tú.

—¿Llevarme el qué?

—No te hagas la tonta y no pretendas que crea que no te lo ha comentado Alfred. El trabajo de los del gobierno.

—No sé de qué estás hablando.

—¡Claro! No tenías ni idea de que dos peces gordos del gobierno se habían entrevistado con Alfred y que algo muy interesante se estaba organizando. Él me había recomendado a mí, no a ti, pero ellos insistieron en que tenía que ser una mujer y lógicamente el único candidato posible eras tú. ¿Con cuál de ellos te acuestas?

Julia observó de reojo a Rebecca que hundía su nariz en un montón de papeles. Volvió a mirar a Fabio y contestó con rabia.

—Desde que lo dejamos me he acostado con miles de hombres, pero que yo recuerde ninguno era del gobierno. Tampoco hablábamos mucho. Así que me han dado un trabajo que ni siquiera quiero y encima me ha salido gratis. Tendré que buscarme a alguien esta noche para celebrarlo.

Fabio la miró con odio y ella le sostuvo la mirada en el mismo tono. Seguidamente él se dirigió hacia la puerta y salió cerrándola con furia.

Resultaba desolador que cinco años compartiéndolo todo con una persona acabasen así. Ahora era un completo desconocido.

Su mirada se cruzó con la de Rebecca. Julia se disculpó.

—Lamento mucho que hayas presenciado esta escena.

—No te preocupes Julia. Siento lo que te han hecho. ¡Cuánto echo de menos a tu padre!

—Sí, yo también... Como ya no soy la hija del jefe le resulto bastante menos interesante.

Permanecieron en silencio unos minutos. Luego Rebecca intervino.

—Fabio siempre me pareció un seductor con un punto de capullo, pero he de reconocer que de entrada engaña.

Julia se echó a reír con agotamiento y repuso:

—Pues a mí esa entrada me ha durado cinco años.

—Es que engaña muy bien. Yo tengo la ventaja de que es clavadito a mi tercer ex marido.

Las dos se empezaron a reír de forma escandalosa. En ese momento Alfred abrió la puerta, las escrutó con gesto serio y comentó en voz baja.

—Por favor, estamos quedando fatal —y luego en un tono de voz bastante más elevado añadió—. ¡Ah Julia ya has llegado! Qué bien, te estábamos esperando. Pasa al despacho por favor. Bueno aquí la tienen.

Ella permaneció de pie en el centro del despacho de Alfred, que antes había sido el de su padre, mientras este se dirigía hacia su mesa. Dos hombres de unos cuarenta años, vestidos de negro y con un aspecto completamente aséptico la observaron. No realizaron ningún amago por levantarse, ni ella lo solicitó, así que siguió de pie.

La observaron con un desapegado interés, como el de un científico comprobando los efectos que el veneno a estudio produce en la cobaya con la que experimenta.

Después de un minuto, que a ella ni le puso tensa ni incómoda, uno de ellos intervino.

—Sigue teniendo el pelo largo. Bien.

—¿Pero qué clase de comentario es ese? —preguntó con un tono de voz que exigía una respuesta.

—Discúlpeme, no pretendía ser grosero. Es uno de los requisitos necesarios para el trabajo. La mujer elegida debe tener el pelo largo y ser natural. Sería deseable que el color fuera castaño al igual que el de los ojos, pero esto no es una cualidad indispensable.

—Bueno —replicó ella asintiendo lentamente—, ¿y debe tener también unas medidas especiales y dejarse desnudar fácilmente? O existe además alguna exigencia intelectual aunque sea mínima.

Alfred inspiró profundamente mientras se contenía. Luego la observó sacudiendo la cabeza en sentido reprobador, como tan a menudo hacía últimamente.

—De acuerdo, no hemos empezado bien —reconoció el desconocido—. Necesitamos a una... Persona, que sepa hablar latín lo más perfectamente que pueda hacerse hoy en día, que conozca las tradiciones, la forma de vida y la situación humana y política que se vivía en la República romana del siglo uno antes de Cristo, que le apasione la historia de Roma y que no sea cobarde. Por lo que nos había informado el Dr. Alfred Chapman usted cumple los primeros requisitos y nosotros hemos constatado ahora que también cuenta con el último.

—Bueno, esos requisitos me parecen bastante interesantes. ¿Y por qué tiene que ser una mujer?

—A eso llegaremos luego. Si al final todos decidimos que es la idónea para el trabajo y usted acepta, porque debe asumir que este trabajo entraña bastante riesgo personal, le informaremos sobre todos los detalles. Permítanos mantener el secreto hasta entonces.

—Está bien —aceptó un poco menos agresiva y más interesada.

—También existen otras características que debe presentar el candidato ideal. No debe tener hijos, ni estar casada o tener pareja estable. Tampoco ha de tener ningún otro tipo de lazos familiares importantes, si los padres viviesen no debe existir una relación estrecha con ellos.

Ella le sostuvo la mirada con un deje de odio.

—Como huérfana a la que nadie quiere parezco la candidata ideal. ¿Puedo tener amigas o también debo ser una recalcitante antisocial?

—Por supuesto que puede tener amigas. Si no, no encontraríamos a ningún candidato, fuera de un hospital psiquiátrico claro, pero resulta más fácil guardarle secretos a una amiga que a un marido o a unos padres preocupados.

—Entonces completamente sola, prosiga.

—Su línea de investigación actual es *Si los idus de Marzo no hubieran ocurrido* e hizo su tesis sobre el final de la República romana y los inicios del imperio en el siglo I antes de Cristo. ¿Es correcto?

—Ya se lo habrá confirmado el Dr. Alfred Chapman, aquí presente.

—Sí, parece que su capacidad en ese terreno no es cuestionable. ¿Cómo es usted como persona? ¿No se considera un poco inestable?

A Julia le dio la impresión de que podía ver a través de ella y sintió un escalofrío.

—Profesionalmente nunca —contestó con el mayor aplomo posible, mientras visualizaba la botella de ron en el último cajón de la mesa de su despacho—. Personalmente puede considerárseme inestable, porque no tengo pareja estable, pero es lo que ustedes deseaban, ¿no?

—Sí, la verdad es que usted casi siempre ha cumplido las normas.

Julia se estremeció por el énfasis con el que pronunció la palabra casi.

Ante un gesto de él su compañero, que entonces ella concluyó que era su subordinado, le entregó un dossier. Él lo abrió y en la primera página pudo observar una foto a color tamaño DIN A4 de ella.

—¿Me han investigado?

—Es el procedimiento habitual, disculpe —informó sin ningún tipo de sentimientos, como si estuviese hablando del tiempo—. Tuvo una infancia difícil al perder a su madre con cuatro años, pero su padre hizo el papel de ambos bastante exitosamente. En el colegio y la Universidad siempre tuvo una buena relación con sus compañeros. Intelectualmente brillante y trabajadora. Sólo ha tenido tres novios, dos en la Universidad, sin la menor trascendencia, y otro, el compañero de trabajo al que no hemos entrevistado porque no cumplía los requisitos. Rompieron hace un mes, poco después de la muerte de su padre, desde entonces ha tenido dos amantes y ha empezado a beber.

Alfred la observó parpadeando con cara de perplejidad.

—No me parece nada correcto lo que me acaba de hacer —dijo muy lentamente mientras respiraba profundamente y le observaba con odio.

—Discúlpenos otra vez. De seleccionarla pondremos en sus manos información extremadamente sensible y debemos ser muy cuidadosos. Todo el mundo que haya vivido tiene un pasado —comentó en un tono de voz que, tratándose de él, podría considerarse hasta comprensivo—. Las buenas noticias son que no tiene antecedentes penales, ni mantiene relación con personas que nosotros consideremos peligrosas. Tampoco presenta ningún problema económico, sexual ni de ninguna otra índole que pueda hacerle susceptible al chantaje. Está muy acostumbrada a viajar en todo tipo de condiciones, lo que para este trabajo resulta extremadamente beneficioso. Intelectualmente cumple los requisitos —afirmó mirando a Alfred—. Su investigación sobre *Si los idus de Marzo no hubieran ocurrido* nos proporciona la excusa perfecta para pretender que estamos financiando su proyecto, por supuesto bajo el nombre de otra empresa, y que por eso realizamos generosos pagos al Departamento.

Volvió a mirar hacia donde se encontraba Alfred que asintió con una

sonrisa.

En ese momento se sintió como una vaca en un mercado de ganado.

—Por supuesto, una parte de los ingresos irán destinados a ti —aseguró Alfred.

—Nuestra agencia justificará los pagos poniendo como intermediario al Consejo internacional de historia clásica con sede en Boston.

—No lo conozco —intervino Julia.

—Ni usted ni nadie. Lo hemos creado hace tres meses en el listado de organizaciones culturales con actividades en suelo americano. En unos meses el primer proyecto financiado por el comité y sus veinticinco mil afiliados en todo el mundo, consistirá en una investigación sobre la Roma clásica llevada a cabo por este Departamento.

—¿Pero dónde conseguirá veinticinco mil afiliados? —preguntó Julia.

—Son sólo números y nombres falsos. No existen.

—¿Y si Hacienda pidiese datos sobre el comité?

—No lo hará —intervino tajante.

—¿Y ante nuestros colegas?

—El comité sólo existe sobre el papel para justificar los pagos. Nadie más que ustedes, nosotros y las personas adecuadas en Hacienda tienen que conocerlo. Así que volvamos al único tema que nos incomoda. ¿Qué tipo de persona es usted?

Su interior gritaba: «Con toda sinceridad en estos momentos ¿cómo puñetas quiere que lo sepa?». Sin embargo, respondió:

—Ya tiene un informe sobre mí. ¿Qué más desea saber?

La semana siguiente estuvo residiendo en Langley, Virginia, realizando test psicológicos y acudiendo diariamente a la consulta de uno de los psiquiatras de la CIA.

Intentó responder como lo habría hecho en un pasado que ahora se le antojaba remoto. Siempre equilibrada, correcta, consecuente y algo encorsetada, aunque le daba la impresión que un trasfondo de rabia y lucha podía percibirse.

Los test psicológicos fueron insufribles, pero las entrevistas con el psiquiatra resultaron una auténtica pesadilla.

Entre las múltiples horas perdidas con cuestiones abiertas, sin interés, el psiquiatra preguntó:

—¿Cómo se siente en su trabajo?



—Por lo general muy reconocida y valorada por mis colegas y jefes. Por supuesto, en el trabajo siempre existen diferencias, pero las sé encajar bien.

—¿Cómo se siente ante su reciente situación personal?

—A veces me siento sola, pero tengo muchas amigas. Procuro llenar mis vacíos y centrarme siempre en la parte positiva de la vida.

Sintió que le crecía la nariz.

—¿No cree que se merecía algo mejor en la vida?

—¿Cómo qué? Lo tengo prácticamente todo para ser feliz, estoy sana, tengo mucho éxito profesional y mucha gente que me apoya.

«Como si en este mundo pudieses fiarte de alguien».

—¿No se siente como si no pudiese abrirse realmente a nadie?

—Yo creo que esa es una forma muy triste de ver la vida —«realista más bien», pensó—. Hay que confiar en las personas —mintió—, quien no se arriesga con la gente no puede ser feliz.

«Y si te arriesgas lo serás menos aún».

—¿Ha sentido alguna vez la necesidad de hacerse daño?

—No.

—¿Ha empezado a beber recientemente?

—Sí, pero no mucho.

—¿Qué planes tiene para el futuro?

En esa respuesta fue completamente sincera.

—La verdad es que este trabajo me intriga bastante. Me da la impresión de que cuando me comenten los detalles puede resultar apasionante y peligroso.

Un mes después, el hombre que la había interrogado en el despacho de Alfred la citó en un banco del precioso parque Boston Common. Esta vez los dos estaban solos.

Cuando Julia se aproximó, él no realizó ningún amago por levantarse.

—Hola —saludó ella.

—Hola.

Julia se sentó a su lado y él comenzó a hablar mientras contemplaba el horizonte.

—¿Cómo se sintió haciendo las entrevistas?

—Bien —mintió ella.

—¿Cómoda?

—Muy cómoda.

—Cuesta abrirse a alguien ¿verdad?

—Un poco.

—Bueno, eso usted lo sabría si lo hubiera hecho. Según nuestro psiquiatra sólo ha contado una sarta de mentiras.

—¡No es verdad! —cortó ella.

—¡Claro que lo es! ¿Cree que nuestros psiquiatras están recién salidos de la facultad? Interrogan a sospechosos especialmente entrenados para mentir.

—No, bueno, sólo mentí sobre algunas cosas. De verdad me interesa este trabajo.

Él empezó a leer.

—Bla, bla, bla... Mentalidad científica con tendencia a racionalizar sus sentimientos, hasta ahí bien... Bla, bla, bla... Mentirosa compulsiva aunque bastante convincente... Amante del riesgo... Tendencias auto lesivas... Buenas habilidades sociales aunque con una tendencia natural al aislamiento en momentos de riesgo y prefiere trabajar sola. Nula confianza en los demás aunque puede aparentar una buena integración grupal. Se adapta bien a situaciones nuevas... Imaginativa... Resolutiva...

Ella, mirando al suelo, imploró en un tono de voz más bajo casi como un gemido.

—De verdad, necesito este trabajo.

—Eso es bueno porque es perfecta para él.

—¿En serio?

—Por supuesto. ¿Qué cree que queremos? ¿Alguien dispuesto a abrirle su corazón al primero que conozca? Necesitamos a una persona que mienta, que oculte lo que es, que sepa trabajar sola, que no confíe en nadie, a quien le atraiga el riesgo y, sobre todo lo demás, que no lo aparente, que tenga un aspecto completamente inofensivo como usted.

Julia permaneció en silencio observándole con perplejidad. Él prosiguió.

—Sólo hay un asunto que me preocupa, sus tendencias suicidas. En parte eso es bueno, pero quienes sienten que no tienen nada que perder son capaces de lo mejor y de lo peor y no tenemos claro que no sea una de esas personas que lo tiran todo por la borda.

—Nunca he actuado así. Siempre he cumplido con lo que me comprometía a hacer.

—Sí, eso es lo que le salva. Pero tenga cuidado, porque si acepta el trabajo con nosotros adquirirá un compromiso que por nada en el mundo le interesaría romper.

Él se levantó y Julia sorprendida preguntó:

—¿Y ahora se va? ¿Eso es todo?

—Por hoy. Queremos contratarla, le explicaré los detalles con mi jefe mañana a las veinte horas en Langley. Le haremos llegar un billete de avión. No se preocupe por su trabajo, nadie la esperará allí durante los próximos nueve meses... si acepta nuestra propuesta.

—Usted lo sabe todo sobre mí y yo no sé nada sobre usted. ¿Cómo se llama?

—Blane.

—¿Es falso o es su apellido auténtico?

—El auténtico.

Y Blane se fue.

\*

### *Langley, un día después. Veinte horas.*

Se encontraba sola en una amplia sala de reuniones, moderadamente iluminada, donde le dijeron que aguardase. Lo único que se filtraba a través de las enormes cristaleras era la oscuridad de la noche.

Mientras los minutos transcurrían fantaseó sobre el trabajo. Se imaginaba como una Mata Hari que tendría que infiltrarse en organizaciones criminales para robar secretos de Estado. Lo que no encajaba en esa hipótesis era el requisito de saber latín. ¿En qué país del mundo, actualmente, era necesario hablar latín? El único que se le ocurría era el Vaticano y necesitaban a una mujer porque querían que se hiciese pasar por una monja. Una monja espía en el Vaticano. ¡Menuda estupidez! En la actualidad pocas monjas hablaban latín, en el Vaticano sería más útil el italiano y acceder a los altos secretos de la curia resultaría más sencillo para un hombre. No, esos requisitos no tenían el menor sentido.

Repentinamente su teléfono lanzó un pitido. Era un WhatsApp de Fabio. El corazón se le aceleró.

«Siento como me porté. Espero que algún día me perdones. Me alegro por ti de verdad. Cuídate porque esa gente parece peligrosa. Besos».

En ese momento abrieron la puerta y entró Blane con otro hombre. Blane le dejó respetuosamente caminar delante. Tendría poco más de cincuenta años. Era muy alto y delgado, con el cabello grisáceo en avanzada retirada y un bigote y perilla extremadamente cuidados. Vestía un traje elegante y fúnebre, como Blane.

—Señorita de Marzo, ¡qué ganas tenía de conocerla! No, no se levante por favor. ¿Podemos ofrecerle algo? ¿Agua? ¿Algún refresco?

—Agua estará bien, muchas gracias, muy amable.

Le pareció increíblemente correcto, todo un caballero, pero le daba la impresión de que se trataba una amabilidad estudiada. Le recordaba a la serpiente de *El libro de la selva* que te hipnotiza antes de estrangularte. Prefería a Blane, con él sabías a qué atenerte.

—Soy el Dr. Maurizio Castell —se presentó realizando una leve inclinación de cabeza mientras no dejaba de observarla, más bien estudiarla.

—¿Doctor? ¿Doctor en qué?

—En ciencias físicas, aunque también me licencié en filología clásica por puro placer. ¿Qué sería la vida sin un poco de placer?

—¿Y cómo ha llegado a la CIA?

—Es una larga historia —contestó zanjando el tema—. En estos momentos estoy a cargo de una operación en la que queremos que participe y de la que usted desea conocer los detalles —entonces añadió en perfecto latín—. *A fructibus cognoscitur arbor*<sup>2</sup>.

Ella sonrió y contestó:

—*A superbia initium sumpsit omnis perditio*<sup>3</sup>.

Él soltó una carcajada.

—Perfecto, perfecto. Soy un gran admirador de su trabajo, mi especialidad es la física pero me apasiona la historia.

—Muchas gracias. Bueno, ¿vamos al grano o desea que sigamos practicando esgrima en latín?

—Le aconsejo que tenga cuidado señorita de Marzo. Ser tan directa es bueno y malo.

—Disculpe.

—De acuerdo. ¿Tiene alguna teoría sobre en qué consiste el trabajo?

—No, ninguna razonable. Conozco los requisitos, pero la verdad es que no se me ocurre ningún escenario actual, aparte de la Universidad, donde pudiesen resultar útiles esas habilidades.

—Excelente. Tiene un don innato para encontrar la palabra clave que define un problema. Esa palabra es actual.

Julia permaneció en silencio observándole con perplejidad.

Al cabo de unos minutos él añadió:

—A usted le apasiona la Roma del siglo I antes de Cristo, ¿verdad? Aunque sea una de las épocas de la historia remota mejor documentadas, a los fanáticos del tema nos fascinaría vivir en profundidad como debió ser realmente: conocer a los personajes más representativos, sumergirnos en su

cultura, contemplar los edificios tal y como fueron...

—Es un sueño muy bonito, sí.

—¿Qué daría usted a cambio de vivir algo así?

—Es imposible, así que no tiene sentido considerarlo.

—Ese problema déjeme a mí. Usted piense a lo grande.

Se sintió como un pez peligrosamente atraído hacia un objeto brillante que en su interior tuviese un anzuelo. Y el anzuelo de esa caña era cuidadosamente manejado por Castell.

—¿Insinúa que me puede llevar físicamente a la Roma del siglo I antes de Cristo?

—¿Ha oído hablar de los agujeros de gusano?

—Un poco. ¿Son túneles que te pueden llevar de un lugar a otro?

—Más o menos. Supongo que conoce los principios básicos de la teoría de la relatividad general de Albert Einstein.

—De forma superficial, como todo el mundo.

—Einstein postuló que el tiempo no es una magnitud absoluta y que su apreciación depende del observador. Según la teoría de la relatividad general, si fuésemos capaces de desplazarnos con la suficiente velocidad podríamos viajar hacia adelante en el tiempo. Si existe la posibilidad de viajar al futuro, debería ser factible hacerlo también en el sentido opuesto, es decir al pasado. Pero entonces entraríamos en conflicto con el segundo principio de la termodinámica, el de la entropía, que por ley siempre aumenta. Aquí debo decir que nuestros científicos han realizado un alarde de ingenio. Han conseguido, ¿cómo lo expresaría?... Burlar este principio con la ayuda de la mecánica cuántica. El concepto de gravedad cuántica consiste en la... Podríamos llamarlo integración de la teoría de la relatividad con la mecánica cuántica. Créame, no ha sido fácil.

—De la mecánica cuántica únicamente recuerdo que estudia partículas subatómicas y algo sobre el gato de Schrödinger, que estaba vivo y muerto a la vez.

—Sí, es lo que más le llama la atención a la gente. De hecho no es más que una anécdota utilizada por los científicos de la época que todavía eran incrédulos ante los avances en este campo. Lo que cubre a la mecánica cuántica de un halo de misterio es la posibilidad de que una partícula subatómica se encuentre simultáneamente en más de un lugar y momento temporal, pero créame, no hay nada misterioso. Es imposible determinar simultáneamente la posición y velocidad de una partícula subatómica, esto se

conoce como el principio de incertidumbre de Heisenberg. De manera implícita postula que el producto de la fuerza de una partícula por su desplazamiento, ambos desconocidos, no puede ser inferior a un determinado valor conocido,  $h$ , llamado constante de Planck.

—Sí, la constante de Planck me suena de cuando estudiaba física y química en el instituto.

—Sí, pero en los estudios básicos no se le concede toda la importancia que merece. La constante de Planck  $h$ , además de una constante de proporcionalidad, es el límite inferior al que podemos acceder a nivel subatómico, del mismo modo que la constante  $c$ , velocidad de la luz, es el límite máximo que se puede alcanzar, y únicamente por partículas de masa igual a cero como el fotón o el neutrino. Cualquier otra partícula con una masa superior a cero, por ejemplo el electrón, cuya masa es casi despreciable, cuando se intentase acelerar a velocidades próximas a la luz, su masa inercial aumentaría tanto que sería necesaria una cantidad de energía infinitamente grande para conseguirlo. En términos matemáticos afirmamos que las partículas materiales se aproximan a la velocidad de la luz de forma asintótica. Pero bueno, no quiero aburrirla con detalles técnicos, volviendo a Schrödinger y su famoso gato, uno de sus grandes logros en lo que atañe a nuestro proyecto es la ecuación de onda basada en el cálculo de probabilidades.

—Pero en realidad, ¿en qué consiste el agujero de gusano?

—Nuestro conocimiento sobre este fenómeno se basa en un artículo publicado en 1935 por Albert Einstein y Nathan Rosen en el que llevamos varias décadas profundizando. Para nosotros el truco, si podemos llamarlo así, consiste en determinar aquellas regiones del espacio-tiempo que presenten algún rasgo de curvatura negativa, y entonces «perforamos» nuestro túnel allí.

—Suena a ciencia ficción.

Castell sonrió.

—Sí, hasta hace poco podemos decir que lo era. He de confesar que, al principio, todos consideraban, incluido yo, que las posibilidades de éxito práctico, en lo que se refiere al viaje al pasado de seres humanos, eran prácticamente nulas. Sufrimos muchos fracasos técnicos, e incluso uno de nuestros compañeros falleció durante las pruebas. Sin embargo, contra todo pronóstico, hace seis meses lo conseguimos. Uno de nuestros ingenieros, fue capaz de retroceder una hora en el tiempo y volvió indemne cinco minutos después de iniciado su viaje. Desde entonces hemos realizado quince pruebas



más y logrado retroceder hasta sesenta años en el pasado, siendo todos los resultados exitosos. En uno de los viajes nuestro ingeniero permaneció durante doce horas, en el año 1955 en el desierto de Arizona. En los tres últimos casos fuimos más osados y se decidió contactar de forma superficial con individuos de la época, por supuesto respetando las cuatro leyes del viaje en el tiempo, sin que se produjesen incidentes preocupantes. De todas formas antes de presentar los resultados a nuestros superiores necesitamos una prueba de fiabilidad y seguridad incuestionable, una especie de prueba de fuego, así que hemos considerado la posibilidad de probar la máquina en todo su potencial, interactuando con sujetos del pasado de forma más amplia.

—Discúlpeme, todavía estoy asimilando todo lo que ha contado. Doy por supuesto que me está hablando en serio, ¿no?

—No suelo bromear con el trabajo y menos con uno tan trascendente — contestó irritado.

—Pero la máquina ya está probada y funciona.

—Existen dos tipos de seguridad. Por un lado está la seguridad del viajero del tiempo y por otro la de toda la humanidad.

Julia reflexionó sobre ello durante unos segundos. Luego preguntó.

—¿Por si se produjesen paradojas temporales?

—Nos encontramos ante un tremendo dilema. Que tengamos la capacidad de hacer algo no implica que debamos hacerlo. Hemos de tener la seguridad de que el viaje en el tiempo no cambie el mundo que ahora conocemos. Esto no le interesaría en absoluto a ningún gobierno ni a ninguna persona que existiese en el momento actual. Si se produjese algo semejante sería la peor arma de destrucción masiva que se hubiese creado nunca. A mí me toca decidir si esta máquina cumple las garantías de seguridad necesarias o no y mi forma de verificarlo es usted.

Se produjo un eterno momento de silencio en el que Julia permaneció observando a Castell con extrañeza y este y Blane a ella.

—¿Quiere que me pasee por la Roma del siglo I antes de Cristo para comprobar si su juguete funciona?

—No. ¿Sabe qué es una prueba de estrés?

—No.

—Pues en ingeniería su usa mucho... Y también en medicina, aunque la denominan prueba de esfuerzo. Consiste en examinar algo o a alguien en las condiciones más duras imaginables; circunstancias que excedan en mucho el uso para el que fue diseñado. Si a pesar de todo, el utensilio funciona, esto

concede una cierta garantía o margen de seguridad para un uso normal en condiciones estándar. Esto no es un juguete y usted no se dará un paseo. Necesitamos que se involucre en la vida social de esa época, interactuando con personajes de entonces, que lo realice sin violar ninguna de las cuatro leyes del viaje en el tiempo y que lo detalle todo en un informe documentado gráficamente. Si lo desea profundice en su estudio sobre *Si los idus de marzo no hubiesen existido*. Tendría información más cercana sobre cuáles eran los planes de Julio Cesar, pero esto es sólo una idea, le doy completa libertad porque a nosotros el tema concreto nos resulta indiferente. Usted utilícelo si quiere como una prolongación de su investigación actual, pero contando con unos medios inimaginables. Lo que nosotros necesitamos es una documentación lo más detallada posible que deje constancia de la experiencia de una persona actual en una época tan remota. Tengo que presentar algo constructivo e impresionante. Le comenté antes que la decisión sobre si el experimento cumplía las medidas de seguridad o no, era mía, pero por su puesto el mío será tan sólo el informe preliminar que posteriormente deberá ser validado por un comité y en última instancia por el Presidente. ¡Asombrémosles!

Julia dudó antes de contestar.

—¿Alfred está informado sobre esto? ¿Cómo puedo tener la garantía de que todo lo que me ha contado es verdad?

—Vayamos paso a paso. El Dr. Chapman únicamente conoce los requisitos que le exigíamos al candidato, que se trata de un proyecto sumamente secreto y peligroso desarrollado por la CIA y que su departamento va a recibir tres millones de dólares a cambio de prescindir de usted durante nueve meses.

—¿Tres millones de dólares? —repitió Julia asombrada—. Espero que a mí también me paguen bien, no me gustaría nada que el único beneficiado fuera él. ¿Y la otra pregunta? ¿Qué garantías me da de que la máquina existe y funciona?

Castell dirigió su mirada hacia Blane y este intervino.

—Yo fui el primer voluntario. Funciona.

Julia le observó fijamente y él le sostuvo la mirada. Ella sabía que Blane podía ser insensiblemente cruel, pero precisamente por eso era muy poco probable que mintiese.

Julia encogió los hombros y afirmó:

—*Certum est quia impossibile*<sup>4</sup>. Está bien, les creo. También tengo preguntas de carácter más práctico. ¿Por qué tiene que ser una mujer? ¿Y qué

son las cuatro leyes del viaje en el tiempo? Las ha mencionado dos veces.

—Muy buenas cuestiones y además una nos lleva a la otra. Permítame empezar por las leyes del viaje en el tiempo. Al investigar sobre un tema tan delicado como este no nos hemos considerado sólo científicos, sino también humanistas. *Scientia sine ars nihil est*<sup>5</sup>. Como ya le comenté, que podamos hacer algo no implica que debemos hacerlo. Las leyes del viaje en el tiempo son una especie de salvaguardas que nos garantizan que el viajero del tiempo dejará el pasado prácticamente sin huella apreciable de su estancia en él — Julia intentó hablar pero él prosiguió—. Sé que me va a preguntar cuáles son, así que permítame finalizar.

»Primera ley: No se debe matar a nadie destinado a vivir.

»Segunda ley: No se le debe salvar la vida a nadie destinado a morir.

»Tercera ley: No se debe impedir que una pareja destinada a procrear lo haga.

»Cuarta ley: No se debe procrear con alguien de la época.

—Simples, lógicas y necesarias. ¿Y lo de ser mujer?

—Puede que le parezca un poco machista, pero las mujeres nos aseguran un mejor cumplimiento de la primera y cuarta leyes. Como comprenderá resulta esencial no matar a nadie de la época. Podría tratarse, por ejemplo, de uno de los antepasados de Sir Alexander Fleming y millones de personas habrían muerto de no ser por la penicilina.

—Sí, si no matar a nadie entiendo que es importante pero...

Castell intervino cortando su comentario.

—No es tan simple como parece. El viajero del tiempo, sea hombre o mujer, lógicamente irá con la intención de no asesinar a nadie, pero en el caso de una situación límite en que pudiesen matarle a él o a ella... Por puro instinto, en defensa propia, cualquiera haría lo que fuese necesario para sobrevivir, incluido el matar a otra persona. Disculpe si lo considera insensible o machista, pero en un combate cuerpo a cuerpo es más probable que muera una mujer que un hombre.

—¡Qué bonito! Me han elegido porque resulta más fácil asesinarme a mí que a Fabio.

—Por supuesto no deseamos que muera —aclaró Castell por si hubiera alguna duda—, pero siempre preferiremos sacrificar la vida del viajero del tiempo a la de cualquier persona de la época, lo que podría modificar nuestro presente.

—Pues como ya sabrá por el informe yo practico *kick boxing* y defensa

personal.

—Asumiremos ese riesgo. Intente no matar a nadie a patadas.

—¿Y sobre el tema de no acostarse con nadie de la época? ¿Por qué suponen que lo cumpliría mejor una mujer? Y no me dé una contestación machista de las suyas.

—Se trata de un tema que no tiene nada que ver con los instintos sino con la biología. Evidentemente no tengo forma de saber quién iría con mejor predisposición para respetar la cuarta ley, si usted o su ex amante... me refiero al habitual.

—Gracias por la aclaración —intervino Julia molesta.

—Permítame continuar. Lo que sí puedo asegurar con el cien por cien de garantías es que si el viajero del tiempo fuese un hombre, se acostase con alguna mujer de la época y ésta quedase embarazada el daño resultaría incontrolable. Puede que una de sus descendientes se casase con el abuelo de John Fitzgerald Kennedy en lugar de hacerlo su abuela y que el presidente elegido en lugar de Kennedy, que nunca habría existido, no hubiese manejado tan exitosamente la crisis de los misiles de Cuba, por poner un ejemplo. Sin embargo, si la viajera del tiempo fuese una mujer y se acostase con un hombre de la época, el posible producto de ese error sería más fácilmente... Controlable. Enviar a una mujer me da la posibilidad de una relativa reparación del daño. Aunque por supuesto todos confiamos en su profesionalidad y que esa situación no llegue a producirse, simplemente me da un margen de seguridad.

—Déjese de eufemismos, la reparación del daño consistiría en que abortase. No deseo pasar por eso, no se preocupe, no me acostaré con nadie mientras dure el experimento. Vivir en el siglo uno antes de Cristo será emoción suficiente. ¡Qué motivos más machistas tienen ustedes!

—Sólo prácticos, sentimos si le ofenden. ¿Creo deducir que a pesar de todo le interesa la operación?

—¿Cómo no iba a interesarme! Es una oportunidad única en la vida y para alguien como yo es un sueño. Si persiguiéndolo muero, qué más da. El viaje habrá merecido la pena.

—¿Acepta sin más? Ni siquiera me ha preguntado a cuanto ascenderán sus honorarios.

—Es verdad. Al final sólo me ha concretado lo que ganará el departamento, no lo que me pagarán a mí.

—Habíamos pensado en cuatro millones y medio de dólares.

Julia se puso a toser.

—¿Cuatro millones y medio? ¿Tanto?

—Hemos considerado que se trata de un trabajo extremadamente especializado, que implica una grandísima responsabilidad, con muchísimo riesgo personal inherente a él y con la nada despreciable posibilidad de que queden efectos residuales imprevistos sobre su salud a largo plazo —hizo una pausa mientras la observaba fijamente—. Pero si valora su vida y su salud en menos estoy dispuesto a revisarlo a la baja.

—No, no. Cuatro millones y medio es una cantidad razonable.

—Le ingresaremos la mitad ahora y la otra mitad al terminar el proyecto. Si este se suspendiese por decisión mía, porque considerase que existen problemas de seguridad o de algún otro tipo, seguiría recibiendo esa segunda mitad. Si usted decidiese dejarlo de forma unilateral no recibiría nada más. Si por algún motivo usted no llegase a... al final de la misión, le ingresaríamos ese segundo pago a la persona que usted nos designase.

Julia no dudó sobre el nombre de la persona.

—A mi tío. Frank, Frank de Marzo.

—Perfecto. Tenemos un acuerdo. Espero que negocie mejor en la Roma del siglo I antes de Cristo, estaba dispuesto a llegar hasta los cinco millones.

Julia sonrió y afirmó:

—Habría ido gratis.

Castell también sonrió.

—¿Alguna pregunta más?

—Sí, sólo una. ¿Con que estratagema me introducirán en la sociedad romana del siglo I antes de Cristo? Una mujer soltera y sin familia no tenía muchas opciones en aquella época. ¿Cómo conseguirán que la élite patricia me abra sus puertas habiendo salido de la nada?

—Nosotros nos comprometemos a llevarla allí con todos los fondos y material que necesite, el dinero no será problema. También nos encargaremos, por supuesto, de traerla de vuelta al presente. En lo que se refiere a introducirse en la sociedad patricia de la época y sobrevivir en ella, querida mía la auténtica experta es usted y va en su, nada modesto, sueldo... Diseñe el plan de batalla.

\*

### *Langley, quince días después*

Castell empezó a leer, delante de Julia y Blane, el listado con el material que ésta le había solicitado:

—Lingotes de oro equivalentes a un total de 30.000 dólares, una pistola con una sola bala, una linterna, dos cámaras digitales, dos bolígrafos, dos cuadernos, un ordenador portátil con pantalla táctil y la memoria más amplia que pueda encontrarse, veinte recargas de batería y un listado de programas para instalar que puedan manejarse sin conexión a internet, una grabadora, una fuente de fuegos artificiales, dos *walkie talkies* y tres metros de tela de lana blanca hilada a mano —Castell volvió a leer el listado en silencio, luego añadió—. Únicamente me preocupa un objeto... La pistola. Sabe que no puede emplearla como protección.

—Por supuesto, sólo la utilizaré para imitar a Júpiter Óptimo Máximo.

—¿Qué?

—No se preocupe, por eso únicamente he pedido una bala. Sólo la emplearé una vez para destruir un objeto.

—¿Qué objeto?

—Algo completamente prescindible, un vulgar trozo de madera.

Castell la observó en silencio durante unos instantes.

—Mientras sólo se trate de eso por mí de acuerdo. Todo aprobado.

—Entonces estaré lista para viajar un mes después de que usted me entregue ese material.

—Me parece un plazo razonable.

—También tengo un nombre para la Operación y el informe que redacte sobre ella: *Los Idus de Marzo*.

Castell sonrió.

—Lo encuentro muy apropiado. ¿Y cómo piensa introducirse en la sociedad romana del siglo I antes de Cristo?

—Muy fácil. Cayo Julio César lo hará por mí.

—¿Cómo va a conseguirlo?

—He dedicado toda mi vida a estudiar la suya, le conozco. Yo puedo ofrecerle algo que él encontrará irresistible.

## PUENTES DE EINSTEIN-ROSEN

Julia se encontraba en el centro del laboratorio ataviada con un vestido de lana blanca confeccionado por la Dra. Kristin Abrantes, experta en indumentaria grecorromana clásica. Las dos habían contactado mucho a nivel profesional durante el doctorado de Julia, pero la última petición de ésta le sorprendió. Se presentó en su taller con una tela de lana blanca hilada a mano, solicitó que le hiciera un vestido para un proyecto de investigación y la recompensó más que generosamente.

Los últimos días habían resultado muy estresantes para Julia. Estuvo muy nerviosa anticipando su viaje a Roma y reexaminando todos sus proyectos pero llegado el momento lo que más le inquietaba era el desplazamiento en sí mismo. Le preguntó varias veces a Blane en qué consistía, pero él siempre contestaba que resultaba difícil de describir. La explicación menos vaga que le dio fue que la sensación era semejante a verse sumergido en una sustancia similar a la clara de huevo y que el proceso consistía en atravesar zonas de luces y sombras según se aproximase a la zona del agujero negro o se alejase de ella. Concluyó asegurando que sólo podría comprender esa experiencia cuando la viviese.

Miró a su alrededor. Una enorme cristalera, dividía la sala en dos partes. Castell y Blane se encontraban a su lado pero la otra sección estaba abarrotada de técnicos monitorizando ordenadores. Julia reparó en una pequeña habitación que se encontraba en una esquina y preguntó:

—¿Está ahí?

Blane asintió.

—¿Duele?

—Yo no lo llamaría dolor. Molesta, se trata de una sensación extraña, como si el cuerpo se deformase.

—¡Buff! ¿Dura mucho?

—Mi viaje duró unos pocos segundos. Supongo que el tuyo tardará más.

—Claro. ¿Luego hay algún tipo de secuela?

—Aparentemente a nadie nos ha quedado ninguna, pero el máximo número de veces que he viajado yo han sido cuatro.

—No se preocupe. Cuando vuelva le haremos una resonancia para asegurarnos de que todo sigue bien —intervino Castell.

—¡Qué consuelo! Me siento como una cobaya ¿Alguna otra recomendación?

—Sí. No cierres los ojos —aconsejó Blane—. Resulta espectacular.

Indescriptible, pero espectacular.

—Eso me gusta. ¿Y la bolsa?

—La mandaremos unos segundos antes. Luego viajarás tú.

—De acuerdo.

—¿Alguna pregunta más?

—Creo que eso es todo —Julia inspiró profundamente—. ¿Abrimos la puerta?

—¿Está lista? —preguntó Castell.

Ella asintió.

Una masa de plasma gris, circular, de unos dos metros de diámetro levitaba en el centro del pequeño cuarto. Estaba llena de imperfecciones como el granito y mantenía un suave movimiento ondulante, como la superficie del mar un día de poco viento.

—Julia —ella no contestó—. ¡Julia!

—Sí, disculpen. Resulta hipnótico.

—Voy a mandar la bolsa —explicó Blane.

Se aproximó al agujero. Julia le acompañó.

—No, Julia. No atraveses esta línea.

Blane lanzó la bolsa hacia la sustancia. Julia observó cómo en su interior se formaba una esfera de color gris oscuro que se transformó progresivamente en negro. De su interior emergieron unas formas geométricas que en la profundidad de la esfera eran rojas y se convertían en blancas al acercarse a la bolsa. En ese momento ésta fue literalmente aspirada hacia la profundidad de la esfera y súbitamente el plasma grisáceo volvió a cerrarse sobre sí mismo.

Después de la sorpresa inicial Julia preguntó presa de la emoción:

—¿Y ahora la bolsa está en la Roma del Siglo I antes de Cristo?

—Tardará un poco en llegar. Algo más de un minuto. Lo que ha observado a lo lejos es la zona oscura, la bolsa ya ha entrado en ella, luego atravesará el agujero de gusano o puente de Einstein-Rosen, posteriormente cruzará el cono de luz y llegará a otro espacio-tiempo.

—Fascinante —comentó con una sonrisa.

—Recuerde que lo abriremos nuevamente el día quince de diciembre a las once de la noche y lo mantendremos en funcionamiento durante una hora. Si usted no volviese por algún motivo lo abriríamos nuevamente un mes después.

—De acuerdo.

—Eso es todo. Cuando quiera —concluyó Castell.

Respiró hondo y contestó:



—Cuanto antes mejor.

Se aproximó al plasma grisáceo que giraba pausadamente sobre sí mismo. Se detuvo, aguantó la respiración como quien se sumerge en una piscina y atravesó la línea sobre la que había advertido Blane. Entonces, con una mezcla de miedo y excitación, contempló como una esfera más oscura se formaba en el interior de la primera y unas extrañas formas geométricas, que mudaban del rojo al blanco, emergían hacia ella. Súbitamente fue absorbida hacia el interior y se sintió flotando en medio de una sustancia densa, como un gel, en el que estaban imbuidas formas geométricas que se deformaban curvándose y alejándose de ella creando una imagen fantasmagórica. Debía hallarse en el interior de la zona oscura. No sentía presión ni dolor, pero percibió que su cuerpo perdía sus dimensiones, contempló su torso y lo vio increíblemente alargado y deformado como si se estuviese mirando en un espejo de feria. En ese momento, la esfera negra comenzó a empequeñecer y un intenso estallido luminoso la cegó. Parpadeó varias veces, pero no fue capaz de vislumbrar nada. Cuando recuperó la visión volvió a contemplar la esfera negra pero ahora contenía en su interior otra más pequeña de color gris. Estaba abandonando la zona oscura y entrando en el agujero de gusano en sí mismo. La extraña sustancia gris ondulaba pausadamente a su alrededor pero las zonas más próximas a ella estaban distorsionadas como le ocurría a la luz al atravesar una lente. A lo lejos vio cómo se formaba una nueva esfera de color blanco, era el cono de luz. Al aproximarse volvió a ser cegada por un intenso resplandor. Cuando recuperó la visión comprobó que se acercaba a otra esfera negra. ¡Resultaba sorprendente! Un cono de luz aunque blanco por fuera era negro por dentro. Continuó experimentando una extraña sensación de ingravidez mientras a lo lejos se materializaba un círculo blanco que aumentaba progresivamente de tamaño. Era la salida del agujero. Al atravesarlo todo se distorsionó. Súbitamente se encontró rodeada por una extraña sustancia de color azul grisáceo algo menos densa que la anterior. Miró hacia atrás y observó la boca de un canal marrón que contenía numerosos círculos concéntricos.

«Adiós futuro».

Volvió a dirigir su mirada hacia la sustancia azul que le rodeaba.

«Hola pasado».

Un diminuto punto apareció a lo lejos y se vio arrastrada violentamente hacia él. Volvió a recuperar la percepción de su propio cuerpo y de su peso. Sintió que caía al vacío y seguidamente se desplomó sobre una superficie

dura.

Le costaba ver. Parpadeó un par de veces y quedó paralizada por la emoción.

## ROMA SIGLO I A.C.

*Roma, 15 de noviembre 45 a.C.*

Extracto del informe *Los idus de Marzo*. «No conocer lo que ha sucedido antes de nosotros es como seguir siendo niños», Marco Tulio Cicerón.

\*

Estaba en Roma, su Roma de hacía más de dos mil años. Contempló el cielo y lo vio rebosante de más estrellas de las que ella podía imaginar que existiesen. Una sonrisa de inmensa felicidad iluminó su cara. Escuchó los sonidos de la calle al otro lado del muro y se le llenaron las venas de vida y emoción.

Miró a su alrededor, se encontraba en el extremo sur del atrio de la casa de las vestales. Era el lugar ideal para aparecer porque no estaría ocupado por ninguna construcción durante los próximos dos mil setenta y un años y además no deseaba circular sola por las calles de la Roma de esa época. Por un lado sería demasiado peligroso hacerlo de noche y por el otro le habría resultado muy difícil acceder a él. El atrio de la casa de las vestales siempre le pareció un lugar mágico, pero en esos momentos su aspecto era el de un diamante reluciente comparado con las ruinas que se visitaban en el siglo XXI y quedó extasiada mientras contemplaba las esculturas de las vestales máximas, el agua corriendo por la fuente central y las puertas que daban al interior de la casa. Tras alguna de ellas estaba Cayo Julio César, y el corazón se le aceleró anticipando el encuentro. A un metro de ella, en el suelo encontró la bolsa que Blane había enviado. La abrió, rebuscó algo en ella, lo guardó en un bolsillo del vestido que le había confeccionado Abrantes y volvió a depositar la bolsa en la esquina sur del atrio.

Se dirigió hacia el despacho del Pontífice Máximo, que según su costumbre estaría trabajando mientras los demás dormían. Sabía aproximadamente en qué lugar de la casa se encontraría, pero no su ubicación exacta. Continuó por el atrio en dirección norte y vislumbró la luz de una vela filtrándose desde uno de los cubículos. En ese momento, dos esclavos salidos de la nada le gritaron que se detuviera, pero Julia echó a correr hacia la zona norte de la *domus*. Los esclavos la persiguieron hasta alcanzarla, se abalanzaron sobre ella y la inmovilizaron.

Era lo esperable.

Mientras forcejeaba por soltarse gritó con todas sus fuerzas:

—César, traigo noticias de Hispania. ¡Noticias de Hispania!

Julia le pegó una patada a uno de los hombres que la estaba sujetando pero el otro la arrojó al suelo. Ella intentó levantarse pero para entonces ya la tenían retenida entre los dos.

Julia volvió a gritar.

—Soltadme. Traigo un mensaje.

En ese momento Cayo Julio César salió de su despacho con cara de enfado mientras bramaba:

—¿Qué está pasando aquí?

Julia se quedó sin respiración. Sabía que le impresionaría el hecho de verle, pero no imaginaba que tanto. Era muy alto, delgado y fibroso, con el pelo castaño oscuro y unos ojos marrones y penetrantes que se clavaron en ella y le hicieron sentir un escalofrío. Le observó absorta durante unos instantes.

En ese momento uno de los esclavos informó:

—Hemos encontrado a esta intrusa circulando por el peristilo, no la conocemos, no pertenece a la casa.

Entonces ella despertó del hechizo y empezó a hablar desde el suelo.

—César, traigo noticias muy importantes y urgentes de Hispania. ¡Si no te interesara la información que voy a confiarte, luego puedes cortarme la cabeza!

—¡Vaya! Las mujeres no suelen pedirme que les corte la cabeza.

—¿Puedo levantarme?

Con cara de aburrimiento César hizo un gesto a los esclavos para que se liberasen. Julia inmediatamente se levantó. En ese momento el atrio de la casa comenzó a llenarse de gente, varias mujeres y algunos hombres. Julia les ignoró.

—Es información que te interesa. Te la envía un amigo de Hispania al que aprecias pero nadie más debe conocerla. Me insistió en que hablásemos a solas.

Él la observó de arriba abajo durante unos segundos mientras decidía. Luego añadió con un tono de voz hastiado:

—Regístrala por si llevase alguna daga.

Ella se dejó cachear mientras no dejaba de observarle.

—No lleva ningún arma, César.

—De acuerdo, hablaremos a solas, pero no me gusta que me hagan perder el tiempo y no olvidaré que has apostado tu vida a que la información me interesa.

—Sí, César.

—Los demás idos a dormir, esto no tiene la menor importancia.

Él la condujo a su despacho y se sentó mientras Julia permanecía de pie.

—Venga, dime, no tengo mucho tiempo... Antes no parabas de hablar y ahora callas. ¿Te arrepientes?

—Por nada del mundo César.

—Dime, ¿quién te envía?

Ella se armó de valor siendo consciente de que en ese momento se lo jugaba todo.

—Vengo del futuro a hacerte un regalo.

Él la interrumpió bramando.

—Pero qué clase de broma es...

Entonces se escuchó un terrible estruendo y la esquina de la mesa de Cayo Julio César quedó destruida, mientras la habitación se invadía de un característico olor a quemado y a pólvora.

Él la observó extrañado y temeroso mientras se ponía de pie apartándose de la mesa como si estuviera contaminada.

—No te he hecho daño, puedes confiar en mí.

Depositó la pistola en lo que quedaba de mesa y se puso de rodillas en dirección a Cayo Julio César. Entonces los dos esclavos entraron en la sala y al contemplar la escena permanecieron desconcertados sin saber cómo reaccionar. Ella rompió el silencio con un tono de voz estruendoso.

—Júpiter Óptimo Máximo ha hablado para probar al Pontífice Máximo la verdad de mis palabras.

César ignoró a los esclavos y permaneció mirándola intensamente a los ojos con una mezcla de indignación y curiosidad. En ese momento, como César no decía nada, los dos esclavos siguieron inmóviles sin atreverse a actuar. Julia aprovechó el momento y sin dejar de mirarle prosiguió:

—Ineptos, no avergoncéis a César protegiéndole de una mujer desarmada. ¡Dejadnos solos! ¡Júpiter Óptimo Máximo desea que le transmita un mensaje!

Los dos observaron a Julio César que después de unos interminables segundos, con la mandíbula contraída y el ceño fruncido asintió levemente con la cabeza.

Los esclavos salieron.

César caminó lentamente alrededor de la mesa en dirección a la pistola, mientras ella permanecía arrodillada en el suelo. Tomó la pistola con parsimonia y la miró con interés. Luego lentamente la olió y comentó sin

esperar confirmación.

—Esto no es obra de Júpiter Óptimo Máximo.

—No, César.

—¿Qué me impediría matarte ahora?

—Que no sabrías a qué he venido y además yo he cumplido mi parte del trato, he captado tu interés.

—Eso ya lo veremos. ¿Puede matar a alguien este... arma?

—Podría, pero ahora no tiene munición.

Siguió caminando, esta vez alrededor de ella.

—¿Vienes del futuro?

—Sí, César. ¿Puedo levantarme?

Él no se molestó en contestar por lo que Julia se levantó.

—Naceré exactamente dentro de dos mil veinticuatro años. He venido a través de un agujero en el tiempo.

—En principio soy una persona de mentalidad abierta, pero tendrás que probármelo.

—¿No lo he hecho ya?

—Necesitaré más.

—Tengo más.

—¿Cómo desde el futuro has venido a hablar conmigo? ¿Cómo sabes de mí?

—Porque serás el romano más destacado de todos los tiempos. Mi profesión consiste en investigar sobre tu vida.

—¿Para qué has venido?

—Para saber más sobre ti.

—Muy halagador de ser verdad, pero ¿qué gano yo con ello?

—Que tu verdadera historia, contada por ti, la conocerán las generaciones venideras y además te traigo un regalo.

—¿Qué es?

—Algo que siempre te ha fascinado y que nadie más en este mundo podrá darte como yo... conocimiento.

Se despertó llena de excitación en el cubículo que Julio César le había asignado. La noche anterior le comentó que necesitaba tiempo para reflexionar e hizo que los dos esclavos la escoltasen a una habitación con la orden de no dejarle hablar con nadie.

Ella podía oír todas las voces de la casa que llegaban hasta su dormitorio,

voces en latín, una lengua muerta que en esos momentos rebosaba vida y eso la llenó de emoción. A los pies de su cama contempló un vestido de color azul y sonrió. Seguramente sería una indumentaria más acorde a la moda de la época y él debió considerar que así llamaría menos la atención. Tras colocárselo se sintió renovada. Intentó peinarse a ciegas, porque no disponía de ningún espejo, aunque sí contaba con un cepillo. Los únicos útiles de aseo personal que le autorizaron para el viaje eran un cepillo del pelo, otro de dientes, pasta de dientes, jabón y un desodorante. No debía llamar la atención pero consideraron que por utilizar desodorante no se iba a modificar el espacio-tiempo.

Se dirigió hacia la puerta donde se encontraban los dos esclavos que ya conocía.

—No puedes salir<sup>6</sup>.

—César ordenó que no hablase con nadie, no que no pudiese salir. No soy una prisionera, sino una invitada. Si alguien intentase hablar conmigo decidle que no puedo contestarle por órdenes de César y así le estaréis obedeciendo. A cambio yo puedo ser muy generosa.

Les entregó dos pequeños lingotes de oro equivalentes a doscientos dólares. Una pequeña fortuna para ellos pero ni de lejos lo suficiente como para poder comprar su libertad. Se miraron en silencio y decidieron acompañarla.

—Por cierto, yo me llamo Julia ¿y vosotros?

—Yo me llamo Ligio, porque soy de Liguria y mi compañero Marco, es de Campania.

—Bonitos nombres. ¿Fuiste gladiador Marco?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Por tu aspecto y porque Campania cuenta con las mejores escuelas de gladiadores de la República.

—Sí, Julia, por eso me compró el *dómine*.

—Yo haré que sirváis muy bien al *dómine* y que además os beneficiéis económicamente con ello. Va a haber algunos cambios.

Mientras caminaban por el atrio divisó, ante una de las puertas, a una mujer de unos treinta y cinco años muy bien vestida que la escrutaba con curiosidad. Preguntó a Ligio:

—¿Es la *dómina*? ¿Calpurnia?

Él asintió.

Siempre le había considerado una buena mujer aunque con una existencia

muy desdichada. Le obligaron a casarse con Julio César, que era diecinueve años mayor que ella, por intereses políticos, ya que en aquella época la influencia política del padre de ella, Calpurnio Pisón, resultó beneficiosa para César. Por culpa de las campañas militares, durante los diecisiete años que llevaban casados no convivieron más que unos pocos meses. De hecho, él había llegado a Roma en octubre de ese mismo año, después de acabar en Hispania con el último rescoldo que quedaba de la guerra civil. Eran como dos extraños y él tenía todas las relaciones extramatrimoniales que deseaba sin molestarse en ocultarlo. Cuando dentro de cuatro meses él muriese, ella heredaría una suma considerable, se volvería a casar y sería aparentemente feliz, al menos durante el escaso tiempo que transcurriese hasta que naciera su primer hijo y ella muriese de parto. Con César nunca tuvo, ni tendría, hijos. La única hija legítima de César, Julia, murió de parto dando a luz al hijo de su marido, Pompeyo. La muerte de ella y el bebé inició el distanciamiento entre ambos que acabó con la guerra civil.

Julia volvió a centrarse en Calpurnia y en que tendría un destino triste, estuviese ella allí o no.

Calpurnia se dirigió hacia donde se encontraban los tres.

—¿Quién eres?

Julia sumisamente dirigió su vista hacia el suelo y Marco contestó por ella.

—Órdenes del *dómine*, *dómina*. No debe hablar con nadie.

—Cayo y sus secretos —murmuró mientras la contemplaba despectivamente, luego dio media vuelta y se dirigió hacia su habitación.

Entonces Julia se encaminó hacia la puerta.

—No debes salir.

—Vosotros me escoltaréis, además es menos probable que quiera hablar conmigo alguien por la calle que en esta casa. Os aseguro que el *dómine* no tendrá queja.

Cuando abrieron la puerta de la *Domus Pública* la luz y la vida de la mañana romana le dieron de lleno en la cara.

Entonces Ligio rompió la magia indicando:

—No nos vamos a alejar mucho.

Ella contestó:

—De acuerdo, únicamente daremos un pequeño paseo por el foro, la basílica Aemilia, lo que queda de la curia Hostilia, el Templo de Saturno, la basílica Julia, el templo de Castor y Polux y volveremos.

Marco asintió.



A pesar de lo que deseaba pasear por el foro sin sentirse vigilada, agradeció que la acompañaran Marco y Ligio, porque si no avanzar resultaría casi imposible. La multitud se agolpaba en el reducido espacio disponible, sobre todo en las proximidades de la Basílica Aemilia, por lo que Julia apreció mucho tener a alguien que le fuese abriendo camino.

La basílica Aemilia, de la que sólo se conservaban algunas piedras en el foro del siglo XXI, se erigía majestuosa rebosando vida, llena de personas que acudían a comprar en las *tabernae* que se ubicaban en su base y primer nivel. Contempló impresionada las diferentes alturas de la construcción con sus preciosas columnas y arcos. La gente compraba y vendía como en cualquier mercado del siglo XXI pero sus vestidos, su aspecto, su lenguaje... Para alguien como ella era vivir un sueño. Quiso comprar algo, pero no disponía de sestercios. Debería cambiar su oro por sestercios en cuanto pudiese.

Prosiguieron avanzando hasta la curia Hostilia, donde se realizaban originalmente las reuniones del Senado, pero que fue incendiada por los tumultos que se produjeron tras la muerte de Publio Clodio unos años antes. Sin embargo, a diferencia del resto de edificios del foro, la curia Hostilia, que se denominaría curia Julia después de su reconstrucción, se mantendría intacta hasta el siglo XXI gracias a que durante casi dieciocho siglos fue reconvertida en una iglesia.

A su izquierda pudo contemplar la higuera, la viña y el olivo a la orilla del pequeño lago Cucio que apareció, según contaba la leyenda, cuando Cucio, rico en juventud y valor, decidió sacrificarse a sí mismo para que se cerrase la inmensa sima presente en medio del foro. Julia ya había visto los tres árboles que en el siglo XX se plantaron como homenaje a los originales, pero ahora los genuinos se encontraban ante ella. Se acercó y acarició una de las hojas de la higuera. Luego se dedicó a admirar la Rostra, desde donde se dirigían al pueblo los más grandes oradores de todos los tiempos y prosiguió hacia el templo de Saturno, que era el lugar donde se custodiaba el tesoro de la ciudad de Roma. Torciendo de vuelta hacia la *Domus Pública*, pasaron por delante de la basílica Julia que estaba en construcción por orden de Julio César, en homenaje a la familia Julia, y sería donde se celebrasen los juicios a partir de entonces. Por último, continuando el camino de vuelta hacia la *Domus Pública*, admiró el impresionante templo de Cástor y Pólux, construido en el año 484 antes de Cristo y que presentaba un precioso pórtico columnado del que en el siglo XXI únicamente habían sobrevivido tres pilares. Julia extrajo su cámara digital del bolsillo y sacó fotos del templo de Cástor y Pólux, así

como del templo de Saturno y de la Basílica Aemilia. Contempló las imágenes en la pantalla de la cámara y sonrió. Entonces observó el bien más preciado de Roma, su población: los ricos, los pobres, los esclavos y prosiguió sacando fotos mientras se preguntaba cuántos de ellos serían antepasados suyos.

Después de unos apreciadísimos minutos Ligio y Marco la acompañaron de vuelta hacia la *Domus Publica*. Cuando ya estaban casi llegando Julia les preguntó:

—¿Cómo os tratan en la *domus*? ¿Qué tipo de vida lleváis?

—Estamos muy contentos, para un esclavo la vida en casa del Pontífice Máximo es bastante agradable. Se nos alimenta bien y el trabajo es aceptable. Las mujeres tienen que estar a disposición del mayordomo y del resto de invitados de la casa, pero no deberían quejarse, en otros lugares es muchísimo peor. Pudieron terminar en un lupanar o con un amo pervertido y anciano.

Julia entonces fue consciente de que estaba contemplando frente a frente lo que más le repugnaba de la República romana y de toda la antigüedad en general... La esclavitud. Sabía que era otra época y una construcción social que ella no podía modificar sin alterar el futuro, pero la esclavitud y el sexismo eran lo que empañaba la época que tanto amaba. Les sonrió y comentó:

—Necesitaría comer algo.

—Comeremos en la casa. Como el *dómine* no ha dado instrucciones te llevaremos el desayuno a tu cuarto.

—Muchas gracias —contestó Julia.

Cuando entraron en la *Domus Pública* a quien primero vieron fue a Julio César, con las piernas abiertas y los brazos en jarras, observándoles con el ceño fruncido.

—¿Dónde habéis estado? —gritó con un trueno de voz.

Julia respondió

—Disculpa, *dómine*. Estos esclavos han seguido fielmente tus órdenes. No he hablado con nadie. Me han cuidado muy bien y yo soy la única responsable si algo no te ha agradado. Acompáñame a mi dormitorio y lo hablaremos.

—¡No! Vayamos a mi *tablinum*.

—En mi dormitorio tengo información que te ayudará a decidir.

Tras una pausa resolvió:

—De acuerdo —y dirigiéndose a Marco y Ligio añadió—. Llevadnos dos sillas.

Entraron en el dormitorio de Julia. Se sentaron y les dejaron a solas.

—Gracias por el vestido.

—Ninguna invitada a mi casa se rebajaría llevando una indumentaria como la que trajiste.

Julia obvió el insulto.

—¿Qué has decidido?

—Todo depende. En el supuesto de que fuese verdad lo que dices... ¿Qué me contarías?

—Cualquier pregunta que tuvieses sobre el funcionamiento del mundo, del cuerpo humano o de cualquier otro tema con la excepción del futuro inmediato de Roma y por supuesto de los detalles de tu muerte.

Él clavó su mirada en ella.

—¿Es que voy a morir pronto?

—No César —mintió Julia—, pero si supieses en qué año fueses a morir y por qué causa, tal vez no realizases ese proyecto y teniendo en tus manos el destino de Roma, eso cambiaría el futuro para las generaciones venideras, incluyéndome a mí.

—En resumen, no me proporcionarás ninguna información que pudiese modificar mis decisiones.

—Exacto César, salvo en un punto que comentaremos si te interesa mi oferta.

—¿Sabré que tierras hay más allá del mundo conocido?

—Exacto César.

—Y cuáles son las fuentes del Nilo.

—Sí.

—¿Y cómo se mantienen las estrellas en la bóveda celeste?

—Te lo contaré todo sobre las estrellas, por qué al día le sigue la noche y viceversa, y la razón de que funcione el calendario que acabas de instaurar en Roma traído desde Egipto, su auténtico por qué.

—¿Y por qué algunas personas mueren jóvenes, sin causa externa evidente, de un dolor en la zona derecha del vientre?

—Sí, pero no podré salvar a nadie.

—¿Y por qué unas heridas del campo de batalla curan bien y otras mal y acaban matando a la persona?

—Sí, pero no te daré su cura. Eso cambiaría el futuro. También te hablaré sobre prodigios que ni siquiera sospeches que se puedan realizar y que el hombre ha conseguido gracias a su inteligencia. Podemos volar por el cielo y

hemos llegado a pisar la Luna. Además en el mundo civilizado muy pocas mujeres mueren de parto como le ocurrió a tu hija.

Él se la quedó mirando con un deje de profundo dolor.

—¿Y por qué la gente vive y muere?

—En lo que se refiere a las causas sí.

—¿Y qué pasa después?

—Eso nadie lo sabe con seguridad científica. Pero sí que conozco el origen de la Tierra y de la vida dentro de una mujer.

—¿Y nada que me ayude en la invasión de Partia?

—Nada. Yo retornaré a mi tiempo justo unos días antes.

—¿Cuatro meses?

—Cuatro meses me darás y te daré. Te garantizo que merecerá la pena.

Permaneció unos instantes acariciándose la barbilla.

—Me dijiste que tenías más pruebas de que es verdad lo que dices.

—Sí, te traigo algunos regalos más.

Sacó la linterna de la bolsa y le apuntó a la cara. Él puso la mano delante protegiéndose los ojos.

—Esta luz no proviene de ninguna llama ni quema, simplemente iluminará tu lectura por las noches, pero dosifícala bien, no durará mucho. Y para que escribas más cómodamente prueba esto.

Abrió el cuaderno, quitó el capuchón al bolígrafo y comenzó a escribir: *Donum Iuliae*<sup>7</sup>. Él los observó sin decir nada.

—Una última cosa —añadió Julia.

Sacó una de las cámaras de la bolsa, le sacó una foto y le enseñó la imagen en la pantalla. Él permaneció contemplándola en silencio durante unos minutos. Tomó la cámara de manos de Julia y la examinó desde sus diferentes perspectivas.

—Fascinante... ¿También me enseñarás cómo funciona esto? —preguntó señalando hacia la cámara.

—Por supuesto —contestó ella—, y otros artilugios tanto o más sorprendentes que también he traído.

—¿En qué consisten?

—Esta cámara de fotos te parecerá tan simple como una piedra comparada con ellos. Ya los verás... Si te interesa lo que te propongo.

—*Felix qui potuit rerum cognoscere causas*<sup>8</sup>. Está bien, te creo, me interesa. Vayamos al grano. ¿Qué quieres a cambio?

—Necesito que me presentes a toda la sociedad patricia de la época,

conocer a tus amigos, acudir contigo a las fiestas y reuniones que se organicen y escuchar todas las conversaciones que tengáis.

Él permaneció observándola con la ceja derecha levantada.

—Entiendo que te interese, aunque siendo una extranjera eso resultaría complicado hasta para mí. No tendría explicación y sería muy extraño. A ninguna mujer de la casa, excepto a la vestal máxima y a Calpurnia, se le permitiría todo eso. Ni tan siquiera con una de mis amantes debería actuar así.

—Por supuesto. Te comenté que no podrías cambiar nada que ya tuvieses decidido excepto un punto.

—¿Y ese punto es?

—Es demasiado tarde para mí como para ser acepada como vestal, así que sólo queda una opción. Tendrás que casarte conmigo.

Él se la quedó mirando como si estuviese loca y después de unos instantes contestó con una sonrisa despectiva:

—¿De ninguna de las maneras! Yo soy un Julio patricio y tú no eres patricia. Por muy del futuro que vengas, no pienso rebajarme tanto.

—No lo harás. La mujer y la hija pequeña de tu primo Lucio Julio César fueron asesinadas en Hispania cuando los pobladores del norte aliados de Quinto Sertorio arrasaron la ciudad de Lauro en la Hispania Citerior y nunca se encontraron sus cuerpos. Diremos que yo soy su hija, que los íberos me aceptaron en su poblado cuando tenía cinco años para ofrecerme como virgen a sus dioses, una especie de virgen vestal íbera, y que tras treinta años sirviendo a sus dioses me dejaron ir, igual que aquí las vírgenes vestales se comprometen a treinta años de servicio. Convencerás a tu primo Lucio Julio César para que me reconozca como su hija, pidiéndoselo tú aceptará. Él no tiene otros descendientes desde la muerte de su hijo Lucio el año pasado. Así, siendo una Julia, aunque con un acento un poco extraño por su crianza en tierra hispana, tendré una sangre patricia tan limpia como la tuya para que nos casemos.

—¿Y Calpurnia?

—Lo siento por ella pero tú ni la quieres ni le haces feliz, y ella tampoco te quiere a ti. Cuando murió tu hija Julia y se rompió el vínculo entre Pompeyo y tú, ya ofreciste a Pompeyo divorciarte de Calpurnia para casarte con la hija que él tenía de su anterior matrimonio. Si no lo hiciste fue tan sólo porque Pompeyo rechazó la oferta y Calpurnia lo sabe. Desde entonces no es que ella espere demasiado de ti. Diremos, y tenemos testigos sobre ello, que Júpiter Óptimo Máximo mandó un trueno para transmitirte que tienes que casarte

conmigo, porque sólo con una Julia podrás tener un hijo varón. Ante su padre, Calpurnio Pisón, y toda Roma declararás que ha sido una buena y virtuosa esposa, y que sólo te divorcias por designio de los dioses. Ella y su familia salvarán su dignidad. Al divorciaros le entregarás toda la fortuna que le correspondería si fuera tu viuda, con la única condición de que no podrá casarse de nuevo hasta que tú te dirijas a invadir Partia dentro de cuatro meses.

—¿Y qué hay con lo de no cambiar el futuro?

—Calpurnia y tú nunca tendréis hijos.

—¿Volveré a tener hijos?

—No.

Él permaneció en silencio durante unos minutos intentando asimilar esto último. Luego se la quedó observando mientras exploraba más opciones. Durante todo ese tiempo ella le miró a los ojos sin decir nada. Entonces él sonrió de una forma bastante enigmática y afirmó.

—Si no queréis que se modifique el pasado y por lo tanto el futuro, nadie vendrá aquí a hacerme daño para salvarte. He dirigido ejércitos durante muchos años y conozco innumerables formas de conseguir toda la información que me interese de alguien... sin incluir el tener que casarme.

Esto no le sorprendió. Por supuesto la amenaza de hacerle daño era una opción posible, teniendo en cuenta la época en la que vivían y que él había pasado casi los últimos quince años de su vida en la guerra. Aun así había esperado que él no llegase a tanto.

Julia le siguió mirando fijamente a los ojos y contestó:

—Podrías intentarlo.

Él sonrió despectivamente.

—No lo intentaría, lo conseguiría.

—Estás muy seguro sobre ello pero hay algo que no sabes de mí y que me hace extremadamente impredecible. No me importa morir.

—A todo el mundo le importa morir.

Ella encogió los hombros.

—Hay cosas más importantes que vivir o morir. Este viaje que he realizado vale por toda una vida. *Ignavi coram morte quidem animam trahunt, audaces autem illam non saltem advertunt*<sup>2</sup>.

—Así que citándome, ¿eh?

—¿Cómo osaría contradecirte César?

—«Es más fácil encontrar personas dispuestas a morir que a soportar el

dolor con paciencia»<sup>10</sup>. No te mataría, hay cosas peores que morir... y hablarías.

—Hay cosas peores que morir... y no hablaría, me mataría antes.

—No te dejaría nada con lo que hacerlo.

—*Certus es?*<sup>11</sup> ¿En serio crees que puedes hacer eso? Ayer destrocé tu mesa con un instrumento de metal que cabía en la palma de mi mano. ¿Cómo sabes que en el futuro no disponemos de venenos que podamos esconder en la uña o dentro de un diente? Cuando no aguante más me lo tomaría. Tú tienes razón en que a ti no podemos causarte ningún daño, pero a mí sí que puedo matarme sin que cambie el futuro. Yo perdería mi vida, a la que por cierto no tengo demasiado apego, pero me aseguraría de que tú no consigueses absolutamente nada.

Él la observó mientras sopesaba si le estaba diciendo la verdad y sería capaz de ello, o sólo quería que él lo creyese.

Julia prosiguió.

—¿Para qué arriesgarte a perder toda la información que puedo proporcionarte? No te pido tanto, ya te has casado cuatro veces antes y se trata sólo de un formalismo. No tendría motivos para ocultarte ninguna información, excepto la que pudiese cambiar el futuro. Y desde luego te lo contaría todo de forma bastante más alegre y detallada que bajo tortura. Lo que te enseñe sobrepasará tus más exagerados sueños. El precio es mínimo respecto a lo que ganarías. Además, ten en cuenta que parte de mi misión consiste en volver a mi tiempo y completar para la historia toda la información que se ha perdido sobre tu vida. Aprovechate de mí y sé tú el que cuente a las generaciones futuras cómo viviste, qué soñabas, los sacrificios que realizaste y cómo valoras lo que conseguiste. Siempre quisiste ser tú mismo quien relatase la historia de lo que lograste, como ya hiciste con la guerra de las Galias y la guerra civil. Si me suicido no podré llevar esa información al futuro. Tú tienes razón en que nadie acudirá a salvarme, pero tampoco volverá nadie para completar mi misión, quedará cancelada para siempre. Yo te garantizo no sólo conocimiento, sino también tu versión para la posteridad.

Él permaneció observándola en silencio durante unos minutos. Luego sonrió e intervino:

—Está bien, la guerra es dura y cruel y sé vivir con ella, pero sin embargo, me repugna la tortura. La verdad es que siempre opté por emplear otros sistemas... Salvo en contadas ocasiones. Bueno, ¿dónde estábamos? ¡Ah sí! Creo que tengo una decisión que tomar.

La examinó en silencio durante unos minutos. Ella lo rompió diciendo:

—Si no te interesa mi propuesta por mi parte no supone ningún problema. Cicerón opina que lo que más satisface a la mente es predecir lo que va a suceder<sup>12</sup>. Además está recién divorciado. Si a ti no te convence este acuerdo tengo más opciones. Acudiré a ofrecérselo a Cicerón... O a Poncio Aquila — añadió Julia con una sonrisa malévol.

Julio la taladró con la mirada echando fuego por los ojos.

—Este chantaje puede salirte muy mal. ¡Ahora sí que me has desafiado! Si tienes en tu cabeza todo lo que yo supongo, no permitiré que nadie más acceda a ello y menos aún Cicerón o el infame y despreciable Poncio Aquila. Te mataría antes. O te mantengo cerca para tenerte controlada a ti y a la información que puedas tener o te elimino, después de tu comentario no me dejas más opciones. Resultas demasiado peligrosa.

Julia encogió los hombros como si estuviesen hablando del tiempo.

—Pues parece que va a ser todo o nada. Para mí... Pero también para ti. Si me matas o haces que me suicide no tendrás segundas oportunidades. ¿Cuántas personas a lo largo de la historia de la humanidad crees que han tenido una ocasión así? Si la pierdes no eres el hombre que Roma y la historia creen.

Estuvo callado unos instantes, escrutándola sin ningún tipo de recato mientras cavilaba.

—Casarnos...

—Absolutamente todos tus matrimonios estuvieron siempre motivados por el interés político. No me digas que tienes reparos a estas alturas. Tú en estos momentos, sin contar con la ayuda de nadie, tienes todo el poder político posible sin necesitar un matrimonio de conveniencia para afianzarlo. Puedes permitirte el lujo de casarte por el motivo que quieras. Vuelve a casarte por interés y hazlo conmigo porque pocas cosas pueden resultar más interesantes que conocer el futuro. Si tan peligrosa me consideras la solución es muy fácil, tenme de tu lado que es precisamente lo que te estoy proponiendo. ¿Por qué te lo piensas tanto? Seguro que Cicerón o Poncio Aquila ya habrían aceptado. No he recorrido dos mil años para menos. Deberías sentirte orgulloso... Y aliviado de que te lo haya ofrecido a ti antes.

—Lógico, el primer hombre de Roma soy yo.

—Evidentemente. Pero en esta época, para lo que yo tengo en mente; hombres patricios o plebeyos que sean senadores y me hubiesen resultado convenientes como maridos existe una cantidad más que respetable, cerca de novecientos. Con suficiente influencia como para moverse en los círculos en



donde a mí me interesa obtener información unos... pongamos cincuenta. Mujeres que conozcan todo lo que sucederá en el futuro sólo una. Tú mismo.

La traspasó con la mirada durante unos segundos.

—Supongo que si has estudiado mi trayectoria tendrás asumido que cuando alguien incumple una promesa lo paga con su vida. Puedo tolerar muchísimas cosas pero nunca que me engañen.

—No te arrepentirás, te lo garantizo. Si te convirtieses en mi marido sé que legalmente podrías matarme sin dar explicación alguna. En el peor de los casos yo moriría pronto y tú proseguirías con tu vida como si nada hubiese ocurrido. No pierdes nada.

Julio esbozó una sonrisa maquiavélica.

—Has apostado tu vida. Tenlo siempre en mente —luego continuó cavilando unos segundos más y añadió—. Nunca le comentarías a nadie más quién eres ni de dónde vienes.

—Si aceptas, por supuesto que no. Yo soy la primera interesada en que nadie más lo sepa. Cuanta más gente lo conociese más riesgo correría de que se modificase el futuro.

—Cualquier información que tuvieses sobre el futuro únicamente me la revelarías a mí.

—Por supuesto. Todo lo que pudiese contar te lo desvelaría a ti y sólo a ti.

—Absolutamente nadie más en toda Roma tendría acceso a la información que pudieses proporcionar.

—Ya te he contestado que únicamente tú.

Él permaneció en silencio durante un par de minutos. Entonces ella lo rompió diciendo:

—¿Cuánto tiempo más estaremos fingiendo que no lo has decidido ya? Reconoces una ocasión única cuando la ves.

Él la examinó fijamente.

—Por muy del futuro que seas te recomiendo que no te pases de lista conmigo —tras unos instantes prosiguió—. Me has garantizado que todo lo que me enseñes superará mis más exagerados sueños, pero yo soy capaz de soñar con mucho.

Julia respiró hondo. Luego asintió y afirmó.

—Mantengo lo dicho.

—No creo que tenga problemas con Lucio ni con Calpurnio —se dirigió hacia la puerta pero antes de llegar a ella se giró.

—Lo que está aquí en juego es tu vida, no la mía. Un quinto matrimonio,

como si se tratase de un sexto, tanto me da. Si me decepcionara lo que me aportases me libraría de ti y mi vida proseguiría como si todo este asunto sólo se hubiese tratado de una insignificante molestia a la que no dedicaría ni dos segundos de mi pensamiento. Como muy bien has dicho yo no pierdo nada, pero ten por seguro que tú lo perderías absolutamente todo.

Julia volvió a asentir.

—Cumpliré con lo acordado.

—Más te vale... Como ya te comenté siempre sueño con mucho.

Él cerró la puerta y se fue.

Julia se desplomó sobre la silla y respiró aliviada. Reexaminó la conversación y reflexionó sobre las que habían sido sus verdaderas opciones. Si la hubiese torturado ella se habría suicidado sin la menor vacilación, en eso fue sincera. Sin embargo, le había mentido sobre algo, no podía casarse con ningún otro por el sencillo motivo de que César viviría únicamente cuatro meses más, así que cualquier cosa que le contase moriría pronto con él. A eso se añadía la gran ventaja de que él tampoco estaba destinado a tener más hijos con ninguna otra, por lo que su boda no interferiría con la tercera ley. Además, dado que su interés profesional consistía en conocer más sobre su asesinato, necesitaba averiguar de primera mano la relación que este tenía con los conspiradores y sólo lo conseguiría si estaba ubicada en su círculo más íntimo. Por otro lado, en aquella época la situación de una mujer soltera y sin familia podía resultar extremadamente precaria y susceptible a todo tipo de agresiones. Tenía capital, aunque tampoco demasiado, porque llevarse mucho más al pasado podría cambiar el futuro. Como criada o esclava en la *domus* conseguiría muy poca información y estaría sometida a los más que probables abusos por parte de cualquier hombre, invitado o esclavo, que circulase por la casa, como era habitual en aquella época. Resultaba obvio que casarse era la única forma de estar protegida, y por todo lo que había razonado, él era el único candidato posible. Además, con ese enlace, se aseguraba de que la única persona en toda Roma que podría hacerle daño fuese él... y eso no sucedería mientras consiguiese lo que le interesaba. Casándose con él las soluciones a todos sus problemas encajaban con una armonía casi perfecta.

No había sido un mal día. Ella había conseguido lo que quería y él no se arrepentiría porque a cambio recibiría todo lo que le había prometido... Al menos durante los cuatro meses que le quedaban de vida.

## LA SPONSALIA

*Roma, 28 de noviembre 45 a.C.*

Extracto del informe *Los idus de Marzo*.

*Sponsalia*: Ceremonia latina que consistía en la oficialización del noviazgo. Incluía la reunión de las familias, la celebración de ciertos ritos como el intercambio de los anillos de hierro y la firma de compromisos administrativa y económicamente vinculantes. La *sponsalia* entre Cayo Julio César y Julia se realizó en la casa de Lucio Julio César el 28 de noviembre del 45 a.C.

\*

Todo transcurrió en menos de dos semanas. Los requerimientos legales para el divorcio eran muy sencillos en la antigua Roma. Cayo Julio César se dirigió con Calpurnia a la casa de su suegro Calpurnio Pisón, con los que ya había comentado el tema, y pronunció las palabras oficiales requeridas para el divorcio:

—*Tuas res tibi habeto*<sup>13</sup>.

Declaró, en presencia de todos, que se veía obligado a divorciarse de Calpurnia por el único motivo de que Júpiter Óptimo Máximo le había exigido que se divorciase de ella debido a su esterilidad, ya que le auguró que con ella nunca tendría hijos. Le entregó toda su dote y, adicionalmente, la cantidad que le habría correspondido como herencia en caso de viudedad. Además añadió:

—Anuncio ante el pueblo de Roma que ha sido una esposa digna y virtuosa, que ha cumplido las obligaciones maritales honorablemente como se esperaba de la mujer del César y de la hija de Calpurnio Pisón, y que lamento que los dioses me hayan colocado en esta situación.

Calpurnio Pisón le agradeció sus palabras y Julio César abandonó la *domus* habiendo dejado a Calpurnia como una de las mujeres más acaudaladas de Roma.

Para Julia, la vida en casa de Lucio Julio César resultó excepcionalmente agradable y emocionante. Cuando Cayo Julio César la llevó a ella, el mismo día en que iba a divorciarse de Calpurnia, le informó de que allí residiría hasta el día de la boda. Comentó que había solicitado a Lucio que la reconociese, ante toda Roma, como la hija que hacía mucho tiempo desapareció en Hispania para así poder justificar el linaje de Julia antes de la boda, que Lucio supuso que los motivos de su primo para casarse eran puramente románticos y él dejó que se lo creyera. El reconocimiento oficial

por parte de Lucio, que no tenía más hijos, era legalmente tan vinculante como la adopción, así que a partir de ese momento nadie dudó de que Julia fuese una patricia de la *gens* Julia. Ante todos Lucio se comportó como un padre para ella y se aseguró de que las esclavas de la casa le informasen de todo lo necesario para el manejo de una *domus* romana patricia como futura *dómina*. Sin embargo, durante los seis días que estuvo viviendo con él no conoció a nadie de la familia, ni siquiera a Marco Antonio ni a sus hermanos, que eran sobrinos de Lucio y por lo tanto a partir de entonces primos hermanos de ella. César había solicitado a Lucio que no presentase a Julia a nadie de la familia hasta el día de la *sponsalia* y ese momento por fin había llegado.

Las *sponsalia*, o celebración del noviazgo, consistía en la reunión de ambas familias, que en este caso era la misma, la colocación de un anillo de hierro por parte del novio en el dedo anular de la novia, la firma del contrato donde se especificaba la cantidad de la dote y la celebración de un banquete. En privado, Cayo Julio César acordó con Lucio en que no se tenía que preocupar por la dote de Julia porque la pagaría él mismo, aunque en el contrato público constaría una cantidad exorbitante, como correspondía a una familia patricia emparentada con el dictador vitalicio.

Julio llegó a la casa de Lucio cinco horas antes de la *sponsalia* para tener tiempo de hablar con Julia. Estuvo durante un largo rato charlando con Lucio en el *impluvium* antes de pasar a la habitación de ella. Mandó salir a las esclavas y se sentó a su lado.

—Todo está en marcha.

—Sí, has manejado el tema fantásticamente, muchas gracias.

—No hay por qué dárme las, este era el trato y yo también pienso cobrar mi parte.

—Por supuesto, todo se desarrollará según te prometí. Sólo existe un último problema que me preocupa.

—¿Qué puede preocuparte? ¿Qué más puedes querer? Vas a ser mi mujer delante de toda Roma. No tienes tu suerte.

Ella pensó en lo incómodo que resultaba el tema que iba a plantear y no sabía cómo reaccionaría él. Entonces respiró hondo y preguntó:

—¿Además de con Cleopatra te acuestas con alguna otra o tienes intención de acostarte con alguna otra?

Él primero permaneció observándola con asombro y luego soltó una carcajada.

Ella consideró que, dentro de lo que cabía, era la mejor forma de abordar

el tema por parte de los dos, con sentido del humor.

—Aún no estamos casados, no existe nada romántico en este matrimonio y ya pretendes controlar mis idas y venidas. Veo que las mujeres no van a cambiar a lo largo de toda la historia —luego en un tono de voz más serio prosiguió—. Opinar sobre a donde voy o dejo de ir no forma parte de lo que acordamos para este matrimonio.

Ella asintió y contestó.

—Por supuesto, y estoy completamente de acuerdo con eso. Si necesito saber de tus idas y venidas es por un motivo contrario al que supones. Con Cleopatra no tendrás más hijos, así que da igual que te acuestes con ella o no, pero si tuvieses otra amante de la que la historia no supiese nada, tal vez su destino fuese quedar embarazada de ti y alguno de los descendientes de ese hijo podría desempeñar un papel importante en la historia. Si tuvieses otras amantes además de Cleopatra quiero que sigas acostándote con ellas al... —él la observó fijamente incrédulo, Julia carraspeó y prosiguió incómoda— ... Ritmo habitual. De no tener ninguna otra amante sería lo ideal, porque resultaría una complicación menos.

Él primero la observó sorprendido, pero su expresión se fue endureciendo por momentos.

—Actualmente no hay otras complicaciones, y ya que tú has planteado esta conversación, tan íntima e incómoda, no te va a salir gratis. ¿Tú estás casada en tu mundo? O... como tú lo expresas, ¿te acuestas con alguien?

—Ha habido alguien pero ya no.

—¿Estabas casada con él?

—No.

—¿Ha muerto?

—Para mí sí.

—No parece muy convencida.

—Más vale que lo esté.

—*Agnosco veteris vestigia flammae*<sup>14</sup>.

Permaneció mirándola unos segundos. Luego prosiguió.

—¿Te acostabas con él?

—Sí.

Él resopló con disgusto, se la quedó mirando con repugnancia y al cabo de unos segundos dijo a voz en grito:

—Si mis motivos para casarme contigo fuesen otros, el matrimonio tendría que cancelarse. Bueno, no sé cómo serán las costumbres maritales ni

reproductivas en tu tiempo pero hay una cosa que debe quedarte clara, si vas a convertirte en mi mujer olvídate de acostarte con ningún otro o que alguien pueda insinuar que tu comportamiento no es decoroso. Mi mujer debe estar por encima de toda sospecha<sup>15</sup>. Ante los ojos de los demás simularás ser una cándida virgen hasta el día de la boda y después tu comportamiento deberá ser intachable. ¿Está claro?

—Por supuesto, no te preocupes, así será, no tengo intención de acostarme con nadie mientras permanezca aquí. Eso violaría una de las leyes del viaje en el tiempo.

—¿Con nadie? ¿Ni siquiera con tu marido? —preguntó en tono irónico—. Yo, que me he acostado con la mitad de las mujeres de Roma y la Galia, ¿no voy a acostarme con la mía que encima ni siquiera es virgen? Menuda burla, creo que ya me estoy arrepintiendo de esto. Más vale que el resto de lo que me aportes se ajuste a todo lo que convinimos y me deje completamente satisfecho, porque si no aún estoy a tiempo de cortarte la cabeza.

Se levantó bruscamente y salió con gesto serio y sin mirar atrás.

—¡Machista asqueroso! —exclamó ella en cuanto él hubo cerrado la puerta.

Estaba claro que en el futuro había idealizado a este tiempo, y a este hombre, y por un momento fue consciente de que todo lo que había planeado, y su propia vida, dependían de una persona a la que tal vez no conociese en absoluto. Por primera vez desde que inició su viaje, comenzó a sentir miedo y se dio cuenta de que en el fondo él tenía razón, no quería morir, ahora no, ahora tenía demasiado por descubrir.

Todo se sucedió como si Julia estuviese en un sueño. Las esclavas la vistieron con un precioso vestido naranja que resaltaba su color de piel y le recogieron el pelo en un moño del que salían unos rizos que cuidadosamente se colocaban a modo de flequillo. Entonces su padre, Lucio, fue a buscarla a sus habitaciones y con una inmensa sonrisa le dijo que estaba preciosa. Ella le correspondió con otra sonrisa, pero su gesto se notaba forzado por la tremenda opresión de tristeza y miedo que sentía en el pecho. Lucio lo atribuyó todo al nerviosismo por la *sponsalia*, le tomó delicadamente de la mano y la guio hasta el comedor. Cuando entraron, todos se giraron para mirarles. Pudo observar que toda la familia se encontraba ahí. Le fue fácil reconocer a Octavio, el futuro emperador Augusto, por su parecido con las estatuas. Era un delicado joven de apenas dieciocho años con una belleza casi femenina. Ella le observó fascinada como intentando vislumbrar la portentosa fuerza interior

que acabaría determinando su asombroso futuro. En ese momento, se acercó un hombre muy alto y extremadamente musculoso, con una nariz aguileña que tendía a unirse con una barbilla grande y prominente. En ese momento supo que estaba delante de Marco Antonio.

—Mi querida prima, al fin nos conocemos —susurró mientras le tomaba la mano y la contemplaba con una sonrisa seductora.

—Querido primo Antonio —contestó ella mientras miraba discretamente al suelo.

Se aproximó más a ella y en un tono de voz más bajo añadió:

—No acabo de creermelo que seas hija de Lucio.

A Julia se le aceleró el corazón y no pudo evitar que su rostro mostrase una expresión de espanto. Por suerte se encontraba mirando hacia el suelo. Intentó serenar su cara antes de levantar la vista hacia él con fingida ingenuidad, como si no entendiese su cometario.

—¿A qué te refieres?

—Es imposible que el tío Lucio haya tenido una hija tan guapa.

Julia sonrió aliviada mientras consideraba que su fama de sinvergüenza no era innecesaria. En ese momento cayó en algo, dirigió su mirada hacia la multitud y a lo lejos divisó a Julio que la observaba con el gesto serio y la mandíbula contraída. Por suerte para Julia, Lucio acudió al rescate e intervino.

—Sobrino, no trates de monopolizar a la novia y deja que la conozca el resto de la familia.

Le presentó a Atia, sobrina de Julio, y a sus hijos, Cayo Octavio y Octavia. Se sintió muy cómoda con ellas, aunque Octavio resultaba excesivamente observador e inquisitivo.

—Me alegro mucho de conocerlos. Me han hablado mucho de vosotros.

—Los que nos alegramos somos nosotros —aseguró Atia—. Debió ser horrible pasar tanto tiempo alejada de tu familia en ese poblado íbero.

—Sentí mucho la muerte de mi madre. Falleció de unas fiebres al inicio del cautiverio, cuando yo acababa de cumplir cinco años, pero por lo demás los íberos me trataron muy bien. Quinto Sertorio había ordenado a sus aliados íberos que se respetase a la población civil de Lauro. No me liberaron, ni pidieron ningún rescate por mí, porque me asignaron al servicio de sus dioses como virgen de Baal-Melkart. Es similar al dios Baal de los cartagineses que los íberos habían adoptado después de tantos años de conquista cartaginesa. Para nosotros sería equivalente a Hércules, a Saturno y a Cronos, y por lo tanto regente de las pruebas y el tiempo.

Cuando Julia decidió que dios pretendería que adoraba este le pareció el más apropiado.

—Pobrecita, te obligaron a servir a un dios de origen cartaginés...

—Yo intenté asimilarlo a los dioses de mi madre.

—¿Y te acordabas de ellos con tan sólo cinco años? —inquirió Octavio penetrándola con la mirada.

—Sí, en eso tuve suerte, recuerdo todo lo que mi madre me enseñó.

Mientras lo decía miró hacia la derecha.

—Tu latín tiene un acento extraño, pero lo hablas bastante bien como para ser el latín que aprendiste con tan sólo cinco años —señaló Octavio.

—Sí, se me dan bien los idiomas.

—Dinos algo en íbero.

—¡Octavio ya vale! ¿No ves que le estás haciendo recordar una época muy dolorosa? —le reprendió Atia.

—No tengo ningún inconveniente Atia, de verdad —Julia caviló durante un par de segundos y luego añadió—. *I am very happy to be here.*

—¿Qué has dicho?

Por suerte, como había supuesto, ninguno de ellos hablaba íbero, y el inglés y el íbero no se asemejaban en nada al latín, al contrario que el español, otra lengua que también conocía.

—Que estoy encantada de estar aquí.

—Querida Julia, nosotros también. ¿Necesitas algo? El primo Lucio es encantador, pero vive sólo y aislado con sus esclavos. ¿Necesitas conocer más sobre la moda de Roma? ¿Dónde comprar? ¿Quién es quién? ¿Los platos más exquisitos para cuando organices una cena? —se ofreció Atia.

—Sí, por favor, me encantaría saber todo eso y además lo necesito, me encuentro un poco perdida. También querría pedirlos que me enseñaseis algo sobre hilar la lana —solicitó pensando en la doctora Abrantes.

—Pero querida, por supuesto que sabemos y si lo deseas te enseñaremos, pero casi ninguna dama patricia lo hace ya, aunque sea considerado una de las grandes virtudes de las matronas romanas.

—He pasado mucho tiempo fuera, quiero honrar todas las tradiciones. Además, creo que Julio lo apreciará.

—Estará encantado. Políticamente se le considera demasiado revolucionario, pero siempre es exquisito a la hora de respetar las tradiciones.

—¿Podría visitaros mañana, Atia?

—Vendremos nosotros y luego te llevaré de compras.



En ese momento Lucio solicitó que se aproximase porque la ceremonia de colocación del anillo de compromiso iba a comenzar.

Mientras se alejaba, Octavio permaneció observándola.

«Algo ocultas Julia, no sé qué es pero algo ocultas. Mientras contabas tus recuerdos sobre Hispania mirabas hacia la derecha. He comprobado que cuando la gente recuerda mira hacia la izquierda, cuando planifica el futuro o se inventa algo dirige la vista hacia la derecha. Me apuesto lo que sea a que en tu vida has estado en Hispania. ¿Julio lo sabrá? Es muy bueno juzgando a las personas. ¿Por qué a pesar de todo acepta tus mentiras? Esto es muy extraño».

Ajena a lo que cruzaba por la mente de Octavio, Julia se dirigió hacia donde se encontraban Lucio y Julio.

La palabra «*sponsalia*» provenía de «*sponsio*» que significaba prometer en latín. Con la ceremonia que iban a realizar, ambos se comprometían a contraer matrimonio. Aunque, según la tradición se solía esperar entre tres y seis meses, en este caso la boda tendría lugar a la semana siguiente. Julia sólo iba a permanecer en Roma tres meses y medio más, por lo que necesitaba aprovechar el tiempo. La excusa oficial que pusieron fue que Julio iba a abandonar Roma para ir a la campaña contra Partia en menos de cuatro meses por lo que todos entendieron tanta premura, ajena a la tradición establecida, para la boda.

Cuando se aproximó a donde se encontraban los dos hombres, todos los invitados guardaron silencio. Entonces Julio dirigiéndose a Lucio pronunció la frase requerida.

—*Spondesne Gaiam, tuam filiam, uxorem dari*<sup>16</sup>.

—*Spondeo*<sup>17</sup>.

Entonces los dos clamaron a la vez.

—*Di bene vortant*<sup>18</sup>.

Y el resto de invitados contestaron:

—*Di fortunabunt vostra consilia*<sup>19</sup>.

Aunque Julia conocía sobradamente el ritual, al vivirlo como protagonista fue amargamente consciente de que en una ceremonia en la que se decidía todo el futuro de una mujer no se consideraba necesario que ella pronunciase ni una sola palabra.

En ese momento Julio, el *sponsus*, colocó el *anulus pronobus*, o anillo de compromiso, que según la tradición tenía que ser de hierro, en el *anularis* de Julia, la *sponsa*.

Seguidamente, Julio y Lucio firmaron el contrato donde se estipulaba la cantidad de la dote y el pago en concepto de indemnización si la boda no llegaba a producirse.

Posteriormente, Julio le entregó los regalos protocolarios: vestidos, joyas y útiles de aseo. Ella a su vez le obsequió con una toga, una magnífica espada y una púa de oro para escribir sobre cera que le había proporcionado Lucio. Además envuelta en medio de la toga, Julia había colocado una de las cámaras de fotos. Eso no cambiaría el futuro porque las pilas no le durarían mucho. En ese momento Julio, protocolariamente, le dio el ósculo *intervinente*. Ese beso aseguraba que en caso de muerte prematura del *sponsus*, ella tuviera derecho a la mitad de la cantidad prometida por este. Por las particularidades de esta boda eso a Julia le resultaba indiferente porque para cuando él muriera ella ya estaría casada y desde luego no tenía la intención de llevarse al futuro ninguno de los bienes de él.

Entonces pasaron juntos, seguidos de los invitados, al comedor.

Durante todo el tiempo que duró la ceremonia Julio no la miró ni una sola vez.

La semana siguiente transcurrió increíblemente rápida. Atia acudía a casa de Lucio cada día, junto con Octavia y Octavio, para enseñarle a hilar y a llevarla de compras a las *tabernae* preferidas por las matronas. Para ello, Julia le pidió a Lucio que le cambiase parte del oro que había traído por sestercios pero él se negó.

—Compra lo que se te antoje y que lo carguen a nuestra casa. Creo que aún puedo permitirme el mantener a mi hija —repuso Lucio.

Julia se lo agradeció. Le recordaba a su padre: increíblemente dulce, buena persona, exquisitamente honrado y siempre tan educado. Le produciría mucha tristeza salir de la seguridad y cariño de la casa del Lucio para vivir en la de Julio, pero era parte de su misión. Decidió centrarse en proyectos felices y salió de compras con Atia, Octavia y Octavio. Este la observaba y examinaba, pero no volvió a preguntarle nada. Julia supuso que esa nueva actitud debía atribuirse a que Atia le habría reconvenido por ser tan indiscreto con el interrogatorio al que sometió a Julia el primer día.

Sin embargo, nunca fueron a visitar otras patricias amigas de Atia. Aunque Julia se había convertido en la última sensación y gran cotilleo de Roma debido a su triste pasado, su noble linaje y su futuro matrimonio con el Dictador vitalicio y todos deseaban conocerla, Julio prohibió presentársela a

nadie ajeno a la familia hasta que no estuviesen casados.

Así trascurió para Julia su última semana como soltera.

Durante ese tiempo no volvió a ver a Julio.

## MATRIMONIO

Extracto del informe *Los idus de Marzo*. Matrimonio: Palabra de origen latino derivada de la expresión *matris munium*, donde «*matris*» significa madre y «*munium*» cuidado de. Por ello la palabra matrimonio quería decir «el cuidado de la madre», haciendo referencia a que en ella el papel de la mujer tenía sentido exclusivamente vinculado a su capacidad reproductiva. En la tradición de la antigua Roma era muy importante elegir bien la fecha de la boda. Las jornadas consideradas óptimas para casarse eran las de la segunda mitad del mes de junio dado que se consideraba favorable la proximidad al solsticio de verano. Sin embargo, se desaconsejaba que el enlace tuviera lugar cualquier día festivo y adicionalmente entre el 13 y 21 de febrero, el 1 y 15 de marzo, el mes de mayo en general, el 24 de agosto, el 5 de octubre y el 8 de noviembre. El matrimonio entre Cayo Julio César y su quinta esposa, Julia, se produjo el 7 de diciembre, o décimo mes, del año 45 a.C.

\*

La mañana del día de su boda resultó bastante peculiar. Iirde, la esclava dacia que Lucio le asignó, acudió a la hora *tertia*<sup>20</sup> para comentarle que su baño estaba preparado. La verdad es que aunque apreciaba a Iirde no le gustaba que una esclava le ayudase a vestirse y peinarse. Por un lado le hacía sentir como una inútil, y por otro le repugnaba que un ser humano se encontrase al servicio de otro. Tras bañarse, Iirde le trajo el que sería su vestido de boda. Se trataba de la llamada «túnica correcta», que consistía en una sencilla túnica larga recta de color blanco que llegaba hasta los pies. Iirde le ciñó el cinturón, el llamado *cíngulum*, a la cintura y lo anudó con el nudo hercúleo. Julia estaba encantada y tomó nota de cómo se anudaba el nudo hercúleo, del que tanto había leído pero que nadie sabía anudar con propiedad en el siglo XXI. Posteriormente Julia se sentó, e Iirde la peinó al estilo clásico de las novias dividiendo el pelo en seis trenzas, *sex crines*, atadas con cintas de lana. Iirde le trajo los zapatos que, como mandaba la tradición, debían ser de color naranja y cuando Julia supuso que le traería el velo denominado *flammeum*, también naranja, que le cubriría toda la cabeza, comprobó que quien entraba en la habitación era una mujer de unos cincuenta años a la que no conocía de nada y que no le traía el velo. Julia no comentó nada por si se le había pasado algo por alto. La señora entró lentamente, se sentó al lado de Julia y delicadamente le tomó la mano mientras la contemplaba con una mezcla de dulzura y pena.

—Querida Julia, ha llegado el día más feliz en la vida de cualquier mujer romana. A partir de hoy empezarás a concebir hijos romanos, que serán una bendición para Roma. Pero hay algo que debes saber sobre la noche de bodas...

En ese momento supo que estaba delante de la *prónuba*. La *prónuba* era una matrona que sólo se hubiese casado una vez, que siguiese conviviendo con su marido, y que aconsejaba a las novias sobre la noche de bodas.

Julia tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no soltar una carcajada. Entonces recordó las palabras de Julio:

«Ante los ojos de los demás simularás ser una cándida virgen hasta el día de la boda y luego fingirás ser una perfecta y discreta esposa romana. Mi mujer ha de estar por encima de toda sospecha. ¿Está claro?».

Entonces Julia ensombreció su cara, bajó la cabeza y comentó todo lo cándidamente que pudo fingir.

—¿Pero es que hay algo que saber?

Y puso cara de angustia y terror mientras la *prónuba*, con expresión de condolencias, le hablaba.

—La mayor satisfacción en la vida de una mujer consiste en darle a su marido hijos, pero su concepción y ya no digamos el parto, requieren cierto sacrificio...

Al cabo de una media hora Ilirde volvió a entrar en la habitación. Julia tenía cara de sufrimiento mientras la *prónuba*, ya de pie, finalizaba.

—Se fuerte hija, todo sea por la bendición de los hijos. Y recuerda que una auténtica esposa romana siempre debe ser símbolo de dignidad, no de placer.

Julia, con la mirada clavada en el suelo asintió rápida y nerviosamente y la *prónuba* se fue.

Ilirde le colocó el velo anaranjado cubriéndole toda la cabeza, encima de este la adornó con la clásica corona de mejorana y verbena y abandonó de la estancia.

La novia ya estaba lista para la ceremonia.

Julia se hizo un *selfie*.

Al cabo de una media hora Lucio entró en su habitación.

—Los auspicios han sido extremadamente favorables y las vísceras del animal sacrificado eran sorprendentemente limpias. Pocos matrimonios se han visto con tan buenos presagios. Ya está todo dispuesto, sólo faltas tú.

Julia pensó con ironía en lo nefastas que eran las perspectivas reales de

ese matrimonio. No sólo no habría hijos, sino que el novio moriría en tres meses y medio.

—Gracias padre.

Lucio la tomó de la mano y la condujo al gran salón de la casa. En ella se encontraban todos los invitados, muchos que ella no conocía, pero dado de que se trataba de un matrimonio *Confarreatio* debía contar con la presencia de la más alta casta sacerdotal, incluido el Pontífice Máximo, aunque en este caso el Pontífice Máximo se trataba del novio. El matrimonio *Confarreatio* era la forma más antigua de matrimonio y la más rígida. Para poder contraerlo los novios debían ser ambos patricios y que sus padres también estuviesen casados según un matrimonio tipo *Confarreatio*. Era la fórmula matrimonial que más compromiso exigía.

Julia siguió observando y en la distancia vislumbró las caras de Marco Antonio, Atia y Octavia, aunque en ese momento no localizó a Octavio. Al fondo de la sala divisó a Julio, que estaba de pie delante de un bancal cubierto con piel de oveja. Claro, recordó ella, una oveja sacrificada debía cubrir el asiento de los novios.

Lucio condujo a Julia ante él y ella se sentó. Seguidamente se sentó Julio y él también se cubrió la cabeza con otro velo como mandaba la tradición. A continuación se aproximó la *prónuba* y Julia tuvo que contenerse para no soltar una carcajada. Les juntó las manos, el conocido como *dextrarum juntio*. Entonces la *prónuba* se alejó y Julia pronunció la frase requerida:

—*Urbi tu Gaius ego Gaia*<sup>21</sup>.

A lo que él contestó:

—*Urbi tu Gaia ego Gaius*<sup>22</sup>.

Entonces él le soltó la mano, se levantó, giró a la derecha del altar donde tomó una torta de pan de *farreus*, volvió a sentarse y se la ofreció a ella. Julia dio un pequeño bocado y se la devolvió a él, que también comió. Entonces Julio depositó el resto del pan en un brasero en honor de Júpiter Óptimo Máximo.

En ese momento el matrimonio *Confarreatio*, propio de la más alta nobleza romana, quedó consagrado y, a partir de entonces Julia, pasó de ser una propiedad de Lucio Julio César a ser una propiedad de Cayo Julio César, que desde ese momento tendría potestad de vida o muerte sobre ella.

El primer pensamiento que tuvo Julia como mujer casada fue que si ese iba a ser su método de suicidio los podía haber elegido peores.

Julio se levantó y le ofreció la mano para que apoyara la suya. Julia así lo

hizo y los dos se dirigieron, seguidos del resto de los invitados al *triclinium* donde se ofrecería la cena *nuptialis*.

Para la preparación del banquete Julia le solicitó a Lucio que le dejase organizarlo a ella, que a su vez se dejó guiar completamente por Atia y Octavia. Los hombres se reclinaron en sus *lectus triclinaris* dispuestos en semicírculo. Según la tradición, en cada uno de ellos se acomodaban dos o tres hombres. En el *lectus triclinaris* presidencial se aposentaron Julio y Lucio como verdaderos protagonistas del enlace, en el que ella tenía un papel puramente pasivo. El auténtico objetivo del matrimonio romano típico entre patricios, era que el novio y el padre de la novia se quisieran mucho y fueran muy felices con los proyectos de futuro que tuvieran juntos. Aunque, por supuesto, para concebir hijos y nietos respectivos que garantizaran la futura confianza mutua entre los dos hombres, se necesitaba a una mujer. Teniendo en cuenta esas motivaciones no era extraño que en muchos casos suegro y yerno tuviesen la misma edad. Incluso se llegaban a alcanzar situaciones aún más estrambóticas, como en el caso de Julio, que había sido el suegro de Pompeyo aunque fuera más joven que su yerno.

Las mujeres se acomodaron en sillas delante de los hombres, y entre hombres y mujeres se encontraba la mesa, *mensa*, en forma de U. Ella se sentó, no comentó nada, sonrió a Lucio y contempló a Julio que la traspasó con la mirada y posteriormente se dedicó a ignorarla.

A Julia le entraron arcadas pensando en el menú que ella misma había elegido asesorada por Atia y que iba a servirse seguidamente. Los esclavos acercaron a cada invitado un cuenco con agua para que se lavasen las manos y el banquete se dispuso a comenzar. Empezaron con las bebidas; a ellas les sirvieron agua y a ellos el *mulsum*, vino tinto con miel, incluido a Julio, aunque como todo el mundo sabía casi nunca probaba el alcohol. Debía ser el único hombre de Roma que apenas probaba el alcohol. Posteriormente los esclavos entraron con los aperitivos o platos de entrada llamados *gustatio* y los sirvieron comenzando por el *triclinium* presidencial. Dado el status de la boda se trajeron, recomendados por Atia, los manjares considerados más delicados por los patricios de la República: pezones de cerda, que a Julia le produjeron arcadas, sesos de alondra con miel, vísceras de pescado macerados en salmuera y secados al sol durante meses, lenguas de ruiñeñor, talones de camello y crestas de gallo con miel.

Julia no probó nada y se dedicó a beber agua.

—¿No comes nada Julia? —preguntó Lucio.

—Es que estoy un poco nerviosa por la boda.

—Por supuesto —afirmó Julio con ironía.

Los invitados tomaron los manjares de las fuentes, los colocaron en sus platos y los esclavos vertieron encima la famosa salsa *garum*, un caldo de pescado que siempre se añadía a la comida indistintamente del tipo de plato que se tratase.

Entonces, los invitados empezaron a comer sus alimentos empleando exclusivamente las manos. A Julia le repugnaba, pero se hizo a la idea de que estaba en un McDonald's, donde a fin de cuentas también se comía con las manos. Estuvo a punto de solicitarle a un esclavo: «*Da mihi sis mulsum*»<sup>23</sup>, pero se contuvo y echó de menos no poder servirse en la copa una generosa ración para sobrevivir a su propio banquete de bodas.

Los esclavos trajeron nuevamente los cuencos con agua y servilletas para que los invitados se limpiaran las manos y se secaran, antes de pasar al plato principal o *prima mensa*.

Les sirvieron perdices, pollos, cerdo asado y posteriormente rodaballo y lubina, los peces considerados como más exquisitos por los romanos. Ahí sí que Julia solicitó una generosa ración de todo ello y empezó a comer, primero con avidez, pero ante la reprobatoria mirada de Julio, prosiguió tomando trozos pequeños e introduciéndolos delicadamente en su boca.

—Veo que se te han pasado los nervios, querida —dijo Julio.

—Estoy orgulloso de cómo has organizado el banquete, Julia —comentó Lucio.

—Casi todo el mérito es de Atia y Octavia, que me han ayudado mucho.

Después de esto Julia se centró básicamente en la comida, porque la verdad es que estaba hambrienta, pero también prestó atención a la conversación de los dos hombres. Lucio y Julio debatían sobre Marco Antonio y los problemas que les estaba causando, de todo el dinero que debía a los prestamistas para vivir con el excesivo lujo del que le gustaba rodearse y los dudosos negocios, rozando la extorsión, en los que se estaba involucrado para mantener su carísimo nivel de vida.

Julio estaba muy decepcionado con Marco Antonio y comentó que, después de todo el patrimonio que había acumulado en la guerra de las Galias, no entendía como su desenfreno fuese tal que volviese a tener problemas económicos. También se quejaron del pésimo gobierno de Roma que desempeñó como maestro del caballo, o mano derecha del dictador, cuando Julio fue a Hispania para acabar con las tropas de los hijos de Cneo Pompeyo



Magno que era el último atisbo de rebelión remanente tras la guerra civil. Mientras Julio estaba en Hispania, Antonio ordenó al ejército que cargara contra la plebe que se estaba manifestando y como resultado murieron cientos de ciudadanos romanos.

—Antonio es un insensato incontrolable, aunque por otro lado fue mi legado en la Galia y mostró ser un gran militar. También fue completamente leal durante la guerra civil y me ayudó a acabar con la rebelión en la batalla de Farsalia... Además es de la familia —sopesó Julio.

—Dímelo a mí que soy su tío. Mi hermana siempre fue muy blanda con sus hijos.

—¿Qué tal le va con Fulvia, su esposa?

—Si no fuera porque ella es millonaria, Antonio nos habría dado muchos más problemas desde hace tiempo. Además, como bisnieta de Cayo Graco y viuda de Publio Clodio hace honor a su estirpe y apoya a Antonio en cualquier causa apasionada y alocada en la que quiera involucrarse. Acaban de tener otro hijo —comentó Lucio.

—Ya buscaré la forma de atarle corto.

Los esclavos volvieron con los cuencos para que se lavasen las manos y trajeron el postre. Este consistía en uvas, pasas, nueces, pasteles dulces, almejas y ostras, que curiosamente formaban parte del postre.

Tras concluir este, un esclavo le trajo a Julio una bebida de menta, que en aquella época se consideraba un potente afrodisíaco. Él se la tomó mirándola a ella de forma despectiva.

Lucio se levantó e hizo el tradicional brindis para que los novios tuvieran una larga vida llena de hijos. «Tres meses y medio y ningún hijo», pensó Julia mientras Julio se acababa la menta. Los invitados brindaron y en vez de prolongar la cena con el *comissatio* o bebidas posteriores, en la que únicamente participaban los hombres, por tratarse de una boda se dio por concluida la cena para iniciar el *deductio* o simulación del secuestro. Este ritual se realizaba como homenaje al rapto de las sabinas que se produjo pocos años después de la fundación de Roma.

Todos los invitados se levantaron y pasaron al gran salón dejando un amplio espacio central donde se encontraban Lucio, Julio y Julia. Ella entonces se echó a llorar y abrazó a Lucio mientras le suplicaba entre lágrimas, que no permitiese que se la llevaran. Lucio la abrazó de vuelta pero le contestó que aunque la quería, como mujer romana tenía una obligación que cumplir. Julio, como marcaba la tradición, la separó del abrazo de Lucio, la

cogió de la mano y se la llevó tirando de ella mientras Julia fingía llorar.

Cuando llegaron a la puerta de la casa de Lucio, Julia se quedó sin aliento de la emoción. El cielo romano ya se había oscurecido y presentaba un precioso tono añil mientras que cientos de antorchas iluminaban el camino existente entre la casa de su padre y la *Domus Pública* que sería su nuevo hogar. Así se inició el cortejo que consistía en la comitiva que circularía entre la casa del padre de la novia y la de su marido.

Dos niños, hijos de los hermanos de Marco Antonio, se colgaron de sus manos y un tercero se colocó delante de ella llevando una antorcha de espino, que había encendido Lucio para que iluminara el camino hacia su nueva casa. En ese momento Atia se acercó, le entregó una rueca y Julia cargó con ella como símbolo de la vida doméstica que llevaría en casa de su marido. Aunque deseaba aprender a hilar la lana, elaborar vestidos a la moda romana para la Dra. Abrantes, y respetar todas las tradiciones romanas de la forma más escrupulosa posible, le pareció increíblemente deprimente que el símbolo de lo que, en condiciones normales, sería su vida a partir de ese momento fuese una rueca.

El cortejo que la seguía lo formaban todos los familiares y amigos de la familia que habían estado presentes en la cena nupcial. Por el camino la gente, que se detenía para ver circular al cortejo, le gritaba «*Talassio, Talassio*», que era el dios sabido de la virilidad y la fecundidad.

Julia se sintió llena de emoción y alegría. Nunca soñó que sería vitoreada por los ciudadanos de la Roma del siglo I antes de Cristo. Ella, completamente exultante, respondía a todos aquellos saludos.

Al que no divisó durante todo el cortejo fue a Julio, pero supuso que como marcaba la tradición, se habría adelantado para recibirla en la puerta de la nueva casa. Descendió del monte Palatino, donde se encontraba la casa de Lucio por el *Clivus Victoriae* hasta llegar a la Vía Sacra continuó por ésta en dirección al foro, pero antes de llegar a la Regia giró hacia la izquierda y se dirigió hacia la *Domus Pública*. Llegó a la casa, cuyo umbral estaba adornado con una alfombra de ramas y divisó a Julio esperándola en la puerta. Entonces ella tomó un recipiente con grasa y un paño que le entregó Atia y untó el marco de la puerta con él, tras lo cual le devolvió el cuenco a Atia. Seguidamente Julio se acercó a ella, la tomó en brazos y así cruzaron el umbral en honor al rapto de las Sabinas. Dentro de la casa él la depositó en el suelo y tomó en su mano derecha un cuenco con agua y en la izquierda una pequeña vela ofreciéndole el fuego y el agua de la casa, como símbolo de que a partir de

entonces ella tomaría el control doméstico de la *domus*. Julia colocó cada una de sus manos encima del cuenco y la vela y Julio se retiró para realizar el protocolario sacrificio a los dioses. Entonces la *prónuba*, a la que tan bien conocía Julia a estas alturas, la condujo a la habitación. Era un dormitorio diferente al que había ocupado los primeros días que vivió en la *Domus Pública*. La cama era mucho más grande, por supuesto, y no divisó en la habitación nada más que un gran arcón donde ella había guardado todo su material del futuro y su ropa. Por lo visto ya lo habían traído de casa de Lucio. «¡Qué eficientes!», valoró Julia.

Respiró hondo y aguardó de pie a que él llegase.

La *prónuba* esperó a Julio en la puerta de la habitación. Cuando este se acercó para entrar, ella le solicitó:

—Por favor, *dómine*, sé delicado con ella, está muy nerviosa.

—No-me-cabe-duda —reafirmó deteniéndose en cada palabra.

Él entró en la habitación y sin dirigirse ni una mirada, se quitó la ropa, quedó en la *súbcula* que se usaba para dormir y se metió en la cama. Luego dijo:

—Sólo me quedaré aquí un rato, con eso bastará para que el matrimonio se considere consumado y no será necesario que vuelva nunca más —tras unos instantes añadió—. Como comprenderás, a mí tampoco me resulta nada agradable el estar aquí.

Ella permaneció en silencio en el centro de la habitación.

—Supongo que alguien tan inocente como tú debe tener muchos reparos antes de meterse en la cama con un hombre —comentó con sorna.

Al cabo de unos tensos instantes en los que ninguno de los dos dijo nada él añadió:

—¿Quieres pasarte todo ese rato de pie? ¡Pues muy bien!

Se giró dándole la espalda y se dispuso a dormir. Ella se quedó inmóvil sin tener muy claro que hacer.

Unos interminables minutos después él se giró hacia ella y dijo bramando:

—¡Bueno ya vale! ¡Nunca he necesitado en toda mi vida el violar a una mujer y no pienso empezar en mi noche de bodas! Intenta dormir un poco, mañana te quiero bien despierta.

Volvió a darle la espalda.

Ella empezó a desabrocharse el nudo hercúleo pero resultaba bastante complicado. De hecho tenía el jocosamente objetivo de que al novio le resultase laboriosamente estresante desvestir a la novia durante la noche de bodas.

Después de unos minutos y sin girarse para mirarla él preguntó:

—¿Necesitas que te ayude?

Ella no contestó, al final lo consiguió y poco a poco se quitó la túnica recta, se quedó con la *súbcula*, que era una especie de túnica más corta, muy sencilla, y se acercó a la cama. Se tumbó en el extremo cercano a la pared y lo más lejos de él que pudo. De algo estaba convencida, le costaría mucho dormirse.

Al cabo de un rato volvió a escuchar la voz de él.

—Pasaremos la mañana juntos, tengo muchas cosas que preguntarte y por tu bien espero que valgas todo lo que me has supuesto. Como considere que no ha merecido la pena, ya me encargaré yo de librarme de este matrimonio de una forma o de otra.

Julia permaneció en silencio.

—Y por la tarde me iré a ver a Cleopatra.

Ahí sí que Julia intervino.

—Perfecto.

Al poco él se quedó dormido. Ella podía sentir su aliento en la nuca, que le repugnaba y atraía a partes iguales y sin saber cómo, al final se quedó dormida.

Cuando se despertó, él no estaba.

Permaneció mirando al techo mientras reflexionaba. La verdad es que nunca, ni en sus más deprimentes sueños, habría supuesto que su marido y su noche de bodas resultarían así. Y sin embargo, rememoró lo precioso que había resultado el paseo por la noche romana, del modo en que la gente la había vitoreado y como la habían abrazado Lucio, Octavia y Atia. Entonces se levantó y se acercó a la ventana. Reparó en que la luz del despacho de él estaba encendida, estaría trabajando como solía. Desvió la dirección de su mirada y contempló la noche romana. ¡Era preciosa!

No tendría el matrimonio con el que había soñado de niña, pero a cambio ahí estaba toda la ciudad de Roma a sus pies esperando ser descubierta.

No estaba mal, no estaba mal del todo.

# ERATÓSTENES, ALGO AFILADO, EL SISTEMA ASTRONÓMICO ARISTOTÉLICO Y LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

Extracto del informe *Los idus de Marzo*. Eratóstenes vivió durante los siglos II y III antes de Cristo y fue director de la biblioteca de Alejandría. Le informaron de que en un oasis cerca de Assuán cada año, durante el solsticio de verano, al mediodía solar los objetos no proyectaban ninguna sombra y además el sol se reflejaba en el fondo de un pozo de gran profundidad. Después de comprobar que el mismo día, a la misma hora, en Alejandría los edificios y otras construcciones sí que proyectaban sombras, dedujo que la Tierra era redonda y calculó su circunferencia. Para ello encargó que los esclavos de las caravanas de mercaderes, midiesen con pasos la distancia existente entre Alejandría y Assuán. El día 21 de junio, durante el mediodía solar, midió en Alejandría la sombra que producía un edificio de una altura determinada. Conociendo la altura del edificio, la longitud de la sombra y la distancia entre Alejandría y Assuán pudo determinar mediante cálculos trigonométricos la circunferencia terrestre. En el Siglo XXI sabemos que ésta mide 40.008 Kilómetros. Eratóstenes se equivocó por 394 Kilómetros. Aunque en el siglo I antes de Cristo algunos eruditos conocían los descubrimientos de Eratóstenes, su conflicto con el sistema astronómico de Thales de Mileto y los presocráticos pitagóricos causaba cierta...

\*

Cuando llegó el amanecer Julia seguía mirando por la ventana. Recordó que esa misma mañana le daría su primera «clase» a Julio y aún tenía que decidir sobre qué tema versaría y cómo la enfocaría. ¿Sería mejor empezar con la medicina? ¿La composición de la materia? ¿Geografía? ¿Biología? ¿Astronomía? Decidió que le dejaría elegir a él lo que deseaba que trataran primero y le sugeriría que elaborara un listado con los temas que le resultasen más interesantes para el resto de la semana.

En ese momento Julia cayó en algo de vital importancia.

«¡Una aguja! ¡Necesito una aguja! ¡O un cuchillo! ¡Algo que corte ya! ¡Ya! ¡Antes de que llegue nadie!».

Abrió el arcón y lo vació frenéticamente tirándolo todo fuera. Vestidos, sandalias, velos, hasta el cepillo de dientes volaron por los aires.

No encontró nada que le sirviera.

«¡Algo que cortase!».

En la habitación sólo se encontraba la cama, nada más.

«¡El marco de la ventana!».

Lo palpó ansiosamente pero no era lo suficientemente afilado. Cambió de objetivo, se dirigió bruscamente hacia la cama, la empujó violentamente para comprobar si debajo de ella encontraba algo que pudiese servirle.

Nada.

Entonces se tiró al suelo, raspándose las rodillas gateó hacia debajo de la cama y luego se tumbó boca arriba para examinar su superficie inferior, igual que un mecánico al inspeccionar los bajos de un coche. Esperaba encontrar un clavo salido o una astilla rota, algo que le sirviera. No vio nada. Palpó con las manos por si localizaba algo que la oscuridad no permitiese ver y no sintió nada.

Volvió a ponerse de pie cada vez más desesperada.

«Se me está acabando el tiempo, se me está acabando».

Se observó los raspones de las rodillas, de ahí no saldría más que una gota de sangre. No era suficiente.

«Piensa Julia, piensa».

Entonces recordó algo básico.

«¡La jarra de miel! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? De ahí provenía el nombre de luna de miel».

Siempre se dejaba una jarra de miel ritualmente durante la noche de bodas al lado del lecho de los novios para que a él no le faltase energía durante la noche. Debía encontrarse entre la cama y la pared. En ese lado del lecho estaba claro que no. Se tiró en plancha sobre el catre para alcanzar, lo más rápido posible, el otro lado y allí la localizó.

«¡Estoy salvada!».

Tomó la jarra de miel. No debía tirarla contra el suelo sin más, haría demasiado ruido. Cogió la sábana superior, envolvió la jarra de miel en ella y la arrojó contra el suelo. Hizo ruido pero no demasiado. Entonces desplegó la sábana y contempló el desastre pegajoso que había en su interior. Tomó uno de los trozos rotos de la jarra y se hizo un corte en la mano. Presionó la herida sobre la sábana inferior y su ritmo respiratorio comenzó a bajar.

Cuando la esclava entró en la habitación ésta parecía el escenario de una batalla campal. La cama estaba movida, el suelo completamente cubierto de vestidos y sandalias tirados sin ningún tipo de orden ni concierto. La sábana inferior lucía una llamativa mancha roja, un montón de trozos de cerámica rotos se encontraban amontonados en el suelo al lado del lecho y la sábana

superior estaba hecha un guiñapo y completamente impregnada en miel.

Julia se encontraba, con todo el pelo enmarañado y las rodillas llenas de raspones, sentada en el suelo al lado del arcón doblando uno de sus vestidos. Cuando la vio entrar, Julia comentó con culpabilidad:

—Lo siento mucho es que...

La esclava inclinó la cabeza incómoda. Era la primera vez en su vida que una de sus *dóminas* se disculpaba por algo. Seguidamente dirigió su mirada hacia el desastre en que estaba convertida la habitación y contestó:

—Yo me encargo de todo, *dómina*.

Julia se sentó en la cama esperando que sus pulsaciones volviesen a lo normal.

—¿Te encuentras bien, *dómina*? ¿Te ha hecho daño?

—¿Daño? No, no, no me ha hecho daño —entonces recordó el papel que debía interpretar—. Bueno, un poco. La *prónuba* me advirtió.

—¿Deseas que llame al médico?

—No, no, estoy bien, estoy bien —exclamó Julia nerviosa deseando zanjar la conversación.

La esclava miró alrededor hacia el cataclismo que parecía haber ocurrido en el dormitorio, contempló la cama movida de sitio y se fijó en la mancha roja y la sábana impregnada en miel, y a saber en qué más, y consideró que el *dómine* siempre le había parecido un hombre bastante más respetuoso con sus anteriores esposas patricias. Tal vez con esta nueva consorte fuese diferente.

En los departamentos de los esclavos de la *Domus Pública* se comentaron las extrañas técnicas amatorias de Cayo Julio César y cómo no tuvo ningún tipo de contención, en su noche de bodas, a la hora de desflorar a su nueva esposa. Y como *rumores volant*<sup>24</sup>, de ahí la historia se extendió a toda Roma.

\*

Extracto del informe *Los idus de Marzo*. El sistema astronómico Aristotélico era geocéntrico. Aristóteles consideraba que la Tierra era el centro del Universo y que alrededor de ella giraban todos los objetos celestes, incluidos el Sol y los planetas. Existía una distinción entre el universo sublunar, que era donde se encontraban los seres humanos y por lo tanto era imperfecto, y el supra lunar que era perfecto. El universo se suponía esférico y finito con las estrellas suspendidas en su bóveda. Toda la materia del Universo se consideraba constituida por cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua. Adicionalmente un quinto elemento, llamado «éter», se estimaba como superior y formaba parte de los cielos. La teoría geocéntrica fue aceptada

como verdadera hasta que en el siglo XVI Copérnico descubrió que la Tierra giraba alrededor del Sol.

\*

Después de bañarse Julia se atavió con la *stola* propia del día después de la boda, que según la tradición consistía en un vestido con un trozo de tejido adicional a modo de capa. Abandonó la habitación dispuesta a tomarse un buen desayuno, aunque desconocía si la ofrenda a los dioses Lares y Penates, que era tradicional formalizar la mañana del día después de la boda, debía realizarse antes o después del desayuno. Rogó por que fuera después.

Nada más salir se quedó sin respiración. Toda la casa parecía un jardín. Como mandaba la costumbre, la *domus* estaba decorada con frondosas ramas de árboles cargadas de flores para recibir a la novia tras la noche de bodas. Se dirigió al *triclinium* y allí encontró a Julio, dictándole a un secretario las especificaciones que debían constar en el presupuesto que supondría ampliar el puerto de Ostia.

Al verla Julio exclamó:

—¡Sí que has tardado! Te esperaba para desayunar.

—Lo siento, dime a qué hora tienes costumbre hacerlo y a partir de mañana estaré preparada.

—Está bien, hoy no hay prisa. Tenemos toda la mañana para los dos hasta la celebración de la *spotia* en que acuda la familia a comer. Déjanos Caesellius.

—Sí, *dómine*.

En ese momento, como si estuviesen escuchándoles, dos esclavas aparecieron con sendas bandejas llenas de comida. Una de ellas se llamaba Eunice y era la que había recogido su cuarto por la mañana, a la otra no la había visto antes, aunque Julio se refirió a ella como Ática. Él estaba reclinado en el *triclinium* mientras Julia ocupaba la silla de enfrente como era costumbre. Las dos esclavas colocaron las bandejas entre ellos. Como bebida les sirvieron leche y también trajeron una pequeña vasija con aceite de oliva. Se trataba de un desayuno romano típico: tortas de *farreus*, el mismo cereal con el que habían celebrado el matrimonio el día anterior, queso, aceitunas y fruta. Julia cogió una de las tortas de *farreus*, le echó aceite y empezó a comer. Le gustaba mucho más el pan de trigo, pero con el hambre que tenía se comería casi cualquier cosa. Sin embargo, la leche, el queso y las uvas le parecieron deliciosos, los mejores que había probado en su vida. Reparó en que probablemente era la primera vez que saboreaba alimentos producidos de



forma completamente ecológica sin pesticidas, conservantes ni ningún otro contaminante. Sin embargo, después de beberse la leche recordó que no estaba pasteurizada. Tras reflexionar sobre ese error durante unos instantes quedó convencida de que antes de volver a su tiempo enfermaría como mínimo un par de veces.

En ese momento levantó la vista y se sobresaltó al comprobar que él la estaba observando.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien —mintió ella—. La verdad es que me levanté por la noche y vi la luz de tu despacho encendida. ¿Cuánto sueles dormir?

—Algo menos de dos vigili<sup>25</sup>as. Me levanto pronto y *lucubro*<sup>26</sup>. Me iré de campaña a Partia dentro de tres meses y medio y por un lado debo preparar toda la logística del ejército y por otro quiero dejarlo todo muy cerrado en Roma. Después de la guerra civil y de tantos años de desorganización queda mucho trabajo por hacer, además aunque ya no tengo enemigos declarados... Con la excepción de Marco Tulio Cicerón y de Poncio Aquila, sé que cuando me ausente muchos otros utilizarán la menor excusa para criticar la expedición, el gobierno que establezca o cualquier minucia. Todo debe quedar perfectamente organizado.

—¿A quiénes consideras tus enemigos?

—Esa no es la pregunta correcta. Yo creo que la auténtica cuestión es en quién puedo confiar.

—Es verdad, ¿de quién crees que te puedes fiar?

—De Lucio. Octavio es un joven muy inteligente y hará siempre lo que más le interese. No tengo claro si me aprecia sinceramente o no, pero estoy convencido de que no realizará ninguna estupidez porque es increíblemente juicioso y lo más conveniente para él es estar de mi lado. Si las tornas cambiasen...

—¿Y Marco Antonio?

—No me aprecia en absoluto pero le intereso y es resolutivo en situaciones marciales. Sin embargo, cuando no existe una guerra de por medio es un insensato alocado sin ningún tipo de autodisciplina. De él sí que me espero que pueda realizar cualquier estupidez y si le tengo a mi lado sé que ensuciará mi nombre y *dignitas* con alguno de sus negocios turbios —sacudió la cabeza en señal de negación—. Prefiero no hablar de Marco Antonio ahora.

Permaneció en silencio durante unos instantes mientras la miraba fijamente. Luego añadió.

—Existe otra persona en Roma en la que confío plenamente, y aunque te parezca extraño... Eres tú.

—¿Yo? Pero si casi no nos conocemos.

—Sí, pero pudiste matarme y no lo hiciste. Además para que no cambie el futuro no debes modificar nada del pasado, así que tengo la completa seguridad de que no te conviene matarme o perjudicarme de ninguna forma porque eso podría afectar al futuro. Comentaste que existía alguna ley de viajar en el tiempo. ¡Háblame sobre ello!

—No se trata de una, son cuatro leyes que debo cumplir. Si no las respetase el futuro cambiaría y puede que yo no llegase a nacer, lo que se define como una paradoja temporal. Las leyes son —Julia fue enumerando con sus dedos mientras hablaba—.

»Primera ley: No se debe matar a nadie destinado a vivir.

»Segunda ley: No se le debe salvar la vida a nadie destinado a morir.

»Tercera ley: No se debe impedir que una pareja destinada a procrear lo haga.

»Cuarta ley: No se debe procrear con alguien de la época.

—Sí, esa última me había quedado clara. En el fondo todas son lógicas y necesarias. Volviendo a lo que te comentaba, si existe alguien en toda Roma que no debe perjudicarme en ningún aspecto, porque le va la vida en ello, eres tú.

«No voy a causarte ningún daño, pero por ese mismo razonamiento tampoco evitaré que te lo hagan», consideró Julia sintiéndose algo culpable.

Él prosiguió.

—Ahora centrémonos en lo importante. Para el primer día necesito que me informes sobre cartografía.

—¿No pensarás utilizar esa información en la conquista de Partia, verdad? —preguntó ella aunque sabía que él nunca llegaría a Partia.

—¿Y si así fuera?

—No te daré detalles que te sirvan para guiar a un ejército, pero... te va a encantar —afirmó sonriendo—. Ahora vuelvo.

Julia se levantó rápidamente y se dirigió hacia su dormitorio.

—¿Qué haces?

—Voy a por mi ordenador.

Julio permaneció pensando en qué demonios debía ser eso.

Al cabo de unos minutos ella volvió con algo bajo el brazo.

—¡No parece que traigas muchos mapas! —comentó decepcionado.

Ella sonrió maliciosamente.

—¿De dónde quieres ver el mapa? —preguntó burlona.

—De Partia.

—¿De alguna zona en concreto? —siguió ella burlándose.

—¿Por qué me da la sensación de que te estás riendo de mí?

—Porque tal vez así sea... Está bien, no voy a retenértelo más. Bienvenido a Google Earth Pro.

Abrió el ordenador e introdujo la contraseña. La pantalla se iluminó. Julio la observó intensamente y entonces los ojos se le abrieron de forma descomunal al contemplar una esfera azul flotando sobre un fondo negro salpicado de estrellas.

—Por cierto, la Tierra es redonda —aclaró Julia.

Julia acercó su dedo a la pantalla táctil y empezó a hacer girar la pequeña bola en todas las direcciones mientras las estrellas giraban en torno a ella.

Julio observó la pantalla en silencio mientras respiraba profundamente. Al cabo de unos segundos exclamó:

—¡Increíble!

—Google Earth Pro bien vale una boda ¿no crees?

—¿Cómo funciona este aparato?

—Se llama ordenador y comprender su funcionamiento resulta muy complicado hasta para los que vivimos en el futuro. Yo no sabría fabricar uno. Utiliza una energía que se acumula en este cargador. Me he traído varios. Pero la clase de hoy no era sobre ordenadores sino sobre geografía universal.

—La Tierra redonda... Eratóstenes tenía razón.

—Sí, Eratóstenes tenía razón. Tales de Mileto se equivocó. Además, la Tierra no es el centro del Universo como postulaba Aristóteles. Es un pequeño planeta que gira alrededor del Sol. Pero olvida esto, pensaba enseñártelo otro día con un simulador. ¿Deseas ver Partia?

—¡No! —replicó él sin despegar la vista de la pantalla— Ya no, he cambiado de idea. ¡Quiero ver Roma!

—Sólo si prometes que nunca me amenazarás con cortarme la cabeza.

—¡Te prometo hasta la Luna si quieres, pero enseñámelo ya!

Ella acercó los dedos pulgar e índice a la pantalla y amplió la imagen. Entonces él vació su pecho de aire. La imagen se fue ampliando sobre la zona del Mediterráneo.

—¿Reconoces algo? —preguntó ella.

—Esto podría ser Italia... y esto Hispania —señaló mientras acariciaba la

pantalla, y al hacerlo la imagen se amplió mucho más y se dejó de ver el mar.

—¡Cuidado! —exclamó ella—. Despacio y con cuidado. Primero te mostraré Roma y cuando hayas aprendido su manejo te lo dejaré usar a ti.

Julia volvió a centrar la imagen.

—Todo lo que estás viendo son imágenes de la Tierra desde el cielo tal y como será dentro de dos mil años. Te advierto que la Roma que conoces estará en ruinas, pero seguirá siendo una gran ciudad y la capital de toda Italia.

Él no despejaba la vista de la pantalla.

—Imagínate que estás en el cielo, volando como un pájaro. ¿Reconoces esta estructura alargada adyacente a esta colina?

—¡El circo Máximo! Tiene que ser el circo Máximo.

—Muy bien, y por lo tanto la colina es el...

—Palatino.

—Exacto, vamos a buscar el *Atrium Vestae* donde nos encontramos. Pasemos por encima del Palatino, hacia el lado del foro... Y... Aquí está. Mira, esto es el peristilo. Aquí estamos nosotros —amplió la imagen y recorrió con ella todo el peristilo—. Las estatuas de las vestales máximas no se aprecian con mucho detalle, lo siento.

—¡Increíble! Se distinguen hasta los árboles... No veo la cúpula del templo de Vesta.

—Sólo quedan tres columnas, está medio derruida, lo siento.

—¿Y el templo de Cástor y Pólux?

—De él también quedan sólo tres columnas, pero han pasado más de dos mil años. Ninguna civilización ha tenido un legado tan importante.

—¿Y este círculo que es?

—El Coliseo o Anfiteatro Flavio. Se construirá dentro de ciento cincuenta años.

«El Anfiteatro Flavio... Fabio siempre lo llamaba “mi Anfiteatro”. ¿Por qué estoy pensando en él? ¡Maldita sea! Estoy hablando sobre Roma con Julio César nada menos. Tanto mi padre como yo habríamos dado una mano por tener una experiencia así, y en vez de aprovechar esta vivencia estoy pensando en Fabio».

—¿Por qué te has callado?

—Por nada.

—Pues sigamos. La curia Hostilia, que ahora es una ruina dentro de dos mil años estará en pie.

Julia volvió a centrarse.

—Sí, se preservó porque se convirtió en una iglesia.

—¿Qué es eso?

—Un templo a Dios.

—¿Es que sólo tenéis uno?

—Poco a poco. Centrémonos en la geografía. Ahí vemos la isla Tiberina y el Trastévere.

—¡Todo el campo de Marte está abarrotado de casas!

—Sí, estoy deseando que me lleves a verlo sin ellas.

—Cuando quieras —contestó casi sin pensar—. ¿Y el templo de Júpiter Óptimo Máximo?

—Sólo quedan unas cuantas piedras de una pared, lo siento. Lo que si se mantiene en el Capitolio es el *Tabularium* de Sila. Ahora manéjalo tú. Nos separaremos un poco para que se vea toda Italia. Intenta encontrar los Lagos Brachiano y Trasimeno.

Le entregó el ordenador y se apartó. Julia permaneció contemplándole con una sonrisa mientras que para él no existía otra cosa que esa increíble máquina que acababa de descubrir.

Una hora y media después él proseguía sin levantar la cabeza del ordenador. Sólo la había llamado unas cuantas veces para que le confirmase el nombre de los lugares que estaba examinando. Así hizo con los Alpes, el Partenón, el teatro de Dionisio a los pies de la Acrópolis y el Vesubio. También le preguntó por la Antártida y por qué era de color blanco.

—Porque es de hielo.

—Como la cima de los Alpes.

—Sí, pero mucho más grande. Una planicie de hielo. La gente vive en casas construidas con bloques de hielo.

—Me encantaría verlo.

—Lo verás. He traído una película sobre cómo viven las personas de diferentes razas y culturas. Te la pondré otro día.

—¿Qué es una película? —preguntó sin levantar la vista de la pantalla mientras intentaba ampliar la imagen del estrecho de Dardanelos.

«Sorprendente. Existe un hombre que sabe hacer más de una cosa a la vez».

—Como una obra de teatro pero que se ve en el ordenador o en una pantalla más grande.

—¿Y la gente representa historias?

—Sí, aunque también puede contar su vida real, entonces se llama

documental. Será lo que te ponga sobre las diferentes razas del mundo.

—¿Y este país cuál es? ¡Está en medio del agua!

—Se llama América y se descubrirá dentro de mil quinientos años. Yo vivo ahí. Los que lo descubrieron, y también los primeros que dieron la vuelta al mundo, eran de la provincia de Hispania, desde entonces en el emblema de su familia consta un globo terráqueo con la inscripción: «*Primus Circumdedisti Me*»<sup>27</sup>

—¿Ya habéis descubierto todos los países del mundo?

—Sí, claro, con las cámaras de los satélites que tenemos en el cielo, no existe un solo palmo de la Tierra del que no haya fotos... imágenes. Espera, no sé si has visto esto. Es impresionante.

Ella dirigió el enfoque hacia Egipto, amplió la imagen y entonces se definieron tres pequeños prismas en la pantalla.

—¿Qué es eso?

Ella prosiguió ampliando la imagen y le preguntó.

—¿Tú qué crees?

—¡Las pirámides!

—Por supuesto... Las pirámides. Tú las viste cuando recorriste el Nilo con Cleopatra, pero ahora las puedes contemplar desde el cielo. Ampliemos más la imagen.

Los tres prismas se agrandaron, el de Keops y Kefrén eran mayores y el de Micerinos menor y levemente desviado de la línea imaginaria que seguían los dos primeros.

—Verlas desde el cielo... De esta manera... Con esta perspectiva. Son preciosas, son perfectas.

Después de estarlas admirando durante unos segundos añadió:

—Me recuerdan a algo.

Ella sonrió. Él era más rápido de lo que pensaba.

—Claro que vistas con esta perspectiva te recuerdan a algo. Al cinturón de Orión. Tres estrellas de diferentes tamaños con la misma proporción de separación entre ellas que entre las pirámides y con la estrella más pequeña levemente desviada de la línea imaginaria que siguen las dos mayores. Como ya sabrás los antiguos egipcios las llamaban «las indestructibles», querían simular u homenajear un poder similar en la Tierra. Lo que en el futuro no conocemos es si sólo eran las cámaras funerarias de los faraones o algo más. ¿Qué te contó Cleopatra sobre ellas?

Él contestó mecánicamente sin despegar la vista de la pantalla.

—Se construyeron hace tres mil años, poco menos que la Esfinge. Cleopatra está convencida, al igual que los sabios egipcios, que sólo eran tumbas funerarias. Pero ha habido muchas guerras y dinastías de faraones desde entonces. No se conoce mucho sobre ellas.

Entonces Eunice entró en la sala y les informó de que habían llegado los primeros familiares para la *spotia*.

Al oírlo, ella le arrebató el ordenador con la velocidad del rayo y se dirigió corriendo hacia su habitación. Él permaneció en el *triclinium* sin reaccionar, siguiendo con la mirada como el ordenador salía de su futuro inmediato.

Cuando Julia regresó a la sala habría cerca diez invitados en ella y la gente seguía acudiendo. Divisó a lo lejos a Marco Antonio con una mujer a la que aún no le habían presentado, dedujo que sería Fulvia, su esposa. Julio estaba en un corrillo hablando con Lucio, Cayo Octavio y otros cuatro hombres, dos de ellos muy jóvenes. Si a la *spotia* sólo acudía la familia, éstos podían ser Quinto Pedio y Lucio Pinario, hijos de una de las hermanas mayores de Julio y los restantes, por su gran parecido con Marco Antonio, debían tratarse de sus hermanos Lucio Antonio y Cayo Antonio. Como ni Julio ni Lucio habían tenido hijos legítimos que les sobrevivieran, el apellido Julio se perdería, a no ser que adoptasen a un romano adulto patricio, lo que constituía la práctica habitual en dichos casos. La lógica recomendaba que, especialmente tras la boda con su supuesta hija, Lucio que era algo más de diez años mayor que Julio, le adoptaría y nombraría su heredero, aunque Julio fuese infinitamente más rico que Lucio. De todas formas Julio moriría antes que Lucio, así que esa supuesta herencia nunca llegaría a materializarse. Por otro lado, en el caso de Julio cualquiera de los otros seis eran los candidatos lógicos, aunque Lucio Antonio y Cayo Antonio habían tenido poco trato con él, así que en la práctica la decisión de Julio sobre su herencia se limitaba a los otros cuatro. Ellos lo sabían, por lo que tanto Marco Antonio, como Quinto Pedio, Lucio Pinario y Cayo Octavio competían para convertirse en la mejor opción para la adopción que tuviese Julio, y también estarían rezando a todos los dioses para que él no tuviera ningún hijo dentro de este nuevo matrimonio legítimo.

No divisó a Atia, ni a Octavia y se sintió un poco perdida. En ese momento los invitados comenzaron a discurrir hacia el comedor y ella les siguió. Como dueña de la casa el protocolo indicaba que ella fuese la primera en dirigirse

hacia el *triclinium*, pero era un tema que no le importaba lo más mínimo. De todas formas tendría que aprender mucho más y convertirse en la perfecta anfitriona si no deseaba que hubiese demasiados comentarios sobre ella, que dado todo lo que tenía que ocultar, era lo que menos le convenía. Pasó al comedor sin hablar con nadie y se sentó en la silla frente al *triclinium* central. Esperaba que Lucio y Julio entrasen en cualquier momento pero todos los invitados fueron franqueando la puerta menos ellos. Lo que Julia no sabía era que Lucio había retenido a Julio para hablar unos momentos a solas.

—Verás, tengo algo que decirte —comentó Lucio incómodo.

—Más sobre Marco Antonio no, por favor. Ya pensaré que hacer para que no nos de problemas.

—No, no es sobre eso, se trata de otro tema. Soy responsable de Julia y hay algo que... Tengo que advertirte... Julia...

Julio le observó extrañado y algo preocupado. No era posible que Lucio sospechase nada de la verdad sobre Julia.

—Bueno, han llegado hasta mi algunos rumores de que... es un tema un poco delicado... sugieren un comportamiento bastante poco romano... por tu parte.

—¿Qué? —preguntó Julio a voz en grito sin entender lo que Lucio estaba sugiriendo.

—Más bajo, más bajo. Siento sacarte el tema, a mí tampoco me resulta cómodo, pero como ya sabes *Adulter est quis in suam uxorem amator ardentior*<sup>28</sup>. Para eso ya tienes a Cleopatra o a cualquiera de tus otras amantes, con ellas haz lo quieras, pero Julia es tu esposa y una patricia romana. El comportamiento dentro del matrimonio debe ser siempre correcto en... todos los aspectos.

Julio se le quedó mirando entre aliviado, confundido y enfadado a partes iguales.

—Vamos Julio, es tu quinto matrimonio. Nunca había existido la necesidad de que te diese una charla así.

—Ni yo se la habría tolerado a nadie más que no fueras tú... Sólo por eso la acepto —contestó Julio hablando a ciegas—. A partir de ahora... mi comportamiento volverá a ser tan... romano como siempre.

—Me alegra oírlo. Nunca más volvamos a mencionar el tema. Disfrutemos de la *spotia*.

Julio y Lucio entraron y se reclinaron en su *triclinium*. Entonces Julio



observó a Julia que le miraba con una sonrisa. Julio permaneció con la cara seria, inclinó la cabeza y levantó las cejas interrogante. Ella al cabo de unos instantes dejó de sonreír y levantó las cejas a su vez sin saber a qué se estaba refiriendo él.

Mientras ellos se observaban intentando descifrar lo indescifrable, el resto de los invitados se dedicaron a comer.

Atia y Octavia llegaron al final de la comida. Se acercaron a Julia, pidieron disculpas y le comentaron que tras el banquete se explicarían. Al poco la comida finalizó, los hombres permanecieron en el comedor para la *comissatio*, o bebidas posteriores a la comida, y todas las mujeres tuvieron que abandonarlo. Atia y Octavia se acercaron a ella y todas juntas acudieron a sentarse en el peristilo.

—Disculpa nuestra tardanza. Hemos intentado convencer hasta el último momento al marido de Octavia, Marco Claudio Marcelo para que acudiera pero no ha habido forma. Ya sabes que no aprecia demasiado al tío Julio.

—Sí, lo sé. Se integró en el bando senatorial durante la guerra civil, ¿no?

—Sí, la guerra civil dividió a muchas familias, aunque Marcelo nunca tomó las armas contra Julio, simplemente fue una cuestión ideológica que supuso un dilema para muchos jóvenes romanos. Tu hermano mismo, Lucio, también se unió al bando senatorial aunque vuestro padre permaneció leal a Julio. Es una pena que muriera después de que finalizase la guerra cuando Julio ya le había indultado.

—Sí, lamenté mucho enterarme de su muerte y también lo siento por nuestro padre. Nadie debería sobrevivir a sus hijos.

Permanecieron unos instantes en silencio, luego Atia prosiguió.

—Espero algún día conseguir que Julio y Marcelo se reconcilien.

—Sería una gran baza para Julio. Marcelo proviene de una prestigiosa familia de generales.

—Sí, defendieron Roma durante la segunda guerra púnica contra Aníbal. Estoy convencida de que cuando Octavia se quede embarazada será un excelente momento para que se reconcilien.

En ese momento, la mujer que había permanecido junto a Marco Antonio se acercó a ellas.

—Buenos días, supongo que tú debes ser Julia. Encantada.

—¿Es que aún no os conocéis? ¡Qué falta de educación por mi parte! Julia, te presento a Fulvia, la mujer de nuestro querido primo Marco Antonio.

«¡Qué curioso ver a Octavia y a Fulvia juntas! Las dos se casarán con Marco Antonio. De todas formas Fulvia es una mujer exaltada y peligrosa, hay que manejarla con cuidado».

—Y única descendiente de Cornelia, madre de los Gracos, hija de Publio Cornelio Escipión el Africano, salvador de Roma frente a Aníbal. Es un auténtico honor —afirmó Julia.

—El honor es mío. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Yo a ti también. Por cierto, felicidades por el nacimiento de tu último hijo.

—Muchas gracias, es igual que su padre y que su pequeño hermanito. ¿Podríais disculparnos un momento? —preguntó Fulvia dirigiéndose a Octavia y a Atia.

Julia la observó con extrañeza pero Atia contestó que no había problema. Cuando se quedaron solas Fulvia comenzó a explicarse.

—Desearía pedirte algo muy importante. Me gustaría que hablastes con César sobre Marco Antonio. Desde que se quedó como maestro del caballo en Roma creo que los dos se han distanciado. Es verdad que pudo cometer errores, pero siempre ha permanecido leal. Todas las deudas que tiene, César sabe que yo las puedo asumir sin problemas, pero Marco Antonio debe mantener un papel decisivo en Roma. No sólo es un Julio aunque de la rama Antonia, sino que además, por mi parte, sus hijos son descendientes directos de Publio Cornelio Escipión el Africano y de Cayo Graco. Nuestros enemigos son los mismos que los suyos, mi enemistad con Cicerón es públicamente manifiesta desde la época de mi primer marido Publio Clodio y no pararé hasta ver cómo se traga esa lengua venenosa que tiene.

A Julia siempre le había sorprendido el apoyo a todos los niveles que Fulvia le prestó a su marido Marco Antonio. Máxime cuando toda Roma conocía de sus numerosas infidelidades y que una de sus amantes más asiduas era Cieris una famosa prostituta de lujo. Luego Julia meditó sobre lo que se arrepentiría Fulvia de toda su abnegación por Marco Antonio cuando dentro de cuatro años Antonio la dejase por Cleopatra. No obstante, luego abandonaría también a ésta, habiéndola dejado embarazada de mellizos, por Octavia, y luego a su vez dejaría a ésta tras haber tenido un par de hijas con ella, por Cleopatra otra vez. Estar casada con Marco Antonio era casi hasta peor que estar casada con Julio.

En cuanto a Cleopatra, Julia tampoco la envidiaba nada. Poco después de salir de Egipto, Julio tuvo en seguida otra aventura con Eunoé, la mujer del rey

Bogud de Mauritania, y cuando Cleopatra acudió a Roma para asegurarse de que Julio siguiese favoreciéndola, él la alojó en una mansión imponente, aunque lamentablemente en la orilla opuesta del Tíber, mientras él continuaba viviendo, y según el historiador Plutarco durmiendo, con su mujer Calpurnia; se limitaba a visitar a Cleopatra de vez en cuando y nunca reconoció al supuesto hijo de ambos. «La que hubiese armado cualquier mujer del siglo XXI», consideró Julia riéndose por dentro.

«¡Qué culebrón tienen organizado todos estos! Pero es el siglo uno antes de Cristo y no existe la televisión, ¿Qué otra cosa van a hacer? Menos mal que este matrimonio es una farsa o resultaría inaguantable».

Luego comprobó que Fulvia esperaba una respuesta. Volvió a centrarse y contestó con toda corrección:

—Muchas gracias por tu sinceridad Fulvia, haré todo cuanto pueda. Será un honor ayudar a la única descendiente de Cornelia, madre de los Gracos — comentó Julia sin ninguna intención de hacerlo. Marco Antonio no debía aparecer en el testamento de Julio bajo ningún concepto o las consecuencias históricas resultarían catastróficas.

En ese momento los hombres empezaron a salir del *triclinium* y los invitados comenzaron a abandonar la *domus*. Ella se acercó a Atia y Octavia para despedirles aunque ese cometido lo tuvieron que desempeñar ellas tres solas porque Julio había desaparecido. Al final Atia y Octavia también se despidieron y Julia se quedó sola en el atrio.

Al cabo de unos minutos comprobó que Julio se había cambiado de toga y se dirigía hacia la puerta, seguido por Marco y Ligio. Julia corrió hacia él mientras exclamaba:

—¡Julio espera!

Entonces cayó en la cuenta de que su comportamiento no estaba resultando correcto. Se detuvo y prosiguió caminando digna y elegantemente hacia ellos.

—¿Qué te pasa? Ya te comenté que esta tarde había quedado y llego con retraso.

—Sí, ya lo sé, no se trata de eso. Aún no me has presentado a las vestales y ya que prácticamente viven con nosotros en un complejo adyacente, esta tarde sería un buen momento para que pudiese conocerlas.

—Sí claro, es verdad. De hecho, aunque sólo fuera por respeto hacia ellas, debí presentaros antes, pero esta mañana perdí la noción del tiempo.

—¿Puedes presentármelas ahora antes de irte?

—Sí, por supuesto. En un momento.

Se dirigieron, a través de la *cella* hacia la casa de las vestales, el *Atrium Vestae*, la otra ala de la *Domus Pública* que era su residencia y donde éstas custodiaban los testamentos de los romanos. Él dio una palmada. A los pocos segundos una joven, que ella dedujo que debía ser una esclava, acudió.

—Avisa a Quinctilia.

—Sí, *dómine*.

El ala de la casa correspondiente a las vestales era un impresionante edificio de tres plantas a los pies del monte Palatino. Era considerado uno de los más bellos de Roma, lo que daba idea de la importancia que se les otorgaba a las vestales. Un respeto y unos privilegios inexistentes para cualquier otra mujer de la República. Durante el tiempo que tardó Quinctilia en llegar, Julia permaneció en el centro de la sala girando lentamente mientras observaba extasiada el gran salón. Cuando ella llegó Julio espetó:

—Querida Quinctilia, tienes que disculparme, con todo el ajeteo de la boda no he podido presentarte a Julia. Tengo un poco de prisa. ¿Puedes presentársela tú a las demás? *Ave atque salve*<sup>29</sup>.

Y Julio se dirigió hacia la puerta mientras Julia le seguía con la vista.

«Va a tardar menos de veinticuatro horas en acostarse con su amante. Seguro que debo estar a punto de batir algún tipo de record, se lo tendré que comentar a los del Guinness a mi vuelta».

Cuando volvió a mirar a Quinctilia, ésta la estaba observando.

—Admiro tu comportamiento. Lógicamente nunca me he casado pero imagino que esto debe doler. Sí que ha tardado poco en ir a ver a la otra y sin embargo, no se te nota demasiado.

Julia se extrañó por su sinceridad, pero recordó que Quinctilia era una de las mujeres más poderosas de Roma. Se le permitía decir lo que quisiera mientras cumpliera únicamente dos obligaciones: mantener encendido el fuego eterno de Vesta y no perder la virginidad. Por lo demás, se podía considerar que las vírgenes vestales tenían aún más libertades que una mujer del siglo XXI. Poseían hasta la potestad de indultar a los condenados a muerte, siempre y cuando se les encontrasen de forma accidental en el camino hacia el cadalso. Sin embargo, si perdían la virginidad eran enterradas vivas. A lo largo de la historia de Roma casi veinte vestales fueron sometidas a esa suerte.

—Es como debe comportarse una buena esposa romana.

—Sí, pero debe resultar más fácil decirlo que hacerlo.

—Intento recordar cuál es mi familia y quién es mi padre —«y además lo que él haga o deje de hacer en ese terreno me da absolutamente igual»,

consideró Julia.

—Muy loable, muy loable —comentó Quinctilia con un tono de no creérselo demasiado—. Calpurnia no esperaba nada de él pero, aun así, lo llevaba bastante peor que tú.

—Yo sólo intento cumplir de la forma más honorable posible el designio de los dioses —«y de Maurizio Castell», se dijo.

—Alabados sean los dioses —sentenció Quinctilia con una intención indescifrable—. Tengo entendido que tú también has sido una virgen al servicio de los dioses, como nosotras.

—Sí, también tuve treinta años de servicio al igual que vosotras.

—¿A qué edad te reclutaron?

—A los cinco.

—A mí a los seis, la edad habitual. ¿Resultó muy traumática la separación de tu madre?

—Allí es diferente, no te separan de tus padres, pero ella murió cuando aún no llevábamos ni un año con los íberos.

—Eso sí que es quedarse completamente sola y en tierra extraña.

—Sí, pero me trataron muy bien. Al igual que aquí ellos tienen mucha consideración con las sacerdotisas de los dioses.

—¿Y cuáles eran tus obligaciones? ¿También debías mantener la llama eterna siempre encendida?

—No, allí no. Por supuesto, debía mantenerme virgen. Además, ya que Baal-Melkart es un equivalente a Hércules, Saturno y Cronos y por lo tanto dios de las pruebas, las cosechas y el tiempo, también estaba a cargo de los testamentos, como vosotras. Adicionalmente debía realizar las ofrendas a los dioses para que las cosechas fuesen favorables, y de no ser así, tener reservadas suficiente cantidad de semillas para futuras siembras y excedentes de cosechas pasadas para distribuir en caso de que por una mala temporada pudiese surgir una hambruna.

—Parece una tarea puramente administrativa.

—Tenía una gran parte de eso, sí, aunque también debíamos preparar cada día la estatua del dios para aquellos que viniesen a adorarle y sacarle en procesión por su festividad.

—Cuándo era su festividad.

—Del 17 al 23 de diciembre, las mismas fechas en que aquí se realizan las festividades de Saturno, las *Saturnalia*. Para finalizarlas se celebraba el nacimiento del nuevo Sol en la noche del 24 al 25 de diciembre.

—Vaya, vaya. Igual que las nuestras. Es sorprendente. Dos fiestas idénticas en extremos opuestos del mundo.

Julia sonrió al escuchar este último comentario.

—Bueno, las *Saturnalia* coinciden con la época de finalización de las cosechas de invierno, que son iguales para todo el hemisf... para todo el mundo, y el veinticuatro de diciembre se produce la noche más larga del año. Es normal que todos nos fijemos en esa fecha para celebrar el nacimiento del nuevo Sol.

—¿Y en qué consistía?

—Por la noche se disponían hogueras para celebrar la luz de los nuevos días, que irían aumentando su duración de ahí en adelante, se realizaban bailes y sobretodo se comía y se bebía.

—¿Y respecto a los dioses?

—Para dar inicio a las fiestas, las sacerdotisas debíamos realizar un sacrificio a los dioses y repetir la plegaria de adoración al sol naciente por el inicio de la vida de un nuevo año y la fertilidad de las mujeres.

—¿Y el quince de febrero, por las *Lupercalia*, no teníais la carrera medio obscena que realizamos en Roma para asegurar la fecundidad del campo y de las mujeres?

«Esto resulta muy interesante, una Vestal Máxima criticando la carrera de las *Lupercalia*. Para la próxima ya puede estar preparada, será considerada una de las más obscenas de la historia por culpa de Marco Antonio y su mini taparrabos».

—No, allí no se celebraban las *Lupercalia*. Esa tradición es puramente romana para homenajear a la loba que amamantó a Rómulo y Remo. No se realizaba ninguna carrera, pero sí que las mujeres acudían a nosotras para rezar y que intercediéramos ante el dios para que concibieran hijos.

—Con tan buenas referencias del dios de las pruebas, las cosechas y el tiempo seguro que a ti no te costará nada quedarte embarazada. Un pequeño Cayo, Lucio o Sexto, o tal vez otra Julia. Como sabrás son los únicos nombres permitidos a la familia, *gens*, Julia.

—Sí, claro.

«Resulta un alivio que sólo me vaya a quedar aquí tres meses y medio más, si no la presión sería insoportable. Pobre Calpurnia, no debe envidiarme nada. Por un lado, tenía que tolerar todas sus infidelidades, y por el otro, quedarse embarazada de él lo antes posible. ¡Una completa pesadilla! ¡Debió sufrir mucho!».

—Por tus comentarios parece que erais más de una virgen —comentó Quinctilia.

—Sí éramos dos, una sacerdotisa máxima y una *minor*. Cuando yo era pequeña la otra virgen fue como una madre para mí.

—Está bien ser más de una. Como ya sabrás aquí somos siempre seis, cuando una deja el servicio, y la próxima seré yo, otra debe entrar en su lugar.

—Una pequeña patricia de seis años.

—Sí, una patricia de seis años... o cinco —puntualizó contemplándola a ella con una sonrisa—. Que no presente ninguna cicatriz o marca en el cuerpo y cuyos padres, ambos deben ser patricios, estén vivos.

—Esto último no era requisito en Hispania.

—Estoy completamente de acuerdo con eso. De hecho considero que es más soportable para una niña huérfana entrar al servicio de Vesta que arrancar de una familia perfecta a una niña tan pequeña, pero... *Dura lex sed lex*<sup>30</sup>. Dentro de dos años se cumplirá mi servicio y habrá que buscar a alguien.

«Una vestal máxima con criterio propio. Esto sí que resulta interesante», consideró Julia.

—¿Qué planes tienes para después? ¿Quieres casarte?

—La verdad es que muy pocas de nosotras lo hacemos posteriormente. Cuando terminamos nuestro periodo de servicio a Vesta, el Pontífice Máximo nos selecciona un candidato como esposo. Cualquier patricio romano desearía casarse con una antigua vestal. Resulta un honor extraordinario para su familia y además, les asegura tener a los dioses y la fortuna de su lado. Pero con lo independientes que somos con el servicio a Vesta, el matrimonio a muchas les ha parecido un terrible retroceso y casi todas lo rechazamos. Preferimos seguir solteras y mantener así todos los derechos que hemos adquirido como vestales que son similares, incluso mayores, a los que tiene cualquier hombre. Si nos casásemos tendríamos que renunciar a ellos, someternos a la voluntad de un marido, que este tomase todas las decisiones de nuestra vida y transigir con demasiadas cosas que a mí me resultarían intolerables. Vesta es mucho mejor esposa que cualquier patricio romano —informó señalando con la cabeza hacia la puerta por la que había salido Julio unos minutos antes—. Siento si esto te ha ofendido querida, pero es lo que pienso.

Quinctilia le caía bien, era la primera mujer romana «moderna» con la que había hablado, le recordaba mucho a Rebecca. Le apetecía pasar tiempo con ella, aunque debería tener cuidado, era tan inteligente que podría descubrir sus mentiras.

De todas formas decidió arriesgarse.

—Querría pedirte algo. ¿Puedes enseñarme como se enciende la llama sagrada? ¿Cómo hacéis el cambio de vestal para custodiarla? ¿Podría ayudaros con la organización de las *Saturnalia*? Queda muy poco tiempo para la festividad.

—Ninguna persona que no sea de la casa, vestales o esclavas, puede participar en nuestros rituales. Aunque tu caso resulta un poco especial siendo la esposa del Pontífice Máximo. No sé si existen precedentes al respecto. Yo personalmente te lo agradezco y por mí no habría ningún impedimento, además ya tienes experiencia en el tema, pero debo asegurarme de que nadie ponga inconvenientes y haga de esto un problema.

—Bueno, si alguien los pusiera... A fin de cuentas Julio es el Pontífice Máximo y por lo tanto el *Pater familias* de la casa, así que técnicamente yo soy la madre de todas vosotras. Visto así se me puede considerar de la casa.

—¿Y el Pontífice Máximo lo aprobará?

—Le parecerá perfecto. Además, ante Roma se puede mostrar como un signo más de su devoción a los dioses.

—Por mi parte está bien, si lo deseas empezaremos mañana.

—Muchas gracias.

—¿Quieres que te presente a las demás?

—Sí, estoy deseándolo.

Quintilia sonrió y requirió, alzando la voz.

—¡Burginda!

La esclava que ya conocía, apareció en la estancia. Era muy alta, rubia y con los ojos azules. Por esos rasgos físicos y su nombre, Julia dedujo que era originaria de la zona de Germania, probablemente de un lugar límite con la frontera de las Galias.

—Avisa a las demás y prepara algo para comer.

—Sí, *dómina*.

Al cabo de unos minutos llegaron cuatro jóvenes de diferentes edades. Julia estaba delante de las vestales de Roma y se le iluminó la cara de alegría. Una de ellas, la más pequeña de todas, que tendría cerca de ocho años corrió hasta los brazos de Quintilia que la aupó y sonrió mientras la niña le tocaba la nariz.

—Hijas, quiero presentaros a Julia, que como ya sabéis es la esposa de nuestro Pontífice Máximo.

—Julia, te presento a Claudia, Domicia, Aemilia y este pequeño bombón



es Cornelia. Acaba de pasar la difteria, así que debemos mimarla mucho. Fabia está de guardia vigilando el fuego sagrado.

—Encantada de conoceros —saludó Julia con una sonrisa—, espero que pasemos tiempo juntas.

—¿Te quedarás a vivir aquí como Calpurnia? —preguntó la pequeña Cornelia.

—Sí, me quedaré aquí.

—Echo de menos a Calpurnia.

—Sí Cornelia, pero las cosas son así —explicó Quinctilia—. Ahora tenemos que cuidar a Julia, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo Cornelia mirando al suelo.

—Lo siento —se excusó Quinctilia.

—No te disculpes, lo entiendo perfectamente —comentó Julia sintiéndose culpable—. De hecho me gusta mucho lo cariñosa que es Cornelia con la gente que aprecia —entonces se dirigió a la niña—. Quinctilia me va a enseñar muchas ceremonias vestales. ¿Quieres que nos las enseñe juntas? Yo sé tan poco como tú.

—Yo sé mucho.

Julia rio y contestó:

—Por supuesto, entonces tú puedes ser mi profesora de las cosas que tú sepas y yo no.

—Vale. Pero te pondré nota.

Julia respondió con toda la seriedad que pudo simular.

—Supongo que tendré que estudiar mucho para hacerlo bien.

—Sí, si no te pondré mala nota —advirtió Cornelia.

Entonces Burginda anunció que ya habían servido la cena en el *triclinium* del *Atrium Vestae*.

—¿Quieres cenar con nosotras? —sugirió Quinctilia.

Julia dejó que la alegría que sentía dentro se mostrase en su cara.

—Será un auténtico placer.

Y así Julia rodeada de cinco de las seis vírgenes vestales de Roma se dirigió al comedor. Por el camino Quinctilia le comentó:

—Tengo un secreto que contarte. En las comidas yo tomo *mulsum*, pero no se lo digas a Julio.

Julia soltó una carcajada.

—Yo en Hispania también lo hacía y aquí también lo haré si me dejas acompañarte y... tú tampoco se lo cuentas a Julio.

Quintilia sonrió y asintió:

—Trato hecho.

—Trato hecho.

Las dos se dieron la mano.

—Me confundes un poco Julia, das una primera impresión de ser demasiado anticuada, sumisa y a la vez estirada para mi gusto, pero luego sorprendes.

—¿Para bien?

—Sí.

—Pues tú a mí me pareces perfectamente moderna para mi gusto.

—¿En serio? Siempre me lo critican.

Mientras se dirigían hacia el comedor Julia vaticinó.

—Quintilia, presiento que este es comienzo de una hermosa amistad<sup>31</sup>.

—Bonita frase.

Y Julia pasó una fantástica velada de chicas y *mulsum*.

No vio a Julio esa noche.

## CONTINUANDO CON LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL Y ALGO MÁS

Se levantó muy pronto para no llegar tarde al desayuno. Tras vestirse salió de la habitación en busca de Eunice para pedirle que le preparara el baño. La verdad es que lo que más valoraba de que Julio fuera rico era que así se aseguraba de tener una bañera en la casa con la que darse un baño diario y no tenía que acudir a letrinas callejeras públicas donde se hacían las necesidades a la vista de todos los que estuviesen usando el resto de éstas. En la *Domus Pública* tenían el gran lujo de contar con un váter en una habitación cerrada. Analizando la situación, se dio cuenta de que en su casa de Boston disponía de muchísimas más comodidades de las que tenía casada con el hombre más poderoso de Roma.

¿Cómo podía encontrar a Eunice cuando la necesitaba? Parecía que el procedimiento habitual para llamar a los esclavos consistía en gritar su nombre o en dar una palmada, pero le parecía humillante y servil hacia ellos. No se sentía cómoda haciéndolo, pero tampoco podía acudir a las habitaciones de los esclavos a buscarla. Alzó las manos sin decidirse a dar la palmada, eso le parecía ofender la dignidad de un ser humano. Pero resultaría insólito que permaneciese en el *impluvium* esperando a que apareciese alguien. Ninguna patricia se comportaba así. ¿Dar la palmada? ¿No darla? Julia no lo consideró más. Dio la palmada.

Al cabo de unos segundos llegó Marco.

—¿Podrías buscar a Eunice por favor?

«Vaya por Dios, se le había escapado el “por favor”. Nunca se debía agradecer nada a los esclavos».

Marco la observó sorprendido y contestó:

—Sí, *dómina*.

Julia volvió a su habitación poniendo cara de quien lo ha estropeado todo. Nada de por favor, nada de por favor, nada de por favor...

Cuando entró Eunice, le solicitó.

—Prepárame el baño por fa... el baño.

—Sí, *dómina*.

El baño resultó delicioso. Como solían tener la bañera en una habitación al lado de las cocinas, el agua estaba caliente, lo que por estar en diciembre se agradecía.

—¿Deseas que te traiga sosa para la higiene?

Julia no pensaba frotarse el cuerpo con sosa por nada del mundo.

—No te preocupes Eunice, me he traído de Hispania esto que utilizan los íberos en lugar de la sosa.

Le acercó a la nariz el jabón de supermercado con olor a rosas.

—¡Qué bien huele! —exclamó Eunice animándose a hablar—. La sosa funciona bien pero huele mucho peor.

—Sí, el jabón es mejor.

—Siempre hueles muy bien, *dómina*.

—Gracias.

—Cuando hablas huele a menta.

Julia sonrió. Salió del baño y Eunice le acercó una toalla y la ropa.

—¿Qué peinado querrás hoy?

—El clásico recogido con seis trenzas.

—¿Hoy tampoco deseas que te maquille, *dómina*?

Julia recordó que elaboraban los cosméticos con excrementos, bilis, lanolina, óxido de estaño, yeso, plomo, harina de habas y cera de abejas. Repulsivo y cancerígeno. Decidió que por nada del mundo iba a maquillarse mientras permaneciese allí.

—No, gra... no.

—¿Ni siquiera deseas que te maquille las cejas uniéndotelas encima de la nariz?

—No.

Aunque fuese la última moda nunca iría con ese aspecto. Se visualizó a sí misma maquillada como Frida Kahlo y se echó a reír.

Eunice la contempló extrañada. En seguida Julia recuperó la compostura y Eunice preguntó.

—¿Y tampoco querrás que te perfume?

Recordó el método mediante el que las esclavas perfumaban a las patricias. Introduciéndose el perfume en la boca y escupiéndolo para vaporizarlo sobre la cara y el cuerpo. Julia casi vomitó al imaginarlo. En el próximo viaje se traería un frasco de Carolina Herrera, o si no seguiría únicamente con el desodorante.

—No, gra... no.

—He visto que de momento sigues sin tener pelo en el cuerpo. ¿Te depilaron con pinzas? ¿Deseas que lo organice así para dentro de unos días?

«Lo hicieron con láser».

—No te preocupes por eso, no tengo pelo en el cuerpo por una enfermedad

que contraje en Hispania.

—El *dómine* insiste mucho en su depilación. Le depilan todo el cuerpo con pinzas cada dos semanas.

—Sí, lo sé.

«Seguro que si hubiese vivido en el siglo XXI sería uno de esos hombres que se depilan con láser. ¡Qué asco!».

Eunice la peinó en la habitación y Julia salió para dirigirse al comedor. Julio no estaba. Volvió al cuarto para coger el ordenador y le esperó en el *triclinium* mientras revisaba sus archivos. Decidió que lo mejor sería proseguir un par de días más con Google Earth Pro y luego pasar a los simuladores del Sistema Solar... Bueno, lo que a él le apeteciese. Al cabo de una hora Julio seguía sin aparecer. Cuando Eunice volvió a circular por el comedor Julia le preguntó:

—¿Y el *dómine*? ¿Dónde está?

—Sigue en el *tabularum* con sus secretarios.

—¿Ha desayunado ya?

—No.

—Su *tabularum* es ese de ahí, ¿no? —preguntó Julia señalando hacia la habitación donde estuvo reunida con Julio el primer día que llegó a Roma.

—No, no está en ese, sino en el de la segunda planta; subiendo las escaleras a la derecha, justo encima de su dormitorio.

Esa era más información de la que Julia deseaba obtener.

—Gra... Le preguntaré si desea desayunar conmigo.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No, no hace falta, quiero verle, gr...

Llevó el ordenador a su habitación y luego subió las escaleras. Se dirigió hacia la primera puerta de la derecha. Pegó el oído a ella y oyó la voz de Julio lenta, silabeando, como si le estuviese dictando a alguien. Julia llamó a la puerta y entró. Él se encontraba sentado a su mesa, dictándoles tres informes diferentes a otros tantos escribas de forma simultánea. Ya que estos trazaban letras en tablillas de cera a un ritmo exasperantemente lento, mientras Julio le dictaba un párrafo a uno de ellos, daba tiempo a otro para que escribiese lo recién dictado. Sobre la mesa también vio un par de ábacos.

Él levantó la vista para mirarla pero su adusta expresión no cambió y prosiguió con la frase en la que se encontraba a medias. Julia aguardó en el umbral de la puerta en silencio. Cuando acabó la frase con una lentitud insufrible se dirigió hacia ella e inquirió:

—¿Sí?

—Sólo quería saber si vamos a desayunar juntos.

—Me encantaría que siguiésemos con nuestra... Conversación de ayer, pero hoy tengo una reunión del Senado a la hora sexta<sup>32</sup> y llevamos mucho retraso con los cálculos de la logística del ejército.

—¿No vas a desayunar?

—De acuerdo, tomaré algo rápido. Espérame en el *triclinium*, ahora bajo.

Julia aguardó sentada en la silla con el ordenador. Julio bajó corriendo a grandes zancadas poco después.

—¿Qué es lo que estabais haciendo? —le preguntó mientras Eunice y Ática servían el desayuno.

Él se reclinó en el *triclinium* y contestó:

—Hoy tenemos una reunión del Senado a la hora sexta, pero antes debería adelantar mucho más la logística del ejército para la campaña de Partia. Las primeras legiones saldrán dentro de un mes.

—¿En enero?

—Sí, esperarán en Grecia. Para ello, estábamos calculando la cantidad de comida necesaria, forraje para los caballos, coste adicional de los barcos que nos cruzarán en Brindisi y si disponemos de presupuesto para realizar una leva más e incluir alguna otra legión. El Senado y mis legados necesitan una copia de esa información y la debo tenerla lista para la semana que viene.

—Entonces, ¿estabais haciendo cálculos o les estabas dictando el informe final?

—Les estaba dictando parte del informe, pero aún quedan muchos cálculos por hacer.

—Ya. ¿Por qué te importa tanto empezar ahora una guerra contra los partos?

—No tenemos opción. Por un lado, por supuesto, es necesario vengar la derrota y aniquilación del ejército romano que causaron hace nueve años en Carrhae, en la que además perdieron la vida mi amigo Craso y su hijo, pero además, ahora se han pasado de la raya. Pancoro, el hijo del rey de los partos está ayudando a las tropas que se han rebelado contra Roma en la provincia de Siria. Como no actuemos pronto, comenzarán a provocar levantamientos en toda Asia Menor.

—¿Y no tiene nada que ver que una parte de ti quiera emular a Alejandro Magno?

Julio sonrió.

—Eso viene por añadidura.

—Claro.

—Además, si te soy sincero, me he pasado los últimos quince años de mi vida en la guerra, y te aseguro que, a pesar de lo dura que pueda resultar, es mucho más simple y limpia que la retorcida política de Roma. En la guerra tienes al enemigo delante. En Roma puede estar por todos lados.

—Esa campaña será larga.

—Sí, como mínimo durará tres años... Si vuelvo, claro —Julio la observó interrogante.

—No esperes que te diga nada sobre el resultado de la campaña.

Él se echó a reír.

—No conseguí engañarte. Me da la impresión de que nunca volveré de Partia —Julia permaneció en silencio—. Qué dura —añadió él con una sonrisa.

—No te daré ninguna información que pueda modificar tus decisiones.

—¿No hay nada que yo pueda hacer para que cambies de idea?

—Nada, lo siento.

—Cada vez me queda más claro que no volveré de Partia.

—Si pudieses elegir que preferirías, ¿una vida larga y tranquila u otra más corta pero dejando una huella indeleble en la historia?

—Sin dudarlo lo segundo. Así será, ¿no?

—No puedo decirte nada en un sentido ni en el otro.

—Está bien, cambiemos de conversación. La verdad es que estoy obsesionado con el ordenador desde ayer, pero no dispongo de tiempo.

—Bueno, tus secretarios son insufriblemente lentos escribiendo.

—Son los más veloces de toda Roma, por eso les elegí.

—Tal vez no se pueda escribir más rápido sobre cera con una púa o sobre un pergamino mojando continuamente el *calamus scriptorium* en tinta, pero hay otros métodos. ¿Y los cálculos?

—Los realizamos dos personas simultáneamente con sendos ábacos. Si no coinciden los resultados hay que repetirlos. A veces se convierte en una auténtica pesadilla.

—Ya... Bueno, antes de nada tengo que pedirte algo muy importante.

—¿Qué?

—No te lo había comentado pero una vez al mes, el día quince al final de la segunda vigilia<sup>33</sup>, el agujero de gusano que me trajo aquí se abrirá para que yo pueda...

—¿Un agujero de gusano has dicho?

—Sí, así se llaman los canales en el espacio-tiempo. También se denominan puentes de Einstein-Rosen.

—Me encantaría verlo.

—Te lo enseñaré. Se abrirá dentro de cinco días, el problema radica en que nadie más debe verlo. Lo activarán en la zona sur del atrio. Necesito que mandes construir allí una habitación de doce por doce pies, no se necesita más, pero debe tener una cerradura de la que solo disponga llave yo... —al ver la cara que él ponía añadió—. Bueno tú y yo.

—¡Quedará horrible en el atrio!

—Ya lo sé, pero resultaría demasiado peligroso que alguien llegase a ver el agujero de gusano. Los que me mandaron aquí lo abrirán una vez al mes para que yo tenga la posibilidad de volver para presentar un informe sobre cómo se desarrolla todo, si preveo algún peligro o si hay que cancelar la misión antes de tiempo. En marzo podrás derribarlo. Tiene que estar lista para dentro de cinco días.

—Se lo ordenaré a Marco y Ligio. Estará mañana.

—Muchas gracias. A cambio yo voy a ayudarte en algo.

—¿En qué?

—¿Cuánto tiempo crees que tendrás que dedicar a los cálculos de la guerra contra Partia?

—Para la parte que estoy revisando ahora unos tres días.

—Lo haremos en ocho horas, acabas de conseguir una nueva secretaria.

Media hora después se encontraban los dos solos en el despacho de Julio. Julia estaba tecleando en el ordenador a toda velocidad mientras él dictaba al ritmo de una conversación normal. Entonces Julio se detuvo.

—¿Y luego te dedicarás a realizar tres copias de todo esto?

—No, el día quince traeré del futuro una impresora, espero que tengan alguna con batería autónoma, y podré hacer en un momento cincuenta copias si quieres. Si tus escribas o legados preguntasen sobre el documento puedes contestarles que el papel es un invento del pueblo de Hispania donde me crie.

—No, contaré lo mismo que estoy diciendo a los esclavos que me han visto con la linterna, que es un objeto mágico confiscado a un druida de las Galias.

—Como quieras. Otra posibilidad es que tú te despreocupes de las copias y que yo se las dicte a tus escribas para que las redacten en cera o en papiro, aunque sea a un ritmo exasperantemente lento. Creo que esa es la mejor



opción.

—Mientras haya tres copias de cada documento me da igual cómo lo hagas. Déjame ver lo que has escrito.

Se puso a leer las dos páginas que había dictado.

—No lo entiendo, hay letras que no entiendo.

—¿Cuáles?

—Ésta, ésta, ésta...

Puntualizó señalando a la a, la b y la g.

—Claro, perdona, vamos a arreglarlo.

Seleccionó todo el texto y eligió como tipo de caligrafía el Comic Sans MS en lugar del Times New Roman.

—¿Mejor ahora?

—¿Puedes cambiarlo todo sin necesidad de volver a escribirlo?

—Es una de las ventajas del Word. Si no, cada informe se haría interminable para que quedase perfecto. Si cometieses algún error podríamos corregirlo sin necesidad de rehacer toda la hoja.

—¿Y cómo se puede leer si no se dispone de un ordenador?

—Con la impresora realizaré todas las copias en papel que desees.

¿Seguimos?

—¿Papel? Lo mencionaste antes. ¿Qué es?

—Algo parecido al papiro. Aún no se ha inventado. Es de lo que está hecha la libreta que te regalé el segundo día.

Julio sonrió y continuó dictando.

Al cabo de un rato se detuvo.

—Tenemos que incluir algunos cálculos.

—Muy bien —asintió Julia— espera a que guarde esto y abra una tabla de Excel.

—¿Qué es el Excel?

—Permite realizar cálculos de manera casi instantánea y no se equivoca nunca. El único error que se puede cometer es introducir mal los números. A ver, ¿con qué empezamos?

—Con el coste del consumo de forraje para los caballos de la primera tanda, que partirán este mes, y para los de las siguientes dos tandas que mande.

—Muy bien. Mira voy a abrir una columna llamada Caballos enero. ¿Cuántos enviarás?

—Para esta contienda he previsto un total de 10.000 équites. En enero mandare hacia Grecia a un tercio de ellos, en febrero al otro tercio y el

dieciocho de marzo vendrá conmigo el tercio restante. Tengo la intención de nombrar a Octavio *magister equitum* al mando de la caballería. Le mandaré con este primer envío para que tenga tiempo de familiarizarse con la logística, el mando y que vaya conociendo a los hombres que dirigirá. Los équites se pagan el caballo, el escudo, el casco, la armadura, la espada y las jabalinas, así que no tendremos que incluir ese coste, sólo el forraje de los caballos y su transporte inicial de Brindisi a Grecia.

—¿Cuántas legiones mandarás?

—Para esta campaña he decidido que no menos de diez<sup>34</sup>, aunque me gustaría llegar a dieciséis, según como vayamos de presupuesto.

—Dieciséis —Julia soltó un silbido—. Para la guerra de las Galias inicialmente solo te llevaste diez, y en la guerra civil contra Pompeyo siete. Además, estás llevándote casi el doble de équites por legión de lo acostumbrado.

—Partia es famosa por su caballería, no quiero correr riesgos. Bueno, empecemos con los cálculos.

—¿Quieres el gasto desglosado por mes de su traslado a Grecia o por legión?

Después de valorarlo durante unos instantes Julio resolvió:

—Me vendría bien de las dos maneras.

—Perfecto. Empecemos con el cálculo por mes de envío. Luego lo desglosaremos por legión. Crearemos tres columnas: enero, febrero y marzo. Introduciremos el número de équites para cada una de las columnas que supondrán un tercio del número de jinetes total. ¿Coste del forraje diario por caballo?

—0,20 sestercios.

—0,20 sestercios diarios de gasto en alimento por caballo. ¿Para cuánto tiempo?

—Nueve meses, contando desde marzo claro. Para los que salgan ahora calcularemos once meses y para los de febrero diez meses. A partir de entonces tendremos que autofinanciarnos.

—Muy bien. Ya tenemos el gasto en talentos para los caballos de enero, los de febrero y los de marzo. ¿Coste de su transporte desde Brindisi a Grecia?

—De momento déjalo en blanco. Todavía estoy negociando el precio. Pasemos al gasto por legionario.

—Bien. Me has comentado que como mínimo irán diez legiones, a un total

de seis mil soldados por legión...

—Ya no —cortó él—. He reducido su número. Estima un total de cuatro mil quinientos soldados por legión como media. Algunas tienen menos.

—Muy bien. Entonces estamos hablando de un total de cuarenta y cinco mil soldados que incluyen a los *velites*, *hastati*, *princeps* y *triari*. ¿También se pagan ellos su propio equipo?

—No hacemos distinción entre ellos desde la época de mi tío, Cayo Mario. Llámalos a todos simplemente legionarios e inclúyelos en un único grupo. Y sí, se pagan ellos su equipo.

—¿Coste de alimentar a un legionario por día?

—Aquí no quiero que me calcules el coste. Lo único que necesito es saber la cantidad de trigo que consumirán durante los próximos nueve meses, contando desde marzo claro. Para los que salgan ahora calcularemos once meses y para los de febrero diez meses, igual que hicimos con los caballos.

—¿Y eso? ¿Por qué no quieres el coste?

—Cleopatra me dará todo el trigo que necesite.

—Por supuesto... Muy listo —comentó Julia con un deje de reproche que aparentemente Julio no percibió.

—Viene bien poder disponer de todo el trigo de Egipto. Cleopatra me debe la vida y el trono, le interesa tenerme contento.

—Claro, y que además tengas a su hermanastra y aspirante al trono, Arsinoe, en el templo de Artemisa en Éfeso, bajo tu control, contribuye a ello.

—Ella quería que la matara, pero nunca conviene eliminar a todos los aspirantes a un trono... A no ser que tú seas uno de ellos.

«Pues Marco Antonio no le pondrá ningún reparo y le faltará tiempo para asesinar a Arsinoe en las mismas escaleras del templo de Artemisa», pensó Julia.

—No será todo interés. ¿La quieres? Pura curiosidad histórica.

—Estar con ella resulta muy agradable y he de reconocer que el crucero por el Nilo fue fantástico —entonces Julio miró al infinito con una sonrisa en su cara, tras unos instantes volvió a ensombrecer su expresión y añadió—. Prefiero no hablar sobre ese tema. ¿Seguimos?

Julia encogió los hombros y replicó:

—Pues no hables. Venga continuemos.

Prosiguieron con el trabajo. Al cabo de dos horas Julio concluyó:

—Tenemos que dejarlo ya. Debo prepararme para la reunión del Senado.

—¿Seguiremos con los cálculos de la artillería mañana?

—Sí, te levantaré pronto para que dispongamos de más tiempo.

—Muy bien. ¿Puedes hacerme un favor?

—¿Cuál?

—Mira esto —Julia apretó un botón—. Se llama grabadora.

Rebobinó y luego volvió a pulsar el *play*. Un sonido con la voz de Julia salió de la máquina repitiendo.

«Se llama grabadora».

—Si aprietas este botón al inicio de la reunión y este al final, grabaremos todo lo que se haya debatido en el Senado.

—Vaya, vaya. El futuro me da una sorpresa tras otra.

Tomó la grabadora y se despidió.

—Voy a cambiarme.

Ella salió al peristilo y desde ahí se dedicó a inspeccionar la casa.

Al cabo de una media hora le vio vestido con la toga *praetexta* dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Te vas ya?

—Sí, llego tarde —resolvió tajante—. Pero no te preocupes, llevo la grabadora y he ordenado que construyan tu habitación.

—Muchas gracias. ¿Podría visitar el campo de Marte y el Teatro de Pompeyo aunque sea por fuera?

—Como cualquier patricia romana, si vas sola, puedes pasear por Roma acompañada de dos esclavos. En litera ya no porque he prohibido su uso dentro de las murallas para evitar la excesiva exhibición del lujo. Sin embargo, el campo de Marte está fuera de las murallas de la ciudad y ahí sólo hay soldados sudorosos haciendo la instrucción. Podrías ir otro día acompañada por mí, ya me inventaría alguna excusa, pero sola con dos esclavos no. Lo siento, llego tarde.

—Bien.

Cuando estaba saliendo por la puerta se volvió y resolvió:

—Espera un momento, tienes una opción aún mejor que yo... Quinctilia.

Se giró y se fue.

Claro, Quinctilia, asintió ella. Se dirigió corriendo hacia el ala de las vestales. Cuando llegó, cinco de ellas se encontraban en una sala, adyacente al peristilo, clasificando papiros en estantes. Cuando Julia se aproximó corriendo todas levantaron la vista hacia ella. Comprobó que faltaba Domicia, estaría de guardia. Al igual que la noche de antes, Quinctilia llevaba el pelo recogido en trenzas, atado con cintas de lana blanca y cubierto por un velo

blanco. Vestía una ínfula o túnica larga con un ribete púrpura que le cubría los hombros y por supuesto la *palla* que era un trozo de tela sujeto con un broche en el hombro izquierdo, y que desde ahí se enrollaba envolviendo la cintura y podía sostenerse, como la toga de los hombres, doblando el brazo izquierdo.

—Hola —saludaron.

—Hola a todas. ¡Qué trabajadoras!

—Estamos ordenando los testamentos con un sistema más eficiente que se le ha ocurrido a Aemilia. Con todos los que nos han confiado últimamente por la futura guerra contra Partia, si no mejorásemos la forma de clasificarlos no encontraríamos ninguno. Espera, ayer no te presenté a Fabia, ¿verdad? Estaba de guardia.

—Encantada de conocerte Fabia. ¿Puedo hablar un momento contigo Quinctilia?

—Sí, claro —aseguró ella con una sonrisa.

—Verás, desde que volví de Hispania apenas he visto Roma. Querría visitar el Campo de Marte y el Teatro de Pompeyo. Julio me ha explicado que a ninguna patricia romana se le permitiría ir sola hasta ahí, pero que hablase contigo.

Ella se echó a reír.

—Claro que eso no se le permitiría a ninguna matrona romana. Pero yo no soy exactamente una matrona romana. Hace tiempo que no salgo y me apetece ver la calle. ¿Quieres que vayamos de excursión?

—Me encantaría. ¿Y las dos solas podemos visitar a la zona de entrenamiento del Campo de Marte?

—Tú no, pero yo puedo salir a donde quiera, y si me acompañas ya no estarás sola.

—¿Y qué motivo darás para pasear por el campo de Marte?

—¿Motivo? Nadie se atreverá a preguntármelo —seguidamente comentó dirigiéndose a las demás—. Hijas voy a salir un rato con Julia. Aemilia se queda de responsable —seguidamente preguntó a Julia—. ¿Estás lista?

—Sí.

—¡Pues vámonos a descubrir Roma!

Se dirigió hacia la puerta seguida por Julia.

—Espera, ¿no tenemos que llevarnos esclavos?

—Teóricamente debería viajar en el *carpentum*, un carro con dos ruedas, y que un *lictor* con varas caminase delante de mí. Pero no me aporta nada y resulta tedioso, prefiero caminar. Desde que soy Vestal Máxima nosotras

siempre salimos solas, Julio no nos lo ha prohibido y nunca hemos tenido ningún problema.

—Pero la calle está abarrotada de gente. Nos costará muchísimo avanzar —comentó Julia recordando su paseo por el foro el primer día.

Quintilia soltó una carcajada.

—Veo que tu madre no te lo explicó todo sobre las vestales. ¡Sígueme!

Salieron del *Atrium Vestae* por la escalera central. En cuanto salieron a la calle, la gente que se encontraba cerca de la puerta interrumpió sus conversaciones y un pasillo se abrió ante ellas para permitirles circular.

—¿No sabías que las vestales tenemos derecho de paso? Hasta los magistrados más altos están obligados a retirarse y cedérmelo —comentó con una sonrisa—. En la *Domus Pública*, Julio y yo siempre bromeamos sobre técnicamente quién de los dos debería pasar primero... Aunque por supuesto siempre lo hago yo —las dos se echaron a reír.

A medida que avanzaban la gente bajaba la mirada respetuosamente ante Quintilia, mientras que ésta les sonreía y de vez en cuando saludaba a alguien, que como hecho excepcional levantaba la vista orgulloso por ser distinguido.

—No necesito protección. Legalmente, nadie puede rozarme siquiera sin atentar contra la dignidad de Roma —Quintilia le leyó el pensamiento a Julia y añadió—. Que tú me hayas tocado no constituye ninguna afrenta, dentro de la familia no actuamos con tantas exquisiteces.

«Pasear con Quintilia es mejor que viajar en un coche de policía con la sirena puesta», pensó Julia mientras caminaba con la cabeza baja detrás de ella. Lamentó no poder sacar una foto.

Quintilia añadió:

—No tienen queja. Durante estos últimos once años, desde que yo estoy al cargo, la llama sagrada de Vesta no se ha apagado ni una sola vez.

Así llegaron por la Vía Sacra hasta las murallas Servilias y tras cruzarlas al campo de Marte. Allí vieron desplegados a los ejércitos de Roma preparándose para la futura invasión de Partia. ¡Resultaba impresionante! Un grupo de soldados a su derecha estaban manteniendo la posición del *testudo*, conocida en el futuro como la tortuga; otros más cerca de ellas estaban practicando el combate cuerpo a cuerpo con espadas de madera; otros al fondo lanzaban jabalinas y a lo lejos, otro grupo estaba saltando obstáculos con sus caballos.

Ella suspiró de forma admirativa. Estaba delante del mejor ejército del

siglo primero antes de Cristo.

—Resulta una visión emocionante, ¿verdad?

—Es arrebatador.

—Sí, los ejércitos antes de una batalla resultan imponentes... ¿pero cuántos de estos legionarios morirán invadiendo Partia? Lamentablemente una de mis obligaciones consiste en entregar los testamentos al albacea para que se los lea a la familia. Ya he contemplado demasiado dolor.

—Sí, supongo.

Algunos de los soldados que estaban luchando con las espadas de madera dejaron de hacerlo y las observaron atónitos. Quinctilia movió su brazo derecho en dirección hacia ellos indicándoles que continuasen. Ellos así lo hicieron y retiraron la vista de ella.

—¿Vamos al Teatro de Pompeyo?

—Sí, sí, por favor.

Estuvieron caminando en silencio durante unos instantes, luego Julia preguntó:

—¿Además de manteneros vírgenes, asegurar que nunca se apague el fuego sagrado y custodiar los testamentos, tenéis alguna obligación más?

—Cuidar del *paladio*, la estatua de Palas Atenea que Aeneas trajo de Troya. Se encuentra en el templo donde guardamos el fuego sagrado, ya te la enseñaré, es preciosa. También tenemos que elaborar la *mola salsa* en las fiestas de las *Vestalia* en cantidad suficiente para que no falte en los sacrificios que realicen los sacerdotes durante todo el año, ya sabes, se vierte sobre la cabeza del animal antes de sacrificarlo. También elaboramos la *muria* con agua y sal, la cocemos en el horno y luego la cortamos. Es necesaria para los ritos funerarios en las casas de los difuntos.

Casi sin darse cuenta habían llegado al teatro de Pompeyo, donde se reunía temporalmente el Senado y Julio moriría tres meses y medio después. Era un precioso edificio de mármol más grande que ningún otro construido en Roma, tal vez con la excepción del Circo Máximo. Entró en el peristilo siguiendo a Quinctilia. Entonces un grupo de lictores, que siempre acompañaban a los cónsules para protegerles, se pusieron de pie. Quinctilia les hizo una señal con la mano para que se sentaran.

—¿Esperan fuera hasta que acabe la sesión del Senado y salgan los cónsules?

—Sí, ya sabes que nadie armado puede entrar en el edificio donde se reúne el Senado. Eso lo convierte en el lugar más seguro de Roma.

«Hasta que los veintitrés conspiradores decidiesen entrar en él escondiendo sus dagas bajo las togas», consideró Julia.

Avanzaron por el precioso peristilo enmarcado por una bellísima columnata y llegaron al teatro, propiamente dicho, dedicado a *Venus Victris*<sup>35</sup>.

—Cuando Pompeyo inició la construcción del teatro estaba casado con Julia, la hija de tu marido. Como los Julios descendéis de la diosa Venus se lo dedicó a ella en honor a su esposa... La quería mucho.

—Eso he oído.

—Dicen que no tuvo ninguna amante durante los casi cinco años que estuvo casado con ella.

—Qué bonito —comentó Julia con una ironía que aparentemente Quinctilia no percibió.

—La muerte de Julia y el bebé al dar a luz fue el principio del distanciamiento y las rivalidades entre ambos. Si ella no hubiese muerto, tal vez la historia de Roma habría sido diferente y nos hubiésemos ahorrado una guerra civil.

—Sí, una sola persona puede cambiar la historia.

—Por supuesto, la historia está plagada de ejemplos. Si no hubiese sido por Publio Cornelio Escipión probablemente Aníbal hubiese ganado la segunda guerra púnica y ahora seríamos una provincia cartaginesa.

—Sí.

Se encontraban en el escenario del Teatro. Ella miró a su alrededor sobrecogida. ¡Era inmenso! ¿Cuánto mediría de diámetro? Según los libros de historia ciento cincuenta metros. Aproximadamente le parecía correcto. Y todo ese mármol en una época en la que casi todos los edificios de Roma estaban hechos de ladrillo... ¡Era una auténtica belleza! Tenía tres niveles y, al igual que en el Coliseo, las columnas que adornaban la primera altura eran dóricas, las de la segunda jónicas y las de la tercera corintias.

Reparó en unas escaleras que dividían las gradas en dos y conducían hasta una puerta. Adyacente al teatro, en el último nivel se encontraba el templo de *Venus Victris*, a él debían dirigirse las escaleras.

—Tras esa puerta está el templo de *Venus Victris*, ¿no?

—Sí, Julia. ¿Quieres que lo visitemos?

—No, preferiría volver al peristilo.

El verdadero objetivo de Julia era ver la Curia Pompeya que era el lugar donde se reunía el Senado en esa época y sería asesinado Julio. Según los últimos descubrimientos realizados por un equipo de arqueólogos españoles



que ella conocía, ésta se encontraba en el Largo Argentina, en una zona adyacente a la entrada del peristilo. Recorrieron este y al llegar al pórtico que se encontraba en el extremo opuesto del teatro, Julia preguntó:

—¿Dónde está la Curia Pompeya?

—Tras ese portón —contestó Quinctilia señalando hacia la primera puerta situada junto a la entrada al peristilo, a la que se accedía por una escalera de mármol.

—¿Ahí está reunido el Senado?

—Sí.

Tenía unas ganas irresistibles de entrar pero eso sería forzar demasiado el ánimo de Quinctilia. Se quedó observando la puerta durante unos momentos buscando una excusa para entrar... No se le ocurrió ninguna.

Pensaría en algo para otro día.

Luego se dirigió a Quinctilia.

—¿Vamos a comer algo? Tengo hambre.

—Conozco un lugar cerca de aquí donde elaboran un *prandium*<sup>36</sup> delicioso.

A la vuelta ya había oscurecido. Cenó con las Vestales.

La reunión del Senado acabó muy tarde ese día.

Julia estaba subiendo las escaleras del cadalso vestida como Ana Bolena. La multitud seguía con la mirada como cada paso le acercaba a su verdugo. Se aproximó a él y le entregó una moneda. Contempló al gentío que presenciaba la macabra escena dudando sobre si decir unas palabras o no.

Entonces divisó a Julio entre ellos vestido como Enrique VIII. Estaba observándola con una sonrisa cruel.

Julia respiró hondo y se desabrochó el collar que llevaba al cuello, una B con tres lágrimas colgando, el emblema de los Bolena. Se lo entregó al verdugo y seguidamente se arrodilló e inclinó la cabeza.

El verdugo levantó la espada y entonces Julia sintió una presión en el hombro izquierdo. Volvió a sentirla.

Abrió los ojos. Todo estaba oscuro. Entonces vio la cara de Julio, sintió su mano en el hombro y oyó como decía:

—¡Julia! ¡Julia!

—¿Sí?

—¡Levanta! Vamos a seguir con lo de ayer. Hoy calcularemos los costes de la artillería.

—Pero, ¿qué hora es?

—La cuarta vigilia<sup>37</sup>.

—¡Argg! Negrero.

—¿Qué?

«Es verdad, no puede entenderlo».

—Esclavista.

—Por supuesto que tengo esclavos. ¿A qué te refieres?

«Va a ser imposible traducirle esto. “Lost in translation”».

—A nada. Ya voy, ya voy —contestó mientras se sentaba en la cama y contemplaba como él salía por la puerta.

«Aunque la unidad internacional de trabajo fuera el Julio, esto resultaba demasiado hasta para él», consideró Julia mientras sacudía la cabeza desfallecida. Tomó el ordenador y una manta, se enfundó en ella y se dirigió hacia el despacho de Julio. Pasaron las siguientes cuatro horas calculando el número y coste de balistas, onagros y escorpiones que llevaría a Partia.

Cuando prácticamente habían terminado, Julia le enseñó el informe en el ordenador.

—¿Qué son estos signos? —preguntó extrañado.

—Las cifras. Disculpa, están en números arábigos, no en romanos. No te preocupes los cambiaré.

—¿Número arábigos?

—Sí, con ellos es más fácil realizar los cálculos, están en base diez.

—Bueno, lo que sea. Lo que yo necesito es que me enseñes a manejar este programa de cálculo... Pero con números normales.

—No se puede, tendrás que conocer los arábigos. Resulta muy fácil, el símbolo de cada número tiene tantos ángulos como la cifra que representa. En menos de una hora sabrás cómo funcionan y si quieres mañana te enseñaré un poco de Word y Excel.

—Perfecto, sacaré tiempo para mañana.

Julia se dedicó a cambiar las cifras.

—Ya tienes las cifras en números romanos.

—Excelente, excelente. En caso de necesidad dispongo de presupuesto suficiente para unas cuantas legiones más.

Julia verificó lo que él acababa de decir durante unos instantes, luego le contestó:

—No. Has ajustado los gastos al presupuesto inicial que me diste. No sobran fondos.

Él sonrió de forma enigmática.

—Porque ese no era mi presupuesto definitivo. He recibido un envío de las provincias, un total de doscientos cuarenta y tres talentos de oro adicionales<sup>38</sup>. Cuando esté lejos de Roma sé que el Senado se resistirá a enviarme más legiones aunque las necesite, como ya hicieron con Publio Cornelio Escipión durante la segunda guerra púnica. Tengo el oro enterrado y lo utilizaré sin pasar por la molestia de enfrentarme con ellos, a distancia, para pedirles su autorización si necesito nuevas levas. Si nadie sabe que ese oro existe, no podrán debatir sobre cómo debo emplearlo. Me servirá como margen de seguridad de financiación para la guerra.

—¿Y por qué lo has enterrado? ¿Por qué no te lo llevas contigo y así lo tienes bajo tu control?

—Por dos motivos. Lo había considerado, pero si hay que realizar nuevas levas en Italia o alguna provincia los pagos habrán de partir de aquí. Escribiría a mis agentes de confianza, Opio o Balbo, para comunicarles dónde se encuentra el oro y ellos lo tendrían accesible. Por otro lado, no me voy precisamente de paseo, sino a una guerra. Si en una derrota parcial, que espero no tener, el enemigo se hiciese con el oro, el haberme llevado conmigo ese caudal me causaría el doble de daño. Por un lado yo lo perdería, por el otro ellos lo utilizarían para reclutar mercenarios en mi contra.

—Lo tienes todo muy bien pensado.

—En la guerra todo es cuestión de planificación —se puso de pie zanjando la conversación—. Tenemos que dejarlo por hoy, debo recibir a mis clientes, no lo he hecho desde antes de la boda.

—¿Podrías hacerme un favor? Me gustaría mucho ver donde estaba... Donde está Alba Longa. En el futuro nadie conoce su ubicación exacta. Si has adelantado mucho trabajo conmigo y te sobrase un poco de tiempo, ¿podríamos ir un día allí? Para que no fuese una pérdida de tiempo para ti, también podríamos retomar el Google Earth donde lo dejamos y comentar algún tema más que te interesase, piensa en algo.

—Sí, me has ahorrado un par de días de trabajo, iremos pasado mañana.

—Perfecto, gracias. ¿Quieres que les dicte los informes que hemos redactado a tus secretarios para que estén escritos a la manera tradicional en tablillas de cera?

—Sí, muy bien, yo hablaré con ellos y te esperarán en esta habitación. Yo recibiré a mis clientes abajo. Mientras tanto ve a arreglarte, estás muy poco presentable.

«Será porque me has sacado de la cama en mitad de la noche y no he tenido tiempo ni de peinarme», pensó Julia mientras se contenía.

—¿Desayunaremos antes? —preguntó secamente.

—No tengo tiempo, comeré algo entre cliente y cliente.

—Muy bien.

Julia dedicó la siguiente media hora a bañarse y vestirse. Le pidió a Eunice que le trajese la comida a la habitación para no hacer esperar demasiado a los secretarios de Julio. Cuando salió de su dormitorio, con el ordenador bajo el brazo, se quedó sin respiración. Todo el atrio estaba abarrotado de hombres aguardando. Julia calculó que serían cerca de cien personas. La mayoría llevaba papiros enrollados en la mano, algunos se encontraban en corros charlando, mientras otros intentaban dirigirse a un hombre al que ella no conocía y que permanecía de pie, delante de la puerta del *tabularum* de Julio. Ella le observó fijamente mientras intentaba dilucidar quién era. Entonces ese mismo hombre despachó rápidamente a los que estaban a su alrededor y se dirigió corriendo hacia ella. Julia se sorprendió.

—*Dómina*.

—¿Sí?

—Soy Faberio, el *cubicularis*<sup>39</sup> del *dómine*. Disculpa que no me haya puesto antes a tu disposición pero he estado de viaje siguiendo instrucciones del *dómine*. Volví ayer por la noche.

—Encantada de conocerte.

—Espero que durante mi ausencia el funcionamiento de la casa te haya parecido correcto.

—Sí, sí, todo ha estado perfecto gr...

—Si necesitas cualquier cosa, por favor no tienes más que decírmelo.

—¿Son los clientes del *dómine* verdad?

—Sí, *dómina*.

—¿A qué han venido?

—Muchos a felicitarle por su boda.

«Su boda, claro. Mi papel en todo ello está claro que resulta anecdótico».

—También a realizarle peticiones, lo corriente: trabajo para familiares, justicia contra algún abuso, protección ante bandas callejeras, arreglar un buen matrimonio para sus hijos...

Venían a felicitarle por «su» boda, la de él, Julia sonrió irónica, y a solicitarle demandas. La escena le pareció que presentaba muchos paralelismos con el principio de la película *El Padrino* y resultaba que el

padrino se trataba de su supuesto marido. En el fondo, Julia consideró que todo tenía su lógica porque a fin de cuentas la palabra «República» provenía etimológicamente de las palabras «Res Pública» cuya traducción literal era «La cosa pública». La transición de «la cosa pública» a «la cosa nostra» para los mafiosos debía consistir únicamente en una interpretación levemente restrictiva. Le pareció evidente de dónde provenía la estructura feudal y hasta las organizaciones mafiosas. Aunque en su defensa también consideró que todos los senadores de la época lo hacían. Así se aseguraban una fuerza de apoyo popular durante las elecciones, cuando querían sacar adelante alguna ley, o si necesitaban reclutar algún ejército.

—¿El resto de patricios tienen tantos clientes?

—Antes sí, ahora no. Desde que el *dómine* retornó a Roma su número de clientes ha aumentado mucho.

—Claro, claro —«quien manda, manda», pensó Julia.

En ese momento se abrió la puerta del despacho de Julio y este salió con una amplísima sonrisa despidiendo a la persona con la que estaba reunido que no paraba de darle las gracias. Entonces como Faberio no estaba delante de la puerta para poner orden, un numeroso grupo de hombres se abalanzaron sobre él. Julio lejos de molestarse les recibió con una sonrisa encantadora saludándoles a todos por su nombre y preguntándoles sobre detalles personales. Estaba exultante dándose ese baño de multitud. En ese momento, Julia comprobó que lo que decían los libros de historia era correcto, cuando quería su encanto era extraordinario, casi demoníaco. Hasta Cicerón había reconocido en sus cartas que por mucho que odiase lo que César hacía y representaba, cuando coincidían, se veía obligado reticentemente a admitir que disfrutaba muchísimo en su compañía.

Faberio se despidió rápidamente de Julia y corrió hacia donde se encontraba Julio.

«Es como un político de elecciones aunque sin estar en época de elecciones. Entiendo por qué el pueblo siempre le quiso tanto, se preocupa por ellos... O al menos lo finge muy bien».

Julia se dirigió hacia el *tabularum* donde la esperaban los secretarios. Allí pasó toda la mañana asombrada de lo increíblemente lento que escribían.

Por la tarde fue a visitar a Lucio. No le había visto desde el día después de la boda. Lo correcto era visitarle y además le apetecía. Previamente se había acercado al despacho de Julio para comunicárselo, o sería más apropiado decir que para pedirle permiso.

—Claro que me parece perfecto que acudas a visitar a tu padre, querida — afirmó Julio con una enorme sonrisa, mientras que el cliente con el que estaba hablando también la sonreía—. Dale recuerdos de mi parte.

—Por supuesto esposo, así lo haré. Probablemente me quede a cenar con él.

—Excelente, excelente —contestó mientras resultaba obvio que su mente ya estaba perdida en otro asunto.

En casa de Lucio también la esperaban Atia, Octavia y Octavio. Pasó una tarde muy agradable, aunque Julia se sintió continuamente observada y examinada por Octavio. Daba la impresión de que su mente nunca descansaba, igual que la de Julio pero de una forma más pausada y reflexiva.

Resultaba inquietante.

## ALBA LONGA

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*: Alba Longa: Iulus, hijo de Eneas, a su vez hijo de Venus y superviviente de la guerra de Troya, fundó la ciudad de Alba Longa en la orilla derecha del río Tíber, en la región del Lacio, alrededor del año 1184 AC. En la actualidad no se conoce su ubicación exacta. Los descendientes de Iulus se convirtieron en los reyes de Alba Longa. Curiosamente los fundadores de Roma, Rómulo y Remo eran los nietos del rey de Alba Longa, Númitor. Amulio, el hermano de Númitor, asesinó a todos los hijos varones de este y a su única hija, Rhea Silvia, la consagró como virgen vestal para que no pudiese concebir descendencia. Sin embargo, Marte, dios de la guerra, la dejó embarazada y ella dio a luz a los gemelos Rómulo y Remo. Su tío ordenó que fueran asesinados, pero el encargado de hacerlo dejó a los bebés en una cesta en el río Tíber. Ésta encalló en la orilla a la altura de lo que hoy es el monte Palatino y una loba, que vivía en una cueva en la ladera, les amamantó. Cuando fueron mayores derrocaron a su tío abuelo Amulio y restauraron a su abuelo Númitor en el trono. Para gobernar respetando el trono de su abuelo fundaron la ciudad de Roma en la zona donde les había amamantado la loba el 21 de abril del 753 a.C. Los sucesores de Rómulo arrasaron Alba Longa en el siglo VII a.C. Sus supervivientes se trasladaron a Roma y se asentaron en la colina Celio. Cayo Julio César, descendiente de Iulus, y Julia visitaron las ruinas de Alba Longa el 13 de diciembre del año 45 a.C.

\*

—Te atrapé —gritó Julia mientras cogía a Cornelia por la cintura y la levantaba por los aires.

Cornelia reía de forma histérica.

—Bájame, bájame, que me haces cosquillas.

—Y más que te voy a hacer. ¿Tienes cosquillas aquí? ¿Y aquí?

—Sí, para, para.

—¿Te rindes?

—Sí, sí.

—Pues ahora pillas tú, a ver si me encuentras.

Cornelia se puso de cara a la pared y cerró los ojos mientras empezaba a contar.

—*Unus, duo, tres, quattuor...*

Julia se alejó de puntillas y se escondió tras una de las columnas del atrio. Eunice se le acercó por detrás y empezó a comentarle:

—*Dómina*...

Julia le interrumpió llevándose el dedo índice a los labios para que no hiciera ruido.

—... *trentrigintata*. ¡Voy a por ti!

Eunice instintivamente se escondió con ella detrás de la columna. Cornelia se acercó poco a poco mientras Julia seguía con el dedo delante de los labios mirando fijamente a Eunice. Entonces oyeron:

—Te encontré —y Cornelia apareció súbitamente delante de ellas.

Julia y Eunice gritaron. Cornelia atrapó a Eunice mientras Julia llegaba corriendo a la base. Cuando la alcanzó gritó:

—¡Salvada!

—No es justo. Quería atraparte a ti.

—Es verdad, no ha sido justo. Yo pillo esta vez.

—*Dómina* —volvió a insistir Eunice—. Está todo listo para la salida. La comida y la litera están preparadas.

—Muchas... Muy bien Eunice, contigo siempre sale todo perfecto.

—Gracias, *dómina*.

—¿Quieres venir tú también? ¿Te apetece ver el campo?

—Sí, *dómina*.

—Perfecto, entonces seremos siete. ¿Alguna otra *dómina* cuando sale de la ciudad monta a caballo?

—No, *dómina*.

—Bueno, tendré que viajar en litera. ¿Podrías avisar al *dómine* de que todo está dispuesto para la salida?

—Por supuesto, *dómina*.

—¿Y no seguimos jugando? —refunfuñó Cornelia.

—Tenemos que irnos de viaje.

—¿Y yo no puedo ir con vosotros?

—Me encantaría, pero tu pedagogo estará a punto de llegar y no te debes perder la clase.

—Es un rollo, estoy siempre sola.

—¿Qué estás estudiando ahora?

—Oratoria.

—¿Y qué en concreto?

—Escribir redacciones y declamarlas.

—Me encanta. Creo que a mí también me vendría bien, así mejoraría mi acento.



- Tienes un acento rarísimo.  
—Si te parece bien, a partir de mañana iré a clase contigo.  
—Sí, sí, sí —asintió Cornelia mientras se abrazaba al cuello de Julia.

Unos minutos después Julio salió de la casa en dirección a la litera acompañado por Julia. La guio hasta ella, Julia se acomodó dentro y cerró las cortinillas. Casi instantáneamente éstas volvieron a abrirse y oyó la voz de Julio exclamando:

- ¡Hazme sitio!  
Ella así lo hizo y él se colocó a su lado de un salto.  
—¿Vas a viajar en la litera? ¿No prefieres hacerlo a caballo?  
—Prefiero viajar a caballo o hasta andando, pero como tendremos que viajar al ritmo de tu litera al menos así no perderé el tiempo y podremos seguir con el ordenador.  
—Está bien, está bien. Pero antes necesito pedirte una cosa.  
—¿Otra más? ¿Qué es esta vez?  
—Querría mejorar mi latín. Pensaba acudir a clase con Cornelia para que también me enseñase su pedagogo.  
—Me parece una idea excelente, tienes un acento rarísimo. Yo he vivido durante muchos años en Hispania y nadie habla así. Tal vez el acento que más se le parezca sea el de los habitantes de Britania. Cuanto antes te lo quites mejor. Además, tus frases son demasiado simples y directas, casi marciales. ¿Quién te enseñó latín, un militar?  
—En cierta forma, sí. Fuiste tú.  
—¿Yo?  
—Sí, el texto más empleado para aprender latín en el siglo XXI serán tus *Commentarii de bello Gallico*<sup>40</sup> y tus *Commentarii de bello civili*<sup>41</sup>.  
—¿Se emplean para aprender latín? Pero si yo los escribí para dejar constancia de la verdad sobre la guerra de las Galias y la guerra civil.  
—Bueno, para dejar constancia de lo que tú querías que se considerase como la verdad.  
—Todo lo que describí era más o menos exacto.  
—Desde tu punto de vista, desde tu punto de vista.  
—Obviamente. No voy a dar el de otro.  
—Bueno, de todas formas muchas gracias. Hablando de obras literarias, querría sacar otro tema. Estas dos obras son los únicos escritos tuyos que se han conservado. Se han perdido tus libros sobre ingeniería, astronomía, moral,

historia, el *Anticatón* y el de retórica que llamaste *Sobre la analogía*. También se han perdido tus ensayos y poemas como el que acabas de escribir en Hispania llamado *El viaje*.

—¿En serio? Pero, ¿cómo es posible?

—Han pasado dos mil años. Bueno habrán pasado dos mil años.

«Y tu sucesor Octavio realizó una ardua tarea destruyéndolos porque no los consideraba lo suficientemente dignos de un dios».

—Si me entregases una copia de cada uno, podría hacer que llegasen al presenten... Al futuro.

—Me parece bien, te daré una copia de todos... Excepto del de astronomía. Después de lo que he visto en el ordenador estos últimos días, he comprobado que está lleno de errores y no deseo que estos trasciendan a la posteridad.

—¿Estás autocensurándote?

—Creo que estoy en mi derecho.

—Está bien, de acuerdo, pero entrégame una copia de todos los demás.

—Te vas al futuro pasado mañana, ¿no? Entonces los tendrás.

—No funciona así. Si me los llevase a través del tiempo... Verás existe algo que se llama prueba del Carbono 14. El Carbono es un átomo que constituye parte de las sustancias vivas. En realidad no hay cuatro elementos sino muchos más, pero eso ya lo comentaremos otro día con más calma. A lo que voy, en mi época se puede probar la antigüedad de casi cualquier objeto. Si me los llevase a través del tiempo, al hacerles ese examen se consideraría que tienen sólo unos pocos años y nadie los daría por válidos. Tenemos que dejarlos envejecer dos mil años.

—¿Resulta muy complicada esa prueba?

—Un poco, pero no demasiado.

—Entonces si yo te diese una piedra, ¿podrías decirme la edad que tiene?

—En principio sólo se puede confirmar la edad de cosas que tengan o hayan tenido algún tipo de materia orgánica, de organismos vivos: huesos, tela, papel...

—Fascinante.

—Tenemos que dejar que tus escritos envejezcan dos mil años.

—Ya. ¿Enterrándolos o algo así?

—Sí, creo que es la mejor opción, pero debe ser en un lugar que no vaya a excavar en los próximos dos mil años.

—Me comentaste que el peristilo de las vestales no había cambiado. Ahí

tendría acceso franco para enterrar lo que quisiera.

—Tal vez el lugar ideal sea nuestra habita... La habitación que te pedí construir.

—Sí, además nadie verá si se excava ahí o no. Por la tarde mandaré enterrar los manuscritos en un recipiente de piel endurecida.

—¿Podrías darme otra copia para irlos leyendo mientras tanto? Estoy deseando hacerlo, principalmente el de retórica. Otra cosa más.

—¿Otra? Pero bueno, ¿es que nunca me va a tocar a mí?

—Sólo una más. Necesito un pedagogo de griego y quiero que sea Artemidoro.

—¿Artemidoro? ¿El maestro de griego nacido en Cnido? ¿Y por qué Artemidoro? ¿Cómo le conoces? Es un buen profesor, pero no creo que su fama como lingüista haya pervivido dos mil años.

«Por supuesto que no; ha pasado a la historia por ser el profesor de griego de Marco Junio Bruto e intentar avisarte, aunque infructuosamente, del complot de los Idus de Marzo. Si existe alguien que conoce mucho más que yo sobre el asesinato, sin ser uno de los conspiradores, es él».

—Resulta que sí, y ya que estoy aquí me gustaría estudiar con el mejor. Ahora te toca a ti —prosiguió Julia zanjando el asunto—. Además del ordenador, hoy me he traído un juguete.

Julia abrió el ordenador, introdujo la contraseña y volvieron a abrir Google Earth Pro. Julio le quitó el ordenador y se lo colocó en el regazo. Comenzó a ampliar la zona de Egipto y a seguir el río Nilo hasta que se dividió en sus dos afluentes principales, el Nilo Blanco y el Azul. Posteriormente siguió al Nilo Blanco hacia el África profunda.

—¿A qué te referías con lo del juguete?

—Ya lo experimentarás y te va a encantar. Hoy no va a ser todo ordenador.

—Estoy perdiendo el río. ¿Dónde nace?

—En un lago en la mitad sur de África. Se llama lago Victoria, bueno ahí nace el Nilo Blanco, el Nilo Azul se origina en el lago Tana. Cuando por las intensas lluvias primaverales que se producen en el macizo de Etiopía, espera que te lo busco, es esto; aumenta bruscamente el caudal de los ríos Atbara, este de aquí y Nilo Azul, este otro; estos arrastran gran cantidad de sedimentos. Esto provoca las crecidas anuales del Nilo y que se acompañen de una gran capa de lodo que funciona tan bien como fertilizante. Ese es todo el misterio. Si en primavera llueve menos en Etiopía la crecida es menor, si llueve más es mayor. Mira ahí está el lago Victoria... Y ahí el Tana.

—¿Así nace el Nilo? ¿Ese es todo el secreto?

—Es una zona de muy difícil acceso. No se descubrió el nacimiento del Nilo hasta el siglo XIX, dentro de 1900 años. Bueno, algunos reivindican su descubrimiento sobre el 1600.

—¿Sólo se trata de esto? ¿De unas simples lluvias en una montaña y de dos lagos?

—Pues sí. Nada mágico, lo siento. Podría ser peor. Ptolomeo II mandó una infructuosa y carísima expedición para encontrar las fuentes del Nilo y no descubrió ni una décima parte de lo que yo acabo de contarte.

—Ya, ya —le contestó, sin pensar demasiado, mientras ampliaba la zona del lago Victoria.

Al cabo de unos instantes añadió:

—Hay algo que no entiendo. Si ahora estamos en el siglo VIII *Ab urbe condita*<sup>42</sup>. ¿Por qué dices que dentro de 1900 años será el siglo XIX? Eso implicaría que estamos en el siglo menos I, lo que resulta imposible.

—No es tan imposible. En realidad a este se le considera el siglo menos I.

—¿El siglo menos I? ¿Antes de qué? ¿Qué ofensa!

—Se empezarán a contar los años a partir del nacimiento de Jesús. Jesús es el Mesías prometido a los judíos en el antiguo test... En las escrituras. Conoces la profecía ¿no?

—¿La de la religión de los judíos? Por supuesto que sí, me crié en el Subura y residí allí durante treinta y siete años. Estaba lleno de judíos. Sigo teniendo muchos amigos de aquella época. Los judíos llevan soñado con el nacimiento de su Mesías desde hace cientos de años. ¿Pero me estás diciendo que el Dios de los judíos acabará teniendo tanta importancia como para imponerse a la fecha de la fundación de Roma?

—Dejemos el tema de la religión para otro día.

—No sé si deseo saber más sobre eso.

—Ya lo trataremos otro día. ¿Quieres que te enseñe la montaña más alta del mundo?

—¿Dónde está? ¿En los Alpes o en esas enormes cordilleras que atravesó Alejandro Magno en su camino hacia Partia?

—En un tercer lugar. En el Himalaya, en el norte de la India.

—Alejandro llegó a la India y no habló sobre ella.

—Porque no alcanzó a la zona norte. El monte Everest... Este de aquí, es dos veces más alto que la mayor montaña de los Alpes. ¿Tú has atravesado los Alpes verdad?

—Varias veces. A ver esa montaña. ¿Tú la has subido?

—Ja, ja, ja. No, subirla constituye toda una hazaña, hay que entrenarse durante meses para ello. Tal vez cuando vuelva a mi tiempo, si decido tomarme un año sabático, dé la vuelta al mundo y puede que intente subirla con mi tío, no lo sé. Con lo que me paguen decidiré qué rumbo darle a mi vida. Seguir como antes, hacer algo radicalmente nuevo, dedicarme a viajar...

—¿Con lo que te paguen por qué?

—Por esto.

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—¿Cómo que con lo que te paguen por esto?

—Esto es un trabajo. La verdad es que con lo interesante que está resultando lo haría gratis, pero mi jefe me va a pagar y mucho.

—¿Pero cómo es eso posible?

—¿El qué?

—Que te paguen.

—¿Cómo no me van a pagar si es un trabajo?

—¡Pero eres una mujer! Supuse que esto era un trabajo intelectual que hacías por diversión mientras te mantenía tu padre porque ningún hombre quiso casarse contigo.

—¿Qué?

—Me comentaste que no estabas casada, y es lógico que nadie quiera casarse contigo nunca porque, aunque físicamente no estás mal, tienes una moral bastante turbia y eso sólo podrías compensarlo, tal vez y sólo tal vez, con una dote exorbitante... y eso suponiendo que tuvieses un linaje aceptable... que sospecho que no.

Julia se presionó con los dedos la raíz de la nariz para relativizarlo mientras se contenía.

«Respira hondo, respira hondo, es un prejuicio cultural e histórico. Es la época. No lo personalices, no lo personalices».

Entonces muy lentamente respondió:

—Mi padre murió, me mantengo yo sola, mi familia era perfecta y no se me considera una persona de moral turbia.

—Ja, ja, ja. Claro, claro.

—¿Qué quieres decir con lo de claro?

—Que seguro que a los hombres del futuro les da igual cuantos amantes haya tenido su futura prometida previamente: ninguno, uno... Mil. Les da

exactamente igual, ¿verdad? Ja, ja, ja. Y tú te lo crees. ¡Qué divertido! Lo que daría ahora por hablar con un hombre del futuro sobre las mujeres del futuro.

«Qué peligro tendría eso. Resultaría desmoralizante comprobar que no es muchísimo más machista que muchos Australopithecus del futuro que conozco», consideró Julia mientras él se seguía riendo.

—¿Y qué me dices de la moral de Cleopatra? —preguntó Julia ofendida.

—¿Cleopatra? —repitió para sí mismo—. Es una reina, y además extranjera. Las costumbres egipcias son extrañas. Ella puede permitirse hacer lo que quiera y no le va nada mal con su decisión. Aunque a pesar de esto en Roma no hablen muy bien de ella y por supuesto, un patricio romano nunca debería considerarla como esposa.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿De mí? —él la observó extrañado—. ¿Qué pasa conmigo? No te entiendo.

Julia se le quedó mirando fijamente con la boca abierta, incrédula, mientras él le mantenía la mirada flemático. «De verdad no se da cuenta», comprobó atónita. Al cabo de unos segundos contestó:

—Déjalo.

—¿Cuánto te van a pagar?... Si no es indiscreción.

—Cuatro millones y medio de dólares.

—¿Qué?

—Algo así como ciento setenta y cinco kilos de oro, cinco talentos y medio<sup>43</sup>.

Julio emitió un silbido admirativo.

—No es una mala cantidad. Si tu familia mereciese la pena, eso sí constituiría una dote mínimamente decente como para aspirar hasta a casarte conmigo.

Julia volvió a respirar hondo.

—¡Qué bonito! Seguro que todas se enamoran cuando les hablas así. Aunque te sorprenda, en mi tiempo una persona es valorada por su carácter y su inteligencia. La familia de la que provenga casi no tiene importancia comparada con todo eso.

—¡Venga ya!

—Te lo digo de verdad. En mi época eres lo que demuestres ser por ti mismo.

—¿Y la fortuna que se posea tampoco importa verdad? —Julia permaneció en silencio. Tras una escueta pausa Julio prosiguió con una inmensa sonrisa—.

Vaya, vaya. Parece que no sois tan idealistamente puros.

—Sí, lo reconozco, por desgracia en mi época el dinero importa más de lo que debería.

—En resumen: el carácter, la inteligencia... y el patrimonio. ¡Qué utópico! Él la observaba de forma maliciosa. Luego Julia cambió de tema.

—¿Seguimos con lo del Everest? Esta conversación no me está gustando nada.

—Sí, en un momento, pero antes quiero saber algo. ¿Qué se podría comprar en tu mundo con tus cinco talentos y medio de oro?

—Casi de todo.

—¿Cuánto vale una casa?

—Depende de la casa.

—¿Podrías comprar la *Domus Pública*?

—No, una casa así no. Independientemente de su valor histórico, una mansión tan grande en el centro de Roma costaría el doble, o probablemente el triple de lo que tengo.

—¿Unos trece talentos de oro?

—Una casa como esa, aproximadamente sí.

—Parece que no eres tan acaudalada. ¿Y un ordenador?

—Podría comprar miles de ordenadores, valen más o menos como cualquier vestido de los me ha recomendado Atia.

Julio asintió durante unos instantes meditabundo, luego añadió.

—Me comentaste que podíais volar por el cielo. ¿Cuánto costaría una cuadriga para hacerlo?

—Se llama avión.

—¿Y cuánto costaría un avión?

—Depende del tamaño. Uno pequeño para dos personas, como el de mi tío, debe valer un cuarto de talento de oro.

—Ya —Julio permaneció meditando sobre ello durante unos segundos, luego prosiguió—. Volvamos con esa montaña.

—Aquí tienes al Everest —puntualizó Julia mostrándole la pantalla.

Julio la contempló detenidamente.

—¡Es una montaña increíble! Me encantaría verla en persona. Quiero subirla. Después de invadir Partia iré hasta ella y la escalaré.

—Morirías. Necesitarías un equipo especial de ropa, calzado, puede que hasta una bombona de oxígeno y no se desarrollará ese material hasta dentro de miles de años.

—Todo es posible, si se intenta con el suficiente empeño y se está lo bastante convencido. «Nada es tan difícil que no se pueda conseguir con esfuerzo»<sup>44</sup>.

—Ya. ¿Quieres que te enseñe lo que se ve desde la cima del Everest, la cima del mundo?

—¿Puedes hacerlo? Claro que quiero verlo.

—Por supuesto que sí. Me he traído un archivo con una película sobre eso.

—A ver —urgió Julio mientras ella empezaba a cargar el archivo—. Venga, venga —continuó Julio metiéndole prisa.

—Ya voy. Espera un poco, tarda en cargarse.

Entonces una suave melodía comenzó a sonar, mientras un precioso paisaje de cumbres nevadas bajo un impoluto cielo azul llenaba la pantalla.

Para cuando llegaron a las ruinas de Alba Longa, Julia le estaba poniendo un documental sobre las diferentes civilizaciones del mundo.

—Me encantaría verlos a todos por mí mismo —comentó él.

—Ya los estás viendo.

—Sí, pero no es lo mismo. En parte, mi empeño con la invasión de Partia consistía en seguir las huellas de Alejandro Magno, llegar a la India y lo que hubiese más allá. Descubrirlo, entenderlo, saber más, no sé.

—Pues yo sí sé que ahora es mi turno. Hemos llegado a Alba Longa.

Julia intentó salir pero él le obstruía el paso.

—Espera un poco, toma el ordenador y guárdalo. Primero saldré yo.

Ella no contestó. Julio le pasó el ordenador y salió de la litera. Cuando ella se asomó, contempló un precioso paisaje del Lacio antiguo plagado de ruinas de antiguos edificios. Se quedó sin respiración.

Los esclavos se afanaban en colocar sobre una gran tela todos los alimentos que ellos iban a comer. Mientras tanto, los dos se fueron a pasear por las ruinas.

—A ver. ¿Dónde estamos exactamente?

—Donde querías, en Alba Longa.

—Ya. ¿Pero exactamente dónde está? Debo ubicarla en el futuro.

—En la orilla derecha del Tíber, a los pies de los montes Albanos.

—Sí, sí, eso ya lo sabía. Pero no sé si con esta visita me bastará para encontrar su localización exacta cuando vuelva al futuro.

—Observa esos dos montes. Vistos desde aquí sus laderas forman un triángulo equilátero perfecto, además la puesta de sol en el solsticio de invierno se produce exactamente entre aquellos otros dos.



—Bien, eso ya está mejor.

—¿Vas a quejarte más o quieres que te la enseñe?

—Lo siento, me encantaría que me la mostrases.

—Por supuesto, más de la mitad de la ciudad está medio enterrada. Fue arrasada hace más de seiscientos años, así que aquí ha crecido de todo. Se sospecha que aquellas piedras formaban parte de una de las paredes del palacio del rey, pero eso es sólo una leyenda.

—¿Estaba ahí?

—Sí, y la casa de las vestales donde Rhea Silvia dio a luz a Rómulo y Remo se encontraba allí.

—¿En serio?

—Sí, bueno, según la tradición.

—Es increíble, es magnífico. Espera, voy a sacar una foto... Bueno unas fotos.

Julio aguardó durante unos instantes.

—¿Seguimos o no? —preguntó impaciente.

—Sí, claro, claro.

—Vayamos al supuesto lugar donde Iulus atracó antes de fundar la ciudad.

—¿Se conoce?

—Por supuesto. Acompáñame, es una buena caminata.

—Sí, sí.

Julia le siguió llena de emoción. Al cabo de unos minutos él preguntó:

—¿Qué llevas en esa bolsa?

—Muchas cosas. La cámara, la libreta y el bolígrafo, por si necesitase apuntar algo, la grabadora y el artilugio que te comenté. ¿Te acuerdas?

—¿Cuándo me lo vas a enseñar?

—Después de que visitemos el lugar de desembarco de Iulus y le saque unas fotos.

—De acuerdo.

Siguieron caminando en silencio durante unos minutos más. Ella no paraba de observar el paisaje mientras que él estaba en su mundo. Luego murmuró:

—¡A mi esposa le pagan por trabajar! ¡Qué vulgaridad! —comentó para sí mismo mientras sacudía la cabeza.

«Y tú eres un machista y un *snob*<sup>45</sup> insufrible», pensó Julia.

—No todos podemos permitirnos el lujo de trabajar sin cobrar, como hacéis los miembros del Senado. Algunos tenemos que ganarnos la vida.

—No me des lecciones sobre lo dura que puede ser la vida. He vivido

durante treinta y siete años en el Subura, uno de los barrios más pobres de Roma, por no decir el más pobre. ¿En el futuro también pagan a los políticos?

—Sí, claro.

—Te dan todo el poder y, además, te pagan por ello. Eso es un error.

—No, es justicia. Si no, sólo gobernarían los que pudiesen mantenerse sin trabajar. Es la forma de dar oportunidades a todo el mundo.

—Yo siempre he estado a favor de aumentar la capacidad de decisión política de la plebe, pero pretender que cualquiera tiene posibilidades de llegar a cónsul es de ilusos. Y dime entonces, si en tu mundo ideal, perfecto y utópico, te pagan por tener todo el poder, ¿por qué no quiere ser político todo el mundo?

—Porque tienes que ganar unas elecciones.

—Muy bien, como aquí. Y supongo que los que se puedan pagar una buena campaña no serán precisamente los que no tengan donde caerse muertos.

—El partido político al que pertenezcas te paga la campaña.

—Y si dentro de ese partido político todos quieren ser cónsul, ¿a quién eligen? No me contestes: ¡Al que tenga los mejores contactos! *Quod erat demonstrandum*<sup>46</sup> ... O pretenderás convencerme de que eligen al mejor.

—Sí, los contactos y a quién conozcan importa.

—Y todos sabemos quiénes suelen tener los mejores contactos, ¿verdad? Y encima les pagáis.

—Tú eras increíblemente pobre, has sido dos veces cónsul y ahora eres el dictador vitalicio.

—Pero yo soy una excepción, no digo que no pueda haber alguna excepción. Pertenezco a una de las familias patricias más ilustres de Roma, aunque ésta estuviese prácticamente en la ruina, y me embargué hasta las cejas con las diferentes campañas electorales. Mi cargo como edil me costó una fortuna pero jugué muy bien mis cartas. Y aun así considero justo que no me paguen ni un sestercio. Bueno, no discutas sobre política conmigo porque por muy del futuro que seas perderías. Si hay algo de lo que estoy convencido es que, por mucho que haya cambiado el mundo en dos mil años, seguro que la política sigue igual.

Ella no contestó y prosiguió caminando en silencio. No le gustaban las conversaciones en las que no tenía ninguna opción.

Veinte minutos después llegaron a su destino.

—Este es el lugar —afirmó Julio.

—¡Un héroe de la guerra de Troya y nieto de Príamo desembarcó aquí!

—Y antepasado mío. Sí.

—Increíble.

Julia empezó a sacar fotos desde todas las perspectivas posibles.

—Voy a darme un baño —comentó Julio.

Se quitó la túnica, quedó en la *súbcula* y se zambulló en el río. Julia le sacó una foto mientras se tiraba.

Julia valoró cuántas oportunidades tendría de bañarse en el Tíber sin contraer una infección. En el siglo XXI probablemente ninguna. Lamentablemente estando en pleno diciembre lo que si ocurriría es que enfermaría de una pulmonía. Descartó la idea sabiendo que en el futuro se arrepentiría de no haberse atrevido.

Guardó la cámara en la bolsa, se tumbó sobre la hierba contemplando las ruinas de Alba Longa y aguardó a que él terminase.

—¿No tienes frío? —le preguntó cuándo salió del agua.

—Hacía mucho más frío en Britania. Este clima es un regalo de los dioses.

—Sí, donde yo vivo también hace bastante más frío. Bueno en verano no, en invierno.

—Venga, al grano. ¿Con qué me vas a sorprender hoy?

—Con esto —contestó Julia con voz misteriosa, moviendo los dedos y levantando las cejas mientras miraba dentro de su bolsa como un prestidigitador que fuese a sacar un conejo de su chistera—. Aquí está.

—¿Pero qué es esto? ¿Una corona?

—No, pero se coloca de forma parecida a una.

Julio cogió los cascos pero no acertó a ponérselos correctamente.

—Espera, lo haré yo.

Julia le colocó con suavidad los auriculares.

—Hazte a la idea de que llevas la corona de laurel.

—La corona no tiene este objeto tan extraño delante de mi boca.

—Es el micrófono, sirve para hablar.

—Para eso ya tengo mi boca, gracias. ¿Y bien? No hace nada.

—Porque no quiero que funcione hasta que nos separemos.

—¿Separarnos? ¿Para qué? Si te vas, ¿cómo aprenderé a utilizarlo?

—Instinto. Espera un momento —Julia apretó el botón de encendido de su dispositivo.

—Yo ahora me voy. No mires hacia donde, cierra los ojos y cuenta hasta mil.

Mientras hablaba, Julia se colocó sus cascos.

—¿Hasta mil?

—El juego se trata de encontrarme.

—No voy a estar media hora perdiendo el tiempo buscándote.

—Me voy. Haz lo que te digo. Cierra los ojos.

Mientras lo hacía Julio masculló.

—¡Espero que merezca la pena!

Julia presionó el botón de encendido de su dispositivo y corrió hacia el bosque.

Julio acabó de contar de mala gana.

—¡Edepol! ¿Dónde estará ésta ahora?

Entonces oyó la voz de Julia.

—¡No digas tacos!

Julio se quedó paralizado. Al cabo de unos instantes escuchó.

—¿Es que no vas a decir nada?

—¿Dónde estás?

—Dentro de tu cabeza.

—¿Cómo lo has hecho? No, espera. Esta corona me envía tu voz.

—Muy bien. Yo estoy escondida en algún lugar de ese lejano bosque que está a las dos.

—¿A las dos?

—Delante de ti y algo a tu derecha.

—Lo veo.

—¿A qué esperas? ¡Muévete!

—Pero es que es una sensación muy extraña. Te estoy escuchando como si estuvieses a mi lado.

—Esa es la idea.

—Es un invento fantástico. Resultaría perfecto en las batallas para darles órdenes a los legados y centuriones sin mandar un mensajero.

—Eso ni lo sueñes. Solo he traído dos y las pilas no te durarán mucho.

—¡Quiero más! Creo que al final sí que acabaré torturándote.

—¿Pero no habíamos superado eso ya? Anda, ponte en marcha, me estoy aburriendo.

—Pues yo no. Las posibilidades de este invento son infinitas.

—Claro que lo son, pero deberán transcurrir dos mil años.

—El soborno siempre me funciona. Te lo compro... Con pilas para veinte años.

—Ja, ja, ja. Ni lo sueñes.

—Aún no te he dicho cuánto.

—Aunque me dieras todo el tesoro de Partia la respuesta sería que no.

—Piénsalo bien.

—Poner en tus manos algo así para tu próxima campaña podría cambiar la historia. Si la historia cambia, yo desaparezco, es así de simple. Sería la mujer más rica del cementerio o del limbo inexistente donde me encontrase.

—Ya. Bueno, lo he intentado. Voy hacia el bosque.

—¡Al fin! No te imaginas la postura tan incómoda en la que estoy.

—¿Te has metido en una cueva?

—Frío.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no estás cerca. No, no estoy en ninguna cueva. Si digo caliente es que te estás acercando a donde estoy.

Julio recorrió el resto del trayecto hasta el bosque en silencio. Cuando llegó dijo:

—¿Julia? —ella no contestó—. ¿Julia?

—¿Sí?

—¿Por qué no respondías?

—Me había dormido. Yo llegué al bosque bastante más rápido que tú.

—En una carrera te machacaría.

—Eso te crees tú.

—Eres una insolente.

—Ahora nadie más nos oye y no tengo que fingir que soy una obediente y sumisa esposa romana. ¡Si esposo! ¡No esposo! ¡Voy a hacerme una lobotomía esposo!

—¿Qué es una lobotomía?

—Que a uno le quiten parte del cerebro.

—Te la estás ganando.

—Mejor, así tardarás menos.

—Estoy en el bosque, ¿dónde estás tú?

Julia susurró.

—Ahora dirígete treinta grados hacia tu derecha.

—¿Qué has dicho? No te oigo, habla más alto.

—¡Que treinta grados hacia tu derecha!

—Te debiste arañar mucho al pasar por aquí.

—Sólo un poco.

—He llegado a un riachuelo.

—Crúzalo.

—¿Pero hasta dónde te has ido?

—Cuanto más dure esto más divertido será.

—¿Estás segura? Supongo que sabrás que esta zona está plagada de jabalíes y lobos, ¿no?

—¿Qué?

—Y yo no me he traído mi espada porque pensaba que no nos íbamos a alejar mucho.

—¿Qué?

—¿Ya no te parece divertido?

—Espera, voy hacia dónde estás tú.

Julio siguió caminando.

—No, continuemos con el juego. Pensaba que no te importaba morir.

—Ahora sí. Este viaje está resultando fascinante.

—¿Hacia dónde voy ahora?

—Pues a cualquier lugar menos donde estás. Te has quemado.

—¿Qué?

—Que estoy encima de ti.

Julio miró hacia arriba y la vio a tres metros de altura, en una de las ramas del árbol bajo el que estaba.

—¿Pero cómo te has subido ahí?

—Iba a recoger fruta a la finca de mi abuelo. Aparta que voy a saltar.

—Yo te cojo.

—No, es peor. Te acabaría haciendo daño yo a ti, o tú a mí. Mejor lo hago sola. ¡Aparta!

—Te vas a hacer daño.

En ese momento Julia saltó y al caer dobló las piernas y dio una voltereta.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

—¿Pero qué forma tan extraña de tirarse es esa?

—Es la que se utiliza al tirarse en paracaídas.

—¿Qué es eso?

—Pues saltas al aire desde un avión y entonces...

—¿Avión? ¿Esas máquinas que volaban por el cielo?

—Sí, esas mismas.

Mientras Julia hablaba se sacudía las hojas y tierra que tenía en el pelo y el vestido.

—¿Y cuándo me dices saltar, te refieres a que has saltado desde el cielo?

—Sí.

—Me encantaría verlo.

—Tengo vídeos, pensaba ponértelos otro día.

—¿Y no te da miedo eso?

—En este momento me dan bastante más miedo los lobos y los jabalíes. Vayámonos y te sigo contando. De verdad los hay, ¿no?

—Sí, y algún oso... Por no hablar de las serpientes. Esto es un bosque. ¡Hay que entrar armado! Para ser tan inteligente, ¿cómo puedes ser tan tonta?

—En el futuro también me suelen decir eso. Anda vayámonos.

Julia apretó el paso y le dejó atrás.

—¡Qué cobarde!

—Me preocupo más por ti que por mí. Tu destino no era morir hoy y aquí. Sólo estás en este lugar porque yo te lo pedí, así que me siento responsable.

—¿Por eso caminas tres pasos por delante de mí?

Julia siguió caminando hasta salir del bosque y recibió con alegría los cálidos rayos del Sol invernal. En ese momento comprobó que Julio no la acompañaba.

—¡Julio! —nadie contestó—. ¡Julio!

Todo permanecía en silencio.

—Si te hubiese sucedido algo habría oído un grito, así que sé que estás bien. Cuando salgas estaré aquí esperando.

—No saldré si no vienes a buscarme.

—No volveré a entrar ahí.

—¿Y qué hay con lo de que te sentías responsable? Por tu culpa yo podría morir hoy y eso cambiaría el futuro, la humanidad que tú conoces desaparecería y ese cataclismo...

—Está bien, está bien, capto el mensaje. Ya voy. ¿Dónde estás?

—Este juego resulta más divertido si soy yo el que está subido a un árbol.

—O sea que te has subido a un árbol.

—Caliente...

—¿Tengo que ir hasta el arroyo?

—He ido por otro camino.

—¿Por cuál? —preguntó Julia impaciente.

—¡Qué carácter! Quince grados hacia tu izquierda.

Julia fue caminando lentamente intentando prestar atención a todos los ruidos que salían del bosque. Entonces escuchó una voz.

—¡Detente!

Ella frenó instantáneamente.

—Ahora gira setenta y cinco grados hacia tu derecha.

Jula siguió avanzando por una zona llena de zarzas.

—¿Era necesario que pasases por las zarzas?

—Me pareció más divertido. Te has quemado. Hola —miró hacia arriba y vio a Julio que la saludaba desde una rama, a más de cuatro metros del suelo.

—No intentes saltar como yo, requiere entrenamiento.

—Llevo mi vida entrenando.

Julio cayó dando otra voltereta, similar a la que había realizado Julia.

—Muy bien, fantástico, y ahora vayámonos.

—Quiero tirarme en paracaídas. ¡Trae uno!

—¿Y el avión? ¿Me lo invento?

—Bueno vayámonos.

Media hora más tarde estaban tumbados sobre un lienzo mientras comían. Julia escuchaba atentamente todo lo que él decía.

—Ya no puede gobernarse Roma como a una ciudad. Hay muchísimas más provincias por todo el *Medi Terraneum* que dependen de ella, con las que hay que contar a nivel democrático. He tomado lo mejor de las estructuras republicanas de la *mos maiorum*<sup>47</sup>, de cuando Roma era únicamente una ciudad estado, y modificado todo lo necesario para adaptarlo a lo que es en el presente y, si somos juiciosos, será en el futuro de Roma.

—Integrar el pasado con el futuro es en parte lo que estamos haciendo nosotros dos.

—Siempre se me ha considerado demasiado reformador, casi revolucionario, aunque en realidad lo único que intento es encontrar una fórmula que funcione, para lo que ahora es y será Roma. Me resulta extraño que alguien me considere como un representante del pasado.

—Formas parte de nuestro pasado, pero en el futuro se te considerará un adelantado a tu tiempo.

—Y si lo que tú estás viviendo es el pasado y lo que yo quiero conocer contigo es el futuro, entonces ¿dónde queda el presente? Bueno, olvida la pregunta, en mi caso está más claro, supongo que aquí mismo.

—Sí. Aunque en el mío supongo que también y mi futuro será lo que suceda a partir de ahora.

—Es curioso, para mí el futuro de ninguno de los dos está escrito, pero



para ti el mío si lo está pero el tuyo no.

—Sí, es verdad. Yo podría morir en Roma 2024 años antes de mi nacimiento o podría fallecer en el siglo XXI a los ochenta años. Tal vez nunca me case, como tú vaticinas, o tal vez acabe rodeada de nietos.

—Perdón, me había equivocado con mi predicción sobre tu futuro, ya estás casada —afirmó Julio con una sonrisa irónica.

—Sí, bueno... La verdad es que me alegro de que este matrimonio sea una farsa.

—¿Encima de que conseguiste casarte conmigo te quejas? ¿Qué más puedes pretender?

—No le doy importancia porque me da absolutamente igual lo que hagas en ese terreno pero, ¿a qué mujer le gustaría que su marido se acostase con otras?

—No, si las mujeres del futuro pretenderán que su marido se acueste únicamente con ellas.

—Por supuesto.

—Eso no tiene ninguna lógica. Además, las campañas militares duran años.

—Sin embargo, a ti no te gustaría nada que insinuaran que tu mujer pudiese tener un amante. No tardaste ni un día en divorciarte de Pompeya Sila cuando se sospechó de ella.

—Independientemente del aspecto moral y de la dignidad personal ante el resto de senadores, desde el punto de vista racional para un hombre resulta completamente inaceptable.

—¿Pero qué me estás diciendo?

—Es completamente lógico —explicó condescendiente como quien le enseña la lección a un niño pequeño—. Si un hombre dejase embarazada a su amante eso no tendría por qué afectar en absoluto a su esposa. Pero si una mujer se acostase con otros, su marido nunca podría tener la seguridad de si sus hijos son realmente suyos. Desde el punto de vista racional, la única opción aceptable es que la esposa no se acueste con ningún otro.

Julia le observó fijamente incrédula. Lo que más le molestaba de él era lo bien que argumentaba siempre su punto de vista enfermizo.

—Para que lo sepas, existe algo que se llama test de pa... Da igual, no merece la pena dedicarle más tiempo a este asunto.

—Perfecto, veo que lo entiendes. Una vez aclarado este punto retomemos el tema original. Si lo piensas bien a cualquier filósofo le encantaría darle

vueltas a una situación así. El pasado y el futuro compartiendo el mismo presente —comentó Julio.

Julia volvió a centrarse en la conversación.

—Sí, es una ocasión realmente única. Ya veremos que trae todo esto.

—Como mínimo... Cosas interesantes.

Julio se comió otra aceituna.

## TATARABUELOS BACTERIANOS

Esa misma noche, cinco días después de conocer a Cornelia y dos días antes de que pudiese volver al futuro por primera vez, Julia comenzó a tener fiebre.

A la mañana siguiente, además del dolor de garganta y la fiebre, sintió molestias en el cuello. Se palpó varios ganglios. Le dolía al tragar, incluso al respirar, por lo que supuso que se trataría de una amigdalitis corriente. En el pasado o en el futuro, según se considerase, ya había contraído varias, le trataron con penicilina y se curó a los pocos días... Pero en esta ocasión no podía conseguir antibióticos. Para el próximo viaje les pediría que le proporcionasen un botiquín repleto de antivirales, antibióticos, analgésicos y antiinflamatorios. Aunque no pudiesen cambiar el pasado, no existía ningún impedimento para que a ella le diesen la posibilidad de tratarse ciertas enfermedades. Resultaba obvio que por muy bien organizado que estuviese el viaje y buenos planificadores que fuesen Castell y Blane, en lo que se refería a los potenciales problemas que suponía viajar en el tiempo, existían muchas cuestiones imprevistas que todos estaban descubriendo sobre la marcha.

Intentó levantarse pero se mareó y no pudo. Cuando Eunice entró en la habitación, Julia le susurró, con un hilo de voz, que avisase a Julio de que no le esperase para desayunar.

—¿Deseas que te traiga la comida aquí, *dómina*?

—No gracias, no podría tragar nada.

Eunice salió.

Julia consideró aliviada que la amigdalitis era una patología leve y que en el peor de los casos sólo tendría que aguantar enferma dos días más hasta que volviese al futuro y le administrasen todo lo necesario.

Unos minutos después abrieron la puerta... Era Julio.

—¿Estás bien?

—No, pero me recuperaré. Es sólo una amigdalitis.

Él permaneció observándola sin parecer muy convencido.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya he tenido varias. Se curará sola y si no, dentro de dos días, cuando realice mi primer viaje al futuro, la tratarán con antibióticos, unas medicinas que hemos descubierto.

Julio permaneció en silencio durante unos instantes. Luego resolvió:

—Mandaré llamar a mi médico.

—No es necesario. Yo no soy médico y sé más sobre medicina que

cualquiera de aquí.

—No conoces al mío, estudió con la escuela de Pérgamo.

«En ella se instruyó Galeno, no eran malas referencias», valoró Julia, aunque siguió sin estar convencida.

—Sé que lo que necesito son antibióticos y aún no se han inventado. ¿Qué va a hacer él?

—Me quedaré más tranquilo si te examina.

—¿Para qué? ¿Para que intente hacerme una sangría?

—¡Deja de discutir! Mientras estés aquí mando yo. Que te visite mi médico. Además, resultaría muy extraño que mi mujer enfermara y yo no le mandase acudir.

—Sí, claro —contestó ella.

Julio abandonó la habitación aunque volvió al cabo de pocos minutos.

—Vendrá en seguida. He mandado a Ligio a sus habitaciones, vive en casa por si tuviera alguna crisis.

—¿Tus ataques epilépticos?

—¿Sabes lo que son?

—Por supuesto, se trata una enfermedad que se ha estudiado mucho. Una zona del cerebro, llamada foco epiléptico, presenta más actividad de lo normal, y ante algún estímulo: luz, cansancio, dormir poco... empieza a actuar de forma extrema y sin ningún tipo de control voluntario.

—¿Tiene tratamiento?

—Una vez comenzada la crisis puede administrarse Diacepam, un relajante muscular, y así conseguir que el episodio finalice pronto. Me lo traeré del futuro en mi próximo viaje y si tienes alguna te lo inyectaré.

—¿Eso no cambiaría el futuro?

—Sólo tus molestias. Te garantizo que tu destino no es morir golpeándote la cabeza durante una crisis epiléptica.

En ese momento entró el médico.

—Échale un vistazo Antistio, le duele la garganta y tiene fiebre.

—Buenos días, *dómina*. ¿Te molesta la garganta?

—Sí.

—¿Te has levantado?

—No he podido.

—¿Puedes mirar hacia la ventana y abrir la boca por favor?

Ella así lo hizo y él le examinó la cavidad bucal y la faringe.

—¿Te molesta también al respirar?

—Sí.

—¿No tienes hijos de otro matrimonio verdad?

—No —contestó ella sintiéndose cada vez más preocupada.

—¿Has mantenido contacto con algún niño en los últimos seis días?

—Sí, con Cornelia, la pequeña vestal.

Antistio puso cara de preocupación y solicitó:

—Perdona, *dómina*, pero debo auscultar tu corazón, por favor quítate la túnica. No te preocupes, tu marido estará presente en todo momento para que no te sientas incómoda.

Ella permaneció inmóvil durante unos segundos. Julio discretamente se apartó de la cama y dirigió su mirada hacia una alejada esquina del cuarto. Ella se quitó la túnica y Antistio colocó bajo su seno izquierdo una trompetilla a cuyo extremo más fino aproximó su cabeza. Permaneció unos interminables segundos escuchando. Cuando terminó la miró a los ojos y le requirió:

—Vístete por favor.

Julia así lo hizo.

Él prosiguió con el interrogatorio preguntándole si había notado pérdida de fuerza en alguna parte de su cuerpo o veía doble.

Ella contestó que no.

—Muy bien —concluyó él con una sonrisa forzada.

Se levantó de la cama y comenzó a susurrarle algo a Julio en una esquina de la habitación. Él ensombreció su cara.

—¿Qué pasa? ¿Qué tengo? ¡Decídmelo!

Julio asintió con la cabeza y Antistio contestó:

—Es difteria, *dómina*.

Al escuchar sus palabras sintió alivio y se echó a reír. Había cometido un error porque ella estaba vacunada.

—Eso es imposible porque... La pasé de niña.

—Con todo el respeto, *dómina*, quizás lo que pasaste de niña no fuese difteria. Te garantizo que esto sí lo es.

Ella dejó de sonreír, volvió a sentir preocupación y comenzó a pensar. Él parecía muy convencido... Pero estaba vacunada contra la difteria. La difteria sólo se contraía una vez en la vida y la vacuna era efectiva casi en el cien por cien de los casos. Ella estaba correctamente vacunada contra la difteria... la difteria... ¡La difteria del siglo XXI! ¿Existía la posibilidad de que esta bacteria del siglo I antes de Cristo fuese un antepasado tan poco evolucionado que sus anticuerpos contra la bacteria del siglo XXI no la reconociesen como

difteria? ¿Y si la bacteria hubiese sufrido alguna mutación en el futuro y este precursor resultase prácticamente desconocido para ellos? ¿Qué recordaba sobre la difteria? Sin tratamiento resultaba mortal en casi la mitad de los casos. En condiciones normales debería acudir a un hospital para que le administrasen la antitoxina contra la difteria, pero hasta dentro de dos días no tendría acceso a ninguno y, aunque resistiese hasta entonces, le administrarían la antitoxina del siglo XXI, no la de esa *Godzilla* de las bacterias del siglo I antes de Cristo. Si todo fuese mal le fallaría el corazón, el cerebro... Y al final produciría la muerte.

—¿Cómo está el corazón? —inquirió ella.

—Existen algunos latidos irregulares, puede ser el principio de un daño al corazón —contestó Antistio sorprendido por la pregunta—. No debes levantarte de la cama y tienes que ahorrar energías. Te prepararé una bebida a base de miel y limón para que sigas hidratada y mantengas las fuerzas, porque no creo que puedas ingerir otra cosa.

—¿Y el pronóstico? —preguntó Julio, siendo consciente de que Julia ya conocía la respuesta.

Antistio dudó antes de responder.

—Contesta, ella puede soportarlo.

—Mueren la mitad, *dómine*.

Antistio salió de la habitación. Él se sentó en la cama y le cogió la mano.

—Mañana por la noche podrás volver a tu mundo. Allí te curarán, ¿no?

—En el futuro no se conoce a este antepasado de la difteria. Con la medicina del siglo XXI no tendría siquiera que haber enfermado. Si aguanto dos días más me administrarán la antitoxina, una medicina, y supongo que me dará alguna oportunidad más, pero sin garantías.

—Eres fuerte, sobrevivirás —aseguró afirmando con la cabeza mientras la miraba a los ojos.

Ella sonrió con desgana. Él añadió:

—No puedes dejar mis clases a medias. Hicimos un trato, ¿recuerdas?

Ella volvió a sonreír y entonces cayó en algo, se le aceleró el corazón, retiró bruscamente su mano y exclamó:

—¡Sal inmediatamente de aquí! ¡Podrías contagiarte!

—Pasé la difteria de niño. No te preocupes.

Julia suspiró aliviada.

Entonces entraron Eunice, con una jarra y un vaso, acompañada por Antistio. Este la animó.

—Bébetelo. Debes estar lo más fuerte posible.

Eunice se dirigió hacia la cama pero Julio la detuvo.

—Se lo daré yo —resolvió.

Eunice salió de la estancia. Julio levantó la cabeza de Julia y le fue ofreciendo la bebida poco a poco.

—¿Alguna recomendación más Antistio?

—Que no se levante, sobrecargaría el corazón. Que beba mucho y si comenzase a ver doble o a tener alguna parte del cuerpo paralizada avísame.

Julio asintió y Antistio salió dejándoles solos.

—No pierdas el tiempo aquí, tendrás muchas cosas que hacer.

—Me levanté muy pronto y he adelantado mucho trabajo. Había quedado con Cleopatra.

—Prosigue con tu vida normal.

—No voy a irme.

—De verdad, ahora estamos solos. No es necesario que finjas nada, el trato era...

—¡No puedo irme! Ante toda Roma resultaría imperdonable que dejase a mi esposa romana en este estado para verme con mi amante egipcia.

—Sí, claro.

—Entonces todo arreglado. Acaba de tomarte esto.

Al cabo de poco tiempo la debilidad hizo que se durmiera. Cuando se despertó, Julio estaba en una silla dormido a su lado.

Le contempló mientras dormía y sonrió. Tenía que reconocer que muy de vez en cuando podía resultar encantador. Él se despertó.

—¡Hola! —exclamó ella.

—¿Qué tal estás?

—Bien... igual.

—Bebe un poco más.

Sirvió más líquido en el vaso, le levantó la cabeza y le hizo beber.

—Gracias —susurró ella.

—Voy a comprobar qué hora es.

Volvió a los pocos segundos.

—Acaba de empezar la *secunda vigilia*<sup>48</sup>. Sólo queda un día más.

—Sí, pasará volando.

—Ni te darás cuenta, ya verás —permaneció observándola durante unos instantes. Luego cambió de conversación—. ¡Cuéntame más sobre el futuro!

—¿Sobre qué del futuro? ¿Sobre inventos? ¿Sobre cómo son los ejércitos?

—No, sobre ti. ¿Cómo vive la gente normal? ¿Qué hacéis? ¿Cómo pasas el tiempo?

«Es listo, intenta distraerme», apreció Julia.

—Pues... no sé, no hay mucho que contar. Vivo sola en Brookline, en las afueras de Boston, es una ciudad preciosa de América. Brookline es un barrio muy tranquilo, casi todas las casas tienen jardín. Ya te enseñaré la mía en Google Earth Pro, es muy grande y bonita, la heredé de mis padres. En otoño se produce el cambio de la hoja y en todo el condado los árboles van variando progresivamente el color de las hojas que adquieren un tono entre dorado y granate que resulta precioso. Es una belleza. Luego claro, las hojas se caen y tengo que pasarme dos días con el rastrillo retirándolas del jardín.

—Aquí también cambian las hojas de color en otoño.

—Sí, en casi todo el mundo, pero en Massachusetts, que es la zona donde se encuentra Boston, el cambio de hoja resulta espectacular.

—¿Qué haces para distraerte?

—Tengo una pequeña cabaña de madera a orillas de un lago, es muy tranquila y solitaria. Voy muchos fines de semana. Me compré una canoa y remo en el lago. A veces, con un grupo de amigos que viven cerca, alquilamos una lancha motora y...

—¿Qué es una lancha motora?

—Un barco pequeño que se desplaza a toda velocidad por el agua.

—¿A qué velocidad?

—A mucha, no sabría cómo explicártelo. Imagínate lo más rápido que puedas galopar con tu caballo y multiplícalo por tres... o por cuatro.

—Debe ser toda una experiencia.

—La mejor de todas es cuando visito a mi tío, es toda la familia que tengo. Fue piloto del ejército, pilotaba aviones. Todavía vuela en uno pequeño de dos plazas que tiene. Se casó dos veces pero no tuvo hijos, así que como estamos los dos solos muchas veces nos vamos juntos a volar. Me ha dado algunas lecciones. Lo próximo que me tiene que enseñar es a hacer *loops*.

—¿Qué es eso?

—Dar una vuelta con el avión en el aire —mientras lo decía Julia demostró el movimiento con su dedo—. Mi tío es italiano, ¿te lo había dicho?

—¿Qué casualidad! ¿De dónde?

—Él y mi padre eran de un pequeño pueblo cercano al lago Brachiano.

—¿De aquí al lado?

—Sí. ¿Recuerdas que te dije que iba a la finca de mi abuelo a recoger



fruta? Bueno, ahora es mía, la heredé de mi padre. Allí pasábamos los veranos. Se encuentra a orillas del lago Brachiano. Supongo que no habrá cambiado mucho porque siempre ha sido un terreno de cultivo. Está llena de árboles frutales. En concreto hay un olivo que dicen que tiene dos mil quinientos años. Me encantaría ver cómo es mi olivo ahora, debe tener tan sólo unos quinientos años.

—Te prometo que te llevaré a verlo.

—Gracias.

—Yo me escondí en la zona del lago Brachiano antes de dirigirme hacia los montes Sabinos cuando escapé de Sila. Allí enfermé de malaria.

—Ya... No... Malaria... Lago.

Volvió a quedarse dormida.

Julio le tocó la frente.

Le había subido la fiebre.

Cuando se despertó estaba sola en la habitación. Miró por la ventana, era de día, había arañado unas cuantas horas más. Le dolían terriblemente la cabeza y la garganta. Además sentía calor y frío a la vez, pero se obligó a pensar. Desde luego, el médico Antistio era muy competente, en el siglo XXI habría sido un gran médico. Gracias a él, cuando llegase al futuro, si llegaba, podría advertir a los demás de lo que tenía y del peligro de contagio que corrían. Resultaría catastrófico que una bacteria jurásica se extendiera por el siglo XXI. Este riesgo cataclísmico de los viajes en el tiempo no se les había ocurrido a ninguno. Sí que habían tenido en cuenta la posibilidad que ella pudiese volver enferma, incluso habían desarrollado un protocolo para ello y contaban con una zona hospitalaria en el mismo edificio de Langley; pero lo que nunca imaginaron fue que ella trajese una bacteria nueva... O tan antigua que resultase casi desconocida. Siguió pensando y se dio cuenta de que existía otro riesgo más. Ella no debería estar allí, en el pasado, contagiando la difteria a cualquiera que entrase en la habitación. No se había dado cuenta de que una de las posibilidades de matar a alguien del pasado, no destinado a morir, era ésa. Nadie debía verla... Al menos nadie que Antistio no estuviese convencido de que había pasado la enfermedad.

Entonces comenzó a sentir que le costaba respirar. Llenar los pulmones de aire cada vez requería más esfuerzo.

Unas horas más, tenía que aguantar unas horas más.

En ese momento entró Julio.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Ella extendió el brazo para que él se acercara. Cuando lo hizo le cogió por la túnica para que aproximase el oído a su boca y pudo susurrar con un hilo de voz:

—Nadie debe entrar. Nadie que Antistio no asegure que ha pasado la difteria. Nadie. Si alguien muriera...

—De acuerdo, nadie más.

Ella dejó caer su brazo sobre la cama. Julio salió corriendo de la habitación y volvió al cabo de unos segundos.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes respirar?

—No, no puedo. ¿Qué hora es?

—La undécima hora<sup>49</sup>.

En ese momento entró Antistio. Se acercó a ella, le pidió que abriera la boca, se la inspeccionó y posteriormente le examinó las uñas y los labios.

—Tiene los labios y las uñas azulados. No respira bien.

Ella intentó enfocar su mirada en ellos pero no pudo.

—¡Veo doble! —exclamó.

En ese momento supo que nunca llegaría consciente a las once de la noche de aquel día.

Volvió a alargar el brazo en dirección a Julio.

—¿Qué quieres?

—Libreta... Boligr...

Él se lo trajo, destapó el bolígrafo y se lo colocó en la mano con el cuaderno debajo. Ella garabateó a ciegas en toda la página de la libreta: «Difteria s. I». Dejó caer el bolígrafo y volvió a extender el brazo hacia Julio. Él se acercó.

—Si pierdo conocimiento antes de la *secunda vigilia*<sup>50</sup> debes...

Él estuvo con la cabeza pegada a su boca durante unos minutos, al cabo de los cuales la miró y asintió.

Horas después la habitación estaba a oscuras. En ella sólo se encontraban tres personas. Lo único que se escuchaba era la trabajosa respiración de Julia. Antistio se acercó para volver a explorarle. Tenía la piel fría y sudorosa. Miró a Julio y sacudió la cabeza en señal de negación.

La reacción de él le sorprendió.

—¿Qué hora es?

—Debemos estar al final de la *secunda vigilia*<sup>51</sup>.

—Déjanos solos, aquí ya nadie puede ayudarla. No quiero que nadie

circule por la casa durante la próxima hora. ¡Nadie! No quiero ver absolutamente a nadie si salgo de esta habitación ¿Está claro?

—Sí César, pero...

—¡A nadie! —zanjó gritando.

—Sí, César —y Antistio salió corriendo.

—Aguanta sólo un poco más —murmuró dirigiéndose a Julia.

Cinco minutos después de que Antistio abandonase la habitación, Julio salió de ella llevando a Julia en brazos. Se dirigió hacia el extremo sur del peristilo. Abrió la puerta de la pequeña habitación con su llave y lo que vio dentro le deslumbró. Pudo observar una brillante esfera de color grisáceo metálico girando sobre sí misma. El simple hecho de mirarla resultaba hipnótico. No había tiempo que perder. Tomó la hoja que Julia había escrito en la cama y la colocó sobre su pecho doblando la parte superior para que quedase sujeta al cuello de la *súbcula*. Seguidamente permaneció a cuatro pies de la esfera y balanceó el cuerpo de Julia hacia ella; entonces sintió como una fuerza tiraba de ella y comprobó que su cuerpo encogía mientras se alejaba a toda velocidad. Durante ese segundo en el que Julia desaparecía Julio musitó:

—Volverás.

\*

Todos estaban esperándola en el laboratorio de Langley. Al comprobar que ella no se levantaba, supieron que algo no iba bien. Blane se aproximó con cautela y observó que Julia estaba pálida e inconsciente, aunque inmediatamente después, lo que le llamó la atención fue la hoja que se encontraba encima de su pecho: «Difteria s. I».

—¡Está enferma! Es difteria. Activad el protocolo de bioseguridad nivel cuatro.

Activaron el protocolo. Todos la dejaron sola en la habitación. La primera fase del protocolo consistía en aislarla.

## CONVALECENCIA

—Debe estar a punto de despertarse —escuchó Julia.

—¿Pero cuándo?

—Ya mismo. La medicación que le administré la sacará del coma inducido en cualquier momento.

Julia intentó hablar pero no pudo.

—Parece que se mueve.

—Julia, Julia.

Ella parpadeó. Cuando abrió los ojos una intensa luz procedente de un fluorescente le deslumbró.

—Julia, ¿puede oírme? Soy la Dra. Holmes.

Julia se esforzó por contestarla y al hacerlo sintió un intenso dolor en todo su cuerpo.

—¿Dónde estoy?

—En el Hospital de Langley —respondió Mauricio Castell.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—No lo sabemos. Saliste del puente de Einstein-Rosen inconsciente con una nota de tu puño y letra en la que nos informabas de que tenías difteria del siglo I. Supusimos que querías decir del siglo menos I.

—Sí, eso quise decir, no tenía fuerzas para escribir más.

—¿Cómo conseguiste llegar al puente en ese estado?

—Yo no lo hice. Supongo que me llevó él.

—¿Julio César?

—Sí. Le pedí que me ayudara.

Julia intentó levantarse pero no pudo.

—Tranquila, tranquila —advirtió la Dra. Holmes—. Después de estar casi dos meses en coma debes ir poco a poco.

—¿Han pasado dos meses?

—Sí. Has estado muy grave. La antitoxina funcionó algo, pero casi todo el tratamiento fue de soporte. Entraste en parada un par de veces. Es casi un milagro que sigas viva.

—¡Bffffff! Me alegro de haber estado inconsciente. ¿Y ya estoy bien?

—Prácticamente, aunque te quedará una leve insuficiencia residual del riñón izquierdo, sin embargo, si no realizas excesos podrás llevar una vida completamente normal y no creo que tengas problemas.

—Va a tener que subirme el sueldo por esto —afirmó dirigiéndose a Castell.

—Ja, ja, ja. Veo que aprendiste a negociar mejor. Lo del sueldo ya lo veremos. De todas formas hemos aprendido algo muy importante. Debimos incluir en el protocolo que siempre que se vuelva del pasado es necesario tener aislado al viajero hasta que se le realicen una batería de pruebas médicas y den todas negativas. Tuvimos mucha suerte de que volviesses del pasado ya inconsciente y diagnosticada. Si hubieses vuelto enferma pero antes de presentar síntomas, habrías causado una pandemia mundial de una bacteria para la que no existe cura.

—Sí, menos mal.

—Ahora debe descansar, todavía está muy débil —cortó la doctora.

—¿Cuándo volveré a hablar con ella? —preguntó Castell.

—Mañana empezará con la rehabilitación, démosle unos diez días.

—Perfecto. Por cierto Julia, muy buen trabajo. Sales en los libros de historia.

—¿En serio?

—Claro, dentro de diez días te lo enseñaré.

—¿No puedo verlo ahora? ¿Puedo conectarme a internet?

—No, ahora tienes que descansar. Vamos a darte de comer algo suave. Luego empezarán a movilizarte las extremidades en la cama, comprobarán si te puedes poner de pie y si así fuera, mañana empezáramos con la fisioterapia en el gimnasio del hospital. Vas a estar muy ocupada —informó la doctora.

—Está bien.

—Adiós Julia —se despidió la doctora.

—Hasta dentro de diez días —dijo Castell mientras le apretaba el brazo. Ella sonrió.

—Hasta entonces.

Los dos abandonaron la habitación y ella se quedó sola.

Miró por la ventana al precioso paisaje invernal que tenía delante. Era de agradecer que el ala del hospital contase con las mejores vistas de todo el edificio. Contempló los árboles sin hojas y el cielo azul del siglo XXI.

Su mente volvió inevitablemente a Roma.

Los diez días siguientes resultaron bastante duros. Había perdido mucha masa muscular por estar inmovilizada tanto tiempo y caminar, incluso con la ayuda de un andador, le suponía un esfuerzo titánico. Además, se había quedado muy delgada y aunque quisiera, le resultaba muy difícil que su cuerpo tolerara algo más que líquidos o purés. A pesar de ello, se esforzó para alimentarse lo mejor posible y pasaba en el gimnasio del hospital todo el

tiempo del que era capaz antes de acabar desfallecida.

Cuanto antes se recuperase, antes volvería a Roma.

No podía recibir visitas del exterior, así que durante todo ese tiempo estuvo completamente sola, excepto por una visita de Blane que sinceramente agradeció. También solicitó comunicarse con su tío para asegurarse que estaba bien pero le sugirieron, sin opción a réplica, que le dictase a la secretaria de Castell un correo dirigido él, informándole de que continuaba en Roma trabajando en unas excavaciones, disfrutando mucho y que no sabía el tiempo que permanecería en el extranjero.

Por lo demás, aunque ya podía enfocar la vista sin problemas, la Dra. Holmes le recomendó que no leyese nada durante diez días y le sugirió que se dedicase a hacer ejercicio en el gimnasio y a ver la televisión; por lo que Julia pasó el tiempo viendo las noticias, películas antiguas y planificando lo que haría durante su próxima estancia en Roma.

A finales de la primera semana ya era capaz de ducharse sola y hasta de caminar sin andador aunque con mucho esfuerzo.

Llegó el día de su reunión con Castell. Rebuscó en el armario la túnica que había traído de Roma pero no la encontró. Supuso que al estar llena de bacterias la habrían incinerado. En su lugar observó colgado un traje chaqueta de color negro y una blusa blanca. Una indumentaria en versión femenina de la que solían llevar Castell y Blane. Se lo puso, bebió un zumo de naranja para tener fuerzas durante el trayecto hasta el despacho de Castell y poco a poco se dirigió hacia allí. Llegó hasta la gran sala donde se encontraba Rita, la secretaria de Castell. La saludó y sin decir mucho más se sentó en el sofá.

—Ahora mismo le informo de que ya se encuentra aquí —comentó Rita.

—Muchas gracias.

Casi inmediatamente Castell salió de su despacho con una sonrisa, Blane le acompañaba.

—¡Julia! ¿Qué tal estás?

—Hola Julia —añadió Blane.

—La verdad es que muy bien. Estos diez días he mejorado mucho.

—Tienes mejor aspecto. Has engordado algo, ¿verdad? Pero entra y siéntate, por favor —invitó Castell.

—Gracias. Sí, he engordado casi dos kilos.

—Excelente, excelente.

—Así que salgo en los libros de historia...

—Sí. Eras la única Julia que se casó con Julio César en diciembre del 45

antes de Cristo, ¿no?

—Creo que sí.

—Mira aquí tengo la biografía de Julio César de Goldsworthy. ¿Ya puedes leer?

—Sí. A ver, a ver —Julia sonrió—. Fue un día extraordinario.

—Por supuesto, por supuesto —Castell hizo una pausa y añadió—. Aunque claro está que no...

—¿No qué?

—¿Te acostaste con él?

Julia le mantuvo la mirada mientras contestaba muy lentamente.

—Por supuesto que no me acosté con él. La duda ofende.

—Él no intentó ¿nada?

—La noche de bodas resultó bastante desagradable. Casi tanto como lo está siendo esta conversación.

—Lo siento —contestó Castell— pero tenía que preguntártelo.

—Sí, lo entiendo. De todas formas cuando le hablé, al día siguiente, sobre los viajes en el tiempo y el riesgo que supondría cambiar el futuro creo que lo entendió. Después la situación resultó bastante menos violenta.

—¿Y qué tal tu vida allí? Perdona pero no puedo esperar a que redactes tu informe.

—Muy interesante. Cada día era una sorpresa y un descubrimiento. Convivir con las vestales ha resultado fascinante. He conocido al futuro emperador Augusto, ahora sólo tiene dieciocho años. De todas formas por mucho que conozca y me apasione la Roma del siglo I antes de Cristo debo reconocer que he tenido muchos choques culturales, principalmente con él.

—¿De qué tipo?

—Si se tratase de un matrimonio auténtico resultaría inaguantable. Es insoportablemente machista, tal vez no para la época, pero para alguien con mi educación la mayoría de sus comentarios resultaban intolerables. Y además, en menos de veinticuatro horas, ya estaba visitando a su amante.

Castell soltó una carcajada y Blane sonrió. Era la primera vez que Julia le veía sonreír. Julia prosiguió.

—Aunque la verdad es que precisamente eso no se lo reprocho. El matrimonio es una farsa así que tiene derecho a llevar la vida que quiera.

—¿Y por lo demás? —preguntó Castell.

—Al principio me sentía como si estuviera casada con Enrique VIII pensando que cualquier error podría resultar fatal, pero después ha tenido

detalles muy buenos. Además, si estoy viva está claro que es gracias a él — Julia miró a través de la ventana mientras murmuraba para sí—. Supongo que le podría considerar a la vez el peor y el mejor marido de la historia. Estos diez días he tenido muchas ideas. Hasta ahora sólo me he establecido en el terreno, pero cuando vuelva quiero...

—¿Volver? —interrumpió Castell—. Pero Julia, pensé que te había quedado claro que no ibas a volver.

—¿Qué? —gritó Julia mientras se levantaba de un salto a pesar de su estado físico.

—¡Siéntate por favor! Julia sé realista, has estado muerta. Allí no podemos protegerte, las vacunas no funcionan. Esta vez ha sido la difteria, la próxima podría ser el sarampión, el tétanos o a saber qué. ¡No puedes volver! No te preocupes te pagaremos.

—No es eso —interrumpió Julia—. Yo asumo toda la responsabilidad de lo que me suceda.

—No se trata de que tú la asumas o no. La responsabilidad es mía y sólo mía y no puedo mandarte al pasado con tantas posibilidades de morir.

—No me importa, firmaré lo que sea.

—No voy a enviar a nadie de mi personal asumiendo tanto riesgo, aunque estén tan locos como para solicitármelo.

—¿Y va a abandonar el proyecto?

—No. Estamos reconsiderando la posibilidad de centrarnos tan sólo en los siglos XX y XXI.

—Yo podría traer muestras de bacterias y virus de entonces para que sus médicos elaborasen vacunas. Posteriormente se podrían combinar las bacterias antiguas y las modernas para, tal vez, elaborar vacunas para el resto de los siglos intermedios y así se podría proteger...

—¡Julia deja de soñar! —exclamó Castell bruscamente—. Morirías en el intento. No puedo consentirlo.

—¿Ese es todo el problema? ¿No tener la seguridad de si moriré o no en el pasado? Por lo demás la idea de traer muestras para vacunas le parece bien.

—Sí, pero no te voy a mandar ni a ti ni a nadie en una misión suicida.

—Y si yo le garantizase, sin ningún género de dudas, que no voy a morir antes de los Idus de Marzo del 44 antes de Cristo, ¿me dejaría volver?

—Claro.

—Bueno, vamos a comprobarlo. La respuesta la encontraremos *ex libris*<sup>52</sup>.

Julia tomó la biografía de Julio César que se encontraba sobre la mesa.



—Pero, ¿qué haces? —preguntó Castell extrañado.

—Consultar mi futuro. Como usted comentó, salgo en los libros de historia. A ver, busquemos los Idus de Marzo... Bla, bla, bla. ¡Aquí está! La noche anterior su esposa... ¡Julia!... Había tenido una pesadilla en la que le veía muerto en sus brazos. Ahí estoy, sigo viva, casada con él y representando mi papel. Estoy plagiando la pesadilla que tuvo Calpurnia la víspera de los Idus de Marzo.

—A ver, a ver —exigió Castell.

—No creo que vuelva al pasado, muera de sarampión y en tres meses él se case con otra Julia, ¿verdad? Bueno, todo es posible.

Castell seguía leyendo mientras Blane la observaba. Le vio sonreír por segunda vez. Ella, a su vez, le respondió con otra sonrisa.

—Si el proyecto continuase según lo previsto, mi seguridad hasta los Idus de Marzo está garantizada.

Castell soltó una carcajada.

—Muy bueno. Parece que la prueba de que estarás a salvo es irrefutable. Un libro de historia... ¡Quién lo iba a decir!

—¡Todo puede encontrarse en los libros! —contestó Julia divertida—.

*Cave ab homine unius libri*<sup>53</sup>.

—Bueno, tendremos que reflexionar un poco más sobre ello pero en principio creo que podremos seguir adelante con el proyecto. No me hacía ninguna gracia echar tantos años de trabajo y dinero a la basura por no hablar de lo decepcionados que se sentirían mis superiores. Después de todo, parece que al final contamos con excelentes noticias. Consultaremos si se pueden elaborar vacunas con las muestras que nos traigas y, teniendo la versión antigua y moderna de las bacterias y los virus, realizar varias gradaciones de las vacunas para todas las épocas intermedias. Tendremos que pedir asesoramiento a biotecnología.

—Bien, bien. Tengo muchos planes. Como les dije, hasta ahora sólo me he establecido en el terreno. A partir del próximo mes iba a empezar con el aspecto más interesante del trabajo. Quiero conocer a los conspiradores, enterarme de todos los detalles que no han trascendido a la posteridad y por supuesto... Conocer a Cleopatra.

—¿No resultará un poco violento?

Julia rio.

—¿Por qué? La relación de los tres, de triángulo no tiene nada. La que sobra soy yo. Lo único que quiero de ella es obtener información.

—La verdad es que, si conseguimos reconducirlo, la misión está resultando un completo éxito. Ya estás situada en Roma en un entorno seguro. Sólo tienes que permanecer los próximos tres meses observando. Viviendo en la *Domus Pública*, es poco probable que te veas en una situación de peligro en la que te puedan causar algún daño y si él no te ha violado hasta ahora resulta poco probable que lo haga ya.

Julia carraspeó e intervino:

—Agradezco que se preocupe tanto por mi bienestar... Pero tampoco parece que él tenga el más mínimo interés.

—Creo que hemos superado lo más difícil. Seguramente el resto de la misión transcurra sin más vicisitudes.

Lo que ninguno de ellos tuvo en cuenta fue la teoría del caos y que en la vida las cosas casi nunca ocurren como uno las planea.

Había transcurrido otro mes más. Durante ese tiempo Julia se había dedicado, entre otras cosas, a traducir al latín varias películas y solicitado a Castell que las subtitulasen. Realizarlo resultó una pesadilla, pero le animó imaginar lo que él sentiría al contemplar un largometraje por primera vez.

Llevaba aislada los últimos tres días. La tenían confinada en una pequeña habitación sin ventanas, adyacente al laboratorio. Podía leer, ver la televisión, conectarse a internet, correr sobre una cinta y escribir, pero en eso consistía todo. Ese aislamiento estaba resultando desesperante.

Habían introducido esa nueva variante en el protocolo para asegurarse de que no estuviese incubando ninguna enfermedad del siglo XXI que pudiese llevar al pasado. Le habían realizado todo tipo de análisis y el resultado había sido negativo, pero debía permanecer en aislamiento, para evitar que alguien pudiese contagiarle alguna patología en el último momento.

Antes de iniciar su reclusión forzada, se había reunido con Castell y Blane para que estos le entregasen todo el material que había solicitado y ultimar los detalles. Julia volvió a revisar la bolsa que llevaría consigo en ese nuevo viaje. Incluía un botiquín gigantesco repleto de antibióticos, antisépticos, analgésicos y antivirales. También se llevaba Diazepam inyectable por si él tuviese alguna crisis. Castell había mandado a los médicos del complejo que le enseñasen a administrarlo y también que le adiestrasen sobre cómo realizar extracciones de sangre y dar puntos quirúrgicos. De esta manera si se hiciese cualquier herida no tendría que depender del material, de dudosa asepsia, del que dispusiese Antistio. Se formó sobre qué tipo de sutura emplear según la profundidad de la herida, los puntos que había que administrar en la piel y los

que era necesario emplear, si la herida resultaba ser más profunda y afectaba al músculo. También le enseñaron como atajar el sangrado, en el caso de que la herida seccionase alguna arteria y el protocolo para prevenir en la medida de lo posible que todo se infectara.

Lo que no le convencía en absoluto era cómo tendría que ir vestida. No le permitieron contactar con nadie del exterior desde que había vuelto al futuro, ni siquiera con la Dra. Abrantes, así que lo mejor que pudieron conseguir fue un vestido con tela moderna, imitando el estilo romano. Después de haber vivido durante un mes en el siglo I antes de Cristo, el vestido le parecía a Julia una burda imitación, pero debería llevarlo y rogar para que nadie la viese con él. Tendría que llegar a su dormitorio corriendo y cambiarse, lo antes posible, con su ropa del pasado. La opción ideal habría sido que la devolviesen en el mismo momento en que Julio la depositó en el puente de Einstein-Rosen, pero se negaron.

—Eso podría resultar muy peligroso.

—¿Por qué?

—Porque no hemos estudiado lo que ocurriría si la misma persona coincidiese consigo misma en el puente de Einstein-Rosen. Tal vez se produjese una paradoja temporal, no estamos seguros. Dos personas sí que pueden viajar a la vez en la misma o en direcciones opuestas, pero que lo hiciese la misma sería arriesgado —informó Castell—. Preferimos mandarte de vuelta cinco minutos después.

—De acuerdo.

—¿Lo tienes todo?

Julia prosiguió revisando la bolsa.

—Las baterías de repuesto para el portátil y las cámaras, la impresora con suficiente papel, otro ordenador con nuevos archivos instalados, un MP3 con música cargada y cascos, otro jabón, otro cepillo de dientes, dos desodorantes y tubos de pasta de dientes, los hisopos para la toma de muestras faríngeas, las palomillas con sistema de vacío y los tubos para la toma de muestras hemáticas. ¿Con ellos los técnicos del laboratorio podrán obtener las muestras de virus y bacterias para elaborar vacunas?

—Así es. Además debes llevar esto —comentó Blane mientras colocaba en el suelo una pesada caja de metal.

—¿Qué es?

—Una nevera. Tiene un generador atómico para que no se quede sin energía. Las muestras hemáticas deben mantenerse refrigeradas.

—De acuerdo. ¿Me puedo llevar también una lata de cerveza y guardarla en la nevera para cuando tenga un mal día? —preguntó riendo—. No contesten, es broma. Por cierto, ¿le gustó la primera parte de mi informe *Los Idus de Marzo*?

—Sí mucho. Habría dado cualquier cosa por vivirlo. Sin embargo, para presentárselo a los políticos preferiría que incluyeses fotos.

—Las tenía pero como volví inconsciente no pude traerme la cámara. La próxima vez se las enseñaré. A ver, sigamos comprobando que esté todo. ¿Me han traído el avión teledirigido con una cámara incorporada?

—Sí, está guardado en esta otra bolsa.

—Perfecto, perfecto.

—Recuerda, a partir de ahora también te daremos la posibilidad de que puedas viajar al futuro los días uno de cada mes de once a doce de la noche. No es necesario que lo hagas, es sólo por si tuvieses alguna emergencia.

—Muy bien. Creo que está todo.

Esa fue la única conversación presencial que mantuvo con alguien en los últimos tres días y la última que tendría lugar antes de su partida. Agradeció lo indecible que hubiese llegado el momento de su viaje y que su secuestro llegase a su fin. Tomó las dos bolsas, la caja y abrió la puerta que le separaba del laboratorio. Inmediatamente sintió como si se encontrase en una pecera. Tal vez estuviese aislada, pero cerca de veinte personas ataviadas con batas blancas, incluidos Castell y Blane, la estaban observando desde el otro lado de unas grandísimas cristaleras.

Castell pulsó el botón del intercomunicador y la saludó:

—Buenos días Julia.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Ya tenía ganas de abandonar esa habitación.

—Llegó el gran día. ¿Lo llevas todo?

—Sí, lo acabo de revisar.

—Perfecto. Ya sabes cómo funciona esto.

—Sí, voy teniendo cierta experiencia. ¿Alguna advertencia?

—No, nada, por nuestra parte todo está perfecto. Puedes cruzar cuando quieras. ¿Preparada?

—Sí, claro que sí.

Julia respiró hondo y se dirigió con las bolsas y la caja hacia la puerta. La abrió y volvió a contemplar la sustancia coloidal girando sobre sí misma.

Siempre le resultaba extrañamente fascinante. Tomó la primera bolsa y la hizo oscilar un par de veces antes de lanzarla hacia la entrada del portal. Repitió el proceso con la segunda. Comprobó cómo se reproducían sucesivamente las fases de apertura y cierre del agujero. Esperó unos segundos y repitió la misma operación con la caja. Al cabo de unos instantes escuchó la voz de Castell:

—Muy bien, ya solo quedas tú.

Se giró hacia dónde estaban los demás.

—Hasta luego.

Volvió a contemplar el plasma y lentamente fue acercándose a él.

## PRIMER RETORNO A ROMA

Julia se desplomó sobre el suelo y aunque intentó repartir la intensidad del impacto apoyándose en sus manos y rodillas, sintió un dolor agudo en la rótula derecha. Cuando recuperó la visión comprobó que las bolsas y la caja se encontraban tiradas en el suelo a un metro de ella. El proceso del viaje funcionaba con una exactitud casi milimétrica.

Entonces se dispuso a abrir la puerta para dirigirse hacia su dormitorio.

No pudo, estaba cerrada con llave.

Él la habría cerrado para que nadie pudiese acceder al agujero de gusano, pero ella no tenía su llave porque la última vez que viajó se encontraba inconsciente. El corazón se le aceleró. No podía gritar para que alguien le abriera. Por otro lado no creía que fuera lo suficientemente fuerte como para derribar la puerta ella sola y en el mejor de los casos, eso provocaría un estruendo. Esperar a que en algún momento Julio abriese la puerta resultaba demasiado arriesgado, porque mientras tanto alguien podría descubrir que ella no se encontraba en su habitación. Debía llegar a ella lo antes posible. ¿Qué podía hacer? Se puso a pensar... Tal vez... Él tuvo que dejar alguna solución para eso. Se volvió a poner a gatas y con la escasa luz que se filtraba por debajo del quicio de la puerta, observó si cerca de ésta, en el suelo, había algo.

No vio nada.

Comenzó a palpar el suelo con ambas manos hasta que al final notó algo duro y escuchó un sonido metálico.

La encontró. Supuso bien, él le había dejado su copia.

Julia sonrió.

Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar lentamente. Chirrió aunque no demasiado. Abrió la puerta con mucha suavidad y se asomó con precaución.

No vio a nadie, el atrio se encontraba desierto.

Decidió esperar unos minutos para confirmar si todo estaba tan tranquilo como parecía o aún circulaba alguien por la casa, como la primera noche que aterrizó en ese mismo lugar hacía un mes. Nadie apareció por el atrio durante ese tiempo. Midió con la vista la distancia hasta su cuarto. Treinta pasos, únicamente treinta pasos. Cuanto menos esperase mejor.

Salió y cerró cuidadosamente la puerta. Cogió los paquetes y se dirigió de puntillas hacia su cuarto. El corazón le latía a un ritmo frenético hasta que al fin llegó a él. Entró, cerró la puerta tras de sí, apoyó su espalda contra ella y

se dejó deslizar hasta el suelo.

Suspiró con alivio. ¡Estaba a salvo!

Al cabo de unos minutos se dirigió a su baúl de los secretos. Tenía la llave escondida en una esquina bajo unas piedras sueltas del mosaico del suelo. Las levantó y tomó la llave del baúl. Lo abrió, introdujo dentro el equipo que había traído en las bolsas y colocó con cuidado la caja, en posición vertical, en una de las esquinas. Al abrirla una corriente fría salió de ella. Volvió a cerrarla. Atrancó el baúl, colocó la llave en su sitio y se giró para contemplar su habitación.

Por primera vez fue consciente de lo cargado que estaba el ambiente, olía a enfermedad y muerte.

Sintió un escalofrío. Había estado muy cerca. Sin embargo, ahora debía centrarse, lo primero era lo primero. Se quitó el vestido y los zapatos y buscó en el arcón de la ropa una de sus *súbculas* para dormir. Se la colocó a toda velocidad y se dirigió hacia la cama. Ésta estaba deshecha y presentaba un aspecto infecto pero esta vez tenía la seguridad de que no corría ningún peligro. Había pasado la difteria del pasado y para la del futuro estaba vacunada. Todos pensaban que se encontraba al borde de la muerte, era necesario que le viesen amanecer en una cama lamentable y con aspecto de estar recuperándose poco a poco.

Se introdujo en la cama, pero no podía dormir, lo estuvo haciendo durante dos meses seguidos. Al cabo de unos minutos volvió a levantarse y se puso a mirar por la ventana. Sin pretenderlo una sonrisa se dibujó en su cara.

«Hola belleza estoy de vuelta», pensó mientras contemplaba Roma.

Dirigió su vista hacia el resto de las ventanas de la casa.

Todas las luces estaban apagadas. Él llevaba prácticamente dos días sin dormir.

Fue fantástico contemplar los diferentes tonos que cobraba el cielo romano a medida que amanecía. Al oír cantar al gallo, rápidamente se introdujo en la cama y cerró los ojos. Al cabo de aproximadamente una hora escuchó unos pasos que se acercaban a su dormitorio. La puerta se abrió lentamente mientras ella fingía respirar trabajosamente y se hacía la dormida. Seguidamente percibió como las pisadas se aproximaban a la cama. Sintió una mano en su frente que se retiró al cabo de unos pocos segundos, entonces le tomaron la muñeca buscando el pulso.

Ella fingió que se despertaba.

—Antistio —susurró con voz débil.

—¿Cómo te encuentras, *dómina*?

—Puedo respirar algo mejor que antes.

—Bien, bien —asintió Antistio eufórico—. ¡Es un milagro! —tras una pausa añadió— Voy a auscultar tu corazón. ¿Aviso al *dómine*?

—No hace falta, necesita dormir un poco.

—Como desees —al cabo de unos segundos añadió—. Todo está perfectamente. De todas formas no conviene que nos confiemos. Pareces muy débil.

—Sí, me cuesta levantarme —comentó con un hilo de voz mientras recordaba que el día anterior había corrido durante una hora en la cinta.

—Voy a traerte un poco de zumo de limón con miel.

—Perfecto, muchas gracias Antistio, eres muy buen médico.

—Gracias, *dómina*, siempre me he tenido por tal, pero he de reconocer que en este caso no he hecho mucho.

«Diagnosticarme y evitar una pandemia mundial en el futuro, nada menos».

—No seas modesto, has hecho mucho. *Bona diagnosis bona curatio*<sup>54</sup>.

—*Dómina*, no tengo explicación para tu recuperación.

—En parte, tus cuidados y en parte la voluntad de los dioses.

—Eso será. Descansa, ahorra fuerzas porque aún debes encontrarte muy débil y ninguno deseamos que tengas una recaída.

—Como digas.

Media hora después Antistio le estaba levantando la cabeza, para que Julia pudiese tomar un zumo.

—Ya he dado la noticia en la casa, todos están muy contentos.

Cuando dejó de beber, Julia sonrió y contestó con voz débil.

—Gracias Antistio, dales recuerdos de mi parte.

—Por supuesto. Si sigues sin fiebre mañana intentaremos levan...

En ese momento la puerta se abrió de golpe y Julio apareció en el umbral.

Tenía una extraña mirada, como intentando evaluar la situación. Se fue acercando lentamente sin dejar de observarla inquisidor.

—Buenos días, *dómine* —saludó Antistio—. Parece que se encuentra mejor.

—Bien, bien —asintió él sin dejar de mirar a Julia como esperando una explicación o alguna pista.

Ella murmuró con un hilo de voz.

—Estoy... un poco mejor —y en un momento en el que Antistio dirigió su mirada hacia Julio ella sonrió y le guiño un ojo. Un segundo después era la



viva imagen del sufrimiento.

Julio sonrió.

—Yo seguiré dándoselo Antistio, yo seguiré dándoselo. Déjanos solos.

—Muy bien, *dómine*.

Julio sujetó la cabeza de Julia y prosiguió con la tarea de darle la bebida. En cuanto la puerta se cerró, dejó el zumo en la repisa y comentó:

—Así que has vuelto.

Ella se sentó en la cama como si tuviese un resorte.

—¿A caso lo dudabas?

—Ni por un momento —al cabo de unos segundos añadió—. Estás aún más delgada. Te encuentro cambiada... Aunque estás bastante mejor que la última vez que te vi.

—Sí, he estado en coma durante dos meses y he adelgazado demasiado.

—¿Dos meses? ¿Para ti han pasado dos meses?

—En realidad tres y medio.

—¿Tanto? ¿Qué estuviste haciendo?

—Estuve en coma dos meses.

—¿Coma?

—Dormida, inconsciente.

—¿Pero te han curado sin problemas?

—Yo no lo llamaría sin problemas. Estuve muerta.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con muerta?

—Se me paró el corazón un par de veces. Por cierto, muchas gracias.

—No tienes por qué darlas. ¿En el futuro se puede traer a los muertos desde el Hades?

—Sí y no. Si se te acaba de parar el corazón y tu estado no es demasiado malo, existe una técnica para conseguir que vuelva a latir otra vez, pero no siempre funciona. Yo tuve suerte.

—¿Podrías enseñarme cómo hacerlo?

—Lo siento pero no. No se le debe salvar la vida a nadie destinado a morir.

—Contigo lo hice.

—Es diferente, yo no pertenezco a esta época.

—Tal vez a quien resucitase fuese a ti. Podrías enfermar otra vez.

—Han decidido abrir el portal dos veces al mes por si tuviese alguna otra... Llamémosle emergencia. De todas formas, si las cosas siguiesen como hasta ahora mi vida no corre peligro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en los libros de historia consta que tu esposa Julia tendrá una pesadilla en los Idus de Marzo, que es mi último día aquí. Así que tengo asegurado que viviré hasta entonces.

—¿Puedes consultar tu futuro en los libros de historia! Fascinante. Pero es muy extraño. ¿Recogen todas las pesadillas de mis esposas en los libros de historia? Pompeya Sila era una histérica hipocondríaca. Os debisteis reír mucho leyendo todas las tonterías con las que soñaba.

«¡Qué grandísimo error acabo de cometer!».

—Sí, menudas tonterías —contestó Julia, e inmediatamente cambió de conversación—. Por cierto, toma tu llave, muchas gracias —se la entregó y a continuación añadió—. ¿Por qué la casa estaba tan silenciosa ayer por la noche?

—Les prohibí a todos que saliesen de sus habitaciones. No quería que nadie viese nuestras idas y venidas al cuarto. Sobre todo teniendo en cuenta que, supuestamente, tú estabas moribunda.

—Perfecto.

—¿Por qué no volviste inmediatamente? Teniendo una máquina del tiempo podrías retornar en cualquier momento del pasado que desees.

—Resultaría peligroso que yo coincidiese conmigo misma en el mismo momento temporal, así que siempre me mandarán de vuelta un poco después.

—Entendido —afirmó Julio asintiendo con la cabeza—. La próxima vez te esperaré.

—He traído cosas que te sorprenderán.

—¿Más artilugios?

—Te encantarán.

—Muy bien. Ahora debo irme. He estado los últimos tres días sin trabajar nada. Tengo mucho que hacer.

—¿Puedo ayudarte?

—Poco a poco. No puedes pasar de estar moribunda a un estado de salud perfecto en una noche. Finge que te recuperas poco a poco durante un par de días. Entonces seguiremos.

—Perfecto.

Él se dirigió hacia la puerta mientras decía.

—Bueno pues adiós —y ya en el quicio se giró y añadió—. Y bienvenida.

—Gracias.

Al cabo de unos minutos Antistio volvió a entrar en la habitación. Julia le

preguntó:

—¿Por favor Antistio podrías sentarme en la cama? Ya me siento con fuerzas como para intentarlo.

—Por favor, *dómina*, prefiero que vayas poco a poco.

—Sólo sentarme. Si me mareo no volveré a intentar nada hasta que tú me lo digas.

Se dejó ayudar por Antistio para sentarse en el bordillo de la cama.

—Me mareo un poco... No, estoy bien, estoy bien.

—Es un milagro. Permanece hoy en la cama y mañana te podrás levantar con mi ayuda.

—Sí, perfecto. Por cierto, mientras tanto necesito que me ayudes con unas cuantas cosas.

—Por supuesto, *dómina*.

—Lo primero es que manden un mensaje a mi padre diciéndole que ya estoy fuera de peligro y que en una semana, más o menos, supongo que acudiré a visitarle. Lo segundo consiste en que mi esposo me prometió que me entregaría una copia de sus libros, excepto los *Commentarii de bello Gallic*<sup>55</sup> y los *Commentarii de bello civili*<sup>56</sup> que ya me los he leído. Sin embargo, se le ha olvidado y con todo el trabajo que tiene no deseo molestarle. ¿Me los podrías traer tú?

—Por supuesto, así estarás un poco más distraída mientras te recuperas, pero antes voy a hacer que te preparen un puré de manzana para que vayas comiendo algo sólido.

—Perfecto. El último favor consiste en que me ayudes a realizar un ritual que se suele llevar a cabo en Hispania ante la proximidad de la muerte para ahuyentar a los malos augurios.

—Sinceramente, *dómina*, considero que ya estás fuera de peligro.

—Pero no conviene tentar a los dioses. El ritual consiste en que quien te haya curado, inmediatamente debe llevarse las sábanas e incinerarlas él mismo.

—Por supuesto, si lo deseas así lo haré, *dómina*, pero lo considero innecesario.

—Por favor, significa mucho para mí, me quedaría mucho más tranquila y sobretodo recuerda lo más importante, debes incinerarlas tú mismo.

—Así lo realizaré.

—Perfecto, perfecto.

Con ello Antistio eliminaría todo rastro de bacterias que pudiesen quedar

en la ropa evitando que se llegase a contagiar alguien más de la casa.

Por supuesto, el puré le sentó a Julia de maravilla e incluso pidió repetir.

Después de la comida tomó los libros de Julio llena de emoción. Nunca en toda su vida soñó que tendría la oportunidad de leerlos. Observó su tratado sobre moral y sonrió para sí misma por su cinismo. Lo desechó y se centró en los ensayos y poemas. Entre ellos vio uno denominado *El mar* que le llamó especialmente la atención y comenzó a leer.

#### *EL MAR*

*«... Tras ello me lamenté ante las murallas de Ileon por tu magnífico Héctor, y entonces supe que el destino de Troya quedaba sellado para siempre y comenzaría su leyenda a costa de perder toda su belleza. Y cuando las mil naves, que tú trajiste, volvieron a su hogar, en tu seno acogiste a Ulises, tu Odiseo, para hacerle vivir mágicas historias en tus aguas. Y a mí me embriagaría vivir mi propia odisea para escapar de cíclopes, ser seducido por sirenas y embrujado por hechiceras para al final, venciendo a Poseidón, regresar a mi hogar en la playa, y sé que mientras existas todo eso será posible.*

*En la ciudad de Atenea, cerca de tus aguas, descubrimos la importancia de todos y cada uno de nosotros, que ningún ciudadano es más que nadie y que todos podemos, aun más, debemos razonar sobre qué consideramos correcto y manifestarnos contra lo que no lo sea. Y sin embargo, trajiste al barco de Delos que determinó el fin de la vida de Sócrates. Tienes un profundo y oscuro corazón que subyace a toda tu belleza y magia. Pero todo lo que entonces se consiguió perdura en todos y cada uno de nosotros y nos ha inspirado a ser mejores que antes.*

*Leónidas luchó para frenar el avance de la tiranía que pretendía asfixiar a la naciente democracia y, él y sus trescientos, le dieron tiempo a ese sueño para que luchara, creciera y no se borrara en un suspiro como algo bello e idílico que existió fugazmente antes de desaparecer.*

*Por ellos somos como somos. Tú extendiste ese sueño por todas tus orillas, Roma lo hizo suyo, Alejandría y su faro lo iluminaron y todos exististeis para que hoy siguiésemos preservándolo.*

*Tú reúnes toda mi esencia. El recuerdo de mil vidas que no he vivido pero que he heredado. Y cada vez que me sumerjo en tus aguas me doy cuenta de que el tiempo no ha pasado, que todo es posible y que yo soy el protagonista de cada una de tus terribles batallas y esplendorosos atardeceres.*

*Es difícil poder soñar con más y sería imperdonable soñar con menos de lo que fuimos. Por eso, si me pides que te hable del mar, te diré que es el único mar, el gran Verde, el gran Blanco, el Medi Terraneum, simplemente nuestro mar».*

Julia suspiró. Desde luego sabía escribir, pero una cosa era leer sus comentarios sobre guerras y otra... esto. No podía parar. Cogió el poema *El viaje* y continuó leyendo y leyendo con avidez hasta muy entrada la noche.

\*

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*: «... otros saben con cuanta

elegancia y pureza están escritos, pero yo fui testigo de cuán pronta y fácilmente los concluyó. Tenía César no sólo una suma facilidad y elegancia en el escribir, sino también una rara habilidad para explicar sus pensamientos...»<sup>57</sup>.

## UN VIAJE A CAMPANIA

Al día siguiente quien primero entró en la habitación fue Antistio.

—¿Cómo te encuentras, *dómina*?

—Muy pero que muy bien, de verdad. Tengo hambre.

Antistio se echó a reír.

—Eso es claramente una buena señal. ¿Quieres que primero intentemos levantarte?

—Sí, claro —contestó Julia—. Por cierto, ¿incineraste las sábanas como te pedí?

—Por supuesto, *dómina*, lo hice ayer.

—Muchas gracias.

—Apóyate en mí. ¿Te mareas?

—No, no. Estoy perfectamente.

—Excelente, excelente. ¿Qué deseas para desayunar?

—Cuanto más mejor.

—Ja, ja, ja. Así será. Pero come poco a poco.

—A tus órdenes.

Julia se dio un golpe en el pecho con el puño cerrado como era la costumbre militar de la época.

—Además mantienes un excelente sentido del humor.

—¿Cuándo crees que podré recibir visitas? Quinctilia, Cornelia, Eunice.

—Si sigues así, por mi parte, esta tarde.

—Perfecto.

En teoría debería aislarla de tres a cuatro semanas, pero como ella ya había superado la difteria mes y medio antes sabía que no pondría en peligro a nadie. Comió con avidez y pasó el resto de la mañana acabando de leer los libros de Julio. Por la tarde oyó unos golpes en la puerta.

—¿Sí? —preguntó Julia.

No obtuvo contestación pero la puerta se abrió y por ella aparecieron Quinctilia y Cornelia. Ésta tenía una sonrisa en su siempre agradable carita y corrió a abrazarla mientras Quinctilia mantenía una expresión de preocupación.

—¿Qué susto nos has dado Julia! —exclamó Quinctilia mientras Cornelia seguía abrazada a su cuello—. Todas las demás te envían recuerdos.

—Estoy bien, estoy bien. Un poco débil pero bien.

—Eso será ahora. Anteayer nos dijeron que estabas prácticamente muerta.

—Se necesita algo más fuerte para acabar conmigo.

—Voy a empezar a creer en tus dioses íberos.

—Eso será. Me alegro mucho de verte Quinctilia.

—Y yo muchísimo más a ti, créeme.

—Luego tengo clase de oratoria. ¿Vendrás? —preguntó Cornelia.

—Es demasiado pronto Cornelia, déjale descansar —objetó Quinctilia.

—No, en serio estoy bien. Me estaba muriendo de aburrimiento en la cama. Ya me he levantado y Antistio considera que estoy muchísimo mejor. Me vendría muy bien.

—¿Es que no eres capaz de parar?

—¿Y me lo dices tú? —Quinctilia se rio—. ¿Cuándo empieza la clase?

—Dentro de una hora.

—Perfecto. ¿Podrías decirle a Eunice que viniese, por favor? Antes querría bañarme.

—Claro que sí. Si ya te encuentras mejor, ¿desearías cenar con nosotras?

Julia sonrió a Quinctilia y contestó:

—Nada me apetecería más.

Quinctilia y Cornelia la besaron, Julia sonrió y luego salieron de la habitación.

Al cabo de pocos minutos entró Eunice.

—Me alegro de que estés mejor, *dómina*.

—Muchas gracias, Eunice. ¿Y tú cómo estás?

Eunice pareció confundida.

—¿Yo?... Muy bien.

—Perfecto. ¿Podrías prepararme el baño?

—Por supuesto, *dómina*.

—Espera, tengo algo para ti.

—¿Para mí?

—Me había traído dos de Hispania.

Julia alargó la mano hacia la pequeña repisa que se encontraba al lado de la cama y cogió una forma ovalada de color rosa.

—Toma.

—¿Qué es?

—¿A qué huele?

Eunice acercó su nariz y permaneció sonriendo durante unos instantes.

—Voy a prepararte el baño, *dómina*.

—Gracias.

Eunice ya no se extrañaba de ningún comentario de Julia.

Una hora después Julia se encontraba de pie en el centro de una habitación de la segunda planta del *Atrium Vestae*. Tomó aire y empezó a declamar con un chorro de voz que nacía de la profundidad de sus pulmones:

*«Tandem, post tam longa itinera et tam multos labores, Ulixes in patriam salvus rediit. Ibi uxor, Penelopa, quotidie eius reditum exspectaverat. Procos, qui eam uxorem ducere cupiebant, semper recusaverat. Atenea autem dea Ulixem redeuntem in mendicum mutavit. Neque Eumaeus subulcus, qui primus eum vidit, nec servi neque ancillae eum agnoverunt. Solus Argos canis, post tam multos annos, dominum agnovit; sed nimia laetitia eum oppressit atque ante Ulixis oculos interiit. Paulo post, Telemachus quoque patrem agnovit. Tum Ulixes et Telemachus procos punire constituerunt».*

Cuando acabó Cornelia se puso a aplaudir.

—Bueno, bueno, con esto puedo hacerme una idea sobre el origen del problema —comentó Aristófanes, el pedagogo—. Por supuesto, tendremos que hacer algo para que puedas proyectar la voz mucho más. Así no te oirían más allá de la quinta fila, pero lo primero es lo primero, debemos mejorar mucho tu pronunciación. El defecto primordial se encuentra en las vocales. A ver, repite AAAAAAAAAA.

—AAAAAAAAA —obedeció Julia.

—No emites un sonido puro, es como si la mezclas con otras vocales. A ver, otra vez.

—AAAAAAAAA.

—No. No es eso, no es eso. Vamos a tener que emplear la técnica de Demóstenes.

—¡No!

—Sí, es el mejor método para obtener sonidos puros.

—Al menos deja que me encargue yo de lavar las piedras antes. Te prometo que yo sola me dedicaré a practicar con la boca llena de piedras esta misma tarde.

—Como desees. Cornelia te toca.

—¡No es justo! Julia sólo ha estado cinco minutos.

—Es su primer día, déjale practicar un poco antes. Ahora recítalo tú.

Y Cornelia, con una voz pura y cristalina, repitió la escena de la *Odisea* del retorno de Ulises a Ítaca, con la ayuda de Atenea, que Julia había declamado unos instantes antes.

Cuando ya había oscurecido, Cornelia y ella acudieron al ala de las



vestales y cenaron allí con todas las demás. Como siempre, pasar la velada con ellas fue como recibir un soplo de aire fresco. Mientras volvía sonriendo hacia su habitación se encontró con Julio en el atrio.

—Hola, ¿dónde estabas?

—¿Julio? ¡Qué sorpresa! No sabía si volverías a casa esta noche. Fui a cenar con todas.

—Muy bien, muy bien. Sí, ya he vuelto —luego hizo una pausa y añadió—. Mañana salgo de viaje.

—¿Mañana? ¡Ah sí, claro tu viaje a Campania invitado por Filippo!

Julio se la quedó mirando con la boca abierta.

—¿Se ha escrito sobre eso?

Ella rio.

—Sí, por lo visto en tu visita a la costa de Nápoles te lo pasaste estupendamente, te concediste unas vacaciones. El diecinueve de diciembre por la tarde, es decir, pasado mañana, darás un paseo por la bahía de Nápoles a los pies del Vesubio y luego te bañarás en el mar aunque sea invierno. Posteriormente acudirás una fantástica cena en la villa de Filippo a la que también estará invitado Cicerón. Comeréis y beberéis a lo grande, como nunca. Sí, hasta tú beberás vino. Y hablaréis sobre literatura, nada de política.

—Esto es como vivir con una profetisa.

—Cicerón dejó escritos unos comentarios sobre ese viaje. Por increíble que parezca hasta él se lo pasó bien.

—¡Siempre ha sido un cotilla! Bueno a lo que iba. ¿Quieres venir?

—¿Puedo?

—¡Claro! Me gustaría que vinieras. Pero tráete el ordenador y todo lo que tienes para sorprenderme. Serán unas vacaciones aunque sólo duren cinco días.

—Sí, me encantará, claro que sí. La bahía de Nápoles cambiará mucho en los próximos dos mil años. Quiero verla tal y como es ahora.

—Perfecto entonces. Que te preparen el equipaje, saldremos de madrugada.

—Estaré lista —aseguró sonriendo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Se fue sonriendo hacia su habitación.

«Capri, Pompeya, Herculano preparaos. Vais a recibir una visita».

Le despertó un tremendo alboroto. Miró por la ventana, era de noche, pero conociendo los horarios de Julio, tanto en la guerra como en el trabajo, tenía la seguridad de que todo el mundo estaría preparándose para la salida. Se vistió rápidamente, introdujo en una bolsa los dos ordenadores, los dos *walkie talkies*, el MP3, la cámara de fotos, la libreta, el bolígrafo, la linterna y, por supuesto, todo su equipo sanitario. La cogió con una mano y con la otra tomó la bolsa con el avión teledirigido. Estaba a punto de salir por la puerta en el mismo momento en el que Eunice se disponía a entrar.

—¡*Dómina*!

—Buenos días, noches Eunice.

—¿Permites que llevemos el baúl con tu ropa a la litera?

—Sí, por supuesto, ya estoy lista.

—Informaré a Marco y a Ligio. Ya han cargado casi todo lo demás.

—¿Qué hora es?

—Estamos a principios de la *cuarta vigilia*<sup>58</sup>.

Eunice se retiró.

Empezaba a comprender como sus ejércitos siempre se movían a una velocidad que nadie consideraba posible. Resultaba evidente cómo iban a recorrer casi doscientos kilómetros en sólo un día. Llegarían pasadas las doce de la noche, a saber a qué hora, pero llegarían.

Salió a la puerta de la *domus* mientras cerca de cien personas entraban y salían desarrollando una frenética actividad. Miró a su alrededor y contempló como la calle estaba abarrotada de caballos hasta donde alcanzaba la vista.

En ese momento divisó a Ligio y a Marco transportando su baúl. Se dirigió hacia ellos.

—¿Dónde voy a viajar yo? —preguntó.

—En este carruaje, *dómina*, donde depositemos tu baúl. Será el único que parta ahora. Otros carros saldrán más tarde y circularán a otro ritmo.

—Gracias.

—¿Deseas que también transportemos eso? —preguntaron señalando a las dos bolsas.

—No, no hace falta. Las llevaré yo.

—Por favor, *dómina*, debemos hacerlo nosotros.

—No os preocupéis, el *dómine* lo entenderá.

Asintieron y se dirigieron hacia la litera seguidos por Julia. Depositaron el baúl a los pies de donde viajaría ella. Entonces, Julia introdujo las dos bolsas también en el interior y luego accedió ella. Colocó la bolsa con el avión al

costado del baúl, se acomodó sobre el acolchado suelo y recostó la espalda encima de uno de los cojines de la pared opuesta. Era como viajar en un coche cama.

Entonces abrió la otra bolsa y sacó uno de los ordenadores. En ese momento oyó la voz de Marco que preguntaba:

—Perdona, *dómina*. ¿Podemos meter ahora el baúl del *dómine*?

—Por supuesto —afirmó Julia mientras abría las cortinillas.

Colocaron el baúl de Julio al lado del de ella.

—¡Cuidado con esa bolsa! —exclamó Julia refiriéndose a la del avión teledirigido.

—Disculpa, *dómina*.

—Está bien.

Salieron y ella volvió a correr las cortinas.

Abrió el ordenador y comenzó a revisar el simulador del Sistema Solar y el Universo. En ese momento las cortinas se abrieron de golpe y apareció Julio.

—¿Ya estás lista? Muy bien.

—Gracias por haberlo organizado todo.

—¿Vas cómoda?

—¿Bromeas? Esto es perfecto. ¿Vas a pasar?

—No, recorreré a caballo la primera parte del viaje. Me resultaría bochornoso realizar todo el trayecto en litera. Luego nos pondremos con el ordenador. Duerme un poco si quieres.

—No he montado a caballo desde que estoy en Roma. ¿No podría yo...?

—*Nullum modo*<sup>59</sup> —zanjó mientras cerraba las cortinas.

Julia se contuvo para no volver a abrir las cortinillas y lanzarle alguna de las lindezas que reservaba para las discusiones de tráfico.

Cuando la comitiva llevaba un rato en marcha Julia asomó la cabeza por fuera de las cortinillas. ¡Estaban en la vía Apia! La observó extasiada. Luego dirigió su vista hacia uno y otro extremo de la comitiva. Lo que refería la historia era verdad, la escolta era exageradamente numerosa. Se decía que él había llevado un número tal de escribas, guardaespaldas y esclavos que cualquier anfitrión habría sentido alivio al verle partir. De todas formas, la procesión iluminada por la luz de las antorchas presentaba un aspecto imponente. Rápidamente Julia hurgó en su bolsa, sacó la cámara de fotos y comenzó a retratar y retratar la escena sin ningún tipo de medida ni contención. Al cabo de unas horas, sin poder evitarlo, se quedó dormida.

Cuando despertó, Julio estaba recostado a su lado y tenía el ordenador abierto sobre sus rodillas. Julia comprobó maliciosamente que estaba atascado en la pantalla en que se solicitaba la contraseña.

—¿Intentas abrirlo sin mí? —preguntó Julia.

—No quería despertarte.

—Haberlo hecho. ¿Qué hora es?

—La séptima hora<sup>60</sup>.

—¿Tan tarde? ¡He dormido demasiado!

—¿Qué hay que hacer para poder ver lo del otro día?

—Introducir una clave de cuatro cifras.

—¿Cuál es?

—No pienso dártela. El ordenador lo controlo yo —Julio se giró muy lentamente para observarla con expresión seria y sus ojos inquisidores convertidos en dos finas líneas—. ¡Uy! Qué miedo, qué miedo, 1503 —añadió Julia sonriendo.

—¿Con qué facilidad se te hace hablar! Pude ahorrarme la boda.

—No, ahí no iba de farol. En lo que se refiere al ordenador, la verdad es que te iba a dar la contraseña de todas formas porque este ordenador es para ti.

—¿Para mí?

—Sí, mientras yo permanezca aquí, claro. Me he traído otro con más archivos.

—Muchas gracias. Esto sí que es un buen regalo.

—No hay por qué darlas. También tú estás cumpliendo tu parte.

—1503... Claro, los Idus de Marzo.

—Sí. Los dos tienen la misma contraseña sólo que en el mío he instalado más archivos.

—A ver si recuerdo esos números de los árabes. ¿Este era el uno no?

—Sí.

Julio introdujo la clave correctamente.

—¿Qué quieres ver? —preguntó Julia.

—Esta vez te dejaré elegir a ti... A ver sorpréndeme.

—¿El inicio del Universo y de la Tierra?

—Supongo que no empezó con el caos, ¿no?

—Bueno, en cierta manera sí. Comenzó con una colosal explosión. Todo lo que somos y todo lo que vemos, estaba comprimido en una sustancia tan diminuta como una lenteja, pero con la densidad de toda la materia del

Universo, entonces... Por algún motivo, estalló. Todos somos polvo de estrellas.

—Ja, ja, ja. ¿Pretendes que me crea eso? Es más lógica nuestra teoría, que todo surgió del caos y que de él, al final apareció Gea.

—Te lo mostraré.

—¿Grabasteis el inicio de los tiempos?

—No, eso es imposible, se trata de una simulación pero los datos científicos nos prueban que así fue. Todas las estrellas se siguen alejando de nosotros por la fuerza de dicho estallido —Julio la contempló callado con la ceja derecha levantada—. Vamos a verlo —prosiguió Julia—. Por cierto, antes de que se me olvide. ¿Dónde está la Atlántida?

—Sumergida bajo el mar. Lo que queda de ella es la isla de Thera.

—Santorini, claro, claro.

—Venga, a ver si me creo esa fábula sobre el origen del mundo.

—Ocurrió hace catorce mil millones de años.

—Se me dan bien los números pero no puedo imaginarme eso.

—Ni tú ni nadie. Por ejemplo, la Tierra apareció hace tres mil quinientos millones de años. Si supusiésemos que sólo hubiese existido durante un año, los seres humanos habríamos aparecido cinco minutos antes de la media noche del último día.

Julio la siguió observando incrédulo sin decir nada.

—Está bien, veámoslo.

Sin embargo, en vez de proceder a cargar el archivo, Julia permaneció inmóvil.

—¿Qué te pasa? —preguntó Julio.

—Que creo que estoy enfocando esto mal. No te veo muy receptivo para saber nada sobre el origen del Universo, pero es lógico, primero debes comprender de qué estamos hablando. Vamos a empezar dando un paseo por el Sistema Solar y luego por el resto del Universo para que te hagas una idea de lo que en realidad es. ¿Quieres ver el Sol de cerca, la cara oculta de la Luna y darte un paseo por la superficie de Marte?

Él se quedó sin respiración durante unos instantes y contestó:

—Por supuesto, pero ¿es una simulación?

—No. Son imágenes reales, tenemos a dos coches paseándose por la superficie de Marte tomando imágenes.

—Increíble.

—Bienvenido al Sistema Solar y a la cara oculta de la Luna —introdujo

Julia mientras el vídeo empezaba.

El asombroso viaje comenzó con un primer plano del Sol donde se contemplaba al detalle el indescriptible infierno que constituían sus explosiones, erupciones y manchas y de ahí hizo un vertiginoso zoom a escala hacia todos los planetas del sistema solar. De vuelta al Sol, el documental se deleitó en el detalle de cada prominente eyección, la constante y frenética actividad de su superficie y la amenazante energía de todo su poder.

—Con lo bello que siempre me ha parecido, visto así se asemeja al Hades.

—Toda esa energía casi inagotable es la que nos da la vida, pero su superficie es un infierno. De todas formas, quiero que te hagas una idea aproximada de su verdadero tamaño. Vamos a colocar al Sol y a todos los planetas del sistema solar al lado los unos de los otros.

Después de estar unos segundos observándolo Julio inquirió:

—¿Tan pequeña es la Tierra?

—Somos una mota de polvo en el Universo, pero a eso llegaremos luego. Veamos la superficie de Marte.

—¿Esto es Marte? ¿Estamos en la superficie de Marte?

—Sí.

—Tiene un aspecto desértico, con dunas aunque también con montañas. Es árido. Me recuerda al Norte de África.

—Sí, pero en el Norte de África nunca encontrarías algo así.

Julia enfocó la pantalla hacia una impresionante montaña.

—Bienvenido al mayor volcán de todo el Sistema Solar, el Monte Olimpo. Es dos veces y medio más alto que el Everest.

—¿Lo llamasteis monte Olimpo?

—Claro, es la mayor montaña de nuestro entorno planetario. Creo que fue un nombre muy apropiado —Julio sonrió y asintió. Julia prosiguió—. De todo el Sistema Solar, Marte es el planeta más similar a la Tierra. No existe una atmósfera con oxígeno como para permitir la vida, pero sí se ha evidenciado que bajo los polos puede haber hasta un 1,5 y un 3 por ciento de agua. De todas formas la temperatura media es de menos 55 grados centígrados... Es decir, muchísimo más gélida de lo que nunca hayas vivido.

—¿Y qué es el oxígeno?

—Te comenté que no existían tan sólo cuatro elementos sino muchos más. El oxígeno es uno de ellos, está en el aire que nos rodea y sin él moriríamos, pero de eso ya hablaremos otro día.

Julio asintió y volvió a dirigir su mirada hacia la pantalla.

—Desde lejos tiene un aspecto bastante más romántico. Visto así resulta decepcionante, no se puede vivir allí y, ¿quién desearía cambiar algo tan bello como Italia por un lugar tan árido?

Julia carraspeó.

—Tal vez nosotros. Si alguna vez llegásemos a destruir la Tierra, quizás se habilitase algún tipo de estación autosuficiente que produjese oxígeno y así posibilitase la vida.

—¿Destruir la Tierra?

—No te imaginas lo que puede producir una tecnología asombrosa combinada con una estupidez descomunal. De todas formas esperemos no llegar a eso.

—¿Quién querría destruir la Tierra?

—Quiero creer que intencionadamente nadie. Pero a veces los seres humanos somos capaces de destruir aquello que más amamos, sin querer... O pretendiéndolo, aunque cause nuestra propia destrucción. Pero no hablemos de eso. ¿Quieres ver la cara oculta de la Luna?

—Ya sabes que sí.

—Bienvenido a ella.

Julio sonrió mientras se convertía en la primera persona del siglo primero antes de Cristo en observar la otra cara de la Luna. A ello le siguieron las superficies de Mercurio, Venus, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno.

—Entonces nuestro planeta no es el centro de Universo.

—No, como ya te comenté Aristóteles se equivocó. La Tierra gira alrededor del Sol, y tarda trescientos sesenta y cinco días y seis horas en dar una vuelta completa. Por eso el calendario que acabas de instaurar funciona tan bien.

—Era necesario buscar una solución e implementar un calendario que de verdad funcionase, aunque siempre haya alguien dispuesto a quejarse por todo. Algunos senadores comentan que he modificado el calendario para asegurarme de que hasta las constelaciones aparezcan en el cielo cuando yo lo ordene por decreto —sacudió la cabeza y esbozó un rictus despectivo, luego prosiguió—. ¿Y el centro del Universo es el Sol?

—El Sol es sólo una de las cientos de millones de estrellas que forman parte de las cientos de millones de galaxias que existen en el Universo hasta ahora conocido. Pero resulta algo demasiado inabordable como para ser explicado con palabras. Bienvenido a un viaje hasta los confines del Universo captado por el Telescopio Hubble, incluida la nebulosa de Magallanes, la cuna

de nuestras estrellas.

Y Julia dejó que el vídeo y sus imponentes imágenes describiesen en toda su extensión lo que nunca nadie podría expresar con palabras.

Estuvieron observando el vídeo cerca de una hora y media en la que los ojos de Julio no repararon en nada que no fuese la pantalla. Lo primero que comentó en todo ese tiempo fue:

—Es increíblemente bello. Nunca pensé que diría esto pero me siento pequeño.

—¿Y quién no? Viendo toda la inmensidad de lo que hay por descubrir hasta para... Quiero decir que a cualquiera le cuesta asumir algo así.

—Tengo miles de preguntas. Si la Tierra es redonda ¿por qué no nos caemos? Si la Tierra gira alrededor del Sol, ¿por qué no nos mareamos? ¿El Universo tiene algún fin?

—Lógico, queda mucho por explicar, pero asume todo esto primero. Tenemos tiempo, te garantizo que estos tres meses los aprovecharemos intensamente.

En ese momento oyeron una voz, era Marco.

—¿*Dómine*, quieres comer ahora?

Julio miró a Julia y se excusó:

—Creo que he sido un desconsiderado pensando sólo en mí. Sin duda, querrás comer algo —y luego contestó—. Sí, Marco.

—Supongo que en tus viajes no se detiene nadie para comer —comentó Julia.

—No.

Julio abrió la cortinilla y Marco le pasó un zurrón de piel que olía deliciosamente y luego le entregó un odre de piel que parecía de oveja o de cabra. Julio introdujo la mano en la primera bolsa y sacó un pedazo de queso, cogió el puñal que llevaba a la cintura y cortó un trozo.

—Toma —le ofreció.

—Gracias.

Luego cortó otra porción para él. Guardó el queso, volvió a introducir la mano en la bolsa y sacó un pan de *farreus*, lo partió con las manos y le ofreció la mitad a ella.

—Gracias.

Julia se puso a comer.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Lo que resultó insufrible fueron todas esas porquerías, que



consideráis delicias, y que sirvieron de primer plato en nuestra boda. Por poco vomito.

—Sí. Tu expresión era un poema, no sabía si era por la comida o por mí.

—Un poco las dos cosas —Julio sacudió la cabeza. Ella esbozó una sonrisa y prosiguió—. Fuiste muy desagradable. Tú tampoco me mirabas con demasiada buena cara.

—Tenía mis motivos.

—Bueno, esta comida me está gustando bastante más.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, por favor.

Julio sacó una copa de metal de la bolsa y luego presionó el odre para servir un poco de agua en ella.

—Toma.

Julia cogió la copa y comenzó a beber.

Él tomó el odre con ambas manos, lo levantó a casi cinco centímetros de su boca, lo volcó y empezó a beber.

—¿Así es como bebéis?

—En la mesa no, pero en los viajes, sobre todo durante la guerra por supuesto que sí.

Julia acabó rápidamente el agua de su copa.

—¡Pásamelo!

—Así no beben las mujeres.

—¡Y qué más da! Ahora nadie nos ve. Si tengo que describir esto en el futuro debo probarlo. ¡Pásamelo! —repitió.

—Te apuntas a todo.

—Claro.

—No resulta demasiado femenino.

—¿Y qué más da? Cumpliré mi parte del trato y nunca te haré quedar mal cuando haya gente delante, pero mientras estemos solos no puedes recriminarme nada. Parte de mi misión aquí consiste en probarlo todo. Pásamelo —volvió a insistir.

—Ahí tienes.

Julia lo levantó a cinco centímetros de su boca. Cuando estaba a punto de comenzar a beber Julio comentó condescendiente:

—Ten cuidado, el carro se mueve y resulta fácil mojarse.

Julia volvió a bajar el odre y recriminó.

—¿Quieres dejar de incordiar?

—¡Qué desagradable!

Julia volvió a levantar el odre y comenzó a beber sin derramar ni una gota.

—Lo estás haciendo muy bien, espera un momento te falta... Esto.

Entonces Julio le dio un manotazo al odre y Julia quedó empapada.

Julio empezó a reírse.

Julia bajó inmediatamente el odre. Tenía el pelo y el vestido completamente empapados y le miraba echando fuego por los ojos.

Él seguía riendo.

—Tendrías que verte —comentó mientras sacudía la cabeza.

Entonces Julia dirigió el pitorro del odre hacia él y presionó la bolsa, pero antes de que saliese nada de líquido, Julio con su mano derecha había atenazado el cuello del odre mientras seguía sonriendo.

—Te crees muy lista pero era previsible que fueses a hacer eso. Es lo que habría hecho yo. Bueno, ahora ya estás fresquita para el resto del viaje. Te está bien empleado.

—¿Esperas que, después de esto, siga contándote algo lo que queda de viaje?

—No necesito que lo hagas. Ya tengo el ordenador y la contraseña.

—Pero no conoces qué archivos buscar ni qué hacer si te dices algún error. Además, supongo que sabrás que los ordenadores se destrozan con el agua, ¿no? Más pronto o más tarde lo empaparé.

—¡No serás capaz! —exclamó.

—Juégatela si quieres. Me debes una.

—Está bien —Julio cerró los ojos, abrió la mano y dijo—. Dispara.

Un chorro de agua cayó sobre su cara y pelo.

—¿Contenta?

Julia sonrió.

—Sí, bastante más. ¿Seguimos comiendo?

—Por supuesto.

Julio le pasó una manzana.

Le despertó un frenazo. Se encontraba sola en la litera. Asomó la cabeza por fuera de las cortinas y a pesar de la oscuridad de la noche, pudo vislumbrar que se encontraban delante de una impresionante villa romana. Tres personas, un hombre y una mujer acompañados por un joven estaban de pie, en el umbral, para recibir a la comitiva. En ese momento advirtió que el caballo de Julio, Génitor, se detenía al lado de su litera y cómo él desmontaba.

Julia se peinó con las manos lo mejor que pudo y esperó a que él abriese las cortinillas y le ofreciese la mano para salir de la litera. Para ella resultaba mucho más fácil bajar sola de un salto, pero para actuar con corrección aceptó su mano. Luego se dirigieron hacia el umbral de la casa. Al aproximarse comprobó que la mujer y el joven eran Atia y Octavio. Claro, recordó Julia, Filippo era el segundo marido de Atia y padrastro de Octavio.

Julio se acercó para saludar a Filippo y Atia se aproximó para darle un beso a Julia.

—Querida Julia, espero que el viaje no haya resultado demasiado agotador. El tío Julio obliga a todo el mundo a viajar como si estuviese en el ejército.

—No, no, en absoluto, he venido todo el rato en la litera y me encuentro muy bien. Muchísimas gracias por vuestra invitación, me alegro mucho de verte.

—Y yo a ti. Octavio, saluda a Julia.

—Buenas noches —cumplió con una extremada educación y seriedad.

—Hola Octavio, me alegro de verte.

—Muchas gracias, yo a ti también —contestó con toda corrección.

«Resulta obvio que no le caigo nada bien. Es una contrariedad porque yo tenía la esperanza de poder hablar ampliamente con él».

—¿Octavia no está con vosotros?

—No. Se encuentra en Roma, con su marido Marcelo.

—Por supuesto, es verdad. La echaré de menos.

—Bueno, supongo que estaréis cansados y hambrientos. ¿Queréis cenar algo?

—No, no hace falta, hemos comido por el camino —contestó Julio.

Mientras hablaban, los esclavos de la casa salieron para recoger los baúles de Julia y Julio e introducirlos en la mansión.

—Por desgracia, no tengo sitio en mi casa para alojar a toda tu comitiva, pero he instalado carpas por toda la hacienda para los que no quepan en ella —explicó Filippo.

—Muchas gracias.

—Hemos acondicionado nuestra habitación para vosotros. Supongo que ahora querréis descansar.

«Maldita sea, con esto no contaba», se disgustó Julia.

—No hacía falta de verdad —contestó Julio.

—Por favor, sois nuestros invitados. Es la habitación con mejores vistas

de la casa, dan a la bahía. Seguidme por favor.

—Muchísimas gracias Filippo.

Julio y él se adelantaron mientras Julia caminaba acompañada por Atia y Octavio.

—¿Qué tal la vida de casada? —le preguntó Atia.

—Muy bien. Todo el mundo en la *Domus Pública* se está portando maravillosamente conmigo.

Octavio la observó con extrañeza.

—Seguro que pronto te quedarás embarazada. Julio está deseando tener un hijo —aseguró Atia.

Julia esbozó una sonrisa forzada y cambió de tema.

—¿Qué hay de vosotros? ¿Pasáis mucho tiempo aquí?

—Mi marido Filippo es originario de esta zona. Es senador y hace unos pocos años llegó a ocupar el consulado, pero mantiene sus vínculos con esta región y continúa siendo uno de los mayores terratenientes de la zona. De todas formas, dentro de poco volveremos a Roma porque Octavio se ha alistado en el ejército para combatir en la guerra contra Partia y saldrá dentro de un mes.

—Sí, lo sé. Julio le va a nombrar *magister equitum*, ¿no?

—Sí, se trata de un gran honor para alguien de su edad. ¿Octavio, no dices nada?

—Le estoy muy agradecido —repuso.

—Yo no sé si estoy muy contenta, el contacto con los animales hace que a veces respire mal.

—Madre, por favor —interrumpió Octavio.

«Por supuesto, tiene asma, aunque ellos no lo sepan».

—Seguro que no tendrá ningún problema Atia, ya lo verás.

La muerte de Julio alcanzaría a Octavio en Grecia y nunca llegaría a luchar en la campaña contra Partia.

Para cuando se quiso dar cuenta ya habían llegado a la habitación.

—Espero que estéis cómodos, es la mejor habitación de la casa. Os van a encantar las vistas. Que descanses Julia.

Atia le dio un beso y todos salieron dejándoles solos. Julio se quedó contemplando la habitación durante unos instantes y luego comentó.

—Perfecto. Igual que en la noche de bodas. ¿Te gustaba el lado derecho no? —y entonces se echó a reír—. ¡Oh venga! No me mires así que ya hemos pasado por esto. No te preocupes, tampoco yo quiero que desaparezcas, te

desmaterialices o lo que sea, me lo estoy pasando demasiado bien contigo ¿Quién me enseñaría a usar lo que sea que lleves en esa bolsa? —Julia sonrió—. Amanecerá dentro de cuatro horas, a dormir —añadió él mientras se dirigía hacia su baúl y tomaba una *súbcula* limpia.

Sin darse la vuelta para mirarla se quitó la túnica y *súbcula* sucias y se colocó la nueva. Julia inmediatamente se dio la vuelta y fingió estar concentrada en su propio baúl. Esto le iba a resultar bastante más difícil que en la noche de bodas, entonces no le soportaba, ahora le caía bien. Mientras tanto Julio se metió en la cama mirando hacia la pared y le dijo:

—Buenas noches.

Julia se sentó en el suelo detrás de su baúl y se cambió poniéndose una *súbcula* limpia. Luego se dirigió hacia la cama.

«¿En serio esto no le resulta tan incómodo como a mí?».

Se metió en el lado derecho de la cama y estuvo contemplando la pared durante unos instantes. Pensó en que al día siguiente se daría un gélido baño en las prístinas aguas de la bahía de Nápoles.

Cerró los ojos y se dispuso a dormir.

Le despertó la luz del alba. Abrió los ojos y contempló, a través de la ventana, un cielo despejado y cristalino sobre un mar tan sereno como la superficie de una balsa.

¡La bahía de Nápoles! ¡Era una belleza!

Julia se moría por dar un paseo por la playa.

En ese momento sintió un extraño peso en su cintura y observó un brazo atravesado sobre ella a la altura de su talle.

«¡Él sigue en la cama! Maldita sea, esto es demasiado, tengo que salir de aquí lo antes posible».

Con los dedos pulgar e índice le cogió la muñeca y levantó muy suavemente su brazo mientras se deslizaba fuera de la cama.

«He de vestirme rápido, he de vestirme rápido».

Se dirigió de puntillas al arcón, tomó el primer vestido que vio, se lo colocó rápidamente encima de la *súbcula* y abrió la puerta para dirigirse a cualquier otro lugar del Universo. En ese momento oyó una voz:

—¿Ya te vas?

—¡Hola! ¿Estás despierto? —Julia rápidamente inventó una excusa—. Iba a dar un paseo por la playa antes de desayunar.

—Espera, te acompañaré. Yo también quiero pasear por la playa.

Resultaría extraño que fueses tú sola.

—Por supuesto, mucho mejor.

Julia cerró la puerta y permaneció dentro de la habitación. La verdad es que en el fondo se alegraba de que él la acompañase. Cuando no realizaba ningún comentario impertinente de los suyos, sabía ser encantador. Se dirigió hacia la ventana y continuó disfrutando del paisaje de la bahía de Nápoles con isla de Capri en primer plano mientras él se cambiaba. La ventana daba a un impresionante acantilado que dominaba la zona meridional de la bahía. Pudo divisar un pequeño camino que se dirigía hasta la playa situada al lado derecho de la casa. Mientras contemplaba el sobrecogedor paisaje escuchó la voz de Julio.

—¿Vamos?

—Claro.

Julia salió por la puerta y él la siguió.

Hacía un día de invierno precioso. El Sol, en medio de un cielo sin nubes, se reflejaba sobre el mar. Tal era el resplandor que Julia echó de menos sus gafas de sol. Se dirigió hacia la pequeña escalinata que conducía hasta la playa observando más a la inmensidad del mar y a la isla de Capri que a donde pisaba.

Bajaron en silencio.

Al llegar a la playa él comentó:

—Siempre me fascinó esta bahía. Incluso cuando estaba en guerra.

—¿Luchaste en la batalla contra Espartaco que tuvo lugar aquí? Él y sus hombres se refugiaron en el Vesubio, ¿no?

—Sí, aunque él era tracio conocía esta zona muy bien. Pero no, no luché en esa batalla. Me incorporé para enfrentarme contra esa rebelión más tarde, como tribuno de mi amigo Craso. Aquí luché en otra batalla. De todas formas no quiero recordar eso, sino disfrutar de toda esta belleza. ¿Habías estado aquí antes?

—Por supuesto, aunque acudí por motivos de trabajo. Estuve formado parte del equipo de investigación de las excavaciones de Pompeya. Sin embargo, aunque había trabajo como para desbordar a todo el grupo, nos organizábamos para sacar algo de tiempo y venir a menudo a esta bahía. Siempre me ha encantado, es preciosa. Un día también hicimos una excursión para subir al Vesubio.

—Es una buena caminata.

—Sí, pero merece la pena tanto para disfrutar del camino como de las

vistas. Fue un día magnífico. Lamentablemente todo esto cambiará mucho en los próximos dos mil años.

—¿Por qué?

—No sé si puedo contártelo —meditó Julia mientras contemplaba el Vesubio.

—¿Algo que yo hiciese cambiaría el futuro sobre eso? —contestó mientras cogía una piedra de la orilla y la lanzaba al mar haciéndola rebotar varias veces.

—Toda esta belleza se convertirá en un auténtico infierno dentro de poco más de cien años.

—¿Habrá otra guerra?

—Mucho peor, se trata de algo que nunca habéis experimentado antes. De hecho el latín no tiene ni siquiera una palabra para describirlo. Es algo parecido a lo que causó la destrucción de la Atlántida.

—¿Aquí?

—Al Vesubio se le considerará un volcán. En latín se inventará esa palabra en honor al dios Vulcano de la forja para intentar describir el infierno de materiales ardientes que se producirá. ¿Recuerdas cuando te enseñé la superficie del Sol?

—¿Tan monstruoso será?

—Para los que residan aquí sí. Pompeya y Herculano quedarán arrasadas y la línea de la costa se ampliará e introducirá casi un kilómetro en el mar. El lugar por el que estamos paseando ahora desaparecerá. Por eso estaba deseando verlo y disfrutarlo. Desde las profundidades del Vesubio una inmensa cantidad de materiales y gases ardientes explosionarán sobre esta zona y todo quedará enterrado e intacto durante casi dos mil años. Por eso en el futuro resultaron tan importantes las excavaciones en Pompeya y Herculano. Nos permitieron aprender mucho sobre vuestra cultura. ¿Antes de volver a Roma podemos visitarlas? Querría verlas llenas de vida, tal y como son ahora.

—Por supuesto —contestó mientras lanzaba otra piedra—. Son dos ciudades preciosas. Pero no nos pongamos melodramáticos; aún les quedan cien años de vida, que es más de lo que dispondremos nosotros. Quedamos en disfrutar el presente, ¿recuerdas? Al menos por hoy.

—De acuerdo, simplemente un precioso paseo por la playa. *Carpe diem*<sup>61</sup>.

—Eso mismo. *Carpe diem*.

—Una última cosa.

—No tienes remedio.

—¿Es verdad que el supuesto lugar donde Odiseo fue embrujado por las sirenas fue ahí? —preguntó Julia señalando hacia el lugar donde se encontraría el pueblo de Sorrento dos mil años después.

—Según la leyenda sí. ¿Pero tú ves a alguna?

Julia rio y contestó.

—No, a ninguna.

Julio también sonrió y dijo:

—Yo tampoco veo ni oigo a ninguna... Al menos ahí. Bueno, voy a darme un baño rápido antes de que me hagas más preguntas y no me dejes disfrutar del día.

Se quitó la ropa, quedó en la *súbcula* y comenzó a correr en dirección al mar.

—¡Espera! —exclamó Julia.

—¿Sí?

—Aún me estoy arrepintiendo de no haberme bañado en Alba Longa. Quiero vivirlo todo.

—¿Sabes nadar?

—Por supuesto que sí, y de varias formas. ¿Estaría mal visto que yo me bañara con la *súbcula*?

—En absoluto y menos viniendo conmigo. De hecho, la última moda es bañarse con la indumentaria que llevan las gimnastas, un traje de entrenamiento de dos piezas.

—Un bikini. Vaya, quién lo iba a decir. ¡Qué modernas!

—Supongo que no te habrás traído uno.

—No.

—Pues con la *súbcula* estará bien. Es mucho más recatada. Eso sí, el agua está fría.

—¿Y qué? —resolvió Julia. Entonces se quedó en la *súbcula*, se zambulló en el agua y comenzó a nadar a toda velocidad al estilo braza en dirección a Capri dejando a Julio atrás... Aunque no por mucho tiempo.

Por supuesto Julia no llegó hasta Capri. En el siglo XXI la distancia entre la playa y la isla era de veintidós kilómetros, aunque en esa época, según calculó, aproximadamente no serían más de diez. De hecho en una época aún más remota, según el historiador Estrabón, Capri había formado parte de tierra firme. Julia nadaba bien pero tenía ni la intención ni la capacidad de poder hacerlo a lo largo de diez kilómetros. De todas formas, desde el mar las vistas de la bahía y la isla fueron aún más impresionantes. Resultó un baño increíble



y Julia se alegró de no habérselo perdido. Sin embargo, cuando salió del agua comenzó a tiritar. Se escurrió la *súbcula* como pudo y tomó el vestido con una mano. Julio seguía nadando a una distancia de vértigo. Ella sabía que era un gran nadador, gracias a eso salvó la vida al menos un par de veces, una en las Galias y otra durante la batalla de Alejandría. A pesar de todos sus defectos, reconocía que era valiente y nunca tuvo ningún problema con luchar en primera línea. Le saludó desde la costa. Cuando captó su atención se abrazó a sí misma haciendo el gesto de que tenía frío y luego señaló hacia la casa. Él asintió, la saludó de vuelta y siguió nadando.

Julia llegó corriendo y sonriente a la villa. Al entrar, aún chorreando, se encontró con Atia.

—¡Pero Julia! ¿Dónde habéis estado?

Julia se señaló a sí misma y con una gran sonrisa en su cara contestó:

—Nadando.

—¿Y Julio?

—Seguirá nadando un poco más. ¿Podría darme un baño caliente?

Atia rio y comentó:

—Por supuesto. No sé cómo lo has aguantado, yo no me bañaría ahora en la playa por nada del mundo.

—Gracias. En cuanto me bañe nos veremos.

—¿Quieres que después del baño te envíe a mi peluquera? Creo que vas a necesitarla.

—Es verdad. Muchas gracias, estás en todo.

Atia sonrió.

Después de un fantástico baño caliente, Julia se dirigió al *triclinium* con una sonrisa mientras pensaba en lo que estaba disfrutando de la vida. Al llegar se encontró con Atia, Filippo y Octavio. Atia y Filippo estaban reclinados en el *lectus triclinaris* principal mientras que Octavio ocupaba el de su lado izquierdo.

—Buenos días —saludó Julia—. Siento la espera.

—Por favor, no te disculpes, estáis de vacaciones. ¿Y tu esposo?

—Sigue nadando en la bahía, se lo está pasando estupendamente.

—Se nota que tú también —comentó Filippo—. Me alegro de que disfrutéis de nuestra villa. Pero por favor Julia reclínate.

Julia reparó entonces en que Atia estaba recostada junto a Filippo.

—¿Pero aquí las mujeres no nos sentamos en sillas?

—En el campo relajamos un poco el protocolo de Roma. De hecho, ni en

la misma Roma lo sigue ya mucha gente. Lo que ocurre es que tu marido es excesivamente estricto con muchas de las tradiciones del *mos maiorum* y excesivamente relajado con otras —en ese momento Julio entró en la estancia y Filippo se interrumpió durante unos instantes, luego añadió—. Precisamente estábamos hablando de ti.

Julio estaba chorreando en la puerta del *triclinium* mientras les miraba sonriendo.

—Disculpadme por haberos hecho esperar. Voy a cambiarme y ahora vuelvo.

—Tranquilo, no hay prisa. Para una vez que te veo de vacaciones...

Julia se reclinó en el *triclinium* situado a la derecha de Atia y Filippo y les contempló a todos sonriendo.

—Esta noche daréis una gran cena, ¿no?

—Sí, vamos a llenar la casa. Acudirá hasta Cicerón que tiene una villa cerca de aquí, en la ladera del Vesubio. Espero que no salten chispas con Julio —comentó Filippo.

—Seguro que no. No creo que la cena vaya a convertirse en una reunión del Senado —contestó Julia sonriendo.

—Antes no se llevaban mal. Es verdad que tuvieron ciertas diferencias desde el proceso contra Catilina cuando Cicerón era cónsul, pero unos años después de ese episodio se escribieron hasta con cierta regularidad. Cicerón incluso elogió el estilo literario de Julio y este hizo todo lo posible para atraérselo a su facción, aunque desde el final de la guerra civil no ha habido manera. Aceptó el indulto, pero nada más. Mantenía una buena relación con Pompeyo, los dos eran de Picenum y tenían la misma edad. Mientras este vivía y estaba casado con Julia el vínculo pudo ser inmejorable, pero ahora existe demasiada historia desagradable detrás. Eso sí, tanto Cicerón como Julio pueden tener muchísimo sentido del humor y a los dos les encanta la literatura, así que estoy convencido de que eso salvará la cena.

En ese momento llegó Julio.

—¿Seguiais hablando de mí?

—De ti y de Cicerón —contestó Filippo.

—Una pajarita me dijo que está invitado a la cena de esta noche —comentó sin mirar a Julia directamente mientras se dirigía a su *triclinium* y se tumbaba a su lado.

—Sí, está alojado aquí al lado y le invité. ¿Eso supone un problema?

—En absoluto. Hará que todo resulte mucho más interesante.

Les trajeron el desayuno y empezaron a comer. Octavio no intervino nada, aunque disimuladamente estuvo observando cómo se comportaba Julia durante todo el almuerzo.

Examinaba y juzgaba.

Mientras Julio y Julia se dirigían hacia la habitación Julia preguntó:

—¿Tienes planes para esta tarde?

—Dímelo tú. Eres quien ha leído los libros de historia.

Julia se rio.

—En teoría tu intención era pasear por la playa con tu amigo Balbo, que por cierto aún no me has presentado y quiero... Es más, debo conocerle. Pero para esta tarde se me ha ocurrido una opción mejor.

—¿Otra sorpresa?

—Sí, lo que he traído con tanto cuidado en una de mis bolsas. Sólo existe un problema, elegir un buen lugar. Tiene que ser una zona llana y no debe haber nadie más a menos de dos leguas<sup>62</sup> a la redonda. No podemos arriesgarnos a que lo vean.

—¡Que intriga!... La playa es una superficie plana pero la bahía está plagada de villas, así que queda descartada. Otra opción es el monte Vesubio, poca gente vive ahí, pero la superficie está toda en pendiente, así que la opción menos mala que se me ocurre es Capri.

—¡Capri! ¡Sí! —exclamó Julia mientras asentía sonriendo varias veces.

—El problema es que allí no hay muchas superficies llanas. ¿Ha de ser muy largo el tramo?

—No, Capri bastará. Será perfecto.

—Lo que sea que vayas a enseñarme merecerá la pena, ¿no?

—Como nada que hayas visto en tu vida.

—Iré a pedirle un bote a Filippo, saldremos en media hora.

—Perfecto, te esperaré en la playa.

Cuando media hora más tarde Julia bajó por la escalinata cargando con su pesada bolsa, era Julio el que estaba esperándola a ella recostado sobre un bote de remos.

—¿Pero qué bolsa traes? Es más grande de lo que recordaba.

—Sí, pero merece la pena.

—Pásamela, la pondré en el bote.

—Prefiero hacerlo yo, es muy delicada. Además bajo ningún concepto

debe mojarse, también llevo el ordenador.

—¿Y el ordenador para qué?

—¡Ahhhhh!

—Te gusta guardar el misterio, ¿verdad?

—Así la sorpresa será mayor. La verdad es que la idea me la diste tú cuando me comentaste en Alba Longa que querías tirarte en paracaídas.

—Pero me dijiste que eso era imposible.

—Y lo es, pero he conseguido algo muy relacionado con eso.

—¿Mientras te recuperabas tras haber estado muerta?

—Sí.

Julia había dejado la bolsa en el bote.

—Sube. Voy a empujar el bote hacia el mar.

—¿Y por qué vas a hacerlo tú sólo? No estoy paralítica.

—Bfffff. Hazme el favor de no comportarte nunca así cuando haya más gente presente.

—Nunca lo he hecho. Sabes que siempre me he portado como tu perrito faldero —afirmó Julia mientras le ayudaba a empujar el bote.

—Es lo que te salva. Si no, ya habría tenido que divorciarme.

—¿Quién es el desagradable ahora? Además, los libros de historia dejan muy claro que si no hago nada que cambie el pasado, bueno el presente, seguirás casado conmigo hasta los Idus de Marzo, así que guárdate tus amenazas.

—¿Y luego que sucederá?

—Que volveré a mi tiempo.

—Sí, y yo a Partia, pero... ¿cómo voy a explicar que desaparezcas sin más?

Julio ya estaba remando.

—Tengo un par de ideas, hay dos posibilidades. Una es simular mi propio suicidio si encuentro un cadáver que se me parezca lo suficiente, que es la parte más difícil, y lo veo muy poco probable. Fingiré que me he abierto las muñecas en el baño dejando una nota que diga: «Bla, bla, bla... Mi marido se alejará de mi lado durante al menos tres años... Bla, bla, bla... No pude darle hijos... Bla, bla, bla... Mi vida no tiene sentido».

En realidad lo que había pensado Julia era: «Mi marido ha muerto... Bla, bla, bla... Mi vida no tiene sentido».

—Muy romano pero demasiado melodramático. Además no sería lógico que te suicidases antes de que yo me fuese. Deberías hacerlo después del

dieciocho de marzo como mínimo, porque teóricamente no podrías saber si estás embarazada o no hasta el mes siguiente de mi marcha. Para solucionarlo así te deberías quedar más días. ¿Cuál es la otra posibilidad?

«Acabo de cometer un error monumental», consideró Julia. Luego añadió:

—Anunciar que mientras estés de viaje en Partia visitaré a unos amigos en Hispania. Como cada temporada se hundan navíos, y yo conozco cuáles lo harán en esas fechas, mencionaré que me embarco en uno de ellos... Nunca más se sabrá nada sobre Julia, y así desapareceré de la historia.

—Parece la más segura. ¿Y qué pasará conmigo?

Julia levantó su ceja derecha.

—¿En serio crees que puedes engañarme tan fácilmente?

—Me dijiste que no iba a tener más hijos. ¿Volveré a casarme?

—No puedo contarte nada sobre eso.

—Me sigue dando la impresión de que no, y que moriré en la guerra contra Partia.

—Eras tú el que quería que hoy fuese *carpe diem*. Sólo existe el hoy... ¿Estás cansado? Yo remaré mientras te recuperas —comentó Julia con una sonrisa maliciosa.

—Me da igual lo que digan los libros de historia. ¡Quiero el divorcio!

Julia sonrió y aseguró:

—Cuando veas lo que hay en esta bolsa... Cambiarás de idea.

Atracaron en el golfo llamado Marina Pequeña situado en la zona de la isla que daba a mar abierto.

—¿No vive nadie aquí?

—En esta zona no, antes existían dos ciudades en la isla, pero luego quedó sólo una que dependía de *Naepoles*. Durante la guerra social del siglo pasado la perdieron y ahora Capri es independiente. Sin embargo, la escasa gente que vive aquí está en buenos términos con Roma.

—¿Dónde está la ciudad?

—En Anacapri.

—Perfecto, perfecto, así nadie nos verá. Dentro de dos mil años Capri estará repleta de gente.

—¿Y eso?

—¿Pero tú has visto lo preciosa que es? Incluso el emper...

Julia calló bruscamente.

Para hacerle hablar Julio repitió.

—El *imperator*<sup>63</sup>... —como Julio vio que ella no continuaba añadió—.  
¿Quién?

—No puedo decírtelo.

—A este paso no podremos terminar ninguna conversación.

—Alguien con imperio de la familia de los Claudios se retirará y morirá aquí dentro de algo menos de cien años.

—¿Lo ves? No ha resultado tan difícil. ¿Qué crees que voy a hacer sobre eso? ¿Sacar una *lex Julia*<sup>64</sup> prohibiendo a todos los Claudios y a sus descendientes que se retiren en Capri?

Julia sonrió.

—Sigues aquí, así que la historia no ha cambiado porque me hayas dicho eso, ¿no? —añadió Julio.

—No.

—Pues relájate un poco.

—¿No estarás siendo tan encantador para que me confíe esperando que cometa algún error y hable de más sobre tu futuro?

—¿Tan calculador me crees?

—No lo creo. Conozco tu vida casi tan bien como tú mismo. Sé que lo eres.

—Pues hoy no lo seré. *Carpe diem*.

—Está bien. ¿Podríamos visitar luego la gruta azul? Siempre que he ido en el siglo XXI estaba abarrotada de gente.

—¿A dónde?

—A la gruta azul.

—¿Qué gruta es esa?

—¿No la conoces? Vaya con los habitantes Capri de la actualidad. Tenían miedo de que en ella viviesen demonios o espíritus maléficos, pero nunca pensé que guardasen el secreto tan bien. Es impresionante. No sé si te va a encantar más la gruta azul o lo que traigo en la bolsa.

—Pues empecemos ya.

—De acuerdo.

Julia valoró traer un dron en lugar de un avión teledirigido, pero decidió que si el objetivo era que él imaginara cómo funcionaban los aparatos desde los que se saltaba en paracaídas, la opción más lógica era un avión.

Julia depositó la bolsa sobre la arena y la abrió. Sacó su ordenador y se lo entregó a Julio.

—Enciéndelo. Ya conoces la contraseña.

Mientras Julio lo hacía, ella sacó con sumo cuidado cada una de las partes del avión y las fue ensamblando. Luego lo observó con detalle y se aseguró de que estuviese bien equilibrado y balanceado. Todo parecía correcto. Luego sacó el receptor de cuatro canales y comprobó que funcionase. Julio miraba intrigado todos los objetos que Julia extraía de la bolsa e iba ensamblando.

—¿Pero qué demonios es este artilugio?

—Te presento a... Un avión —anunció Julia mientras hacía un gesto de introducción con el brazo.

—¿Pero ahí vuela la gente?

—Se trata de una versión en miniatura. No podía traerme nada más grande a través del agujero de gusano, pero funciona igual que uno real.

—¿Y quién lo va a manejar? ¿Una hormiga?

—Lo haré yo.

—No creo que quepas ahí.

—Otra de las sorpresas del futuro... Lo controlaré a distancia con este aparato.

Julia levantó el receptor.

Julio se quedó callado, respirando profundamente, mientras lo examinaba todo. Al cabo de unos instantes preguntó.

—¿Y el ordenador?

—Es verdad, se me olvidaba la cámara.

—¿Qué?

Mientras tanto Julia rebuscó la cámara en el fondo de la bolsa y la enganchó al dispositivo que había situado entre la horquilla de las ruedas del avión.

—Ya lo verás.

—¿Qué es lo que tira de él?

—Una energía llamada electricidad. Es la misma que hace que funcione la linterna que te regalé. ¿Quieres verlo en funcionamiento?

—Para qué preguntas.

—Espera un momento, pásame el ordenador.

Julia buscó el programa de vídeo que retransmitía la información de la cámara.

—¿Qué es lo que se ve?

—Arena. Dame un segundo.

Julia levantó el avión, apuntó su base hacia ella y saludó con la mano.

Julio se echó a reír mientras veía la cara de Julia llenando toda la pantalla

del ordenador saludándole.

—Los niños deben disfrutar mucho en vuestra época.

—No te creas. Al final se acostumbran a tenerlo todo y no lo valoran.  
¿Despegamos?

—A ver si esto es capaz.

Julia sujetó el avión con su mano izquierda.

—¿Desde dónde sopla el viento? —Julio señaló hacia mar abierto—. Perfecto, mucho más fácil. Sujeta bien el ordenador con la mano izquierda y también esto con la derecha. Espera un momento.

Julia le pasó el mando tras encenderlo y comprobar que las hélices del avión empezaban a girar. Ella, entonces, sujetó el avión con suavidad colocando ambas manos en la posición correcta, la izquierda asiendo la parte anterior y la derecha la posterior. Luego dio una pequeña carrera por la playa en dirección al mar y suavemente dejó que el avión prosiguiese sólo con el impulso horizontal que ella le había dado. En ese momento volvió corriendo hacia Julio y exclamó.

—¡Corre, pásame el mando!

Él se lo entregó y Julia comenzó a mantener el rumbo del avión.

—¡Está volando sólo!

—Esa era la idea.

—Se está alejando hacia el mar. ¡Haz que vuelva!

—Poco a poco, con suavidad. Si no, podría entrar en barrena.

—¿Qué?

—Caería en picado sobre el mar.

Julio entonces observó la pantalla del ordenador.

—¡Estoy viendo el mar!

—Claro, pero será más interesante la vista desde el cielo que nos proporcione la isla. Ten paciencia, haré que gire lentamente.

Cuando el avión se dirigía hacia ellos Julia le preguntó:

—¿Qué te parece?

Julio sonrió y contestó:

—¿Crees que podría expresarlo con palabras? El ser humano es un genio.

—Sí, es capaz de lo mejor y de lo peor.

—Al menos cuando muera, habré visto cosas increíbles. Nunca nadie podrá quitarme estos recuerdos.

—Independientemente de esto, tendrás una de las vidas más interesantes que se hayan vivido.



Él sonrió.

—Ahora viene la parte difícil. La isla es muy empinada, he de conseguir que gane altura pero suavemente.

Mientras se acercaba hacia ellos, el avión fue aumentando progresivamente su altitud. Julia le avisó.

—Prepárate para saludar.

Instantes después el avión pasó por encima de sus cabezas y en la pantalla del ordenador se les vio a los dos mirando hacia arriba y saludando.

Julio empezó a reírse.

—¿A la gente de tu época le apetece hacer otra cosa que no sea jugar con todos estos artilugios? A mí se me considera un obseso del trabajo, pero te aseguro que me costaría.

—Porque esto es nuevo, pero cuando te apasiona lo que haces, le dedicas todo el tiempo del mundo. A mí me encanta mi trabajo.

—O sea yo.

—Dicho así ha resultado de lo más presuntuoso —comentó Julia seria mientras seguía pilotando el avión sobre la isla.

—¿Podemos sobrevolar Anacapri?

—Podríamos, pero no me gustaría que nadie viese el avión.

—¿Y la gruta que decías?

—Resulta muy complicado manejarlo en un espacio cerrado. ¿Quieres pilotarlo tú?

—¡Por supuesto!

—Lo importante es no realizar movimientos bruscos, todo debe ser muy suave. Mira, con este mando de la derecha lo puedes desplazar hacia la derecha y hacia la izquierda y con el mando de la izquierda controlas la altitud, pero no te recomiendo que lo toques, es con el que existe más riesgo de desestabilizar el aparato. Emplea únicamente el de la derecha y con movimientos muy suaves.

Julio tomó el control sonriendo y dirigió su vista hacia el cielo mientras sus dedos delicadamente manejaban el mando.

Al cabo de diez minutos Julia le dijo:

—Pásame el mando.

—¡Ni hablar! —contestó él sin dejar de mirar al cielo.

—Como no me lo entregues ahora, el avión se quedará sin batería y se estrellará. Después de cargarlo te lo volveré a entregar.

Julio le pasó el mando.

—Ahora viene la parte más difícil. Tiene que aterrizar en contra del viento y eso para el despegue resultaba una ventaja, pero para el aterrizaje contamos con muy poco espacio.

Julia hizo descender el avión lo más lentamente posible hasta llegar a la playa. Entonces tocó tierra en la arena.

—¡Corre! ¡Ve a cogerlo! No debe llegar al mar —gritó Julia.

Julio inmediatamente corrió hacia el avión mientras este seguía deslizándose en dirección al mar. Llegó a él cuando sus ruedas ya habían avanzado unos pocos centímetros sobre el agua.

—¡Sí! —gritó Julia—. Por poco lo destrozo.

Julio volvió con el avión. Ella mientras tanto se puso a hurgar en su bolsa buscando otra batería eléctrica.

—¡La encontré! —exclamó mientras sacaba la batería de la bolsa y se la enseñaba a Julio.

Este le pasó el avión y ella reemplazó una batería por otra.

—¿Seguimos? —preguntó Julia.

—No lo dudes por nada de este mundo.

Media hora después, tras haber agotado la segunda batería estaban de vuelta en el bote.

—¿Disponemos de tiempo para visitar la gruta azul? Se encuentra dando la vuelta a la isla hacia nuestra derecha. ¿A qué hora es la cena?

—A la hora décima<sup>65</sup>. Este tipo de cenas comienzan muy pronto y acaban bastante entrada la noche. Y sí, iremos a tu gruta azul.

—¿Pero cómo se puede estar tantas horas comiendo y bebiendo?

—Casi todo el tiempo se pasa hablando, pero la verdad es que se come demasiado. Por eso los invitados piden a sus médicos que les dispensen vomitivos. Yo soy bastante austero y nunca me han gustado mucho.

—¡Qué asco! Sí, es verdad, la historia cuenta que hasta tú te tomarás uno esta noche. Deberías tener cuidado.

—¿Por qué?

—Por la epilepsia.

—¿Qué tiene que ver?

—Se rompe el equilibrio electrolítico... El del cuerpo y existe más riesgo de tener una crisis.

—Nunca he tenido ninguna debido a eso.

—Mi abuelo era epiléptico. ¿Te lo había comentado?

—No. ¿Tuvo muchas crisis comiciales?

—Unas cuantas, la verdad. También yo tengo un foco epiléptico.

—¿Has tenido crisis?

—Hasta ahora nunca, pero como mi abuelo las tenía hicieron un estudio de mi cerebro cuando era niña y existe una zona que podría provocar crisis. De todas formas, si hasta ahora no he sufrido ninguna es muy poco probable que las tenga ya.

—Esa suerte tienes. Resulta muy desagradable. En el momento no te das cuenta, pero el estado en que quedas después es horrible, lamentable y puede durar horas. Siempre espero que si tengo alguna, al menos sea cuando estoy solo y no me vea nadie.

—Sí, lo he vivido con mi abuelo.

—¿No te importa contarme esto? ¿No te preocupa que pudiese cambiar el futuro?

—Ya te dije que tu destino no era morir de una crisis epiléptica, no hay problema. ¿Es verdad que se llaman crisis comiciales porque si se producen durante los comicios resulta un signo de mal augurio y hay que suspenderlos y realizarlos otro día?

—Por supuesto.

—¡Ya hemos llegado a la gruta!

—¿Remo hacia ahí adentro?

—Sí —afirmó Julia mientras miraba absorta en dirección a la entrada de la cueva.

Cuando se introdujeron en ella, el agua tomó un fascinante color azul como no parecía posible que pudiese existir en ningún lugar del Universo. Julia se quedó boquiabierta, como le ocurría cada vez que la visitaba, admirando el color del agua, de la gruta y de las paredes que también adquirirían esa tonalidad mágica.

—¡Pero esto es increíble! —comentó Julio—. ¡Qué belleza!

—¡A que sí! —exclamó Julia—. Es un lugar mágico. Parece mentira que no lo conocierais.

—¿Por qué tiene este color?

—La luz del Sol se filtra a través de una pequeña apertura en el suelo y la arena blanca del fondo la refleja dando lugar a estas tonalidades.

—¡Y yo que creía que lo había visto todo!

—Ayer viste la superficie de Marte —afirmó Julia con una sonrisa.

—Sí, es verdad. Creo que se ha ganado que nos demos otro baño.

—Por supuesto. ¿Tenemos tiempo?

—¿Bromeas? Si hay algo para lo que merece la pena hacer tiempo es para esto —resolvió Julio mientras se zambullía.

Julia sonrió y le siguió.

## LA CENA

Entraron en el Atrio empapados por segunda vez en el día. Atia se les quedó mirando con la boca abierta.

—¿Pero os habéis bañado otra vez?

—¿Tú qué crees, sobrina? —preguntó Julio mientras se acercaba a darle un beso.

—¡No me toques! Ya me he arreglado para la cena y me empaparías. Supongo que tú querrás darte otro baño caliente y que luego te vuelva a enviar a mi peluquera, ¿no Julia?

Julia asintió sonriendo.

—En cuanto a ti... —prosiguió Atia dirigiéndose a Julio.

—Yo me bañaré luego.

Cuando Julia llegó al atrio este se encontraba atestado de invitados. Se dirigió hacia un grupo donde estaba Atia.

—Hola —intervino saludando a ésta.

—Hola Julia. Permíteme que te presente a estos amigos. Cuspio Pansa y su esposa Popea, son vecinos nuestros de una de las villas de la bahía.

—Encantados de conocerte. Hemos oído mucho sobre ti.

—Por favor, el placer es mío.

—¿Qué tal la vida en Roma? ¿Todo más tranquilo ahora que la guerra ha terminado?

—Sí. Es una ciudad preciosa, aunque yo llevo poco tiempo viviendo en ella y no he tenido ocasión de disfrutarla mucho. Sin embargo, habitar en esta bahía debe ser como un regalo de los dioses.

—Somos muy felices aquí. Además la tierra es increíblemente fértil. Cultivamos un vino delicioso que es el que va a servirse esta noche.

—Seguro que lo encontrarán exquisito —«aquellos hombres que lo prueben claro», consideró Julia.

En ese momento un hombre de aproximadamente sesenta años se unió al grupo.

—Mi querida Atia, muchas gracias por invitarme.

—Todo lo contrario, nos haces un honor viniendo. A propósito, quiero presentarte a alguien a quien tienes que conocer. Marco, te presento a Julia. Julia este es nuestro querido Marco Tulio Cicerón.

A Julia casi se le aflojaron las piernas cuando lo oyó. ¡Iba a mantener una conversación con Cicerón! Ni en sus más exagerados sueños pudo imaginar

algo así.

—Encantado de conocerte y felicidades por tu reciente boda.

—Muchas gracias. Yo lamento darte el pésame por la desgracia de tu hija.

*Tibi condoleo*<sup>66</sup>.

—Te estoy muy agradecido. Ningún padre debería sobrevivir a sus hijos. Es algo que compartimos tu marido y yo. A pesar de nuestras diferencias, él me envió una carta de pésame que resultó muy reconfortante<sup>67</sup>.

—Es lo mínimo que podía hacer dada la situación. Me alegro de que hayas venido a esta cena.

—Últimamente Roma se está haciendo un lugar demasiado aburrido, no hay nada que debatir, así que para escribir en mi casa casi prefiero hacerlo aquí o en mi villa de Tusculum<sup>68</sup>.

—Una ganancia para la literatura, sin duda.

—Muy amable. Tengo entendido que tu existencia ha resultado un poco complicada.

—Sí, pero me alegro de haber vuelto al hogar de mi familia.

—Lucio es un buen hombre. Me alegro por él, bueno por los dos. Yo he perdido a mi hija pero al menos él ha recuperado a la suya. Dale recuerdos de mi parte.

—Por supuesto.

—¿Y el déspota de tu marido dónde está? —preguntó Cicerón mirando a su alrededor—. Julia se quedó callada. Cicerón rio—. No te preocupes, Julia, no tienes que guardar ningún secreto. También se lo digo en su cara.

Julia sonrió. En ese momento se acercó Julio.

—Vosotros dos riéndoos juntos. Creo que debería preocuparme.

—Por supuesto. Le estaba comentando a Julia que eres insufriblemente autoritario, aunque supongo que, viviendo contigo, ya lo habrá comprobado con creces.

—Si no tienes inconveniente prefiero hablar sobre ti y lo magnánimo que resultaste cuando fuiste cónsul —replicó Julio con ironía.

—Venga que es una cena. Quería alejarme de Roma para no tener conversaciones así. Me apetecía reírme un rato.

—Pues ya somos dos.

En ese momento les hicieron pasar al *triclinium*.

Cuando iban por el segundo plato Cicerón le preguntó a Octavio.

—¿Qué tal van tus clases de oratoria Octavio?

—Me las tomo muy en serio pero no creo que deba opinar sobre si se me da bien o mal en presencia del gran Cicerón. Tan sólo apreciaría cualquier consejo que quisieras darme.

«Octavio es increíble», pensó Julia. Con este mismo argumento después de la muerte de Julio conseguirá que Cicerón le apoye para ser cónsul y luego eso le provocará la ruina.

—Yo te recomendaría que tuvieses en cuenta que tanto el conocimiento como la elocuencia deben discurrir siempre parejos. Es tan inútil la falta de conocimiento, como el no saber expresar los razonamientos más perfectos. Para una buena defensa en un juicio, la oratoria por sí sola no basta si no se cuenta con un buen argumento.

—¿Como *Cui bono*<sup>69</sup>? —comentó Julia.

—Muy apropiado Julia. Me siento halagado de que conozcas mi obra —contestó Cicerón.

Ella se quedó callada, le daba la impresión de que se había pasado de lista.

—¿Hasta a esos irreductibles poblados del norte de Hispania ha llegado la obra de Cicerón? Si ni siquiera hablan latín —preguntó Octavio maliciosamente.

Julia se quedó paralizada sin saber que contestar mientras todos se giraban para mirarla.

«¡He cometido un error descomunal!».

En ese momento se escuchó una voz.

—Se la enseñé yo. No te ofendas mi querido Cicerón, pero tu obra aún no ha llegado hasta los poblados del norte de Hispania —intervino Julio.

Julia suspiró con alivio.

—Si me ofendiese que no conociesen mi obra lo compensaría con creces el halago de que se la hayas enseñado a tu esposa. Y más llevando tan poco casados.

—Siempre he valorado tu estilo artístico, aunque a veces el político deje bastante que desear.

—Podría decir lo mismo —contestó Cicerón y los dos se sonrieron cortésmente.

Ella discretamente susurró.

—Gracias.

Julio sonrió.

Durante los postres Cicerón, que había bebido bastante más vino que Julio, continuaba dialogando sobre oratoria con Octavio y Julio.

—Siempre intenté guiarme por las máximas de la filosofía, que deben ser parte integral del perfecto orador.

—Por supuesto pero, ¿cuál de todas? —intervino Julio—. Existen tantas como escuelas. Hablar de filosofía sin aclarar a cuál nos estamos refiriendo es dejar la cuestión de forma completamente indefinida. ¿El estoicismo, el modelo aristotélico, el escepticismo, el epicureísmo?

—Todas presentan beneficios y limitaciones en su concepción de la virtud. La virtud sobrepasa todo lo demás, e incluso si el hombre bueno no es supremamente feliz, lo es sopesándolo todo<sup>70</sup>.

—Siempre me has parecido un poco ecléctico. Venga, defínete y elige una. Yo no tengo problema en alinearme, soy epicúreo. *Dum vivimus, vivamus*<sup>71</sup>. ¿Cuál es para ti la filosofía ideal? —preguntó Julio.

—¿Y quién soy yo para decirle al primer hombre de Roma cuál es la filosofía o moral óptimas para el perfecto orador?

—La modestia no te favorece, es demasiado evidente su irrealidad.

—En absoluto, lo único que intento es, tanto en la oratoria como en mi vida, ceñirme a unas pequeñas normas básicas.

—¿Qué son? —insistió Julio.

—Muy poco ambiciosas. Una de las principales es la que está grabada en el templo del oráculo de Delfos.

—¿Cuál de las diez?

—La que advierte contra uno de los principales errores para la mente y el cuerpo de los hombres *ne quid nimis*<sup>72</sup> —y luego en un tono de voz más bajo Cicerón añadió—. Ni siquiera la ambición.

Julio permaneció en silencio observándole con el ceño fruncido y expresión grave.

Tras una escueta pausa, perfectamente calculada por Cicerón, este prosiguió.

—Por eso siempre he valorado la sobriedad de tu estilo literario, muy lejos de la ambición artificiosa de otros escritores muchísimo menos dotados.

«Desde luego es listo —valoró Julia—, con qué ingenio le critica sin que quede ni rastro de ello». Cicerón añadió.

—Sin embargo, tu obra no carece de fuerza, también necesaria para una buena composición. La combinación de la sobriedad poco ambiciosa de la



elegancia de tu estilo ático y la fuerza del discurso son la fórmula ideal para la perfección.

—Te lo agradezco encarecidamente mi querido Cicerón. Siempre he seguido tus consejos sobre que la fuerza del sermón puro es la mejor garante de nuestra lengua latina, que a fin de cuentas es lo que constituye la identidad del pueblo romano —aseguró Julio.

—No pretendo ser maestro de nada ni de nadie.

—A pesar de su falsa modestia te recomiendo que leas su obra *De oratore*<sup>73</sup> —intervino Julio dirigiéndose hacia Octavio.

—Ya lo he hecho, una obra brillante y muy aleccionadora —contestó Octavio.

—Por favor me halagáis en demasía —intervino Cicerón—. Únicamente pretendía remarcar como la ética o una buena moral son parte básica del óptimo orador y que por tanto nunca exista *discidium linguae atque cordis*<sup>74</sup>.

Julio y Octavio se observaron.

Se entendieron.

No necesitaron añadir nada.

Cicerón por el contrario prosiguió.

—Sólo comparto mis experiencias y concepciones sobre la vida y aquello que me apasiona, como la oratoria.

—Una ciencia y un arte de los más importantes para forjar el carácter y la identidad de los jóvenes romanos en los valores tradicionales. Toma nota Octavio —recomendó Julio.

—Estoy completamente de acuerdo, es una lástima que esté destinada a extinguirse —añadió Cicerón.

—¿Extinguirse? Todo lo contrario, es una de las ciencias con más futuro —intervino Julio sorprendido.

—¿Pero para qué sirve la oratoria si todos opinamos lo mismo? No es necesario convencer a nadie de nada. Curiosamente parece que últimamente toda Roma piensa igual que tú. A quién votar, qué obras civiles realizar, qué países invadir, qué leyes sacar. Por suerte parece que hemos llegado a un mundo ideal y perfecto donde no existen discrepancias por la propia voluntad de las personas y todos debemos estarte muy agradecidos por ello. La de tiempo que estamos ahorrando en el Senado sin tantas discusiones interminables que teníamos antes, por ese grandísimo defecto de estar en desacuerdo sobre las cosas.

Julio se le quedó mirando y respondió con una sonrisa malévola.

—Sí, parece que el pueblo romano cada vez se va acercando más a la perfección. Se tienen menos discusiones interminables e ineficientes, se toman decisiones más correctas y beneficiosas para todo el pueblo de forma más ágil, se implantan medidas contra la pobreza, se crea un sistema sanitario gratuito, se acaba de forma más eficiente con la corrupción y... No se llenan las calles de sangre por decir lo que uno piensa —finalizó Julio mirándole fijamente a los ojos.

—Exactamente lo que yo digo, estamos completamente de acuerdo en todo. Hemos llegado a un estado romano de auténtica felicidad social. ¿Brindamos por ello?

—Por supuesto —afirmó Julio con una sonrisa mientras sus ojos permanecían serios.

—No os ofendáis, pero para esta cena me apetece tratar temas literarios más superficiales y a menos que la oratoria. ¿Hay alguien aquí a quien no le apetezca ver una obra de Plauto o Terencio de vez en cuando para reírse un rato? —comentó Filippo.

Y todos se pusieron a hablar sobre Plauto, Terencio y lo ameno de la comedia latina. El resto de la cena resultó no solo distraída sino divertida. Siguieron comiendo y bebiendo a lo grande, y al final se acabaron burlando de todo y hasta contando chistes. Julia disfrutó de todo ello, aunque no dejó de pensar en lo que habría dado por grabar aquella conversación.

\*

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*: «Personalmente siempre estoy muy nervioso cuando comienzo a hablar. Cada vez que hago un discurso, siento que estoy siendo juzgado, no sólo por mi capacidad, sino por mi personalidad y honor. Temo parecer que prometo más de lo que puedo conseguir, lo que sugeriría una completa irresponsabilidad, o actuar menos de lo que puedo, lo que indicaría mala fe o indiferencia...»<sup>75</sup>.

Resulta sorprendente que una persona con las dotes para la oratoria de Marco Tulio Cicerón, dejase escritas unas afirmaciones semejantes sobre sus sensaciones a la hora de desempeñar una disciplina en la que difícilmente ha sido igualado por nadie a lo largo de toda la historia. En una época tan convulsa y excepcionalmente plagada de figuras con una elocuencia asombrosa su capacidad de persuasión le convirtió en la figura más respetada del Senado. Según Plinio el viejo en su obra *Historia Natural*, Cayo Julio César posteriormente declaró que Marco Tulio Cicerón había conseguido mayores laureles que los que llevaba un general en su Triunfo, pues tenía más

significado haber ampliado las fronteras del genio de Roma que las del Imperio. Por ello y por la influencia de Cicerón, César repetidamente trató, aunque infructuosamente, de atraerle hacia...

## LA CRISIS

A Julia le despertó un chillido casi sobrehumano, como el de un globo que se desinflase de golpe. Rápidamente se sentó en la cama alarmada. ¿Qué habría sido eso? Miró a su alrededor y comprobó que Julio no se encontraba en la habitación. El sonido debió provenir de algún otro lugar de la casa. Entonces comenzó a sentir unos impactos en la cama y a escuchar unos golpeteos rítmicos.

Se acercó hacia la pared del lado de la cama opuesto al suyo y descubrió a Julio con la espalda arqueada y los ojos en blanco. Estaba teniendo convulsiones y su piel empezaba a tornarse de un preocupante color azul.

«Está sufriendo una crisis de las fuertes. No respira bien».

Acudió corriendo hacia su bolsa. Tomó el Diazepam y cargó diez miligramos en una jeringa como le habían enseñado. Volvió a toda velocidad a donde se encontraba él y se sentó encima de su brazo derecho. Con su mano izquierda le sujetó la muñeca. Así consiguió inmovilizárselo relativamente. Por suerte se le veían muy bien las venas. Introdujo la aguja en una de ellas con su mano derecha y le fue inyectando el Diazepam lentamente mientras él seguía convulsionando. Tomó una de las almohadas y se la colocó debajo de la cabeza.

«¡Qué haga efecto ya! ¡Qué haga efecto ya!».

Se estaba mordiendo la lengua. ¿Qué le podía poner en la boca? ¡El cepillo de dientes! Corrió hasta la bolsa y lo aferró. Estaba esperando a que abriese la boca para poder introducirse, pero no lo hacía, tenía la mandíbula completamente contraída. En ese momento relajó por unos segundos la boca y Julia se lo atravesó entre las dos arcadas. Las convulsiones continuaban pero eran menos fuertes. Julia percibió como se orinaba encima. Estaba pasando la crisis. Justamente en ese momento llamaron a la puerta.

Él no quería que le viesen así.

—¿Sí?

—¿Está todo bien, *dómina*? Es que hemos oído un grito.

—¿Grito?... No todo bien. Es que... Tenía cosquillas.

Julia puso cara de haber dicho una estupidez.

«¿Cosquillas? ¡Pero qué tontería acabo de decir!».

—Disculpe.

—Nada.

Volvió hacia el lugar de la habitación donde se encontraba Julio. Las convulsiones eran más suaves, estaban cediendo. Ya no tenía los ojos en

blanco pero éstos se encontraban sin vida, dirigidos hacia algún lugar en el infinito pero sin ver nada. Le extrajo el cepillo de dientes de la boca y él emitió un extraño estridor.

Su cuerpo ya no se contraía.

Julia se acercó a su oído y dijo:

—Julio, Julio. ¿Me oyes?

No obtuvo ninguna respuesta.

«Está en la fase de estupor postcrisis, y además le he administrado un relajante muscular. Va a estar comatoso durante varias horas».

Reparó en que tenía la *súbcula* mojada. «Debería tumbarle sobre la cama», pensó Julia.

—¿Julio?

Él hizo amago de levantar el brazo, estaba empezando a reaccionar. Julia fue hasta el baúl de él, rebuscó dentro y sacó un puñal y una túnica. Luego del de ella extrajo una toalla.

—Tengo que quitarte esto.

Él movió la cabeza sin ninguna intención concreta. Con el puñal le cortó la *súbcula* y la tiró a un extremo de la habitación. Luego cogió la palangana con agua, se la derramó sobre la zona del vientre y le cubrió con la toalla. Se fue en dirección a donde estaba la *súbcula* mojada y la arrojó por la ventana hacia el acantilado. Le secó por encima y medio enroscó la toalla a su cintura.

—¿Puedes ayudarme a levantarte? —no contestó—. En la cama estarás mejor. Ayúdame a sentarte.

Él no hizo ningún movimiento. Julia tiró de sus brazos hacia delante y le sentó a duras penas. Le colocó la almohada doblada detrás de la espalda.

—Abrázate a mí e intenta levantarte —él continuaba sin moverse. Julia colocó los dos brazos de él sobre sus hombros—. Por favor, ayúdame un poco.

Julio cargó su peso sobre los hombros de ella e hizo algo de fuerza con las piernas. Eso bastó para que ella le pudiese alzar un poco y los dos cayesen sobre la cama. Luego Julia le levantó una pierna y la colocó sobre la cama. Posteriormente repitió el mismo proceso con la segunda, le colocó la almohada bajo la cabeza y le cubrió con la sábana.

—A dormir angelito.

«Entre el estupor postcrisis y el relajante muscular estará comatoso al menos durante cinco horas», consideró Julia.

Se asomó a la puerta de la habitación. En el umbral se encontraba una de

las esclavas de Filipo.

—César quiere que le transmita un mensaje a Filipo. Ha dormido muy mal esta noche y desea que pasemos el día en la habitación. Dice que si no supone un inconveniente que no nos esperen hasta la cena.

Julia sonrió y cerró la puerta.

Se desplomó sobre la cama a su lado y le contempló mientras pensaba.

«¡Qué vida la de casada! Es una emoción tras otra».

Se llevó la mano a la cabeza y comenzó a respirar a un ritmo más normal.

Cuando la esclava transmitió el supuesto mensaje de Julio al *triclinium* cada uno de los tres miembros de la familia, que les esperaban para desayunar, reaccionó de una forma completamente diferente.

Atia se quedó con la boca abierta.

Octavio se puso aún más serio.

Filipo soltó una carcajada.

Julia pasó la mayor parte del día contemplando el paisaje y releyendo los libros de Julio. También se tumbó a su lado y permaneció mirándole mientras este dormía. Nunca le había visto con la cara tan plácida. Pudo fijarse bien en sus rasgos. Tenía la típica nariz romana recta y grande, aunque no demasiado. Su frente era amplia, en parte por naturaleza y en parte porque su cabello estaba empezando ligeramente a retraerse. Los ojos eran grandes aun estando cerrados aunque sus cejas estaban demasiado caídas. Luego se fijó en sus labios, estaban bien dibujados y el inferior era especialmente voluminoso. Se detuvo un buen rato observándolos antes de continuar con el resto de la cara. Los pómulos eran prominentes y su mandíbula ancha y fuerte... Una estructura facial muy interesante. La verdad es que las dos esculturas confirmadas que se habían conservado de él le hacían justicia. Pensó en sacarle una foto, pero no le pareció el momento correcto de hacerlo. Ya le pediría que le dejase sacar un primer plano para la posteridad más adelante, y seguro que él no pondría problemas.

Le siguió contemplando durante unos minutos más. La verdad es que le resultaba atractivo.

Eso hizo que se levantase sacudiendo la cabeza para quitarse cualquier tipo de tontería sin sentido de la cabeza. En lo que se refería a los hombres, esto para ella era historia antigua a todos los niveles. Nunca, bajo ningún concepto podría haber nada, así que no tenía sentido dedicarle ni un segundo al tema. Ya retomaría su vida dentro de dos meses y medio y entonces se plantearía si le apetecía conocer a alguien e iniciar una relación, tomarse un

tiempo sola y dedicarse a viajar, seguir trabajando o no... El futuro estaba lleno de posibilidades.

Entonces se acordó de Fabio con sorpresa, no recordaba la última vez que había pensado en él. Volvió a mirar a Julio. Esto era un trabajo, increíblemente apasionante, pero no debía perder la perspectiva de para qué estaba ahí.

Tomó su libro de retórica y volvió a releerlo durante un par de horas más.

Empezó a sentir algo de hambre pero podía soportarlo sin problemas. En ese momento oyó un sonido. Julio comenzaba a moverse más agitadamente que antes. Ella se aproximó y se sentó en la cama a su lado. Le observó durante unos minutos mientras se definía si él iba a despertarse ya, o a continuar en brazos de Morfeo y del Diazepam durante un poco más.

En ese momento abrió los ojos.

—Hola —saludó ella—. ¿Cómo te encuentras?

Julio cerró los párpados y volvió a abrirlos como si constituyera un terrible esfuerzo.

—*Meum cerebrum nocet*<sup>76</sup>. Me siento como si me fuese a estallar la cabeza.

—Es normal, te la has golpeado unas cuantas veces.

—Tuve una crisis, ¿no? —ella asintió—. ¿Muy fuerte?

Volvió a asentir.

—Te administré una medicina para hacerla más leve, pero te tuvo dormido varias horas.

—Gracias.

—No hay por qué darlas, acuérdate de la difteria.

Él sonrió e intentó levantarse.

—Tómalo con calma. Ve poco a poco.

—¿Me vio alguien? —Julia negó con la cabeza—. Gracias.

Ella volvió a repetir.

—No hay por qué darlas.

Entonces él miró bajo la sábana y comprobó que sólo llevaba una toalla enrollada a la cintura. La observó interrogante.

—Ensuciaste la *súbcula*. La tiré por el acantilado y te lavé.

—Lo siento, supongo que no debió resultar muy agradable.

—No tiene importancia. También me ocurrió con mi abuelo.

—De todas formas, gracias. ¿Qué hora es?

—La undécima hora<sup>77</sup>.

—¿Y Filippo y el resto de la familia?

—Les dije que no habías dormido bien y que no nos esperasen hasta la cena.

—Perfecto, muy bien.

Intentó levantarse pero se quedó inmóvil, sentado en la cama durante unos instantes.

—¿Te mareas? Ve poco a poco.

Julio permaneció en esa posición durante un par de minutos sin decir nada.

—Te administré un relajante muscular. Los músculos quedan más débiles, pero eso mismo hace que las convulsiones sean menos fuertes y cedan antes. Mañana ya habrá desaparecido el efecto y te encontrarás como siempre.

Julio reparó en el charco que se encontraba al lado de la cama.

—¿Cómo pudiste subirme hasta la cama?

—Resultó complicado, pero tú me ayudaste un poco.

—Eres más fuerte de lo que parece.

Julia encogió los hombros y esbozó una sonrisa.

—Bebe algo, te sentará bien.

Atia siempre ordenaba que les dejasen en la habitación una jarra con agua y copas por si tenían sed. Julia se acercó a él con la jarra y una de las copas, la llenó y se la ofreció.

Él la apuró de un trago.

—¡Dame más!

Ella volvió a llenarla y luego se la entregó.

—¿Te sigues mareando?

Negó con la cabeza.

Julia rebuscó en su baúl y le lanzó una *súbcula* limpia mientras comentaba:

—La túnica la tienes a tu lado, no conseguí ponértela.

Ella le dio la espalda para dirigirse a su propio baúl. Tomó el cepillo y comenzó a hacerse una cola de caballo. Ya estaba cansada de llevar peinados complicados. Para cuando terminó él ya se había vestido pero continuaba en la cama apoyándose sobre los brazos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Podemos quedarnos más tiempo en la habitación si lo necesitas.

—No, no hace falta. Vayamos ya.

Se levantó.

Ella acudió corriendo a su lado por si se mareaba.



—Tranquila, estoy bien.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó Julia levantando las manos.

Julio se dirigió hacia la puerta, la abrió y dejó que ella saliera. Caminaron hasta el *triclinium* en silencio. Julio tenía mala cara, sin embargo, en cuanto llegaron al comedor ésta se transformó y a ella asomó una amplia sonrisa.

—Hola a todos. Tenéis que disculparnos. Hemos sido de lo más descorteses.

Y aparentando caminar lleno de energía se dirigió hacia su *triclinium*. Julia le siguió discretamente sin decir nada, pero al llegar a la altura de Atia la miró y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa, luego Julia se reclinó en el *triclinium* al lado de él.

—Espero que hayas descansado. *Dulce est desipere in loco*<sup>78</sup> —comentó Filipo.

—Pues sí, pues sí. Da gusto poder tomarse un día tranquilo para recuperar fuerzas. No recuerdo cuando fue la última vez.

—Que yo recuerde... Nunca.

—Será el ambiente de la bahía.

—Sí, será eso. Tampoco te has afeitado —comentó Filipo sonriendo maliciosamente—. Creo que es la primera vez que te veo sin afeitarte. ¿Deseas que luego te envíe a mi barbero? —añadió irónico.

—No, no será necesario. Ya me afeitaré mañana —contestó Julio serio y luego para cambiar de tema añadió—. ¿Y que habéis hecho vosotros hoy?

—Nos hemos ido a montar a caballo. Un futuro *magister equitum* debe entrenar todo lo que pueda —afirmó Filipo dirigiendo la cabeza hacia Octavio.

Este esbozó una sonrisa forzada.

—No te preocupes Octavio. Tenemos que hablar con calma sobre lo que espero de un *magister equitum* —declaró Julio.

Octavio asintió.

—Atia se quedó aquí organizando la locura de toda la gente que has traído —añadió Filipo.

—Lamento no haberte ayudado —se disculpó Julia sintiéndose culpable.

Atia meneó la cabeza hacia los lados quitándole importancia.

—Disculpad, sé que es una invasión —añadió Julio.

—Esta vez no te has traído a ninguno de tus escribas ¿No vas a redactar nada? ¿Ni siquiera una carta? —preguntó Filipo.

—Me he organizado de otra manera.

—También vino Balbo. Necesita hablar contigo sobre un tema.

—Sí, sí, teníamos que dejar cerradas un par de cosas. Mañana sacaré tiempo para reunirme con él —comentó Julio en tono impaciente.

—¿Sobre Hispania? —preguntó Octavio.

Entonces Julio dejó de contener todo el malestar que sentía.

—No voy a tolerar que, con lo que me costó pacificarla después de la guerra civil, haya levantamientos porque el gobernador sea un corrupto. Casi morimos todos en la batalla de Munda, contra los restos de las tropas de Pompeyo. No le confié una provincia, que debería ir como la seda, para que él lo estropease todo con sus trapicheos. Quinto Casio Longino se merecía que le hubiese ejecutado no sólo por ladrón, sino por casi causar una insurrección —concluyó Julio con un tono de voz inusualmente elevado y duro para él —se quedó callado y comprobó que todos le estaban observando de forma extraña —. Disculpadme. Simplemente voy a asegurarme con Balbo de que el nuevo gobernador sea lo suficientemente justo y juicioso como para no crear problemas donde no los hay.

Ya habían llegado a los postres.

—¿Podría estar presente en esa reunión? —preguntó Octavio.

—Sí, sí que puedes.

En ese momento Julio se levantó y concluyó:

—Muchísimas gracias por la cena. Ha estado deliciosa pero ya nos tenemos que retirar.

—¿Ni siquiera te vas a quedar a la *comissatio*? —se extrañó Filipo.

—Hoy no, ya disfrutaremos de una buena *comissatio* mañana.

Julia también se despidió.

—Hasta mañana.

Cuando se fueron Filipo preguntó.

—¿He dicho algo que le haya ofendido? ¿Habrá sido por lo de la barba? Siempre ha sido muy puntilloso con su aspecto físico.

Atia encogió los hombros con gesto de no entender nada.

—¡Bah! Ya se le pasará. Los enfados nunca le duran mucho.

Octavio les contempló mientras se alejaban y permaneció cavilando.

Ellos dos caminaron hasta el dormitorio sin cruzar ni una palabra. Al llegar, él se quitó la túnica y se sentó en la cama apoyándose con ambas manos.

—Menos mal que ya todo terminó. Me va a estallar la cabeza —murmuró

más para sí mismo que para ella.

Y sin añadir nada más se puso a dormir.

## POMPEYA

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*: Pompeya: Ciudad romana de la región de Campania que fue destruida por la erupción del monte Vesubio que tuvo lugar el 24 de agosto del 79 d.C. Sus ruinas fueron descubiertas en el año 1748. Las excavaciones que han tenido lugar en Pompeya y Herculano, y su excepcional estado de conservación, nos han dejado múltiples testimonios del modo de vida de la gente corriente de la época. Entre ellos destacan numerosos grafitis sobre temas variados, desde declaraciones amorosas, críticas por las estafas que realizaba el dueño de alguna taberna o comentarios escatológicos. El 21 de diciembre del 45 a.C. Cayo Julio César junto con su familia visitaron la ciudad de Pompeya con fines...

\*

A la mañana siguiente le despertó una voz.

—¿Pero todavía durmiendo? ¡Arriba!

Julia se sentó en la cama instintivamente mientras abría los ojos.

Era Julio entrando por la puerta. Ya se había cambiado y afeitado. Acabó de acceder a la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—¿Cuánto llevas levantado? —preguntó Julia parpadeando para recuperar la visión.

—Un par de horas. Creo que ayer no fui demasiado agradable, a pesar de cómo te portaste, y he organizado algo para compensártelo.

—¿Eh? —dijo Julia frotándose los ojos.

—Ya te han preparado el baño y después de desayunar saldremos.

—¿A dónde?

—Hoy es nuestro último día aquí. Te prometí que te llevaría a Pompeya, ¿no? Pues luego iremos a Pompeya.

—¿Pompeya? —preguntó Julia sonriendo.

—Pompeya —contestó Julio.

Fueron los cinco. Ellos tres a caballo y Julia y Atia en una litera. Julia habría dado lo que fuera por ir a caballo, pero también le apetecía hablar con Atia.

—Siento mucho no haber pasado más tiempo contigo con todo el trabajo que ha supuesto nuestra visita. Discúlpame.

—No te preocupes Julia. Además, ya sé que no ha sido culpa tuya sino del mandamás.

—Hoy será mi último... Nuestro último día aquí. ¿Podríamos pasar la

tarde juntas?

—Claro que sí. Te enseñaré la finca mientras ellos estén con la *comissatio*.

—Perfecto —luego dirigió el tema hacia Octavio para poder recabar más información de primerísima mano sobre él—. Debes sentirte muy orgullosa de tu hijo. Es un joven realmente extraordinario.

—Siempre ha sido muy inteligente, pero a veces me gustaría que fuese un poco menos serio y suspicaz. Como a él no tengo que insistirle en que sea más responsable, lo que le digo es que se relaje y disfrute un poco más de la vida. El único disgusto que me da es que su salud no es tan fuerte como debiera.

—Yo estoy convencida de que no debes preocuparte por eso. Le irá muy bien, ya lo verás.

—Eso espero. Perder a su padre tan pequeño fue un golpe muy doloroso. Supongo que en parte por eso es tan maduro.

—Seguramente. Julio pasó por lo mismo.

—Sí, pero es bastante más abierto. A cada hijo hay que educarle de forma diferente, ya lo comprobarás. Octavia es mucho más alegre y divertida, aunque también es muy responsable y siempre cumple con su deber.

—Tengo entendido que Octavio la quiere mucho.

—La adora. Es casi devoción. Creo que es la persona a la que más quiere del mundo. A veces me siento un poco celosa.

—Octavia es preciosa. Octavio también es muy guapo.

—Sí, pero quizás con rasgos demasiado femeninos como para que le tomen en serio en esa jungla que es la vida política de Roma.

—Algo me dice que sabrá moverse bien.

—Eso espero. Partir ahora con Julio en la campaña contra Partia resultará muy positivo para su futuro político, pero como madre no me gusta nada que se vaya a la guerra. La verdad es que aunque no se lo he confesado para no entristecerle, sé que lo pasaré muy mal. Bueno, supongo que igual que tú.

«Nunca se producirá esa guerra. Cuántas veces en la vida nos angustiamos por problemas que nunca llegan a producirse... Y el resto del tiempo sufrimos pensando en cosas que son irremediables».

—Lo siento Julia, ¿te he entristecido?

—No pensemos en la guerra, centrémonos tan sólo en el hoy.

—Está bien, disfrutemos de Pompeya. Es preciosa, te va a encantar.

—Ya lo sé. Estoy impaciente por verla tal y como es ahora... Quiero decir, que como me han hablado tanto de ella...

—Es una ciudad muy rica porque los cultivos son muy buenos. Este terreno resulta ideal para las vides, como las que cultivamos nosotros. Es por esta tierra rojiza, no sé lo que tendrá pero da unos resultados excelentes. Mira por la ventana qué belleza de viñedos. También se crían ovejas que producen una lana extraordinaria.

Julia abrió las cortinillas para que ambas contemplasen el paisaje. Un campo de vides se abría ante ellas. Estaban a punto de entrar en Pompeya por la vía del sudeste que discurría por delante del Anfiteatro.

—Ya estamos llegando —comentó Atia—. Es bonita pero demasiado concurrida para mi gusto. Aquí habitan casi veinte mil personas, aunque comparada con Roma podría considerársela casi desértica.

En ese momento la litera se detuvo bruscamente. Julia saltó fuera de ella llena de emoción. Atia la siguió más lentamente.

—¡Que ímpetu! Sí que tienes ganas de visitarla.

Julia la miró a los ojos sonriendo.

Filipo, Octavio y Julio se acercaron.

—Bueno, por si nos encontrásemos con algún conocido, decid que sólo somos dos amigos que están de visita. Ya tendré suficientes compromisos a partir de pasado mañana en Roma. Hoy no me apetece que me soliciten demandas ni me cuenten problemas —resolvió Julio.

—Yo también lo prefiero. Si no, estaríamos todo el rato esperando a que acabases de cerrar tus temas y no avanzaríamos nada —contestó Filippo.

—¿Y si alguien te reconociese? —preguntó Octavio.

—En ese caso no nos quedaría más remedio que...

Mientras acababan de hablar, Julia se adelantó hacia la que en el futuro se conocería como la Vía de la Abundancia. Cerró los ojos y la evocó vacía y en ruinas como la recordaba en el futuro. Volvió a abrirlos y contempló la calle rebosante de gente atareada desplazándose de un lugar a otro y con unos edificios lustrosos que competían en belleza y cuidados. Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, permaneció inmóvil, en medio de la calle, con una sonrisa en su cara mientras todo el mundo circulaba a su alrededor.

Salió del trance cuando escuchó un insulto.

—*Edepol!* ¡Que te apartes!

Entonces reparó en que un carro se aproximaba a toda velocidad hacia donde se encontraba ella detenida. Subió a la acera de un salto y el conductor del carro continuó circulando tras dirigirle otro insulto. Al poco llegó Atia corriendo.

—Pero Julia, por favor, ten cuidado. Esto no es Hispania, aquí cada día muere gente atropellada.

—Lo siento. Es todo tan impresionantemente bello que me distraje.

—No te separes de mí, es tu primera vez aquí —recomendó Atia—. Podrías perderte.

—Sí, será lo mejor —contestó Julia mientras visualizaba una imagen mental del plano exacto de Pompeya con todas sus casas y avenidas.

En ese momento llegó Filippo.

—¿Por qué os habéis adelantado?

—¿Por qué os habéis retrasado vosotros? —repuso Atia.

Entonces se les unieron Octavio y Julio que comentó:

—Bueno, este es el plan. Ahora vamos a comer algo, luego iremos a las termas y después al teatro. Me han comentado que hoy representan una tragedia de Eurípides —concluyó Julio.

—Parece que lo tienes todo organizado. ¡Qué raro tratándose de ti! Pero el lugar para comer lo voy a elegir yo. Se encuentra en esta calle, es modesto pero discreto y sirven unos manjares realmente deliciosos —resolvió Filippo.

—Cualquier cosa estará bien —contestó Julio.

—Tu despreocupación por la comida resulta completamente irritante, casi roza lo insultante.

—No ha sido mi intención ser descortés. Acepta mis disculpas.

—Ya sé que no puedes evitarlo. Cambiemos de tema, te van a encantar las nuevas termas...

Se alejaron mientras charlaban. Atia se aproximó a Octavio con la intención de sermonearle.

—Tenemos que comprarte más ropa para cuando salgas hacia Partia.

—Ya me he encargado yo de eso.

—Yo conozco dónde venden la mejor. Es importante que lleves suficiente ropa de abrigo y algún *sagum* que sea impermeable...

—Ya tengo mamá.

—Grecia en enero puede resultar muy fría.

—Si los demás pueden soportarlo yo también.

A Julia le divirtió mucho ser testigo de cómo el futuro emperador Augusto era aleccionado por su madre. Sin embargo, se fue rezagando a propósito para realizar algo no del todo correcto.

Debían encontrarse cerca de la casa del fauno, y sí ya estaba construida, con toda seguridad sabía que permanecería en pie cuando el Vesubio

explosionase. Llegó hasta su puerta y oteó hacia delante mientras los otros cuatro caminaban sin percatarse de que ella había desaparecido.

¡Era su ocasión!

Tomó una piedra del suelo e inspeccionó la pared decidiendo cual le parecía el lugar más discreto. Se fijó en una pequeña esquina en la zona norte, dobló la espalda y casi a la altura del suelo comenzó a garabatear.

Al cabo de menos de un minuto oyó una voz. Era él.

—¿Julia? ¿Julia?

Se afanó por acabar rápido. De repente le volvió a oír aunque esta vez resultaba obvio que estaba más cerca.

—¿Pero qué estás haciendo?

Julio se agachó a su lado.

—¿Estás escribiendo un *grafiti*?

Le asió la mano con la que escribía pero ella acababa de finalizar. Julio leyó lo que había escrito.

—*Iulia hic fuit*<sup>79</sup>. ¿Pero estás loca? ¡Las únicas mujeres que se llaman Julia en toda Italia son las de la familia! Hay que borrarlo ahora mismo —le quitó la piedra de la mano y comenzó a garabatear—. ¡Serás gamberra!

—No, no lo entiendes. Yo he trabajado aquí, conozco absolutamente todos los *grafitis* de Pompeya y cuando los leía siempre pensaba en quién los habría escrito, cómo sería esa persona, con quién estaría, qué habría hecho ese día — Julio se había quedado inmóvil aunque sin girar la vista hacia ella—. Y sé que cuando vuelva aquí dentro de tres meses... Dos mil años y tres meses, y contemple este *grafiti*, me veré a mí misma en este momento y por eso sé que nunca podré olvidar este día.

Julio permaneció inmóvil durante unos instantes después de que ella terminase de hablar, pero luego sacudió la cabeza en señal de negación y sentenció:

—No permitiré que dejes aquí el nombre de Julia.

Continuó garabateando sobre la pared. Al terminar dirigió su vista hacia ella y comentó:

—Sin embargo, mi nombre es mucho más frecuente.

Cuando se levantó, ella comprobó que había tachado su nombre pero en su lugar había escrito el suyo. Lo que ahora decía la inscripción era: «Gaius hic fuit»<sup>80</sup>.

Mientras se sacudía las manos preguntó:

—¿Te vale así?



Julia sonrió.

—Es casi hasta mejor.

Se dirigieron hacia la *tabernae* donde les esperaban los demás.

—¡Si alguien me hubiese reconocido! Yo, que he sido edil encargado de las obras públicas de la ciudad de Roma, escribiendo *grafitis*. Eres una mala influencia. Es lo que tiene estar casado con alguien de moral turbia.

Ella se rio.

—Pues hablando de moral turbia, por ahí se va al burdel —informó mientras señalaba con la cabeza hacia una callejuela—. Será el edificio de Pompeya más visitado por los turistas en el siglo XXI.

Julio reflexionó sobre ello durante unos instantes, luego con un esbozo de sonrisa afirmó.

—Seguro que ahora también lo es.

Habían llegado a la *tabernae*. Julia la contempló con disgusto.

—¿Vamos a comer aquí? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—No te la recomiendo. El dueño le echa agua al vino.

Julio la observó asombrado.

—¡No es posible que sepas algo así!

—Pero eso será dentro de más de cien años —prosiguió Julia—. Puede que el propietario actual sea honrado.

Él permaneció examinándola durante unos segundos más, luego preguntó.

—¿Entonces entramos? —le mostró la puerta con el brazo.

Julia accedió al interior de la *tabernae* y él la siguió.

En cuanto se internó en ella, Julia sintió una increíble sensación de *dejá vú*. En la pared de la derecha, nada más entrar se hallaba una imagen de las divinidades titulares de la taberna. El mostrador, inmenso para la época, presentaba empotradas en él unas tinajas de barro donde almacenaban la comida. Hacia el interior se encontraba el espacio para las mesas de los comensales. En esa zona también se ubicaba una escalera con acceso a las habitaciones superiores que se podían alquilar para cualquier tipo de fin. Al fondo divisó a Filippo, Atia y Octavio ya sentados en torno a una modesta mesa.

—Disculpadme, me había perdido.

Se sentó al lado de Atia y ésta le dijo por lo bajo:

—¿Pero qué te había dicho?

—Lo siento, todo es tan bello que me distraje. Además Octavio y tú

necesitabais hablar a solas.

—¿Y si Julio no te hubiese encontrado? No te imaginas lo peligroso que resulta, para una mujer sola, perderse por ciertos lugares de Pompeya. ¡Ten cuidado!

—Está bien. A partir de ahora no me separaré de ti.

—Luego acudiremos a las termas.

—Estoy deseándolo. ¿Sabes que nunca he estado en unas termas? Y tampoco he ido al teatro. Por supuesto he leído muchas obras pero nunca tuve la oportunidad de ir.

—¡Lógico! Entre la boda, tu enfermedad y este viaje no has tenido mucho tiempo de llevar una vida normal. Pero no te preocupes, en Roma ya remediaremos eso.

—¿Cuándo volverás a Roma? ¿Con nosotros?

—No, permaneceremos aquí una semana más, a no ser que Julio ordene a Octavio que le acompañe inmediatamente.

—No me ha comentado nada sobre eso.

—Pues seguro que nos quedaremos una semana más.

Entonces Julio anunció dirigiéndose a todos.

—Por cierto, tengo una buena noticia que daros y creo que este es el mejor momento. Como sabéis la nueva *Lex Cassia* me da el poder del *adlectio*, y con ello la posibilidad de decidir que algunos plebeyos se conviertan en patricios, por lo que... —se giró hacia Octavio y añadió—. Vas a ser patricio, Octavio.

Octavio le miró con los ojos abiertos de forma descomunal.

—Muchísimas gracias, es un gran honor. No te decepcionaré, siempre podrás contar conmigo.

—Es el lugar que te corresponde, por línea materna eres tan Julio como yo. Tu categoría natural es la de patricio.

—Siempre te seré leal.

Julio le sonrió. En ese momento los camareros empezaron a traer la comida.

—Disculpados —se excusó Filippo dirigiéndose a Julio—, pero hemos pedido mientras estabais fuera. Di por supuesto que no querías tomar algo en concreto.

—¡Bah! Cualquier cosa estará bien.

—A veces pienso que no tienes paladar.

Julio sonrió.

—Si hubieses estado tantos años en la guerra como yo te habrías

acostumbrado a no darle importancia al tipo de comida. Una vez en Grecia, cerca de Dyrrachium, entre batalla y batalla contra Pompeyo, como nos quedamos sin provisiones, acabamos tomando una torta que hacíamos con una raíz llamada Cara, que aunque tenía un aspecto repugnante al final nos acabó sabiendo a gloria. La necesidad enseña mucho sobre lo que es verdaderamente importante en la vida.

—Pues en esta ocasión llévate bastantes provisiones, por favor. Mi hijo ya está bastante delgado —reclamó Atia.

—Comeré lo que haya y punto —cortó Octavio.

Julio añadió.

—Si lo hay... —entonces sonrió—. Es broma, un buen general nunca puede permitir que su ejército se muera de hambre. Lo de Dyrrachium fue una situación extrema.

—Hablemos de cosas más agradables. ¿Qué planes tienes hasta que vayas a Partia? —preguntó Filipo.

—¿Y eso es agradable? Estas han sido mis últimas vacaciones, no volveré a salir de Roma. Estaré allí todo el rato escuchando las quejas de todos los que querrán beneficiarse aún más tras la guerra civil y las críticas del Senado. Que si soy demasiado duro, que si soy demasiado blando, que si quiero organizarlo todo, que si hay demasiadas cosas pendientes de organizar... Me parece más atractiva la idea de irme a la guerra —Julio empezó a reírse solo.

—Yo creo que has sido demasiado blando —aseguró Octavio y todos se quedaron súbitamente callados.

—Octavio, por favor —murmuró Atia.

—No, está bien —le interrumpió Julio—. ¿Por qué lo crees Octavio?

—No sólo has perdonado a cualquiera que luchó contra ti y lo solicitase sin pararte a considerar si son de fiar o no, sino que a muchos hasta les has concedido el mando de provincias como a Marco Junio Bruto y a Cayo Casio Longino.

—La guerra civil fue una cuestión de principios.

—De principios y de poder.

Julio sonrió.

—De principios y de poder, pero no voy a ejecutar a nadie por defender lo que consideran que es la República. *Perpetuo vincit qui utitur clementia*<sup>81</sup>. Además, no es una política inteligente sembrar tanto rencor, hemos de aprender de los errores de Sila.

—Sila murió anciano en su cama. Simplemente me preocupo por ti.

—Lo sé y lo aprecio, pero sólo les ejecutaré por traición si incumplen lo que prometieron.

—Tal vez para entonces sea tarde.

—Estaré preparado.

—Si hay alguien que siempre está preparado ante cualquier eventualidad eres tú. *Semper paratus*<sup>82</sup>. Que así sea —concluyó Octavio levantando su vaso.

—Así será —afirmó Julio levantando el suyo y Octavio asintió.

Atia intervino molesta.

—De todas formas, tu comentario de que deseas que empiece la guerra resulta un poco ofensivo para nosotras. Yo dentro de poco me separaré de mi hijo y tú estás recién casado.

Julio permaneció en silencio durante unos segundos luego se dirigió hacia Julia.

—Lo siento querida, no me he expresado correctamente —comentó contemplándola con cara de circunstancias—. Por supuesto, será muy duro separarme de ti.

Julia le miró con la cara seria y afligida y contestó:

—Entiendo perfectamente que tengas que cumplir con tus obligaciones y, por supuesto, siempre te apoyaré en todas las decisiones que tomes, aunque también resulten tan duras para mí.

Julio contestó asintiendo con expresión grave.

—Por supuesto —luego se dirigió sonriendo a los demás y añadió—. ¿Veis que suerte tengo?

Siguieron comiendo mientras Julia pensaba:

«Y los Oscar al mejor actor y actriz protagonistas son para...».

Posteriormente se dirigieron a las termas cercanas al foro. Atia y ella se separaron de los demás y entraron en las dependencias de las mujeres. Julia había estado allí miles de veces, pero las termas que recordaba se parecían al lugar donde se encontraba como un canto rodado a un diamante. En primer lugar pasaron al *apodyterium* o vestuario. Habría sólo en esa habitación cerca de veinte mujeres. Ahí se quitaron la ropa y se enrollaron con una tela similar a una toalla que les entregó una esclava. Pasaron al *frigidarium*, el lugar donde se quitaron la toalla y se dieron el primer baño frío. Tras el chapuzón que se dio en el mar un par de días antes, el *frigidarium* le pareció hasta cálido. Luego avanzaron al *trepidarium* o baño templado y para terminar se encaminaron hacia la estancia del fondo y más exquisita de todas, la llamada

*caldarium* o zona de baños calientes. La pila de mármol que estaba a la izquierda de la entrada se hallaba reluciente y exhibía toda la belleza que sólo se podía intuir en las ruinas de más de veinte siglos después. Atia y Julia se dirigieron hacia la derecha de la habitación donde se encontraba la enorme bañera y se introdujeron en ella.

—¡Esto es fantástico! —exclamó Julia.

—A mí no creas que me gustan mucho, prefiero asearme en casa, allí lo tengo todo mucho más controlado... Ya me entiendes. Lo bueno de las termas es que te encuentras y te relacionas con mucha gente. Si no fuese porque Julio está de incógnito te aseguro que él y Filippo ya estarían cerrando temas con otras personas.

—¿Y tú?

—No suelo venir a las termas. Cuando viajo a Pompeya es sobre todo para ir de compras. Si quieres luego te puedo llevar a una *tabernae* de vestidos.

—Muchas gracias, pero ya tengo todos los que necesito —contestó Julia pensando en que sólo iba a ponérselos durante dos meses y medio más.

—Querida —intervino Atia con una sonrisa de conmiseración—, nunca se tienen todos los vestidos que se necesitan.

Julia se rio recordando que cuando viajaba, con una falda, un vestido, unos tejanos y diez camisetas siempre tenía más que suficiente.

—En serio, que sí.

—En serio que no. Puede que a ti te lo parezca, pero te criticarán si no vas perfecta. Luego te llevaré. Está cerca, en una avenida amplia y segura.

Julia encogió los hombros impotente. Le caía muy bien Atia y le estaba muy agradecida por todo lo que le había enseñado, pero sentía mucha más afinidad por Quinctilia, con ella se encontraba casi como en casa. Atia era perfecta para esa época pero... No era su época. Mientras estaba dándole vueltas a todo ello volvió a oír la voz de Atia.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro.

—Tienes los dientes más bonitos que he visto en mi vida. Y además no te falta ninguno. ¿Cuál es el secreto?

«Ortodoncia y una buena higiene dental».

Julia encogió los hombros.

—No lo sé. Puede que fuera por el agua de Hispania.

—Ordenaré que me envíen varias ánforas en el próximo navío.

Julia asintió mientras evitaba su mirada.

Cuando salieron Julia se sentía renovada, pero resultaba tanto o más cómodo bañarse en su propia casa del siglo XXI y por supuesto mucho más higiénico.

Comprobó que Atia estaba mirando a su alrededor.

—Como siempre, vamos a tener que esperarles.

—Ja, ja, ja. En mi época suele ser al re... En Hispania los hombres siempre se bañaban más rápido que las mujeres.

—¿Teníais termas? ¿No me habías dicho que no?

—Era una muy pequeña, insignificante, nada que ver con las romanas.

—Tú, como sacerdotisa del dios, tendrías siempre prioridad.

—Por supuesto.

En ese momento salieron ellos.

—Tenemos que comprar algunas cosas —comentó Atia—. ¿Nos vemos luego a la entrada del teatro?

—Perfecto —contestó Filippo.

Julio observó a Julia en señal de advertencia y ella asintió.

Las dos pasaron cerca de una hora en la tienda. Atia eligió cuatro telas y solicitó que le confeccionasen otros tantos vestidos.

—Ahora te toca a ti. Deberías encargarte uno de esta tela púrpura —propuso a Julia.

—No lo considero apropiado. El púrpura es el color de los reyes.

—Por eso mismo. Julio últimamente no cesa de usarlo.

Exacto y acabarán matándole por forzar demasiado la situación. No debo incrementar las suspicacias, podrían asesinarle antes de tiempo.

—La que me encanta es esa de color azul —Julia la cogió y se la colocó por encima—. De todas formas partimos mañana, no dará tiempo a que lo tengan listo.

—Claro que no, pero yo lo recogeré y te lo llevaré a Roma. ¿Podrías tomarle medidas para un vestido con esta tela? —ordenó Atia dirigiéndose a la modista.

—Por supuesto —contestó y se dispuso a tomar medidas a Julia mientras ésta pensaba en lo que habría aprovechado todo ese tiempo paseando por Pompeya.

Cuando terminaron se dirigieron al teatro donde les esperaban los demás.

—¡Sí que habéis tardado! —exclamó Filippo.

—Para una vez que esperáis vosotros no os quejéis. ¿Entramos? —zanjó Atia.

Julio y Julia pasaron antes.

—¿Te has divertido? —preguntó Julio.

—Visitar Pompeya en esta época es un sueño para alguien como yo.

Cuando llegaron a las localidades situadas en primera fila, Julio se acomodó en una de ellas. Julia por el contrario se despidió de él diciendo.

—Hasta luego —y se dirigió hacia las escaleras para continuar subiendo hasta las últimas filas donde se ubicaban los asientos correspondientes a las clases más modestas, los esclavos y las mujeres.

—¿Pero a dónde te vas? —preguntó Julio sorprendido.

—Arriba, con las mujeres.

Julio se echó a reír.

—¿Pero serás tonta? Anda ven —y le dio dos palmadas al asiento que se encontraba junto al suyo.

—¿Las mujeres pueden sentarse tan cerca de escenario?

—No, salvo algunas excepciones como por ejemplo las vestales y las esposas de los senadores. Filipo les ha dicho que soy Lucio. Anda ven.

Se sentó a su lado y al de ella se acomodaron los demás. Julia se quedó contemplando con tristeza como el resto de mujeres subían hasta las filas superiores. Pensó en lo intolerable que le parecía el machismo del siglo XXI, pero por mucho que faltase por hacer, en esos momentos le resultó obvio todo lo que habían avanzado. Desde su perspectiva era increíble que tanta discriminación se considerase aceptable.

Pasados unos segundos le preguntó a Julio.

—¿Qué obra van a representar?

—*Alceste*.

—¿*Alceste*? ¿*Alceste* de Eurípides?

—Una obra preciosa.

—Sí, la conozco.

—¿Y por qué lo dices como si no te gustase?

—No, si sí que me encanta. Me hace mucha ilusión verla —contestó Julia pensando en lo poco apropiada que iba a resultar esa obra para la situación que estaba viviendo.

—Muy bien, disfrutémosla. De todas formas el viaje de vuelta no nos va a salir gratis, a cambio del día de hoy tendré que dictarte cartas casi todo el trayecto. No puedo estar tres días sin hacer nada, y esta tarde tendré que dedicarme en exclusiva a la reunión con Balbo.

—Sí claro, trabajaré todo lo que consideres necesario sin problemas.

¿Cuántas cartas?

—Cien o así.

—Tampoco son tantas. Las acabaremos rápido.

—Entre lo rápido que dicto yo y lo veloz que escribes tú, seguro que sí.

—Cuenta con ello. Después del día de hoy te lo has ganado.

En ese momento salió un actor vestido de mujer a escena y comenzó la obra sobre como Admete, rey de Tesalia, iba a morir porque su destino así estaba determinado por los dioses, a no ser que alguien se sacrificase y muriese voluntariamente en su lugar. Su esposa, Alceste, decidió hacerlo por él y los dioses lo aceptaron. Alceste murió, pero Hércules enterado del sacrificio y el valor de Alceste acudió al mundo de los muertos. Tras negociar con Hades para liberarla, divisó al fantasma de Alceste flotando en el inframundo en medio de la nada. Le asió por el brazo rescatándola y la devolvió sana y salva con su marido.

Cuando la obra terminó Julia se giró para contemplar a Julio que estaba aplaudiendo con una sonrisa.

«Lo siento Julio, pero en el mundo de las paradojas temporales no existe ningún Hércules que me acabase salvando».

Julio estuvo cerca de tres horas, hasta la tercera vigilia<sup>83</sup>, reunido con Balbo y Octavio. Determinó quién sería el nuevo gobernador y decidió redactar cartas a todas las personalidades de Hispania para asegurarse de que fuese aceptado, pero también con el objetivo de que él mismo recibiría información puntual sobre todo lo que no se ajustase a lo que se esperaba de él.

Se despidió de Balbo y Octavio y volvió a sentarse para releer los informes que Balbo había traído. Este salió de la habitación, Octavio por el contrario permaneció remoloneando a propósito, mientras fingía admirar una figurita que tenía entre sus manos. Julio seguía concentrado en los documentos y no tuvo conciencia de su presencia. En ese momento mientras seguía contemplando la figura Octavio comentó:

—Debes quererla mucho como para haber obligado al primo Lucio a reconocerla como su hija.

Julio levantó la vista y permaneció observándole serio.

—¿Qué es lo que pretendes Octavio?

—Asegurarme de que no resulta un peligro para todo lo que proyectas.

—¿Qué te hace pensar eso?



—¡Oh vamos! Casi todo lo que sale de su boca es una sarta de mentiras. Seguro que nunca ha estado en Hispania y ni mucho menos ha sido una sacerdotisa de los dioses. Por lo general eres muy bueno juzgando a las personas, pero tienes un terrible defecto, estás ciego cuando se trata de gente a la que aprecias, como por ejemplo Marco Junio Bruto y su cuñado Casio. Como sientes un afecto inexplicable hacia Bruto les has perdonado y concedido de todo, aunque tampoco sean de fiar. Pero volviendo a Julia, está claro que es una extranjera, sí, ¿pero de dónde? ¿Cómo estás seguro de que ella te quiere a ti? Y más importante aún ¿te es leal? Puede que sea una espía de Partia.

Al oír esto último Julio se echó a reír y repitió:

—Una espía de Partia... —siguió riendo. Cuando terminó añadió—. Agradezco mucho tu celo, Octavio. Está bien, lo reconozco, Julia tiene secretos, pero te aseguro que yo los conozco y no sólo no suponen ningún problema, sino que hasta me gustan y son lo que la hace tan valiosa. Si todo esto es suficiente para mí también debe serlo para ti.

—¿Cómo sabes que no te está manipulando?

—Primero, porque nunca nadie lo ha conseguido y segundo, porque tengo clara la relación que tenemos y en eso siempre me ha sido sincera. No quiero que te preocupes más por Julia, te garantizo que está de nuestro lado. Es la última persona de Roma a la que le interesaría causarme algún daño.

—¿Cómo sabes quién es? Además tenéis una relación muy extraña. Vuestras acciones me dicen una cosa, pero vuestra actitud otra completamente distinta. Lo entendería si se tratase de algo puramente físico, pero entonces no tendría sentido tu insistencia en casarte con ella.

—Ten cuidado Octavio. Mi vida privada es sólo cosa mía. Te recomiendo que elijas muy bien tus palabras a partir de ahora.

—Discúlpame, pero no entiendo cómo puedes estar tan seguro de ella.

—¡Ya basta! Tengo pruebas de quién es y todo está bien. No sigas dudando de Julia, te equivocarías. Dedica tu tiempo y energías a preocuparte por descubrir quiénes son mis verdaderos enemigos.

—Por supuesto, si así lo quieres.

—Sí, así lo quiero. Y también deseo algo más. Ayuda a Julia. Me interesa mucho tenerla contenta. Cuéntale lo que piensas sobre la gente. Pasa más tiempo con ella.

—No creo que le apetezca demasiado.

—Todo lo contrario, siempre ha hablado muy bien de ti y creo que puede

aprender mucho a tu lado. Pero sin trampas. Puede tener para nosotros mucha más importancia de la que puedas suponer. Ten claro que no pienso renunciar a ella porque es única y que cualquier conclusión a la que llegues será errónea.

—¿Importancia en qué?

—En la guerra contra Partia.

—¡Me acabas de decir que no es una espía! ¡No tiene sentido! —Julio le dirigió una mirada que le hizo callar inmediatamente. Tras unos segundos prosiguió, cambiando su discurso—. Disculpa. Por supuesto haré lo que desees.

—Tú haz tu parte. Del resto del trabajo me encargaré yo.

Le hizo un gesto con la cabeza indicándole la salida y Octavio dejó la habitación sintiéndose confuso por primera vez en su vida.

Julio llegó al dormitorio muy avanzada la tercera vigilia. Permaneció de pie durante unos minutos contemplando como Julia dormía.

«Claro que tienes tus secretos y yo los conozco todos excepto el futuro inmediato de Roma y el mío propio. Octavio tiene razón sobre una cosa, me cuesta leer a través de ti. Espero que tus secretos no resulten la peor de las mentiras».

Tras quitarse la ropa se metió en la cama al lado de ella. Se giró para mirarla. Su abundante melena caía en cascada sobre la almohada, salvo un mechón que le cruzaba el rostro. Él se lo retiró delicadamente, continuó observándola y se puso a pensar.

Al día siguiente a Julia le despertó una voz que no conocía.

—*Dómina*. El *dómine* me envía para informarte de que ya es la hora de salir.

Abrió los ojos, y contestó:

—Muy bien.

Miró por la ventana. Por supuesto todo estaba oscuro. Debían ser las tres o las cuatro de la madrugada, su hora habitual para salir de viaje. Se colocó un vestido e hizo una cola de caballo. Al salir al pasillo pudo observar el mismo trajín que se había organizado en la *Domus Pública* al partir hacia allí.

Un esclavo que estaba en el pasillo se dirigió a ella y preguntó:

—¿Has terminado, *dómina*?

—Sí.

—¿Podemos entrar para recoger tu equipaje?

—Por supuesto, muchas...

Salieron con este y Julia les siguió. Colocaron su baúl en la misma litera que la había traído en el viaje de ida. Luego volvieron a la habitación y repitieron la operación con el de Julio.

Julia se dispuso a buscar a Atia, Filippo y Octavio para poder despedirse. No les vio por ningún lado así que permaneció en la entrada. Desde ella se podía contemplar toda la explanada delante de la finca con el espectro del Vesubio al fondo recortándose contra el horizonte. La noche era oscura pero la llanura estaba plagada de antorchas que producían una imagen mágica y excitante. En ese momento advirtió que Octavio se dirigía hacia ella.

—Hola Julia.

—Hola, gracias por levantarte tan temprano para despedirnos.

—Es lo mínimo que podía hacer —luego dudó durante unos instantes y añadió—. Quiero pedirte disculpas por si en algún momento he resultado un poco suspicaz. Si he actuado así es porque aprecio mucho a Julio.

—Claro que sí, lo entiendo, pero yo no soy ninguna amenaza, ni para él ni para ti. Me alegro mucho de que Julio te esté concediendo todos esos honores, de verdad.

—Te lo agradezco.

—La verdad es que tu inteligencia los merece. Estoy convencida de que conseguirás grandes logros por ti mismo.

—Es él quien los hace, yo sólo quiero aprender.

—Lo harás, muy rápido y muy bien.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Parte intuición y parte el oírte hablar.

—Te expresas más como un político que como una mujer.

—Estoy casada con él. Supongo que todo se pega.

—No a todo el mundo. Estaré en Roma hasta mediados de enero. ¿Quieres que te visite entonces con mi madre y mi hermana?

—Claro que sí, estaré encantada.

En ese momento llegaron Atia y Filippo.

—¡Por fin te encontramos! Bueno querida, que tengas un buen viaje y hasta la semana que viene.

—Muchas gracias por todo.

Le dio un beso. En ese momento se aproximó Julio corriendo.

—Muchísimas gracias por todo, disculpad la intromisión y hasta la semana que viene.

Después de las despedidas, Julio la acompañó hasta la litera y mientras

ella entraba él se dispuso a dirigirse hacia Génitor, su caballo favorito.

—Julio espera. ¿Y lo de las cartas? ¿Quieres que empecemos ahora?

Él se giró y con una sonrisa le contestó:

—Luego, ya te avisaré. Redactaremos las cartas y hablaremos sobre algo.

Julia le observó extrañada. Él le dio la espalda y volvió a encaminarse hacia Génitor.

El viaje resultó increíblemente aburrido hasta que comenzó a trabajar en el ordenador. Julio le dictó más de ciento cincuenta cartas. Casi la mitad de ellas para Hispania y el resto principalmente para Grecia, el Ponto y Bitinia, que serían los lugares por donde transitaría con el ejército camino de Partia. Al día siguiente, Julia se las dictaría a los escribas de Julio para que él pudiese dedicarse al resto de tareas que tenía pendientes, como la supervisión de la construcción del nuevo foro, la de la basílica Julia, la de un mercado y la de dos enormes bibliotecas, una griega y otra latina, en el corazón de Roma.

Julia estaba concentrada guardando la última de las cartas cuando oyó que Julio le decía:

—Es una pena que tú y yo no podamos acostarnos.

A Julia le dio un vuelco el corazón y le miró súbitamente pensando que no había oído bien. Al comprobar que él la observaba fijamente con un esbozo de sonrisa se dio cuenta de que sí y contestó:

—¿A qué viene eso?

—Sólo afirmo un hecho.

—Pues resulta de lo más incómodo.

—¡Oh vamos! ¿Puedes dormir conmigo durante cuatro noches y esto te parece incómodo?

—Dormir contigo también lo fue.

—Lamento oír eso. A mí me gustó, aunque pudo resultar bastante mejor.

—Aprecio demasiado mi vida, gracias.

—Pues yo pensaba que no te importaba morir... Si pudieses hablarme sobre el futuro sin que murieses por ello, ¿lo harías?

—¿Y qué le sucedería a la gente de dónde vengo? No, tampoco lo haría. De todas formas eres un manipulador increíble. Has estado encantador durante todo el viaje y ahora provocas esta conversación tan extraña, casi de seducción, cuando lo que de verdad deseas es que te hable del futuro.

—No, si lo que quiero son las dos cosas. Me lo paso magníficamente contigo, seguro que sería fantástico —afirmó mirándola fijamente.

—Ya, tendría que haber recordado que tú siempre lo quieres todo en el lote. Pero con cualquiera de esas dos decisiones lo perdería todo. O respeto las leyes del viaje en el tiempo o todo puede acabar para mí.

—Seguro que existe algún tipo de solución intermedia.

—No para un problema así. Tú quieres cambiar el futuro para que pueda beneficiarte y yo bajo ningún concepto debo modificarlo porque me va la vida en ello.

—Eres una chica lista. Seguro que si quisieses encontrarías una solución. ¡Imagínate si pudieses venir conmigo a Partia! Sabría por dónde fuese a llegar cada ataque, los errores del enemigo en batallas futuras, y tú sola serías la mejor red de espionaje que pudiese organizar. Por no hablar además de que me enseñases a construir todos esos artilugios que tienes.

—Sí, y además varios aviones para que atacases al enemigo desde el aire.

—Estaría bien, sí.

—Ni siquiera sería necesario que te llevases a ningún legionario. Yo sola con una bomba podría eliminar a todo el ejército parto.

—¿No tendría ni una sola baja? No sé lo que es una bomba pero suena maravillosamente bien —seguidamente añadió con una sonrisa encantadora—. ¿Ves cómo nos entendemos?

—¿Y en ese mundo hipotético e irreal que ganaría yo a cambio?

—A mí.

—¡Desde luego lo tuyo es la modestia! —Julia hizo una pausa mientras esbozaba una sonrisa de desencanto para sí misma—. Sólo te he seguido el juego para saber hasta dónde eras capaz de llegar.

—Sé un poco inteligente. Es una solución muy buena. Nos lo pasamos muy bien juntos, al menos para mí sí que ha sido así, te lo digo con toda sinceridad. Además soy el hombre más poderoso de Roma, el país más importante del mundo. Y si tú estás a mi lado tengo garantizado que podré expandir sus fronteras mucho más allá de donde llegó Alejandro. Para nosotros dos juntos no habría límites.

—¿Y qué hay con lo de nada en demasía?

—Cicerón tiene la misma iniciativa que una vieja. Sé un poco ambiciosa.

—Ya estoy casada contigo. ¿Qué más iba a conseguir?

—Sólo seguirás casada conmigo durante dos meses y medio más. Si te quedases te garantizo que resultaría fascinante comprobar cómo nuestros proyectos se van cumpliendo. Además, a nadie le sienta mal un poco de diversión.

Julia dejó escapar una sonrisa mientras sacudía la cabeza.

—Lo tuyo es increíble. Ya podré divertirme, como tú dices, cuando todo esto acabe y vuelva a mi tiempo.

Julio bruscamente se puso serio y sentenció:

—De momento sigues casada conmigo así que ten mucho cuidado con lo que dices.

—¿Y qué hay de Cleopatra?

—El trono que tiene se lo di yo a ella. Me atrae mucho más lo que puedes ofrecerme tú.

—¡Eres aún más sinvergüenza de lo que suponía!

—¿Pero de qué te quejas? ¡Lo estoy haciendo a tu manera! Yo también estoy cediendo en algo. Además, las mujeres de moral turbia soléis resultar bastante poco escrupulosas. En el supuesto de que me compensase no habría otras, como tú querías.

—¿Cómo yo quería? Seguro que crees que estoy entusiasmada con tu propuesta pero el futuro no se puede modificar sin que toda la gente que vive en él, incluida yo, desaparezca. Así que no tiene sentido dedicarle ni una palabra más a este tema.

—No te preocupes, no pienso hacerlo. *Verbum sapienti satis est. Dixi*<sup>84</sup>. No hace falta decir más. Ya lo tienes en tu cabeza, pensarás sobre ello y encontrarás una solución. No volveré a pedirte que cambies el futuro por mí. Sacarás el tema tú sola.

—No cuentes con ello.

—Conozco la naturaleza humana mucho mejor que tú. Tal vez al final sea yo quien acabe dándote lecciones sobre el futuro.

—Lo que de verdad quiero es olvidar tu propuesta y pensar que nunca ha existido esta conversación.

—Está bien, engañémonos pensando que nunca ha existido... Pero lo tienes en tu cabeza.

Y luego con una amplísima sonrisa finalizó irónico.

—Que descanses.

Salió de la litera para dirigirse hacia Génitor.

## LAS SATURNALIA

Julia pasó la mañana de su primer día en Roma con Quinctilia, Cornelia y el resto de las vestales.

—Siento mucho no haberos ayudado con la organización de las *Saturnalia* —se disculpó ante Quinctilia.

—Julia, por favor, has estado muy enferma y luego tuviste que acompañar a Julio en su viaje. Me despertó el estruendo que produjo toda la comitiva cuando llegasteis. Era tardísimo, me sorprende que puedas estar en pie.

—Ya dormiré esta noche. Saturno es el equivalente a Cronos, un dios que conozco muy bien. Hoy desearía ayudaros con las tareas que tengáis pendientes para el último día de las fiestas y posteriormente organizar la celebración que tendremos con los esclavos en nuestra ala de la *Domus Pública*.

—Ya se ha realizado el sacrificio en el templo de Saturno y el banquete público se celebró anteayer. Además no te lo recomiendo.

Quinctilia llevó a Julia aparte y susurró:

—Lo que resta por celebrar a nivel de toda Roma son los festejos nocturnos con antorchas y bailes. Una auténtica locura. ¿Sabes lo que le ocurrió a Cornelia Sila tras la fiesta de la *Bona Dea*?

Julia recordó que la tercera esposa de Julio había ofrecido la casa para celebrar la festividad de la *Bona Dea*. A ella sólo podían acudir mujeres, pero Publio Clodio se infiltró en ella vestido de mujer. Como hubo comentarios de que Publio Clodio había acudido allí para encontrarse con Cornelia Sila, inmediatamente Julio se divorció de ella declarando que su mujer debía estar por encima de toda sospecha.

—Sí, lo sé.

—Ten cuidado.

—Está bien, lo tendré. Me centraré en las celebraciones de la *Domus Pública*. ¿Me puedes acompañar de compras?

—Por supuesto que sí.

—Estaré lista en la puerta en media hora —luego añadió para que la oyera Cornelia—. Volveré para nuestra clase Cornelia.

—¿Has hecho los deberes?

—Por supuesto —mintió Julia con una sonrisa y se dirigió primero hacia su cuarto y luego al despacho de Julio.

Cuando entró en él, Julio estaba revisando unos planos.

—Hola —saludó él.

—Hola.

—¿Has descansado?

—Sí, gracias. No te pregunto lo mismo porque sé que tú no. ¿Es el plano de la nueva basílica Julia?

—Sí, te lo enseñaría pero seguro que ya la viste construida.

—Sí y no. Lo que queda en mi tiempo son sólo las ruinas, pero tendrá un papel muy importante durante los próximos siglos. En ella se celebrarán los juicios.

—Sí, esa es la idea. ¿Querías algo?

—Sí, dos cosas. La primera consiste en que voy a salir con Quinctilia para comprar algunas cosas y necesito que me cambies el oro que tengo por sestercios. He traído cuatro lingotes, con esto tendré más que suficiente por el momento.

Él se la quedó mirando con cara de incredulidad.

—No seas ridícula. Compra lo que quieras y que lo carguen a la *Domus Pública*.

—Dispongo aquí de más oro del que podré gastar. Quisiera controlar mi propio dinero.

—Pues pídemelo lo que necesites y gástatelo como desees. Considera ese oro como parte de tu dote. ¿Qué era lo otro? —preguntó zanjando el tema.

Ella permaneció meditando en silencio. Reservaría su oro para los sobornos que tendría que realizar. Resultaría una temeridad efectuar las compras oficiales para la *Domus Pública*, sin ocultar su identidad, con el mismo tipo de lingotes que emplearía para los sobornos.

—¡Julia! ¡Julia! ¿En qué estás pensando?

—En que las costumbres de mi tiempo son otras.

—Ya, pero ahora vives aquí. ¿Y lo otro?

—Hoy es el último día de celebración de las *Saturnalia*. Querría organizar la cena protocolaria para los esclavos. ¿Estarás en casa esta noche?

—Por supuesto que sí. Sólo he faltado a la cena del veintitrés de diciembre cuando he estado en la guerra. Hoy no saldré... Pero mañana sí —concluyó mirándola fijamente.

—Muy bien —contestó Julia, dio media vuelta y dejó la estancia.

Pasear con Quinctilia siempre resultaba una delicia. Por una parte todo el mundo se apartaba respetuosamente a su paso y por otra había echado de menos hablar con alguien que la entendiera. Primero, para decorar la casa, compraron las velas que representarían el nacimiento del nuevo sol. Luego se



dedicaron a seleccionar las plantas que protocolariamente debían adornar la casa y por último compraron los regalos típicos que consistían en figuritas de barro que se intercambiarían esa noche.

Mientras volvían hacia la *Domus Pública* Quinctilia comentó:

—Se te ve mucho más recuperada. Campania te ha sentado bien.

—Gracias. Ha sido un viaje fantástico. La verdad es que fue muy divertido, tuvimos una cena a la que acudió Cicerón.

—Todo un personaje, pero habla mucho y hace poco. ¿Y qué más?

—He visitado Capri y Pompeya. ¿Las conoces?

—No, no puedo abandonar Roma. Tenemos que velar para que la llama esté siempre encendida y yo soy la responsable de todas. Sin embargo, me han comentado que son preciosas.

—Sí, sí que lo son.

—Os alojasteis en la villa de Filipo, ¿no?

—Sí, con Atia y Octavio.

—Un joven de lo más inquietante ese Octavio.

—Sí, es muy inteligente.

—Más que eso. Miedo me da lo que podría hacer cuando pasen unos años. Pero no hablemos de ellos, sino de ti. ¿Eres feliz?

—Sí, claro.

—Ja, ja, ja —rio Quinctilia y luego repitió con voz lánguida—. Sí, claro.

—No en serio, estoy bien. ¿Y qué hay de ti?

—Cambiando de tema, ¿eh? Muy inteligente. Estoy perfectamente. Me encantaría seguir de vestal máxima toda mi vida.

—Me alegro por ello.

—Cornelia te ha echado de menos en sus clases.

—Y yo a ella. Volveré a acudir a las clases hoy mismo.

—Perfecto, nosotras somos su familia pero sé que a veces se siente sola.

—Le puedo contar fábulas de Hispania, como las que me narraban a mí cuando era niña.

—Seguro que le encantará. Hoy no podremos cenar juntas, cada una tiene que dedicarse a la celebración con los esclavos en su respectiva ala de la casa, pero ¿quieres cenar con nosotras mañana?

—Te lo agradecería mucho, Quinctilia.

—Que así sea, te daremos asilo político, sé que mañana estarás sola —y luego repitió con voz de falsete—. ¿Eres feliz? Sí, claro.

Julia esbozó una sonrisa forzada.

—Parece que no se te escapa nada.

—Ahora empiezas a parecer más humana. El dios del tiempo es el tuyo, Cronos, y no la mía, Vesta, pero yo te auguro que aunque pueda resultar encantador cuando quiere, al final te acabará haciendo daño.

—Lo tendré en cuenta, muchas gracias.

—No digas que no te lo advertí. Todas piensan que con ellas será diferente, pero nunca lo es.

—Tengo claro cuál es mi papel aquí.

—Te recomiendo que no te salgas de él. Quédate embarazada pronto y no esperes más.

Julia asintió.

Pasó la tarde con Cornelia. El profesor la felicitó porque estaba mejorando su acento pero la insistió en que se esforzase por aumentar su vocabulario y declamar mejor. Luego se quedó a solas con la niña.

—¿Alguien te ha contado alguna vez un cuento?

—¿Qué es eso?

—Fábulas, historias de diferentes países.

—Mi preceptor me ha relatado las Fábulas de Esopo.

—No, no son lo mismo. Yo me refiero a historias más largas.

—Pues no.

—Entonces acompáñame a mi cuarto hasta la hora de la cena.

Las dos se tumbaron en la cama de Julia. Ésta abrazó a Cornelia y le dijo:

—Te voy a contar la historia de *Blancanieves y los siete enanitos*.

—¿Blancanieves? Que nombre tan extraño.

—Su madre se lo puso porque su piel era tan blanca como la nieve.

—Yo una vez vi nevar en Roma.

—Pues ya sabes lo que es. Blancanieves era la hija del rey, pero tenía una madrastra muy muy mala, y cuando el rey, su padre, murió...

Julia siguió contándole ese cuento y muchos otros durante horas mientras la abrazaba en su cama. Cornelia era todo amor y Julia necesitaba abrazar a alguien en quien pudiese confiar. A partir de ese día, todas las noches, Cornelia acudía a la cama de Julia y la abrazaba mientras ésta le contaba un cuento.

\*

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*. Las *Saturnalia*: Festividad romana celebrada entre el 17 y el 23 de diciembre para celebrar el fin del acortamiento de los días y el próximo nacimiento del sol invictus el 25 de

diciembre. Por las noches las calles se llenaban de velas y antorchas, se celebraban festejos y algunas de las tareas de los esclavos las desempeñaban los *dómines*. La celebración de las *Saturnalia* la noche del 23 de diciembre del 45 a.C. en la *Domus Pública* tuvo ciertas particularidades...

\*

—¡Yo es que sin microondas no me manejo!

—Sea lo que sea lo que haga eso, seguro que puedes realizarlo tú también —contestó Julio.

—No es lo mismo, no es lo mismo. Ya sé, cocinaré mi plato estrella: huevos fritos.

—¡Menudo lujo! Darles de comer huevos a los esclavos. Así podría arruinarme hasta yo.

—Sólo será por esta noche. Menos mal que me han dejado el fuego puesto, si no tendría que ir al Templo de las Vestales para traer una astilla encendida. Pero, ¿cómo hago para aumentar o disminuir el fuego?

—¡Cocina los puñeteros huevos así y ya está!

Julia echó aceite de oliva y los dos primeros huevos al recipiente de metal que había colocado sobre el fuego.

—¡Maldita sea!

—¿Qué ha pasado?

—¡Que todo se pega! Nunca pensé que echaría tanto de menos el teflón. Ya no voy a cocinar huevos fritos, ahora cocinaré huevos revueltos.

—¿Y por qué no haces lo mismo que hacemos todos? Representa la pantomima de que les servimos algo y luego que se cocinen lo que quieran.

—Son las únicas *Saturnalia* que voy a celebrar en la Roma del siglo... De este tiempo. ¡Quiero hacerlo bien! Además, creo que ellos también se merecen que les sirvamos nosotros aunque sea sólo una vez.

—Haz lo que quieras.

Julio cogió una bandeja repleta de manzanas que se encontraba sobre la mesa de la cocina, la colocó sobre su hombro y se dirigió con ella hacia el comedor donde se encontraban los esclavos de la casa reclinados en los *triclinium*.

—Bueno, bueno —dijo con un tono de voz lo suficientemente elevado como para asegurarse de que le oyesen todos—. Con esto declaro celebradas las *Saturnalia* en la *Domus Pública*.

Depositó la bandeja de manzanas sobre la mesa y tomó una.

—La *dómina* os está preparando otro delicioso —se detuvo unos segundos

tras pronunciar esa palabra y sonrió para sí mismo antes de proseguir—  
manjar. De todas formas, si por algún extraño motivo os siguieseis quedando  
con hambre, ya sabéis donde está la cocina.

Se alejó silbando en dirección a su dormitorio mientras repetidamente  
lanzaba la manzana al aire y la volvía a coger.

Julia sacó los dos primeros huevos del fuego y contempló desfallecida  
como una gruesa costra negra estaba pegada al fondo del recipiente.

Sólo tenía que cocinar cuarenta y cuatro huevos más.

## CLEOPATRA

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*: «Detesto a Cleopatra. No puedo ni empezar a describir la insolencia con la que se conduce esa reina en sus jardines al otro lado del Tíber sin montar en cólera...». [Marco Tulio Cicerón. *Cartas a su amigo Ático*].

\*

Julia y Julio se encontraban desayunando en el *triclinium*.

—Hoy pasaremos la mañana juntos —comentó Julio.

—Perfecto. ¿Sobre qué quieres que hablemos hoy? O prefieres que decida yo.

—No sé qué puedes enseñarme, así que decide tú.

—¿Te apetece que te explique el funcionamiento del cuerpo humano? ¿Qué causa las principales enfermedades, como por ejemplo la epilepsia? ¿Explorar el interior de un cuerpo humano con un simulador?

—¿Y por qué la gente siempre fallece tras dolerle la zona derecha del vientre? ¿Y por qué algunas mujeres mueren al dar a luz como le ocurrió a mi hija?

—Sí.

—Me parece una idea fantástica. Empecemos.

—Muy bien pero tienes que darme algo a cambio.

—Me he casado contigo, quedamos en que eso era pago suficiente.

—Esta vez necesito algo más.

—Siempre estás pidiendo. ¿De qué se trata esta vez?

—Me tienes que presentar a Cleopatra.

Julio la observó con los ojos convertidos en dos finas líneas y sólo pronunció una palabra.

—¡Nunca!

—Pues aquí se acaba todo.

—No pienso renegociar lo que ya teníamos cerrado.

—En la negociación se incluía que conocería a Cleopatra.

—¡No!

—¡Sí! No causaré ningún problema. Sólo quiero que me informe sobre la historia de Egipto y saber cómo es ella. No me quejaré ni pondré ninguna objeción a nada. Te prometo que seré una sumisa esposa romana. Parte del protocolo consiste en que tu esposa te acompañe a recibir a los monarcas amigos y aliados del pueblo de Roma, y ella teóricamente lo es. Lo único que deseo de ella es obtener información. Por mi parte sigue acostándote con ella

todo lo que quieras y más, pero tú déjame desempeñar mi trabajo aquí.

Él permaneció callado durante unos instantes y luego esbozó una sonrisa enigmática.

—Me tendrás que dar a cambio algo que no estaba incluido en nuestro acuerdo.

A Julia le dio la impresión de que él llevaba tiempo esperando que se viesen en una situación similar y que muy sutilmente la estaba llevando exactamente a donde él deseaba.

—¿Qué quieres?

—Información sobre el futuro a corto plazo de Roma.

—¿Cómo qué?

—Sobre dos cosas —contestó como si ya lo tuviese preparado—. La primera es algo que me preocupa bastante. Si nunca voy a tener hijos confirmame si la persona que he elegido es la idónea para sucederme y llevar mi nombre. *Gloria filius patris*<sup>85</sup>. La segunda consiste en que me digas cuando moriré.

—Te puedo contestar a la primera pero no a la segunda, ya lo sabes. Pídeme otra cosa.

—Moriré en la guerra contra Partía, ¿verdad?

—No voy a comentar nada sobre ese tema. Pídeme otra cosa.

—¿Seré alguna vez rey de Roma?

Julia sopesó si podría contestar a eso, pero no le pareció que ser consciente de que nunca llegaría a ser rey de Roma pudiese cambiar el futuro. Él pensaba irse de Roma durante al menos tres años a una guerra y suponía que probablemente muriese lejos, así que era razonable considerar que ya contaba con ello.

—¿Si te informo sobre todo eso me presentarás a Cleopatra?

—Si prometes que no dirás nada fuera de lugar y que te conducirás como una digna y obediente esposa romana te lo juro sobre Júpiter Optimo Máximo.

—Muy bien, entonces trato hecho. Puedo revelártelo porque no cambiará la historia. La persona idónea para sucederte es la que ya has elegido.

—Y su nombre es...

—Octavio.

—Octavio es la elección correcta.

—Octavio es la elección correcta tanto para ti como para mí.

—¿Y sobre lo segundo?

—No.

Julio ensombreció su cara durante unos minutos. Al contemplar su expresión ella prosiguió.

—Sin embargo, añadiré algo que te compensará esta noticia en parte. Sí que te ofrecerán ser rey de Roma y tú lo rechazarás.

—¿Yo? Debes referirte a otro.

—No, hablo de ti. Será la decisión correcta en ese momento político. Tomarás una buena decisión.

Julio permaneció meditando sobre ello durante unos instantes.

—*Verba de futuro*<sup>86</sup> ...

—Te he contado más de lo que debería. Yo he cumplido mi parte de nuestro acuerdo, ahora te toca a ti.

—Te presentaré a Cleopatra pero más vale que te atengas a lo que has prometido.

Julia asintió.

—Y ahora, ¿quieres que te enseñe cómo funciona el cuerpo humano? ¿O prefieres que te ponga un vídeo en el que mi tío me grabó saltando en paracaídas?

Julio sonrió levemente y contestó:

—Creo que prefiero empezar por lo segundo.

—Te va a parecer algo increíble. ¡Allá vamos!

Julio permaneció sonriendo mientras observaba en la pantalla a Julia. Ésta saludaba a la cámara, mientras caía entre las nubes hacia el suelo, que se aproximaba hacia ella a una velocidad de vértigo.

—En estos momentos no puedes imaginarte lo mucho que te envidio.

—Es una pena que no puedas experimentar algo así. Por lo menos has visto cómo es.

—Sí, pero no es comparable. Me alegro de que al menos tú hayas tenido esa vivencia.

—Gracias. Cuando vuelva a mi tiempo, la próxima vez que salte te la dedicaré a ti.

Julio sonrió y sentenció:

—Para entonces ya estaré muerto.

Los dos permanecieron meditando sobre ello hasta que Julia preguntó:

—¿Seguimos con el cuerpo humano?

—De acuerdo.

Julia puso un vídeo sobre el funcionamiento del cerebro, donde se veía desde varias perspectivas.

—Este es el cerebro. La auténtica esencia de todo tu pensamiento, tus ideas, tus proyectos y tus sueños. La zona frontal, ésta de aquí —comentó señalándosela—, se encarga de la planificación del futuro y el control de los impulsos, estas de aquí más o menos donde se encuentran las sienes son las áreas de Broca y Wernike y están a cargo del lenguaje hablado y escrito. Si alguien se las lesiona pierde la capacidad de hablar.

—¡Eso lo he visto en el campo de batalla! —exclamó Julio—. Uno de mis mejores centuriones recibió un golpe con un hacha en esa zona y milagrosamente sobrevivió pero nunca volvió a decir más que cosas ininteligibles. Siempre me pregunté el por qué. Ahora lo entiendo.

—Exacto, se lesionó estas áreas. En la zona superior, las cortezas del cerebro controlan los movimientos y la sensibilidad de todo el cuerpo, lo curioso es que la mitad derecha del cerebro controla la mitad izquierda del cuerpo y viceversa. La zona occipital controla la visión, si alguien recibe un golpe ahí puede quedarse ciego. La epilepsia se produce porque una zona del cerebro presenta más actividad de lo normal y empieza a mandar órdenes al resto del cuerpo de forma independiente y sin ningún tipo de control voluntario. Las crisis comiciales suelen desencadenarse por estrés, falta de sueño, falta de comida o porque se altere el equilibrio del cuerpo, como te ocurrió al día siguiente de aquella famosa cena —Julia apretó un botón y una imagen tridimensional de un cerebro casi traslúcido giró en la pantalla, inmediatamente después se hizo un zoom a una pequeña zona circular bajo la corteza cerebral que estaba parpadeando—. También existen otro tipo de zonas mucho más complicadas que tienen otras funciones. ¿Quieres que las detalle?

—Por supuesto que sí, es tu trabajo. Prosigue.

Julia le habló de la amígdala, el hipocampo, el cerebelo y el tronco cerebral. De por qué había personas que se quedaban paralíticas y por qué los ancianos olvidaban las cosas.

No les dio tiempo a seguir con ninguna otra parte del cuerpo humano... Al menos ese día.

Julio y ella salieron de la *Domus Pública* acompañados por Ligio y Marco. Julio la condujo hasta la litera y luego se dirigió hacia Génitor. Ligio y Marco se sentaron en el pescante para dirigir al resto de los caballos. La comitiva se puso en movimiento y recorrió dignamente las calles de Roma en dirección a los jardines del Trastévere, más allá del Tíber, que eran propiedad



de Julio y donde Cleopatra había establecido su residencia durante los meses que llevaba en Roma.

Los jardines del Trastévere no se consideraban exactamente como parte de la ciudad de Roma porque se encontraban fuera del *pomerium* romano, es decir, fuera de las murallas de la urbe. Esto era necesario porque según la ley romana ningún rey extranjero podía entrar dentro de la propia ciudad de Roma, excepto como prisionero que formase parte de un desfile de triunfo previo a ser ajusticiado en el *Tullianum* o cárcel de la ciudad.

Mientras se encontraba en la litera, Julia se sintió como una auténtica inútil. No era un trayecto demasiado largo. Ella en el siglo XXI había recorrido la distancia entre el foro y el Trastévere de Roma miles de veces andando, y otras tantas haciendo *running*. Para alguien como ella estar recostada sin tener más actividad que contemplar el techo resultaba desesperante.

Durante el camino también meditó sobre lo esperpéntico de la situación. Iba a reunirse con la amante de su marido, y además con él estando presente, para averiguar más sobre ella con fines puramente académicos mientras todos mantenían una cortesía versallesca. La circunstancia era completamente ridícula aunque desde fuera podría verse como que ella, con una dignidad exquisita, acudía a saludar como parte del protocolo político a una reina extranjera, aunque ella y toda Roma supieran que era la amante de su marido.

Así llegaron a los impresionantes jardines de Julio en el Trastévere, que en su testamento legaría para disfrute del pueblo de Roma, y dentro de ellos al lujoso palacio de Cleopatra. Julio desmontó de Génitor, se acercó a la litera y aguardó a que ella saliera. A continuación, los dos se acercaron a la entrada del palacio donde les esperaban dos esclavos núbidas.

Mientras se dirigían hacia ellos Julio le susurró.

—Espero que sepas lo que haces, porque Cleopatra no es de las que se callan, y yo no aceptaré ninguna escena que luego pueda convertirse en un cotilleo del pueblo que afecte a mi *dignitas*. Una cosa es que toda Roma sepa que es mi amante y otra muy diferente que se comente que mi esposa ha perdido las formas. Como eso ocurra voy a restringir todas tus salidas, te guste o no.

«Aunque este no sea un matrimonio auténtico no sé cómo le aguanto. Vivir en la Roma del siglo I antes de Cristo, conocer a Cleopatra y cuatro millones y medio de dólares no creo me que compensen todo esto», consideró Julia.

Sin embargo, respiró hondo, asintió y así llegaron hasta la sala de

recepciones.

Cleopatra les esperaba sentada en su trono. Este se encontraba a una altura de un metro sobre el nivel del suelo, encima de una plataforma a la que se accedía mediante unas escaleras ubicadas en la zona anterior.

Su cabello estaba recogido con el clásico moño en forma de melón y adornado con la diadema propia de la realeza con el que la representaban las escasas esculturas que de ella se habían conservado. Tenía el rostro exquisitamente maquillado al estilo clásico egipcio que tantas veces había contemplado Julia en el museo del Cairo. Sin embargo, el vestido resultaba demasiado sensual. En vez del clásico pectoral faraónico lucía un caro vestido de lino, casi transparente, que dejaba vislumbrar un generoso escote. Llevaba numerosas joyas y los cetos Sejem, símbolo de la energía mágica del faraón y Nejel, emblema de la antiquísima historia egipcia, cruzados sobre su pecho. ¡Un attrezzo impresionante!

«Resulta obvio que toda esta escenografía está preparada con el fin de hacerme sentir insegura, empezamos mal», consideró Julia. Sin embargo, no quería que eso obstaculizase la misión que se había impuesto que era obtener de ella toda la información posible.

Julio la saludó, pero en vez de permanecer esperando en la base de la zona del trono, giró hacia la derecha y se sentó en uno de varios asientos que formaban un área apropiada para la charla donde Julia supuso que él acostumbraba a acomodarse sin rendir demasiada pleitesía. Julia le imitó. Al cabo de unos minutos Cleopatra bajó lenta y muy dignamente del trono, se acercó hacia donde se encontraban ellos y se sentó.

—Cleopatra, te presento a Julia, mi esposa. Ha venido para saludarte y agradecerte personalmente tu visita a nuestra ciudad como símbolo de que Egipto es un país amigo y aliado del pueblo de Roma.

—Por supuesto, por supuesto —afirmó educadamente Cleopatra—. Me alegro mucho de estar aquí y conocerte. Te aseguro que mi estancia en Roma está resultando un auténtico placer —añadió mirando a Julio.

Julia encajó esa puñalada sin cambiar un ápice su expresión. A fin de cuentas si alguien sobraba en ese supuesto triángulo era ella.

—Me alegro mucho, bienvenida a Roma —contestó con una sonrisa mientras se fijaba en su rostro que ahora tenía más cerca.

Julia sabía que en esa época tenía veinticinco años, aunque también era consciente de que únicamente le quedaban trece de vida. Le costó hacerse una idea clara de sus rasgos por la gruesa capa de maquillaje que llevaba, pero sí

pudo apreciar que tenía unos ojos marrones luminosos y brillantes y unos labios moderadamente llenos y sensuales. Sin embargo, la nariz era grande y desentonaba en su cara. Tenía una figura muy pequeña y algo encogida, aunque sus gestos eran elegantes. Su tono de voz resultaba muy agradable aunque lo que dijo, estaba claro que había sido pura ponzoña.

Para intentar que ella hablara un poco más, Julia preguntó:

—¿Te está gustando Roma?

—Pues no sabría qué contestarte ante eso, ya que como reina extranjera no se me permite entrar en el recinto de la ciudad, aunque Julio me ha comentado maravillas sobre ella. Lo que sí puedo asegurarte es que me resulta muy fría, sobretodo en esta época del año. Cuando llegué a Roma la temperatura era mucho más agradable y parecida a la que yo estoy acostumbrada.

—Es verdad, el invierno romano puede resultar muy frío. ¿Estarás con nosotros hasta primavera?

—Sí. La verdad es que pensaba quedarme como mínimo hasta finales de marzo. O tal vez más tiempo si los planes cambiasen —comentó mirando a Julio que puso mirada de reprobación.

—¿Y a una reina gobernante como tú no le resulta complicado llevar los temas de gobierno desde tan lejos?

—Sí, resulta complicado. Además, como reina de Alejandría y Faraón de Egipto —esto lo señaló deleitándose en cada palabra—, me gusta tomar parte activa en todas las labores de gobierno, aunque por el momento Julio ha nombrado a Rufio como gobernador, un oficial muy capaz.

Julia miró con el rabillo del ojo a Julio. Este, pensando que ninguna de las dos le observaba, esbozó una, casi imperceptible, sonrisa que únicamente duró una milésima de segundo. Cleopatra prosiguió.

—Yo no sabría pasar mi días dedicándome a hilar la lana —le faltó añadir como tú—, o a cocinar teniendo la cabeza metida entre ollas porque resulta malísimo para la piel. ¿Tú cocinas verdad?

—No, esa tarea la desempeñan las esclavas, aunque Julio es muy austero en la mesa. Sin embargo, sí que hilo la lana, se considera una gran virtud entre las patricias romanas.

—Por supuesto —asintió Cleopatra con una sonrisa de conmiseración—. A mí por el contrario me gusta mucho la ciencia, conozco el sistema astronómico Aristotélico a la perfección.

Ella, miró a Julio que encogió los hombros.

—Puedo hablar seis idiomas: egipcio, arameo, sirio, hebreo, griego y

latín. Aunque este último no lo domino con maestría.

«Yo también hablo seis, aunque tres de ellos aún no se hayan inventado».

—Mis médicos me han enseñado todos los secretos de su ciencia que es la mejor existente en el mundo.

«Erróneos, obsoletos y truculentos. Yo tomé dos cursos de patología clínica antes de decantarme por la historia, arpía. Además se programar mientras que tú, en toda tu miserable y corta vida no verás un ordenador».

—¿Pero no comentas nada Julia?

Se moría por decir todo lo que pensaba en voz alta. Pero Julio la miró y giró la cabeza en un sentido y en otro en señal de negación. Entonces Julia recordó su promesa de que no provocaría ningún problema; se jugaba mucho si le contestaba como merecía. Le miró casi resoplando pero decidió seguir con su papel de correcta esposa romana. Cerró los ojos un par de segundos, respiró hondo y contestó:

—La verdad es que me encantaría que me hablases sobre la historia de tu país.

—Bufff. Es tan extensa. Y además seguro que mucho de lo que te contase te parecería extremadamente confuso. ¿Para qué vamos a perder el tiempo?

Aquí Julio rápidamente cortó.

—Bueno ya está bien, nos vamos.

Él se levantó, Julia le imitó y se dirigieron hacia la salida. Cuando estaban cerca del portón de la gran sala oyeron la voz de Cleopatra:

—No es necesario que tú te vayas Julio. Podrías quedarte...

Julia se detuvo, lentamente se giró y puntualizó:

—Estás teniendo una vida interesante... Majestad —esto último lo dijo como si fuera un insulto—. Disfruta de esto el tiempo que puedas... Que no será mucho —añadió traspasándole con los ojos.

—Mejor vuelvo otro día —comentó Julio.

Cleopatra la observó con extrañeza, intentando descifrar quién era esa nueva Julia que se había desvelado durante tan sólo unos segundos.

Se alejaron caminando por el largo pasillo hacia la entrada. Su ritmo de paso era bastante más acelerado que el de él, como inconscientemente queriendo alejarse de tanto veneno lo antes posible.

—Espera, camina con elegancia.

Entonces se detuvo y le miró con los ojos encendidos. Él afirmó:

—Lo has encajado muy bien, la verdad es que estoy orgulloso de cómo lo has llevado. ¿Es verdad lo que dijiste sobre que le quedaba poco tiempo?

—Para mi época sí, para ésta le queda una cantidad de tiempo aceptable. Morirá a los treinta y ocho años.

—¿De muerte natural o...?

—Con ese carácter, ¿tú qué crees?

—Ya.

Permanecieron callados durante unos instantes, luego Julia señaló con un tono de voz innecesariamente elevado.

—Es inteligente... Pero no tanto como ella cree —y entonces añadió bramando—. ¡Y yo también hablo seis idiomas!

Se quedó mirándole y entonces cayó en la cuenta de lo ridículo de ese último punto y se echó a reír.

Él la observó extrañado y al cabo de unos segundos preguntó.

—¿Pero de qué te ríes?

Ella siguió riendo y con la voz entrecortada por la risa comentó:

—¡Pero qué conversación más estúpida! En vez de estar peleándonos por un hombre parecía que fuese una entrevista de trabajo —y añadió con un tono de voz estridentemente agudo mientras movía la cabeza hacia un lado y otro—. Yo hablo seis idiomas... pues yo también —y continuó riéndose. Cuando recuperó el aliento añadió—. Conozco el sistema astronómico Aristotélico. Ja, ja, ja... Y todos los secretos de la medicina... Ja, ja, ja —dijo Julia doblándose de la risa—. ¿Y usted sólo hila la lana verdad?

Julio permaneció mirándola y al cabo de unos segundos también se echó a reír.

Después de estar así durante un buen rato él se quedó contemplándola. Luego afirmó:

—La verdad es que he de reconocer que estás resultando la más divertida de todas las esposas que he tenido.

Ella, con la sonrisa aún en la cara, contestó:

—Supongo que debo tomarme eso como un cumplido. Gracias.

Volvieron a echarse a reír hasta la salida. En ese momento divisaron a los lejos a Ligio y Marco observándoles con extrañeza. Los dos inmediatamente ensombrecieron sus caras, Julio adelantó el paso y ella se dejó guiar hasta la litera. Él montó en Génitor y todos se pusieron en movimiento. Entonces una carcajada se oyó salir de la litera.

## KICK BOXING SALVADOR

La mañana siguiente Julia abandonó la *Domus Pública*, acompañada por Marco, en dirección a la casa de Lucio. No le había visto desde antes de su enfermedad y la verdad es que le apetecía pasar tiempo con él. Era un hombre increíblemente dulce y la había acogido como si de verdad de un padre se tratara. Marco iba abriendo el paso entre la melé, que era la población romana del foro. Avanzar así resultaba agotador, pero por suerte en el *Clivus Victoriae*, a la altura del Palatino, la aglomeración disminuía bastante. Cuando estaban aproximadamente a cien pasos de la casa de Lucio, Julia vislumbró un extraño brillo plateado a su derecha dirigiéndose hacia ella. Instintivamente dobló su pierna derecha la giró hasta la altura de la cadera y dio una patada en la dirección de la que provenía el puñal. Inmediatamente sintió un intenso dolor agudo en su muslo y soltó un grito. En ese momento Marco se giró, observó a Julia en el suelo y cómo una mano con un puñal ensangrentado estaba dirigiéndose nuevamente hacia ella. Marco sujetó a quien empuñaba el puñal por la muñeca, le hizo soltarlo y le inmovilizó con ambas manos. Al contemplar la escena Julia se puso en pie con la pierna izquierda, entrelazó sus manos y descargó un tremendo golpe a la altura del cuello de Marco donde sabía que le produciría una reacción vasovagal. Marco quedó atontado durante unos segundos y el sicario aprovechó para escapar. Entonces Julia se dejó caer al suelo y gritó.

—¡Marco ayúdame, por favor!

—¿Te encuentras bien, *dómina*?

—Sí, sólo tengo un arañazo en la pierna pero ayúdame a levantarme, por favor.

—Por supuesto.

Marco la cogió en brazos.

—¿Te llevo a casa de tu padre?

—No, a la *Domus Pública*, por favor.

Mientras caminaba llevándola en brazos Marco comentó:

—Le habría capturado si no me hubieses golpeado.

—¿Te golpeé a ti? Pensaba que había golpeado al criminal, lo siento mucho.

—No te disculpes, *dómina*, por favor, no es necesario y resulta muy incómodo. Has tenido suerte de que no te haya matado. Una puñalada en la ingle es la forma de asesinar de los profesionales. A los gladiadores nos enseñan que después de una puñalada en esa zona la gente sobrevive poco

tiempo.

«Exacto, se desangran por el desgarro de la arteria femoral», pensó Julia.

Al llegar a la *Domus Pública* Julia le insistió:

—Llévame directamente a mi cuarto, por favor, y que no entre nadie, ni siquiera Antistio.

—Con todo el respeto, *dómina*, debería verte el médico. Estás sangrando.

—No, no pasa nada, se trata de algo superficial. Que no entre absolutamente nadie.

—Al *dómine* no puedo impedirle el paso.

—Por supuesto. A nadie menos a él.

Marco la dejó sentada en la cama. Julia se levantó el vestido y contempló la herida. Era profunda y había llegado hasta el músculo. Tendría como mínimo cinco centímetros de largo y por cuatro más no había alcanzado la ingle. Respiró aliviada. Se había librado por muy poco.

Julia presionó sobre la zona, el corte estaba sangrando. Se dirigió a la pata coja a su baúl de los secretos y tras abrirlo, con la llave que estaba escondida bajo el mosaico, cogió Clorhexidina para desinfectar la herida, el porta agujas, las tijeras, las pinzas con dientes, los puntos reabsorbibles para el músculo, la grapadora para la piel, las gasas y la jeringa con su correspondiente aguja para infiltrarse la anestesia.

Se sentó en la cama y levantó el vestido hasta la altura de la ingle. Desinfectó la zona con la Clorhexidina y cargó la anestesia en la jeringa. Respiró hondo y se dijo que eso era lo único que le iba a doler. Sin pensarlo más infiltró anestesia en los márgenes de la herida. Apretó contra ella las gasas y tras unos minutos, cuando ya había hecho efecto, tomó el porta agujas con la sutura para el músculo y empezó a coserse a sí misma como le habían enseñado en Langley. Cuando estaba usando la grapadora para suturar la piel la puerta se abrió bruscamente y Julio apareció en el umbral.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, ya casi he terminado de curar la herida.

—Marco me lo ha contado todo. Iban a apuñalarte en la ingle, como asesinaron a Livio Druso hace casi cien años.

—Al final no ha pasado nada, no te preocupes. Sé algo de defensa personal.

—Marco me ha contado algo muy extraño, que el asesino escapó porque tú le golpeaste a él.

—¡Por supuesto que lo hice! Nadie debe morir, ni siquiera el asesino. Si le

hubiesen capturado las consecuencias habrían sido catastróficas. Tal vez hubiese muerto durante el interrogatorio antes de que yo pudiese hablar contigo.

—¡Intentó matarte!

—¿Y qué? Hay muchas más vidas en juego. Nadie debe morir por mí.

—¿Por qué intentarían matarte?

—Nunca atentaron contra Calpurnia. Está claro que algo que he hecho desde que volví de mi tiempo por última vez ha cambiado el futuro.

—¿Quién se habrá atrevido a tanto?

—¿Quién va a ser? Cleopatra se debió tomar mi cometario de que no le quedaba mucho tiempo no como una predicción, sino como una amenaza. Está claro que ha tomado la iniciativa.

—Esto es pasarse de la raya. No te preocupes, yo hablaré con ella. No volverá a suceder.

Julio desapareció por la puerta mientras Julia se colocaba un apósito sobre la herida.

«Sí, pero intentó matarme, se merece algo más», decidió Julia. Y muy oportunamente eso estaba en línea con algo que debía investigar de todas formas. Otro de los grandes enigmas para los historiadores. Si Cayo Julio César era realmente el padre de Cesarión.

Julia comenzó a pensar.



## TEST DE PATERNIDAD

Mientras estaban desayunando él le preguntó:

—¿Qué tal sigues?

—Muy bien. Perfectamente.

—¿No te duele?

—Estoy tomando algo para el dolor.

—Parece que en el futuro tenéis de todo.

—No, pero la medicina consigue logros prodigiosos.

—Y por lo visto te has traído alguno de esos logros.

—¡Claro que sí! Después del asunto de la difteria me han proporcionado de todo.

—Ya hablé con Cleopatra.

—¿Y qué tal?

—Te garantizo que no volverá a ocurrir.

Julia se echó a reír.

—Me lo creeré cuando vuelva al futuro y lo lea en mi libro de historia.

—No lo volverá a intentar. Le he dejado claro que lo considero inaceptable. De todas formas prefiero que cuando salgas lleves escolta.

—No debo hacer eso, podría ocurrir lo mismo que con Marco. Si alguien intentase matarme y ellos acabasen con el asesino, el futuro cambiaría. No, ya he pensado sobre ello y me traeré algo en mi próximo viaje.

—¿El qué?

—Un chaleco antibalas... Aunque claro, si intentasen apuñalarme en la ingle otra vez, debería contar también con protección en esa zona. No sé si existen accesorios así, tendré que hablar con Castell. Y si no los hay seguro que consigue que fabriquen alguno —comentó más para sí misma que para él.

—¿Qué es un chaleco antibalas?

—Como una especie de *súbcula* que puede parar balas.

—¿Balas?

—Con lo que destrocé tu mesa el primer día. También debería detener las puñaladas.

—¿Como un *catafracto*?

—Sí y no. El chaleco no es de metal, sino de tela y se puede llevar bajo la ropa. Hasta que vuelva de mi próximo viaje saldré poco de la *Domus Pública*.

Julio asintió y prosiguió con su desayuno. Al cabo de unos minutos Julia le preguntó:

—¿Estás seguro de que Cesarión sea hijo tuyo? La historia no lo sabe y se

ha especulado mucho sobre ello.

—¿Acaso algún hombre puede estar completamente seguro sobre eso?

—En mi época sí. Se puede comprobar con un cabello arrancado de raíz.

—¿Cómo es posible?

—Cada ser humano posee una información única en cada una de sus células, las pequeñas partes que conforman el cuerpo. Esa información determina todas las características de la persona: color de pelo, de ojos, si va a heredar alguna enfermedad o no. En cada individuo la mitad de la información proviene de su padre y la otra mitad de su madre. Entre un hijo y su padre debe coincidir la mitad de la información.

—Fascinante. ¿Por qué nunca me habías hablado sobre algo así?

—Tú decidiste empezar por la cartografía, acabamos de comenzar con la medicina. Nunca nombraste a Cesarión en tu testamento. Ni siquiera existe ningún comentario tuyo sobre él, como si para ti nunca hubiese existido.

—No es romano, nunca podrá heredarme. Y como no tengo, ni tendré por lo que tú me has comentado, un hijo de un matrimonio romano legítimo, decidí adoptar a Octavio.

—¿Sospechas que no fuese tuyo? Tu amigo y confidente durante tantos años Cayo Opio, que por cierto aún no me has presentado, declaró en sus memorias que no era hijo tuyo.

—¡Y yo que sé! Las fechas fueron un poco justas.

—Yo te ayudaré a confirmarlo con uno de mis inventos.

—¿Y cómo puedo tener la garantía de que ese artilugio realmente funciona?

—Muy fácil. Planteémoslo como un experimento. Tráeme un pelo de diez hombres y sus diez hijos. Incluye además uno tuyo y otro de Cesarión. No me informes sobre a quién corresponde cada muestra, simplemente llámalos hombre 1, hombre 2, *et cetera*<sup>87</sup> e hijo 1, hijo 2 *et cetera*.

—¿Y eso no cambiaría el futuro?

—No, si me prometes que, sea cual sea el resultado, Cleopatra seguirá en el trono.

—Lo último que necesito antes de irme a Partia es que se desestabilice otro país.

—Muy bien, entonces trato hecho.

El día uno de enero al final de la *secunda vigilia*<sup>88</sup> entraron los dos en la habitación y se encerraron por dentro. Julia abrió la bolsa y revisó las

muestras de cada cabello que ella había colocado de forma independiente en trozos de papel doblados, como si de sobres se tratase. En cada hoja había escrito a bolígrafo el código numérico de cada uno. En la bolsa también incluyó una cuartilla en la que había redactado:

—Necesito confirmación sobre a qué padre corresponde cada hijo.

Lanzó la bosa al portal. A los diez segundos el plasma escupió un papel escrito a bolígrafo con letra de Castell.

—¿Para qué? ¿Por qué en ninguno de ellos se detalla el nombre de la persona a la que pertenecen?

Julia, suspiró. Tomó su cuaderno y garabateó en una hoja.

—Estoy explicándole la genética y los test de paternidad. No cree que un simple cabello pueda confirmarlo y de esta forma se lo voy a probar.

Lanzó la hoja al plasma. Al cabo de diez segundos este escupió otro papel mecanografiado con la relación entre los números de uno y otro grupo.

—Ya tenemos los resultados. ¿Tienes el listado con los nombres de cada niño, cada supuesto padre y a cuál corresponde a cada uno?

—Sí, aquí lo tengo. Estoy deseando ver cuántos fallas. No acabo de creerme todo esto.

—Bueno, ahora podrás comprobarlo. Empecemos —Julia comenzó a leer—. Niño uno, su padre es el hombre siete.

—Pues sí.

—Niño dos, hombre cuatro —él no comentó nada y se limitó a revisar atentamente su documento—. Niño tres, hombre nueve.

—Fascinante.

—Niño cuatro, hombre once —prosiguió—. Niño cinco, hombre ocho. Niño seis, hombre uno.

—Este invento es magnífico. A partir de ahora se podrá saber de verdad si un niño es auténticamente de su padre o no.

—El niño siete no es hijo de ninguno de los hombres.

Julio revisó su listado. El niño siete no era Cesarión.

—Te has equivocado. Su padre sí que es uno de los hombres... y el niño no es Cesarión.

—Continuemos. Ya hablaremos sobre esto al final. Además, otro de los niños tampoco es hijo de ninguno de los hombres de la lista. Niño ocho, hombre tres.

—Sí —murmuró Julio.

—Niño nueve, hombre dos. Niño diez, hombre diez —Julio se quedó sin

respiración—. El niño once tampoco es hijo de ninguno de los hombres.

Julio no tuvo que mirar en su lista, sabía que el niño once era Cesarión. Permaneció callado y tras una prolongada pausa exclamó:

—¡Pero la máquina ya ha fallado antes! El padre del niño siete era el hombre cinco.

—Las probabilidades de que falle esta prueba son mínimas, casi nulas. No, lo que pasa aquí es que el padre sinceramente cree que el niño es suyo... pero no lo es. Eso sí, no se lo comentes, eso podría de alguna manera cambiar el espacio-tiempo. Tú sí que puedes saber que Cesarión no es hijo tuyo porque a fin de cuentas nunca le incluiste en tu testamento, así que eso no cambiará nada —«excepto lo que sea que sientas por Cleopatra», pensó.

Julio la miró con la cara a punto de incendiarse y bramó:

—¡Pero será zorra! —y se dirigió con ademanes bruscos hacia la puerta.

—¿Vas a verla? —preguntó Julia.

—¡En mi vida! Que conserve su corona pero que no se le ocurra ni estornudar sin pedirle permiso a mi gobernador —salió dando un portazo.

Cuando se fue una inmensa sensación de bienestar invadió a Julia. No se sentía mal, no había hecho nada más que poner en evidencia la gran mentira de Cleopatra. «Todo lo hiciste tú sola —pensó—. Tu gran error fue subestimarme, te llevaba dos mil años de ventaja, Cleopatra. Yo sabía todo lo que tenías y podías hacer tú, pero tú nunca supiste lo que sospechaba o podía hacer yo. Tú contabas con tu lujosa barcaza para llevarle de crucero por el Nilo, tus palacios, tus tesoros y tu corona, pero yo... Tenía la posibilidad de hacer test de paternidad». Así transcurrieron unos minutos, al cabo de los cuales empezó a tomar conciencia de lo que había hecho. Leyó la última línea del informe sobre los test de paternidad que Castell le había enviado desde el futuro:

«Dos hombres no son los padres. No difundir información».

Abrirle los ojos a Julio sobre Cleopatra había supuesto un riesgo para la misión. Por mucho que ésta se lo mereciese, Julia nunca debió actuar así. Aunque nunca fuesen a tener hijos, esa ruptura pudo producir consecuencias impredecibles a medio plazo. Ella seguía ahí, por lo que la historia no había cambiado, pero Julia la había puesto en peligro por motivos exclusivamente personales. No había sido profesional. Lo mejor para la misión era que hubiesen seguido juntos. Siempre había sido más racional y reflexiva, y en el pasado había actuado únicamente ateniéndose al plan prefijado y cuando existía un bien objetivo que ganar. Ahora, sin embargo, se había llevado por

las emociones y eso era un error. A medida que iba tomando más y más conciencia de lo incorrecto de su conducta empezó a asustarse de su propio comportamiento, y sobre todo por las verdaderas motivaciones de sus actos, aunque no quería reconocerlas ni ella misma.

Había cometido un grave error. Muy humano, pero un error a fin de cuentas.

## LA SEGUNDA LEY

Julia y el profesor de retórica estaban esperando en el atrio a que bajase Cornelia para comenzar la clase. Como ésta se retrasaba más de lo habitual, Julia subió a su habitación.

Allí la encontró con Quinctilia.

—Hola Cornelia. ¿Hoy no bajas a clase? ¿Estás bien?

—Me duele la boca —contestó Cornelia.

—La tiene un poco hinchada y le molesta al hablar. Es mejor que hoy no acuda a clase.

—Pues claro que no. Cuando estés bien ya volverás a clase conmigo.

—Sí —gimió Cornelia.

Julia salió de la habitación junto con Quinctilia.

—¿Está bien de verdad? —preguntó Julia.

—Acabo de mandar llamar a Antistio para que la vea.

—Ayer estaba sana.

—Sí, se ha levantado enferma esta mañana.

En ese momento llegó Antistio.

—Hola. ¿Qué sucede, *dómina*?

—Se trata de Cornelia, le duele la boca —explicó Quinctilia.

—¿Tiene fiebre?

—No, muy poca, casi nada.

—Muy bien.

Antistio entró en la habitación.

—Voy a despedir al profesor y ahora mismo vuelvo —señaló Julia.

Cuando Julia regresó, Antistio se encontraba en el pasillo hablando con Quinctilia.

—No son paperas. Se le está formando un humor blanco en la zona de la mandíbula izquierda.

—¿No se trata de que le vaya a salir un diente?

—No puedo saberlo. Por el momento que beba mucho pero únicamente cosas frías. Le voy a dar una infusión de amapola para el dolor y le colocaré un cataplasma en la mandíbula. Haced un sacrificio a los dioses y que coma muchos higos para prevenir la formación del humor blanco<sup>89</sup>.

Julia estuvo a punto de gritar: ¡No! Sin embargo, la palabra se le quedó atravesada en mitad de la garganta.

Quinctilia y ella pasaron el resto de la tarde con Cornelia y comieron en su

habitación.

—Cornelia tómate otro higo —insistió Quinctilia.

Julia puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Es que me duele mucho al masticar. No quiero —se lamentó Cornelia con un hilito de voz.

—Déjale Quinctilia. Que beba mucha agua.

Julia se acercó a Cornelia y le preguntó:

—¿Cómo sigues?

—Me duele más, Julia.

—¿Puedes abrir un poquito la boca, por favor?

Cornelia abrió la boca cerca de dos dedos. Julia no pudo ver nada, pero la cara izquierda de la mandíbula y el cuello de Cornelia estaban tumefactos y empezaban a tomar una coloración rojiza. Julia comenzó a preocuparse. Cornelia tendría que ser lo suficientemente fuerte como para luchar contra la infección ella sola, porque estaba claro que no se curaría comiendo higos.

—¿Me puedes contar un cuento Julia?

—Claro que sí Cornelia. ¿Cuál quieres que te cuente?

—El de *La bella durmiente*.

—Pues claro que sí. Érase una vez...

Julia empezó a contárselo con un nudo en la garganta mientras todo su corazón sólo pedía una cosa.

«Por favor, por favor, que no sea Cornelia quien me ponga a prueba sobre la segunda ley».

Julio entró en la habitación a última hora de la tarde. Cornelia dormía.

—¿Cómo está? —les preguntó en un susurro.

—Le duele, pero Antistio le ha proporcionado una infusión de amapola para el dolor e higos para curar los humores —informó Quinctilia—. Ahora está dormida, luego volverá a verla.

—Muy bien. ¿Julia puedes venir un momento? Tengo algo que comentarte.

Cuando salieron él le preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa?

—No lo sé bien, pero creo que tiene una infección y te aseguro que eso no lo curan los higos.

—¿Una infección?

—Unos organismos casi invisibles están atacando una parte de su cuerpo, como me pasó a mí con la difteria.

—¿Es grave?

—No lo sé. No soy médico y ni siquiera pude verla bien antes de que se quedase dormida.

—Entonces comprobemos cómo evoluciona. Va ser una noche larga.

Julia asintió.

Los cuatro pasaron la noche en la habitación. Cornelia durmió todo el rato, pero le fue subiendo la fiebre y aumentando la tumefacción en el cuello y la zona izquierda de la mandíbula. Julia se fue poniendo más y más nerviosa por momentos, siendo consciente de que, tal vez ella pudiese hacer algo. Si le diese un antibiótico quizás eso controlase la infección, pero si el destino de Cornelia era morir, Julia cambiaría todo el futuro que ella conocía. Mientras le daba más y más vueltas a esa decisión, comenzó a amanecer.

Julio y Quinctilia dormían cuando Cornelia se despertó.

—Hola Cornelia. ¿Cómo estás? —preguntó Julia.

—Me duele mucho Julia.

—Antistio te dará algo para el dolor.

—¿Tengo algo malo Julia?

—Claro que no. Lo que pasa es que te va a salir un diente —aseguró Julia con un tono de voz muy poco convincente.

—Tengo miedo.

A Julia se le encogió el corazón. Cornelia la miraba suplicante y al cabo de unos segundos Julia tomó su decisión.

«Al diablo con todo».

—Espera un momento Cornelia.

Julia fue hasta su habitación y de su baúl tomó una pastilla de penicilina con clavulánico y otra de paracetamol. Subió de vuelta al dormitorio de Cornelia y al entrar comprobó que Julio y Quinctilia estaban de pie mientras Antistio le administraba un brebaje.

—Hola. Cornelia se despertó y ordené a Burginda que hiciese venir a Antistio —comentó Julio.

Mientras tanto Antistio le insistía a la niña.

—Bebe un poco más, te quitará el dolor.

—¿Qué le estás dando Antistio? —preguntó Julia recelosa.

—Infusión de amapola, pero a pesar de todo que siga comiendo muchos higos para controlar los humores.

Julia dio una patada al suelo impotente. Abrió la mano y observó la pastilla de penicilina.

—También le he administrado Belvio, con eso dormirá un poco más y



recobrará algo las fuerzas.

—Muy bien —aceptó Quinctilia sumisamente.

«¿Pero es que aquí se ha vuelto loco todo el mundo?».

—Si se despertase o se produjese algún cambio llámame —añadió Antistio antes de salir.

Julia salió al pasillo pocos segundos después.

Dio una palmada al aire sin ningún tipo de contemplación y cuando Burginda llegó le ordenó con brusquedad:

—Trae corriendo una jarra de agua y un vaso.

Burginda obedeció. Julia volvió a observar la pastilla y continuó reconsiderando su decisión. Era tan sólo una niña, quería salvarla... Aunque también había niños en su mundo. Rebecca tenía dos hijas y Julia era madrina de una de ellas.

Burginda volvió con una jarra de agua y un vaso y los depositó sobre la mesa.

Mientras tanto Julio y Quinctilia, que tenía la cara desencajada, murmuraban en una esquina.

—¿Avisamos a sus padres ya? —preguntó Quinctilia—. O esperamos a ver cómo evoluciona con el tratamiento de Antistio.

Julia se acercó a la cama, Cornelia dormía.

—¡Cornelia! ¡Cornelia! —exclamó Julia—. Cornelia despierta.

Cornelia seguía durmiendo. Julia le tocó la frente, tenía la piel ardiente y sudorosa.

—¡Le ha subido la fiebre! —gritó Julia.

—Avisemos a sus padres ya —decidió Julio.

—Sí. Encárgate tú —comentó Quinctilia desfallecida—. Yo voy a decírselo a las demás.

Julia se quedó a solas con Cornelia. Le cogió por los hombros y la zarandéo.

—Cornelia despierta, despierta, por favor.

Cornelia no se movió.

—¡Despierta! —gritó Julia mientras la sacudía cada vez más impotente.

Cuando se dio cuenta de que no conseguiría despertarla, se sentó su lado, le cogió la mano y comenzó a llorar desconsoladamente mientras musitaba.

—Tú no, por favor, tú no.

Al cabo de unos minutos llegaron las demás. Todas estaban en silencio alrededor de la cama de Cornelia.

Antistio entró en la habitación un par de veces más y le tocó la frente con expresión grave. Julia ni siquiera se molestó en preguntarle nada. Solamente contemplaba la pequeña figurita tumbada en la cama mientras pensaba que algo tan pequeño y precioso nunca debería sufrir.

Oyó en el exterior las voces de Julio y Quinctilia dialogando con otras personas. La puerta se abrió y el resto de las vestales se pusieron en pie. Un hombre y una mujer con la cara descompuestas, que dedujo que eran los padres de Cornelia, se acercaron a la cama. Todas salieron de la habitación. Ella la última.

Con los ojos llenos de lágrimas de impotencia miró primero a Julio, luego a Quinctilia. Se fue corriendo a su habitación, cerró la puerta, apoyó la espalda contra ella, se dejó deslizar hasta el suelo y rompió a llorar.

Varias horas después la puerta de la habitación se abrió, era Quinctilia.

—¿Ya? —preguntó Julia.

Quinctilia asintió.

Se abrazaron, casi aferrándose, como intentando encontrar algo estable en ese mundo tan traicionero.

Por la tarde se encontraban todos en la *cella*, el templo de la *Domus Pública* donde se realizaban los velatorios. Ya le habían realizado a Cornelia una máscara de cera y su cuerpecito había sido lavado y perfumado. Estaba rodeada de flores aunque dos macabras monedas cubrían sus ojos y le habían colocado con los pies en dirección a la puerta que estaba decorada con ramas de ciprés.

Según la tradición, Julio se encontraba *capite velato*<sup>90</sup>, con parte de la toga pero lo que podía observar de su rostro presentaba una expresión grave. Volvió a contemplar el pequeño cuerpo de Cornelia y sintió una terrible punzada de culpabilidad en su pecho. ¿Y si hubiera actuado antes? ¿Por qué dudó durante tanto tiempo? Quinctilia estaba a su lado con expresión desfallecida, nunca antes le había visto tan vulnerable. Las dos se estaban cogiendo la mano. Julia recorrió con la vista el sombrío cuarto, el templo que se encontraba entre las dos alas de la *Domus Pública*.

Después de lo que fueron unos días interminables, o tal vez una semana se acercaron por turnos para despedirse de ella. Julia contempló por última vez su deliciosa carita y le susurró:

—Adiós mi preciosa y dulce Cornelia. Ojalá pudiera despertarte con un beso —la besó y se echó a llorar.

Tras volver del cortejo fúnebre y de la incineración de Cornelia, Julia

acompañó a Quinctilia a su cuarto. Se desplomó sobre una silla y hundió la cabeza entre sus manos. Quinctilia sin mediar palabra le entregó un vaso de *mulsum* y se sentó a su lado con otro. Las dos chocaron los vasos desfallecidamente y bebieron sin decir nada.

Tampoco era necesario hacerlo.

## EL DOS DE RACHMANINOFF, UN POCO DE ALBINONI Y ALGO DE PACHELBEL

El Sol no tuvo ningún tipo de compasión, mostrando toda su belleza y esplendor, el triste día posterior a la incineración de Cornelia. Tras desayunar con Julio, Julia permaneció todo el día en los departamentos de las vestales. No tenía la energía ni las ganas necesarias como para hacer nada que no consistiese en una tarea puramente rutinaria, por lo que se dedicó a hilar lana. Lo que sí necesitaba desesperadamente era rodearse de personas a las que apreciase. Al cabo de unos minutos se hastió de la rueca y comenzó a pasear apáticamente contemplando las tareas que desempeñaban las demás.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó.

—Sí, claro —contestó Quinctilia con voz débil—. ¿Ves toda esa pila de papiros? Son testamentos que hay que clasificar por el nombre de la *gens* y guardarlos en sus respectivas casillas, que se encuentran distribuidas, por orden alfabético, por toda la habitación y en los sótanos.

—Perfecto, muchas gracias.

Así pasaron todo el día sin comentar nada ni hacer otra cosa que trabajar. Durante la melancólica cena Quinctilia rompió el silencio y exclamó:

—¡Julia, tengo que urgir a Julio para que modifique su testamento! El único que tenemos es el que redactó en los Idus de Septiembre y tú no constas en él.

—No te preocupes Quinctilia, no hay prisa. Puede hacerlo el último día antes de irse a Partia.

«Para entonces ninguno de los dos estaremos aquí».

—No, Julia, después de lo que te pasó a ti, y de la muerte de Cornelia, tú mejor que nadie deberías saber que todos podemos morir en cualquier momento. Hablaré con Julio mañana.

—No, no lo hagas, está muy ocupado. Espera un poco. Esta casa no va a tener tan mala suerte.

—Peores cosas he visto. Aunque hayamos realizado la ceremonia de la *muria*, ya sabes que la muerte golpea siempre tres veces —afirmó Quinctilia mientras cruzaba los dedos índice y corazón para ahuyentar la mala suerte.

—No, no lo sabía.

Pero en el caso de la *Domus Pública* estaba claro quiénes serían los dos siguientes, Julio y ella. Julio en los Idus de Marzo y ella suicidándose en la bañera o ahogada al hundirse el barco que informaría que la llevaba a

Hispania.

—Por favor, no quiero que le saques ningún tema relacionado con la muerte por el momento. Bastante mustias y melancólicas estamos ya todas. Hasta mañana.

Julia necesitaba sentir algo bello. En su habitación comenzó a escuchar música con el MP3. Siempre le había encantado el *concierto número 2* de Rachmaninoff, era su favorito y resultaba perfecto para su estado actual de ánimo. No era demasiado tarde pero estaba a punto de quedarse dormida por el agotamiento de los últimos días. En ese momento advirtió que abrían la puerta. Era Julio.

—Hola.

—Hola —contestó Julia con cara de circunstancias mientras se quitaba uno de los auriculares.

—*Quomodo vales?*<sup>91</sup> —Julia encogió los hombros—. Ya —dijo Julio—. ¿Qué haces?

—Estaba escuchando música.

Él se acercó.

—¿Cómo?

Ella tomó el auricular que se había quitado y lo tendió hacia él.

—Colócatelo en el oído como hiciste en Alba Longa. No, espera, toma los dos, en realidad esto era un regalo para ti, aunque lo esté usando yo. Mira, aquí se apaga y se enciende, con esta rueda se sube y se baja el volumen. Apretando este botón puedes retroceder y con este vuelve a sonar. Que lo disfrutes.

—Gracias —se despidió Julio—. Que descanses.

—Tú también.

Julia se acostó esperando que el nuevo día trajese algún instante de alegría, aunque fuese mínimo.

Por la mañana bajó a desayunar pero Julio no estaba en el *triclinium*. Permaneció esperándole mientras contemplaba el atrio aunque sin reparar en nada en concreto. Su mente estaba en otro mundo.

Pasado un buen rato decidió ir a su habitación a buscarle, tampoco tenía nada mejor que hacer. Cuando entró en ella, él tenía los cascos puestos y se encontraba con la vista perdida en el infinito. Se giró durante un momento para contemplarla con expresión abstraída y luego volvió al lugar imaginario donde se encontraba. Al cabo de unos instantes comentó, aparentemente para sí mismo:

—Nunca había oído nada tan hermoso en mi vida. Es tan bello que... Casi duele.

—Sí, a mí me pasa lo mismo.

—Es una sensación similar a la que debe experimentarse en el Elíseo. ¿Estos sonidos los han realizado seres humanos?

—Por increíble que parezca sí.

—¿Cómo?

—Un genio los inventa y otros los interpretan en instrumentos musicales. Como vuestras liras y flautas, pero más sofisticados.

—¿Tú puedes hacer algo así?

—No, no llego a tanto. Empecé a tocar el violín, pero me quedé en un curso medio.

—¿Cómo es el violín?

—Es de madera con cuatro cuerdas que se frotan con otras.

—Frotando unas cuerdas se puede conseguir algo tan perfecto... Increíble —mientras continuaba mirando al infinito añadió—. Trae uno y enséñame a tocar así. No se me ocurre nada más placentero en esta vida.

—Es imposible. No puedo enseñarte tanto, no soy tan buena.

—Busca la forma.

—Se necesitan décadas para poder interpretar algo así.

—¡Pues nadie evitará que lo siga intentando hasta el día de mi muerte!

*Tamdiu discendum est, quamdiu vivas*<sup>92</sup>. ¡Consíguelo!

Julia asintió desfallecida.

—Pensaré en algo.

Mientras salía por la puerta escuchó como él murmuraba:

—*Vita brevis, ars longa*<sup>93</sup>.

El resto del día lo dedicó a trabajar con Quinctilia y las demás.

Sólo deseaba que las horas pasaran.

## TAREAS PENDIENTES

Por la mañana, mientras desayunaba con Julio, sacó un tema que resultaría muy apropiado para llenar su tiempo realizando algo constructivo mientras desconectaba de pensamientos lúgubres.

—Tengo algo que comentarte.

Julio permaneció contemplándola.

—Muy bien. ¿Sobre qué quieres que hablemos?

—Aún no te he comentado con mucho detalle lo que causa las infecciones. Los organismos de los que te hablé se llaman virus y bacterias. Son unos seres tan pequeños que resultan casi invisibles, pero en mi tiempo, si se dispone de una muestra de dichos seres se pueden crear remedios llamados vacunas. Si éstas se inyectan mediante una punción a una persona se consigue que nunca contraiga la enfermedad. El problema radica en que los virus y bacterias de mi época resultan tan evolucionados con respecto a los que existen ahora que las vacunas no funcionan. Por eso enfermé de la difteria. Me encargaron que tomase muestras de los virus y bacterias de este tiempo para poder producir vacunas en el futuro, que funcionasen contra patologías de esta época.

Julio la escuchó asombrado.

—¿Entonces en el futuro la gente no muere?

—Todos morimos, pero de otras causas o de virus y bacterias para los que no se puedan elaborar vacunas, que también los hay.

—Por supuesto, esas vacunas que fabriquéis en el futuro no se utilizarán para salvar a nadie de los que vivamos ahora.

—Lo siento pero no. Servirán para proteger a cualquier viajero del tiempo que acudiese a alguna época entre ésta y la mía.

—¡Cuántas vidas se habrán salvado en el futuro con tan sólo una punción! Resulta asombroso lo que algunos seres humanos son capaces de conseguir.

—Después de la potabilización de las aguas es el descubrimiento de la medicina que más vidas ha salvado, aún por delante de los antibióticos, que son las medicinas que matan a esos virus y bacterias.

—Las vacunas consisten en una especie de ataque preventivo.

Julia sonrió por primera vez en cuatro días.

—Sí, algo así.

—¿Qué necesitas? Te ayudaré.

—Muestras de sangre y de la región posterior de la boca de gente enferma. Dispongo material con el que tomarlas y una nevera para conservarlas en frío.

—Poco a poco. ¿Qué es eso de una nevera?

A Julia se le iluminó la cara.

—Es verdad, aún no te la he enseñado. Espera un momento.

Fue corriendo hasta su habitación y volvió con la pequeña caja de metal.

—Siente esto.

Julia abrió la nevera y él notó una corriente de aire gélido en su cara. Al principio permaneció inmóvil, sin reaccionar, luego introdujo suavemente su mano en la nevera y delicadamente, con el dedo índice, fue recorriendo la pared.

—¡Milagroso! —exclamó.

—Sí. Las muestras de sangre deben conservarse en frío y en una sustancia que impida que se coagule, pero tengo cientos de tubos de ensayo para eso — Julio seguía acariciando la nevera—. Necesitaría acudir a las consultas que has creado, donde tienes a sueldo a los médicos, para poder tomar muestras de los enfermos que vean —Julio no contestó. Continuaba examinando la nevera—. ¿Julio?

—¿Sí?

—¡Que tengo que ir a las consultas que has creado para tomar muestras!

—De acuerdo, pero no lo hagas tú, que lo haga otro.

—¿Cómo voy a enseñar a alguien de este tiempo a sacar sangre, tomar muestras faríngeas y guardarlas en una nevera? ¡Tengo que ser yo!

—Sería muy extraño, impropio y resultaría muy poco digno.

—¡Eres el Pontífice Máximo de Roma! Busca alguna excusa religiosa. Yo que sé, Júpiter Óptimo Máximo te ha iluminado porque... Requiere un sacrificio... De la sangre de enfermos romanos... Para proteger al Estado... No sé, para que la futura guerra contra Partia tenga buenos augurios o algo similar. En el resto de sacerdocios, como el *flamen dialis* o *martialis* las esposas también tienen cometidos religiosos. Sobre esto puedes declarar que Júpiter Óptimo Máximo te ha inspirado sobre la importancia de que me encargue yo.

—Podría valer. ¿Y lo de la nevera?

Los dos dijeron a la vez.

—Es un objeto mágico requisado a un druida de las Galias.

Se miraron y sonrieron.

—Está bien, pero llévate a Eunice, a Marco y a un par de esclavos más. Que parezca que llevas un séquito para que resulte más digno y también sea más seguro. Le comentaré a Antistio que os lleve de visita por las consultas.

—Perfecto, gracias. Así sentiré que hago algo útil.

—A mí me estás resultando muy útil. Por cierto, mañana tenemos una cena.



—¿Sí, en casa de quién?

—No lo sé, dímelo tú.

—Dentro de dos mil años no se habrá guardado tu agenda minuto a minuto.

Julio sonrió, luego contestó.

—En casa de Cneo Domicio Calvino.

—¡Ah sí! Es un buen amigo tuyo, deseaba conocerle. ¿Quién más acudirá a la cena?

—Marco Antonio, Lépido, la familia y algunos amigos como Marco Junio Bruto, su cuñado Casio, Balbo, Décimo Bruto, Cayo Trebonio, Cayo Opio, Dolabella y algunos más. Ya es hora de que te conozcan.

El rostro de Julia se ensombreció mientras escuchaba algunos de los nombres.

—Te acompañaré encantada.

—Perfecto. ¿Cuando vuelvas de tu misión en las consultas de los médicos, quieres que cenemos juntos?

—Por supuesto. Decide sobre qué quieres que hablemos esta vez y lo tendré preparado —contestó Julia.

—Relájate un poco, vas a tener un día ocupado. Ya veremos que surge — hizo una pausa, esbozó una sonrisa y añadió—. Espero que no eches de menos el *mulsum*, que tomas de vez en cuando con Quinctilia, por cenar conmigo — Julia le miró y notó una ola de calor en su cara. Él se rio—. Como las dos sois discretas no he dicho nada. Mientras sigáis así y sea de vez en cuando, por mí no hay problema. Bueno, me voy al Senado pero antes hablaré con Antistio. Hasta la noche.

—Hasta luego y gracias.

Él asintió.

Julia disfrutó de ese día como no recordaba en mucho tiempo. Julio le había concedido la ciudadanía romana a cualquier médico que quisiera establecerse en Roma, les había proporcionado una consulta y un sueldo a cargo del estado. El primer sistema sanitario público universal. Era muy rudimentario pero increíblemente avanzado para la época.

Cuando entró en la primera consulta acompañada por su séquito, todo el mundo se apartó y quedó boquiabierto. A ella esa situación le resultó muy incómoda, no le agradaba nada ser la causa de tanta expectación. Julia sólo quería realizar su trabajo discretamente, pero eso iba a resultar imposible. Antistio comenzó a informar al médico que pasaba consulta en ese despacho.

—Estamos aquí por mandato del Pontífice Máximo. Júpiter Óptimo

Máximo requiere una ofrenda de romanos enfermos para que la futura guerra contra Partia le sea propicia a Roma.

—Por supuesto, por supuesto —contestó el médico asintiendo—. ¿En qué consiste?

—En un ritual únicamente revelado a él y a su familia. Su esposa, aquí presente lo realizará.

—Sólo es necesario efectuárselo a algunos de los enfermos —comentó Julia—. Júpiter Óptimo Máximo me iluminará para determinar quiénes son los elegidos. Estaré aquí sentada, mientras usted trabaja, hasta que reciba la señal.

—Lo que necesites. Será un gran honor.

Julia sonrió y se acomodó en la silla que le acercaron. Aunque intentaba no aparentarlo, no se sentía bien recibiendo tanta pleitesía ni siendo el centro de todas las miradas, pero le encantaba la oportunidad de poder ver al auténtico pueblo romano.

Los dos primeros pacientes fueron una madre con su hijo de catorce años, que la observaban más a ella que al médico. Julia comprobó que ambas mejillas del niño estaban hinchadas. Le preguntó al médico, después de que este le examinara.

—¿Qué enfermedad crees que tiene?

—Parotiditis.

Julia asintió.

—Creo que he recibido una señal. Júpiter requiere la ofrenda de un poco de sangre de este paciente.

Se acercó a la madre y al niño con su bolsa les sonrió y añadió:

—¿Os importa que te acaricie la garganta con este palito y que te realice un pequeño pinchazo en el brazo? Te molestará muy poco.

—Por favor, *dómina*, para nosotros será un honor.

—Júpiter os lo agradecerá, salvaréis a muchos hijos de Roma.

—Nos sentiremos muy honrados.

—Muchas gracias —Julia extrajo la torunda y le explicó al niño—. Por favor abre la boca, seré muy rápida para que te moleste poco —todos en la habitación la observaban atónitos—. Muchas gracias. Ahora coloca tu brazo aquí, por favor.

El joven así lo hizo.

—Esto te va a comprimir un poco el brazo, lo siento —comentó mientras le anudaba una goma alrededor.

—Ahora notarás algo frío —añadió mientras le untaba la piel con alcohol

—. Y ahora sentirás un pequeño pinchazo, lo siento.

—No hay problema, *dómina*, es un gran honor.

Mientras él contestaba ella le introdujo la aguja en la vena, la acopló al tubo de vacío y una pequeña cantidad de sangre comenzó a llenarlo. Julia extrajo la aguja, le presionó la zona con una gasa y le explicó:

—Sigue apretándote así —les sonrió a la madre y a él—. Muchísimas gracias en nombre de Júpiter Óptimo Máximo.

—Por favor, *dómina*, el honor es nuestro.

—No, es mío. Vuestro sacrificio ha resultado valiosísimo, muchas gracias —Julia añadió—. Por favor doctor, prosiga.

Julia guardó las dos muestras en la bolsa, pero manteniendo la nevera escondida en su interior. Contemplarla resultaría demasiada impresión para cualquiera que viviese en ese siglo. No deseaba tentar aún más a la suerte.

Después tratar a ese paciente, el médico recibió a otros cuarenta más. Así transcurrió casi todo el día. Cuando se disponía a volver a la *Domus Pública* con su preciada carga les comentó a todos:

—Muchas gracias por vuestra colaboración en esta misión de los dioses.

—Ha sido un honor, *dómina* —contestó Antistio.

—No, en serio Antistio, me ha gustado mucho que me acompañases a esa consulta. Te estoy muy agradecida.

Él sonrió incómodo.

Al llegar a la *Domus Pública* Julia acudió corriendo a su habitación, abrió su baúl de los secretos y allí depositó la nevera con su preciada carga. Se desplomó sobre la cama para descansar un poco y esperó a que llegase la hora de la cena. Cuando bajó Julio no estaba en el *triclinium*. Volvió a su habitación, tomó su tratado sobre retórica y continuó leyéndolo. Al cabo de casi media hora él llegó corriendo.

—Lo siento.

—No te preocupes, sé que tienes mucho trabajo. ¿Puedo colaborar en algo? Me ayudaría más a mí que a ti.

—La verdad es que todas las cartas que les dictaste a mis escribas me quitaron mucho trabajo.

—Faltaría más. ¿Hay algo más que pueda hacer?

—Claro, conquista Partia tú sola para Roma —contestó con una sonrisa burlona.

—Algo que no fuese a cambiar el futuro.

Mientras tanto les fueron trayendo la cena.

—Sí, claro, podrías ayudarme con tres proyectos. Tenemos que continuar con el cálculo de los últimos costes de la campaña. También quiero que revises los presupuestos que me han entregado sobre esta fase de la construcción de la basílica Julia y del nuevo foro, comprueba que cuadran con los cálculos que tú realices. Ocúpate tú sola de ello y me quitarás mucho trabajo. Y por último, algo que creo que encaja bastante con tus obsesiones y que te va a resultar casi tan interesante a ti como a mí. Encárgate de la selección de los libros para las bibliotecas latina y griega que estoy construyendo en Roma.

Julia se quedó con la boca abierta de la emoción. Al cabo de unos segundos contestó:

—Sí, sí. Muchísimas gracias, me encantará... Pero aunque conozco el nombre de muchísimos libros que se han perdido para mi tiempo, seguro que existen muchos otros cuya existencia desconozco y que puedan resultar muy interesantes. Por ejemplo, no sé si las supuestas memorias de Publio Cornelio Escipión, existieron de verdad y se perdieron o son un mito.

—Existen de verdad. Marco Terencio Varrón colaborará contigo y te pondrá en contacto con otros entendidos que te ayuden a identificar los supuestos libros de más interés. Ya os presentaré. Decide tú cuales solicitar, organiza un sistema de clasificación y hazte una copia personal de los que desees.

A Julia se le iluminó la cara.

—Sí, seré muy rápida. Les sacaré alguna foto o casi mejor, los escanearé con la impresora que me he traído.

—¿Escanear?

—Hacer una copia instantánea de una página. Muchas gracias, es un regalo fantástico.

—Ya era hora de que una ciudad como Roma tuviese alguna biblioteca pública. Que te encargues tú de ello me permitirá disponer de más tiempo para dedicarme a otras tareas. ¿Qué tienes en las manos? ¿Mi tratado de retórica?

—Sí.

—Nunca me dijiste que te parecieran mis libros. Los que no habías leído.

—Me encantaron. Son fantásticos.

Él sonrió complacido.

—Por cierto, ya los hice enterrar en la habitación hasta los próximos dos mil años.

—Gracias.

—¿Tú serás la propietaria de todos mis libros inéditos?

—No, no funciona así. Una persona no es dueña de hallazgos arqueológicos tan sólo porque los haya encontrado. El patrimonio histórico pertenece al Estado. Tus libros se volverán a editar y los originales se conservarán en un museo.

—Nunca me has explicado nada sobre la legislación de tu época. Es un tema que me interesa.

—Ya lo sé, en esta etapa de tu vida tu principal actividad es la de legislador. ¿Qué quieres saber?

—A ver, exploremos las opciones. ¿Y si lo que se descubriera fuese un tesoro tampoco le pertenecería a quien lo encontrara?

—En principio depende de la legislación de cada país. Pero por lo general si se considera que el tesoro posee valor histórico para el patrimonio nacional su propiedad sería del Estado. A quien lo descubriera y al dueño del terreno donde se encontrase se les entregaría una recompensa.

—¿De cuánto?

—Depende de la legislación de cada país. Podría llegar hasta la mitad del valor del tesoro a repartir a partes iguales entre el dueño del terreno y el descubridor. Y, por supuesto, adicionalmente tendrían que abonar los impuestos correspondientes por ese capital.

Julio asintió. Siguió cenando en silencio. Julia estaba feliz, aunque inevitablemente su mente volvió al tema que le había mortificado durante los últimos días y su cara nuevamente se ensombreció.

—¿Qué te pasa? —preguntó Julio.

—Cornelia.

—Ya —la mente de Julia volvió a divagar y su expresión adquirió un gesto atormentado—. Julia, ya vale. Por desgracia la muerte es un tema sobre el que cuento con bastante experiencia. Lo de Cornelia fue una tragedia, pero ella está muerta y tú no. Deja de fustigarte o te destruirás.

—Era sólo una niña.

—Eso lo hace aún más duro pero fue algo inevitable y hay que seguir adelante. Yo he perdido a una hija y te aseguro que a nadie beneficia, ni a ella ni a los que te rodean, que tú mueras en vida.

—No, no lo entiendes. La muerte de Cornelia puede que no fuese inevitable. Yo tenía una medicina, estuve a punto de dársela. Tal vez si se la hubiese administrado a tiempo ella ahora estuviese viva.

—Ya... Ahora lo entiendo —Julio y ella permanecieron en silencio

durante unos segundos, al cabo de los cuales él prosiguió—. Puede que sí, o puede que no. Tal vez a pesar de todo nunca la hubieses salvado. Tomaste tú decisión y nada puede cambiarlo ya. Tenías tus motivos para dudar y eran unos motivos muy bien fundados. Sigue adelante.

—Yo no puedo ser tan fría —contestó Julia con rabia.

—Aprende a serlo o nunca tendrás la más mínima oportunidad de ser feliz.

—¿Y siendo frío se es feliz?

—En cierta manera sí. Al menos no se es tan infeliz.

—No sé si eso me compensa. Hubo un momento en mi vida, en el que decidí ser así y no me gustó la persona en que me estaba convirtiendo.

—Supongo que cada uno ha de encontrar su propio equilibrio. Mira, hay momentos en la vida en los que debemos hacer cosas que no nos gustan, o que van contra nuestra naturaleza, pero que son nuestra obligación; así que, resulta un desgaste inútil tener remordimientos por ello. Cada uno debemos cumplir con nuestro deber y luego seguir adelante —«¿cómo dejarte morir también a ti?», pensó Julia. Él prosiguió—. En la guerra de las Galias también murió mucha gente. Casi todos soldados, aunque también población civil. Pero gracias a eso la población civil de Roma, que es mi hogar, está a salvo y nunca volverá a ser invadida y masacrada por los galos como ocurrió hace doscientos años.

—¿Dejaste morir de hambre a la población civil de Alesia! —señaló Julia con rabia.

—¿Yo? ¿Qué lo hice yo? Yo estaba sitiando a Vercingetorix en Alesia, pero a su vez todo el resto del ejército galo me estaba sitiando a mí. Tuve que construir una doble muralla en la que dejé encerrado a mi ejército. No teníamos provisiones. Como Vercingetorix tampoco las tenía en Alesia, mandó a su población civil a mi campamento para que les alimentase yo.

—Y no lo hiciste.

—No tenía ni siquiera que dar de comer a mis hombres. No les acogí pero tampoco les maté. Les mandé de vuelta con Vercingetorix.

—Que tampoco les acogió.

—Era su población civil, no la mía. Pudo rendirse y todos habrían sobrevivido. En mi defensa te diré que yo nunca habría hecho algo así con mujeres y niños romanos —dijo con un tono de voz cada vez más elevado.

—Ya.

—Para juzgarme tan duramente debiste vivir lo que fue aquello. Casi exterminan a todo mi ejército. Mis aliados galos, los eduos, asesinaron a

traición a uno de mis destacamentos que circulaba confiadamente con ellos y se pasaron al bando de Vercingetorix. No podía correr riesgos.

Julia guardó silencio durante unos instantes, luego musitó.

—Supongo.

—No lo supongas. Puede que en tu mundo del futuro ideal y perfecto no haya guerras y todos viváis felices, llenos de amor, armonía y buenos sentimientos, pero te garantizo que esta época no es así. Y cuando los galos y los cartagineses invadieron Italia te aseguro que no tuvieron ninguna compasión.

Julia encogió los hombros desfallecida.

—Estuve en Alesia —exclamó sin más.

—¿En serio? —preguntó Julio.

—Por supuesto. ¿Cómo iba a perdérmelo? Estuve trabajando allí nada más terminar la carrera en unas excavaciones intentando identificar donde estaba el emplazamiento de tu campamento y el de Tito Labieno, pero no llegamos a establecerlo de forma exacta. Lo que sí supimos ubicar fue la explanada donde mandaste construir todo tu sistema defensivo para paliar, en la medida de lo posible, un ataque desde el interior de Alesia. Encontramos restos de los afilados tacos de metal que sembraste allí para impedir cualquier avance del ejército de Vercingetorix desde Alesia. Debió ser una batalla impresionante.

—Sí que lo fue. En último término se trató de todo o nada. La victoria pudo caer hacia cualquiera de los dos bandos.

—Al final tuviste que acudir tú mismo a luchar en primera línea.

—Sí, la vanguardia estaba cayendo. Nosotros éramos 45.000 y ellos 250.000. Me había quedado sin reservas, salvo mi guardia personal, y la experiencia me había enseñado que en una situación desesperada lo único que puede salvarte es que la moral del ejército permanezca alta y lo que necesitaban las tropas era un buen espectáculo para subirla.

—¿Por eso bajaste desde la colina con tu *paludamentum*<sup>94</sup> y tus últimas tropas para luchar en primera línea? Como tú dices, debió ser un buen espectáculo.

—Sí, pero no me pidas que lo repita para que puedas sacarme una foto —comentó con un amago de sonrisa.

—Identificarte tan claramente con la capa escarlata te hizo un objetivo muy visible.

—Sí, pero también necesitaba que me viesen mis hombres. Era el momento del todo o nada. O ganábamos la batalla o lo perdíamos todo.

—¿Daría cualquier cosa por haber presenciado ese momento!

—¿Así que estuviste allí?

—¡Claro! He estudiado tu vida. También estuve en Gergovia.

—¿En Gergovia también?

—Por supuesto. Me subí el Puy Dome.

—¿Qué es eso?

—El pico más alto de todos los que se ven desde la zona. Desconozco cómo se llama en esta época.

—Es una buena subida.

—Sí, pero muy agradable. Lo único que me molestó fue el frío, y eso que lo subí en julio.

—¿Que cuándo lo subiste?

Julia entonces fue consciente de que él no sabía qué mes era julio y esbozó una sonrisa. Al cabo de un rato prosiguió.

—Julio es el mes *quinctilis*, en el que tú naciste. Se llamará julio por ti, lo decidirá el Senado dentro de aproximadamente un mes. Se adoptará el cambio de nombre poco antes de tú... De que tú vayas a Partia. Y el trece de julio, el día de tu cumpleaños, lo declararán fiesta nacional. Bueno, a lo que iba, cuando subí esa montaña, en julio, estábamos a dos grados centígrados, me imaginé lo duro que debió ser cuando cruzaste toda la cordillera en invierno.

—No tenía opción. Mi ejército se encontraba dividido y Vercingetorix estaba hostigando a las tropas del norte que estaban al mando del hermano de Cicerón, Quinto. Llevé las legiones del sur a reunirse con las dos que estaban acampadas en el territorio de los lingones.

—Sí, también estuve allí. Dedicué un verano a realizar tu recorrido de la guerra de las Galias.

—¿Recorriste todos los campos de batalla?

—Por supuesto. Algunos han cambiado bastante, pero siempre intentaba abstraerme para imaginar cómo debieron ser. Ya te enseñaré fotos de cómo son ahora... Dentro de dos mil años.

Julio asintió mientras meditaba.

—¿Y todo lo recorriste en un verano?

—Sí, excepto la época que estuve trabajando en Alesia, allí permanecí seis meses. En mi tiempo se viaja rápido.

—Yo también viajo siempre muy rápido.

—Sí, pero en mi época se pueden recorrer veintisiete *leugas*<sup>95</sup> en una hora.

—¿En avión?



—No, el avión es más veloz. En coche.

—¿Qué es un coche? Me comentaste algo sobre unos coches que hay en Marte, ¿no?

—Una especie de litera que circula sin que ningún animal tire de ella.

—Me encantaría verlo.

—Te lo enseñaré en un vídeo. Mi siguiente proyecto consistirá en organizar dos excavaciones, una para intentar emplazar la localización exacta del lugar donde se desarrolló la batalla de Munda y otra para ubicar el lecho del río Rubicón. Dentro de dos mil años no se conocerá donde se encontraban.

—Pero, ¿cómo es eso posible?

—El Rubicón se secó y del campo de batalla de Munda sólo se conoce el área aproximada donde se encontraba, no la localización exacta.

—Munda fue mi batalla más difícil. Pudo convertirse en una derrota catastrófica.

—Fue la única ocasión en que consideraste el suicidio, ¿no?

—Estuve a punto, me faltó muy poco. Sin embargo, al final los que perdieron todo el ejército fueron ellos y Tito Labieno el que murió. Hechos así enseñan que nunca hay que perder la esperanza.

—Pues ahora... Dentro de dos mil años no se conocerá su ubicación.

—El tiempo lo borra todo.

—Mucho sí, pero todo no. Lo más difícil de localizar, de forma exacta, suelen ser los campos de batalla. Otro verano fui a Grecia para poder visitar la zona aproximada donde se produjo la batalla de Farsalia.

—Farsalia —murmuró Julio para sí mismo—. Parece que formase parte de otra vida.

—Intenté emplazar el lugar aproximado donde tenías al ala derecha de tu infantería, la que detuvo a la caballería de Tito Labieno y determinó el curso de la contienda.

—Farsalia... Fue la última vez que vi a Pompeyo vivo.

Él se recluyó en su mundo durante unos minutos, al cabo de los cuales Julia comentó:

—Por cierto, aún es pronto y necesitaba distraerme un poco. ¿Te queda mucho trabajo para esta tarde?

—Sí. ¿Por qué?

—Hay algo que me he traído del futuro y que quería enseñarte desde hace tiempo.

—¿El qué?

—Tú me llevaste al teatro, así que te has ganado que yo te lleve al cine  
¿Te apetece ver una película esta noche?

—¿Una película?

—*Espartaco*.

Julio la observó intrigado.

## ESPARTACO

Los dos se encontraban sentados en el despacho de Julio, con la vista dirigida hacia a mesa donde Julia había colocado el ordenador.

De todas las películas que pudo seleccionar, *Espartaco* le pareció la mejor opción. No debía elegir un largometraje en el que se narrasen sucesos posteriores a su tiempo, como *Gladiator*. Por otro lado, una película de una época demasiado moderna podía perderle un poco. En primer, lugar consideró el largometraje *300*, pero le pareció que su primera película no debía ser tan pródiga con los efectos especiales y por descarte al final se quedó con *Espartaco*. Él había vivido esa guerra, pero en una época anterior a la que ya se encontraban, así que no le desvelaría nada sobre el futuro. También dudó sobre si ponerle la serie en lugar de la película, pero en aquella salían demasiadas escenas de sexo explícito como para que resultase cómodo verla a su lado. Además, con esa película seguro que él haría comentarios sobre lo que supuso esa guerra en profundidad y así ella aprendería un poco.

—Te advierto de que en el futuro no se conoce el aspecto que tenía Espartaco. Su papel lo representa un buen intérprete que es posible que no se le parezca en nada. Por otro lado, la película no resulta históricamente fiable, tú sales muy poco en ella y el actor que hace de ti casi no se te parece.

—¡Que escritores más inútiles! ¿Y no dispones de alguna película en la que yo salga más?

—Por supuesto. Existen muchas sobre tu vida, pero como comprenderás no he sido tan torpe como para haberme traído ninguna... Y menos aún habiéndote dado la contraseña de los ordenadores. No te molestes en rebuscar entre todos los archivos y carpetas, no encontrarás ningún documento histórico sobre ti.

Julio esbozó una sonrisa.

—Ya lo hice. Pero sólo fui capaz de consultar los de Word y Excel.

—Este es un archivo de vídeo. Te advierto sobre una cosa, los actores hablan en inglés. Yo he traducido toda la película al latín y debajo de cada escena estará escrito lo que digan, pero tendrás que pasarte la película leyendo.

—Leo rápido.

—Bueno, pues prepárate para tu primera película —introdujo con voz de maestro de ceremonias—. No esperes demasiado del argumento después de haberlo vivido. Además, según la película la rebelión de Espartaco estuvo plenamente justificada.

Julio resopló.

—Se trata sólo de tener la experiencia de haber visto una película.

—Venga, que empiece ya.

—Apaga la linterna, si no se verá bien la pantalla.

Julio así lo hizo, ella presionó el *play* y así pasaron los siguientes ciento ochenta minutos. Excepto cuando realizaba algún ademán de incredulidad, Julio pasó todo el trascurso de la película absorto en la pantalla y sonriendo.

## BRUTO

Al día siguiente, después de desayunar con Julio, se dirigió hacia el ala de la casa de las vestales para pasar con ellas la mañana. Las encontró a todas, excepto a Aemilia que estaba de guardia protegiendo el fuego sagrado, entregadas a una frenética actividad.

—A medida de que se acerca la fecha de comienzo de la campaña llegan más testamentos. No damos abasto. ¿Deseas ayudarnos?

—No tienes que preguntar. Me hacéis un favor dejándome participar.

Al cabo de un rato Quinctilia comentó cabizbaja.

—Estamos seleccionando a una joven patricia para ocupar el lugar de Cornelia.

Julia la observó con la cara llena de dolor, como si Quinctilia le estuviese traicionando.

—Hay que hacerlo Julia.

Ella relajó sus rasgos, encogió los hombros y comentó resignadamente:

—Ya lo supongo. ¿Y quién va a ser la... Afortunada?

—Aún no lo sé. Se han ofrecido una Claudia, una Servilia y una Sulpicia y podemos preseleccionar a alguna más. Julio tendrá que decidir. Pero no corre prisa. Puede hacerlo a lo largo de este mes.

Julia quería que se demorasen más en elegirla, no deseaba encariñarse con ninguna otra. Resultaba demasiado doloroso. En ese momento, Burginda entró en la habitación y dirigiéndose a Julia le informó:

—*Dómina*, el maestro de oratoria le aguarda en el atrio para su clase.

Julia sintió como si recibiese una puñalada en el corazón. Al cabo de unos segundos contestó:

—No, no puedo. Dile que hoy no me encuentro en disposición de ir a clase. No, detente, iré yo.

Julia acudió al atrio.

—Buenos días, *dómina*.

—Buenos días. Muchísimas gracias por todo, has sido un profesor extraordinario y te estoy muy agradecida, pero no proseguiré con tus clases. De todas formas, dentro de poco tendremos a una nueva virgen vestal, levemente menor que Cornelia, y nos encantaría que reanudases las clases con ella. Aunque esta vez yo no acudiré.

Él ensombreció su expresión.

—¿Te he ofendido en algo, *dómina*?

—No. Has sido un profesor extraordinario, pero sinceramente, acudir a tus

clases me recordaría demasiado a Cornelia.

—Como desees, *dómina*.

—Seguirás cobrando y aproximadamente dentro de un mes tendrás una nueva alumna. Muchas gracias por todo.

Él se inclinó levemente antes de retirarse.

Julia respiró hondo y volvió a la sala donde la esperaban las demás.

Después de comer con ellas, llamó a Eunice para que le ayudase a arreglarse para la cena. Tras darse un baño seleccionó el mejor vestido que tenía, uno de color rojo recomendado por Atia. Ésta le había insistido, como sólo ella sabía hacerlo, en que era la última moda.

—¿Quieres que te realice un peinado que he aprendido hace poco? Se lleva mucho.

—¿En qué consiste?

—Se recoge parte del cabello en la zona superior de la cabeza aunque posteriormente se dejan sueltos muchos mechones ondulados, algo así como tirabuzones que caen sobre los hombros.

Julia recordó las palabras de Atia.

«Tienes que ir perfecta, si no te criticarán».

Había que darle importancia a todo eso. Esa cena era primordial para su misión allí, su aspecto debía ser impecable. Debía adquirir exactamente la imagen de lo que aparentaba ser.

—Está bien Eunice. Empieza.

Después de estar una hora trabajando afanosamente Eunice concluyó:

—Ya he terminado, *dómina*.

Julia se contempló en la superficie de plata pulida que hacía las veces de espejo y que Eunice le había acercado. Julia sonrió. Era el primer peinado que le habían hecho en esa época que le gustaba.

—¿Ahora quieres que te maquille?

Julia dudó. Recordó las palabras del comediante Plauto.

«Una mujer sin maquillaje es como una comida sin sal».

De todas formas Julia siempre se había visto mejor sin maquillaje que con él, además en esa época los elaboraban con inmundicias, así que contestó:

—No, no hace falta.

Sin embargo, luego consideró que resultaría extraño que siempre fuese la única mujer que acudía a todos los actos sin maquillar. Respiró hondo y añadió:

—Espera. Sólo un poco de color en las mejillas y negro en las pestañas.

—¿Sólo eso? ¿No deseas que te una las cejas encima de la nariz?

Julia sonrió pensando en lo increíblemente cambiantes que resultaban las modas ¿Por qué en esa época insistían tanto en algo tan espantoso?

—No, no hace falta, Eunice. Así estará bien.

—De acuerdo, *dómina*.

Cuando Eunice terminó Julia volvió a mirarse en el espejo con la cara seria y comenzó a cavilar.

«Marco Junio Bruto, Cayo Casio Longino, Cayo Trebonio y Décimo Junio Bruto, veamos que contáis».

En ese momento Julio entró en la habitación.

—¿Ya estás lista?

—Sí.

Eunice salió discretamente.

—Gracias por todo Eunice —dijo Julia.

Cuando ésta se hubo retirado Julio comentó:

—No les des las gracias a los esclavos. Resulta muy poco digno.

—Está bien.

Al cabo de unos segundos añadió:

—Estás muy guapa.

Julia sonrió y contestó:

—Gracias.

—Pero te falta algo.

Julio abrió su mano y de ella dejó caer un fantástico collar, con rubíes y diamantes engastados, que mantuvo sujeto por uno de sus extremos.

Julia lo contempló con el ceño fruncido y sin mucho interés comentó:

—Es precioso.

—¿Qué te pasa? Lo dices como si no te gustase.

—No deberías derrochar en mí. Yo no tendría que estar aquí, así que cualquier gasto excesivo que realices, aunque para ti sea algo menor, podría influir en el futuro. Además, sólo permaneceré aquí poco más de dos meses, todo lo que me des se quedará aquí cuando me vaya. Deberías devolverlo.

—Eres una desagradecida. ¿No te gustan las joyas?

—En realidad no mucho. Son algo frío y sin vida. Sólo me atraen cuando tienen alguna historia interesante que contar.

—Eres muy rara. De todas formas, mi mujer no puede acudir a una cena sin llevar ninguna joya, así que déjame que te lo ponga.

Julia se levantó el pelo y él le abrochó el collar. Luego se la quedó

mirando apreciativamente.

—Faltan los pendientes —añadió él moviendo el dedo índice—, espera un momento —y salió de la habitación.

Julia puso los ojos en blanco.

Al cabo de unos minutos él volvió con dos sencillos pendientes de perlas.

—Póntelos.

—Si es una orden... ¿Tienes a un joyero viviendo en la *Domus Pública*? ¿O los tienes guardados para cuando necesitas hacerle a alguna un regalo de urgencia?

Julio extendió la mano con los pendientes hacia ella y respondió:

—Eran de mi madre.

Julia le sonrió y contestó:

—Lo siento. Estas sí que son joyas con una historia bonita. Algo de Aurelia. Me encantan —Julia se los puso—. Te los devolveré después de la cena.

—Te quedan muy bien. Quédatelos hasta que vuelvas al futuro. ¿Salimos ya?

—Gracias. Sí.

Julio asintió.

Acudieron a la casa de Cneo Domicio Calvino andando. Estaba en el monte Palatino, apenas a diez minutos de la *Domus Pública*. Aunque los meses pasados Julio, siempre que circulaba por Roma, se hacía preceder por los setenta y dos *lictors* armados que protocolariamente debían acompañar al dictador, en los últimos tiempos había prescindido de ellos para mostrarle al pueblo de Roma que no tenía miedo ni necesitaba protegerse de nada en su propia ciudad. Únicamente les acompañaron Marco, Ligio y otros cuatro esclavos de la casa.

Cneo Domicio Calvino les recibió en la puerta.

—Muchas gracias por venir César. Sé que estás muy ocupado.

—No me lo habría perdido por nada, gracias por invitarnos. Te presento a mi esposa, Julia.

—Encantado. Tenía muchas ganas de conocerte. Tu padre ya se encuentra dentro.

—Perfecto. Encantada de conocerte yo también. Sé que vosotros dos sois buenos amigos.

Ellos se miraron.

—Sí, bueno, tenemos unas cuantas batallas comunes a nuestras espaldas.



Los dos rieron.

—Pero por favor, entrad.

Cneo les acompañó al atrio.

—No te molestes, ni desatiendas a nadie por mí. Continúa recibiendo a tus invitados —comentó Julio cortésmente—. Ya nos veremos en la cena.

—Te acomodarás en mi *triclinium*.

—Muchas gracias.

—Para mí es un honor.

Julio y Julia se dirigieron hacia el atrio. En ese momento, un hombre, con una amplísima sonrisa, se dirigió hacia ellos. C cogió a Julio por el brazo y le dio dos palmadas en el hombro.

—Qué bien que hayas llegado.

—Me alegro de verte. Te presento a Julia, mi esposa. Julia te presento a Décimo Junio Bruto.

Julia ensombreció su semblante durante una décima de segundo, después del cuál recuperó su sonrisa. Décimo Junio Bruto no era el famoso Marco Junio Bruto que la historia había dudado sobre si era el hijo de Julio, pero también era uno de los conspiradores, a pesar de considerarse un buen amigo de Julio, haber servido varios años con él en la guerra de las Galias e incluso de que en su testamento Julio le nombrase entre sus herederos secundarios. Julia siempre le había considerado una despreciable rata traidora.

—Encantada de conocerte. Tengo entendido que luchaste durante muchos años en la guerra de las Galias —comentó Julia.

Él y Julio se observaron sonriendo.

—Sí, allí no tuvimos tiempo de aburrirnos. Fue toda una aventura. Y después de eso vino la guerra civil, y ahora vendrá la de Partia. ¿Es que nunca puedes estarte quieto, César?

—¿Y precisamente tú, después de tantos años juntos, me lo preguntas?

Los dos se rieron mientras Julia examinaba a Décimo Bruto seria y con sus ojos rebosando odio. Julia se obligó a disimular, no se debía percibir nada sobre lo que sentía. Intentaría conseguir toda la información que pudiera, pero la premisa principal consistía en no hacerles sospechar nada.

—¿No te apetece ir a la guerra contra Partia? —inquirió Julia.

—Por supuesto, yo siempre cumpliré las misiones que se me encomienden de la mejor forma posible —contestó Décimo Bruto sin significarse.

En ese momento se acercaron dos personas más, un hombre acompañado por una mujer con un llamativo cabello pelirrojo. En ese momento supo que

debían tratarse de Marco Junio Bruto y su esposa Porcia, la hija de Marco Porcio Catón, el acérrimo enemigo de Julio que prefirió suicidarse antes de aceptar su perdón. Marco Junio Bruto se acercó a él con una amplia sonrisa mientras que Porcia saludaba secamente y le observaba con expresión de odio.

—Mi querido Bruto, ¿qué tal estas?

—Muy contento de verte. Te veo muy bien, será por tu reciente boda — afirmó mirando a Julia y sonriendo.

Julia le devolvió la sonrisa.

—Os presento a Julia.

—Encantado de conocerte —Bruto saludó con una gran sonrisa mientras Porcia asentía con la cabeza secamente.

«Al menos ella no es hipócrita».

—Además de tu puesto de pretor te han concedido el mando de una provincia, ¿no? —preguntó Julia.

—Sí... Alguien lo ha hecho —contestó Bruto dirigiendo su vista hacia Julio.

Julio le colocó la mano en el hombro y repuso:

—Lo harás muy bien. Pero esta vez no te excedas con los impuestos ni las tasas de interés. Siempre has sido uno de los hombres más ricos de Roma. Un poco más de fortuna no compensa que se creen disturbios. No repitas los errores del pasado.

Bruto asintió.

—Parece que pronto te van a nombrar cónsul sin colega y se va a ratificar, lo que ya todos sabíamos y eres en la práctica, tu nombramiento como dictador vitalicio —afirmó Décimo Bruto.

—Sí, ya tengo un problema menos. No volveré a pasar por lo que ocurrió tras la guerra de las Galias. No me iré a Partia dejando abierta la posibilidad de que cuando vuelva me quieran someter a juicio por el motivo más trivial, y que en el mejor de los casos me condenen a la ruina y al destierro. Con este nombramiento quedaré a cubierto de todo eso.

—Siempre dejándolo todo bien atado. Y, además, podrás ser tú el que nombre a los cónsules cada año. ¿Piensas hacerlo desde Partia?

—No los nombraré yo —contestó Julio con una enigmática sonrisa.

Décimo Bruto se echó a reír.

—Sí, ya —contestó—. ¿Y lo de ser rey de Roma para cuándo?

Julio se puso súbitamente serio y añadió:

—Ya vale Décimo.

—Era sólo un comentario.

—Pues que no se repita.

—¿Y por qué no? ¡Serás hipócrita! —exclamó Porcia—. Ya te han nombrado *Pater Patriae*<sup>96</sup> nada menos y han colocado tu estatua entre las de los reyes. De ahí a que consigas con tus artimañas que te nombren rey de Roma sólo hay un paso. Es lo que todos pensamos aunque nadie más que yo tenga el valor de reprochártelo a la cara.

—Ya vale Porcia —intervino Marco Junio Bruto, su esposo.

—¡No pienso callarme! Eres el peor de los venenos para la República. Lo disfrizas con tu perdón limosnero y todas esas leyes y decretos que has sacado para que el pueblo te apoye, pero lo has realizado a costa de tu propia clase y de la misma esencia de la República. ¿Es que no os dais cuenta? —se giró para dirigirse a todos los invitados—. ¡La República está muriendo poco a poco porque él la está estrangulando!

—No pienso debatir sobre esto contigo, ya tuve bastante con tu padre —contestó Julio sin levantar la voz.

—*Ultimus Romanorum*<sup>97</sup>. Pero ahora que ha muerto no quedan hombres en Roma. La única que te dirá todo lo que te mereces a la cara es una mujer.

—*Tantum ignavi fortes sunt mulieres nocentes*<sup>98</sup> —comentó mientras la observaba fijamente.

—En cuanto consigas todo lo que quieres te quitarás el velo de tu falsa clemencia y mostrarás toda la crueldad de tu verdadero ser. Te conozco, igual que te conocía mi padre. Serás peor que mil Silas.

Al oír ese último comentario Julio finalmente perdió la calma y contestó bramando.

—¡Por suerte para ti yo no soy Sila!

Porcia le sostuvo la mirada rebosando odio, luego bruscamente le dio la espalda, contempló con desprecio al resto de los invitados, que permanecían en silencio mientras presenciaban la escena, y concluyó:

—Y vosotros seguid callados. ¡Me dais asco!

Después se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento —se excusó Marco Junio Bruto—, desde que su padre murió está aún peor de lo normal.

Julio asintió serio.

—Pues contrólala y asegúrate de que nada así vuelva nunca a repetirse. Si es necesario no la dejes salir de casa.

—Descuida —contestó Bruto y siguió a Porcia hasta la salida.

Décimo y Julio se quedaron callados. Al cabo de un par de minutos Décimo rompió el silencio.

—Lo siento, no quería provocar esto.

—Ten más cuidado con lo que digas. La guerra civil está todavía muy reciente y los ánimos de muchas personas pueden estallar por el detalle más nimio.

—Lo de Porcia es un hecho aislado. Todos los de su familia han sido siempre unos exaltados.

—Sí, pero le provocaron la ruina al mismísimo Publio Cornelio Escipión. No estuviste discreto Décimo.

—No se volverá a repetir.

—Eso espero.

En ese momento se les acercó otro hombre.

—Hola César.

—Hola Cayo. Te presento a mi esposa Julia. Julia te presento a Cayo Trebonio.

Julia se quedó paralizada. Cayo Trebonio era el organizador de todo. Intentó disimular, pero de sus labios sólo pudo emitir un escueto:

—Encantada.

—Es un auténtico placer —repuso él con una inmensa sonrisa.

Todos permanecieron en silencio.

—¡Oh vamos! Que una loca como Porcia no nos amargue la cena. Se trata sólo de un hecho aislado. Roma en pleno te apoya César, no tienes ningún tipo de oposición y todos están de acuerdo con tus medidas.

«¿Por eso llevas casi un año organizando su asesinato?», pensó Julia.

Julio le miró despectivamente y replicó:

—Tengo muy claro el trabajo que estoy realizando. Cualquiera con un poco de inteligencia y visión sabrá apreciarlo, y si no es así peor para ellos.

—Por supuesto, César.

—Ahora disculpadnos. Debo saludar a mi suegro.

—Ya hablaremos en la *comissatio*.

—Por supuesto.

Caminaron sin decir nada en busca de Lucio. Al cabo de unos instantes Julio comentó:

—El ambiente está enrarecido. No lo digo por Porcia, sino en general ¿Lo sientes tú también? Algo está pasando.

Ella no contestó y miró hacia el suelo.

—¿No tienes nada que decir? —añadió Julio.

—No tengo nada que pueda decir.

—Ya. A la vez estás de mi lado y no lo estás. No me causarás ningún perjuicio, pero tampoco me ayudarás en nada.

—Puedo llegar hasta donde puedo llegar. Ya lo sabes.

Julio ensombreció aún más su semblante y comentó con reproche.

—Pues me gustaría tener a alguien que supiese que está por completo de mi parte, para variar.

—¿Y qué esperas que haga? Ya conoces mi situación. No puedo hablar.

Se quedó contemplándola y al cabo de unos segundos asintió.

—Está bien. Vivamos el momento y disfrutemos de la cena. Ni pasado ni futuro, ¿de acuerdo?

Ella esbozó una sonrisa forzada y contestó.

—Perfecto.

En ese momento observaron a Lucio dialogando con Cicerón y se dirigieron hacia ellos. Julia había visitado dos veces a Lucio durante la última semana y siempre resultaba como introducirse en un oasis de paz.

—Buenas noches —dijeron a la vez.

—Julia —intervino Lucio mientras la besaba—. Te veo recuperada por días. Me alegro mucho.

—Sí, estamos todos intentando superar poco a poco la muerte de Cornelia.

—Un drama. Os doy mi más sentido pésame —dijo Cicerón.

—Muchas gracias —contestaron al unísono.

Julio comenzó a dialogar con Lucio y Julia con Cicerón.

—El de Porcia ha resultado un espectáculo lamentable —comentó Cicerón.

—¿Y precisamente tú no estás de acuerdo con lo que ha dicho?

—Sólo en parte. El problema de Porcia es el mismo que tenía su padre Catón y su famoso antepasado, el otro Catón, el censor. Su insufrible falta de tacto y elegancia a la hora de expresar lo que piensan, y también su extremismo obcecado. El problema de tu marido no es lo que hace, la mayoría de las medidas que ha tomado eran necesarias y hasta yo estoy de acuerdo con ellas. Su auténtico problema es cómo lo hace —Julia permaneció callada—. Si toma las medidas correctas pero para hacerlo se salta las leyes de la República, entonces la República está muerta y sí, es un veneno para ella.

—La República está muy viva y es la forma de gobierno ideal, pero

adaptada a la expansión de territorio y de población que ha tenido Roma. No puede continuar siendo la República de una ciudad-estado y de unas pocas familias, sino también hay que hacer partícipes de ella a los ciudadanos del resto de países que dependen de Roma. Ellos también se merecen un poco de democracia y justicia —repuso Julia.

Cicerón se echó a reír.

—*Tamquam alter ídem*<sup>99</sup>. ¿Estás hablando tú o él?

Al escuchar lo que Cicerón le contestaba, Julia fue consciente de una cosa. Aunque siempre condenó el asesinato de Julio y valoró la mayoría de la legislación que introdujo, nunca estuvo de acuerdo con lo que realizaron algunos de los emperadores que le sucedieron. Ahora, sin embargo, estaba enfocando las cosas desde un punto de vista excesivamente imperialista. En ese momento se dio cuenta de que Julio la estaba abduciendo. Respiró hondo y replicó.

—Siempre es un placer escuchar y respetar la opinión del gran Cicerón.

En ese momento les hicieron pasar a todos al *triclinium* y Julia se acomodó en una silla enfrente de Julio y al lado de la mujer de Cneo Domicio Calvino.

Se pasó el resto de la cena escuchando como ella le comentaba los últimos cotilleos y lo que iba a ponerse de moda la próxima temporada, en primavera, pasados los Idus de Marzo.

## LA CUARTA LEY

Extracto del informe *Los idus de Marzo*. ... Y todos esos comentarios evidenciaron que Anthony Everitt en su famoso libro sobre la biografía de Cicerón había llegado a conclusiones correctas. César, a medida que acumulaba más poder, más sólo se encontraba. Como muy bien señaló Everitt, era consciente de que los cumplidos y halagos que le profesaban no eran sinceros y que no era popular entre los círculos tradicionales de poder. El hecho de que uno de los hombres más cercanos a él, Marco Antonio, no le informase sobre la conversación en que Cayo Trebonio intentó sondearle para que participase en su asesinato es prueba suficiente de lo crítico de la situación en que se encontraba César a pesar de la aparente estabilidad de su gobierno. Como muy bien señaló Everitt lo más siniestro de la conversación entre Trebonio y Antonio no fue que ésta tuviese lugar, sino que Antonio no informase a César sobre ella...

\*

El día siguiente de la cena era el catorce de enero. Las jornadas se habían sucedido de forma frenética, y aunque casi no era consciente de ello ya había transcurrido la mitad del tiempo que permanecería en Roma. Sólo quedaban dos meses más, tanto para ella como para él. Su expresión adquirió un tinte sombrío, pero decidió vivir el momento y disfrutar de lo que le trajera cada día. Cuando bajó a desayunar él ya estaba esperándola.

—Hola. ¿Has descansado? —preguntó él.

—Sí, gracias. La cena de ayer fue toda una experiencia.

—Lo dices como si hubiese sido positivo. Resultó completamente lamentable. Y no me refiero únicamente a Porcia. No puedo explicarlo, pero algo siniestro se respiraba en el ambiente. Aunque los demás no me digan nada los ánimos continúan muy exaltados.

—Supongo que ya contabas con eso.

—Por supuesto. Sin embargo, siempre pensé que cuando todo terminase, me refiero a la guerra civil, encontraría un poco de paz, pero supongo que nunca será así, ¿no? —la observó inquisitivo.

Después de unos instantes ella le miró a los ojos y replicó seria.

—No... Nunca lo será.

—No parece que mi destino vaya a ser muy envidiable.

Julia encogió los hombros.

—Según como lo consideres. Has conseguido todo lo que pretendiste.

Él sacudió la cabeza.

—No, nunca se tiene todo. La mayoría de las veces, lo que pedimos, no es lo que de verdad al final queremos.

—Hoy te estás comportando de forma muy extraña, no pareces tú ¿Te estás auto compadeciendo? No es propio de ti.

Él bruscamente se puso serio.

—Disculpa. Resulta obvio que te estoy aburriendo —se levantó y añadió con expresión dura—. Tengo mucho trabajo. Adiós.

Julia permaneció unos segundos sin comprender nada y luego contestó:

—Hasta luego.

Para entonces él ya se estaba marchando. Se quedó contemplando cómo se alejaba y sintió como le invadía una terrible sensación de tristeza. Al cabo de unos minutos se levantó y se dirigió hacia su *tabularum*. Abrió la puerta sin más y entró.

—¿Pero se puede saber qué es lo que te pasa?

Él se encontraba sentado a su mesa leyendo. Levantó la vista. Al comprobar que se trataba de ella puso los ojos en blanco y le advirtió.

—Vete Julia, es por tu bien.

—¿Pero qué te pasa?

—De acuerdo. ¿Quieres que hablemos sobre ello? —se levantó y se dirigió hacia ella—. Que siempre estás a mi lado y a la vez nunca lo estás.

—¿Pero se puede saber qué es lo que esperas de mí?

—A ti.

Julia se quedó un rato observándole en silencio y respondió:

—No intentes manipularme otra vez. Ya te dije que no pienso contarte nada que cambie el futuro.

—No, no te lo estoy pidiendo. Esta vez no voy por ahí, olvídate de aquella conversación. Quédate con tus secretos.

Ella permaneció en silencio y al cabo de unos segundos contestó:

—Sí, supongo que a tu colección sólo le falta alguien del futuro.

—No, no es eso. ¿Dónde voy a encontrar a alguien que me conozca mejor?

Él se acercó aún más y le miró el brazo mientras lo acariciaba con el dorso de su dedo.

—Sabes que aunque quisiera sería imposible, es demasiado peligroso.

—Pero... Quieres.

La miró a los ojos mientras seguía acariciándole el brazo y ella como si estuviera hipnotizada murmuró.

—Sí.



Él se acercó más pero ella le frenó.

—No puedo evitar lo que siento pero sí lo que hago. Me voy.

—¿A dónde?

—No es a dónde, es a cuando. Mañana será mi último día aquí y no volveré.

Julia fue hacia su habitación.

Al llegar al dormitorio cerró la puerta, se apoyó contra ella y miró al infinito.

Había hecho lo correcto, pero entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

Se giró para mirar a la puerta por la que acababa de entrar. Levantó la mano y apoyó la palma en ella intentando sentir algo. ¿A quién quería engañar? No quería sentir algo, quería sentirle a él. Respiró hondo, se observó el brazo y con el dorso de su dedo comenzó a acariciárselo como él había hecho poco antes.

Cuando Eunice entró, horas después, Julia estaba tumbada en la cama mirando al infinito.

—Buenas tardes, *dómina*.

—Buenas tardes.

—Me envía el *dómine* para preguntarte si deseas cenar.

El corazón se le aceleró.

—No, no voy a cenar.

—¿Te encuentras mal?

—No... Sí.

—Que te mejores, *dómina*.

—Gracias.

Eunice salió.

Todo había acabado. Hasta hacía sólo unas pocas horas le quedaban dos meses en Roma, feliz... Con él; y sin embargo, ahora había llegado al punto de no retorno. Si seguía viviendo en su casa no podría resistirse más. Había elegido entre ver desaparecer el futuro que conocía y ella misma o él. Era una decisión obvia pero, ¿por qué le dejaba esta sensación tan devastadora?

«Porque acabará este viaje y con él la Roma que tanto me obsesiona y quiero», se dijo.

«No te obsesiona Roma. Lo que en el fondo siempre te ha obsesionado, desde que tu padre te hablaba sobre su vida cuando eras niña, es él y sabes que nunca más volverás a verle», respondió algo en su interior. ¿A dónde

retornarás Julia? ¿A libros vacíos donde se cuentan historias que fueron reales hace mucho tiempo y que vivieron otras personas? ¿A trabajar con gente a la que no le importas? ¿A saber que él morirá en el preciso instante en que atraveses el agujero en el tiempo? ¿A verle formar parte de los libros y desaparecer de tu vida? Esto es auténtico, esto es la vida. ¿En realidad cuál es tu hogar? ¿A dónde perteneces?

Se sintió como un mosquito peligrosamente atraído hacia el resplandor que sabe que acabará con él. Se presionó los oídos con ambas manos intentando apagar su diálogo interior y se tumbó boca abajo en la cama.

Cuando se despertó todo estaba oscuro y ella continuaba con la ropa del día anterior. Debían ser las tres o las cuatro de la madrugada, la *cuarta vigilia*, la madrugada del último día en su casa.

No sabía qué vida llevaría a partir de entonces en el futuro, pero sí tenía la seguridad de que no la encontraría el más mínimo sentido. Y en cuanto a él, dentro de dos meses todos sus sueños, sus proyectos, sus ideas, sus recuerdos y su energía desbordante desaparecerían para siempre. Pensó en la muerte de Cornelia, que no hizo nada por evitar hasta que fue demasiado tarde y no podría perdonarse nunca, en los Idus de Marzo y en que el próximo cadáver que estaría tendido en la mesa de esa horrible habitación, acribillado a puñaladas sería el de Julio.

Sólo había una cosa que podría llevarse de él aunque sólo durase dos meses.

«*Nunc aut nunquam*<sup>100</sup>», decidió.

Se levantó y abrió la puerta. Allí, de pie en el pasillo estaba Marco.

—¿*Dómina*? —exclamó sorprendido al verla salir.

—Buenas noches, Marco.

—Buenas noches, *dómina*.

Ni él preguntó ni ella añadió nada más.

Se dirigió hacia la habitación de Julio y lentamente sin hacer ruido abrió la puerta. Volvió a cerrarla. Todo estaba en penumbra, pero podía escuchar su respiración. Se acercó lentamente a la cama y permaneció observándole. No le veía la cara, estaba durmiendo boca abajo. Recorrió su cuerpo con la vista. En ese momento él se giró a la velocidad del rayo y un puñal se quedó a dos centímetros del vientre de Julia. Ella instintivamente levantó las manos.

—¡Julia! —exclamó confundido—. ¿Qué haces aquí?

—Quería verte.

—¿Qué quieres?

Ella respiró hondo y se acercó al puñal.

—A ti.

Él permaneció callado unos segundos, luego preguntó:

—¿Estás segura?

Julia suspiró.

—Estoy completamente segura de que es un terrible error. Pero en este momento no lo cambiaría por nada del mundo... Ni de este ni del otro.

Julio retiró el puñal y ella se acercó mucho más.

Le acarició la mejilla con el dorso de su mano.

Él dejó caer el puñal y Julia se sentó en la cama a su lado. Julio se aproximó lentamente y la besó, volvieron a hacerlo mientras la abrazaba. Se recostó llevándola con él. Entonces percibió que Julia todavía llevaba puestas las sandalias. Él se sentó y se centró en desatárselas. Primero cayó una, después la otra mientras ella respiraba agitadamente.

Luego todo comenzó.

Él respiraba profundamente pero se contuvo y la miró fijamente.

—*Plus, perge* —contestó Julia a la pregunta que él no había pronunciado.

Gimió.

Varias horas después ella se despertó entre sus brazos.

—¿Estás despierta?

—Hola —dijo ella con una sonrisa.

—Hola. No sabía si te ibas a esfumar, desaparecer, desintegrar o algo así.

Por eso quería tenerte sujeta.

—Pues parece que aquí sigo.

—Me alegro mucho.

—Sí, yo también. Aparentemente el futuro no ha cambiado.

—Espero que el tuyo sí. ¿Volverás?

—Claro que sí. ¿Quieres que vuelva?

Él la besó.

—No, no hace falta. Ya he completado mi colección.

Julia le golpeó en la cabeza. Él encogió los hombros, levantó las manos y añadió.

—Es broma, es broma.

—Ni se te ocurra mirar a otra mientras yo esté aquí.

Él sonrió.

—Hasta ahora estabas resultando la esposa perfecta.

—Pues yo creo que he mejorado.

Julio ensombreció su cara.

—Sí, bueno, eso. Algunas cosas que has hecho. No sé si me gusta que tengas tanta experiencia.

—Pues da gracias por tu buena suerte. Conozco parte anatómicas que ni siquiera sabes que tienes.

Julia sonrió para sí misma mientras él la contemplaba con el ceño fruncido.

—*Romani quidem artem amatoriam invenerunt*<sup>101</sup>.

—Pues os llevamos dos mil años de ventaja.

—¿Es eso normal en el futuro?

—No es algo de lo que se hable a la hora de la comida, pero creo que sí. Mientras sean dos adultos, libres y sea consentido nadie tiene por qué opinar. No se considera peyorativo que una mujer disfrute *ad libitum*<sup>102</sup>... Y viceversa, claro. De hecho se valora que ambos sean buenos amantes.

—Ya. ¿Y a mí cómo se me consideraría?

Ella le miró y dijo:

—Pues... Psa.

—¿Psa?

—Supongo que es normal viviendo en esta época. Aquí la opinión y los sentimientos de las mujeres importan nada y menos. Has ido a la tuya.

—¿Psa?

—Si no fuese porque yo soy como soy, esto habría parecido un solo.

—¿Psa?

Ella sacudió la cabeza, sonrió y comentó.

—Te quiero, me da igual... Más o menos.

—Pues a mí no. Vuelve a contestarme a eso dentro de una hora.

Y la hora pasó.

Julia se estaba bañando mientras recordaba la noche anterior y sonrió. Había sido un error pero no se arrepentía en absoluto. No había tenido consecuencias y para lo que pasase dentro de dos meses debería encontrar la fuerza para afrontarlo cuando llegase el momento. Luego se acordó de que esa misma noche tendría que ver a Castell y Blane, se puso súbitamente seria y esbozó una mueca de preocupación. Esperaba que no notasen nada, no es algo que se llevase escrito en la cara, pero aun así no se le daba bien ocultarles la verdad. Debería tener mucho cuidado, si lo descubrían, como mínimo, no le

dejarían volver y todo terminaría. Por otro lado debía reflexionar mucho más sobre la cuarta ley, evidentemente algo no encajaba.

En ese momento Eunice le pasó el jabón y al hacerlo Julia preguntó sonriendo.

—¿Son imaginaciones mías o tú también hueles al jabón que te di?

Eunice sonrió. En ese momento la puerta se abrió y por ella entró Julio. Sin mirar a Eunice dijo:

—Déjanos.

En cuanto Eunice salió, Julia se echó a reír.

—¿Y esta visita?

—Me apetecía darme un baño —comentó mientras se quitaba la túnica.

Julia asintió lentamente mientras sonreía.

—Un baño. Pues parece que has elegido el momento perfecto.

—Sí, eso parece —contestó él con una media sonrisa mientras se introducía en la bañera al lado de ella—. Aunque por...

—Venga, deja de hablar.

Él soltó una carcajada y así lo hizo.

## SEGUNDO INFORME

—Hola Julia, ¿qué tal todo? —preguntó Castell por el intercomunicador.

—Muy bien —contestó ella mientras se levantaba de un salto y se sacudía la suciedad del vestido.

En ese momento escuchó una risa. Era Castell.

—Nunca te había visto con un vestido real de la época, al menos consciente. Pareces muy romana.

Julia sonrió.

—Esa era la idea.

—¿Estás cansada?

—No, estoy perfectamente.

—Bueno, como ya sabes, esta vez estarás aislada hasta que tengamos los resultados de todas las pruebas médicas que te vamos a realizar. Tardarán más o menos dos días. Cuando vayas a volver al pasado repetiremos el proceso.

—Sí, perfecto. No corramos riesgos después de todo lo que hemos aprendido.

—¿Alguna novedad que tengas que adelantarme antes de que lea tu informe?

Julia se sonrojó y contestó rápidamente.

—No. Quiero decir sí, claro que sí. He conocido a muchos de los conspiradores, a Cicerón, a Cleopatra, y también he estado en Pompeya.

—Vaya, parece que ha resultado un mes muy interesante.

—Sí, sí que lo ha sido —comentó Julia mirando al suelo.

—¿Todo bien?

—Por supuesto. No, quiero decir que no, se me había olvidado algo. Intentaron matarme.

—¿Qué?

—No fue nada, sólo tengo una herida en el muslo. Me di puntos yo misma. Querían apuñalarme en la ingle. Es el método tradicional de los asesinos profesionales de la época.

—¿Quién fue?

—No lo sé. Conseguí que le dejasen escapar. No sufrió ningún daño.

Castell permaneció cavilando en silencio. Luego añadió:

—Hiciste bien. ¿Sospechas de quién pudo ser?

—Bueno, el encuentro que tuvimos Cleopatra y yo no resultó demasiado amigable. Creo que fue ella.

Castell comentó.

—Esto lo complica todo.

—No, no supone ningún problema, de verdad. No pienso hablar con ella nunca más. Julio me ha asegurado que no volverá a intentarlo. De todas formas pensaba llevar siempre un chaleco antibalas, con una segunda pieza que proteja la ingle, cuando salga fuera de la casa.

Castell se quedó reflexionando sobre ello durante un par de minutos.

—Debes tener más cuidado con lo que digas. ¿Cómo fue la conversación?

—Estuve callada casi todo el rato, de verdad. Te incluiré una transcripción en el informe. Cleopatra no tendrá ningún reparo en mandar asesinar a dos de sus hermanos. Es lógico que tenga aún menos miramientos tratándose de mí. En esa época la vida humana no tiene mucho valor, pero es parte del riesgo que asumo. Por eso me pagas tanto, ¿no?

—Sí, pero debe tratarse de un riesgo controlado. Al menos dejaste escapar al asesino. Nunca pongas en peligro al futuro.

—Sí, ni siquiera pudieron identificarle.

—No vuelvas a hablar con ella.

—No, no lo haré.

—Lleva siempre el chaleco cuando salgas.

—Por supuesto.

—¿Algo más?

—He tomado treinta y seis muestras faríngeas y de sangre de enfermos de la época, están en la bolsa.

—Muy bien. Parece que ha sido un mes muy aprovechado.

Julia evitó su mirada y contestó:

—Sí, sí que lo ha sido.

—Perfecto entonces, pero me preocupa bastante que intentasen matarte. No quiero que ocurra, pero tampoco que se produzca una pelea en la que se le pueda hacer daño a alguien de la época.

—No habrá ningún problema. Me he negado a llevar escolta, con el chaleco antibalas bastará. Y si no... Peor para mí. Tampoco es muy probable que lo vuelvan a intentar. ¿Tienes cerca algún libro de historia? ¿Puedes consultarlo?

—Claro, se ha convertido en mi libro de cabecera.

Castell lo estuvo ojeando durante unos segundos al cabo de los cuales concluyó:

—Todo sigue igual, llegarás a los Idus de Marzo. De todas formas, aunque no vayan a matarte, no me gustaría nada que te llevases alguna otra puñalada.

Utiliza el chaleco antibalas de todas formas.

Julia suspiró con alivio al saber que nada había cambiado; no tanto por su vida, sino por el riesgo en el que había puesto a todos los demás, no ya por lo del asesino sino por lo otro.

—¿Algo más?

—No, nada más.

—Perfecto. Dejémoslo por hoy, ya entraremos en detalles después de los resultados de tus análisis. Vete a la habitación de la última vez. Ahora irán a recoger la nevera y comenzarán a realizarte las pruebas.

—Muy bien.

Julia miró al suelo y se dirigió hacia la habitación. Al cabo de cinco minutos entraron dos técnicos vestidos con un traje similar al de un astronauta que no dejaba ninguna zona de su cuerpo expuesta.

—Hola Julia —saludaron al unísono.

—Hola.

Uno de ellos cogió su bolsa y se la llevó. El otro le explicó:

—Te voy a sacar varias muestras de sangre. Coloca el brazo aquí por favor.

—Por supuesto.

Después de realizar la extracción le entregó un pequeño recipiente.

—Llévalo en el baño. Cuando termines, avísanos por el intercomunicador y te acompañaremos a hacerte una resonancia.

—Perfecto.

Cuando la dejaron sola, Julia se sentó delante del ordenador y comenzó a escribir *Los idus de marzo. Segunda Parte*. Lo redactó todo excepto la ruptura con Cleopatra, su causa y lo que ocurrió el último día.

Luego comenzó a pensar. Nada había cambiado y el motivo era obvio. Ella, en el fondo, no había incumplido la cuarta ley, estaba claro que no había procreado, lo único que había hecho era simplemente acostarse con él, pero aparentemente eso no había tenido consecuencias, al menos de momento. Mientras no se quedase embarazada todo iría bien. Él tampoco estaba destinado a tener hijos con ninguna otra, así que lo que hiciesen, o dejarasen de hacer, ellos dos no debería tener ningún efecto sobre el futuro. Sólo había un problema. La tenían aislada, y aun cuando no era así, no le dejaban salir del edificio. Además Blane supervisaba absolutamente todo lo que podía llevarse al pasado. Toda su capacidad mental se focalizó en un único problema. ¡Cómo conseguir anticonceptivos!



Los análisis resultaron correctos. Julia se reunió con Castell y Blane y presentó su informe. Castell comentó con una sonrisa:

—No te imaginas lo mucho que te envidio. Debe ser una experiencia increíble.

—Sí, lo es.

—Las fotos de Pompeya son fascinantes.

—Sí, fue un día asombroso, inolvidable. El problema consiste en sacarles fotos a personas concretas, nadie posaría sin hacerme demasiadas preguntas.

—Ya. Por eso no existe casi ningún primer plano de nadie.

—Exacto. ¿Queréis que tome más muestras faríngeas y sanguíneas?

—Sí, bastantes más.

—Perfecto. Hablando de sangre, existe un tema que quiero resolver antes de que se me olvide. Sólo permaneceré en Roma dos meses más. Quiero tener mi plan de desaparición preparado, por si tuviese algún contratiempo, y no pudiese venir las próximas veces que dejaseis abierto el puente.

—¿Cómo?

—Desapareceré de la historia suicidándome en la bañera cuando él haya muerto. Me parece la forma más digna y romana posible.

—¿Y el cadáver?

—En la antigua Roma no existe iluminación nocturna ni un cuerpo de policía. Cada mañana las calles aparecen llenas de cadáveres. Pensaba sobornar a una persona que tengo en mente para que me consiga uno con mi color de pelo, mi altura y la cara aplastada. Cuando Julio muera, yo quedaré a cargo de la casa. Mandaré a todos a sus habitaciones y así nadie le verá entrar con el bulto y dejarlo en la bañera. Cortaré las venas al cadáver, llenaré la bañera de sangre, porque los cadáveres no sangran, y dejaré el cuerpo boca abajo. Así parecerá que, cuando estaba moribunda, intenté levantarme y con la pérdida de sangre sufrí un desvanecimiento, me desplomé y golpeé en la cara. Un examen forense detallado mostraría que el trauma en la cara y los cortes en las muñecas fueron realizados post-mortem, pero no creo que por la Roma del siglo I antes de Cristo vayan a aparecer Grissom y su equipo de CSI. De ahí, me dirigiré al puente de Einstein-Rosen que se encontrará a menos de veinte metros y desapareceré.

—Es una buena forma de esfumarse de la historia. Sólo me preocupa el asunto del cómplice que vaya a proporcionarte el cadáver.

—He pensado en el maestro de griego, Artemidoro. Consideraba sobornarle de todas formas para que espíase en casa de Bruto por mí. Una vez

que ya le haya tenido a sueldo y sea mi cómplice en un cometido mucho más peligroso, ya que se juega la vida espiando a los conspiradores, proporcionarme un cadáver no le parecerá mucho problema.

—¿Y se avendrá a espiar a los asesinos?

—Sí, porque en los Idus de Marzo intentó advertir a Julio sobre el complot. Si asumió ese riesgo por él, de forma completamente altruista, estoy convencida de que colaborará conmigo cobrando. Así que volvamos a lo único que hace falta para que mi plan sea un éxito: dos bolsas de sangre.

Castell la contempló con una sonrisa y comentó:

—Es un final digno de una tragedia clásica. ¡Qué melodramático! Suicidarte cuando él muera. Parece un drama *shakespeariano*.

—Esa es la idea —alegó Julia—. Si hay que hacer algo, mejor que sea con estilo.

El último día antes de que comenzase su aislamiento, estuvo reunida con Blane. Él revisaba una cuartilla con el inventario de todo lo que había solicitado y le entregaba cada objeto para que Julia lo guardase en su bolsa.

—Gracias Bla... Nunca me has dicho cuál es tu nombre. Conozco hasta el de Castell.

Él la contempló como si fuese transparente y prosiguió con la tarea que estaba realizando mientras contestaba mecánicamente.

—Richard.

—¿Richard? ¿Te llamas Richard? ¿Richard Blane?

Julia se echó a reír.

Él levantó la vista con cara de cansancio y contestó:

—Sí, Richard Blane. La película favorita de mi madre era *Casablanca*.

Permaneció mirándola serio. Julia continuaba sonriendo. Al cabo de unos instantes se dio cuenta de lo inapropiado de su conducta y se disculpó.

—Lo siento. *Casablanca* también es mi película favorita.

—Sí, si la película está muy bien.

—Perdona, no quería ofenderte.

—No pasa nada —zanjó él y prosiguió con su tarea.

Julia reflexionó sobre que la canción más famosa de toda la historia del cine, *As time goes by*<sup>103</sup>, pertenecía a la película *Casablanca*. *Mientras el tiempo pasa* hablaba sobre todo lo que nunca pasará de moda y seguirá repitiéndose a lo largo de los siglos aunque el tiempo pase. *Mientras el tiempo pasa* también habría resultado un nombre muy apropiado para su

informe... Y curiosamente el protagonista de *Casablanca* era Richard Blane.

Ajeno a lo que pasaba por la mente de Julia, Blane concluyó.

—Creo que con esto último ya cuentas en tu bolsa con todo lo que necesitas.

En ese momento Julia cayó en algo.

—Un momento. Me he quedado en los huesos por culpa de la difteria, en cuanto siga engordando, como pretendo, el chaleco antibalas no me valdrá.

—No te preocupes por eso, tiene un tamaño estándar que se adapta con velcro, tanto para la parte superior como la inferior. No supondrá ningún problema.

—Perfecto. Gracias por el maquillaje, el que elaboran allí es completamente insano.

—De nada. ¿Algo más?

—¿Habéis cargado la película *Troya* en el ordenador?

—Sí. Bueno, eso es todo.

«Ahora viene lo más difícil».

—Necesito algo más.

—Te he proporcionado todo lo de la lista.

—Sí, pero es que hay algo más.

—¿Qué?

—Me sentiría más cómoda si lo comprase yo.

—Eso es imposible.

—Resulta demasiado íntimo. ¿No puedo comprarlo yo? ¿No hay en el edificio alguna farmacia?

—Sí la hay, pero no puedes llevarte al pasado nada que no sea supervisado por mí.

—Resulta demasiado incómodo. Quiero comprarlo yo.

—Yo lo superviso todo. No hay excepciones. ¿De qué se trata? ¿Compresas, tampones?

Julia miró al suelo mientras pensaba:

«Anticonceptivos para dos meses».

Sin embargo respondió:

—Sí, eso.

—Entonces considéralo solucionado. No ha resultado tan difícil ¿no?

—No, muchas gracias.

—Cuenta con ello.

—Muy amable —contestó Julia mientras se rompía la cabeza intentando

encontrar una solución.

Cuando Blane la dejó sola comenzó a pensar. No iba a tener otra opción que recurrir al silfio que se cultivaba cerca de Cirene. Se extinguió en el siglo uno después de Cristo por la grandísima demanda que tenía, pero ella estaría en Roma para comprar todo lo que necesitase un siglo antes. Sabía que su precio sería exorbitante, aunque eso no representaría ningún problema, la auténtica cuestión consistiría en cómo comprarlo sin que se enterase nadie de la *Domus Pública*. Por si fuera poco, según Sorano de Éfeso, además de anticonceptivo tenía efectos afrodisíacos.

«¡Maldita sea! Como si lo necesitase en estos momentos», pensó Julia.

## SEGUNDO RETORNO

Se levantó poco a poco. Primero se puso a gatas y luego lentamente en pie. Se encontraba en el cuarto que tan bien conocía. Cogió la mochila del suelo, sacó la llave y abrió la puerta. Nada más salir vio a Julio apoyado contra la pared contemplando el estrellado cielo romano. Sin dejar de observar el firmamento afirmó:

—Ya te tengo controlados los tiempos.

Ella le sonrió.

—Es el mejor recibimiento que he tenido desde que viajo al pasado.

—Pues tengo la perversa intención de mejorarlo mucho más.

Entonces se fijó en la mochila y preguntó:

—¿Me traes más sorpresas?

—Por supuesto, y te van a encantar —la levantó y añadió—. Una de ellas es un violín.

Él sonrió. Luego comentó.

—La bolsa parece pesada.

Julio asió la bolsa con la mano izquierda mientras le cogía la mano con la derecha.

—¿Qué haces cogiéndome la mano? Está mal visto.

—He mandado a todo el mundo a sus habitaciones, nadie nos verá. Vamos a la cama —dijo mientras tiraba de ella.

Julia sonrió y caminó a su lado en dirección al dormitorio. Él se acabó deteniendo mientras ella seguía dirigiéndose hacia el cuarto.

—¡Pero bueno! ¿Podrías fingir un poco de resistencia?

—¿Para qué? Para ti han pasado cinco minutos pero para mí seis días. Estuve pensando mucho en nuestro último día juntos.

—¿Hoy? —rememoró acercándose hacia donde se encontraba ella.

—Hace seis días —susurró Julia.

Habían llegado al dormitorio.

Se miraron.

Sin dejar de hacerlo Julia cerró la puerta. Él dejó caer la mochila. La cogió por los hombros y la besó mientras separaba las tiras del vestido hacia los lados dejándolo caer. Ella le levantó la túnica y se la sacó por la cabeza. Julio volvió a besarla y mientras lo hacía cayeron sobre la cama. Continuó besándole el cuello.

—Siempre me ha encantado lo bien que hueles.

Siguió descendiendo.

Entonces ella cogió impulso para hacerles rodar hacia la izquierda, pero él la frenó y se la quedó mirando. Julia volvió a intentarlo, pero él la frenó nuevamente y ella otra vez quedó con la espalda sobre la cama. Entonces Julio, que continuaba observándola fijamente, sonrió. Julia volvió a intentarlo y esta vez él no la detuvo. Se sentó encima, tomó su mano, besó la palma y se la llevó a la mejilla. Comenzó a moverse lentamente mientras él sonreía. Su mano bajaba. Entonces Julia echó la cabeza hacia atrás y empezó a flotar.

Horas después Julia estaba apoyada sobre su pecho, en la cama, cuando Julio comentó:

—¿Sabes qué? Paris se equivocó.

—¿A qué te refieres?

—A que escogió a Afrodita y debió elegir a Atenea.

—¿Y eso? ¿Tiene algo que ver con esto?

—No... Sí. Me ha venido a la mente. Afrodita, diosa de la belleza y el amor; Atenea, diosa de la estrategia militar y la sabiduría y Hera, esposa de Zeus y diosa de la felicidad conyugal y la vida familiar se presentaron ante Paris y... Bueno, te debes saber la historia.

—Sí, pero seguro que tu versión es mucho mejor.

—Las diosas le instaron a que eligiera a la mejor de las tres. Paris escogió a Afrodita ofreciéndole una manzana. Desde entonces Afrodita se convirtió en su diosa protectora.

—¿Y no te parece bien? A fin de cuentas Afrodita, bueno Venus, teóricamente es una antepasada de los julios.

—Sí, pero no era la mejor. Fíjate en lo que le sucedió a Paris. Secuestró a Helena, con su consentimiento, pero la raptó. Y al final esa fue la excusa para que el reino de Príamo, padre de Paris, fuese arrasado por los griegos.

—Pero el rapto de Helena fue sólo el pretexto.

—Sí, fue la excusa. Troya se había enriquecido demasiado y atrajo la codicia de los griegos, pero Paris les proporcionó la razón perfecta, *casus belli*<sup>104</sup>. Por una cuestión de imagen y fuerza moral uno nunca quiere que se le vea como el que ha iniciado una guerra... Al menos sin una razón justificada. En resumen, seguir a Afrodita provocó que Paris cometiese un error descomunal. Además a eso se le sumó que Atenea apoyó a Odiseo, en el bando griego.

—Yo siempre he preferido la versión griega del nombre, Odiseo, antes que la latina, Ulises.

—Sí, yo también. Pero a lo que voy, Odiseo eligió mejor. De las tres, yo también habría escogido a Atenea.

Julia se giró y se tumbó boca abajo apoyando la barbilla en su pecho para mirarle a los ojos.

—Atenea la de los ojos claros.

—Muy bien, me alegro de que dentro de dos mil años se siga leyendo a Homero.

—Mucha gente en el siglo XXI no lo ha leído, pero todo el mundo conoce la historia.

—Atenea la de los ojos claros.

—Pues los míos son marrones.

—Mejor marrones.

—Cuéntame la historia del nacimiento de Atenea.

—¿No la conoces?

—Sí, pero me encantaría oírla de tus labios.

—Zeus, nuestro equivalente a Júpiter el dios más poderoso del Olimpo, tuvo como primera esposa y amante a Metis, diosa de la capacidad de anticiparse al futuro, la prudencia, la sabiduría y consejera de los dioses. Ella se quedó embarazada y entonces Zeus se empezó a preocupar porque, según las profecías, un hijo que tuviese todo el poder de él y la inteligencia de su madre, se convertiría en el dios más importante del Olimpo, mucho más que su padre. Así que para evitarlo, Zeus devoró a Metis encerrándola así en su vientre. Zeus supuso que al hacerlo acababa con todo, pero después de un tiempo comenzó a sufrir unos terribles dolores de cabeza, que se acabaron haciendo insoportables. Cuando no pudo resistirlos más le pidió a Hefesto, dios de la forja y los herreros, que le abriera la cabeza con su hacha, y este así lo hizo.

—Pero claro, al ser Zeus un dios, no podía morir.

—Exacto, no murió, pero de su frente surgió Atenea, completamente adulta y armada. Una diosa aventurera y guerrera. No se trataba de un hijo, sino de una hija, y desde que la vio Zeus la quiso y se convirtió en su hija favorita y consejera, siendo diosa de la estrategia militar, la ciencia y como su madre, en muchos casos anticipándose al futuro. ¿Sabías que inventó los números?... Aunque supongo que sólo los normales, no los árabes.

Al oír este último comentario Julia sonrió.

—¡Bien por Atenea! De todas formas es una historia horrible.

—Sí, el nacimiento de Atenea lo es, pero la mayoría de las historias de los

dioses lo son. Cronos, el padre de Zeus, se comía a sus propios hijos. Pero volviendo a lo que te contaba, Atenea asumió el papel de protectora del estado, mentora de sus representantes y sus héroes y siempre apoyó a aquellos humanos que mostraban inteligencia, audacia y valor cuando emprendían aventuras míticas como Perseo, Diomedes, Hércules, Jason, Aquiles, Belerofonte y hasta al propio Ulises... Odiseo, a lo largo de toda la Odisea. En una epopeya siempre deseabas tenerla a tu lado.

—¿Y con todo esto qué quieres decir? ¿Que lo de esta noche representa a Afrodita y no ha merecido la pena?

—No, no me entiendes. Lo que estoy intentando decirte es que... Tú eres Atenea.

Ella le miró fijamente.

Le besó y todo volvió a comenzar.

Por la mañana Julia comprobó que estaba ligeramente manchada de sangre y suspiró aliviada. A partir de ese mismo día empezaría con el silfio.

Julio salió de la cama y comenzó a vestirse. Ella se sentó abrazándose las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas mientras le observaba.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Exactamente lo que parece, mirarte mientras te vistes.

—Ja, ja, ja. ¡Qué descarada! Pues en la noche de bodas no tuviste mucho interés en ver cómo me quitaba la ropa.

Ella sonrió.

—No, entonces no... Ahora sí.

Se acercó a la cama y la besó.

—Quédate un rato más si quieres, yo voy a leer unos documentos. Nos vemos en el desayuno.

Julio la sonrió desde el quicio de la puerta antes de desaparecer.

Ella se dejó caer hacia atrás y se desplomó sobre la cama.

«¡Qué sonrisa! Me derrito, este hombre va a matarme», pensó. Entonces le vino a la cabeza la idea de la muerte y los Idus de Marzo y una horrible sensación de frío y vacío comenzó a apoderarse de ella.

Después de arreglarse se dirigió hacia el *triclinium*. Él ya se encontraba allí recostado.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Hola —contestó ella y se dirigió hacia la silla.

—Ni se te ocurra sentarte tan lejos, ven aquí —dijo él.



—Estaría muy mal visto.

—Me da igual, ven aquí.

Julia se tumbó a su lado y él la besó.

Luego clavó su vista en ella durante unos instantes y comentó:

—Hay algo que aún no me has dicho.

Nada más oírlo Julia le miró con los ojos llenos de cólera.

—¿Qué? No puedo creérmelo. Esta era tu idea desde el principio. ¡Cómo he sido tan imbécil! —exclamó Julia mientras comenzaba a levantarse del *triclinium*.

Julio la abrazó para inmovilizarla. Mientras luchaba por liberarse él le susurró al oído.

—Tranquila.

—¡Déjame en paz!

Siguió intentando liberarse.

—Tu nombre.

—¿Qué?

Julia le miró extrañada e inmediatamente dejó de forcejear.

—Que nunca me has dicho tu nombre.

Ella respondió como si fuera una obvedad.

—Julia.

Él esbozó una sonrisa mientras sacudía la cabeza.

—Me refiero al auténtico.

—Julia.

—¿En serio?

Ella asintió.

—¡Pero esto es asombroso! ¿Desciendes de la familia?

—No que yo sepa. En el futuro es diferente. Las mujeres también tenemos un *prenomen* además del nombre de la *gens* y los padres pueden poner a sus hijos e hijas cualquier *prenomen* que quieran, no tienen por qué elegir entre tres en el caso de los hijos y sólo uno en el de las hijas. Julia es un *prenomen*, no el nombre de la *gens*. De todos los nombres posibles mi padre eligió llamarme Julia.

—¿Qué casualidad! Resulta increíble.

—No, no es casualidad. Mi padre se dedicaba a lo mismo que yo. Me llamó Julia por ti.

Julio permaneció callado durante unos instantes. Luego sonrió mientras comentaba:

—¿Qué situación tan fascinante! Creo que tu padre me caería bien.

—Ya murió. Bueno, hablando con propiedad aún no ha nacido. Es curioso, cuando él esté en la Universidad leerá sobre mí en los libros de historia antes de que yo haya nacido y luego, cuando lo haga, decidirá llamarme Julia. De todas formas, siendo italiano y católico, no creo que le hubiese gustado mucho esto.

—¿El qué?

—Esto, nosotros dos.

—¿Por qué? Técnicamente estamos casados.

—Según como se mire, tuve que chantajearte. De todas formas, esto únicamente durará los próximos dos meses, luego todo cambiará.

—A mí nadie me puede chantajear, sólo hago algo si me interesa. ¿Qué harás cuando vuelvas al futuro?

—No lo sé. Sinceramente no quiero plantearme eso ahora.

Los dos se quedaron en silencio.

—Por supuesto, no vas a preguntarme qué pienso hacer yo después, además de irme a Partia claro.

Ella bajó los ojos con culpabilidad, sacudió la cabeza y contestó:

—No, no es necesario.

Al cabo de unos minutos él preguntó:

—¿Qué es eso de católico?

—Una religión, la de mi familia. Yo soy católica.

—¿Los católicos creéis en Júpiter Óptimo Máximo?

—No.

—¿Yo soy el Pontífice Máximo y tú no crees en Júpiter Óptimo Máximo?

Julia sacudió la cabeza en señal de negación.

Julio resopló. Luego prosiguió.

—Aún no me has hablado sobre religión ni de quién es el Pontífice Máximo en tu tiempo.

—No debo contarte nada más sobre eso. Si te hablase sobre cómo se considera a los dioses de Roma dentro de dos mil años... Prefiero callar, tú eres el Pontífice Máximo y debes creer plenamente en ellos.

—¿Qué me haría dudar?

—Lo mejor es que no sepas nada sobre ese tema.

—Más secretos.

—Lo siento —se disculpó Julia.

—Bueno ese fue el trato. ¿Cuál es el nombre de tu *gens*?

—De Marzo, como el mes.

—*Non est verum*<sup>105</sup>. El mes de marzo tiene esa denominación por Marte, dios de la guerra y padre de Rómulo y Remo, por lo que tu *gens* tiene el nombre del dios de la guerra.

—Es verdad. Qué curioso, nunca me había dado cuenta.

—Además, marzo será el último mes que tú y yo estemos en Roma.

—Sí, otra casualidad —añadió Julia con un deje de culpabilidad mientras consideraba:

«Y además mi informe se llama *Los Idus de Marzo*, no me había dado cuenta de que además es mi apellido. El mes que mueras».

Permanecieron en silencio durante unos instantes, luego él comentó:

—Ahora me tengo que ir a la reunión del Senado, al final se me ha hecho tarde y no podremos adelantar nada esta mañana. ¿Qué vas a hacer tú?

—Hoy tengo mi primera clase con Artemidoro, creo que voy a aprender mucho de él. Y luego me iré a ver a Lucio.

«Y además compraré una buena dosis de silfio para no quedarme embarazada de ti», pensó Julia.

—Dale un beso de mi parte. ¿Nos vemos en la cena?

Julia se le quedó mirando con una sonrisa, le abrazó y le dio un largo beso. Luego contestó:

—Por supuesto que sí.

## ARTEMIDORO Y UN POCO DE SILFIO

Julia se encontraba sola en el *triclinium* cuando Eunice entró para avisarle de que Artemidoro estaba aguardando en el atrio.

—Muy bien, Eunice —repuso Julia—. Condúcele a la sala de las clases. Ahora acudiré yo.

—Sí, *dómina*.

Cuando Julia entró en la habitación, Artemidoro estaba de pie revisando unos papiros que había colocado cuidadosamente sobre la mesa. Al oír que ella entraba en la estancia se giró, inclinó la cabeza y saludó respetuosamente:

—Buenos días, *dómina*.

—Buenos días. Por favor, guarda esos papiros, vamos a estar aquí reunidos durante una hora... Pero no para hablar de griego.

Artemidoro pareció confundido.

—No te entiendo, *dómina*.

—Pronto lo harás. De lo que vamos a hablar es de un asesinato.

Dudó durante unos segundos y luego contestó:

—De verdad no sé a qué te estás refiriendo, *dómina*.

—No lo sabes aún, pero tienes tus sospechas. No te preocupes, no tienes que hacer nada más que llevar tu vida normal teniendo los oídos muy receptivos, como acostumbras. La única diferencia consistirá en que cuando acudas aquí, una vez por semana, me lo contarás todo.

—Lo siento mucho, *dómina*, pero creo que te estás confundiendo.

—¿Supones que no tengo más fuentes de información? Ésta es tu única oportunidad. Como no colabores completamente conmigo te haré responsable de todo lo que llegue a suceder.

Artemidoro la miró temeroso. Tras una escueta pausa Julia prosiguió.

—Tienes motivos para estar asustado, pero únicamente si no haces exactamente todo lo que yo te diga.

Julia colocó dos lingotes de oro encima de la mesa. Esperaba no enriquecerle demasiado como para que cambiase sustancialmente su futuro.

—Este será tu pago una vez por semana. Pero no tienes que hablar sobre este asunto con nadie más, únicamente conmigo.

Artemidoro permaneció observando los lingotes durante unos instantes. Luego la miró a los ojos y preguntó:

—¿El *dómine* lo sabe?

—¿Por qué crees que estamos manteniendo esta conversación? Pero hasta que no esté completamente seguro no se involucrará. Sólo hablarás conmigo.

—Sospecho que de quien estamos hablando es de...

No terminó la frase. Julia lo hizo por él.

—Sí, de Marco Junio Bruto.

Después de que Artemidoro hubiese abandonado la *Domus Pública* con su primer pago, Julia se dirigió a su habitación. Allí se colocó el chaleco antibalas, su peor vestido y tomó un manto. Luego se encaminó hacia la puerta de la *Domus Pública*, pero cuando se disponía a salir, oyó la voz de Ligio.

—Disculpa mi atrevimiento, *dómina*, pero... ¿Vas a salir?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

—¿No quieres que te acompañe?

—No.

—Pero el *dómine*...

—¿El *dómine* te ha ordenado que me impidas salir de la *Domus Pública* sola?

—No.

—Pues deseo pasear sola.

Ligio se retiró contra la pared y Julia salió de la casa.

Nada más adentrarse en la calle, se cubrió la cabeza con el manto y se dirigió hacia la basílica Aemilia. Sabía que avanzar por el foro resultaría extenuante por la intensa aglomeración de gente que allí se agolpaba, pero eso también le beneficiaba a la hora de mantener el anonimato. Una de las ventajas de que allí no existiese televisión ni *paparazzis* era que casi nadie conocía su aspecto. Tardó casi media hora en recorrer los escasos doscientos metros que separaban a la *Domus Pública* de la entrada de la basílica. Una vez dentro comenzó a desfilarse por delante de sus numerosas *tabernae* o puestos de venta dedicados a temas concretos. Era lo más parecido a un centro comercial que iba a encontrar en esa época. Estuvo paseando por delante de puestos de todo tipo, excepto los de carne que se concentraban en el foro Boario. Al llegar a la segunda planta localizó el tipo de *tabernae* que buscaba. Lo primero que llamó su atención fue el intenso olor a hierbabuena y cominos que emanaba desde el interior. Al acceder al pequeño recinto un esclavo con una enorme sonrisa se ofreció solícito.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Julia se acercó a él y susurró.

—Necesito algo un poco especial, acude a buscar al dueño.

—¿De qué se trata? —preguntó él.

—De algo que os solucionará los ingresos del día.

Había transcurrido menos de un minuto cuando un hombre salió de la trastienda.

—¿En qué estás interesada? —preguntó.

—En silfio.

—Ya. Cada vez escasea más y la demanda es muy alta. No te saldrá barato.

Julia ya sabía que aunque Sorano de Éfeso no publicaría su famoso tratado hasta unas décadas después, el conocimiento sobre los efectos anticonceptivos del silfio tenía más de quinientos años de antigüedad. Eso lo hacía increíblemente demandado y, por lo tanto, caro.

—Eso no será problema. Necesito suficiente para dos meses. ¿Tienes aquí?

—Por supuesto que sí, traído directamente desde Cirene. El silfio siempre resulta un buen negocio.

«Por eso la sobreexplotación hará que se extinga en poco más de cien años».

—Tráemelo.

—El precio...

Julia le interrumpió colocando tres lingotes de oro sobre el mostrador.

—Ahora vuelvo —resolvió él.

Cuando llegó a la *Domus Pública*, le comentó a Ligio que había cambiado de idea y que prefería que la acompañasen a la *domus* de su padre, porque ella sola no había avanzado nada.

Al atardecer, de vuelta a casa, le pidió a Eunice que le trajera a la habitación una copa con agua hirviendo.

La misma Julia elaboró lo que necesitaba.

## OCTAVIO

Algunos días después recibió la visita de Atia, Octavia y Octavio.

—Muchísimas gracias por venir —saludó Julia mientras les daba un beso.

—Lo hacemos encantados —contestó Atia—. Por cierto, te traigo algo.

Le entregó una tela azul. Julia la extendió y observó sorprendida que se trataba del vestido que habían seleccionado en Pompeya.

—Muchísimas gracias, Atia. Ya ni me acordaba de él. Por favor, dime cuanto te ha costado.

—Es un regalo.

—Es demasiado. No puedo aceptarlo.

—¡Oh! Por favor. Claro que sí.

—Muchísimas gracias. Por cierto, el rojo que me recomendaste resultó perfecto.

—Por supuesto. Tú hazme caso.

—¿Cómo estáis?

—Estamos arreglando los últimos detalles para la marcha de Octavio.

—Sí, es verdad. ¿Cuándo sales?

—En menos de una semana.

—¿Cómo te sientes? ¿Lo tienes todo preparado? ¿Con quién vas a ir? —preguntó Julia a Octavio.

—Ya está todo arreglado. Lo tengo perfectamente organizado. Voy a viajar con otros dos *contubernalis* para los que también es su primera campaña, Marco Vipsanio Agripa, un hombre nuevo de una familia sin ninguna relevancia pero con un aparente talento natural para las armas, según el entrenamiento que hemos recibido, y Cayo Clinio Mecenas de una familia mucho más elevada e increíblemente más ilustrado.

«La que organizarán estos tres. A Octavio hay que reconocerle una cosa, siempre cuidó a los suyos. Agripa y Mecenas le serán leales toda la vida y él les recompensará generosamente por ello. Gracias a esto, Agripa alcanzará niveles nunca imaginados para alguien de su origen. Octavio incluso llegará a concederle la mano de su única hija y heredera, otra Julia, y serán amigos hasta la muerte de Agripa. Mecenas llevará en la sombra la mayoría de las tareas de gobierno y las desempeñará con tal habilidad que Augusto nunca tendrá motivos de arrepentirse por ello y hará de él un hombre inmensamente rico. Su mismo nombre pasará a tener el significado de protector de la cultura y las artes».

—Seguro que te ira muy bien con ellos.

—Ya veremos.

—Necesitaría vuestro consejo. El otro día acudí a mi primera cena en Roma fuera de la *Domus Pública* y de la casa de mi padre. Allí conocí a muchos de los más importantes personajes de la vida política de Roma, y no sé muy bien qué opinión formarme sobre ellos.

Atia se echó a reír.

—Muy fácil. Pregúntaselo a Julio.

—Claro que sí —Julia observó fijamente a Octavio—. Él es muy bueno juzgando a las personas y seguro que tiene la opinión correcta sobre ellos.

—Por supuesto —intervino Atia.

—Sin embargo... —añadió Julia mientras seguía mirando a Octavio y él enseguida entendió.

—Sí, Julio es muy bueno juzgando a las personas —puntualizó Octavio cortante—. Cambiando de tema Julia, me han informado de que estás organizando la selección de las obras para las nuevas bibliotecas latina y griega. Me gustaría mucho comentarte algunas ideas que tengo sobre ciertos textos que considero interesante seleccionar. ¿Te parecería bien que acudiese luego con una lista que he confeccionado?

—Por supuesto —contestó ella—. Agradecería cualquier tipo de ayuda que quisieras prestarme.

—Volveré luego para hablar sobre el tema.

—Muchas gracias. ¿Qué tal la vida de casada Octavia?

—Muy bien, Marcelo es muy buen marido.

«Qué pena que muera pronto —lamentó Julia—. Luego te convertirás en un títere matrimonial a disposición de los intereses de tu hermano. A pesar de lo mucho que te quiere no tendrá inconveniente en casarte con los peores maridos posibles cuando eso le convenga, incluido Marco Antonio».

—Me han comentado que él te quiere mucho.

Octavia miró al suelo y susurró:

—Somos muy felices.

—Está embarazada —añadió Atia.

—¡Muchísimas felicidades Octavia! —exclamó Julia.

Octavia sonrió. La cara de Julia se ensombreció durante unos segundos.

«Será un niño, se casará con la hija de Octavio, pero morirá pronto y sin descendencia».

De todas formas quedaban casi dos décadas para eso. Julia recuperó la sonrisa y añadió:



—¡Esto se merece una celebración! Tenemos que cenar juntos. ¿Cuándo partes hacia Grecia, Octavio?

—Dentro de cuatro días.

—Perfecto. Entonces, organizaré la cena para mañana.

Muy entrada la tarde, Eunice le informó de que Octavio había vuelto a la *domus* para dialogar sobre las nuevas bibliotecas.

—Sí, por supuesto, es un joven muy amable. Ahora voy.

Al salir de su cuarto se encontró con Octavio esperando en el atrio.

—Querido Octavio, que atento has sido.

—Quería ayudarte todo lo que pudiera con la organización de las nuevas bibliotecas antes de mi partida.

—Muchísimas gracias. Por favor acompáñame al *tablinum*.

Octavio la siguió. Cuando Julia cerró la puerta, Octavio lanzó los rollos sobre la mesa sin ningún tipo de consideración y espetó:

—Ahí están las listas con los libros.

Se sentó sobre la mesa y añadió.

—¿Qué es exactamente lo que quieres?

—Hablar contigo.

—Claro, pero ¿sobre qué?

—Necesitaría conocer tu opinión sobre algunos senadores. La verdad es que no sé muy bien qué idea formarme sobre ellos.

—Mi madre te dio un consejo muy bueno, pregúntale a Julio.

—Por supuesto que sí, pero me gustaría conocer alguna otra opinión.

—¿La mía? Él y yo casi siempre coincidimos.

—Casi siempre.

—Ya lo escuchaste cuando comimos en Pompeya. Él está beneficiando a muchas personas que lucharon en su contra durante la guerra civil y que no son de fiar.

—Cayo Casio Longino...

—Cayo Casio Longino, Marco Junio Bruto...

—¿Por qué no confías en ellos? ¿Tienes algo concreto?

—Se me da muy bien leer a través de la naturaleza humana, aunque no tenga pruebas sólidas de nada. Tampoco tú eres quien pretendes.

Julia permaneció mirándole fijamente sin decir nada.

—No te preocupes, en Pompeya ya hablé con Julio sobre ti.

—¿Y qué te dijo?

—No lo negó, pero me aseguró que él conocía toda la verdad y que todo estaba bien. Que debía valerme con eso y que te ayudara.

Julia continuó mirándole fijamente.

—¿Y no sientes curiosidad?

—Sí, pero si todo resulta correcto para Julio, sospecho que tener demasiada curiosidad sobre ti me perjudicaría.

Julia esbozó una sonrisa. Qué listo era.

Octavio prosiguió.

—Así que volvamos al tema del principio. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero que me hables sobre todos aquellos que consideres que no son de fiar y de cuáles crees que son las motivaciones de sus actos.

—¿De todos? —Octavio mostró una de sus escasísimas sonrisas—. Nos va a dar para varios días. Supuestamente Julio, ahora, no tiene oposición en Roma, pero lo que de verdad sucede es que antes sus enemigos se enfrentaban con él abiertamente y ahora no. De todas formas, todo lo que se le diga contra gente a la que aprecia resulta inútil.

—Pues coméntamelo a mí. Todavía te quedarás cuatro días más en Roma, ¿no?

—Sí, luego me iré y aguardaré a Julio, con dos tercios del ejército, en Apolonia, Grecia.

—Ven a verme cada tarde hasta tu partida... Trayéndome un rollo de papiro.

\*

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*: «César a su vuelta a Roma después de vencer a todos, perdonó a cuantos habían tomado las armas contra él. Esta actitud resulta increíble...»<sup>106</sup>.

\*

Julia aguardaba impaciente a que llegase la hora de la cena, era el momento del día que más tiempo pasaba con Julio. Le esperó leyendo la lista de libros que Octavio había seleccionado. Julio apareció en el umbral con una sonrisa y le dio un beso.

—¿Pero qué haces ahí? Al *triclinium*.

Julia fue con él.

—¿Qué es ese papiro?

—Me lo ha entregado Octavio, es una lista con los libros que me recomienda seleccionar para las nuevas bibliotecas —Julio asintió—. Aunque en realidad, hasta su partida, me visitará para darme su opinión sobre los

senadores que he conocido.

—¿Y no la tienes ya formada? Has leído los libros de historia.

—Sólo se conocen datos generales, no los detalles sobre cómo es cada uno.

—Ya te hablaré yo sobre ellos.

—Claro, pero siempre estás muy ocupado. Octavio sólo se quedará cuatro días más en Roma. De Atia he aprendido mucho, seguro que de él también lo haré. Por cierto, les he invitado a cenar mañana. Octavia está embarazada.

—Me alegro, aunque preferiría que su marido no fuese Marcelo. Últimamente está insoportable. Debí organizar su boda con cualquier otro.

—Les va muy bien juntos. Ella es feliz.

—A ver cuándo te quedas embarazada tú también.

Ella permaneció callada durante unos instantes, luego respondió.

—Ya sabes que no debo. El único motivo por el que esto no ha cambiado el futuro es precisamente porque no me he quedado embarazada. No debe haber consecuencias.

Él clavó su mirada en ella.

—¿Estás haciendo algo?

—Silfio. Nadie más de la *Domus Púbrica* lo sabe.

—Ya. Pudiste decírmelo —contestó con expresión grave.

—Ya te comenté que nunca tendrías hijos.

—¿Y a pesar de eso no crees que me merecía alguna explicación más?

—Lo siento. Te lo estoy diciendo ahora. No lo estoy provocando yo, era tu destino estuviese yo aquí o no —él prosiguió con su cena en silencio—. Lo siento —volvió a decir ella.

—Ya. Bueno, en realidad lo tenía asumido.

—De todas formas, aunque no existiese el silfio, dos meses no dan para tanto.

Él sonrió y repuso:

—Ya veremos para lo que dan.

—¿Te apetece ver otra película esta noche?

—Las películas son un invento asombroso, pero preferiría alguna con menos errores históricos.

—¡Bfffff! Eso resulta casi imposible. Había pensado en *Troya*.

—*Troya* —Julio asintió varias veces afirmativamente—. Suena muy bien.

—No te ilusiones demasiado. Según la película Menelao y Agamenón mueren, Paris sobrevive y al final escapa con Helena.

—¿Qué? —gritó Julio—. ¿Pero es que el que las escribe no se ha leído la *Iliada*?

Julia sonrió.

—El que asume el papel de Paris es un actor muy importante. Tenía que salir en la película el mayor tiempo posible —Julio sacudió la cabeza—. Sin embargo, los efectos especiales son muy buenos.

—¿Efectos especiales?

—Sangre en las batallas y cualquier cosa que haga que parezca real algo que no lo es. Son asombrosos. Realmente parece que mil barcos se dirijan hacia Troya. Te va a impresionar. Además, hay algunas escenas que ya no me resultará violento ver contigo.

—Parece que promete. ¿A qué esperamos para verla?

Se levantaron y salieron del *triclinium*. Julio se dirigió hacia su *tablinum*. Cuando comprobó que Julia no le acompañaba se giró, y al verla detenida en la puerta del *triclinium* levantó las manos y se la quedó mirando interrogante.

—Eso era antes. Ahora podemos verla en un lugar mucho más cómodo.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el dormitorio.

Él sonrió, murmuró *carpe noctem*<sup>107</sup> y la siguió.

## QUINCTILIA

La mañana siguiente Julia fue a hablar con Quinctilia.

—Hola, ¿cómo estás?

Quinctilia esbozó una mueca de sonrisa cargada de tristeza.

—Intento seguir con mi rutina... Más o menos.

Julia le devolvió la sonrisa y se sentó a su lado.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Atia, Octavia y Octavio vendrán a cenar a casa esta noche. Octavia está embarazada.

Quinctilia volvió a sonreír, esta vez con más alegría.

—Algo bello para variar. Parece que, a pesar de todo, la vida siempre se abre camino. Es una gran noticia. Me alegro por ella. ¿Qué quieres?

—Necesitaría que me ayudases a elegir algún regalo para el bebé, y de paso podríamos dar un paseo.

—Sí —respondió Quinctilia asintiendo—. Sí, necesito salir. Comprémosle algo y paseemos por Roma. Podríamos comer fuera, como cuando fuimos al Teatro de Pompeyo.

—Perfecto, te lo agradezco mucho Quinctilia.

—No, te lo agradezco yo a ti.

—¿Quedamos en la puerta en media hora?

—Allí estaré.

Julia se colocó ambas partes del chaleco antibalas y se dirigió hacia donde la esperaba Quinctilia. Estuvieron paseando por la primera planta de la basílica Aemilia en busca de una *tabernae* especializada en ropa que Quinctilia conocía. Les enseñaron un surtido de mantas pequeñas para bebé y prendas de recién nacido. Julia sonrió para sí misma, le recordaba a la vez que fue a Macy's a comprar un saco de bebé para regalárselo a Rebecca cuando dio a luz a su primer hijo. Después de revisarlo todo durante un buen rato, Julia eligió la mantita y la pequeña túnica que Quinctilia le recomendó. Cuando llegó el momento del pago, Julia, simplemente dijo:

—Cárgalo a la *Domus Pública*.

—Por supuesto —contestó el esclavo que las atendía.

De vuelta a la calle, un límpido sol invernal les dio de lleno en la cara.

—¿Por dónde quieres pasear?

—¿Podríamos subir a la colina del Capitolio y visitar el templo de Júpiter Óptimo Máximo? Todavía no lo conozco.

—Hay que remediar eso. Y más, siendo Julio el Pontífice Máximo. El templo es precioso y el paseo muy agradable.

—Muchas gracias, Quinctilia.

Ella sonrió.

—Esta salida también me viene muy bien a mí. El sol sigue apareciendo y la vida continúa su curso. Así debe ser.

«Así tendrá que ser también para mí dentro de un mes y medio», pensó Julia.

—¿Qué opinas de Cayo Trebonio?

—¿Por qué?

—Le conocí el otro día en una fiesta en casa de Cneo Domicio Calvino.

—Lógico, ha sido y es un gran colaborador de Julio. Estuvo durante cinco años luchando junto a él en la guerra de las Galias. Julio le nombró pretor hace tres años. El año pasado le designó como cónsul surfecto y este irá como procónsul a la provincia de Asia. Son amigos íntimos.

Julia sintió repugnancia.

—¿Y cómo es él como persona?

—Encantador, muy simpático y resolutivo. Ya debiste notarlo cuando le conociste.

—Sí, fue muy agradable conmigo. ¿Dónde vive?

—En el Palatino. Gracias a la guerra de las Galias se ha enriquecido mucho.

—¿Conoces a su familia?

—¿Qué está pasando aquí Julia? ¿Por qué te interesa tanto Cayo Trebonio?

—Ya te lo he dicho, le conocí el otro día.

—Y a muchos otros también.

—Sí, claro, también quiero que me hables sobre Marco Junio Bruto. Su mujer Porcia provocó una escena lamentable.

—Ni Porcia ni ninguno de la familia de los Porcios han mantenido nunca las formas.

—Ya me di cuenta.

—Aquí está pasando algo muy extraño. ¿De qué se trata?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, dímelo tú.

—Simplemente intento ponerme al día sobre quién es quién en la vida política de Roma. A fin de cuentas trabajan con Julio.

—Ya. ¿Y qué más está pasando?

Julia permaneció en silencio y encogió los hombros.

—¿Qué ha pasado ahora que no hubiese pasado antes? —preguntó Quinctilia.

Julia volvió a encoger los hombros aunque no pudo evitar que un amago de sonrisa aflorase a su cara.

—Últimamente siempre cena en casa —prosiguió Quinctilia.

—Sí, últimamente sí.

Quinctilia sonrió mientras sacudía la cabeza.

—No, Julia, no.

Julia volvió a encoger los hombros indefensa.

—Te estás equivocando.

—Ya lo sé.

—Te lo advertí.

—Ya lo sé. Pero a fin de cuentas es un error que sólo durará un mes y medio.

Julia calló súbitamente. ¿Cómo pudo decir eso?

—Sí, dentro de un mes y medio se irá a Partia durante al menos tres años. Pero luego yo tendré que aguantar tu drama.

Julia suspiró aliviada.

—Eres una gran amiga. Estoy harta de pasarme la vida pensando en el pasado y en el futuro. Quiero vivir el presente. Entiéndelo.

Quinctilia sacudió la cabeza hacia uno y otro lado y sonrió para sí misma.

—¿Es esa la roca Tarpeya? —preguntó Julia para cambiar de tema.

—Sí, pero luego no pienses en tirarte desde ella —contestó Quinctilia.

Julia sonrió. La roca Tarpeya, que era el lugar desde donde se realizaban muchas de las ejecuciones en la antigua Roma, ya no existía en el siglo XXI. Principalmente en la época de Cayo Mario y Sila se habían ajusticiado a cientos de personas lanzándoles desde ella.

Prosiguieron su camino y llegaron hasta el altar común de los tres templos del Capitolio, los de Júpiter, Juno y Minerva, o según la tradición griega de Zeus, Hera y Atenea, que desde la cumbre del Capitolio presidían y dominaban toda la vida de Roma.

Se encontraban en la cima de un podio al que se accedía mediante una escalinata. Los templos contaban con seis columnas frontales de casi siete metros de altura y estilo corintio. Adicionalmente una doble columnata corría por cada flanco formando dos prolongadas pronaos. En la profundidad se apreciaban las tres *cellae* del templo. La de Júpiter se encontraba en el centro,

la de su esposa a su derecha y la de su hija a su izquierda. En la cima del tejado correspondiente a la zona del frontón, pudo apreciar la famosa cuadriga de bronce de la que sólo se tenía noticias por las descripciones de los textos históricos.

¡Era preciosa!

Julia suspiró mientras admiraba todo el conjunto con una sonrisa en su cara.

Se volvió hacia Quinctilia y exclamó:

—¡Desde la llanura no se aprecia toda su belleza!

—Es tu primera vez en el Capitolio. Disfrútalo. ¿Entramos?

—Por supuesto.

Se introdujeron en la *cellae* central dedicada a Júpiter. Allí contemplaron la impresionante estatua de Júpiter, de Apolonio de Atenas, de casi seis metros de altura. Estaba inspirada en la escultura de Zeus de Olimpia que había realizado Fidias, una de las siete maravillas del mundo. Julia se quedó sin respiración. Tanta belleza resultaba sobrecogedora.

—¿Salimos? —comentó Quinctilia al cabo de un rato.

—Sal tú, yo voy enseguida. Quiero rezar un poco.

En cuanto Quinctilia desapareció, Julia comenzó a sacarle fotos a la estatua y a todo el interior del templo en general. Cuando pasados unos minutos salió, comprobó que Quinctilia la esperaba apoyada contra una columna.

—Estás resultando aún más piadosa que yo —señaló con una sonrisa.

Julia también sonrió.

—¿Podemos entrar en las de Juno y Minerva?

—Por supuesto.

Cuando terminaron contemplaron la impresionante vista del foro romano que se disfrutaba desde el Capitolio. En ese momento consideró la posibilidad de quedarse a vivir allí para siempre. Luego meditó sobre la esclavitud y recordó cómo todas las mujeres tenían que subir hasta la última fila en los teatros, y el tipo de vida que llevaban. Ella era una privilegiada para la época, pero para las demás no resultaba así. Sacudió la cabeza con disgusto y fue consciente de que a la larga no soportaría ser testigo del modo de vida a la que mucha gente estaba sometida. Tenía claro que estaba viviendo una situación temporal e inaceptable a medio plazo.

Volvieron a comer en el mismo lugar donde tomaron el *prandium* la última vez, a los pies del monte Capitolio.



—Venid a cenar esta noche con nosotros —propuso Julia.

Quintilia sonrió y contestó:

—No sé. No creo que sea bueno para las demás.

—¿Por qué?

—La mayoría son demasiado jóvenes. Fabia acaba de cumplir quince años y Domicia tiene apenas diecinueve. Prefiero que no acudan a ningún tipo de reunión social donde haya algún joven. Empiezan a estar en una edad peligrosa y cualquier error podría resultar fatal.

—El único joven presente será Octavio y sinceramente no creo que sea un peligro, es demasiado frío y racional. Él se jugaría el mismo destino que ellas.

—Sí, pero por si acaso prefiero no correr riesgos. Aemilia tiene veintiocho años y sí que tiene muy claro su deber. Por otro lado, Claudia estará de guardia. Así que si te parece bien podríamos acompañaros Aemilia y yo.

—Perfecto.

—Excepto Aemilia todas son demasiado infantiles. Me alegro mucho de que tú estés aquí y poder hablar con alguien que me comprenda. A veces me da la sensación de que eres la única persona en toda Roma que me entiende.

Julia cogió la mano de Quintilia y le aseguró:

—A mí me pasa lo mismo, y quien se alegra de que tú estés aquí soy yo. Sin ti mi vida en la *Domus Pública* no habría sido la misma.

Quintilia sonrió.

—¿Somos dos bichos raros o son todos los demás los que están locos?

—Ni una cosa ni la otra. Probablemente hayamos nacido antes de tiempo.

—¿Antes de que tiempo? Las cosas nunca han cambiado y nunca cambiarán.

—Quién sabe, puede que nazcan más como nosotras. Los bichos raros inadaptados son los que al final acaban transformando el mundo —se quedaron en silencio unos minutos. Luego Julia añadió—. Y por cierto, muchas gracias por todos tus consejos.

Quintilia se echó a reír.

—Total, para el caso que les haces.

Julia se rio y afirmó:

—Pero, a pesar de todo, me sigues aguantando.

—Para eso están las amigas —repuso Quintilia con una sonrisa.

«¡Cuánto la iba a echar de menos!», pensó Julia.



## ESTRIDORES DEL INFRAMUNDO

Nada más entrar en la *Domus Pública* un ensordecedor y desagradable chirrido llegó hasta ellas. Las dos se observaron extrañadas, pero en cuanto Quinctilia se dirigió hacia Marco para interpellarle, Julia cayó en la cuenta de lo que debía tratarse todo aquello y sonrió.

—¿Qué es eso? —preguntó Quinctilia señalando al aire con su dedo índice—. ¿Están estrangulando a algún gato o qué?

Al comprobar que se estaba dirigiendo a él, Marco, que se estaba tapando los oídos con ambas manos, las retiró y con una cara de profundo desagrado preguntó:

—¿Qué deseas, *dómina*?

—Saber qué sucede.

—Se trata del *dómine*. Está investigando sobre el funcionamiento de una herramienta que se trajo de las Galias.

Julia estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿Y esta tortura va a durar mucho tiempo? —preguntó Quinctilia.

Marco encogió los hombros con un gesto de desconocimiento.

—Voy a preguntarle —intervino Julia.

—Lo siento, *dómina*, pero ha ordenado que nadie debe entrar.

—¿Tampoco yo?

—No me ha comunicado nada al respecto.

—Yo me encargo —comentó a Quinctilia—. ¿Nos vemos antes de la cena?

—Claro.

Quinctilia se dirigió, apretando el paso, hacia su ala de la casa deseando alejarse lo más posible de aquel sonido infernal.

Julia fue a su habitación, guardó el otro violín que había traído en una de sus bolsas y volvió a dirigirse hacia la habitación de Julio. Marco permanecía en la puerta tapándose los oídos. Julia sonrió.

—¡Julio! ¡Julio!

Al momento la música cesó, se oyó un sonido de pasos y Julio apareció en el umbral con el violín en su mano izquierda.

—No me comentaste que esto fuese tan desesperante.

—Sí que te lo dije, pero tú te empeñaste —contestó Julia con una sonrisa maliciosa.

—Anda pasa.

Julia entró con su bolsa, la depositó sobre la cama y extrajo de ella su propio violín. Nada más hacerlo, comprobó cómo el ordenador estaba abierto

encima de la mesa, reproduciendo el vídeo del método de aprendizaje de violín, que ella había subtulado y traído en su último viaje.

—Empecemos por el principio, no es que yo sepa mucho, pero te puedo enseñar lo básico. Esto de aquí se llama puente y esto es el arco. Como verás el violín tiene cuatro cuerdas, la más aguda es la de la derecha y la más grave la de la izquierda. Al tocarlas al aire suenan con las notas sol, re, la y mi. ¿Te ha dado tiempo de aprender las siete notas musicales?

—Do, re, mi, fa, sol, la, si y do otra vez.

—Perfecto.

—¿Para qué te has traído otro violín?

—Porque tengo una partitura muy sencilla que pueden tocar dos violines a la vez. Cada uno interpretaría una melodía diferente, pero al escucharse las dos simultáneamente podría sonar precioso, al menos esa sería la intención, pero para eso aún queda mucho... Probablemente nunca lleguemos a interpretar algo así juntos. Pero antes de que se me olvide, yo también quiero aprender algo: enséñame a luchar con un *gladium*.

Julio permaneció observándola con una sonrisa de conmiseración mientras sacudía la cabeza.

—¿Para qué puede querer una mujer luchar con un *gladium*? No vais a la guerra. Con todas las muertes que hay dando a luz si además fueseis a la guerra, Roma se extinguiría.

—Nadie sabe luchar con ese tipo de espada en el siglo XXI... Al menos con propiedad.

—¿Y dónde te enseñaría? En tu cuarto o en el mío no, porque se necesita espacio y debe tratarse de una zona abierta. Y en un área de entrenamiento nos verían y resultaría inexplicable. Además si en el siglo XXI nadie sabe luchar con un *gladium*, ¿contra quién pelearías?

Julia permaneció meditando sobre ello decepcionada. Luego asintió.

—Está bien, volvamos al violín. Comencemos por algo sencillo. En la cuerda sol vamos a tocar las notas sol, la, si, do y re. Sujeta el violín con tu mano izquierda y apóyalo entre tu hombro y la barbilla.

Julio así lo hizo y ella se colocó detrás de él, sujetó su mano izquierda con la de ella y le instruyó.

—Hazlo con un poco más de suavidad. Es como coger un pájaro, no quieres que se te escape pero tampoco estrangularlo.

Él permaneció en silencio.

—Ahora con la mano derecha sujeta el arco y dobla ligeramente el codo

para colocarlo encima del violín, pero sin tocarlo. Muy bien. Ahora vamos a dejar deslizar el arco sobre las cuatro cuerdas para hacer sonar las notas sol, re, la y mi.

Julia colocó su brazo derecho encima del suyo, sujetó levemente el arco y los dos realizaron un suave movimiento horizontal levemente curvado, que hizo que el arco acariciase las cuatro cuerdas del violín. Se escucharon las notas sol, re, la y mi.

—Muy bien. Esto empieza a sonar un poco mejor.

Julia se dirigió a coger su propio violín, que se encontraba sobre la cama.

—No te alejes, me estaba gustando.

Julia sonrió.

—A mí también. Pero intentemos tocar los dos a la vez las notas sol, la, si, do y re en la cuerda de sol.

Los sonidos que empezaron a llenar la *Domus Pública*, no eran en absoluto dignos del Covent Garden, pero al menos no producían dolor de oídos.

## LA PRIMERA DESPEDIDA

Octavio acudió a visitarla, como todas las tardes, trayendo un papiro. Esos cuatro días les había dado para mucho.

—Ésta es mi última visita. Mañana partiré hacia Grecia. Aguardaré en Apolonia a que Julio llegue con el resto de las tropas.

—Tendrás un buen viaje, ya lo verás.

—No entiendo por qué hablas siempre con tanta seguridad sobre mí o lo que vaya a hacer.

—No lo sé. Puede que yo también tenga algo de augur.

—Eres muy rara.

Julia rio.

—Siempre me lo dicen.

—No, lo digo en serio. Me quedaré sin saber nada real sobre ti, ¿verdad? —ella sonrió pero no contestó—. Ya —añadió Octavio.

—Sin embargo, te daré algo para que me recuerdes.

—¿El qué?

—Tú me has advertido sobre muchas personas y yo te voy a hacer el mismo regalo, aunque a fin de cuentas se trata de algo que ibas a descubrir por ti mismo de todas formas. Mucho cuidado con Cleopatra.

—¿Yo? ¿Que yo debo tener cuidado con Cleopatra? ¡A cuenta de qué! La que deberías preocuparte por ella eres tú.

Julia sonrió.

—Ya me entenderás.

—A veces puedes resultar más misteriosa y enigmática que una sibila.

Julia zanjó la conversación.

—Que tengas un buen viaje Octavio. Y recuerdos a tu madre y a tu hermana.

Octavio la observó intrigado, luego se despidió.

—Bueno, ahora voy a saludar Julio. Adiós Julia, o como te llames.

—Me llamo Julia. Adiós Octavio.

Octavio se giró y sin mirar atrás salió de la habitación y de su vida para siempre... Al menos hasta que volviese a encontrarle en los libros de historia.

Después de despedirse de Octavio, Julia se dirigió a su dormitorio, abrió el ordenador y comenzó a transcribir todos los comentarios que este le había hecho durante los cuatro últimos días, sobre los senadores que no consideraba confiables. Estos incluían a gran parte de los conspiradores, pero también a algunos otros de carácter bastante inestable como a Marco Antonio y a Publio

Cornelio Dolabela, aunque en último término se mantendrían fieles a Julio y ayudarían a vengar su muerte. De hecho Publio Cornelio Dolabela se encargaría de eliminar al mismísimo Cayo Trebonio.

En ese momento, Julia fue consciente de que estaba transcribiendo un documento sobre las impresiones del futuro emperador Augusto sobre muchos de los asesinos de su padre adoptivo. Un sueño. Una documentación de valor histórico incalculable.

Cuando terminó el escrito guardó el archivo con una contraseña diferente a 1503. No podía permitir que él llegase nunca a leerlo. La clave que eligió fue: «lo siento».

## EL FESTIVAL DE LOS MONTES ALBANOS Y LAS SEÑALES

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*. Festival latino: Celebración anual realizada el 26 de enero en honor a Júpiter Latinaris en la cima del monte Albano, actual Monte Cavo. Ésta era seguida por una procesión a lo largo de los 30 kilómetros que lo separaban de Roma. Los comentarios del pueblo romano en la celebración de año 44 a.C. supusieron un incremento de la tensión que ya se llevaba...

\*

Dos días después, mientras estaban cenando, Lucio irrumpió en el *triclinium* adelantándose a Marco, que supuestamente iba a anunciar su presencia. Julio levantó la vista sorprendido.

—¿Lucio? ¿A qué se debe esta agradable sorpresa?

—Lo siento, *dómine* —se disculpó Marco.

—Está bien, déjanos.

—Hola Julia —saludó Lucio.

—Hola. ¿Deseas cenar con nosotros?

—No, no he venido a eso. ¿Podrías dejarnos un momento a solas, por favor Julia? —luego se dirigió a Julio y añadió—. ¡Tenemos que hablar!

—Por supuesto, de lo que quieras. Pero ven al *triclinium* por favor.

Julia se puso en pie para irse.

—No hace falta que te vayas, quédate —resolvió Julio—. No hay problema con que esté presente, de verdad Lucio. ¿De qué se trata?

—Nunca has sido demasiado aprensivo, pero ahora deberías tener cuidado, tendrías que ser más prudente.

—¿Más aún?

—El desfile posterior al festival latino ha encendido bastante los ánimos entre los senadores. Tan sólo con oír la palabra rey se resucitan muchos fantasmas para la República.

—¿Y qué más pude hacer yo? Cuando el pueblo empezó a vocearlo durante el desfile ya les dije que sólo era César. No voy a estar pidiendo perdón por lo que la multitud empieza a clamar durante la procesión de una fiesta.

—¿Y el asunto de la cinta de oro, símbolo de la monarquía, en una de tus estatuas?

—Ya la retiraron los tribunos de la plebe Cayo Epidio Marulo y Lucio



Cetesio Flavo y me enfadé con ellos porque deseaba quitarla yo mismo. ¿No pensarás que mandé ponerla yo? No soy tan tonto.

—No, pero alguien lo hizo, tal vez para perjudicarte, no lo sé, pero el hecho es que la mayoría de los senadores ya están murmurando que vas a exigir que te nombren rey de Roma.

—¡Menuda estupidez! A ti no te negaré que se me pasó por la cabeza, pero, ¿para qué quiero un título vacío si ya tengo la libertad de hacer lo que resulta necesario? Prefiero mil veces antes una dictadura legal que una monarquía ilegal<sup>108</sup>. Además dentro de un mes me voy a ausentar de Roma como mínimo durante tres años. Que recapaciten un poco para qué querría complicarme tanto la vida por un mes.

—Cuando se trata de las emociones y el miedo la gente no piensa, actúa.

—¿A qué te refieres con lo de actuar?

—Se rumorea sobre muchos complots contra tu vida.

—¿Y te crees que no lo sé? En uno de los rumores, el cabecilla de la conspiración es Marco Antonio, en otro Casio, en otro Dolabela<sup>109</sup>. Si tuviese que decantarme por alguno, el que me parece más serio y amargado de todos es Casio, pero si hiciese caso de todas las murmuraciones no haría otra cosa que vivir asustado, con lo que no viviría, sólo hay que temerle al mismo miedo. *Crudelius est quam mori semper timere mortem*<sup>110</sup>. Además, ¿qué pretendes que haga? ¿Torturarles a todos hasta que confiesen cualquier cosa? Eso me haría perder toda la razón y la concordia que he estado tantos años luchando por conseguir. Prefiero la palabra honor y mantener lo que he logrado, mucho más de lo que temo a la muerte. Por otro lado, piensa un poco, sólo me queda un mes y medio antes de irme a la guerra. No pensarás que existe más peligro para mí en la misma Roma en época de paz, que en Partia en medio de una guerra. Además, los senadores no son tan tontos. Puede que a algunos les guste menos que a otros, pero todas mis medidas eran necesarias y beneficiosas para Roma. Si algo me ocurriese ahora, saben que la consecuencia sería una guerra civil entre las distintas facciones y nadie quiere eso.

—Julia, dile algo —demandó Lucio.

Julia permaneció callada mientras era consciente de que probablemente, en ese mismo momento, en algún lugar de Roma se estuviesen concretando los detalles del asesinato.

—¡Julia! —insistió Lucio.

—No sabría que más añadir —murmuró ella con culpabilidad.

Lucio suspiró y prosiguió con su argumento.

—Sé más discreto. Viste como el resto de senadores, no con esa toga púrpura.

—Me corresponde como general triunfante tanto como la corona de laurel.

—Estás ciego y sordo.

—No, simplemente soy el que soy. Si hubiese actuado toda mi vida como tú quieres que lo haga ahora, nunca habría llegado si quiera a salir de Roma.

—Tal vez lo que siempre te ha beneficiado en el pasado, en estos momentos acabe convirtiéndose en tu peor enemigo.

—*Cotidie damnatur qui semper timet*<sup>III</sup>. No se puede vivir con miedo. Te paraliza.

—También te advierte del peligro.

—Siempre he vivido rodeado de peligro.

—Sí, pero cuando estábamos en las Galias sabías donde estaba y ahora no.

—Te preocupas demasiado. Los senadores, incluso los partidarios de Pompeyo, no han sufrido ninguna represalia y hasta les he beneficiado. Aunque haya cosas que no les gusten, les ha ido bastante bien. Saben que lo que podría acontecer si algo me sucediese sería mucho peor. Mi vida le interesa más al Estado que a mí mismo.

—La gente no es racional. Tú crees que sí, pero no.

—Ya sé que en gran medida no lo es, pero también sabemos que todo el mundo actúa de acuerdo con sus intereses, racionales o no. Y a todos les interesa más la situación en la que vivimos ahora, que el caos de los últimos años.

Lucio le observó con ira. Era la primera vez que Julia le veía enfadado.

—¡No puedo más! No digas que no te lo advertí.

—Agradezco tu preocupación, de verdad, pero los riesgos que asumo siempre son calculados.

—¡Pues estás calculando mal! —sentenció Lucio antes de darles la espalda y abandonar el *triclinium*.

\*

Extracto del informe *Los idus de Marzo*. «... Dicen que siendo una vez advertido de sus amigos que tuviese más en cuenta en guardarse de las acechanzas y engaños de sus enemigos, a los cuales parece que había dado ocasión de que le pudiesen hacer daños habiendo despedido a los que tenían cuenta con su persona, César respondió que no hay cosa más desdichada que

la perpetua guarda, ni hombre más miserable que el que está en perpetuo temor»<sup>112</sup>.

Lucio Julio César fue uno de los amigos que sabiamente le advirtieron sobre el peligro que se cernía sobre él, pero la personalidad de César hacía inútil cualquier tipo de...

## LAS CALENDAS DE FEBRERO

—Ya estamos en la tercera vigilia<sup>113</sup> —comentó Julio—. Hoy son las Calendas de Febrero.

—Sí, es verdad —contestó Julia—. ¡Cómo pasa el tiempo!

—Dentro de unas horas tendrás que volver al futuro, ¿no?

Julia se giró en la cama para mirarle.

—No tengo por qué. Decidieron abrir el puente los días uno de cada mes, las Calendas, únicamente por si tuviese alguna emergencia, como lo que ocurrió con la difteria. Cuando sí es obligatorio que presente mi informe, es el día quince. Prefiero no ir hoy.

—¿Por qué?

—Se me da muy mal mentirles —comentó ella negando con la cabeza—. Cuanto más hable con ellos, más me arriesgo a que se den cuenta de lo que está ocurriendo.

—Pues aquí lo estás haciendo muy bien.

—Más o menos. Quinctilia y Octavio sí que han notado algo extraño sobre mí, y mis jefes son expertos en analizar si alguien es sincero o no. Con que no adviertan nada en los Idus de Febrero me conformo. Prefiero no arriesgarme, a no ser que resulte absolutamente necesario. Tampoco quiero volver en las Calendas de Marzo.

—¿Qué ocurriría si se diesen cuenta?

—¿Qué no me dejarían volver!

—Ya. ¿Es necesario que vuelvas en los Idus de Febrero?

—Excepto por causa de fuerza mayor, sí. Además, tengo que entregarles las muestras de sangre y faríngeas que estoy guardando en la nevera. Ya casi no me queda espacio y si no se las diese, el último mes no podría tomar ninguna más. Por una penúltima vez que vaya no creo que suceda nada.

Julio permaneció en silencio durante unos instantes.

—Dales toda la información excepto esto. No esperes a que te pregunten, dásela tú. No dejes de hablar y riéte como si no tuvieses ninguna preocupación. Reconoce que te lo estás pasando muy bien con toda la gente de aquí, incluso conmigo, no lo niegues ante ellos, pero que estás deseando que todo acabe para poder volver a tu tiempo. Mueve mucho las manos. Siempre que les cuentes algo sobre el pasado dirige la vista hacia tu izquierda. El resto del tiempo mírales a los ojos pero no continuamente.

Julia silbó.

—Vaya. Menuda lección.

—Tengo cierta experiencia en mentir y en que me mientan... A pesar de lo que diga Lucio.

—A veces me das miedo.

La miró a los ojos mientras le acariciaba el pelo y afirmó:

—Te aseguro que no tienes por qué.

—Me alegro mucho de haber venido y llegado a conocerte.

—Yo también de que vinieras.

Ella sonrió y añadió:

—Aunque la verdad es que no empezamos muy bien. El primer día casi me torturas.

Él se echó a reír.

—Siempre amenazo, pero nunca lo hago. Con la excepción de alguna vez en la guerra. Suele funcionar sin llegar más allá. Tampoco te habría matado.

—¿Me habrías dejado libre?

Él sonrió.

—No. Te habría mantenido en tu cuarto de la *Domus Pública*, pero aislada.

—¡Qué considerado!

—No me gustan los hombres que les hacen daño a las mujeres. Es propio de cobardes. *Tantum ignavi fortes sunt mulieres nocentes*<sup>114</sup>. Les obligaría a demostrar si son tan valientes con cualquiera de mis legionarios —luego hizo una pausa—. ¿Tú te habrías suicidado?

—Entonces sí, ahora no.

—Así que no me quedaba otra opción que casarme.

—No.

—Me alegro de haberlo hecho. Aunque te aseguro que me diste la peor noche de bodas de las cinco que he tenido —rememoró, poniendo los ojos en blanco, mientras apoyaba la cabeza sobre la mano y contemplaba el techo.

Julia sonrió.

—Si te sirve de consuelo a mí me descolocaste del todo, pensaba que ibas a decir algo pero te fuiste directo a la cama.

Él giró la cabeza para mirarla y con un esbozo de sonrisa aclaró:

—Eso fue estrategia militar básica. Siempre hay que ser el primero en tomar la mejor ubicación.

Los dos se echaron a reír.

El resto del mes resultó increíble.

Los días pasaban a toda velocidad.  
Las noches mucho más.

## LAS LUPERCALIA

Extracto del informe *Los Idus de Marzo. Lupercalia*: Celebración latina realizada como homenaje a la loba que amantó a Rómulo y Remo. En la cueva donde ésta vivió, en la falda del monte Palatino, los miembros de la hermandad de los Luperci sacrificaban a un perro y varios carneros. Posteriormente salían de la gruta totalmente desnudos excepto por unas tiras de piel de los carneros sacrificados con las que se cubrían la zona de los genitales. Después de dicho ritual, debían correr hasta el foro romano azotando, con tiras elaboradas con la piel de los carneros, a las mujeres con el propósito de aumentar su fertilidad. Dichas correas se denominaban *februares*, en honor al dios *Februus*, de las que proviene el nombre de nuestro mes de febrero. En el siglo V, el Papa Gelasio I prohibió la celebración de las Lupercalia y la sustituyó por San Valentín el 14 de febrero. Uno de los corredores de la hermandad de los Luperci del año 44 a.C. era Marco Antonio. Debido a los actos de este al final de la carrera, Marco Tulio Cicerón comentó que las *Lupercalia* del 15 de febrero del año 44 a.C. marcaron el inicio del fin de Cayo Julio César...

\*

El quince de febrero, el mismo día en que Julia viajaría al futuro por penúltima vez, se celebraron las *Lupercalia* en Roma. Marco Antonio salió de la cueva de la loba manchado de sangre y completamente desnudo salvo por unas pequeñas tiras de piel de macho cabrío anudadas a la cintura que no llegaban a cubrirle ni siquiera la totalidad del pene. Julio, en calidad de Pontífice Máximo, estaba esperándole a la salida de la cueva para dar el visto bueno al inicio de la ceremonia y Julia se encontraba a su lado.

En un tono lo suficientemente bajo como para que únicamente los otros dos pudieran oírle, Julio señaló:

—Un poco corto el taparrabos, ¿no? De hecho creo que es el más corto que he visto en toda la historia de las *Lupercalia*.

—¡Bah! Será que los demás la tenían demasiado pequeña. Venga Julia sé la primera a quien dé un azote, así concebirás pronto un hijo.

«Menudo sinvergüenza —pensó Julia—. ¡Cómo le encantaba exhibirse!».

—¿Sería apropiado, esposo? —preguntó a Julio con fingida timidez.

—Por supuesto. Es la tradición, nuestro *mos maiorum* —repuso Julio.

Julia asintió y Marco Antonio le asestó un suave latigazo en el lado izquierdo del cuerpo, que dejó una mancha de sangre proveniente de la *februaire*.

—En Hispania también se azotaba a los corredores —comentó Julia—. Así te asegurabas el embarazo sin ningún género de dudas. ¿Te parece apropiado esposo? Me quedaría mucho más tranquila si también introdujésemos esa pequeña variante de donde yo provengo.

Julia miró fijamente a Julio de forma enigmática.

Marco Antonio sonrió e intervino:

—Por mi parte no existe ningún problema con que me dé un azote.

—¿Por qué no? Si resulta efectivo de allá de donde tú vienes, ¿por qué no intentarlo? Todo sea por nuestro futuro hijo —contestó Julio en tono fingidamente comprensivo.

Marco Antonio le entregó cortésmente una de las tiras de piel. Julia la tomó con delicadeza como si no supiese que hacer con ella y entonces repentinamente le asestó con todas sus fuerzas un tremendo latigazo a la altura de sus genitales.

—*Edepol* —gritó Marco Antonio mientras se retorció.

—Cuanto más fuerte sea, más efectivo resulta —explicó Julia con cara de inocencia suprema mientras miraba sucesivamente de uno a otro.

Era evidente que Julio estaba haciendo un terrible esfuerzo para no carcajearse del todo abiertamente y permaneció unos instantes callado conteniéndose antes de hablar. Marco Antonio les había dado la espalda y estaba doblado concentrado en sí mismo y en sus problemas.

Al cabo de unos segundos Julio comentó:

—Por supuesto querida, seguro que gracias al sacrificio de Marco Antonio pronto seremos bendecidos con un hijo —luego añadió en un todo de voz bastante más elevado—. ¡Qué comiencen las *Lupercalia*!

Todos los corredores de las *Lupercalia* se dirigieron hacia la izquierda, para rodear el monte Palatino como parte de su trayecto de camino al foro.

Las mujeres se acercaban para ser azotadas con la intención de engendrar pronto a un hijo. La historia nos detalla que Marco Antonio corría el primero exhibiéndose ante toda Roma. En esta ocasión corría el último y no azotaba a nadie.

Julio y Julia se dirigieron hacia el foro atravesando el monte Palatino para acudir antes que los corredores. Una vez en el foro, se encaminaron hacia la Rostra. En la cima de la escalinata de la tribuna de los oradores se encontraba un impresionante trono dorado. Julia lo contempló con disgusto. Era el trono de un rey. «Para ser tan inteligente, ¿cómo podía cometer tantos errores?». Julio, al observar su expresión preguntó:



—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Qué es?

—Debes tomar tus propias decisiones —contestó, y se retiró hacia donde se encontraban Atia y Octavia con el resto de mujeres de la familia, incluida Fulvia.

Julio, vestido con su toga púrpura de general triunfante, la túnica de mangas largas y las botas rojas de talle alto propias de los reyes de Alba Longa subió ceremoniosamente las escaleras en dirección al trono delante de toda Roma y como si de un rey se tratase se sentó en él.

Julia sacudió, casi imperceptiblemente, la cabeza en señal de negación.

En ese momento los corredores de las *Lupercalia* comenzaron a aproximarse. Cuando llegó Marco Antonio se dirigió hacia el trono llevando una diadema dorada, que era el símbolo de la realeza. Se la ofreció a César mientras proclamaba:

—¡El pueblo desea que te entregue esta corona!

Toda la multitud apiñada en el foro quedó completamente en silencio. César permaneció mirando fijamente la corona en las manos de Marco Antonio, pero no la cogió. En ese momento recordó lo que le había dicho Julia casi dos meses antes. Antonio volvió a ofrecérsela y entonces César, después de dudar unos instantes, exclamó:

—¡Únicamente Júpiter Óptimo Máximo es el rey de los romanos!

Toda la multitud rompió repentinamente el silencio con aplausos y vítores. Había dejado definitivamente claro ante todos que no deseaba ser rey. Julia, sin embargo, dejó caer la cabeza con tristeza. Sabía que sus enemigos interpretarían su negativa como una farsa. Considerarían que si él hubiese apreciado suficiente apoyo popular cuando Marco Antonio le ofreció la diadema, la habría aceptado. A partir de entonces quedarían convencidos, por si hubiesen albergado alguna duda previamente, de que cuando llegase el momento oportuno Cayo Julio César sería proclamado rey de Roma por una abrumadora presión popular y él, con una reticencia calculada, acabaría aceptando... A no ser que se lo impidiesen.

Julia se encontraba en la habitación preparándose para el viaje. Estaba guardando la nevera con las muestras de sangre y faríngeas en la bolsa.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó él.

—Tú eres el dictador de Roma y no yo.

—¿Crees que he cometido algún error! ¿Pero cuál? Rechacé la corona.

—No debo opinar.

Él se acercó.

—Quiero que opines.

—Pero no debo.

—¡Hazlo!

—¡Aplicate tus propios consejos! No sólo hay que ser bueno, sino también parecerlo —luego añadió—. Estoy hablando demasiado.

—¿Es por ese trono dorado? Me lo ofreció el Senado a mí.

Julia se echó a reír con ironía.

—Claro, de forma espontánea y voluntaria. A mí no intentes engañarme. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Por supuesto.

—¿Todo ese espectáculo lo tenías preparado con Marco Antonio?

—No. Lo organizó él solo, supongo que para halagarme. No le conviene que sigamos distanciados.

—Pues flaco favor te ha hecho. Cambiemos de tema por favor —comentó con disgusto—. Antes me resultaba más fácil no hablar de más. Se me hace tarde, vayamos al cuarto. ¿Has mandado a todo el mundo a sus habitaciones?

Él asintió. A continuación, intentó cogerle la bolsa pero Julia tiró de ella.

—¿Pero qué es lo que te pasa?

«Que este ha sido el error final, por el que sólo te queda un mes de vida».

—¿Qué sólo nos queda un mes! Ni siquiera eso. Febrero tiene veintio... Veintinueve días.

—Ya —Julia apoyó la cabeza contra su pecho y él la abrazó—. Todo problema tiene una solución. Podrías quedarte un par de meses más.

«¿Qué sentido tendría quedarme en Roma cuando hayas muerto?».

—No, no tiene sentido. Tú te irás a Partia y estarás fuera tres años como mínimo.

—Podrías acompañarme. No es lo habitual, pero en algunos casos sí que han viajado las esposas. Te mantendría en la retaguardia, estarías en una zona segura.

«Nunca llegarás a Partia», consideró con pena.

—Me daría igual estar en primera línea, es lo que querría, pero los dos sabemos que si fuese contigo, más pronto o más tarde intentarías que te informase sobre los planes del enemigo en batallas futuras, no podrías evitarlo; y yo en algún momento cometería algún error que cambiase la

historia. Además, nunca me dejarían volver después del quince de marzo. Pase lo que pase, y decidamos lo que decidamos, mi último día aquí serán los *Idus de Marzo*.

—Si no quieres buscar una solución, entonces no te quejes —resolvió serio.

—¡Es que no hay solución!

—Con todas las cosas que me has enseñado sobre el futuro tú, más que nadie, deberías tener la convicción de que todo problema tiene una solución. Otra cosa es que no quieras arriesgarte para encontrarla. *Audaces fortuna iuvat*<sup>115</sup>.

Julia permaneció meditando sobre ello. ¿Habría alguna solución para la situación de ambos? ¿Existiría alguna posibilidad? Entonces sintió una extraña debilidad en todo su cuerpo. Julio la observó fijamente y comentó.

—Estás muy pálida, ¿te encuentras bien?

Lo último que vio fueron unos extraños brillos plateados antes de que todo se oscureciese a su alrededor. Cuando se despertó estaba en el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Que te has desmayado.

—Lo siento, no he tenido un buen día.

Repentinamente comenzó a sentirse mucho peor. Notó una desagradable sensación en su estómago y se empezó a alejar de donde se encontraba Julio.

—¿Qué te pasa?

Se dirigió hacia la pared y súbitamente empezó a vomitar. Julio se acercó y le recogió el pelo.

Al cabo de menos de un minuto todo terminó. Julia se disculpó.

—Lo siento mucho. Ha sido asqueroso.

—Algo te pasa, voy a llamar a Antistio.

—Seguro que se trata de algo que he comido —comentó mientras se lavaba la cara en la palangana de la habitación—. Volveré al futuro en unos pocos minutos, allí me curarán, no te preocupes. Lo sorprendente es que no haya enfermado antes —Julia se empezó a lavar los dientes—. Siento mucho cómo me he comportado —añadió.

—Es un mal momento. Cuando vuelvas hablaremos.

Ella asintió. Julio cogió la bolsa y se dirigieron hacia la habitación.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, eso no es lo que me preocupa.

Ya dentro de la habitación, Julia lanzó la nevera con las muestras hacia el

plasma. Luego se giró y le abrazó durante unos interminables segundos.

—Hasta luego —le dijo.

Él dobló el codo y levantó la mano.

Entonces Julia se dirigió hacia el plasma y desapareció.

## LO IMPENSABLE

Cayó de rodillas, como era habitual, y soltó un gemido. Se puso lentamente de pie y comprobó que todos la estaban observando desde el otro lado de las cristaleras.

Castell apretó el botón del intercomunicador y preguntó:

—¿Cómo estás, Julia?

—Enferma otra vez. Allí toman la leche sin pasteurizar y no potabilizan el agua, lo extraño es que haya disfrutado de una salud perfecta durante casi dos meses.

—No te preocupes, ahora te realizaremos las pruebas de siempre. Además, tienes bastante mejor aspecto que aquella vez que viajaste inconsciente.

—Sí, tampoco me encuentro tan mal —contestó ella esbozando una sonrisa.

Seguidamente cogió la nevera y añadió:

—Aquí tengo cincuenta y cuatro muestras para ser analizadas.

—Excelente. Espera en tu cuarto, allí te harán los análisis. Cuando tengamos los resultados, dentro un par de días, hablaremos.

—Perfecto.

—¿Todo va bien?

—Sí, todo transcurre según lo previsto. Durante estos dos días redactaré mi informe.

—Muy bien. Ya sólo queda un mes y esto está resultando un éxito.

Julia sonrió forzosamente y contestó:

—Sí, un éxito.

Dejó la nevera en el laboratorio y se dirigió hacia su habitación. Se tumbó en la aséptica cama y se dedicó a mirar al techo. Al cabo de pocos minutos, entraron dos de los técnicos que ya conocía embozados en sendos trajes de aislamiento.

—Coloca el brazo aquí, vamos a sacarte sangre.

—De acuerdo.

Le extrajeron varios tubos de sangre, igual que la última vez. Luego le proporcionaron un pequeño bote.

—Llévalo, y cuando termines presiona este botón y acudiremos a recogerlo.

—Muy bien.

—Luego te realizaremos una resonancia al igual que la última vez.

—Cuando queráis.

Después de que se fuesen, Julia se sentó frente al ordenador que tenía en la habitación y comenzó a escribir: *Los Idus de Marzo. Tercera parte.*

Nunca le costó redactar, pero esta vez se quedó bloqueada. Lo que más recordaba y le importaba sobre el viaje no podía ponerlo en el informe. Entonces suspiró.

Dos días después sonó el teléfono de la habitación, era Castell.

—¿Julia?

—Sí. ¿Qué tal?

—Ven aquí —sentenció en un tono de voz inusualmente seco.

—¿Qué pasa?

—¡Que vengas! —y colgó.

«¿Qué estaba ocurriendo? No se sentía tan mal. Si tuviese algo grave deberían tratarle antes de que él pudiese verla».

Acudió corriendo al despacho de Castell. En cuanto abrió la puerta Rita le informó.

—No hace falta que te sientes. Quiere verte inmediatamente.

Julia entró en el despacho. Allí se encontraban sentados Castell y Blane. La cara de Castell era especialmente dura.

—¿Qué pasa? ¿No estoy enferma no? —preguntó mirando de uno a otro.

—¿Enferma? —repitió Castell gritando—. ¡Estás embarazada!

Julia se desplomó sobre la silla mientras su pecho se vaciaba de aire al exclamar:

—¡No!

Intentó asimilarlo durante unos segundos.

—¿Cómo has permitido que algo así pudiese ocurrir? —prosiguió Castell a voz en grito—. ¿Quién es el padre, él?

—Sí.

—¿Qué ocurrió? ¿Te violó?

Julia contestó mecánicamente mientras su mente estaba en otra cosa.

—No... Fue un error... Embarazada —«malditos sean el Silfio y Sorano de Éfeso», pensó.

—¿Un error? ¿Un error? ¿Pero cómo pudiste ser tan poco profesional?

Julia respiraba agitadamente mientras permanecía en silencio intentando asimilarlo todo.

—Menos mal que mandamos a una mujer —masculló Castell para sí

mismo—. Bueno, quién sabe. ¡Tal vez un hombre se habría dejado los pantalones puestos! —gritó con un tono de intenso reproche.

—Embarazada...

Se llevó la mano a la frente.

—Por suerte será por poco tiempo. Organizaremos la operación para mañana.

Julia recuperó la lucidez. Permaneció en silencio durante unos segundos. A él no podría salvarle... Pero nadie iba a impedir que una parte de él sobreviviese. Respiró hondo y contestó:

—No.

—¿Qué? ¿Pero cómo te atreves?

—No creo que exista ninguna ley en este mundo que le permita obligar a una madre a abortar. No quería esto, no buscaba este niño, pero ahora me doy cuenta de que no quiero perderlo.

—¡Después de lo que has hecho no te conviene desobedecer!

—No lo pretendo, disculpe, no es eso. Asumo toda la responsabilidad por mi error, pero también hemos aprendido algo.

—Habla por ti.

—Estoy embarazada y todos seguimos aquí, ¿no? El futuro no ha cambiado aunque yo no tenga ninguna intención de abortar —Castell permaneció en silencio—. Esto nos prueba que la cuarta ley es incorrecta... O al menos no es exacta en sus términos tal y como está ahora formulada. ¿Por qué no ha cambiado nada? Porque el niño no influirá en el pasado. Si el viajero del tiempo hubiese sido un hombre, el niño nacería en el pasado y es ahí donde la madre lo criaría, por lo que ese niño podría desempeñar algún papel en la historia. Sin embargo, siendo el viajero del tiempo una mujer, si el padre nunca llegase a saber nada sobre el embarazo y el niño naciese y ella lo criase en el futuro, el destino del niño no tendría absolutamente ningún papel en el pasado. Él nunca sabrá nada. Volveré al futuro en los Idus de Marzo y daré a luz y criaré al niño aquí, sola.

—¿Después de lo que has hecho y del peligro en que nos has puesto a todos nosotros y a la misión, pretendes convencerme de que esto es algo positivo?

—No es algo positivo y he cometido un terrible error, pero nos permite aprender algo. Este embarazo ni ha cambiado el futuro ni lo cambiará.

—No pienso dejarte volver. ¿Cómo puedo estar seguro de que no cometerás otra estupidez?

—Si cancela el proyecto ahora, por este motivo, todo habrá resultado un auténtico fracaso. Por mi culpa, pero será un fracaso. Le obligarán a cerrar todo el programa. Sin embargo, puedo arreglarlo. Volveré al pasado, cuando él muera yo estaré de menos de dos meses, no me lo habrá notado. En los Idus de Marzo regresaré al futuro, presentaré el informe final y criaré al niño aquí.

—No me has contestado. ¿Cómo puedo estar seguro de que no cometerás otra estupidez por él? Tal vez decidas salvarle la vida pase lo que pase.

—No, nunca haré eso. Ahora menos que nunca. Precisamente este embarazo es la mayor garantía que tiene de que no cometeré una estupidez así. Quiero a este niño. No sabía que lo quería, pero lo quiero. Nunca sacrificaría la vida del hijo para salvar la del padre. Tengo un hijo que proteger, por eso soy la primera interesada en que la historia no cambie. Ahora, más que nunca, estoy completamente convencida de que él tiene que morir.

—¿Qué garantías me das de que no estás mintiendo?

—Tiene miles de maneras de comprobarlo. Consulte los libros de historia. Hágame entrevistar por todos los psiquiatras que quiera. Sométame al polígrafo. A todos les diré la verdad: él morirá el quince de marzo del año 44 antes de Cristo y yo criaré a mi hijo en el futuro. Todos le asegurarán que digo la verdad. ¿Se le ocurre una prueba de estrés mayor sobre la seguridad de los viajes en el tiempo? Al final, él tendrá un hijo y eso no cambiará la historia.

—¡Eres estúpida! Provocar todo este problema para compartirle con otras.

—Ahora no hay nadie más... Y eso sí que puede ser un problema —amenazó Julia.

Castell permaneció en silencio durante unos segundos mientras clavaba su mirada en ella.

—Eres una liante.

—He cometido un error, pero lo que estoy proponiendo ahora es la opción más sensata. No puede dejar que esto sea un fracaso cuando puede resultar tan fácil arreglarlo. Sabe que nunca fui capaz de mentirle al psiquiatra, y menos aún a un polígrafo. No se fie de mí, fiese de ellos.

—Mandamos a la persona equivocada —murmuró Castell para sí mismo mientras sacudía la cabeza.

—Sé que he cometido un error —volvió a reconocer Julia—, pero no tiene por qué afectar al resultado. Además, allí me he visto en situaciones que pocas personas habrían solucionado mejor.

—Tengo que pensar. ¡Vete!

Ella se levantó cabizbaja y suplicó.



—Déjeme arreglar mi error, por favor. Puedo hacerlo, y además es la mejor opción para todos nosotros.

—¡Qué te vayas!

Mientras se dirigía hacia su cuarto toda su mente pedía una única cosa: necesitaba volver al pasado una última vez.

Estuvo tres días encerrada en su cuarto e incomunicada. Después de ese tiempo, Blane entró en la habitación. Ella se levantó inmediatamente.

—¿Qué ha decidido? —preguntó Julia.

—De momento nada. Lo que Maurizio querría es continuar con el programa, pero le has colocado en una situación complicada. De todas formas en los libros de historia sigue constando que él morirá en los Idus de Marzo, aunque permanecerá casado contigo hasta el último día, así que creo que te va a dar el beneficio de la duda. Además, hemos considerado que si tú no volvieses cabe la posibilidad de que él dejase embarazada a otra, y ese nuevo embarazo sí que resultaría completamente incontrolable. Para poder decidir cuál es el mal menor desea que tengas varias entrevistas con el psiquiatra que ya conoces y que yo te someta al polígrafo.

Julia respiró aliviada.

—¿Y luego?

—Supongo que decidirá según el informe que le presentemos ambos.

—No te resultará difícil. No se me da bien mentirle al psiquiatra, ya lo sabes. Ocultar información tal vez, pero mentir no.

—Aunque fueras una consumada maestra en ello, el polígrafo lo detectaría. No lo puedo engañar ni yo.

—¿Y cuándo empiezo?

—Ahora mismo, he venido para llevarte con el psiquiatra.

Julia asintió y le siguió.

Después de incontables entrevistas abiertas con el psiquiatra, en las que lo confesó todo y más, Julia pasó a la última prueba, el polígrafo con Blane. Su única opción era decir la verdad.

—¿Te llamas Julia?

—Sí.

—¿Es hoy catorce de agosto?

—No lo sé.

—Claro. ¿Tu padre se llamaba Giovanni?

—Sí.

—¿Estás viviendo en Langley?

—Sí y no.

—¿Comiste hoy una ensalada?

—Sí.

—¿Te estás leyendo *El velo pintado*?

—Sí.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

—¿Tu hijo nacerá en el siglo XXI?

—Sí.

—¿Cayo Julio César morirá el quince de marzo del año 44 antes de Cristo?

—Sí.

—¿Sacrificarías la vida de tu hijo por la de él?

—No.

—¿Sacrificarías tu vida por la de él?

Ella dudó antes de contestar. Debía decir la verdad, pero de todas formas morir era el destino de él, no el de ella. Al cabo de unos segundos respondió:

—No.

—¿Harías algo que cambiase la historia?

—Nunca. No.

—Eso es todo.

—¿Cómo ha salido?

—Ya lo sabes. Tú estás convencida de no cambiar la historia por él y de tener a tu hijo aquí —luego la observó fijamente y añadió—. Aunque resulta evidente que le quieres.

Julia le sostuvo la mirada.

—Lo que querías que te dejase comprar el último día eran anticonceptivos, ¿no?

—Sí.

—¿Llevabas mucho tiempo?

—No, la noche antes.

—Mi instinto me decía que algo no estaba bien. Debí prestar más atención. ¿Y a pesar de todo te arriesgaste?

—Busqué un método que había pasado a la historia como correcto. Pero está claro que no funcionó.

Al cabo de unos instantes él comentó:

—Trabajar como infiltrado resulta complicado hasta para los mejores, y tú no has tenido la formación suficiente para ello. Estas cosas ocurren más frecuentemente de lo que puedas imaginar.

—¿Tú lo has estado?

—Por supuesto, varias veces. Sobre todo al principio de mi carrera.

—¿En qué consistió?

—Era una célula terrorista. Estuve conviviendo con ellos durante un año y medio. Eran unos monstruos, pero nos hicimos amigos. Una de ellos... En resumen, sabía que sería más fácil que no sospechasen de mí si tenía una relación con ella.

—¿Y?

—Hay que tener mucho cuidado con lo que uno finge ser, porque en eso te acabas convirtiendo. Pero por supuesto cumplí con mi obligación.

—¿Y tus superiores no te retiraron de la misión?

—No. De hecho hasta consideraron que resultaba positivo para la operación.

—Sin embargo, en mi caso parece que Castell no lo ve así.

Blane permaneció callado unos segundos. Luego se decidió a hablar.

—Castell es uno de los mejores planificadores de la organización, pero nunca ha sido agente de campo. Además, tiene prejuicios, no le pidas que cambie a estas alturas.

—¿Qué fue de ella?

—¿De ella? —repitió extrañado—. Está cumpliendo cadena perpetua en una prisión de máxima seguridad.

Julia permaneció en silencio durante unos instantes. Luego preguntó.

—¿Sueles visitarla?

—Fui una vez. No volveré.

—Ya —musitó Julia mirando al suelo.

—¿Me permites un consejo?

—Te lo agradecería mucho.

—No luches contra lo que sientes. Daría igual, te haría daño y no le beneficiaría a nadie, ni siquiera a la misión. Pero al final cumple siempre con tu obligación.

Julia le sostuvo la mirada y asintió. Luego preguntó:

—¿Tú te arrepientes?

—De haber cumplido con mi misión nunca. Pero sí que intenté buscar una opción intermedia para poder salvarla. Tal vez que ella hubiese colaborado a

cambio de llegar a un acuerdo con la Agencia, no sé. De todas formas ni siquiera se lo propuse porque probablemente me habría delatado y ahora yo estaría muerto. Ten en cuenta que los secretos sirven para protegernos a nosotros.

—Sí.

—Estás convencida de que cambiar la historia no es una opción. Nunca te salgas de ahí.

—Por supuesto —aseguró Julia.

Al cabo de unos minutos Blane comentó:

—Hay una cosa más que querría tratar contigo. Nos gustaría hacerte unas pruebas. Eres la primera persona embarazada que ha atravesado un puente de Einstein-Rosen. Tú también querrás saber si todo está bien.

—¿No es demasiado pronto como para comprobar eso?

—Para una amniocentesis sí que lo es, pero disponemos de otras técnicas.

—Si me dijeseis que está mal no os iba a creer.

—Eso es cosa tuya. De todas formas te aseguro que, al menos yo, no mentiría en algo así.

Ella le miró a los ojos. Al cabo de unos segundos asintió.

—Está bien, de acuerdo.

Un día después Richard Blane volvió con los resultados. Julia se sentó en la silla de su pequeña habitación y esperó en silencio a que él hablase.

—Todo está bien... ¡Felicidades!

Julia asintió pero no realizó ningún comentario. Tras una escueta pausa él añadió:

—Por cierto, ¿quieres saber qué es?

—No, me da igual —cuando él ya estaba saliendo por la puerta Julia preguntó—. ¿Qué es?

Él se giró y dijo:

—Un niño.

Blane y el psiquiatra le presentaron sus informes a Castell. El futuro permanecía inalterado y garantizaron que ella no haría nada por modificarlo. Adicionalmente, según los libros de historia Julia volvería al pasado y este no cambiaría. Todos reunidos decidieron continuar con el programa. Castell la llamó a su despacho para comunicárselo. Julia sintió una terrible humillación cuando él añadió con sorna que la misma Julia se había adjudicado un trabajo adicional y que esperaba que lo disfrutase. Blane apartó su mirada.

Julia soportó el comentario flemática, aferrándose a lo único que de verdad le importaba: podría volver al pasado una última vez.

## EL ÚLTIMO RETORNO

Julia se desplomó como cada vez, pero en esta ocasión el dolor fue compensado con la alegría que sintió al comprobar que Julio estaba, con los brazos cruzados, apoyado contra la pared interna de la habitación donde le había dejado diez días antes. Él la ayudó a levantarse y Julia se le quedó mirando con una sonrisa. Durante casi una semana estuvo completamente convencida de que nunca más volvería a verle. Se abalanzó apasionadamente hacia él y le besó.

—¡Cuánto entusiasmo! ¡Casi me tiras! ¿Es necesario que la caída sea tan brusca? ¿Con todos los inventos que tenéis en el futuro no podríais evitar esto? Por cierto, ¿cómo te encuentras?

—Bien, el golpe no ha sido para tanto.

—No, me refería a lo otro. ¿Ya no estás enferma?

—¿Qué? No, ya no, no era nada.

—Me alegro. Por lo que veo no dudaron de que aquí todo seguía bien. ¿Les hablaste como te dije?

—No, no hizo falta.

—Perfecto. Cuantas menos explicaciones se den mejor.

—Sí, claro —contestó Julia mientras recordaba el embarazo, el psiquiatra y el polígrafo—. Lo que importa es que disponemos de todo un mes más.

—¿Ahora te parece bien que sólo sea un mes? ¿No has pensado en lo que te propuse?

Ella miró al suelo mientras pensaba, con culpabilidad, en lo que ocurriría dentro de un mes.

—Las cosas son como son y no se puede luchar contra ello. Nunca hemos tenido ninguna oportunidad. Si lo único real de que dispondremos es un mes, al menos disfrutémoslo.

—Nunca pensé que fueras una persona tan derrotista.

—No lo soy, pero también sé que no tiene sentido luchar contra lo inevitable porque sólo se consigue perder el presente, que es lo único que en el fondo existe. *Dum tempus habemus, operemur bonum*<sup>116</sup>.

—Así que quedamos en que disponemos de veintinueve días y luego que cada uno prosiga con lo que tenga que hacer.

—Nunca tuvimos ninguna otra posibilidad.

—Podrías quedarte.

Ella le miró y sonrió. Pero luego sacudió la cabeza y repuso:

—Más pronto o más tarde cometería algún error, el futuro cambiaría y yo desaparecería con él. Eso no es una opción —y menos aún estando embarazada, consideró.

—Que así sea, pero pensaba que eras más luchadora.

—Darse de cabezazos contra una pared con el objetivo de derribarla no es luchar, es estupidez.

—No se pueden conocer los límites de nada ni de nadie hasta que se ponen a prueba, pero hay que arriesgarse para hacerlo. Piensa en algo. Yo te ayudaré.

—¿Estás convencido de que siempre existe una solución para todo?

—Por supuesto.

—¿Hasta para la muerte?

—Todos morimos. Lo que de verdad importa es llegar al final viviendo de la forma que quisiste. *Vita non est vivere sed valere vita est*<sup>117</sup>. No merece la pena vivir si no puedes sentirte vivo. Lo esencial no es el tiempo que se viva, sino haber cumplido los objetivos vitales que cada uno nos hayamos marcado. No te estoy hablando de muerte, sino de vida.

—La muerte forma parte de la vida.

—Por supuesto, es lo que hace la vida tan valiosa, por eso hay que aprovecharla. Que la vida no decida por ti, toma tú el control.

—Hay cosas que son inevitables.

Julio se echó a reír.

—Las batallas sólo se pierden cuando los soldados y el general están convencidos de que la derrota es inevitable. Yo he vivido situaciones que todo el mundo consideraba imposibles.

—Así que todo tiene una solución.

—Por supuesto. Nunca lo dudes. La única diferencia radica en que los que tienen inteligencia para encontrar la solución, y valor, y perseverancia para llevarla a cabo consiguen lo que quieren, los otros no.

Permaneció observándole en silencio, luego le abrazó y le besó mientras deseaba, más que nada en el mundo, que todo cuanto dijo pudiese de verdad hacerse real.

## LAS CLASES DE GRIEGO

Las tres primeras reuniones que tuvo con Artemidoro no aportaron nada de interés, aunque Julia tampoco esperaba otra cosa. Sabía que Marco Junio Bruto era uno de los últimos conspiradores que fueron tanteados, por lo que tuvo mucha paciencia ante la falta de información proporcionada por Artemidoro.

Marco Junio Bruto descendía de Lucio Junio Bruto que cuatrocientos años antes había asesinado al último rey de Roma, Tarquino el Soberbio, por sus múltiples excesos e iniquidades contra el pueblo romano, dando así origen al inicio de la República. Además, por parte de madre también descendía de Servilio Ahala y era el hombre más rico de Roma. Este linaje hacía que su nombre inspirase respeto y pudiese dar legitimidad a una causa basada sobre pilares tan débiles y con tan poco apoyo popular. El comportamiento de Julio no guardaba ninguna semejanza con los desmanes y excesos de Tarquino el Soberbio; y la situación del Estado, y del pueblo de Roma, no sólo no había empeorado sino que estaba mejorando. Por otra parte los conspiradores se enfrentaban a un problema adicional: según la historia, ni siquiera el mismo Bruto inicialmente aprobaba el complot con el que se asesinaría a un hombre que tanto le había favorecido y con el que le unían lazos de amistad desde su misma infancia. Cayo Trebonio era consciente de que necesitaba su apoyo, pero convencer a Marco Junio Bruto no sería fácil. Sin embargo, contaba con dos recursos de peso para conseguirlo; Cayo Casio Longino, cuñado de Bruto, era un conspirador plenamente convencido que odiaba profundamente a Julio por la humillación de aceptar su perdón y Porcia, la mujer y prima hermana de Bruto, era la hija de su tío, Marco Porcio Catón, el más fiero opositor que tuvo César y el hombre al que Bruto más había respetado en toda su vida.

Los lazos de amistad y parentesco en la Roma del siglo uno antes de Cristo, tras la guerra civil, se extendían más allá de partidos e ideologías y creaban unas relaciones de lealtades y obligaciones extremadamente confusas.

Julia sabía que esta era la situación de Bruto a partir de los Idus de Febrero del 44 antes de Cristo, pero necesitaba saber más sobre los detalles de cómo fue finalmente convencido para asesinar a una persona a la que aparentemente tanto apreciaba y, sobre todo, si había más conspiradores cuyo nombre no hubiese trascendido a la historia. También se había sugerido que Marco Antonio fue tanteado por Cayo Trebonio y que aunque no aceptó su propuesta, tampoco reveló la existencia de la conspiración. Tenía que averiguar algo más sobre todo ello y ahí era donde entraba en juego



Artemidoro, un cesariano convencido que vivía en la casa de Marco Junio Bruto.

Este comenzó a proporcionar información de interés a partir de su cuarta reunión. Cuando Julia entró en la sala de las clases, Artemidoro la observó preocupado.

—*Dómina*, la situación es alarmante.

—¿Qué hay en concreto?

—En concreto, en concreto... No sabría decirte.

—Entonces, ¿qué hay?

—Anteayer acudió a la *domus* Cayo Casio Longino acompañado de Tértula, su esposa y hermana de Bruto.

Artemidoro dejó de hablar.

—¿Y...?

—Al principio parecía una visita corriente, ellas se retiraron mientras que los hombres se dedicaron a beber vino con agua y a charlar, pero al final...

Volvió a callarse.

—¿Al final qué? —preguntó Julia cada vez más impaciente.

—Yo estaba realizando una traducción en mi cubículo. Da al atrio y se encuentra muy cerca del *triclinium*, así que podía escuchar perfectamente todo lo que comentaban. Además, el tono de voz de ambos fue aumentando a medida que la conversación se volvía más y más polémica —Artemidoro prosiguió vehemente, mientras reproducía la discusión entre los dos hombres—. Casio le insistió en que su obligación era matar a César. Bruto le contestó que nunca, que no sería un acto honorable. Lo que no es honorable es permanecer impasible mientras acaba con la República, añadió Casio. La conversación continuó más o menos de la siguiente manera:

»—¡No ha acabado con la República! El Senado sólo le ha nombrado dictador vitalicio —justificó Bruto.

»—¿Y qué más quieres? —contestó Casio—. ¿Para qué necesita un título vacío si ya es *de facto* rey de Roma? Quienes vamos a acabar con la República somos nosotros si no hacemos nada por evitarlo. Tu antepasado Lucio Junio Bruto ejecutó al último rey de Roma y creó nuestra República, la misma que tu inacción está contribuyendo a que muera.

»—No sería honorable traicionar la palabra que le di.

»—¿Y es más honorable traicionar todo aquello en lo que tu familia y tú siempre habéis creído? Tu otro antepasado Servilio Ahala evitó que Melio llegase a ser rey. ¿Desde cuándo a vuestro linaje os ha empezado a temblar el

pulso cuando se trata de defender a la República?

»—Él es mi amigo. No sería honorable.

»En ese momento entró Porcia y comenzó a chillar.

»—Y mi padre era tu tío y el mejor romano que nunca haya existido. ¿Es honorable no vengar su muerte y todo lo que él defendió? El asesino es él, no tú. Tú sólo estás defendiendo a la República. ¡Despierta Bruto estamos en guerra!

»Tértula entró corriendo detrás.

»—¿Pero estáis locos? Alguien puede oíros.

»Casio prosiguió en un tono de voz más bajo.

»—Ya está casi todo organizado pero te necesitamos a ti.

»—¿Que tenéis organizado el qué?

»—Su ejecución.

»—No quiero oír nada más sobre este tema. No os delataré pero nunca vuelvas a mencionarme nada relacionado con la muerte de César.

»—Yo no veía lo que estaba sucediendo —añadió Artemidoro—. Pero al cabo de unos segundos Bruto gritó:

»—¿Pero estás loca? Deja ese puñal, estás sangrando.

»—Más sangró mi padre —contestó Porcia—. A él no le tembló el pulso cuando se abrió el vientre con su espada, y a mí tampoco me temblará.

»—Deja de cortarte el muslo. ¡Estás sangrando!

»—¿Y qué? ¿Te marea la sangre?

»—Oí un ruido metálico y no sé qué más ocurrió —comentó Artemidoro—, supongo que Bruto le quitó el puñal. Luego zanjó la conversación sentenciando que no contasen con él y Casio le contestó que la voz de sus antepasados le haría cambiar de idea.

—Ya —musitó Julia que sabía perfectamente a lo que se refería Casio.

—Desde entonces la casa es un infierno.

—¿Dijo Casio quiénes eran los otros?

—No, *dómina*.

—¿Comentó cuándo pensaba volver?

—No, pero sí sé que esa misma tarde Bruto siguió bebiendo y bebiendo vino mientras volvía a leerse el *Catón* de Cicerón.

—De acuerdo. Seguro que Casio le hará otra visita dentro de poco. Quiero todos los detalles sobre ella.

—Por supuesto, *dómina*. ¿No crees que deberíamos hacer algo?

—Antes esperemos a conocer los nombres de todos los demás.

—Como consideres. ¿Qué crees que insinuaba Casio cuando aseguró que las voces de sus antepasados le harían cambiar de idea?

—Pronto lo sabremos —concluyó Julia.

Artemidoro se despidió y la dejó sola en el cuarto. Julia conocía perfectamente cuál sería el próximo movimiento de Casio. Al día siguiente, la ciudad de Roma despertó asombrada al leer dos pintadas. La primera sobre la estatua de Lucio Junio Bruto con el comentario de por qué Bruto se había olvidado de que él había matado al último rey de Roma. La segunda sobre la de Cayo Servilio Ahala manifestando que él había evitado que Melio llegase a ser rey.

Marco Junio Bruto mandó a sus esclavos que borrasen las pintadas y no salió de su *domus* en todo el día.

## EL NÚMERO VEINTITRÉS

A la mañana siguiente, mientras Julio y Julia estaban desayunando, Ligio respetuosamente les interrumpió e informó a Julio de que Marco Junio Bruto deseaba hablar urgentemente con él.

—Hazle pasar —ordenó Julio serio.

Al cabo de unos instantes este irrumpió en la sala.

—Hola.

—Hola, Marco.

—Necesito hablar contigo —luego observó a Julia de reojo y añadió—. En privado.

—Estamos en privado, y creo que aquí ya todos sabemos de qué quieres hablar.

Marco inspiró profundamente y declaró:

—Te aseguro que yo no tuve nada que ver con esas pintadas. Doy fe de ello —proclamó Bruto mientras se sujetaba los testículos con la mano derecha<sup>118</sup>.

—Eso es evidente. En el incomprensible supuesto de que quisieras matarme, está claro que nunca me avisarías pintándolo antes en las paredes de toda Roma.

—Pues eso.

—Sin embargo, alguien lo hizo.

—Pudo ser el mismo que colocó esa diadema real en una de tus estatuas.

—Pudo ser. ¿Y tú no tienes ninguna sospecha sobre nadie?

—No. Yo me encuentro muy satisfecho con el nuevo cargo que me has concedido y no tengo mayor interés en chismes ni en gestos estúpidos sin ninguna trascendencia.

—Yo no diría que no tienen ninguna trascendencia. Debido a tu linaje, aunque tú no lo pretendas, está claro que aquellos que están descontentos intentan convertirte en un símbolo contra mí.

—Desde luego sin mi consentimiento.

—Por supuesto, pero hay que atajarlo.

—No te entiendo. ¿Cómo puedo atajar algo que es ajeno a mí?

—Muy fácil, aléjate de Roma por un tiempo. Al menos hasta que yo me vaya a Partia.

—¡No puedo salir de Roma ahora! Tengo muchas obligaciones. Esto es muy injusto, no he hecho nada. ¿Me estás desterrando?

—No se trata de un destierro. Sólo te pido, como amigo, que abandones Roma por un tiempo hasta que los ánimos se calmen.

—Yo no he contribuido a agitarlos.

—Pero está claro que tu sola existencia les inspira.

—¿Me estás acusando de algo?

—Por supuesto que no. Pero por eso mismo espero que colabores conmigo voluntariamente.

—No voy a salir de Roma por algo que no he hecho.

—Piénsatelo bien.

—¿Me estás amenazando?

—Sabes que no.

—Pero no confías en mí.

—No se trata de que confíe o no en ti.

—¿Entonces de qué se trata?

—En que está claro que no puedo confiar en quienes sugieren que tienes la obligación de matarme. ¿Cómo voy a ignorar eso? —resolvió Julio levantando la voz.

—Porque yo no he hecho nada —contestó Bruto en el mismo tono.

—¡Entonces abandona Roma! —bramó Julio.

—Pues destiérrame y que siempre se imponga tu voluntad —zanjó Marco dándoles la espalda y saliendo del *triclinium*.

Julio contempló irritado cómo se alejaba. Para Julia, sin embargo, la última pieza del rompecabezas acababa de encajar. Entonces volvió a mirar a Julio y se sobresaltó al comprobar que este la estaba observando fijamente. Ella encogió los hombros y continuó con su desayuno, mientras meditaba sobre si él dejaba que estuviese presente en todas las conversaciones, no tanto porque confiase en ella, sino para observar cómo reaccionaba.

## LA ÚLTIMA INFORMACIÓN

Artemidoro volvió en las Calendas de Marzo para su supuesta clase. Estaba aún más tenso que la vez anterior.

—¡*Dómina*, van a hacerlo!

—Poco a poco. ¿Tienes los nombres de todos los conspiradores?

—No. Se están reuniendo todos, pero no en casa de Bruto, sino en el templo de Bellona. En la *domus* de Bruto sólo se han encontrado unos pocos.

—¿Qué has escuchado?

—Cayo Trebonio lo ha organizado todo. También sé los nombres de algunos de los que van a participar...

—¿Y Marco Antonio?

—No, Marco Antonio no intervendrá. Cayo Trebonio le estuvo tanteando pero se negó.

—Y, sin embargo, no ha informado sobre la conspiración ¿Él es consciente de que van a realizarlo de todos modos o cree que sólo se trata de una posibilidad?

—Eso no lo sé con seguridad, pero deduzco que no cree que vayan a consumarlo, porque si no habría imaginado que su propia vida corre peligro. Cayo Trebonio y Cayo Servilio Casca le insistieron a Marco Junio Bruto en que también era necesario matar a Marco Antonio y a Lépido, pero Bruto se negó. Manifestó que si el motivo para asesinar a César era salvar la República, no debían eliminar a nadie más, porque les despojaría de toda la razón y parecerían una banda de asesinos que deseaban hacerse con el poder, a costa de asesinar a todos los antagonistas. No, para que fuera un acto honorable debían limitarse a ejecutar únicamente al... Tirano. Si Marco Antonio fuese consciente de lo avanzado del complot y de que su propia vida estaba en peligro, no me cabe duda de que habría dicho algo.

Julia asintió.

—¿Y cómo piensan a realizarlo?

—Cayo Trebonio sugirió contratar a unos asesinos para matarle por la calle, aprovechando que ahora ha renunciado a su escolta, otros propusieron atacarle en uno de los puentes, lanzarle al río y si fuese necesario rematarle cuando cayese<sup>119</sup>, pero Bruto se negó. Si se trataba de un acto honorable para salvar a la República no tenían que esconder el suceso, debían hacerlo públicamente para demostrar que estaban cumpliendo con la voluntad del Senado y el pueblo de Roma. Bruto es partidario de realizarlo en la misma

reunión del Senado, delante de todos, y luego acudir a la Rostra y dar un discurso delante del pueblo.

Artemidoro acabó su relato casi sin aliento.

—¿Y el día?

—Poco antes de que salga hacia Partia. Hablaron de los Idus de Marzo. No pueden esperar más, saben que cuando esté rodeado por el ejército será intocable.

—¿Cicerón sabe algo?

—No, dicen que sólo sabe mover la mano para escribir, que para cualquier otra cosa le faltarían agallas. Recurrirán a él después, para que con su oratoria acabe de convencer al pueblo, y al resto de senadores, de que con ese acto habían salvado la República. ¿Vas a informar al *dómine*?

—Sí, yo me encargaré. Probablemente él ordene marchar al ejército sobre el Senado los mismos Idus de Marzo —mintió Julia—. Tú no hagas nada más. Has cumplido sobradamente con tu deber para con Roma.

—Ha sido un honor. El *dómine* es el único que verdaderamente se ha preocupado por el bienestar del pueblo de Roma y no sólo por el de los senadores.

Julia asintió y sonrió con tristeza contemplando a Artemidoro mientras este se retiraba. La misión de ella estaba ya cumplida, tenía toda la información que fue a buscar, al menos toda la que podría conseguir sin poner en riesgo la vida de Artemidoro. Lo único que debería hacer los siguientes quince días sería prepararse para lo inevitable, no perder de vista el objetivo de para qué estaba ahí y hacerse a la idea de que iba a perderle para siempre. Sin embargo, por doloroso que pudiese resultar eso, había algo que le mortificaba aún más. Cuando en los Idus de Marzo los senadores iniciasen el ataque, él se daría cuenta de que todos le habían traicionado, y que ella lo sabía y no había hecho nada para impedirlo.

Aunque no tuviese elección, no podía soportar la idea de que él muriese odiándola.

## ASUMIENDO LAS DESPEDIDAS

Cuando él no estaba en la *domus*, Julia pasaba todo el tiempo que podía con Quinctilia. Salieron en varias ocasiones para dar sus largos paseos. Una vez fueron al foro Boario, al Aventino y a la boca de la verdad en el Templo de Hércules Víctor; otra deambularon por la zona del Palatino caminando entre las grandes mansiones de los principales patricios de la República; otra acudieron al Circo Máximo. También pasearon por el Subura, uno de los barrios más pobres de Roma, para visitar la ínsula de Aurelia, su madre, donde Julio había nacido y se había criado hasta que fue elegido Pontífice Máximo y se trasladó a la *Domus Pública*. A pesar de provenir de una de las familias patricias más nobles de Roma, ésta estaba prácticamente arruinada y toda la infancia y juventud de él se desarrolló entre estrecheces económicas y viviendo en un barrio de gentes de toda condición y lugar. Tal vez eso le hizo tener una visión tan amplia sobre el mundo y conocer los verdaderos problemas de la gran mayoría de la población romana, tan lejos de la visión estrechamente reducida y elitista del resto de patricios.

Ahora que le quedaba tan poco para irse, Julia sentía la necesidad de vivir cada segundo, descubrir cada rincón de Roma que aún no había tenido la posibilidad de visitar y sobretodo disfrutar de la compañía de Quinctilia todo el tiempo posible. Resultaba evidente que no podría despedirse de ella como le gustaría. Todo lo que le dijera y tuviese un tinte de despedida le haría sospechar que algo extraño sucedía, así que su fin en Roma debería ser inesperado. Probablemente lo único que podría hacer, para que Quinctilia supiera lo mucho que había significado para ella, sería dedicarle algunas palabras en su nota de suicidio. Tampoco debería despedirse de Julio. Él suponía que ella se iría los Idus de Marzo a las once de la noche y que después de la sesión del Senado pasarían la tarde juntos. Julia le dejaría partir sin una palabra de despedida sabiendo que nunca más volvería a verle vivo. También visitó varias veces a Lucio, pero hablar con él cada vez resultaba más difícil. Toda la conversación siempre giraba en torno a un único tema. Lucio le insistía en que convenciese a Julio de ser más prudente, más discreto, y volver a aceptar a los setenta y dos lictores armados que le correspondían como dictador vitalicio. Julia le contestaba que lo intentaría, pero por supuesto nunca debería hacer nada al respecto. Ella necesitaba que él acudiese sólo, desarmado y sin escolta esa mañana del quince de Marzo. Sin embargo, si lograba no pensar demasiado en el futuro, el tiempo que pasaban juntos era increíblemente feliz.



Recordó que había algo que aún no le había enseñado. Se trataba de un objeto que había reservado por si necesitaba simular otra señal de Júpiter Óptimo Máximo, al igual que hizo con la pistola, pero esa situación no se había producido, todo había transcurrido sin problemas, así que aún le quedaba ese arma secreta y decidió utilizarla, no como un recurso, sino como un regalo de despedida.

Sugirió a Julio que viajasen de noche a una zona lo más solitaria posible de las afueras de la ciudad, los dos solos, a caballo y sin escolta. Era un riesgo, pero necesitaba darle una despedida especial, y si nadie se enteraba de su salida, el posible peligro sería mínimo. Después de la cena, Julio mandó a todo el mundo a sus habitaciones y acudió a su dormitorio con dos modestas túnicas y sendos gorros de paja. Julia escondió su pelo recogíendoselo bajo el gorro, cogió su pesada bolsa y montaron en dos caballos que Marco dejó embridados en la puerta. Cabalgaron durante varias horas en dirección oeste, hacia la playa de Fregenae, a cuarenta kilómetros de Roma. Ésta consistía en cuatro kilómetros de litoral desértico sin ningún tipo de viviendas, así que resultaba ideal para lo que Julia tenía en mente. Al llegar, dejaron a los caballos atados en un pequeño bosquecillo que se encontraba en el límite de la playa y se adentraron en ella.

—¿Después de hacerme cabalgar durante dos horas en plena noche aún no vas a decirme de qué se trata?

—¡Como si no acostumbrases a cabalgar por la noche! Acuérdate del viaje a Pompeya. Te aseguro que se trata de algo que merecerá la pena aunque dure menos de la décima parte de una hora.

—¿Qué? ¿Y para eso hemos venido hasta aquí?

Ella le sonrió.

—Ten paciencia. Puedes sentarte aquí —contestó Julia, mientras abría la bolsa y sacaba un mechero y un paquete de veinte centímetros de lado y medio quilo de peso—. Debía tratarse de una zona sin vegetación y solitaria, así que esta playa resulta perfecta. Aunque alguien pudiese ver algo en la distancia, para cuando llegase hasta aquí todo habría desaparecido. Dentro de catorce días me iré. Quería despedirme con algo especial. Te aseguro que no se podrá comparar con nada que hayas visto en tu vida.

—Todavía quedan catorce días, es un poco pronto para una despedida. *De die in diem*<sup>120</sup>. Tenemos tiempo.

—En la vida nunca se sabe si se dispondrá de tiempo u oportunidad para hacer lo que de verdad se quiere.

—Tú sí lo sabes.

—Sé que dentro de catorce días, según los libros de historia, seguiremos aquí. Pero no si habrás encontrado tiempo para que pueda darte una despedida tan especial como deseo. Este es mi regalo. ¿Estás preparado?

Julio sonrió.

—No sé para qué, pero sí.

—No te muevas de aquí.

Julia se alejó caminando con el paquete hasta la orilla del mar. Lo depositó sobre la arena, entonces encendió el mechero. Comenzó a correr de vuelta en dirección hacia donde él se encontraba mientras contaba mentalmente. Antes de llegar a quince ya había llegado a su altura y se tumbó a su lado.

—¿Y ahora?

—Olvídate de todo y disfruta de esto.

En ese momento se oyó un estruendo seguido de un pequeño silbido y una luz roja ascendió hasta el cielo y luego estalló en miles de destellos que se alejaban de ella llenando el cielo, mientras formaban la imagen de una palmera.

Julio se sentó mientras exclamaba.

—¡Por Júpiter Óptimo Máximo! —y se quedó con la boca abierta.

Sin levantarse, Julia extendió el brazo, colocó su mano sobre el pecho de él y tiró de Julio hacia atrás tumbándole de nuevo a su lado.

—Se disfruta mejor así. Ahora vienen más.

Hasta veinte palmeras de diferentes colores fueron llenando el cielo sucediéndose una tras otra.

—¿Desde cuándo hace que tienes esto?

—Desde el primer día. Era por si la pistola no bastaba para convencerte.

Él la contempló durante unos segundos y con una sonrisa volvió a admirar el increíble cielo de la bahía de Fregenae.

Cuando todo terminó, permanecieron inmóviles observando el firmamento durante unos minutos más. Luego ella le preguntó:

—¿Te ha gustado?

—¿Tú qué crees? Tenías razón —seguidamente se giró para mirarla—. No se puede comparar con nada que haya conocido antes.

Julia sonrió.

—Los fuegos artificiales son algo espectacular.

—No me refería a ellos. Esto no tiene por qué ser una despedida.

¡Quédate!

Ella le miró a los ojos.

—Es lo que querría, te aseguro que si sólo se tratase de ti y de mí ni me lo pensaría.

—Pues claro que se trata sólo de ti y de mí. Llevo diciéndotelo muchas veces, pero nunca me escuchas. Me oyes pero no me escuchas.

—Es mucho más complicado que todo eso.

—Pues simplificalo.

—Si me quedase el futuro cambiaría.

—Pues busca una forma de quedarte sin que el futuro cambie.

—Eso es imposible.

—No hay nada imposible. Piensa un poco.

—Qué postura tan cómoda. ¡Hazlo tú!

—Claro que lo haría si no me tuvieses a ciegas, pero percibo que en todo esto hay mucho más que no me dices. Me doy perfecta cuenta de que aunque te tenga completamente, en el fondo no te tengo en absoluto. Lo acepté así, pero si quieres que piense yo, cuéntamelo todo para que pueda entender por qué es tan terriblemente complicado. Si no, hazlo tú.

—¿En serio crees que todo tiene una solución?

—¿Cuántas veces quieres que te lo diga? Si no existe una solución perfecta al menos siempre puede encontrarse una solución intermedia. No descartes ninguna posibilidad. *Nullum magnum ingenium sine mixtura dementiae fuit*<sup>121</sup>. Te voy a proponer un juego, yo lo hago a menudo, Alejandro también lo hacía, dedica dos días a pensar al revés de como lo harías normalmente. Piensa que lo imposible es posible, entonces encontrarás la solución.

Se le quedó observando como si le viese por primera vez y contestó:

—Lo haré.

—¿Ves? Acabas de dar el primer paso hacia un destino apasionante. Te aseguro que una de las mejores sensaciones que se pueden tener en esta vida consiste en derrotar las abrumadoras probabilidades en contra y conseguir lo imposible. Los únicos límites son los que tú te pongas. *Sic itur ad astra*<sup>122</sup>.

Llegaron a la *Domus Púbrica* cuando el Sol comenzaba a despuntar. Julia no había dormido nada pero estaba feliz porque empezaba a sentir algo que no había experimentado en mucho tiempo... Esperanza.

Se pasó el resto del día pensando, pero no en como quedarse, sino en cómo salvarle la vida.



## PLANIFICACIÓN. ¿UN GATO, UN QUIRÓFANO O TUT-ANK-AMÓN?

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*: «*Respice, adspice, prospice*<sup>123</sup>».

\*

Julio se colocó encima de ella. Se la quedó mirando fijamente a los ojos y al cabo de unos segundos susurró:

—Resulta enloquecedor saber que el único lugar al que nunca podré acceder es este —dirigió su dedo índice hacia la frente de ella y la tocó suavemente. Luego añadió—. ¿Qué tienes ahí? —ella, con expresión apesadumbrada, sacudió la cabeza en señal de negación—. Dicen que yo soy frío, pero tú no eres humana.

Ella suspiró y contestó con un nudo en la garganta.

—Lo soy demasiado. Si no, la idea de separarme de ti no me estaría destrozando por dentro. *Dum inter homines sumus, colamus humanitatem*<sup>124</sup>.

Julio la siguió mirando fijamente, la besó y por un tiempo los dos volvieron a olvidarse de sus secretos.

Él se durmió enseguida, pero Julia permaneció mirando al techo. Estaban a día dos de marzo. Sólo les quedaban trece días más, y eso incluyendo los Idus de Marzo.

Esa noche no conseguiría dormir.

Pensó en el niño. El futuro no debía cambiar, sin embargo, ¿habría alguna solución para todo?

Existían dos verdades claras: ella debía criar a su hijo en el futuro y él tenía que morir para que la historia no cambiase, este punto debía permanecer inalterable. Lo que les había asegurado a Castell, al psiquiatra y a Blane era la verdad, eso no podía modificarlo.

Había que plantearse la cuestión desde el punto de partida de que todo problema tenía una solución, y de que lo imposible era posible, pero en este caso se encontraba ante dos premisas aparentemente incompatibles: él tenía que morir y a la vez ella quería salvarle.

¿Se le podía salvar la vida a un hombre y dejarle morir a la vez?

Se giró para contemplar cómo dormía. Le estuvo observando con una sonrisa durante varios minutos. «¿Cómo salvarte? —pensó—. ¿Cómo salvarte la vida y dejarte morir a la vez?».

Siguió cavilando.

Recordó de una de sus conversaciones sobre física con Castell.

¡El gato!

El gato de Schrödinger estaba vivo y muerto a la vez. Podría ser que... Pero no, esa no era la solución. El asunto del gato de Schrödinger era una ilusión, cuando abrías la caja descubrías que o bien el gato estaba vivo o bien estaba muerto. Ella no quería una ilusión, necesitaba algo real. Con los medios que ella tenía a su alcance la física no podía ayudarle...

¿Podría existir una solución médica? ¿Se podía resucitar a alguien de entre los muertos? Meditó sobre ello durante unos minutos. Descartó esa opción. Las heridas que él tendría al morir, sobretodo la puñalada en el corazón, serían de tal envergadura que ni teniendo el mejor quirófano y equipo quirúrgico del siglo XXI en el mismo Senado de Roma, se podría hacer nada por salvarle.

Parecía que la solución no se la iban a dar ni la física ni la medicina... ¿Podría dársela la historia?

¿Cómo se resolvían los problemas? Quien no conoce la historia está condenado a repetirla, pero si había alguien que sabía sobre historia era ella. Sólo había vivido una vida, pero contaba con la experiencia de las miles de vidas que habían tenido los personajes que la forjaron. ¿Qué problemas tuvieron? ¿Qué soluciones encontraron? ¿Qué errores cometieron? Ella había heredado todas esas vivencias y en algún lugar de la historia, dentro de su cerebro, debía existir una solución análoga para su problema. Este dilema parecía único, pero los seres humanos siempre habían sido en esencia iguales y la historia tendía a repetirse; por eso todo estaba ya inventado y en algún lugar de la historia de la humanidad debía existir un indicio sobre alguna cuestión, si no igual, al menos lo bastante parecida como para que le guiase.

¿Cómo solucionaron los grandes sabios de la historia sus problemas? Rememoró las vidas de gente extraordinaria y cómo resolvieron sus dilemas. Cuando le preguntaron a Isaac Newton cómo solventó la formulación de la teoría de la gravitación universal contestó:

—Pensando en ello día y noche.

Ella seguiría pensando día y noche y encontraría una solución. Se volvió a girar para contemplarle.

«Duerme, yo velaré tu sueño —se dijo—, pensaré sobre ello y encontraré una solución. En algún lugar de la historia debe existir algo que me oriente y voy a descubrirlo».

«¿Cómo salvarte la vida y dejarte morir a la vez?», volvió a repetirse.

«¡Hagamos posible lo imposible! Empecemos por el principio,

Mesopotamia, Egipto, comencemos por vosotras».

Julia se encontraba en el gran salón del trono de Tebas delante de Cleopatra. Las dos se estaban observando e iban vestidas igual. Llevaban un traje de entrenamiento dorado de dos piezas. La parte superior consistía en un pectoral horizontal similar a la parte de arriba de un bikini y la inferior en una pequeña falda. Julia llevaba el pelo a la moda egipcia, largo y negro con un gran flequillo. Las dos estaban armadas con sendos puñales en cada mano que se sujetaban con un mango horizontal del que salían tres hojas, la central más alargada y las dos laterales más pequeñas. Julia se miró el muslo y contempló la cicatriz, luego observó fijamente a Cleopatra.

«Esta vez tendrás que ensuciarte las manos tú misma».

Comenzaron a caminar en círculo examinándose. En ese momento, Julia tuvo la sensación de que ya había vivido eso con anterioridad. «¡La momia!», recordó, era idéntica a la escena del duelo entre las dos protagonistas de la película *La momia*. Entonces Cleopatra dirigió a toda velocidad su puñal derecho hacia el vientre de Julia. Ella lo detuvo sin problemas. Era más alta que Cleopatra, por lo que sus brazos eran más largos, lo que le otorgaba una gran ventaja y también sabía *kick boxing*.

«Tienes que acabar conmigo rápido, Cleopatra, porque a resistencia física también gano yo».

Julia lanzó una estocada con su puñal derecho hacia el seno izquierdo de Cleopatra pero ella lo detuvo.

«Al áspid no lo pararás».

Julia comenzó a girar alrededor de Cleopatra imitando el juego de piernas de un boxeador. Cleopatra lanzó otra estocada pero Julia se apartó y Cleopatra casi cayó arrastrada por su propio impulso. Julia continuó moviéndose en círculos alrededor de ella. Cleopatra resopló. Realizó un movimiento brusco con el cuello para apartarse el pelo y la miró con odio.

«¡Sí! Déjate llevar por el odio, eso te hará perder».

Cleopatra le lanzó otra estocada, esta vez con el brazo izquierdo, pero Julia volvió a apartarse y Cleopatra de nuevo estuvo a punto de caerse. Julia la persiguió corriendo pero Cleopatra recuperó el equilibrio y se giró protegiéndose con los puñales antes de que Julia llegase. Julia se detuvo y continuó con el juego de piernas a su alrededor. Cleopatra amagó un ataque con su puñal derecho, pero lo detuvo a mitad de camino y lanzó hacia Julia una estocada con el izquierdo, que casi le alcanza en el cuello.

«Por suerte soy más alta, si no, me habría dado».

Continuó danzando a su alrededor.

Tenía que cambiar de estrategia, no podía esquivar continuamente sus estocadas porque Cleopatra ya conocía esa maniobra y la próxima vez volvería a atacarla por ambos lados.

«Eso es, al intentar atacarme por los dos lados, puedo desequilibrarla».

Cleopatra le lanzó otra estocada con el puñal izquierdo que interrumpió a mitad de camino para instantáneamente lanzarle otra con el derecho. Pero esta vez Julia proyectó su puñal derecho hasta que alcanzó y se entrelazó con el izquierdo de Cleopatra mientras que el cuerpo de ésta se desequilibraba al iniciar la maniobra de ataque con su puñal derecho. Entonces, Julia dobló su pierna derecha y la giró hasta situarla a la altura de su cadera, inmediatamente después lanzó una tremenda patada al costado izquierdo de Cleopatra desestabilizándola completamente. En ese momento, Julia se abalanzó con su puñal izquierdo hacia el costado derecho de Cleopatra mientras ésta caía. Le hirió en el brazo derecho a la altura del deltoides.

Cleopatra gritó. Contempló a Julia con una mezcla de incredulidad y odio mientras caía y al hacerlo se convirtió en arena.

En ese momento todo desapareció.

Julia oteó a su alrededor y se vio completamente rodeada por arena. Se encontraba en otro tiempo y en otro lugar. Era el valle de los Reyes y estaba vestida con ropa de principios del siglo XX. Inmediatamente después se observó descendiendo por unas antiguas escaleras junto con dos hombres, Carter y Lord Carnavon. Entonces se reconoció a sí misma: era Evelyn, la hija de Carnavon. Howard Carter observó atentamente a través del pequeño orificio que habían perforado en la puerta de entrada a la tumba de Tut-Ank-Amón y luego se giró con la cara rebosante de excitación mientras les decía:

—¡Veo cosas maravillosas!

Seguidamente, se vio dentro de la tumba sola. Examinó las paredes, observó la famosa inscripción realizada con jeroglíficos egipcios y la acarició mientras la leía: «He visto el pasado, conozco el futuro».

Entonces se despertó y se sentó en la cama súbitamente.

El corazón le latía a toda velocidad y respiraba agitadamente. Su cerebro no cesaba de repetir una única frase: «He visto el pasado, conozco el futuro».

Eso era, eso era la clave de todo y esa clave sólo la tenía ella. Ella era la variable imprevista con la que nadie contaba. Ella conocía lo que todos y cada uno iba a hacer, pero nadie podía suponer ni de lejos lo que sabía o podía hacer ella.



En ese momento supo que había una solución. No sabía cómo, ni los detalles exactos, pero tenía clara la dirección a seguir.

## ERRORES VARIOS

Otra noche.

La situación idéntica.

No podía dormir.

Sólo quedaban siete días y no estaba segura sobre si todo lo que había planificado con tanto cuidado funcionaría. Se había esmerado mucho para que no quedasen cabos sueltos y había resuelto todas las dificultades bastante bien, eso no le preocupaba. Lo que de verdad le inquietaba era el imponderable de las verdaderas motivaciones humanas. En teoría tenía controladas las de todas las personas involucradas, porque ya había comprobado cómo actuarían, salvo una. Había alguien más, aparte de ella, cuyo comportamiento podía resultar completamente impredecible si seguía adelante con el plan. Se giró para mirarle... Estaba acostado a su lado.

«¿Hasta qué punto me quieres? ¿Hasta qué punto puedo confiar en ti?».

Se levantó y se puso a mirar por la ventana. La Roma que estaba contemplando era preciosa y pasase lo que pasase únicamente podría admirarla durante seis noches más. ¡Lo que habría dado por otro mes! Daba igual el futuro, nada le impediría disfrutar de esa noche y esa vista. En ese momento notó algo sobre sus hombros. Era una manta.

—Deberías ponerte algo, hace frío.

Julia le miró con una sonrisa.

—Pues no veo que tú lleves nada.

—Estoy acostumbrado al frío —la abrazó desde detrás—. ¿Qué miras?

—La noche romana, es preciosa.

—Sí que lo es. ¡Qué lástima que acabe convertida en ruinas! Pero la historia es así. Si hay algo que nos ha enseñado es que nada es para siempre.

*Omnia mutantur nos et mutamur in illis*<sup>125</sup>. Por eso hay que aprovechar el momento.

—De todas formas, antes de que acabe en ruinas, Roma será aún más bella si cabe, casi todos los edificios serán de mármol.

Julio le olió el pelo y susurró:

—¡Qué delicia!

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y la apoyó en él mientras decía.

—Y se construirán muchos otros nuevos.

Él le besó el cuello. Julia cerró los ojos. Era como una droga.

—Como la basílica de Constantino y Magencio —añadió mientras él

seguía besándola— o el templo del divino Julio.

Él se detuvo.

—Bonito nombre —comentó asintiendo—. ¿Dónde estará?

Julia levantó la cabeza y señaló.

—Justo ahí delante.

—¿En el bajo foro? —Julio silbó—. No está mal, que gran honor. ¿Y por qué en esa zona? ¿Por qué no en el foro Julio?

Julia dejó caer nuevamente la cabeza hacia atrás, sobre él y cerró los ojos deseando que volviera a besarla.

—Porque ese será el lugar donde se te in... —en ese momento se dio cuenta de su error, el corazón se le aceleró, abrió los ojos y se mordió el labio.

Sintió como él cuerpo de él se tensaba súbitamente.

—¿Se me qué? ¿Se me incinerará aquí? ¿Entonces moriré en Roma?

Julio la giró volteándola por los hombros y la observó insistente mientras ella permanecía callada unos segundos.

—Ya sabes que no puedo contarte nada sobre eso —respondió quedándose sin aire en los pulmones.

—Si se me incinerará en Roma será porque habré muerto en Roma. No se puede traer a un cadáver desde Partia.

—Sí que se puede. En el caso de Alejandro Magno, este murió en Babilonia, pero le embalsamaron y le llevaron a Alejandría —argumentó Julia a la desesperada. Necesitaba ganar tiempo, aún era demasiado pronto para contarle todo lo que había planeado. Debía tenerlo mucho más cerrado.

Julio elevó la voz.

—Yo nunca habría dispuesto que me embalsamasen. ¡No sería romano! A mí me incinerarán donde muera, y está claro que será en Roma... Y antes de que me vaya a Partia.

—¡Saca las conclusiones que quieras!

—¡Quedan diez días! Necesito saber más.

—Ese no fue el trato.

—Pues considera el trato roto —sentenció aferrándola por los hombros, luego añadió bramando—. ¿Qué es lo que me ocultas?

—¿Crees que me gusta estar midiendo siempre lo que puedo decirte y lo que no? Querría contártelo todo. Nunca te he mentado. Desde el principio sabías que te ocultaría cosas. ¿Qué es lo que no te he dicho? ¡No sabría ni por dónde empezar!

—Pues basta de juegos. ¡Aquí está en riesgo mi vida! ¡Habla! —gritó mientras le cogía por la muñeca.

Julia le miró sin decir nada. Necesitaba un poco más de tiempo para acabar de planificarlo todo mucho mejor.

—¿Callas aunque sea a costa de mi vida? Claro, preferirías salvar el futuro y con él tu pellejo.

Al ir eso Julia no pudo callar más.

—El mío no, el del niño —gritó ella.

Él la soltó y se la quedó mirando con los ojos desorbitados. Los dos se observaron en silencio durante unos instantes mientras ella se frotaba la muñeca. Luego él preguntó a un ritmo de voz tan lento que resultaba amenazador:

—¿Desde cuándo hace que lo sabes?

—Desde que volví al futuro. Cuando me fui no estaba enferma.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió echando fuego por los ojos.

—Tu destino no era tener más hijos. Nacerá dentro de dos mil años.

Él la siguió observando y su expresión se fue endureciendo aún más por momentos.

—Un hijo mío, de un matrimonio romano legítimo... Y pensabas llevártelo sin que yo lo supiera. No lo permitiré. ¡Nunca saldrás de Roma! —añadió gritando.

Ella suspiró. Este podría ser el juicio por custodia más complicado de la historia. Aunque en esa época resultaba obvio que ella tendría todas las de perder. La propiedad de los hijos era exclusivamente del padre, que se convertía en juez y parte, y más tratándose del dictador de Roma. Él tenía razón, en esa época Julio podía hacer lo que quisiera con ella o sus futuros hijos y nadie se lo discutiría... Mientras estuviese vivo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Tenerme encerrada en mi habitación durante todo el embarazo?

—No será necesario. Ordenaré que te impidan la entrada a la habitación que tú y yo sabemos el día quince de marzo durante la *secunda vigilia*<sup>126</sup>. El agujero en el tiempo no volverá a abrirse y nadie vendrá a buscarte.

«Pero en los Idus de Marzo a las once de la noche ya estarás muerto si no consigo evitarlo», pensó Julia y su rostro se ensombreció. De todas formas Julia no quería pasar así su última semana juntos, además, su plan no funcionaría si él no confiaba plenamente en ella. Tendría que explicárselo todo aunque fuese antes de lo que hubiese deseado.

—Julio, ¿te das cuenta de que acabo de cometer un terrible error? *Amare et sapere vix deo conceditur*<sup>127</sup>. Por mucho cuidado que tuviese en algún momento cometería otro error, y otro, y otro, y otro más hasta que alguno de ellos cambiase el futuro y ese sería mi fin; moriría, desaparecería, no sé qué me sucedería, pero dejaría de existir, y el niño también está vinculado al futuro, si yo nunca hubiese existido entonces él tampoco. Si nos quedásemos aquí paradójicamente, más pronto o más tarde, nos verías desaparecer. De hecho tu existencia en sí misma, cambiaría la historia. Nuestra única oportunidad de sobrevivir —Julia se detuvo y le miró fijamente—, consiste en regresar al futuro dentro de una semana y...

—Y que yo me quede aquí y muera dentro de poco en Roma, y a ti eso te dará igual —concluyó despectivamente.

—¿Cómo puedes decir eso? No quiero separarme de ti.

—¡Estoy harto de tus secretos y mentiras! No ibas a mover un dedo para evitar que muriese. ¡Eso era lo que ocultabas! Ahora encaja todo. ¿Cómo pude ser tan imbécil como para no darme cuenta? ¿Cómo pude confiar en ti? —le dio la espalda mientras sacudía la cabeza—. ¡Octavio tenía razón! —permaneció en silencio unos instantes, luego muy lentamente se giró y clavando su vista en ella sentenció—. Ahora sí que deberías tenerme miedo.

—Por favor, hazlo un poco más, confía en mí un poco más —entonces suspiró y añadió—. Voy a explicártelo todo. ¿Te fías completamente de Lucio?

—¿De él? Con mi vida —contestó despectivamente como estableciendo una comparación con ella.

—Espero que tengas razón, porque eso será lo que arriesguemos todos —Julia miró al suelo, inspiró hondo y continuó hablando mientras le miraba a los ojos—. Si la historia siguiese su curso, tú serás asesinado dentro de una semana. En estos momentos uno de nosotros dos tiene que morir para que el otro sobreviva, pero llevo tiempo pensando en algo. Tal vez haya una forma de que consigamos salvarlo todo. *Non mihi, non tibi, sed nobis*<sup>128</sup>.

Él la observaba duramente con la mandíbula contraída.

Julia se acercó y le besó. Él la cogió por las muñecas y la separó bruscamente.

—¿En serio crees que no movería cielo y tierra para encontrar una forma de salvarte? Tú mismo me dijiste que buscase una solución intermedia para cambiar el pasado por ti y eso es lo que he hecho... Y podemos hacerlo sin cambiar el futuro. *Serva me, servabo te*<sup>129</sup> —Julia se acercó más. Sin soltarla

él se la quedó mirando a los ojos durante unos instantes, tratando de evaluarla —. Aunque nos separen dos mil años ligaré mi destino al tuyo. *Auferat hora duos eadem*<sup>130</sup>. Te quiero, o los dos o ninguno —afirmó ella.

Tenía su cara a un palmo de la suya. Aunque seguía sujetándola por las muñecas, ella levantó la cabeza y le volvió a besar. Esta vez él no la apartó.

—Estoy embarazada, ¿qué mayor compromiso quieres? —Julio le devolvió el beso y la tiró sobre la cama—. Sólo lo conseguiremos si estamos juntos en esto. Te quiero —repitió ella.

Él seguía mirándola. No decía nada. Sus ojos parecían más oscuros que nunca.

Tras unos interminables segundos finalmente habló.

—En estos momentos no puedes imaginarte lo mucho que te odio... *Nec possum cupiens non esse, quod odi*<sup>131</sup>. ¡Maldita seas!

Cuando terminaron, él permaneció mirando al techo durante unos minutos, al cabo de los cuáles sin girarse para mirarla, sentenció:

—Por ser tú te voy a dar una oportunidad... Pero ten muy presente que sólo será una.

Y con un tono de voz terriblemente elevado, añadió sólo tres palabras haciendo hincapié en la última.

—Te escucho. ¡Habla!

Y Julia empezó a hablar.

## ENSAYO

Extracto del informe *Los idus de Marzo*. «Instábanle los amigos para que tuviera una guardia y algunos se ofrecían a ser de ella; pero jamás convino en tal pensamiento, diciendo que más vale morir una vez que estarlo temiendo siempre.»<sup>132</sup>

Como muy bien señaló Anthony Everitt en su biografía sobre Marco Tulio Cicerón, a principios del año 44 a.C. César era consciente de que, a pesar de las apariencias y los honores que le profesaban, su política de clemencia no había conseguido que los *optimates*<sup>133</sup> aceptasen sinceramente la definitiva consolidación de su autoridad y aprobasen voluntariamente unas medidas que no estaban destinadas a beneficiar exclusivamente a la oligarquía establecida. Por otro lado, ésta estaba cada vez más impaciente por terminar con la concentración de tanto poder en manos de César. Resultaba evidente, como afirmaba Everitt, que las dos partes estaban desesperadas por encontrar una salida a ese estado de punto muerto, y cada una buscó una solución. Tanto el complot de los Idus de Marzo como la propia campaña a Partia planificada por César eran, por parte de ambos, un reconocimiento del fracaso del objetivo de consenso que había perseguido César. Según Everitt, ambas opciones mostraban claramente que para los dos bandos, el mejor remedio para la situación de estancamiento, era que César desapareciese, al menos físicamente, de la escena política. Desde el punto de vista del propio César, temporalmente y de forma estratégica para retornar con éxitos militares incomparables que consolidasen definitivamente su posición, haciéndola incuestionable. Desde el de los conspiradores, de forma definitiva, mediante su aniquilación física, los mismos Idus de Marzo. La posibilidad de una tercera opción fue lo que...

\*

Julio se encontraba de pie en el centro de su habitación. Vestía la toga *trabea* que en los Idus de Marzo llevaría a la reunión del Senado. Julia asía una daga de madera en su mano y hablaba mientras caminaba a su alrededor.

—Recuerda que cuando estés en la sala de reuniones del Senado, te encontrarás completamente solo y desarmado y ellos serán veintitrés, bueno en realidad veintidós porque Cayo Trebonio permanecerá fuera y otro te asestará dos puñaladas para que al final sumen veintitrés.

—Veintidós contra mí. Sí que deben tenerme miedo.

—No, en parte sí, pero no se trata sólo de eso. Quieren que tu asesinato

sea un símbolo de cómo el Senado de Roma acabó con un tirano.

—¿Y el tirano soy yo? —preguntó indignado—. Si son ellos los que no quieren que cambie nada para seguir preservando sus privilegios en perjuicio del resto del pueblo de Roma. Sólo estoy modificando lo que es claramente injusto.

—A mí no tienes que convencerme, estoy de tu lado, aunque los dos sabemos que tampoco has sido ningún santo. Pero a lo que vamos, dependerás únicamente de ti mismo, de lo que te enseñe y de mis artilugios.

—¿Y no habrá nadie más en el Senado aparte de ellos y yo?

—Sí, habrá más senadores ya sentados, pero al principio no serán conscientes de lo que está ocurriendo delante de ellos y luego se quedarán paralizados o saldrán huyendo. Sólo dos intentarán ayudarte, pero no conseguirán llegar hasta ti.

—¡Ya no quedan leones en Roma! —exclamó Julio despectivamente.

—Esa misma frase volverán a repetirla dentro de casi un siglo.

—¿Y Marco Antonio?

—Cayo Trebonio le retendrá hablando fuera del Senado para que no se encuentre presente. De todas formas, siempre hubo dudas sobre si lo sabía y tácitamente estaba de acuerdo, para conseguir todo el poder cuando tú murieras, pero sin que pudiesen vincularle con tu asesinato. Además, a los conspiradores les interesaba que el único cónsul que quedase vivo, Marco Antonio, les concediese la amnistía por el crimen. Necesitaban asegurarse su futuro apoyo. Aunque por otro lado, Casio deseaba que además de matarte a ti le asesinasen también a él. La postura de Marco Antonio es uno de los grandes secretos de la historia que yo quería desvelar con este viaje. Según mis averiguaciones intentaron que se uniera a ellos pero él no se comprometió, aunque tampoco te informó sobre el complot y lo que yo he deducido a partir de esta información, es que subestimó la conspiración y no quería enemistarse con los traidores y sus partidarios delatándoles ante ti. Otro que te habría ayudado, Lépido, estará con las legiones al otro lado del Tíber, así que no acudirá al Senado. Tú despediste a tus lictores, que tenían la misión de protegerte, para demostrar que no tenías miedo. Tus asesinos saben que estarás completamente sólo y desarmado... Lo que no pueden sospechar es que me tienes a mí —le besó—. Prosigamos. Al llegar a la sala, te sentarás sobre la tarima reservada a los cónsules y comenzarás a escribir. Se te acercará un primer grupo de los asesinos y te rodearán. Lucio Tilio Cimber se dirigirá a ti, con la excusa de que permitas a su hermano volver del destierro. Entonces te



asirá de la toga y tirará de ella exponiendo la zona izquierda de tu cuello. Esa será la señal de los conspiradores para que todo comience. Cuando Lucio Tilio Cimber tire de tu toga —mientras pronunciaba estas palabras Julia se colocó con respecto a Julio en la posición que ocuparía Cimber y asió su toga —, todo se desencadenará. De todas formas, Cimber no es importante. La primera puñalada y una de las más peligrosas provendrá de Cayo Servilio Casca que se encontrará a tu espalda —Julia le rodeó y se colocó en la posición relativa que ocuparía Cayo Servilio Casca. Entonces levantó su daga de madera y la dirigió lentamente a la zona izquierda de la nuca de Julio—. En el crimen original conseguiste esquivarla y sólo te rozó la clavícula —mientras Julia hablaba Julio esquivó el puñal y únicamente le arañó—. Muy bien —aprobó Julia asintiendo con la cabeza—. Entonces tú exclamarás...

Julia calló para que él repitiese la frase que le había enseñado.

—¡Malvado Casca! ¿Qué haces?... ¿Pero para qué tengo que decirlo? —preguntó Julio irritado.

—Conviene cambiar la historia lo menos posible si queremos que todo suceda según yo lo conozco. Tú le clavarás tu estilete en el brazo —Julio realizó el movimiento mientras ella hablaba. Luego te apuñalará el hermano de Servilio Casca en el tórax —Julia realizó el mismo acto que estaba describiendo con su puñal—. Cuando vean que sangras, el resto comenzará a descargar puñaladas sobre ti.

—Como los lobos —intervino Julio con una rabia apenas contenida.

—Sí, y además estarás cercado por todos ellos —ella siguió rodeándole y se situó delante de él. Julia volvió a levantar la daga y la dejó caer lentamente sobre su pecho. Julio levantó el brazo para frenarle suavemente mientras la miraba a los ojos—. No, no lo hagas —negó Julia con la cabeza—. No te preocupes por las puñaladas del tórax, el abdomen ni la ingle, en esta ocasión ahí estarás protegido. La única herida mortal de necesidad fue... Habría sido la que te diesen a la altura del corazón. Probablemente quien te la aseste sea Décimo Bruto, que por su experiencia militar, conocerá la forma más eficaz de matar a alguien en el campo de batalla, pero esta vez estarás cubierto.

—¿Décimo Bruto? —bramó Julio—. ¡Si hasta le nombro en mi testamento!

—La gratitud parece ser una de las virtudes más escasas —Julia se había situado nuevamente a la espalda de Julio. Levantó su brazo y lentamente lo dejó caer. El puñal contactó suavemente con la espalda de él a la altura de su hemitórax izquierdo. Al sentir el roce, él giró levemente la cabeza—. No te preocupes por estas puñaladas, esta vez no te causarán ningún daño.

—¿Y la sangre?

—Habrá mucha sangre. Tampoco te preocupes por eso. Los efectos especiales correrán de mi cuenta. Aún se producirá otra puñalada peligrosa. Será a la altura de tu órbita izquierda, te la asestará Casio y deformará el lado izquierdo de tu rostro.

Julia se volvió a situar delante de él y levantó su daga de madera hasta la altura de su órbita izquierda. Esta vez él elevó su antebrazo y al contactar con el de ella cambió la trayectoria del movimiento y desvió la daga hacia su izquierda.

—Muy bien —asintió Julia—. No era mortal, pero agradecería que no te llevases esa puñalada —comentó mientras le besaba la mejilla izquierda.

—Sí, creo que yo también.

—También te apuñalarán en los brazos y las piernas. Esas heridas son impredecibles, no se conoce en qué momento de todo el ataque te las asestarán, aunque sabemos que ninguna de ellas se producirá en la axila, donde se originaría una hemorragia mortal de forma muy rápida. Si alguna sangrase mucho, presiona sobre ella cuando te dejen solo hasta que yo llegue con todo lo necesario —se quedaron mirándose sin decir nada. Al cabo de unos segundos Julia prosiguió—. Sólo tienes que preocuparte por las puñaladas del cuello. Aunque en teoría sólo debería dirigirse ahí la puñalada de Cayo Servilio Casca, la primera de todas las que te asesten, no podemos descartar que, esta segunda vez, puede que no te coloques exactamente en la misma posición que antes y que alguna puñalada, previamente dirigida al torso, acabe en el cuello —él asintió—. La última puñalada será la de Marco Junio Bruto y se dirigirá a tu ingle, pero ahí también estarás protegido.

—¿Marco Junio Bruto? ¿Él también? —preguntó Julio con una expresión mezcla de asombro y decepción.

—Sí, uno de tus mayores desengaños. Incluso se ha especulado con la posibilidad de que Bruto fuese hijo tuyo.

Julio respiraba profundamente mientras su ira aumentaba por momentos.

—Yo sólo tengo quince años más que él y ya había nacido cuando inicié mi relación con Servilia. Rata asquerosa. ¡También él!

—Una última cosa. Recuerda, veintitrés puñaladas, después de eso no te asestarán ninguna otra y estarás a salvo. Con el brazo derecho te tapanás la cabeza con la toga, y esto es muy importante para que no te vean la cara y que no tienes heridas en ella. En el fragor del ataque, ninguno será realmente consciente de dónde has recibido todas las puñaladas. Con el brazo izquierdo

te cubrirás las piernas y caerás a los pies de la estatua de Pompeyo.

—¿Así fue como morí?

—Sí, ahí caerá tu cadáver.

—¿Cadáver? —repitió con una expresión de profundo desagrado.

—Lo siento —él asintió mientras inspiraba profundamente—. Una última cosa. Tras matarte, los asesinos saldrán en tropel de la sala. También la abandonarán los pocos senadores que pudiesen quedar en ella. Al cabo de pocos minutos entrará Marco Antonio, pero no se acercará demasiado a ti al verte inmóvil en un charco de sangre. La historia no nos informa sobre si entró o salió alguien más, pero después de esos primeros minutos todo el mundo desaparecerá del Teatro de Pompeyo y tú estarás abandonado ahí sólo durante varias horas.

—Agradezco que en esta ocasión no me hayas llamado el cadáver.

—Sí, disculpa. Lucio y yo llegaremos a la media hora, no deberíamos aparecer antes. Si alguien siguiese por la zona, esperaríamos fuera hasta que todo quedase desierto.

—¿Qué harás para que no te reconozcan?

—Acudiré vestida como un esclavo de Lucio y no sé, tal vez recurra a algo más. Según la historia tres jóvenes esclavos irán a recoger el ca... —él volvió a mostrar una expresión de disgusto—. Tu cuerpo. Vendrá Lucio con un esclavo, yo, y volverá con dos, nosotros dos, además, de con el cadáver de Cayo Julio César. ¿Me dejo algo? ¿Tendrá Lucio problemas para encontrar un cadáver con tu color de pelo y de tu altura? De la cara me encargaré yo.

—Ya sabes que en las calles de Roma cada mañana, lamentablemente, sobran los cadáveres. Eso no supondrá ningún problema —zanjó Julio.

—¿Algo más?

—¿Y Cicerón? —inquirió Julio mirándola fijamente.

—No le informarán sobre el complot, pero cuando le den la noticia de tu asesinato no le desagradará demasiado.

—Por supuesto. ¡Estoy harto! A todos ellos les enriquecí, les concedí honores, a muchos de ellos les indulté. A Bruto y Casio les he otorgado el mando de dos provincias. La venganza sólo engendra odio, por eso les perdoné a todos, al menos una vez. Estoy asqueado de la repugnante naturaleza humana. En esta vida no puedes fiarte de nadie —finalizó Julio colérico.

—De mí si puedes, aguanta un poco más.

—¿Y ellos saldrán de esto impunemente? —preguntó iracundo.

—Ni uno de ellos te sobrevivirá en más de tres años. Octavio y Marco

Antonio se encargarán de ello.

—Vaya con Octavio, con lo joven que es. Parece que sí tiene la fuerza y la inteligencia que yo intuía en él.

—Sí, él convertirá en una realidad la idea que tú tienes de Roma... Al menos temporalmente y mientras dependa de él. Aunque, por otro lado, algunas de las cosas que hará me parecen monstruosas. Supongo que analizar cómo te mataron a ti le hizo ser implacable con la gente en la que no confiaba. Por eso vivió tanto tiempo.

—Octavio al final fue la elección correcta.

—Como ya te dije, para la idea que tú tenías de Roma, sí. Y sobre su mandato se construyó el futuro que yo conozco. Soy la primera interesada en que tu elección sea él.

Julio la contempló en silencio durante unos minutos y luego con los ojos fijos en los suyos concluyó.

—Y tú, obviamente, conoces las disposiciones de mi último testamento.

—¿El de los Idus de Septiembre? Por supuesto. Es el que pasará a la historia y no debe cambiarse porque, aunque tú lo redactaste como un legado personal y no político, modificará el curso de la historia romana. El pueblo de Roma se conmoverá por él y te hará ganar aún más apoyos de los que se beneficiará tu heredero. De la cantidad original dejarás trescientos sestercios a cada ciudadano de Roma y tus jardines del Janículo más allá del Tíber. A Octavio le adoptarás como hijo y recibirá tu nombre y las tres cuartas partes de tu herencia. El otro cuarto irá a tus sobrinos Quinto Pedio y Lucio Pinario y, además, designarás como segundo heredero en caso que los primeros no pudiesen heredar a... Décimo Bruto, nada menos. A tu viuda —ahí Julia hizo una pausa—, Calpurnia, de la cantidad inicial habría recibido treinta y cuatro talentos de oro, que fue la cantidad que ya le entregaste en el acuerdo de divorcio. Como ya estáis divorciados, legalmente no se le considerará tu viuda y no obtendrá ninguna cantidad adicional a la ya recibida. A mí no me mencionarás en el testamento. Todo el mundo entenderá, que con lo reciente que ha sido la boda, no hayas tenido tiempo de modificarlo. De todas formas, para que no existan problemas legales, Lucio, que tras quedarme viuda y sin hijos volverá a convertirse en mi tutor legal, renunciará en mi nombre al importe que pudiese corresponderme como tu viuda, e irá a engrosar la parte de Octavio. Bueno, creo que eso es todo. ¿Me dejo algo?

Julio se quedó callado unos instantes, luego le miró a los ojos y sentenció:

—Sí, Atenea. Te has olvidado de un detalle pequeño, pero muy importante.

Tu plan tiene un terrible error... Yo.

Ella clavó su mirada en él, leyó en sus ojos y entendió.

—¿Era demasiado ingenuo suponer que vendrías al futuro sólo por mí?

—Un poco sí. Tiras mucho, la verdad, tú y todas las cosas asombrosas que tienes en tu mundo, pero ni yo mismo sé si tanto como para renunciar a toda mi vida aquí. Tú tenías razón, todo es demasiado complicado. No creas que me resulta fácil, pero la opción más simple, segura y racional no incluye salvarte.

Ella respiró hondo antes de contestar. ¡Cuánto habría dado por no escuchar de su boca esas palabras!

—Ya. En cierta forma te entiendo mejor de lo que puedas suponer. A pesar de lo que te quiero, yo también dudé.

—Podría levantar a dos legiones y tomar Roma en menos de una hora. Antes de que los asesinos supiesen lo que ocurre, ya estarían muertos.

Julia permaneció con su vista clavada en el suelo durante unos segundos, luego preguntó:

—¿Cuántos asesinos forman parte del complot?

—Veintitrés —entonces se dio cuenta de hacia dónde iba ella.

—¿Y de cuántos sabes el nombre? —Julio no contestó—. De seis. No necesitabas saber más para salvarte y tomé mis precauciones.

Él esbozó una sonrisa despectiva.

—Con seis bastará. No conocer el nombre de todos no supone el más mínimo problema. En esta ocasión no tendré ningún reparo en emplear la tortura, y más tratándose de ellos. Me acabarán diciendo el nombre de todos los demás.

—Claro que podrías hacerlo, pero piensa en lo que perderías a cambio. Muchas veces te he preguntado que elegirías, unos años más de vida o tu *dignitas*, tu nombre en la posteridad pasando a la historia como el mayor héroe de Roma y un hombre justo. Tú mismo dijiste que preferías la palabra honor mucho más de lo que temías a la muerte. *Potius mori quam foedari*<sup>134</sup>. Es una de tus citas más célebres. Yo te garantizo que, si la historia continuase tal y como debería, se te considerará como a un mártir asesinado injustamente y el pueblo romano te venerará como a un dios.

—Podría tener las dos cosas —comentó encogiendo los hombros.

—Con mi plan sí, con el tuyo no. Piensa en cómo se te considera ahora. Intentaste evitar la guerra civil todo lo que pudiste. Ofreciste a Pompeyo que los dos disolvierais vuestros ejércitos. Perdonaste a todos los senadores que tomaron partido en contra tuya, la famosa clemencia de César. El pueblo te

adora, no sólo porque tomaste medidas beneficiosas para ellos, sino porque también te consideran justo y no has iniciado ningún baño de sangre que no quería nadie y que habría dividido a la ciudad. En estos momentos yo te garantizo, sin ningún género de dudas, que toda Roma odiará a tus asesinos y que pasarás a la historia como el romano más grande de todos los tiempos. Se te considerará aún más influyente en el porvenir que a Alejandro Magno. Hasta ahora tu comportamiento, dentro de lo que cabe, ha sido políticamente impecable. Sin embargo, si ahora detienes y torturas a seis senadores romanos de las familias más ilustres... Que, además, te recuerdo que aún no han cometido ningún delito, por lo que son inocentes. Y si bajo tortura te diesen los nombres de otros veinte, o por qué no ochenta senadores, ya que bajo tortura se admite cualquier cosa, y tú les asesinas a todos con la excusa de que sospechas, sin ningún otro tipo de pruebas, un atentado contra tu persona; pasarías a la historia no como un gran general, sino como un tirano asesino.

—Son inocentes ahora. Se te olvida un pequeño detalle. Me contaste que todo ocurrirá en los Idus de Marzo. Esa mañana se retratarán. Que acudan con armas me servirá como *casus belli*<sup>135</sup>. Sólo tengo que mandar a una legión al Senado y ordenarles que ejecuten a todos los que lleven armas.

—En teoría sí, pero hay algo que no sabes. Esa misma mañana un senador<sup>136</sup> se acercará a Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino. Ante el asombro e inquietud de estos, les asegurará que muchos amigos suyos saben ya de sus planes, que están de acuerdo, y les instará en nombre de todos los demás a actuar rápido. Aunque únicamente veintitrés senadores ejecutarán tu asesinato en el complot, participarán más de cincuenta y muchos otros lo aprobarán. Ese senador al que me refiero y sus simpatizantes no acudirán armados. De hecho, pocos minutos antes de tu muerte te realizará una petición sobre un tema que no ha trascendido y te lo agradecerá efusivamente. Aunque, como eso mismo lo harán muchos esa mañana, esta información no te bastará para identificarle.

—Traidor, escoria hipócrita, inmundo...

—Además, piensa que todos esos senadores también tienen partidarios, que aunque no estuviesen involucrados en el complot ni inicialmente simpatizasen con él, si tú provocases un baño de sangre entre sus amigos y familiares, podrían iniciar una revuelta y tendrías que enfrentarte también a ellos. Ni el pueblo, que ahora te apoya, entendería que sin un motivo claro, ahora que ha finalizado la guerra civil, torturases y asesinases a tantos senadores y a sus partidarios, que nunca levantaron las armas contra ti ni

acudieron armados al Senado. Ellos son demasiados. Además, entre los conspiradores se encuentran tanto pompeyanos como cesarianos. Tú siempre consideraste que con el empleo de la fuerza es imposible salir políticamente íntegro de una guerra civil y que ese fue el error de Sila. Luchar en una batalla lo consideras aceptable, la represión en las calles un error. Nunca quisiste que se te identificase con Sila pero si actuases así, para la historia no serías mejor que él. Recuerda que también el pueblo adoraba a Cayo Mario hasta que al final de su vida inició un baño de sangre contra los partidarios de Sila en las mismas calles de Roma. El mismísimo Cayo Mario pagó un precio muy alto por actuar así. ¿Cómo recuerda el pueblo el final de su vida? ¡Hasta el mismo Mario habría elegido que esa última etapa nunca hubiese existido! —él seguía en silencio—. Alguien afirmó una vez en el mismo Senado de Roma: «El problema es que la gente sólo recuerda lo último que ha ocurrido. Los hombres menos reflexivos no tendrían en cuenta las iniquidades de estos criminales, sino el castigo que recibiesen si resultase inusualmente severo»<sup>137</sup>.

—No me gusta cuando me citas.

Ella continuó como si no le hubiese oído.

—Además, olvídate de salir hacia Partia dejando Roma en una situación tan inestable. Ya se encargaría Cicerón de mostrarte como un monstruo sediento de la sangre de su propio pueblo mientras estuvieses fuera. Ahora estás en lo más alto, es el momento perfecto para dejarlo.

—No tendría por qué matarles abiertamente. Podrían morir de forma... Digamos accidental. Ellos estarían muertos y nadie me responsabilizaría a mí.

—Si conocieses los nombres de todos los conspiradores, de sus simpatizantes y tuvieses suficiente tiempo para espaciar las muertes, sí. Pero sólo queda una semana hasta tu asesinato. Además, la tortura de senadores romanos, para conseguir los nombres, es un asunto bastante más sucio que un número elevado de muertes «accidentales», y ni ellos mismos conocen ahora la identidad de todos los simpatizantes. Lo único que conseguirías torturándoles es que el resto de conspiradores se preocupasen por el interrogatorio de seis de los suyos y decidiesen adelantar tu asesinato o si no pudieran, iniciasen otra guerra civil.

—Correré el riesgo. Mataré a todos los conspiradores que tengo identificados y estaré alerta para el futuro.

—¡El futuro! Si hicieses eso yo desaparecería y no quedaría nadie que conociese los detalles sobre tu futuro. Demasiados senadores, cuyas identidades no conoces, desean tu muerte, seguirían intentándolo y tú no

sabrías ni cómo ni cuándo. Como tú siempre dices vivir asustado no es vivir, sólo hay que temerle al mismo miedo y *Crudelius est quam mori semper timere mortem*<sup>138</sup>. Ese sería el futuro que te esperase hasta que más pronto o más tarde lo consiguiesen, ahora o cuando... Si volvieses de Partia. Y desde luego tu lugar en la historia ya no sería el mismo.

—¡Ya estoy harto! Mandaré al ejército contra el Senado y les mataré a todos. Problema resuelto.

—¡Escúchate! ¿Quieres pasar a la historia como el hombre que arrasó el Senado de Roma? ¿Dejarás vivos a algunos? ¿A quiénes! ¿Puedes confiar en Marco Antonio? No conoce los detalles de la conspiración pero le tantearon y no te informó sobre ello. Poco después de tu asesinato invitará a cenar en su casa a Cayo Casio Longino.

—¿Qué?

—Sí, cenará con Cayo Casio Longino, uno de tus asesinos, mientras yo esté velando tu cadáver. Y en cuanto a los demás. ¿Te fías por completo de Dolabella? Tras tu asesinato acompañará a los conspiradores. Lépido parece bastante confiable, pero también lo parecían Décimo Junio Bruto, Cayo Trebonio y Marco Junio Bruto. A los pocos días de tu asesinato, Lépido invitará a cenar en su casa a Marco Junio Bruto. Los días siguientes a los Idus de Marzo todos estarán analizando la situación, sin comprometerse, para asegurarse de que se posicionan del lado vencedor.

—¿Lépido también? Nadie merece la pena. ¡Estoy harto! Arrasaré todo el Senado. No dejaré vivo a ninguno.

—Si acabas con todo el Senado acabarás con la Roma que soñaste. ¿Qué Roma le quedará a Octavio para construir el Imperio que imaginasteis los dos?

—Crearé un nuevo Imperio, como Alejandro Magno, comenzando con la invasión de Partia.

Julia soltó una risa desfallecida.

—¡Estoy harta de oírte hablar de Partia! ¡Olvídate de Partia! Ahora ya puedo contártelo todo. ¡Nunca se conquistará Partia!

—¿Cómo que nunca se conquistará Partia?

—¡Nunca! Marco Antonio lo intentará dentro de una década y será un completo desastre, morirán treinta mil de tus mejores legionarios. Octavio será tan sensato como para no proyectarlo.

—Yo no soy Marco Antonio.

Julia prosiguió.



—Dentro de casi doscientos años, Trajano, uno de los mejores generales de la historia de Roma, invicto, con un ejército mejor, compuesto por más de cien mil legionarios, con una Roma estable y realizando grandes hazañas, conseguirá algo parcial, por muy poco tiempo, muy pocos meses, a un coste importante y él mismo morirá en Oriente sin volver a pisar Roma. Partia es un avispero.

—También lo eran las Galias.

—Pero con la campaña de Partia las fronteras de Roma serán demasiado extensas como para poder defenderlas todas simultáneamente. Habrá levantamientos en extremos opuestos. Y eso sin contar con tus enemigos internos. ¡Nunca! ¡Nadie! —Julia recalcó estas dos últimas palabras—. Conseguirá hacer de Partia una provincia romana. Si vienes ahora conmigo te ahorrarás tu primera campaña fallida. Ya se te considera un gran general, en Partia lo tienes todo por perder y nada que ganar. ¿Quieres que lo último que se recuerde de tu carrera militar sea un revés? ¿Qué más quieres conseguir? ¿A qué más vas a aspirar? Has llegado al máximo de lo que alcanzarás, que no es poco, y si deseas que tu legado continúe, eso debe permanecer así —la observaba en silencio para que ella continuase hablando mientras él evaluaba la situación—. Aquí sólo te queda decepción, una campaña fracasada, otra guerra civil y muerte, pero podrías tener el regalo de una segunda vida. Es más de lo que ha tenido nadie. Volarías por encima de las nubes, descenderías a la Tierra desde el cielo, subirías la montaña más alta del mundo, te deslizarías a toda velocidad por encima del mar y descubrirías lugares asombrosos que Alejandro Magno nunca llegó a ver y de los que aún no pude hablarte.

Él seguía en silencio mirándola con la misma expresión que tenía cuando estaba planificando algo. Al cabo de unos instantes entreabrió los labios como queriendo decir algo, pero con una mueca de desagrado los cerró mientras la observaba fijamente. Como no añadía nada Julia suspiró y dio palabras a la opción que él estaba sopesando. La más cruel de todas para ella. Cuanto antes supiese lo que pensaba decidir él, mejor.

—Por supuesto te has dado cuenta de que también tienes una última opción. No necesitas torturar a los seis senadores, que además ni siquiera conocen la identidad de muchos de sus simpatizantes. Sabes que hay alguien más en Roma que conoce los nombres de todos los conspiradores y hasta de los de los potenciales seguidores que tomarán partido por ellos después de tu muerte —Julia suspiró e hizo una pausa—. Yo. A mí sí que podrías torturarme a voluntad con cualquier excusa inventada, adulterio por ejemplo. Aunque se

considerase exageradamente cruel, teóricamente tendrías potestad para hacerlo y nadie podría oponerse porque soy tu esposa. Seguro que los asesinos y sus partidarios no lo relacionarían con el complot. Mi única opción sería aguantar todo lo que pudiese —Julia tragó saliva antes de continuar—. Tal vez muriese antes de decir nada, tal vez no, no lo sé. Si te dijese que antes de hablar me suicidaría, sabes que en esta ocasión sería falso. Me conoces, y estando embarazada tienes la seguridad de que nunca haría eso. Pero por este mismo motivo espero que tampoco tú amenaces con torturarme y no consideres esta opción.

Julia contuvo la respiración.

Él se acercó lentamente. Le acarició la mejilla y dijo con el ceño fruncido:

—¿Pero qué clase de monstruo te crees que soy?

La observó en silencio durante unos segundos mientras seguía pensando. Luego, con expresión grave, añadió:

—No podría ordenar que te torturasen... Pero tú tampoco puedes pedirme que vaya en contra de mi naturaleza. ¿Irme al futuro sin más? ¿Qué iba a hacer?

—El dinero no será problema, en el futuro tengo suficiente para los dos.

—¿Te refieres a tus cinco talentos y medio de oro? No te ofendas, como dote resulta aceptable, pero para mí eso es calderilla —los planes de Julia se desmoronaron al oír estas últimas palabras. Permanecieron un largo rato en silencio. Luego él añadió—. Mi situación aquí, está claro, que no resulta nada envidiable. En estos momentos no veo opciones que preserven simultáneamente mi vida y mi lugar en la historia. En eso te doy la razón, pero ahora tengo casi toda la información disponible y voy a intentar encontrar una opción mejor. «Los hombres cuando deliberan sobre asuntos espinosos deben estar libres de todo odio, amistad, cólera y compasión»<sup>139</sup>. Necesito reflexionar a solas sobre la alternativa que me resulte más conveniente. Para que no interfieras con lo que finalmente decida, tú permanecerás aislada en esta habitación hasta los Idus de Marzo y únicamente se te permitirá hablar con Eunice —permaneció meditando durante unos instantes, luego prosiguió—. También tendré a alguien bajo tu ventana y mandaré a Marco a recoger todo tu oro para que no trates de sobornar a Eunice. No intentes nada, sería inútil.

Julia se le quedó mirando con una mezcla de rabia y decepción mientras respiraba agitadamente. Cuando al final asumió lo que estaba ocurriendo le preguntó:

—¿Ha habido alguna vez algo en ti que fuese verdad?

Él se quedó callado unos segundos, luego replicó:

—Ten por seguro que aprecio mucho que intentases salvarme.

—Pero tú no harás lo mismo por mí —zanjó ella.

Él le sostuvo la mirada.

No dijo nada.

Julia le contempló como si no le conociera. Sacudió la cabeza. Al cabo de unos segundos despectivamente, con un deje de amargura propio de los que lo tienen todo perdido, sentenció muy lentamente:

—¡Muy inteligente! Has conseguido todo lo que de verdad te interesaba. Supongo que en estos momentos debes sentirte muy orgulloso de ti mismo.

Él le sostuvo la mirada durante unos segundos más, luego se dirigió hacia la puerta. Cuando ya estaba en el umbral se giró y le dijo:

—Supongo que en estos momentos debes odiarme. Pero quiero que sepas que, independientemente de lo que decida hacer, te quiero y sinceramente espero que el niño y tú no lleguéis a desaparecer.

Luego se dispuso a abandonar el cuarto sin mirar atrás. Mientras cerraba la puerta ella contestó:

—Tú solo te quieres a ti mismo.

La puerta permaneció entornada unos innecesarios segundos de más, aunque él no se giró.

Seguidamente escuchó un portazo.

Su prisión se acababa de sellar.

Julia se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar. Al cabo de unas horas permaneció en silencio contemplando la pared. Se esforzó en pensar pero no encontró solución. Todo problema tenía una, pero en esos momentos ella se sentía demasiado desmoralizada como para poder hallarla.

Julio por el contrario dedicó los dos días siguientes a valorar las diferentes opciones. Reflexionó sobre su pasado, su presente y lo que le deparaba el futuro. Había consumado todos los logros que podría alcanzar sin provocar un deshonroso baño de sangre en la misma ciudad de Roma, sin embargo, con carácter, inteligencia y patrimonio se le abría un asombroso abanico de posibilidades. Tomó su decisión, se sentó a su mesa y comenzó a escribir. Cuando terminó revisó el documento complacido, no dejaba ningún resquicio a la libre interpretación. Después del resto de firmas oficiales, la primera persona que lo leería, antes de hacerlo público, sería alguien de su máxima confianza... Aunque para ello deberían transcurrir dos mil años. Se

dedicó a jugar con el pequeño cilindro de papiro durante unos segundos más. Luego se levantó.

*Sic erat scriptum*<sup>140</sup>. Ya estaba hecho.

Su siguiente movimiento consistiría en visitar un modesto lugar a las afueras de Roma, un terreno de cultivo a orillas del lago Brachiano donde se encontraba un olivo centenario, pero él no podría realizarlo todo solo. Deberían acompañarle algunos legionarios, no demasiados, con unos pocos bastaría, pero debían tener una lealtad inquebrantable y no disponer de toda la información sobre lo que iban a enterrar.

Todo estaba en marcha.

Qué volasen alto los dados.

## LECCIONES SOBRE EL FUTURO

Por primera vez en los tres últimos días una persona, diferente de Eunice y Marco, abrió la puerta de su habitación. Era Julio. Ella se puso en pie y le observó rebosando odio.

—¡Estás enfadada! Lógico —puntualizó él con semblante serio.

—Eres un traidor, manipulador, falso, ruin, miserable, amoral, retorcido, repugnante, mentiroso...

Julio le interrumpió.

—Tampoco tú fuiste demasiado sincera.

—Traidor.

—Eso ya lo habías dicho. ¿Has terminado ya? —Julia le observó en silencio echando fuego por los ojos. Como ella no añadió nada más él prosiguió—. Entonces eso es todo. Muy bien. Siéntate por favor —solicitó mientras le mostraba la cama con el brazo.

Julia se sentó en la cama respirando profundamente y él hizo lo propio en la única silla de la habitación. Permaneció observándola en silencio durante unos minutos.

—He meditado sobre lo que me dijiste.

—No lo dudo, conseguiste información más que de sobra sobre la que pensar —comentó despectivamente.

Él puso los ojos en blanco e inspiró hondo.

—He hecho algo.

—¿El qué?

—No lo aprobarías, por lo que no te lo contaré. Esta vez seré yo quien te tenga a ciegas.

—Vas a cambiar el futuro —afirmó ella desencantada, como quien ya sabe la respuesta.

—Sí y no. Sólo un poco. ¿Tú sigues aquí no? Así que lo que he hecho está claro que no ha modificado sustancialmente el futuro.

—¡Pero no lo sabías seguro!

—Estaba casi seguro de que no lo cambiaría, pero por supuesto existía un pequeño riesgo que tuve que asumir.

—¿Qué tú asumiste? —añadió ella irónica.

—Sigues aquí, ¿no? Deja de quejarte, porque quien va a adjudicarse el principal riesgo en todo esto voy a ser yo, así que no hagas que me arrepienta.

—¿Qué quieres decir?

—Que con la nueva información que me proporcionaste tu análisis era

correcto. El resumen de todo es que o les mato a todos, o alguno de ellos me acabará asesinando a mí más pronto o más tarde. Quiero que se me recuerde como tú has asegurado que se me considera ahora y no como a otro Sila. Sin embargo, ya que no tengo el futuro que querría en Partia, me tendría que quedar en Roma y, si no acabo con absolutamente todos los senadores, viviría siempre pensando en cuando sería la próxima ocasión en que intentasen matarme a traición ellos a mí. El lugar que me da la historia ahora, era mi objetivo final. Arriesgando más no conseguiría ningún beneficio adicional pero podría perderlo todo y además el resto de mi vida sería miserable.

—¿Qué me quieres decir? ¿Vendrás al futuro como yo planifiqué?

—No exactamente.

—¿Entonces qué? —preguntó ella impaciente.

—A partir de ahora yo pensaré por los dos. Lo he arreglado todo de otra manera, bajo mis condiciones.

—¿Qué son?

—Te advertí de que al final yo te daría lecciones sobre el futuro, ¿recuerdas? Desde este momento yo controlaré tanto el presente, o el pasado según se mire, como el futuro. No te contaré todo lo que he organizado hasta después de los Idus de Marzo... Si sobrevivo claro.

—¿Qué vas a hacer? —insistió Julia.

—En cierta manera tu propuesta, dada la situación, era la opción más conveniente para los dos... Aunque no del todo. La he mejorado y mucho —cambió bruscamente de conversación—. Ahora vayamos al *triclinium*, ya nos han preparado la comida.

—¿Qué vaya contigo al *triclinium*? —inquirió con una risa desfallecida—. Tal vez ya no me interese ir contigo ni al *triclinium* ni a ningún otro lugar del Universo, presente o futuro.

Él la miró fijamente a los ojos y repuso.

—Tú también hiciste cosas que yo no le habría perdonado a nadie. Y, sin embargo, estoy dispuesto a intentar comprender tus motivos y a olvidarlo.

—¿Pretendes que confíe en ti sin más?

—Yo lo estoy haciendo en ti, ¿no? Te aseguro que la decisión que he tomado es la más conveniente para los dos, pero al igual que el tuyo, mi plan sólo funcionará si confiamos plenamente el uno en el otro. *Ubi concordia ibi victoria*<sup>141</sup>. Tendrás que confiar en mí. Piensa sobre ello y si estás de acuerdo después de la comida repetiremos el ensayo. Estoy deseando quitarme lo de mi asesinato de encima de una vez.

Julia permaneció unos instantes respirando agitadamente mientras intentaba leer en sus ojos. Luego, con ademanes bruscos se dirigió hacia el *triclinium*.

Él la siguió.

\*

Extracto del informe *Los idus de Marzo*: «En elocuencia y en el arte de la guerra igualó o sobrepasó la gloria de sus más insignes representantes... Sólo al final de su vida se hizo más indeciso para combatir, pues opinaba que cuantas más veces hubiese vencido, tanto menos debía tentar la suerte, y que una victoria» incierta «no le reportaría ningún beneficio tan grande como lo que podía perder con una derrota...»<sup>142</sup>.

## REPETICIÓN 1503

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*: «... Opinan que prefirió exponerse de una vez a las asechanzas que le amenazaban por todas partes a estar siempre angustiado y en guardia. Algunos incluso cuentan que tenía costumbre de decir que no era interés suyo tanto como del Estado el que él siguiera vivo: que él había conquistado desde hacía tiempo poder y gloria más que suficientes, pero que el Estado... Para casi todo el mundo resultó totalmente obvio que había tenido una muerte más o menos conforme a sus deseos...»<sup>143</sup>.

\*

Casi toda la noche estuvo cayendo una sobrecogedora tormenta en la que los rayos y truenos se sucedían con una frecuencia inusitada, como si Júpiter Óptimo Máximo quisiese dar rienda suelta a toda su cólera en unas pocas horas. Repentinamente cesó dos horas antes del alba.

Ellos no habían dormido nada para alargar la noche todo lo posible, porque el amanecer traería el día en el que todo cambiaría de una forma o de otra. Julia nunca había odiado tanto la salida del Sol, pero ese momento al fin había llegado. Se quedaron observándose en silencio durante unos instantes hasta que él sentenció:

—Ha llegado la hora.

Se levantó y dejó la habitación.

Julia contempló el techo durante unos segundos más, luego se levantó y se asomó al pasillo en busca de Eunice.

—En cuanto el *dómine* acabe su baño prepáramelo a mí, por favor.

Eunice a esas alturas ya no se extrañaba de los comentarios de Julia. Con una sonrisa contestó:

—Por supuesto, *dómina*.

Después de arreglarse acudió al *triclinium*. Julio la esperaba allí bañado y afeitado, se recostó a su lado y comenzaron a desayunar en silencio. Ninguno de los dos estaba de humor para una conversación intrascendente y la cuestión realmente importante no podían comentarla en público. Cuando Eunice entró con el resto del desayuno Julia empezó a representar su papel, reproduciendo la pesadilla que tuvo Calpurnia la víspera de los Idus de Marzo.

—He tenido una pesadilla horrible, estoy muy preocupada.

—Los sueños sólo son sueños —contestó él.

—Pero este era increíblemente real. Te veía muerto en mis brazos. Por



favor hoy no salgas de casa, me quedaría mucho más tranquila.

—Eso es una tontería, además, tengo que acudir a la reunión del Senado. Dentro de dos días me iré de Roma, no tengo opción, hoy debo ir.

—Por favor no lo hagas. Yo nunca he creído en estas cosas, pero hoy tengo un mal presentimiento.

—Es una angustia infundada, no te preocupes —repuso Julio mirándola a los ojos con expresión seria mientras Eunice dejaba la estancia.

Se levantaron y cada uno se fue hacia su habitación. Julia cogió una bolsa vacía y se dirigió hacia el dormitorio de Julio. Nada más llegar, él le entregó su ordenador, su cámara de fotos, el violín, la libreta, el bolígrafo y la linterna. Ella lo introdujo todo en la bolsa.

—Ahora vuelvo.

Al llegar a su habitación, Julia abrió su baúl de los secretos y metió en él lo que le había dado Julio. Luego sacó todo lo que consideraba necesario para el día y lo introdujo a su vez en la bolsa. Cuando estaba a punto de salir, se detuvo súbitamente y recordó que los cordeles de lana que había tejido con tanto esmero resultaban imprescindibles para lo que tenían proyectado ese día. Sin ellos no podría atar las bolsas. Abrió el baúl de la ropa, los cogió y los introdujo en su bolsa.

Al entrar en el dormitorio de Julio comprobó que Marco le acompañaba. En ese momento Julio ordenó:

—¡Déjanos! Hoy la *dómina* me vestirá.

—Como deseas, *dómine*.

Cuando Marco dejó la estancia, Julio se quitó la túnica y ella comenzó a trabajar.

Al cabo de unos minutos Julia exclamó:

—¡Ya está! Al menos esta segunda vez no podrán causarte ningún daño.

—Para mí es la primera.

—Claro. ¿Cómo lo lleva Lucio?

—Nunca tomará la iniciativa, pero es una roca en la que siempre se puede confiar. Jamás me decepcionó en la guerra ni en la vida, y no lo hará hoy.

—¿Y no preguntó demasiado?

—Por supuesto, pero sólo le respondí hasta cierto punto. Siempre fue un gran soldado y conoce la importancia de cumplir las órdenes aunque no se comprendan del todo.

Julia tomó la túnica de mangas largas y le ayudó a ponérsela. Luego cogió la *toga trabea* y la colocó sobre su hombro izquierdo. El resto del

procedimiento resultaría complicado porque para extenderla y colocarla bien eran necesarias dos personas, pero se las tendría que componer ella sola para realizarlo lo mejor posible. Para ello siguió las indicaciones que dejó escritas Quintiliano en su famoso tratado sobre la oratoria. Extendió la toga por su espalda y la pasó por debajo del brazo derecho. Se colocó delante de él y acomodó la toga de la mejor forma posible, volvió a colocársela por encima del hombro izquierdo y la dejó caer por la espalda ligeramente por encima de la cintura. Luego se aseguró de que la parte que se posicionaba en oblicuo, desde debajo del hombro derecho al izquierdo, no estuviese demasiado tensa ni suelta. También repasó que cada pliegue cayese correctamente. Comprobó la zona izquierda del cuello y el hombro para que no quedasen demasiado apretadas. Cuando terminó le preguntó:

—¿Qué tal el brazo izquierdo?

Él lo levantó hasta un ángulo de movimiento normal y repuso:

—Bastante bien. No está mal del todo.

Julio sonrió. Era la primera vez que le veía sonreír en todo el día.

Ella sonrió de vuelta.

—Ahora las botas. Siéntate en la cama.

Julia se las puso y él se levantó.

En ese mismo momento, otros veintitrés hombres en Roma estaban dedicados a una tarea similar. A todos ellos les estaban colocando sus togas *praetextas* de senadores para dirigirse esa misma mañana, de los Idus de Marzo, a la reunión del Senado de Roma. Uno de ellos, Décimo Junio Bruto, tras desayunar, salió de su casa en dirección a la *Domus Pública* para asegurarse de que nada evitaría que Cayo Julio César acudiese también al Senado.

Marco llamó a la puerta del dormitorio de Julio.

—¿*Dómine*?

—Sí.

—Décimo Junio Bruto está esperándote en el peristilo para acompañarte a la sesión del Senado.

—Ahora acudo a verle.

—Sí, *dómine*.

Julio y Julia se miraron.

—Está empezando —afirmó él.

Ella asintió varias veces con expresión grave.

Al cabo de unos minutos Julio se dirigió al peristilo.

—Hola —saludó secamente.

—Hola, César. ¿Qué tal estás?

—No me encuentro muy bien. Además Julia ha tenido una pesadilla muy preocupante en la que era testigo de mi muerte, considera que se trata de un mal augurio y está muy angustiada, a pesar de que ella no suele creer en estas cosas. Hoy no acudiré a la sesión, lamento que vinieses en balde.

—¡No me lo puedo creer! Hoy trataremos temas muy importantes. Además, ¿qué crees que pensarán todos si no vinieses por la pesadilla de una mujer? No hablas en serio.

—Completamente en serio.

A Décimo Bruto se le crispó el rostro, luego relajó su expresión y replicó.

—Vas a hacer el ridículo más espantoso. ¿Qué crees que comentarán? ¿Qué puedes ir a la guerra contra Partia y no a una reunión del Senado? ¿Pretendes que les diga a todos que se vayan a sus casas y vuelvan cuando Julia deje de tener pesadillas? Lo considerarán un insulto y te producirá un coste político importante. Déjate de tonterías y ven conmigo. Abandonarás Roma dentro de dos días y algunos temas deben solucionarse hoy, o no podrás marchar hacia Partia con la legitimación del Senado<sup>144</sup>.

—Es verdad.

—Dejémonos de tonterías y salgamos ya.

—Está bien, salgamos —resolvió Julio dejándose convencer con una inusitada facilidad.

Julia se encontraba en la esquina norte del peristilo examinando la escena. Luego le siguió con la vista mientras, pasando por delante de ella, se disponía a salir de la *domus* junto con Décimo Bruto y sintió que la invadía una terrible sensación de angustia. Cuando ya estaban en el quicio de la puerta, él se giró y se la quedó mirando. Entonces bruscamente recorrió con cuatro grandes zancadas la distancia que les separaba, le cogió por el cuello y la besó delante de todos durante unos eternos segundos que supieron a despedida. Después le miró a los ojos sin soltarle y dijo:

—Luego nos veremos.

Ella asintió varias veces con los ojos fijos en los suyos. Él también asintió un par de ellas, hizo un amago de sonrisa y prosiguió en un tono de voz bastante más bajo para que sólo ella pudiese oírle.

—Pero por si algo fallase... *Non omnis moriar*<sup>145</sup>. Quiero que le llames Cayo —hizo una pausa y luego añadió—. Haz que pilote aviones, se tire en

paracaídas y vea la montaña más alta del mundo —Julia volvió a asentir mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—.Y cuando llegue el momento, háblale de mí.

Volvió a besarla, súbitamente se giró y se dirigió hacia la puerta. Cuando estaba a la altura de Décimo Bruto dijo secamente:

—¡Vamos!

Salió de la casa. Décimo Bruto corrió tras él mientras murmuraba.

—Si es que las mujeres siempre se están preocupando sin motivo.

Julia dejó caer la cabeza y sintió como dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

## LUCIO

Julia acudió a los departamentos de las vestales.

—Hola Quinctilia.

—Hola. Tienes mala cara. ¿Estás bien?

—La verdad es que no mucho. He tenido una pesadilla terrible en la que Julio moría. Le insistí en que no fuera a la reunión del Senado, pero ha acudido de todas formas.

En ese momento Julia comenzó a sentir unas náuseas horribles. Se sentó.

—No será sólo eso, estás muy pálida.

—Me he mareado un poco.

—¿No estarás embarazada?

—En absoluto, todo lo contrario —mintió Julia—. Voy a visitar a mi padre, pasaré todo el día con él. Ya nos veremos a la hora de la cena.

—Muy bien —contestó Quinctilia y volvió a concentrarse en el documento que revisaba.

Julia permaneció contemplándola con ternura, sabía que probablemente se trataba de la última vez que lo hacía. Al cabo de unos instantes Quinctilia reparó en el extraño comportamiento de Julia.

—¿Qué te pasa?

—Hoy estoy un poco sensible —le cogió la mano y añadió—. Muchas gracias por todo Quinctilia, hasta la cena.

—Hasta la cena —contestó Quinctilia con una sonrisa.

Julia se dirigió hacia su habitación. Allí abrió su baúl y en la bolsa introdujo todo su equipo quirúrgico. Luego llamó a Eunice para verla una última vez.

—Eunice.

—¿Sí, *dómina*?

—Voy a permanecer todo el día en casa de mi padre.

—Muy bien, *dómina*. ¿Necesitas que te prepare algo?

—No, no hace falta.

Eunice se dispuso a salir por la puerta.

—¡Eunice!

—¿Sí, *dómina*? ¿Has cambiado de idea?

—No, no se trata de eso.

Las dos mantuvieron un incómodo silencio durante unos minutos. Julia no sabía cómo expresar lo que sentía, así que simplemente añadió:

—Adiós Eunice. Cuídate mucho, te echaré de menos.

Ella la miró extrañada.

—Hasta la cena, *dómina*.

Y Julia se quedó sola en la habitación.

Después de asumir las despedidas, preparó tres bolsas con sus utensilios del futuro y los depositó en su baúl de los secretos. Luego recogió toda su ropa y la colocó en el otro baúl que le servía de armario. Contempló entre sus manos el collar que le había regalado Julio y, después de unos segundos, lo guardó también en el arcón con su ropa. Nunca más necesitaría usar nada de eso. Sin embargo, cuando reparó en los pendientes de Aurelia dudó durante unos instantes. Estuvo a punto de guardarlos en el baúl como debería, sin embargo, al final los atesoró en una de las bolsas que se llevaría al futuro. Se trataba sólo de dos pequeñas y modestas perlas. Julia decidió que merecía llevarse ese recuerdo. Se colocó uno de sus vestidos más discretos, asió la bolsa que había preparado, se cubrió la cabeza y parte del cuerpo con un manto para disimular la carga que llevaba y comenzó con la primera parte de su cometido para ese día. Dirigirse hacia la casa de Lucio.

La aglomeración era tal que se demoró casi media hora antes de verse en el umbral de la *domus*. Nada más golpear le abrieron la puerta.

—Buenos días, *dómina*. Tu padre te espera en su dormitorio, déjame guiarte.

Julia se dirigió en silencio hasta el dormitorio de Lucio. Cuando el esclavo abrió la puerta, Lucio se giró para recibirla.

—Mi querida hija. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien, padre.

Lucio se dirigió hacia su esclavo y le ordenó:

—Dile a Cesenius que venga. Está en la callejuela lateral, en el pescante de un carro junto con Mesala.

—Sí, *dómine*.

Cuando les dejó solos Julia le preguntó:

—¿Pudiste conseguirlo sin problemas?

—¿El cadáver? Está en el carronato.

—¿Y los que lo encontraron?

—Son externos a la *domus*. No lo relacionarán —permanecieron mirándose en silencio durante unos segundos. Al cabo de los cuales Lucio añadió—. ¿Podrías tú ahora explicarme todo esto?

En ese momento llamaron a la puerta y apareció un esclavo delgado y de baja estatura que vestía una modesta túnica de mangas largas y un sombrero de

paja calado hasta la frente.

—Adelante, Cesenius. ¿Ha quedado Mesala al cuidado del carromato?

—Como lo ordenaste, *dómine*.

—Perfecto. Ahora sal lo más discretamente que puedas y esperad a quien yo envíe.

—Sí, *dómine*.

Cesenius se retiró.

Lucio salió al atrio y dio una palmada.

—Mi hija no se encuentra bien. Traed una litera de mano y dejadla en mi dormitorio.

—Pero, *dómine*, César ha prohibido su uso dentro de la ciudad.

—No seas insolente que yo también soy César. Mi hija está enferma y no permitiré que vuelva a la *Domus Pública* andando. Traed la litera ahora mismo.

—Disculpa, *dómine*.

Cuatro esclavos trajeron una litera de mano y la depositaron en el suelo del dormitorio de Lucio.

Cuando volvieron a quedarse solos Julia le apremió:

—No hay tiempo que perder. ¿Tienes la ropa?

Lucio le entregó dos modestas túnicas de esclavos, dos pares de sandalias y sendos sombreros de paja idénticos al que llevaba Cesenius.

—Muchas gracias. ¿Y lo otro?

—Lucio le entregó un puñal.

—Gracias.

Julia tomó una de las túnicas.

—Por favor, gírate.

Lucio obedeció instantáneamente y Julia se la colocó.

—Ya he terminado. Muchas gracias.

Lucio volvió a girarse. Julia se sentó. Tomó en la mano derecha el puñal y con la izquierda asió su melena. La cortó tras varios intentos. Prefería no verse. No llevaba el pelo tan corto desde antes de ir a la Universidad, además debía estar lleno de trasquilones.

—Julia, tu pelo —comentó Lucio con pena.

—Bueno, ya crecerá.

Se caló el sombrero de paja hasta las cejas y se calzó las sandalias. Luego guardó la otra túnica, el sombrero, las sandalias y el puñal en la bolsa que llevaría al mismísimo Senado de Roma.

—Yo saldré primero —le recordó—. Tú insísteles a los esclavos en que me he dormido en tu habitación y que aunque tú vayas a salir de la *domus* no deseas que nadie entre y me moleste bajo ningún concepto. ¿Dónde está el carro?

—Saliendo de la casa a mano derecha.

—Perfecto, hasta ahora.

—Hasta ahora.

Julia abrazó a Lucio y salió al atrio en dirección a la puerta con la cabeza baja y mirando al suelo. Nadie reparó en el mismo esclavo que supuestamente había entrado en la *domus* minutos antes.

Salió de la casa y torció hacia la derecha. En la primera callejuela se encontraba Cesenius, vestido exactamente igual que ella, delante de un carro junto con otro hombre. Al llegar a su altura Julia les hizo un gesto con la cabeza y ellos le entregaron las bridas de los caballos que estaban enganchados al carro. Ya habían cumplido por entero con su misión y serían recompensados generosamente por ello, desaparecieron entre la multitud y ella quedó sola al cuidado del carromato.

Julia abrió las cortinillas y colocó su bolsa en la parte posterior del carro. Al asomarse dentro observó el cadáver desnudo de un hombre y sintió un escalofrío, pero rápidamente volvió a cerrar las cortinas. Luego se agachó, enmugreció sus manos con tierra del suelo y seguidamente se las frotó por las piernas y la cara. Se sentó en el pescante y se dispuso a esperar a Lucio. Al cabo de un par de minutos, este salió de la casa y se acomodó a su lado.

—¡Pásame las riendas!

—¿Cómo va a conducir el carro un senador mientras su esclavo está ocioso a su lado? Debo hacerlo yo.

Julia contempló desfallecida a la cantidad de gente que abarrotaba el *Clivus Victoriae*. Avanzar resultaría bastante complicado, pero sólo a la ida, a la vuelta, después de que se diese noticia del asesinato, las calles de Roma quedarían prácticamente desiertas. Julia agitó las riendas y los caballos lentamente empezaron a avanzar en dirección al bajo foro hasta la vía Sacra para seguidamente girar a la izquierda hacia la basílica Aemilia, la curia Hostilia y la puerta de las murallas Servilias.

El avance resultaba lento pero bastante más rápido que yendo a pie. La gente respetaba mucho un carro en el que viajase un senador togado, no tanto como lo hacían con Quinctilia, pero el paso que les concedían era bastante aceptable, y así poco a poco alcanzaron las murallas Servilias.



Tras cruzarlas, cuando ya se encontraban en el campo de Marte, fue cuando el caos comenzó a desatarse. Al principio se trataba de unos pocos hombres que acudían corriendo hacia ellos en dirección al interior de Roma. Luego su número aumentó y se compuso tanto de senadores togados como de gentes ataviadas con simples túnicas. Las caras que se cruzaban con ellos al principio reflejaban preocupación, pero posteriormente lo que mostraban todas era un sentimiento unánime: pánico. También el sonido habitual de la zona del campo de Marte comenzó a aumentar de intensidad hasta convertirse en un estruendo, y miles de voces diferentes repetían una única frase.

«¡César ha muerto!».

Lucio y Julia se observaron con angustia, deseando que todo se hubiese desarrollado según sus planes y nada fuese real. Su interior estaba preso de la incertidumbre y les pedía llegar lo antes posible para poder comprobarlo, sin embargo, avanzar en contra de esa marabunta humana resultaba inútil. Tuvieron que detener el carro.

De todas formas, aunque nadie les hubiese dificultado el paso, no debían aproximarse al Teatro de Pompeyo hasta que la zona estuviese completamente desierta. Tendrían que esperar hasta que el último de los romanos la abandonase. La historia les aseguraba que eso ocurriría, pero deberían tener lo único que escaseaba en sus ánimos en esos momentos: paciencia. Así permanecieron detenidos durante unos eternos minutos, mientras el mundo que conocían los romanos parecía derrumbarse a su alrededor.

De la misma forma en que todo comenzó, el caos empezó a desvanecerse y le siguió una situación más tranquila pero cien mil veces más escalofriante: el vacío. Lucio y Julia otearon los alrededores y comprobaron que eran los únicos seres humanos de una zona fantasma. Daba la impresión de que hubiese ocurrido un ataque bacteriológico y se hubiesen convertido en los dueños exclusivos de una necrópolis. Nicolás de Damasco dejó escrito que la ciudad parecía completamente despoblada, como si la hubiese invadido un ejército enemigo; por eso Julia tenía la certeza absoluta de que, durante unas horas, las calles permanecerían desiertas y por lo tanto no habría ningún testigo de lo iban a realizar.

Era el momento de avanzar.

Julia agitó las riendas y se adentraron en el vacío que rodeaba al Teatro de Pompeyo.

—Estaba claro que intentarían algo, pero nunca imaginé que fueran tantos y que lo perpetrasen atentando contra la inviolabilidad del mismo Senado de

Roma.

—Sí. Tú tenías razón.

—No me alegro por ello, pero sí —Lucio hizo una pausa. Luego añadió—. ¿Y por qué no les mató sin más?

—Es complicado, Lucio. Hay mucho más en juego.

Ya habían llegado a las afueras del Teatro de Pompeyo. Detuvieron el carro a unos escasos cien metros y permanecieron observando el entorno con cautela.

—¿Luego a dónde iréis?

—Muy lejos.

—¿Volveré a veros? —ella le contempló con ternura—. No, pero estaremos bien. Desde luego nunca más intentarán matarle —para cambiar de conversación Julia añadió—. ¿Ves a alguien?

—No.

Permanecieron un minuto observando la zona para confirmar que el entorno estaba desierto, al cabo del cual Julia resolvió:

—Está bien, avancemos.

Llevaron el carro hasta las mismas escalinatas de la sala de reuniones del Senado. En cuanto detuvo a los caballos, Julia saltó del pescante, corrió hacia las escaleras y las subió de tres en tres. Sin embargo, al llegar al umbral, súbitamente, se detuvo. Se asomó cautelosamente para observar una pequeña parte de la sala y lo primero que le llamó la atención fue el blanco suelo de mármol completamente manchado de huellas rojas.

El corazón se le aceleró. Era demasiada sangre.

Le aterraba la idea de asomarse y confirmar sus peores temores. Lentamente siguió haciéndolo. Casi todas las pisadas rojas partían de un único punto, entonces vislumbró un gran charco de sangre, continuó asomándose y en medio de él observó a Julio sentado, apretándose el brazo. Julia sonrió y corrió hacia donde él se encontraba.

—Sí que habéis tardado —señaló serio.

Julia se sentó a su lado.

—¿Por qué no estás tumbado? ¿Y si no hubiésemos sido nosotros?

—¿Y quién más iba a ser? Esos hijos de puta hicieron su trabajo a conciencia. Llevo media hora visualizando sus repugnantes y despreciables caras. Te aseguro que si hubiese contado con mi espada ahora no estaríamos hablando, pero me habría quedado muchísimo más a gusto. Les mataría a todos con mis propias manos ahora mismo. Chusma de cobardes, despreciables,

infames, repulsivos, pútridos, ruines...

—Estás sangrando —interrumpió Julia al comprobar que aunque Julio presionaba con la mano derecha una extensa herida en el brazo izquierdo, tenía muchas otras en brazos y piernas que continuaban sangrando.

—¡Les odio! Debí destrozarles a todos cuando tuve oportunidad. ¿Cómo pude fiarme de ellos?

—Voy a por la bolsa, estás perdiendo mucha sangre, necesitas puntos. No te levantes.

—Voy a matarles a todos... —le oyó decir mientras se alejaba.

Cuando regresó con todo lo necesario, Lucio estaba sentado al lado de él con la toga manchada de sangre. Julio proseguía iracundo.

—No les tiraré desde la roca Tarpeya, no, eso sería demasiado rápido. ¡Quiero que sufran! Les estrangularé yo mismo para mirarles a la cara mientras muriesen... O mejor aún les encerraré en el *Tullianum* para que se pudriesen allí muriéndose de hambre lentamente y luego...

—¿Tienes alguna otra herida aparte de las que se ven?

Julio la contempló enfadado por la interrupción.

—¿Y te parecen pocas? Nunca me había llevado tantas de una sola vez.

«Está de un humor de perros, pero también es normal».

—No, no me parecen pocas, de hecho estás perdiendo mucha sangre. Comprobemos cuál es la peor. Lucio, presiona ésta de la pierna derecha y ésta otra de la izquierda. Julio déjame ver la del brazo izquierdo.

En la zona posterior del antebrazo, a cinco centímetros del codo tenía una incisión de aproximadamente siete centímetros de largo, no era muy profunda pero presentaba un sangrado pulsátil.

—Te han seccionado la arteria. Hemos de empezar por aquí.

Julia le roció la zona con una generosa ración de Clohexidina.

—Lo siento pero no podemos esperar. La ligadura de la arteria la realizaremos sin anestesia.

—¿Y cómo crees que me han hecho todo lo demás?

Julia fue consciente de la tontería que acababa de decir. Limpió la herida con unas gasas para identificar la boca de la arteria, atenzó con sendos mosquitos quirúrgicos cada uno de los extremos y los anudó con un hilo de seda.

—¿Duele?

—¡Pues claro! Pero hay cosas que me duelen mucho más.

—Voy a infiltrarte anestesia en el resto.

—Da igual, acabemos con esto de una vez.

—Está bien.

Julia cosió el músculo con una sutura reabsorbible; pero para la piel, en vez de utilizar la grapadora que había empleado en su herida del mulso, eligió una sutura de seda negra. Las grapas llamarían demasiado la atención y era lo último que necesitaban ese día.

—Sigamos con la de la pierna izquierda. Es muy profunda y también sangra mucho. Lucio, deja de presionar. Gracias, ya me encargo yo.

—¿Quiénes fueron Julio? —preguntó Lucio.

Él escupió cada nombre que decía.

—Marco Junio Bruto, Décimo Junio Bruto, Cayo Casio Longino, Cayo y Publio Servilio Casca, Lucio Minucio Basilo, Lucio Tilio Cimber, Quinto Ligario, Cecilio y su hermano Bucoliano, Servilio Sulpicio Galba, Marco Espurio, Poncio Aquila, Rubrio Ruga, Sexto Nafo, Cornelio Cinna, Estayo Marco, Casio Parmensis, Metelo Cíंबर, Cesenio Lento, Antistio Labeo, Décimo Turulio y el peor, que lo organizó todo aunque ni siquiera le vi, fue Cayo Trebonio.

—Muchos de ellos lucharon a tu lado en la guerra civil.

—A lo largo de mi vida he tenido incontables amigos y partidarios, y ahora podría contar con los dedos de una mano el número de personas que no me han traicionado.

—Unos hijos de puta. Aunque tú también pudiste mantener un poco las formas.

Julio le contempló indignado.

—No es un buen momento para que me sermonees. He tenido un mal día.

—Marco Antonio se mantuvo leal.

—Sí, no participó. Pero cuando intentaron incluirle, hace algunos meses, tampoco me avisó.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Tengo mi propio sistema de información.

—Al menos estás bien.

—Sí, estoy bien. Demasiado bien para lo que hubiesen querido.

—Nunca me lo imaginé de Marco Junio Bruto —comentó Lucio—, y la verdad es que de Décimo Junio Bruto y Cayo Trebonio tampoco. Pero, ¿por qué? ¿Por ambición? Si luchamos juntos en las Galias. Pensé que a mis años ya lo había visto todo y no soy nada crédulo, ya lo sabes, pero esto ha agotado mis últimas migajas de esperanza en la naturaleza humana. Creo que yo

también abandonaré Roma cuando todo esto pase. Tal vez me asiente en mi villa de Campania, me dedique a cultivar mis vides y a cuanta menos gente vea mejor.

Mientras tanto Julia cosía la herida de la pierna izquierda. Sangraba profusamente. Luego prosiguió con dos profundos cortes que presentaba en el brazo derecho y tras unos eternos minutos finalizó su tarea. En ese momento le extrañó que todo permaneciese tan silencioso. Levantó la vista y su mirada se cruzó con la de Lucio.

—Se ha dormido —informó este.

—¡No se ha dormido! —exclamó Julia alarmada—. ¡Está inconsciente!

—¡Julio! ¡Julio!

Le sujetó por los hombros mientras le zarandeaba. No respondía y su piel empezaba a adquirir el mismo tono del mármol que recubría la sala.

—¡Julio!

Torpemente movió el cuello y abrió los ojos.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Mírame, no te duermas —luego se dirigió hacia Lucio—. Ha perdido mucha sangre, tiene que beber. ¿Hay alguna fuente por aquí? Se me olvidó traer una copa.

—Estamos en el teatro de Pompeyo, sobran las copas. Ahora vuelvo —contestó Lucio.

—¡Mírame! —insistió ella dirigiéndose a Julio.

Su rostro, con una palidez alarmante, presentaba una expresión de agotamiento.

Julia le cogió la mano, la sintió tan fría como el mármol.

—No te duermas. ¿Me oyes? No te duermas.

En ese momento entró Lucio con un ánfora.

—Me pareció mejor.

—Por supuesto, muchas gracias.

Julia sujetó a Julio por la espalda mientras Lucio le hacía beber.

—Cuanto más bebas mejor —recomendó Julia—. Ya no sangras pero estás en sho... Muy débil. Necesitas beber.

—Vale... Respirar —dijo con voz débil.

—Claro, perdona —se disculpó Lucio—. ¿Seguimos?

Julio asintió. Se acabó bebiendo la mitad del ánfora.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Julia.

—Mareado.

—Te vestiremos aquí sin que te levantes —luego añadió dirigiéndose a Lucio—. No dejes que se duerma.

Julia corrió hasta el carro y volvió con la túnica y las sandalias.

—Vayamos a una zona seca.

Cada uno sujetó a Julio por un brazo y lo cargaron sobre sus respectivos cuellos. Le llevaron hasta un área limpia y le volvieron a depositar en el suelo.

—¿Te mareas sentado?

No contestó. Esbozó una mueca de desagrado.

Julia le quitó la toga partiendo del hombro izquierdo.

—Ahora la túnica.

—Ya me encargo yo —se ofreció Lucio.

Después de retirarla contempló el artilugio ceñido al pecho de Julio y exclamó.

—¡Por Júpiter Óptimo Máximo! ¿Qué es esto?

—No preguntes —zanjó Julia mientras con el puñal cortaba las tiras de lana liberando las bolsas de sangre del pecho y la espalda y desabrochaba las dos partes del chaleco.

—¿Qué tal sigues?

No contestó.

Mientras tanto Lucio le estaba colocando la túnica.

—Bebe un poco más —ofreció Julia, y Julio con cara de irritación bebió el resto del agua—. Deberíamos volver al carro, aún nos queda mucho por hacer allí.

Julia y Lucio pasaron cada uno un brazo de Julio por detrás de sus respectivos cuellos y así le llevaron hasta la zona del carruaje. Le depositaron en el suelo, recostado contra una columna. Julia se dirigió hacia el carromato y abrió completamente las cortinas. El cadáver de un hombre desnudo quedó al descubierto a la vista de los tres. Julia se introdujo en el carro, abrió la bolsa y sacó el puñal.

«Cuanto antes mejor», se dijo.

Levantó el puñal con las dos manos y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre la órbita izquierda del cadáver mientras clamaba:

«Cayo Casio Longino».

Una vez que el puñal estuvo clavado en la órbita, Julia lo hizo girar en ella y lo deslizó desgarrando la mejilla izquierda hasta el labio y seguidamente lo hizo penetrar en la boca.

Lucio la observó con la boca abierta.

La siguiente tenía que ser una innovación suya, pero el rostro debía resultar irreconocible. Repitió el mismo proceso con la órbita derecha.

—¿Quieres que lo haga yo, Julia? —se ofreció Lucio.

—Gracias, pero yo sé dónde deben ir todas.

—¿Cómo que donde deben ir?

Julia le sonrió pero no añadió nada más. En ese momento se acordó de algo y quedó paralizada de terror. Al cabo de unos instantes reaccionó y exclamó.

—¡Julio! —él no respondió—. ¡Julio! —repitió Julia cada vez más preocupada.

—¿Qué?

Julia respiró aliviada.

—¿Antistio ha visto tus cicatrices?

Julio asintió con cansancio. El corazón se le aceleró y sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor. Permaneció bloqueada durante unos eternos segundos hasta que, casi sin pretenderlo, contempló el puñal que asía en su mano.

Sonrió.

—Bueno, no pasa nada, yo también las he visto. Modifiquemos unas cuantas puñaladas —murmuró para sí misma y luego continuó—. La batalla de Mitilene —y mientras hablaba clavó el puñal en la zona superior del muslo izquierdo donde Julio tenía la cicatriz—, Sambre —y repitió el mismo proceso dejándolo caer sobre la zona izquierda del abdomen—, Alesia —lo clavó en la pantorrilla derecha—, Ruspina —el puñal penetró en la región inferior de su muslo derecho— y la batalla de Munda —finalizó Julia asestando la puñalada en la zona superior del hombro derecho. Llevamos siete, nos faltan dieciséis, continuemos con dieciséis de las de esos cabrones —y Julia prosiguió hundiendo el puñal con todas sus fuerzas—. Poncio Aquila.

»Lucio Minucio Basilo.

»Servilio Sulpicio Galba.

»Lucio Tilio Cimber.

»Quinto Ligario.

»Sexto Nafó.

»Cecilio.

»Bucoliano.

»Y Marco Junio Bruto —después de estas últimas nueve puñaladas le urgió a Lucio—. Necesito tu ayuda para darle la vuelta. Tengo que continuar por la espalda.

—Por supuesto —contestó él.

Después de hacerlo, Julia prosiguió con su macabra tarea.

—Décimo Junio Bruto —exclamó Julia colérica clavando con todas sus fuerzas el puñal a la altura del corazón.

Entonces se oyó una voz:

—¿Era eso lo que me esperaba hoy si no nos hubiésemos conocido? —se quedó inmóvil unos instantes con sus manos asiendo el puñal que aún permanecía clavado en el corazón del cadáver y le observó con expresión grave. Luego con los ojos fijos en los suyos lentamente asintió. Julio esbozó una media sonrisa. Al cabo de unos segundos añadió—. Paris se equivocó.

Ella le devolvió la sonrisa y prosiguió.

—Marco Espurio.

»Cornelio Cinna.

»Rubrio Ruga.

»Antistio Labeo.

»Publio Servilio Casca.

»Y Cayo Servilio Casca.

Cuando terminó, Lucio le ayudó a vestir al cadáver con la ropa de Julio y lo cubrieron con una manta. Luego Julia se agachó al lado de Julio.

—¿Qué tal sigues?

—¡Dejad de preguntarme!

—De acuerdo.

Julio dejó caer la cabeza sobre su pecho. Ya no podía escuchar nada de lo que ella decía.

—Lucio, ayúdame a subirle al carro.

—Por supuesto, pero, ¿de qué diablos estáis hablando? ¿Dónde os conocisteis?

—Necesitaría más de un mes para poder explicártelo.

Lucio y Julia subieron a Julio al carronato y le recostaron en él. Su aspecto era el de un cadáver. Ella le observó con preocupación y apremió a Lucio.

—No hay tiempo que perder, pongámonos en marcha.

—Sí, vayamos a casa.

Se sentaron en el pescante, Julia tomó las riendas y se dispuso a guiar a los



caballos en dirección al lugar que se convertiría en el centro del Universo para Roma en ese día: el bajo foro.

La zona del campo de Marte se encontraba desierta, pero al atravesar las murallas Servilias y acceder a la explanada del foro, los pocos romanos que se hallaban en ella estaban mirando en dirección a la Rostra. Julia comprobó con odio como Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, con sus puñales aún ensangrentados en las manos y llevando los gorros de la libertad, estaban dando un discurso a los exiguos asistentes que se encontraban en la explanada.

—¡Roma se ha librado de un tirano! ¡Volvemos a disfrutar de la libertad! A partir de la gloriosa jornada de hoy cualquiera de los miembros del Senado podrá optar a los cargos que considere libremente...

Julia escuchó como alguien comentaba al hombre que tenía a su lado.

—¿Así que ahora las mismas familias de siempre podrán optar a los puestos que llevan repartiéndose desde hace setecientos años? ¿Qué libertad supone eso para nosotros?

El hombre al que se dirigía le contestó:

—Al menos César distribuyó entre los más pobres de Roma cien denarios en trigo y aceite. Lo único que sé de este Bruto es que sus intereses abusivos han llevado a cientos de familias a la ruina.

Bruto proseguía con su discurso:

—Y en nombre de la libertad hemos llevado a cabo esta magna tarea...

Julia sintió repugnancia mientras los asistentes observaban a Bruto, los menos con indiferencia y el resto con odio.

Abandonaron el foro torciendo hacia la derecha en dirección al Palatino y avanzaron por el *Clivus Victoriae*. Este se encontraba desierto. Resultaba un hecho insólito.

Así, sin más impedimento, llegaron hasta la *domus* de Lucio.

—¡Abrid la puerta! —gritó Lucio.

Inmediatamente ésta se abrió.

—¡Abridnos paso!

Los tres esclavos, que se encontraban en el peristilo, se apartaron y Julia introdujo el carro en la *domus*.

—Cerrad la puerta e idos todos a vuestras habitaciones. Ha ocurrido un hecho de la máxima gravedad y deseo estar sólo.

El peristilo quedó desierto.

Julia y Lucio ayudaron a Julio a descender del carro, le llevaron al dormitorio de Lucio y le acomodaron en la litera de mano. Julia se cambió

nuevamente de ropa y cubrió su cabeza con un velo. Luego permaneció en silencio unos instantes con cara de preocupación mientras observaba a Lucio.

—No te inquietes Julia, le llevaré hasta la *Domus Pública* sano y salvo.

Julia asintió, se introdujo en la litera de mano y cerró las cortinillas. Contempló a Julio, que se encontraba inconsciente y le acarició. Entonces escuchó la voz de Lucio.

—Mi primo, Cayo Julio César ha sido asesinado. Vosotros dos cambiadle de ese carronato a una carreta descubierta. Cubridle con una manta, pero dejad que el brazo derecho sobresalga de ella. No le ocultemos al pueblo de Roma lo que ha ocurrido. Luego guiadle hasta la *Domus Pública*. Por otro lado mi hija se encuentra muy afectada y no debe ver a nadie. Vosotros llevad la litera de mano, donde irá ella, directamente a su habitación de la *Domus Pública*. ¿Entendido?

—Sí, *domine*.

Julia escuchó el relincho de los caballos y pocos segundos después sintió como su litera se elevaba y ponía en movimiento. Observó a Julio con preocupación, pero no podía hablar, supuestamente estaba sola.

Le tomó el pulso. Era muy débil.

Cuando llevaban unos minutos en movimiento escuchó comentarios provenientes de voces que no conocía. Dedujo que se aproximaban a la *Domus Pública*.

—¿Es el cadáver de César?

—Debe ser él.

Percibió como la gente se aproximaba hacia donde circulaba la comitiva, entonces se detuvieron. Se hizo un silencio estremecedor que fue roto por la nítida voz de orador de Lucio proclamando:

—Cayo Julio César ha sido asesinado. Retiraos a vuestras casas. Vamos a honrar el cadáver.

Julia sintió como la aglomeración no sólo no se dispersaba, sino que el gentío continuaba aumentando.

«Rápido, Lucio, rápido», pensó Julia. Entonces volvió a oír la voz de Lucio. Dedujo que esta vez estaba dirigida hacia el interior de la *Domus Pública*.

—Cayo Julio César ha sido asesinado. En nombre de mi hija me hago cargo de la casa. Salid unos cuantos y portad su cadáver hasta el templo — luego añadió—. Vosotros llevad a mi hija directamente a su dormitorio y que nadie nos moleste.

Julia volvió a sentir que la litera se ponía en movimiento. Luego percibió como la depositaban sobre una superficie blanda y escuchó la voz de Lucio ordenando:

—¡Dejadnos solos! ¡Y que no entre absolutamente nadie!

Al oír la puerta cerrarse Julia abrió las cortinillas y salió de la litera.

—Rápido, ayúdame a tumbarle sobre la cama.

Entre los dos recostaron a Julio sobre ella y observaron su rostro con preocupación. Julia se subió a la cama situándose a su lado.

—¿Qué tal estás?

—Dejad de hablarme —murmuró con desgana.

Julia asintió y se dispuso a alejarse de la cama.

—Espera —añadió él.

—¿Sí?

—El olivo. Mira bajo el olivo.

—¿Qué olivo?

—Tu olivo.

—¿Qué quieres decir?

Julio volvió a quedar inconsciente. En ese momento Lucio solicitó.

—Ayúdame a colocar la litera en el suelo.

Tras hacerlo, Julia comenzó a representar su papel. Se aproximó a la puerta y para que se escuchara desde todos los rincones de la *Domus* Pública, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Nooooooooo! —luego se dirigió hacia Lucio y solicitó—. Pide que nos traigan agua.

Él salió, cerrando la puerta tras de sí.

Julia escuchó dos palmadas. Nadie acudió. En la casa no se oía ni el más leve murmullo. Lucio gritó impaciente:

—¡Que venga alguien!

Percibió como unas rápidas pisadas de mujer se dirigían desde la zona del templo hacia el dormitorio.

—Trae agua para mi hija.

—Sí, *dómine*.

Julia volvió a la cama al lado de Julio.

—Toma un poco de miel —susurró mientras le untaba los labios con ella.

Al cabo de un par de minutos entró Lucio con un ánfora y una copa. Julia sujetó a Julio por la cabeza y le hicieron beber un poco más. Luego le recostaron y Julia enrolló la manta bajo los pies de él.

—Interesa que toda la sangre le vaya a la cabeza —comentó a Lucio, y prosiguió untándole los labios con miel y rezando para que las horas transcurriesen sin ninguna otra salvedad.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Julia! ¡Julia! —era Quinctilia. Julia no contestó—. No pienso irme de aquí. Abre la puerta.

Julia suspiró.

—Ahora necesito estar sola.

—No tienes por qué. ¡Déjame ayudarte! ¡Déjame entrar!

—Luego, ahora tengo que hacerme a la idea.

—Estarás mejor acompañada.

—Ahora no, es demasiado pronto. Por favor, déjame llorar tranquila —gritó Julia.

—Estaré en el velatorio para cuando me necesites.

—Gracias.

—Lo siento mucho.

—Lo sé Quinctilia, gracias por todo.

—Lo que necesites.

Quinctilia se fue y Julia suspiró aliviada. Su principal prioridad era ocuparse de Julio y alejar a todo el mundo de esa habitación hasta que pasasen las once de la noche.

Comenzaba a oscurecer, sin embargo, en las calles se vislumbraba claridad. Un sinnúmero de antorchas se agolpaban en las avenidas circundantes a la *Domus Pública*, aunque la multitud permanecía silenciosa en señal de duelo. Entre esa masa humana no se identificaban senadores, pero sí infinidad de personas de cualquier otra condición. Algunos de los hombres iban engalanados con sus uniformes de legionarios y permanecían en grupos independientes de los demás. Eran antiguos soldados de las campañas de Julio.

Julia se emocionó. Corrió al baúl a por su cámara de fotos y así pudo immortalizar una escena que sólo había conocido por su descripción en los libros de historia. Sin embargo, ningún senador tuvo la valentía de acudir a la *Domus Pública* esa tarde.

—Julia, deberías acudir a la *cella* para asistir al velatorio —sugirió Lucio.

—¿Crees que es prudente? Me he cortado el pelo. Además no sabría actuar bien.

—Sería muy extraño que no fueses a verle. La gente de la casa comenzaría a murmurar y vendría hacia aquí para comprobar cómo estás, al igual que ha hecho Quinctilia. Si quieres alejarles de esta habitación debes ir.

Julia asintió.

—Está bien.

Se acercó a donde estaba Julio, le acarició la frente y preguntó:

—¿Qué tal estás?

—Deja de preguntármelo.

—Ahora vuelvo.

Julia tomó un velo y se cubrió la cabeza con él. Lucio y ella salieron cerrando la puerta tras de sí. La casa parecía abandonada excepto la *cella*, donde dos meses antes habían velado a Cornelia.

Julia se apoyó en el brazo de Lucio e imaginó que ese día nada había cambiado y todo se había desarrollado como el destino tenía dispuesto, sin futuro y sin esperanza. Entonces, sin pretenderlo, dos lágrimas asomaron a sus ojos. Con pasos lentos se acercaron a la tétrica estancia iluminada por la mortecina luz de las velas. Todos se apartaron al verles. En el centro de la *cella* se encontraba el cadáver, vestido con una toga limpia y con el rostro cubierto con una máscara de cera idéntica a la cara de Julio. Julia se acercó a él, le observó durante unos instantes y luego con cara de sufrimiento se aferró a sus hombros y dio un beso a la máscara. «Adiós Cayo Julio César», pensó.

Se dirigió de vuelta hacia Lucio mientras todos la observaban en silencio.

Sus ojos se encontraron con los de Quinctilia que la contempló con aflicción, Julia le sostuvo la mirada unos instantes con expresión de dolor, luego bajó la cabeza y prosiguió hasta donde se encontraba Lucio, se apoyó en él y suplicó para que todos lo escucharan.

—No puedo soportarlo. Necesito estar sola. Por favor, llévame al cuarto.

Y así, lentamente, los dos volvieron al dormitorio. Nada más cerrar la puerta Julia corrió hacia la cama.

—¿Qué tal sigues?

—Deja de preguntar —repitió con voz débil.

Julia sonrió.

Entonces tomó una púa y una tablilla de cera y comenzó a escribir:

*Querida Quinctilia:*

*Mi padre teme por mi seguridad. Después del asesinato de Julio, y de que me intentasen matar hace un par de meses, considera que mi vida corre peligro. Me va a enviar con unos amigos a Hispania, y desea que parta esta misma noche sin que nadie*

*lo sepa para correr el menor riesgo posible. Luego me enviará mi equipaje. No sé cuándo volveremos a vernos. Amicitiae nostrae memoriam spero sempiternam fore*<sup>146</sup>.  
*Siempre recordaré el tiempo que hemos pasado juntas porque tú has sido...*

Cuando concluyó se la entregó a Lucio.

—Dásela mañana a Quinctilia. En cuanto tengas noticia de que un barco se ha hundido de camino a Hispania, declara que yo viajaba en él. Así los dos estaremos muertos.

—¿Y dónde estaréis realmente?

Julia contestó con otra pregunta.

—¿Qué hora es?

—Debemos estar al final de la *secunda vigilia*<sup>147</sup>.

—Perfecto, ya queda poco.

—No me has contestado.

Ella le sonrió.

—Estaremos bien, de verdad.

—¿En Hispania? ¿En las Galias? ¿En África?

—Viajaremos por todo el mundo.

—¿Sin escolta?

—Nadie sabrá quiénes somos.

—¿Volveréis a Roma?

—Por supuesto que sí, pero eso será dentro de mucho tiempo, ahora tenemos que irnos. Por favor ordena a todo el mundo que se encierren en sus habitaciones en señal de duelo, con la excusa de que quieres velar a tu yerno a solas. Cuando hayas comprobado que nadie circula por la casa, vuelve aquí.

Lucio la contempló de forma indescifrable.

—¿Quién eres Julia? —ella sonrió—. Nunca lo sabré, ¿no?

—Soy la persona que has conocido. Muchísimas gracias por todo.

Le abrazó durante unos eternos segundos. Se miraron sonriendo y luego él salió. Al cabo de cinco minutos retornó al dormitorio.

—Todos se han retirado.

—Gracias, cuídale un momento.

Julia se dirigió hacia su baúl y cogió las tres pesadas bolsas. Seguidamente se asomó con cautela al umbral y al confirmar que nadie se encontraba en los pasillos se encaminó hacia el cuarto. Abrió la puerta con sigilo y contempló con una sonrisa el puente de Einstein-Rosen. Sin perder ni un segundo arrojó las bolsas a él, cerró con llave y volvió al dormitorio.

Cuando llegó a este, Lucio sujetaba la espalda de Julio para ayudarlo a sentarse.

—Julio. ¿Estás bien? ¿Es esto lo que quieres? —preguntó Lucio.

Julio tenía la cabeza caída sobre su pecho. No contestó.

—¡Julio! —insistió Lucio.

—Lo siento pero se nos acaba el tiempo, cuanto antes salgamos de aquí mejor.

Lucio ayudó a Julio a levantarse y Julia dejó que apoyase el peso de su cuerpo sobre sus hombros. Lucio se dispuso a salir por la puerta con ellos pero Julia sentenció:

—Lo siento Lucio, pero es vital que permanezcas aquí.

—¿Que yo me quede aquí? Necesitáis mi ayuda. ¿A dónde vais a llegar así?

—No muy lejos. Está todo organizado.

—Voy con vosotros.

—Si sales de aquí lo pondrás todo en peligro. Por favor, quédate.

—¡Ya estoy harto de tantos secretos!

—¡Mira como está! No hay tiempo de discutir. Para salvarle haz lo que te digo. Él no te dio más detalles por un buen motivo. ¡Confía en él! ¡Déjanos ir!

Lucio levantó las manos impotente mientras ellos salían por la puerta. En el umbral Julia se volvió hacia él.

—Muchas gracias por todo Lucio —le sonrió con cariño—. Te echaré mucho de menos.

Lucio les contempló desde el centro del dormitorio con tristeza. Julia cerró la puerta sintiéndose culpable por un adiós tan brusco, pero inmediatamente se centró en un único objetivo: llevar a Julio hasta la habitación para poder salvarle, igual que él había hecho por ella tres meses antes.

## EL ÚLTIMO VIAJE Y ALCESTE

Extracto del informe *Los Idus de Marzo*. Versión exclusiva para el Dr. Maurizio Castell: «En la guerra los acontecimientos importantes son el resultado de causas aparentemente triviales». Cayo Julio César.

\*

Cuando llegaron al extremo sur del atrio Julia le dejó recostado contra la pared del pequeño cuarto para buscar su llave. Tras abrir la puerta avanzó unos pocos pasos, contempló cómo la masa coloidal giraba sobre sí misma y quedó hipnotizada por su suave movimiento y el color gris plateado que ésta siempre presentaba al girar. Se acercó aún más hacia ella. Al cabo de unos instantes se volvió en dirección a Julio y le vio respirando trabajosamente mientras, desde la puerta, la observaba con una expresión indescriptible.

Tal vez fuese por la excitación del viaje, pero le encontró más consciente de lo que le había visto en las últimas horas. Él continuó mirándola en silencio y al cabo de unos segundos murmuró con un hilo de voz:

—¡No quiero irme! ¡Quiero vengarme! No deseo que lo hagan otros, quiero encargarme yo. No dejaré que se salgan con la suya —exclamó desfallecido mientras trabajosamente se ponía en pie por sus propios medios.

—¡Tu destino era morir hoy! —contestó Julia con la voz rota—. Puede que aún lo sea, mira en qué estado estás. Aquí sólo queda muerte y perder aquello por lo que has luchado toda tu vida. Esto ya lo habíamos hablado.

—¡Tú no viste sus caras mientras me estaban apuñalando! ¡Yo sí! El tiempo del perdón ya pasó y esta vez seré implacable —sentenció respirando trabajosamente mientras se apoyaba contra la pared y su lívido rostro adquiría una expresión de rencor.

—¡Olvídate del odio! ¡Es el momento de Octavio! Ellos morirán pronto de todas formas. Si no vienes, el futuro será otro y no se te recordará como se hace ahora.

—¡Quiero matarles yo!

—¡Este es tu plan! No sé qué más tienes organizado, pero estabas de acuerdo. Ya lo decidiste —se le quebró la voz—. Además, mucho de lo que viviste se perdió para la posteridad, queda mucho por recuperar, queda mucho por hacer. ¡Podemos hacerlo juntos! Por otro lado, necesitas ayuda, has perdido mucha sangre, probablemente aquí no sobrevivieses mucho tiempo. Aun así, eso cambiaría el futuro y moriríamos los dos —él la observaba desde la puerta sin moverse y Julia sintió como si el agujero de gusano la atrajera y alejara de él. Julia lo miró con el rabillo del ojo con preocupación y continuó



hablando—. Lo único que puedes tener ahora es el regalo de una segunda vida. Aquí no tardarás mucho en morir. ¡Déjame salvarte! —exclamó ella desesperada.

Se intentó acercar hacia él para traerle al portal, pero una fuerza invisible la detuvo. Empezó a sentir que su cuerpo no le respondía.

Algo estaba cambiando.

—Por favor ven. Es la única opción. Si no vienes, tú morirás pronto y, aun así, el niño y yo nunca llegaremos a existir.

Seguidamente dejó de sentir el suelo bajo sus pies, el roce de la ropa, el frío en su piel, el ritmo acelerado de su corazón e incluso el miedo y el amor que sentía. Todas las sensaciones de su ser se atenuaban para ser reemplazadas por un único ente: el vacío. ¿Así se dejaba de existir? Mientras tanto él continuaba sin moverse.

—Yo he salvado tu vida. ¡Salva tú ahora la nuestra! ¡Sólo tú puedes hacerlo! —gritó Julia con su último aliento.

Se vio atraída hacia el agujero de gusano y todo se oscureció a su alrededor. Ella se oyó murmurar «Ven con nosotros...», y sintió que entraba en un profundo sueño, flotando en medio de la nada.

Se acordó de Alceste y entonces sorprendentemente recuperó una única sensación. Notó como le asían por el brazo.

\*

Lo primero que vio tras caer en el laboratorio del Langley fue el cuerpo inconsciente de Julio tendido a su lado. Luego oyó la voz de Castell bramando:

—¿Pero qué diablos?

Ella acudió gateando hasta donde se encontraba Julio. Llevó la mano a su cuello y respiró aliviada al sentir su pulso. Inmediatamente después se puso de pie.

—¡Necesita ayuda!

—¿Es quien yo creo que es?

—Cayo Julio César murió el quince de marzo del año 44 antes de Cristo. Él es sólo un hombre.

—¿Estás loca?

—Quien salva a un hombre salva a la humanidad. La historia no ha cambiado, el futuro tampoco, yo he vuelto aquí. He cumplido todo lo que te prometí y tendrás el informe más asombroso que nadie pueda nunca imaginar. ¡Ayúdale!

—Mándale de vuelta.

Julia rio de forma histérica.

—¿A dónde quieres que le mande? ¿Antes de su asesinato para que haya dos Julios César paseándose por Roma? ¿O después para que la historia cambie? El único lugar donde ahora te interesa tenerle tanto como a mí es aquí.

—¿No está muerto?

—No, pero necesita que le atienda un médico ya.

Castell observaba el cuerpo tendido sobre el suelo con un inusitado interés.

—¿Es realmente él?

—Sí, pero la historia no ha cambiado. ¡Ayúdale!

—Si él muriese aquí...

—Entonces tendrías que matarme a mí también, porque te aseguro que como hagas eso, pienso dar todos los detalles de tu juguete y de esta operación hasta al último de los periodistas de este puñetero país.

Tras considerarlo durante unos segundos Castell dirigió su vista hacia los demás y comprobó que le observaban con aprensión. Luego su mirada se cruzó con la de Blane que, con expresión dura, realizó un casi imperceptible movimiento de negación con la cabeza. Volvió a dirigirse a Julia.

—Si se salva. ¿Qué será de él?

—Yo me encargaré. Solo necesitaré un mínimo de ayuda por parte de la CIA y nunca nadie sabrá nada. ¡No perdonaré que le dejes morir! —finalizó Julia mientras le miraba desafiante.

Castell permaneció unos eternos instantes observándole. Luego, haciendo un gesto con la cabeza, ordenó a Blane:

—Que le lleven al hospital.

Y Julia respiró aliviada.

Una hora después Julia se encontraba en la habitación del hospital cogiéndole la mano mientras él estaba en la cama inconsciente con una palidez cadavérica. Al tiempo, un médico vestido con un traje de aislamiento comenzaba a administrarle una transfusión. En ese momento entró Castell ataviado con un traje similar. Julia inmediatamente se puso de pie.

—Lo siento señor. No se me ocurrió otra opción... Muchas gracias —se disculpó Julia.

Maurizio sonrió levemente.

—¡Como si no se te hubiese ocurrido nada! Explícame cómo pudiste salvarle la vida sin que el futuro cambiase.

—Ya lo comprenderá cuando lea el informe.

—Haz dos versiones. Una para el comité ateniéndote a las partes que resulten más convencionales y otra real para mí —comentó mientras le miraba fijamente—. Tienes mucha suerte de que me fascine tanto la historia.

Castell le siguió observando en silencio durante unos minutos.

—Supongo que necesitará una nueva identidad.

—En algo así había pensado —comentó Julia—. ¿Algún problema para la CIA?

—En absoluto —respondió Castell mientras continuaba con la vista clavada en él.

En el quicio de la puerta con otro traje similar se encontraba Blane observándola. Cuando ella se percató de su presencia se le quedó mirando y él comentó:

—Veo que tú sí encontraste tu solución intermedia.

Ella le sonrió.

—¡Muchísimas gracias! —exclamó Julia desde el fondo de su corazón.

Blane asintió.

Ella volvió a mirar a Julio.

En ese momento se escuchó un pitido.

—¡La anemia le está provocando un infarto! ¡Que venga alguien a ayudarme! —gritó el médico mientras cargaba una sustancia transparente en una jeringa. A los pocos segundos añadió—. ¡Está en parada! ¡Necesito a alguien ya!

Mientras tanto tomó las palas del desfibrilador y lo encendió.

—¡Necesito ayuda! —volvió a gritar el médico, mientras colocaba las palas sobre su pecho y soltaba una descarga.

Julia observó incrédula como el cuerpo de él se arqueaba.

—¡Salgan todos de aquí! —les ordenó mientras sintonizaba la máquina a una potencia mayor.

Sintió, como en un sueño, que Blane le cogía por los hombros y se la llevaba fuera de la habitación, mientras que otras dos personas con traje de aislamiento entraban en el cuarto.

—Cargad adrenalina —oyó que apremiaban.

Durante esos eternos minutos la mente de Julia sólo era capaz de repetir una única palabra.

«No, no, no, no, no».

*Italia. Ribera del lago Brachiano. Cinco meses después.*

Lo que Julio había organizado nunca fue necesario para ella, aunque sí para él. Retirar algo semejante del pasado pudo cambiar el futuro si alguien hubiese conocido de su existencia, pero no era el caso.

De vuelta a Italia, mientras contemplaba su olivo de dos mil quinientos años, fue consciente de que durante toda su vida, desde que jugaba a su sombra cuando era niña, el secreto de Julio siempre estuvo oculto ahí.

Julia rememoró el momento en que él le comentó que mirase bajo su olivo y esbozó un amago de sonrisa. Se sentó sobre una piedra. Dada su situación no podía ayudar.

Él tuvo que excavar algo más de tres metros hasta que al final dieron con la caja. Cuando la abrieron el resplandor les cegó. ¿Cuánto debía haber ahí?

—Mira ese recipiente de piel endurecida que está encima de todo. Me da la impresión de que es para ti.

Julia le contempló extrañada y él encogió los hombros. Seguidamente tomó el pequeño cilindro, de su interior extrajo un papiro y comenzó a leerlo en voz alta.

*Es mi última voluntad y testamento que el contenido de este recipiente de mi propiedad, consistente en doscientos cuarenta y tres talentos de oro<sup>148</sup>, sea legado a mi muerte al propietario de los terrenos en donde este se descubra en el momento en que dicho suceso se produzca, y que esta voluntad se respete con igual deferencia que el resto de mis disposiciones testamentarias.*

*Adicionalmente, según las leyes del Derecho Romano a las que el presente documento queda sujeto, yo, como Jefe del Estado decreto, de consili sententia, que quede exento de cualquier tipo de carga impositiva que se considerarse aplicable.*

*Para que así conste.*

*Roma, 11 de marzo 709 ab urbe condita<sup>149</sup>*

*CAYO JULIO CÉSAR. Pontífice Máximo*

*Testigo: Quinctilia. Vestal Máxima.*

*Testigo: Aemilia. Vestal*

Permaneció con la vista inmóvil sobre el documento durante un par de minutos, recordando con melancolía el pasado y a tantos amigos desaparecidos, hasta que oyó la voz de él comentando:

—Me da la impresión de que será avalado por cualquier prueba de Carbono 14. Y si por algún extraño motivo te pidiesen el certificado de defunción tengo entendido que existe una autopsia.

—Esto no era necesario —murmuró Julia para sí misma mientras sacudía la cabeza.

—Tal vez para alguien como tú no, pero sí que lo era. El razonamiento resulta obvio, una persona no puede erigirse en su propio heredero.

—Se puso en riesgo el futuro. Este oro, hace dos mil años, estaba enterrado en otro lugar. Si el destino de alguien del pasado era encontrarlo en su ubicación original, el cambio habría alterado su futuro.

—Aparentemente no fue así.

—De todas formas esto no es mío. Se trata de un hallazgo arqueológico, es propiedad del Estado.

—Te equivocas. Por lo que conozco sobre leyes este documento judicialmente lo convierte en una herencia. A estas alturas resultaría demasiado complicado legalmente impugnar todas las disposiciones testamentarias de Cayo Julio César. ¿No crees? —dijo mirándola fijamente.

## LA FAMILIA

### *Roma, en algún momento del tiempo*

Julia permaneció un cuarto de hora dentro. Aunque el Templo del divino Julio fuese una gran mentira, siempre que acudía con su familia al foro tenía la necesidad de dedicar unos momentos a ese lugar para recordar el pasado, las decisiones que tomaron y todo lo que arriesgaron por el presente que ahora le rodeaba. Luego salió del pequeño recinto en ruinas. El sol de julio romano le dio de lleno en la cara y la cegó por un momento. Entonces se llevó la mano al lóbulo de la oreja y comprobó alarmada que había extraviado uno de sus pendientes.

«No, por favor, no puedo perderlo».

Volvió sobre sus pasos examinando el suelo. Este era muy accidentado y estaba lleno de arena y cantos de diversos tamaños. Al final lo encontró, no estaba muy lejos, el pequeño pendiente con una perla colgando reposaba en la oquedad existente entre dos de las grandes piedras de color negro que constituían la calzada del foro. Lo recuperó con alivio, sopló para quitarle la arena y se lo volvió a colocar. En cuanto pudiera lo llevaría a un joyero para que lo revisase, dos mil años resultaban demasiado para cualquier cierre.

Miró a su alrededor. Pensó en Edward Gibbons y en su obra sobre la decadencia y caída del imperio romano y, al igual que él cuando visitó el foro el día 15 de octubre del año 1764, se preguntó cómo una civilización tan grande y trascendente había acabado en ruinas. Cerró los ojos y respiró hondo intentando abstraerse al pasado para recordarlo tal y como ella lo había vivido. Una sonrisa afloró en su cara. Volvió a abrir los ojos, contempló a las personas que paseaban en torno a ella, ajenas a todos los detalles que esas ruinas sólo dejaban intuir, y lamentó no poder transmitirles la magia de lo que ella había experimentado. Quería revelarles mil historias trascendentes e inspiradoras sobre ideales, conocimiento, superación, democracia, política, desigualdades, pasiones, traiciones y muerte, que aunque no lo supieran resultaban tan reales como la propia existencia que podía llevar cada uno de ellos y que en cierta manera habían configurado sus vidas mucho más de lo que pudiesen sospechar. Nunca llegarían a entenderse del todo a sí mismos sin conocer de donde provenían.

Sintió una cierta melancolía, aunque le confortaba el hecho de saber que, a pesar del aparente desconocimiento, su legado no se había perdido y sus mejores valores e ideales seguían formando parte de cada pequeño detalle de

la civilización, la cultura y la vida cotidiana que tenían en el futuro, y aun más en el caso de ella.

En ese momento les divisó a lo lejos y volvió al presente. Él y los niños se dirigían hacia donde se encontraba ella. Los pequeños recorrieron el tramo corriendo mientras él se aproximaba andando.

Cayo y Lucio se colgaron de su cuello mientras los tres reían. Luego ella levantó la vista y se le quedó mirando.

Era trece de julio. Luego irían a celebrar su cumpleaños.

Sus miradas se encontraron.

Mientras tanto Julio se acercaba.

## NOTA DE LA AUTORA

Todos los personajes de la antigüedad descritos son auténticos, excepto los esclavos, Aristófanes, supuesto pedagogo de Cornelia, y las seis vestales. Sabemos que habría seis vírgenes vestales residiendo en la casa de las vestales, el ala de la *Domus Pública* que les correspondía, con Cayo Julio César por ser el Pontífice Máximo en la época en que fue asesinado. Sin embargo, no han trascendido sus identidades. El nombre de Quinctilia es con el que Collen McCullough designa a la Vestal Máxima de la época y se ha conservado el mismo nombre en homenaje a ella y a sus inspiradores libros sobre *El primer hombre de Roma*. Los nombres de las personas que acuden a la cena en la villa de Filipo en la bahía de Nápoles se han tomado de grafitos de las paredes de Pompeya.

Aunque la *Domus Pública* y la casa de las vestales, o *Atrium Vestae*, a partir de la época de Augusto se fusionaron en un único edificio, lo más probable es que en la época de Julio César únicamente compartiesen algunas zonas como el templo, la *cella*. Sin embargo, tanto el Pontífice Máximo como su esposa tenían acceso libre al *Atrium Vestae*. En la obra se describe que en esa época también compartían la zona del peristilo, lo que probablemente no ocurriría hasta unos lustros después, por motivos argumentales.

Los restos del *Atrium Vestae*, del templo de Vesta y de la *Domus Pública* pueden visitarse hoy en día en el foro romano.

Los hechos que se les atribuyen a los personajes también son auténticos, por ejemplo, se conoce que Porcia se apuñaló en el muslo para convencer a su marido Marco Junio Bruto de que podía soportar la tortura y nunca revelaría información sobre la conspiración para asesinar a Cayo Julio César, Marco Terencio Varrón estuvo a cargo de la selección de los volúmenes para las bibliotecas que Julio César proyectó construir en Roma, Rufio fue el oficial que César designó para gobernar en la práctica Egipto y Antistio era el médico personal de Cayo Julio César, y el que le practicó la autopsia a su cadáver.

La composición *El mar* se ha elaborado específicamente para esta novela. No se tiene información de que Cayo Julio César compusiese ninguna obra con ese título. El resto de libros que se le atribuyen en la novela sí que existieron según las fuentes antiguas, aunque sólo se hayan conservado dos de ellos.

No se tiene constancia de que Cayo Julio César tuviese reservados siete mil ochocientos cincuenta quilos de oro (doscientos cuarenta y tres talentos) adicionales para la campaña contra Partia. Sin embargo, tampoco resulta inimaginable considerar, como parte de la planificación de una contienda, que



contase con fondos adicionales para el caso de alguna eventualidad, sobre todo si estamos refiriéndonos a un general tan experimentado y calculador como él. Como referencia de las cantidades que se solían manejar en la época para sufragar una contienda, conocemos que en los inicios de la guerra civil contra Pompeyo, César se apoderó, para financiar parcialmente sus legiones, de quince mil quilos de oro (cuatrocientos sesenta y cuatro talentos), treinta mil kilos de plata (novecientos veintinueve talentos) y treinta millones de sestercios. Como nota adicional es interesante señalar que el 28 de abril del año 2016 se encontraron enterradas, cerca de Híspalis (la actual Sevilla en España), diecinueve ánforas (una ánfora equivalía a un talento y un talento romano a 32,3 kilogramos) repletas de monedas romanas de nuevo cuño con un valor incalculable. Las monedas presentaban las efigies de los emperadores Maximiano y Constantino y se han datado del siglo III después de Cristo. Por tratarse de monedas de nuevo cuño, la opción que barajan los expertos es que estaban destinadas a la financiación parcial de alguna campaña militar.

En la época de finales de la República romana los términos «dictador» y «emperador» tenían acepciones muy diferentes de las de hoy en día. «Dictador» no era un término peyorativo; en casos de extremo peligro para la República en vez de repartir el poder entre dos cónsules, lo que resultaba inoperativo, se designaba un magistrado único con poder supremo para que actuase tomando las medidas necesarias de forma veloz, para salvar a la República. En principio, el periodo de duración del cargo era de seis meses prorrogables, aunque alguno, como Sila, lo extendió, hasta que renunció voluntariamente a la dictadura para retirarse a su villa lejos de Roma. El término «*imperator*» se refería a aquel que tenía la autoridad máxima, casi siempre concedida por el Senado, sobre algún asunto. El gobernador tenía *imperium* sobre su provincia y el general sobre el ejército. El término al que más se podría asemejar hoy en día sería «autoridad».

En la antigua Roma los dormitorios consistían en cubículos sin ventanas abiertas al exterior. Se decidió describir el dormitorio de Julia y el que compartieron ambos en la bahía de Nápoles intencionadamente con dicha inexactitud histórica por motivos argumentales.

Algunas citas en latín que comentan los protagonistas son posteriores al siglo I antes de Cristo. Se ha mantenido dicho anacronismo porque resultaban apropiadas a la situación en que se encontraban y no se consideraba que perjudicasen al carácter latino de la obra.

Aunque a Cayo Julio César en los actos oficiales se le conocía como

César, su familia y esposa le habrían llamado, a efectos más personales, por su *prenomem* Cayo. Dado que Cayo era un nombre muy común para la época, se ha optado por no emplearlo para no generar confusión y recurrir a que le llamasen con el nombre de su *gens*, Julio. Además, eso permitía jugar con la similitud de los nombres entre los dos protagonistas.

No se tiene constancia de que Lucio Julio César tuviese ninguna hija. Sí se sabe con certeza que tuvo un hijo, que murió un año antes de los hechos descritos, y que durante la destrucción de la ciudad de Lauro él se encontraba con el ejército romano, destinado en Hispania, a las órdenes de Cneo Pompeyo Magno. Sin embargo, no ha llegado información, hasta nuestros días, sobre cómo ni cuándo murió su mujer.

Siempre se ha debatido sobre si Cayo Julio César se casó tres o cuatro veces. Según algunos historiadores su primer matrimonio fue con Cosucia, proveniente de una familia extraordinariamente adinerada, de la que se divorció poco después para casarse con Cornelia, hija del cónsul Cinna, que era la persona con mayor influencia política en la Roma del momento. Otros consideran que con Cosucia únicamente existió un compromiso matrimonial que se rompió poco antes de consumar el enlace.

La palabra «calendario» proviene de la latina «*Calenda*» que se refería al primer día del mes. El calendario Juliano es el que, con unas mínimas modificaciones, seguimos empleando hoy en día. El que se utilizaba en Roma previamente no se ajustaba al tiempo de rotación de la Tierra alrededor del Sol, por lo que los meses iban perteneciendo a diferentes estaciones de año en año. El calendario Juliano mantuvo los doce meses de que constaba el calendario romano clásico tras la introducción de dos nuevos meses al inicio del año realizada por el rey Numa para intentar solucionar, aunque infructuosamente, el desfase entre meses y estaciones. Sin embargo, Julio César y Sosígenes de Alejandría revisaron su duración para ajustarla a un total de trescientos sesenta y cinco días. Adicionalmente, el calendario Juliano contemplaba la adición de un día al mes de febrero cada cuatro años, lo que conocemos como año bisiesto y sigue manteniéndose en la actualidad. De todas estas modificaciones resulta la denominación de los meses actual: enero (*janvier, january, janeiro*) en honor del dios Jano de las puertas que se representaba con dos caras mirando en direcciones opuestas y simbolizaba la salida y la entrada, y febrero en honor al dios *Februus* de las celebraciones de purificación de las que deriva la palabra «*februares*» de las *Lupercalia*. El resto de los meses, algunos durante un tiempo y otros hasta la actualidad,

mantuvieron sus nombres originales pero el significado de algunos de éstos quedó desfasado cuando se introdujeron esos dos meses previos. El primer mes original era marzo en honor al dios Marte. El segundo abril que provenía de la palabra latina «*Aperire*», abrir, en referencia a la floración. El tercero mayo en honor a la diosa Maia. Junio recibía su nombre de la diosa Juno, esposa de Júpiter y protectora del matrimonio porque era el mes con más días idóneos para contraer el enlace. El Quíntilis, que correspondería a nuestro mes de julio actual, pasó de ser el quinto al séptimo mes. El Sextilis, nuestro actual mes de agosto pasó del sexto al octavo. Septiembre, pasó del séptimo al noveno. Octubre del octavo al décimo. Noviembre del noveno al undécimo y diciembre del décimo al duodécimo.

En la antigua Roma la duración y denominación de las horas del día era completamente diferente a la que empleamos en la actualidad. El día se dividía en dos partes, las horas de sol y las horas de oscuridad. Las horas de sol consistían en un total de doce y las de oscuridad en cuatro. Como puede deducirse su duración variaba a lo largo del año.

Según el historiador Apiano en su obra *Historia de las guerras civiles de los romanos* únicamente se conoce el nombre de dieciséis de los veintitrés asesinos de Cayo Julio César: Marco Junio Bruto, Décimo Junio Bruto, Cayo Casio Longino, Cayo y Publio Servilio Casca, Lucio Minucio Basilo, Lucio Tilio Cimber, Quinto Ligario, Cecilio y su hermano Bucoliano, Servilio Sulpicio Galba, Marco Espurio, Poncio Aquila, Rubrio Ruga, Sexto Nafó y Cayo Trebonio.

A pesar de que *Retorno a Roma* sea una obra que tiene aspectos de novela histórica y de ciencia ficción, y pueda considerarse como una composición moderna, en muchas de las tragedias clásicas griegas escritas en los siglos III y IV antes de Cristo la temática de la existencia de un personaje con el don de predecir el futuro y, aun así, la incapacidad para cambiar la inevitabilidad del destino es recurrente. Tenemos por ejemplo el mito de Cassandra, hija del rey Príamo de Troya y hermana de Paris. A cambio de entregarle su virginidad al dios Apolo adquirió el don de la profecía, pero como ella no correspondía a sus sentimientos el dios la maldijo con el dolor y frustración de que nadie creyese nunca en sus palabras. Otros ejemplos de obras con más de dos mil doscientos años de antigüedad y protagonistas levemente similares son: *Electra* y *Alceste*, ambas de Eurípides y muchos personajes de la *Iliada* de Homero además de la ya nombrada Cassandra, protagonista del *Agamenón* de Esquilo. Como se comenta en la novela, el ser humano siempre ha sido en

esencia igual y muchos de nuestros descubrimientos guardan asombrosas similitudes con logros del pasado. La postura más constructiva en facetas tan diversas como la ciencia y el arte consiste en aprender del pasado e innovar basándonos en él. Como muy bien señaló Aysnyk «... haced una obra nueva con el trabajo de los siglos y construid el palacio del porvenir».

En la novela también se incluyen muchos monólogos, que fueron introducidos como recurso literario por Sófocles en la historia de la literatura. Se considera que estos enriquecen el argumento de la obra al dar voz al punto de vista de la protagonista.

Al igual que en la tragedia griega se da el contraste entre lo dionisiaco (el dios que simboliza las pasiones) y lo apolíneo (el dios que simboliza la razón). La paradójica confluencia entre ambos, muy presentes siempre en la vida de Cayo Julio César, es lo que determina el devenir de la obra.

Los asesinatos de Cayo Julio César no tuvieron en cuenta dos aspectos fundamentales. La extremada popularidad y el beneficio que había supuesto para el pueblo romano la dictadura de César por un lado, y la asombrosa lealtad incondicional que sus tropas le profesaban, incluso después de muerto, por otro. En última instancia, tras varios años turbulentos, el ejército decidió decantarse por seguir a quien llevaba su nombre, en este caso Octavio que pasó a llamarse Cayo Julio César Octaviano tras los Idus de Marzo y Augusto cuando su imperio se encontraba más consolidado. El asesinato provocó que la clase dirigente romana opositora a César se hiciese insosteniblemente impopular, especialmente tras la lectura de su testamento donde legaba trescientos sestercios a cada ciudadano de Roma y sus jardines del Janículo más allá del Tíber. Con el asesinato de Cayo Julio César los conspiradores únicamente consiguieron adelantar el final de la República. Aunque ésta, teóricamente se encontraba basada sobre conceptos intachables; en la práctica, sus beneficios se restringían únicamente a una minoría privilegiada y exclusivamente masculina y resultaba inoperante por la desorbitada corrupción y la parálisis institucional para la toma de decisiones provocada por las rivalidades existentes entre las pocas familias que podían optar por un poder absoluto, aunque temporal, en perjuicio del resto del pueblo.

Marco Antonio y Octavio Augusto resolvieron el dilema de que táctica seguir con los opositores a su régimen mediante el asesinato sistematizado de todos los disconformes. En los inicios de su triunvirato, junto con Lépido, casi cinco mil caballeros équitos y senadores murieron, incluyendo a Marco Tulio Cicerón el año 43 a.C. Se dice que Octavio Augusto estuvo dos días

debatendo con Antonio para que se preservase la vida de Cicerón, pero finalmente cedió ante la intransigencia de Antonio sobre este punto. Tras mandarle asesinar, Marco Antonio ordenó que le cortasen las manos y la lengua con las que había escrito y declamado las *Filípicas*, o discursos que él consideraba ofensivos, y que éstas se clavasen en la tribuna de los oradores del foro. Este baño de sangre, que nunca fue intención de César, redujo casi en un tercio a la clase dirigente romana. Posteriormente a ello, el gobierno de Marco Antonio y Octavio Augusto fue aceptado sin oposición. Octavio Augusto murió a los setenta y siete años de muerte natural. Nadie lleva flores a su mausoleo.

Ni Marco Antonio ni Octavio Augusto pudieron ocupar el lugar que la historia ha reservado a Cayo Julio César, a pesar de todas las contradicciones que como ser humano presentaba si las analizamos desde una perspectiva actual.

Se ha intentado mantener un estilo de narración, rápido, escueto, directo y contundente a semejanza de los *Commentarii de bello Gallico*<sup>150</sup> y los *Commentarii de bello civili*<sup>151</sup>, para conservar un carácter similar al que habría mantenido Cayo Julio César en su faceta de escritor.

# Notas

[\[←1\]](#)

Once de la mañana

[←2]

Por sus frutos conoceréis al árbol.

[←3]

La soberbia es el inicio de toda perdición.



[←4]

Es verdad porque es imposible. Cita de Tertullianus.

[←5]

La ciencia sin el arte no es nada.

[←6]

En latín no existe el usted, el tratamiento era de tú.

[←7]

Regalo de Julia.

[←8]

Feliz quien pudo conocer las causas de las cosas. Cita de Virgilio.

[←9]

Los cobardes agonizan ante la muerte, los valientes ni se enteran de ella. Cita de Cayo Julio César.

[\[←10\]](#)

Cita de Cayo Julio César.

[←11]

¿Estás seguro?



[←12]

*Epístolas a sus familiares.* Marco Tulio Cicerón.

[←13]

Recupera lo que es tuyo.

[\[←14\]](#)

Reconozco los signos de la antigua llama. Cita de la Eneida de Virgilio.

[←15]

Cita de Cayo Julio César.

[←16]

¿Prometes que tu hija Caya (nombre genérico para la mujer) me será entregada como esposa?.

[←17]

Prometo.

[←18]

Que los dioses sean favorables.

[←19]

Los dioses bendecirán vuestros proyectos.



[←20]

De ocho a nueve de la mañana.

[←21]

Donde tú seas Cayo yo seré Caya.

[←22]

Donde tú seas Caya yo seré Cayo.

[←23]

Ponne *mulsum*.

[←24]

Los rumores vuelan.

[←25]

Aproximadamente cinco horas.

[←26]

«Lucubrare», trabajar a la luz de una lámpara de la que proviene etimológicamente nuestro término «elucubrar».

[←27]

Fuiste el primero en circunnavegarme.



[←28]

Quien ama a su esposa con demasiada pasión comete adulterio. Cita de Sexto Pitagórico. Siglo II d.C.

[←29]

Saludos y adiós.

[←30]

La ley es dura pero es la ley.

[←31]

Cita de la película *Casablanca*.

[←32]

Once de la mañana.

[←33]

La segunda vigilia transcurría entre las nueve y las doce de la noche.

[←34]

Apiano. *Historia de las guerras civiles de los romanos.*

[←35]

Venus Victoriosa.



[←36]

Tentempié de pan y carne fría.

[←37]

Entre las tres y la seis de la madrugada.

[←38]

Un talento romano equivalía a 32,3 Kg por lo que Julio César está hablando de 7850 kilogramos de oro, lo que a un cambio más que modesto correspondería a un total de doscientos un millones setecientos cuarenta y cinco mil dólares.

[←39]

Mayordomo.

[\[←40\]](#)

*Comentarios sobre la guerra de las Galias.*

[\[←41\]](#)

*Comentarios sobre la guerra civil.*

[←42]

Desde la fundación de la ciudad, Roma.

[←43]

Un talento romano equivalía a 32,3 Kg.



[←44]

Cita de Cayo Julio César.

[←45]

*Sine nobilitatis.* Sin nobleza.

[←46]

Como queríamos demostrar.

[←47]

Costumbre de nuestros ancestros.

[←48]

Las nueve de la noche.

[←49]

De cuatro a cinco de la tarde.

[←50]

La segunda vigilia transcurría entre las nueve y las doce de la noche.

[←51]

La segunda vigilia transcurría entre las nueve y las doce de la noche.



[←52]

Entre los libros.

[←53]

No te fies del hombre que sólo tenga un libro. Cita de Santo Tomás de Aquino.

[←54]

Un buen diagnóstico, una buena curación.

[←55]

*Comentarios sobre la guerra de las Galias.*

[\[←56\]](#)

*Comentarios sobre la guerra civil.*

[←57]

Aulo Hircio en referencia a los *Commentarii de bello Gallico* [*Comentarios sobre la guerra de las Galias*].

[←58]

De tres a seis de la madrugada.

[←59]

De ninguna manera.



[←60]

De doce a una del mediodía.

[←61]

Aprovecha el día.

[←62]

Una legua romana equivalía a 4443 metros.

[←63]

Persona con autoridad.

[←64]

Las leyes se designaban con el nombre de la familia de aquel que las había promulgado.

[←65]

Tres de la tarde.

[←66]

Mis condolencias.

[←67]

Se tiene la certeza histórica de que dicha carta existió.



[←68]

Lugar de retiro favorito de Cicerón cerca de Roma.

[←69]

Quién se beneficia. Argumento que Cicerón empleó para la defensa en uno de sus juicios más famosos.

[\[←70\]](#)

*De Finibus Bonorum et Malorum* [*Sobre el bien y el mal supremo*]. Marco Tulio Cicerón.

[←71]

Mientras estemos vivos, vivamos.

[←72]

Nada en demasía.

[←73]

El prefecto orador.

[←74]

Escisión entre lo que dicen sus palabras y su corazón.

[←75]

*Cartas a su amigo Ático.* Marco Tulio Cicerón.



[←76]

Me duele el cerebro.

[←77]

De cuatro a cinco de la tarde.

[←78]

Es agradable perderse en el momento adecuado. Cita de Horacio.

[←79]

Julia estuvo aquí.

[←80]

Cayo estuvo aquí.

[←81]

El que vence para siempre es el que emplea la clemencia. Cita de Syrus.

[←82]

Siempre preparado.

[←83]

Entre las 12 de la noche y las 3 de la madrugada.



[←84]

A una persona inteligente le basta con una palabra. Ya he hablado.

[←85]

La honra del hijo es la del padre.

[←86]

Palabras sobre el futuro...

[←87]

Y demás.

[←88]

La segunda vigilia transcurría entre las nueve y las doce de la noche.

[←89]

Los higos se consideraban un remedio eficaz, aunque evidentemente de forma infundada, para el tratamiento de las infecciones.

[←90]

Cabeza cubierta, de la que proviene la palabra «velatorio».

[←91]

¿Cómo estás?



[←92]

Mientras estemos vivos debemos seguir aprendiendo. Cita de Séneca.

[←93]

La vida es breve, el arte duradero. Cita de Hipócrates.

[←94]

Insignia del comandante en jefe. Básicamente consistía en una llamativa capa roja.

[←95]

Ciento veinte kilómetros. Una legua romana equivalía a 4443 metros.

[←96]

Padre de la patria.

[←97]

El último de los romanos.

[←98]

Sólo los cobardes son valientes haciéndoles daño a las mujeres. Cita de Cayo Julio César.

[←99]

Otro idéntico. Cita de Marco Tulio Cicerón.



[←100]

Ahora o nunca.

[←101]

Los romanos inventamos el arte de amar.

[←102]

A placer, a voluntad.

[←103]

Mientras el tiempo pasa.

[←104]

Motivo para la guerra.

[←105]

No es correcto.

[\[←106\]](#)

Veleyo Paterculo siglo I d.C.

[←107]

Aprovecha la noche.



[\[←108\]](#)

Cita de Cayo Julio César.

[\[←109\]](#)

Se tiene constancia de que Cayo Julio César había recibido información sobre posibles complots contra su vida encabezados por todas estas personas.

[\[←110\]](#)

Es más cruel temerle siempre a la muerte que morir. Cita de Lucius Annaeus Seneca. Siglo I después de Cristo.

[←111]

El hombre que siempre tiene miedo, cada día está condenado. Cita de Publius Syrus.

[\[←112\]](#)

Sic *Sic erat scriptum*. [*Así fue escrito*]. Apiano. Historia de las guerras civiles de los romanos.

[\[←113\]](#)

Entre las 12 de la noche y las 3 de la madrugada.

[\[←114\]](#)

Sólo los cobardes son valientes haciéndoles daño a las mujeres. Cita de Cayo Julio César.

[←115]

La fortuna favorece a los audaces.



[←116]

Mientras tengamos tiempo aprovechémoslo para bien.

[\[←117\]](#)

La vida es algo más que estar vivo. Cita de Marziale.

[←118]

Los romanos se apretaban los testículos con la mano derecha cuando juraban decir la verdad, de lo que proviene la palabra testificar.

[\[←119\]](#)

Métodos que realmente consideraron los conspiradores.

[←120]  
Día a día.

[←121]

Nunca hubo una gran genialidad sin un toque de locura. Cita de Séneca. Siglo I d.C.

[←122]

Así se llega a las estrellas.

[\[←123\]](#)

Examina el pasado, examina el presente, examina el futuro.



[←124]

Mientras estemos entre los humanos, permitámonos ser humanos. Cita de Séneca. Siglo I d.C.

[←125]

Todo cambia y nosotros cambiamos con ello. Cita de Nicholas Borbonius.

[←126]

La segunda vigilia transcurría entre las nueve y las doce de la noche.

[\[←127\]](#)

Hasta a un dios le costaría amar y ser sabio a la vez. Cita de Publio Sirio.

[←128]

No por mí, no por ti, por nosotros.

[\[←129\]](#)

Sálvame y te salvaré. Cita de Petronio.

[\[←130\]](#)

Que la misma hora nos lleve a los dos. Cita de Ovidio.

[\[←131\]](#)

Pero no puedo dejar de desear lo que odio. Cita de Ovidio.



[←132]

Sic. *Sic erat scriptum*. [Así fue escrito]. Plutarco. *Vidas Paralelas*.

[←133]

Facción aristocrática dentro del Senado de la República tardía.

[←134]

Antes la muerte que el deshonor.

[←135]

Motivo para la guerra.

[\[←136\]](#)

Julia se está refiriendo a Popilio Lena.

[\[←137\]](#)

Cita de Cayo Julio César.

[←138]

Es más cruel temerle siempre a la muerte que morir.

[\[←139\]](#)

Cita del discurso de Cayo Julio César proclamado en el senado durante el juicio sobre la conjuración de Catilina.



[←140]

Así quedaba escrito.

[←141]

Donde hay unidad se consigue la victoria.

[\[←142\]](#)

Cayo Suetonio Tranquilo *De vita duodecim Caesarum* [*Vida de los doce Césares*].

[\[←143\]](#)

Cayo Suetonio Tranquilo *De vita duodecim Caesarum* [*Vida de los doce Césares*].

[\[←144\]](#)

Según Plutarco en *Vidas paralelas*, Décimo Junio Bruto empleó estos argumentos para hacer acudir a Cayo Julio César a la sesión del Senado el 15 de Marzo del 44 a.C.

[\[←145\]](#)

No todo morirá. Cita de Horacio.

[\[←146\]](#)

Espero que la memoria de nuestra amistad sea eterna. Marco Tulio Cicerón.

[←147]

Entre las 9 y las 12 de la noche.



[←148]

Siete mil ochocientos cincuenta quilos de oro. A un cambio más que modesto equivaldrían a doscientos un millones setecientos cuarenta y cinco mil dólares.

[\[←149\]](#)

Desde la fundación de la ciudad de Roma.

[\[←150\]](#)

*Comentarios sobre la guerra de las Galias.*

[\[←151\]](#)

*Comentarios sobre la guerra civil.*

# Table of Contents

[Notas](#)